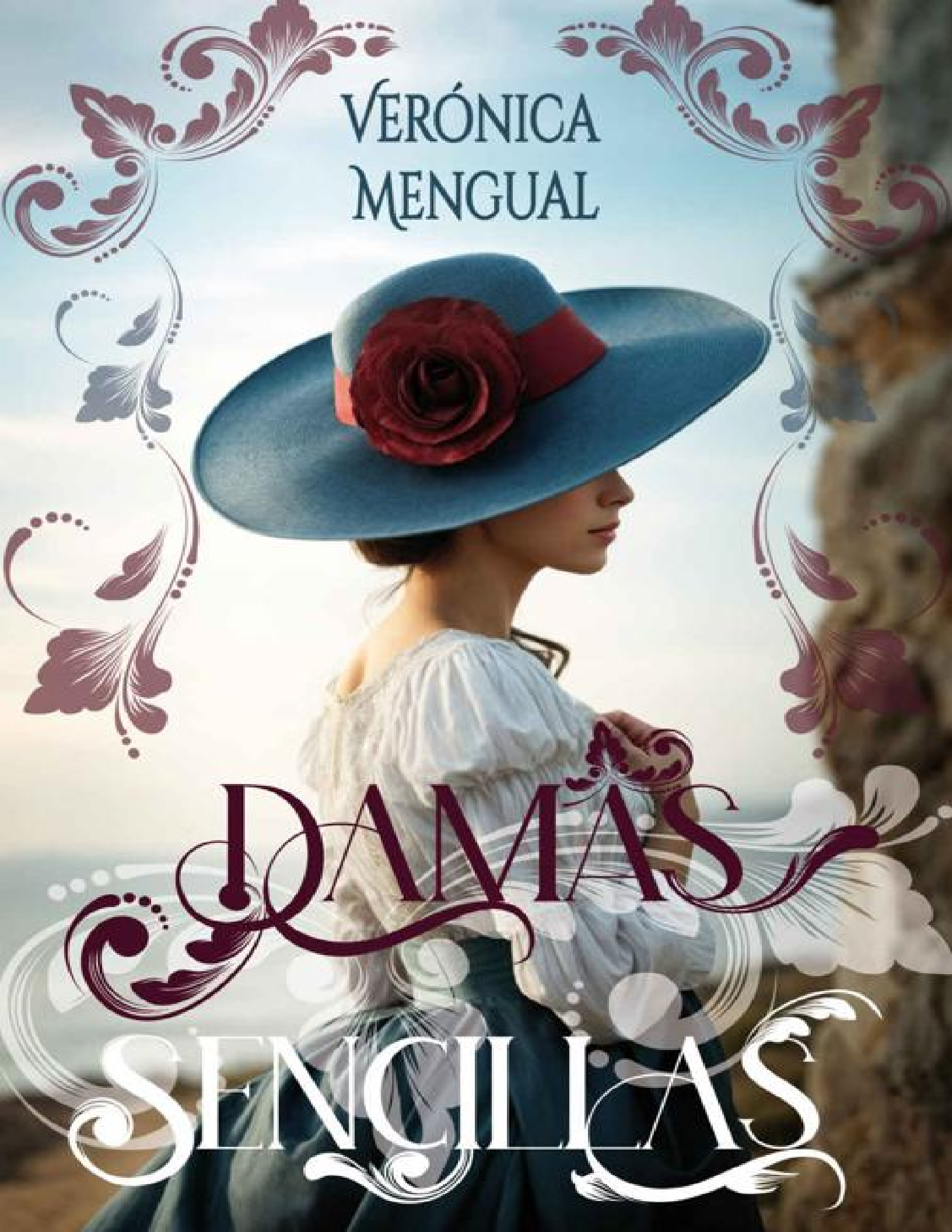
VERÓNICA MENGUAL



DAMAS SENCILLAS

© VERÓNICA MENGUAL
Damas Sencillas
Sello: Independently published
Primera edición, abril de 2025.
Impreso en España.
Edición: José Pedro Baeza.
Inscrito en Safe Creative: 2411200146500

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Damas Sencillas

Serie de Romance Histórico

Verónica Mengual

Índice General

Enamorar a un duque endiablado

Una trampa para un conde perverso

Enojar a un marqués malvado

Enamorar a un duque endiablado

La vida no es siempre algodón y azúcar.
Aun así, hay que comérsela con glotonería.
Dedicado a quienes no se conformaron y
lo arriesgaron todo para conseguir la felicidad.
Todo comienza con un beso…

Esto es para vosotras mis queridas lectoras fieles,
que seguís mi loca imaginación y me animáis a continuar.

Sinopsis

Lady Ruth Anne ha tenido desde bien pequeña el sueño de convertirse en una esposa perfecta. A punto de comenzar su sexta temporada y siendo la segunda hija de un duque y hermana de la que fuese la incomparable de su temporada, la hermosa Rose Anne, se siente incapaz de poder atrapar a un hombre sin tenderle una trampa.

Puesto que es una mujer muy inteligente, la intrépida Ruth Anne idea junto con sus amigas, April y Margot, la mejor manera de hacerse con un prometido. Pero el destino tiene otros planes para ella.

Cuando el duque de Atholl acude a Londres, invitado por el padre de Ruth Anne con un falso pretexto, y ve a la apetitosa mujer, no puede evitar estremecerse… Pero de deseo, no de amor. Él ya estuvo casado en su momento y se niega a dejarse convencer por el padre de la dama para que la acepte como esposa. En su corazón no hay lugar para otra. Barnaby Jacobson ya empeñó su cariño en su momento y no está dispuesto a volver a hacerlo.

¿Podrá la dulce Ruth Anne hacerle ver que el amor es un recurso infinito? ¿Cederá él a sus impulsos de besarla a cada ocasión tal y como le ordena su deseo? ¿O se mantendrá honorable?

Déjate atrapar con esta nueva entrega de romance de época de la mano de Verónica Mengual, donde un duque, que es tan

endemoniadamente testarudo como apuesto, habrá de demostrar que aprende de sus errores.

Índice

Prefacio

Todo tiene un principio

Capítulo 1

Duque a la vista

Capítulo 2

Una amenaza muy real

Capítulo 3

Los imprevistos de la naturaleza

Capítulo 4

Una mujer seductora

Capítulo 5

Un hombre endiablado

Capítulo 6

El despertar de Ruth Anne

Capítulo 7

Un dilema poco esclarecedor

Capítulo 8

El despertar de Barnaby

Capítulo 9

Un cortejo con imprevistos

Capítulo 10

Una extorsión por amor

Epílogo

Una vida llena de amor

Prefacio

Todo tiene un principio

Ruth Anne estaba emocionada. Su madre había accedido a hacerle un nuevo guardarropa. Su padre, el duque de Cass, había entablado relaciones hacía años con un prestigioso comerciante que traía las telas más originales, vaporosas y sublimes de todo Londres, y era momento de que su hija se mostrase con ellas. Bien se podría decir que su progenitor era un hombre peculiar, pues sabía ver un buen negocio a la legua. El duque de Cass era inquieto y nunca podía estar ocioso o sin pensar en su siguiente paso. Algunos criticaban a su padre por dejar a otros nobles en mal lugar, pues la tónica era que los lores no debían inmiscuirse en asuntos tan poco dignos como el comercio. Esa apreciación no era compartida por el duque y por ello las arcas familiares se encontraban más que boyantes.

Sentada en el carruaje, sobre los asientos recubiertos de terciopelo azul, la muchacha veía a su madre mirar por la ventana. La observaba ahí frente a ella, orgullosa, toda una emperatriz. Sus cabellos rubios todavía conservaban su atractivo y sus ojos azules tenían las arrugas propias de la madurez, pero su madre aún era considerada en muchos círculos como una belleza inglesa digna de ser admirada.

En sus años de juventud fue una incomparable de la temporada. Tanto fue así que su hermana, Rose Anne, debutó en sociedad con todos los ojos puestos sobre ella por ser hija de quien era. Rose Anne era otra gran belleza sublime. Sus ojos no eran azules como los de la madre, pero sí adquirió un color claro verde. Además, el pelo de Rose Anne era una rica mata que se asemejaba al color del oro.

Lo único que Ruth Anne compartía con su progenitora y su hermana mayor era parte de su nombre, puesto que la duquesa también se llamaba Anne.

—No hagas eso, Ruth Anne. —La apreciación de su madre le hizo chasquear la lengua—. Tampoco hagas eso otro —la duquesa se disgustaba por los malos hábitos de su hija menor.

—No estoy haciendo nada. —La joven mostró su malestar componiendo un puchero.

—Sí, hija mía, lo estás haciendo.

—¿El qué, madre? —Ella disimuló el tono molesto.

La duquesa dejó de contemplar las grises calles de Londres para mirarla, con esa mirada tierna que tanto odiaba Ruth Anne. Podía soportar los comentarios, las burlas, pero lo que de verdad le molestaba era ver lástima en los ojos de su progenitora.

—Te estás comparando de nuevo con tu hermana.

—No puede obviar que si yo contase con algo de sus rasgos, o ya puestos con los suyos, madre, también estaría casada como Rose Anne. Los años pasan y soy una candidata perfecta para engrosar la lista de las solteronas.

—Eres bonita, Ruth Anne… —comenzó a decir con una sonrisa franca la duquesa de Cass.

—A mi modo… —terminó ella la frase, porque eso era lo que solía decirle siempre en estos casos su madre—. Lo sé.

Mentira. Ruth Anne sabía que no era bonita, ni hermosa ni otra buena palabra que pudiera definir a una dama acorde con la moda. Lo único que tenía aceptable era la estatura, pero sus carnes eran demasiado voluminosas. No lo entendía. Comía lo mismo que su

hermana y, sin embargo, su cuerpo se empecinaba en hacerse más redondeado. Incluso su pecho resultaba descaradamente generosos, tanto que incluso se negaba a quedarse sujeto en sus corsés.

¡Ay, los corsés! Esa herramienta de tortura había sido ideada por algún hombre que quería ver ahogarse a las mujeres, porque no podía haber otra explicación.

Su madre decía que ella no era gruesa en exceso. No obstante, lo era lo bastante para que nadie la mirase dos veces, porque… ¿qué había en ella que fuese digno de admirar? Sus ojos eran de un tamaño acorde con las facciones de su cara, pero el color era marrón. Su madre lo había catalogado como chocolate al igual que su cabello, pero eso era para hacerla sentir mejor. Su nariz era lo único que tenía bonito en su rostro, porque era perfecta. Pero, ¿de qué servía tener una nariz perfecta cuando sus labios eran finos y no se veían apetecibles?

Una vez oyó a un joven hermoso hablar de ella y casi se cayó desmayada en el frío suelo. Lo que comenzó siendo algo emocionante se convirtió en una pesadilla cuando oyó a ese muchacho referirse a sus labios como poco apetecibles. No es que Ruth Anne soñase con ser besada… Bien, un poco sí, porque había espiado a su hermana cuando ésta estaba hablando de besos, y Rose Anne confesó que su ya actual esposo le había hecho perder el aliento cuando estampó su boca sobre la suya.

En aquel momento le pareció algo horrendo. Sin embargo, cuando conoció a su mejor amiga, April, ésta le dijo que su hermana también había hablado de besos y que debía ser algo muy placentero. Ahí ya las dos tuvieron que darse cuenta de que tan malo no sería cuando dos de las muchachas más bonitas de todo Londres se referían a los besos como una experiencia iluminadora.

En efecto, su amiga April y ella compartían la misma desgracia: ser segundas hijas, poco agraciadas y nada elegibles. April era pelirroja, ojos azules y nariz aguileña, pero no demasiado fea, más bien interesante. No eran feas, pero la belleza sin parangón de sus respectivas hermanas las habían eclipsado. Tal vez en otro entorno,

sin haber estado bajo la sombra que proyectaban esas dos muchachas que eran del todo exquisitas según los muchos pretendientes que las habían tratado de cortejar, Ruth Anne y April hubieran podido tener más opciones. Probablemente la luz cegadora que emitían sus hermanas mayores no las hubieran hecho invisibles a los ojos de los jóvenes varones.

Su hermana, Rose Anne, se había casado hacía unos pocos años y seguía siendo un rasero con el que la sociedad la medía a ella. ¿Por qué no podían ver todos que era más parecida a su hermano Alexander?

La gente opinaba que su hermano mayor era todo un buen partido, no solo por sus títulos y propiedades, sino porque decían que era apuesto. Entonces, ¿cómo era posible, en nombre del Altísimo, que alguien que se le parecía fuese apuesto pero que a Ruth Anne la considerasen poco apetecible?

Era un sinsentido. Su hermana, quien le llevaba un año de ventaja en la vida, se prometió con apenas dieciocho años recién cumplidos con el conde de Rust, y ella creyó que eso sería positivo para sus planes. Estuvo tremendamente celosa, pero, como siempre, April —quien era la voz de la razón— le dijo que era lo mejor que podía pasar, porque cuando sus hermanas no estuvieran al lado de ambas, al fin alguien podría verlas a ellas.

Eso no estaba pasando, puesto que Rose Anne hacía ya siete años que era la feliz condesa de Rust y ella seguía siendo una solterona a sus veinticuatro años. Lo mismo le había pasado a April. No había forma de llamar la atención de un pretendiente por sus propios medios.

La última ocurrencia de su madre y la madre de April, quienes también eran buenas amigas, había sido la de probar una nueva modista francesa que se había hecho un hueco entre las damas como ellas dos, es decir: las menos agraciadas.

Y con esa idea, la señora Sunne y la duquesa habían acordado llevarlas a ambas a la nueva tienda y probar suerte. Algo que tanto April como Ruth Anne esperaban que diese resultado.

La pobre April tenía el mismo problema que ella. Era de cuerpo generoso. Pero su amiga era algo más bonita —poco— y este detalle le confería cierta ventaja sobre Ruth Anne.

Todo era una pesadilla y un cúmulo de malas situaciones. Cinco temporadas en el mercado matrimonial y nada de nada. Un resfriado o algún tipo de enfermedad misteriosa que arrastró cuando cumplió los dieciocho hizo que su presentación tuviera que retrasarse dos años. Aquello fue un maleficio que pareció ser el inicio de su mala racha en su debut.

—Hija mía, ¿me estás prestando atención? —La voz de la duquesa de Cass la devolvió al presente.

—Lo siento, madre, estaba pensando en mis cosas. —«Solterona, fea y redonda», eran las palabras que se repetían en su mente. Esas tres y «mala suerte». ¿Es que en esta vida no iba a poder salirle nada bien?

—¿En la belleza de tu hermana? —La duquesa levantó una ceja sardónica. No cabía duda de que esa mujer que le había dado la vida la sabía leer como a un libro abierto.

Ruth Anne suspiró. Estaba cansada de ser una segunda hija que vivía a la sombra de su hermana. Todos la comparaban siempre con Rose Anne y no era justo. Adoraba a su hermana, pero el mundo parecía empeñado en que ella acabase aborreciendo a Rose Anne. Allá donde ella fracasaba —que era en casi todas las situaciones— su hermana salía triunfante y pletórica. La joven no sabía cantar, pintaba mal y sus bordados eran horrorosos.

Su hermana no tenía la culpa de que ella hubiera salido mal parada en el reparto de las apariencias, porque Rose Anne, aunque un poco frívola, siempre se había portado muy bien con ella. Los tres hermanos tenían una buena relación y tampoco tenían quejas de sus padres. Los duques de Cass eran un típico matrimonio de la época. Ambos se habían casado por conveniencia, sin conocerse y ambos habían aprendido a llevarse bien.

Según una vieja conversación que ella no debió haber oído siendo aún pequeña, su madre obligó a su padre a olvidarse de su

amante, con la amenaza de abandonarlo si no lo hacía.

No sabía hasta qué punto sus padres habían conseguido despertar el amor, pero probablemente algo habría ahí, puesto que su madre no se marchó y, según tenía entendido por alguna que otra conversación que ella y April habían oído también a escondidas entre sus madres, sus padres eran fieles a su matrimonio.

Puesto que April era año y medio más mayor que Ruth Anne, fue ésta la que explicó que una amante era una mujer que proporcionaba un placer a un hombre que la esposa no podía ofrecer. Por lo visto, su amiga había oído una conversación entre su propia hermana mayor, Judith, y un grupo de amigas sobre este aspecto.

Bien, ella no iba a consentir emparejarse nunca con un hombre que tuviese una amante, porque quería amor y fidelidad en su matrimonio. Así pues, con este condicionante el número de pretendientes probablemente quedaba todavía más reducido que en su origen.

—¡Hija mía! —la llamó de nuevo su madre.

—¿Qué? —preguntó con sobresalto.

—No quiero que estés disgustada. Estoy segura de que en algún momento llegará el hombre indicado para ti.

—Llevas años diciendo lo mismo. —Ruth Anne no se creía nada porque su hermana tuvo a muchos hombres a sus pies sin ni siquiera agitar sus espesas pestañas.

—Eso no quita que diga la verdad. —Su madre tenía plena confianza en que su hija todavía podía tener un buen matrimonio.

—No desesperes. Tarde o temprano llegará un pretendiente que te hará muy feliz. —La duquesa le sonrió con ternura.

—¿Y si no llega, madre? —¿Qué había para una mujer si no era el matrimonio?, se preguntó con nerviosismo Ruth Anne.

—Si llegado el caso no estuvieras casada —comenzó a explicar su madre con tranquilidad—, te prometo que tu padre y yo haremos algo al respecto.

—¿Como qué? —quiso averiguar con gran interés.

—Un matrimonio concertado, por ejemplo. —A Anne, a la duquesa de Cass, le había salido bien. Era cierto que todo fue complicado, pero al final el esfuerzo empleado había dado sus frutos. Su esposo, Charles, y ella se entendían. No era un amor arrollador pero sí lo bastante fuerte como para poder ser felices. Incluso Anne lo prefería así, porque los grandes amores llevaban aparejadas historias turbulentas que en algunas ocasiones se torcían.

—¿Casarme con un extraño? —preguntó con horror su hija.

—Yo lo hice y todo está perfectamente bien —expuso la madre con cierto aire de indignación.

—Lo siento. —Su hija se tuvo que disculpar porque sabía que había disgustado a su madre y Ruth Anne era muchas cosas, pero no una hija desagradecida.

—Además, sinceramente no creo que lleguemos a ese extremo.

—Tiene demasiada fe en la nueva modista.

—En efecto. —La duquesa sonrió con arrogancia.

—Puede cambiar mis vestidos, pero no mi pelo ni mis ojos ni el cuerpo tan rústico que tengo. Ni, ya puestos, la mala suerte que parece no querer abandonarme.

—¿Rústico? —su madre no prestó atención al resto de la retahíla.

—Es lo que oí una vez decir a un amigo de Alexander.

El sexo masculino no tenía buenas palabras para referirse a ella. Cierto que no era una mujer excesivamente inteligente, ni destacaba por su conversación ocurrente, pero era común, es decir, era como la mayoría de las mujeres de la alta aristocracia, y en su círculo femenino pocas muchachas estaban aún por casarse.

—Hay hombres que gustan de líneas curvas —sentenció la duquesa para referirse a su generoso pero bonito cuerpo.

—Si los hay, yo todavía no los he conocido —expuso bufando al tiempo que cruzaba los brazos sobre su pecho. Esto hizo que sus senos casi se desbordasen de su vestido—. Y, además, esto —bajó la mirada hacía su escote— es siempre un inconveniente.

—También hay hombres que agradecen que sus esposas tengan una buena porción de carne ahí. —La duquesa se refirió a los pechos con cierta incomodidad.

—Tampoco he visto a ninguno. Madre, es imposible. Sé que no me casaré.

—Si piensas así, evidentemente no lo harás.

—¿Insinúa que si pienso de modo afirmativo conseguiré casarme? —preguntó la joven con cierta mofa.

—Lo que digo, hija mía —el tono era pausado y de comprensión—, es que la actitud lo es todo y estás empeñada en que te persigue la mala suerte. Si crees que eres un buen partido y te muestras segura de ti misma, los demás verán que eres una joven muy elegible. A fin de cuentas, eres la hija del duque de Cass. Tienes posición y riqueza.

—No quiero que me quieran por quién es mi padre —refunfuñó.

—Ruth Anne, te voy a dar el consejo que me dio mi madre en su día, y aunque no lo consideré relevante en aquel momento sí resultó todo un acierto. —Su madre dibujó una sonrisa al recordar aquello y esta pausa hizo que Ruth Anne se impacientase.

—¿Qué dijo la abuela? —la azuzó.

—Me explicó que ella me había procurado un marido y que de mí dependía poder mantenerlo interesado y a mi lado.

—¿Cómo lo consiguió, madre? —Ella sabía que su padre no tenía ojos para nadie más.

—Eso, pequeña, te lo contaré cuando seas una mujer casada. Mientras, tu meta debe ser la de poder agenciarte un esposo. El amor y el cariño llegarán con el tiempo, pero lo primordial es localizar a un buen partido.

—¿Y si no llego a casarme nunca? —Esa idea era su peor pesadilla.

—Cambia la actitud, ya te lo he dicho. Piensa en que vas a casarte y verás cómo todo llega rodado. Fíjate en la duquesa de Crosy. La muchacha le tendió una trampa a su esposo y aquello pudo acabar en tragedia, porque el hombre era más que reticente a

cumplir como un caballero cuando lo atraparon en una situación comprometida con la dama… —Anne no debió usar ese ejemplo.

—¿Se puede atrapar a un hombre? —La duquesa se dio cuenta de que no fue buena idea hablar sobre eso en cuanto su hija preguntó a este respecto. Mientras, para Ruth Anne, ese tema había despertado del todo su interés, aunque no se imaginaba que algo semejante pudiera ocurrir.

Su mente comenzó a trabajar con esta idea. Tal vez podría atrapar al hombre que quisiera… Pero le faltaba información. ¿Cómo se haría aquello?

Su madre, que la estaba observando con interés, debió percibir que los pensamientos de su hija no estaban en el camino correcto y se apresuró a hablar.

—Olvídalo, pequeña. Tú no vas a tener que cazar a un hombre porque no te va a hacer falta. Tu padre y yo te proveeremos de un buen esposo en caso de que no halles a un pretendiente.

El carruaje su detuvo y Anne respiró con alivio al ver que su hija había dejado de pensar en una idea que no debió haber metido en su cabeza.

Las dos entraron en la casa de confección y rápidamente fueron a encontrarse con la señora Sunne y su hija, que ya estaban en el interior de la tienda esperándolas. Las cuatro se saludaron y las madres se retiraron a una salita, mientras que las muchachas accedieron hasta una amplia habitación donde se les mandó esperar. La modista había pedido confianza absoluta en su criterio y, dado que las dos madres ya no tenían nada que perder, dejaron el asunto en las manos de la francesa.

De pronto, en el gabinete contiguo, escucharon unas voces altas que captaron su interés y agudizaron la oreja.

—Vamos, Margot, no seas necia —oyeron Ruth y April que una mujer decía a alguien.

—No lo soy, Bernice —se defendió una segunda voz.

—Tú no vas a poder encontrar un marido ni aunque padre colgase sobre tu cabeza la mayor dote de Londres —le espetó la tal

Bernice con sorna a su hermana pequeña.

Margot estaba muy acostumbrada a las malas palabras de su hermana mayor, aunque seguían doliendo como la primera vez.

—Eso no implica que no tenga derecho a intentarlo. —Sabía que nunca había resultado una mujer demasiado elegible, pero cuando encontrase al hombre perfecto sería la mejor esposa del mundo.

—Esa modista no podrá hacer nada por ti. Eres demasiado baja para que se te pueda ver.

Y con una risotada, la increpadora salió de la habitación sumiendo a la pobre Margot en las lágrimas más amargas. Era de un tamaño un poco bajo, pero eso no tenía por qué ser una objeción a la hora de encontrar un esposo.

Ruth Anne y April se apresuraron en ir a atender a la joven que sollozaba por lo bajo y mantenía su rostro oculto tras sus manos, cuando se toparon con la otra que salía de allí sin el menor rastro de remordimiento. Vieron a una joven muy hermosa, de aspecto angelical y porte elegante y refinado. Un contraste muy diferenciado con respecto a la que se encontraba sacando su pena de pie en el gabinete.

—Vamos, vamos, no llores, muchacha. —Ruth Anne fue la que habló. April estaba impactada y deseosa de ir a buscar a esa abusona para explicarle un par de cosas.

Margot escuchó que había alguien frente a ella y se secó las lágrimas avergonzada. Creyó que estaría sola. Su hermana siempre se solía asegurar de estar a solas con ella cuando la hacía sentir miserable.

—Disculpadme. —Se lamentó Margot por su apariencia mediocre y sensiblera, al tiempo que se mordía el labio inferior tratando de frenar las nuevas lágrimas que volvían a pugnar por salir.

—No te disculpes. Nosotras estaríamos del mismo modo si alguien nos hubiese dicho algo como lo que te han espetado a ti. Además, piensa que ya se ha marchado, tal vez no la vuelvas a ver… —A April le estaba costando trabajo contenerse para no salir en busca de esa odiosa y darle una lección. No tenía muy claro cuál

sería el aprendizaje que le impartiría a esa horrorosa mujer, pero alguna cosa se le ocurriría. Tal vez algo mordaz sobre la poca inteligencia que parecía tener al atacar a otra persona con el único fin de hacerla sentir mal.

—Es mi hermaaana. —Estalló en nuevos sollozos. Incluso estando Bernice casada, Margot no podía deshacerse de su compañía. Inocentemente creyó que cuando su bella hermana mayor abandonase su hogar, ella tendría el camino más despejado para lanzarse a la aventura de conseguir un esposo. Eso no estaba pasando.

Ruth Anne y April se miraron la una a la otra, y por primera vez en mucho tiempo dieron gracias silenciosas por tener a las hermanas que tenían. Eran hermosas pero nunca habían sido crueles. Ambas se apiadaron de la joven que se había aferrado a Ruth Anne y lloraba sin consuelo.

—Lo siento —exclamaron al unísono con franca pena April y Ruth Anne.

—Es Bernice, mi fabulosa hermana mayor, cuyo objetivo de su existencia es hacer de la mía un camino lleno de grandes piedras.

En ese momento, Margot se separó de la joven a la que estaba sujeta y cesó en el lloro. Nunca había hablado mal de su hermana y jamás creyó que lo haría delante de dos extrañas que estaban tratando de consolarla, pero lo más sorprendente fue que se sintió bien sacar ese peso de su pecho.

—Es una bruja. Bernice es una mala bruja que cree que por haber nacido hermosa tiene derecho a pisotear a todas las demás mujeres que no comparten su apariencia. ¿Qué culpa tengo yo de tener un cabello dorado sin brillo y demasiadas pecas en mi piel? Mis ojos son azules como los de ella y ni eso sabe valorar en mí. —Margot consideró que eso también se sentía muy liberador. Tal vez comenzase a alzar su voz más a menudo contra su hermana. Margot era de estatura baja, pero tenía una forma muy particular de expresarse: hablaba alto y claro.

La joven comenzó a caminar ante unas anonadadas Ruth Anne y April que no creían todavía el cambio de actitud sufrido en la muchacha.

—No es solo eso —continuaba explicando Margot, mirándolas fijamente—. Quiero casarme, es lo que deseo más en el mundo. Pero si no lo logro, ¿eso debe ser el final de mi vida? Cierto es que con veintidós años me queda poco para ser una solterona. Incluso dirían que debí haberme enclaustrado en un convento y servir a nuestro Señor, pero yo sé que tendrían que darme un premio. Sí, un grandísimo premio a la perspicacia porque soy una mujer muy inteligente. Quiero un marido, quiero hijos y sí… ¡condenación! —La rubia dio un pisotón en el suelo y comenzó a caminar por la estancia—. Tengo derecho al amor. ¡No! No voy a rendirme, no hasta que expíe mi último aliento. Debe existir un hombre que me necesite, que me vea y me aprecie. ¡Debe existir! —repitió con efusión—. Soy educada, mi padre es un conde y debo encontrar a un esposo que quiera compartir su vida conmigo, y si no lo encuentro lo robaré. Lo confieso, tanto estoy decidida a demostrar que seré la mejor esposa de Londres que robaré un esposo. —La joven se detuvo en su explicación un segundo y luego prosiguió cuando se puso frente a las otras dos muchachas—: ¿Dónde se roban los hombres? ¿Vosotras lo sabéis? Tiene que haber un lugar en el que nosotras podamos elegir uno… o robarlo. —La desesperación la tenía al borde del precipicio. Y la palabra robar cada vez sonaba mejor cuando la decía en alto.

—¡Exacto! —April tuvo una iluminación. Su afirmación hizo que Margot centrase su atención en las dos extrañas que se miraban la una a la otra, April con una mirada risueña y su amiga con el ceño fruncido—. Ruth Anne, ¿no lo ves? —preguntó la joven pelirroja con una sonrisa.

—¿El qué, April?

—Ella —señaló a la muchacha que se había quedado petrificada al ser consciente de las palabras que había pronunciado delante de

dos mujeres que debían estar pensando en que estaría mejor, internada en un sanatorio—, tiene razón.

—¿Razón? —Ruth Anne veía a April reírse como si acabase de ser consciente de la solución a un gran problema, pero no entendía nada.

—Robaremos a nuestros esposos. —April lo dijo tan seria que Ruth Anne ya se imaginaba vestida como un bandolero y apuntando a un hombre a punta de pistola para llevarlo al altar.

—¿Disculpa? —La amiga de April abrió los ojos como platos. Las dos jóvenes que estaban ante Ruth Anne habían perdido el juicio por completo. Lo de la desconocida podía entenderlo, porque la mujer que había salido del gabinete antes de que ambas llegasen había sido muy hiriente. ¿Pero cuál sería la excusa de April para haber perdido la razón?

—Es la solución a nuestros problemas casamenteros. —April lo veía tan claro que era imposible que algo fallase.

—¿Tenemos problemas? —Ruth Anne de verdad que no sabía si su amiga habría contraído algún tipo de enfermedad. Levantó la mano para tocar su frente. Problemas para casarse sí tenían, pero nunca hubo un plan.

—No tengo fiebre. —April le apartó la mano ofendida—. Aunque sí tenemos el problema de seguir solteras.

—¿De verdad? —ironizó Ruth Anne.

—Sí, y tengo la solución porque esa muchacha —volvió a señalar a una Margot que seguía quieta oyéndolas— me la ha dado. —April se giró para mirar a joven que las observaba con atención y vergüenza—. Por cierto, ¿quién eres?

—¡Oh! Soy *lady* Margot, de apellido Kidder, hija de lord Burst. —La joven hizo una reverencia que April y Ruth Anne catalogaron como perfecta.

—Yo soy *lady* Ruth Anne, mi padre es el duque de Cass, y ella —le puso una mano en el hombro a su mejor amiga— es la señorita April Sunne, hija de un importante comerciante escandalosamente rico. —Era lo que todo Londres decía sobre la familia Sunne. Su

padre había colocado una dote más que admirable sobre la cabeza de su hija, pero April seguía sin encontrar esposo.

—Encantada —habló April.

—Lo mismo digo —respondió Margot.

Las dos habían hecho una reverencia.

—Como decía —April se giró hacia Ruth Anne—, *lady* Margot nos…

—Oh, solo Margot, por favor —la interrumpió la aludida. April le sonrió.

—Como ha dicho Margot, somos mujeres que desean casarse más que nada en el mundo. Nos quedamos sin tiempo, Ruth Anne, y es momento de actuar.

—Lo somos y en efecto el tiempo juega en nuestra contra, porque no nos hacemos más jóvenes a cada tic de las agujas. —Ruth Anne no veía nada más allá de eso. Deseaba conocer el amor, tener una familia y su mejor amiga era de la misma opinión.

—Entonces robaremos un esposo —expuso April como quien dice que está lloviendo.

—Los maridos no se pueden robar. —Si así fuese, Ruth Anne llevaría años casada porque se habría metido al hombre de su agrado en su retículo sin pestañear ni mirar atrás.

—Sí, sí se puede —rebatió April.

—No, no es posible —la contradijo Ruth Anne.

—Te digo que sí.

—Y yo te repito que no.

—Que sí.

—Que no.

—Que sí.

—Que no.

Margot, viendo que las dos parecían igual de tozudas, decidió carraspear para cortar la tensión y frenar la discusión. Esto consiguió que las dos la mirasen.

—La única manera de poder casarse sin ser cortejadas o tener un pretendiente es tenderle una trampa al hombre. —Margot había

escuchado algo como eso hacía relativamente poco, y luego leyó la historia en el periódico de la tarde.

—¿Una trampa? —Ruth Anne preguntó con mucha atención, porque era la segunda vez en ese día que oía algo como aquello y no estaba segura del significado de esas palabras que había pronunciado la rubia.

—Robar a un hombre —expuso con una sonrisa April.

—Exacto —estuvo de acuerdo Margot.

—No entiendo… —Ruth Anne se sentía poco inteligente en ese momento y ella se vanagloriaba de tener la mente más ágil de todos los miembros de su familia.

—Ruth Anne —tomó la palabra April—, idearemos una trampa para que nos sorprendan con un hombre en una actitud poco apropiada y él se tendrá que casar con nosotras. —La idea era tan fantástica que la pelirroja se lamentó de no haberla tenido antes.

—¿Eso se puede hacer? —Ruth Anne, lejos de estar escandalizada, estaba más preocupada de que ello pudiera ser una opción válida.

—Oí esta mañana a mi madre hablar sobre alguien que había protagonizado un escándalo y el hombre se había tenido que comportar como un caballero y desposar a la dama. —April estaba muy atenta a las conversaciones que podían servir a sus intereses, pero hasta que no había escuchado despotricar a la joven rubia que acababa de conocer no había visto la utilidad de algo como eso.

—¡Yo quiero participar en esa treta! —Margot no las conocía, pero ellas no se habían metido con su aspecto ni criticado sus lloros, y encima estaban hablando de un asunto que podría proporcionarle un esposo. Ella no necesitaba más credenciales para subirse al barco del matrimonio con trampa.

—Tres será mejor que dos. Necesitaremos mucha ayuda para ver cómo procedemos… —April tenía claro que lo suyo sería tender una trampa al caballero que cada cual eligiera, pero, más allá de eso, no veía cómo proceder. Tres mentes pensaban mejor que dos y la

pecosa Margot se veía despierta e inteligente. Vamos, tenía que serlo si había reconocido la genialidad de su plan.

—¿Cómo lo hacemos? —Ruth Anne ya se veía en medio de la catedral de Saint Gregory recitando sus votos. Poco importaba el hombre que estuviera a su lado, llegado a este punto se conformaba con que tuviese todos sus dientes, cuidase su aseo personal y fuese respetuoso. Incluso si no había amor al principio, también podría llegar con el tiempo.

—Lo mejor será elegir con cuidado a nuestras víctimas. —Margot estaba muy emocionada—. Buscaremos hombres con carácter agradable. —Debía ser un requisito fundamental porque poner sus ojos en hombres agrios podría suponer un verdadero embrollo. ¡Quién sabía las represalias que se tomarían por su engaño para cazarlos!

—Que sean apuestos. —Ya que iban a transgredir las normas, debían hacerlo a lo grande. April así lo creía.

—Que no se les relacione con amantes. —Ruth Anne consideraba eso importantísimo.

—Que tengan el pelo dorado. —Margot lo consideraba esencial.

—No, mejor oscuro y con los ojos del color de la tierra húmeda… —April conocía a su hombre ideal. No obstante, como él no sabía ni que ella existía, buscaría a un buen reemplazo que se le pareciera. O tal vez no…

Ruth Anne la vio muy ensoñadora y le dio una mirada de reprobación. April carraspeó incómoda por el escrutinio de su mejor amiga.

—Haremos una lista de lo que buscamos en nuestros futuros maridos y luego los buscaremos a ellos. Así les tenderemos una trampa y al fin seremos esposas, tendremos hijos y viviremos felices. —Margot giró sobre sí misma de plena felicidad. Al fin veía luz en medio de la oscuridad.

—¡Sí! Haremos que nos besen y que la sociedad nos sorprenda para que no puedan huir de nosotras. ¡Les obligaremos a casarse!

—April fue a por su nueva aliada, la cogió de las manos y ambas comenzaron a dar saltitos de alegría. Nada podía salir mal.

Lady Ruth Anne Nording se acercó a mirar por la gran ventana que figuraba en el lateral del gabinete. La vista era menos interesante que la de su casa en Mayfair. Se había levantado creyendo que sería un día como cualquier otro, pero todo acababa de cambiar y mentiría si dijese que no le daba muy mala espina. Según las suposiciones hechas, debería estar contenta, más bien pletórica, pero no era así.

Era irónico, casi hasta cómico. Desde los dieciséis años de edad había estado soñando despierta con el día en que se casaría. Se imaginaba a un hombre normal. Sí, no apuesto, no un ogro, sino a un pretendiente común que la vería y caería rendido a sus pies. Había fantaseado con un cortejo largo donde ambos hablarían de forma respetuosa y averiguarían el gusto del uno y del otro. Bueno, esto último no era del todo cierto porque ella ya conocía al hombre que le hubiese gustado que fuese su esposo: Bastian Leight, marqués de Londonderry y futuro duque de Kent.

Hacía años que el marqués era amigo de su hermano mayor, Alexander, el actual conde de Albans y futuro duque de Cass en cuanto su padre pasase a mejor vida, lo que Ruth esperaba que fuera dentro de largos años.

Había hablado pocas veces con ese hombre que era el ideal e indicado para ella, pero de pronto se veía siendo su esposa. Él era un hombre de facciones suaves y pelo dorado como la luz del sol que contrastaban con cuerpo robusto. No de aspecto grueso, pero sí sabía que sería capaz de sostenerla en sus potentes brazos en caso de necesidad. Era del todo un Adonis, con sus ojos color avellana y su dulce voz de barítono. Pero de igual modo sabía que no era una persona fácil y dudaba que no estuviera implicado con alguna mujer… Un hombre así, seguro que andaba de falda en falda porque podía tener a la mujer que quisiera a sus pies.

¿Qué podría ofrecerle ella en caso de tenderle una trampa? Devoción, amor, compañía, cuidado, y una dote nada desdeñable y

las fuertes conexiones de su padre. Además, Bastian siempre la trataba con respeto y nunca lo había oído referirse a ella como rústica. No eran demasiado amigos, pero eso tampoco era un factor importante para tener un buen matrimonio, ¿verdad?

El futuro duque de Kent podría ser una presa muy apetecible… En el peor de los casos se enfrentaría a su ira. En el mejor, se casaría con ella y entonces Ruth Anne tendría toda la vida para demostrarle que era la mejor opción para ser su futura duquesa.

Pero, ¿y si se enfadaba mucho y decidía hacer de su vida un infierno?

Ruth Anne se inquietó con ese último pensamiento. No estaba segura de todo lo que en los dominios de la modista francesa se estaba hablando, pero las perspectivas eran muy prometedoras. ¿Qué mal podía haber en casarse con el hombre que deseaba y hacerle ver que era la esposa perfecta para él?

Una trampa. Eso suponía engañar y cazar a un hombre contra su propia voluntad. Debería decir que no. Que aquello no estaba bien, no debían tomar el camino fácil para obligar a un hombre al matrimonio…

Ruth Anne regresó la vista hacia las dos mujeres que parecían amigas de toda la vida. Debía hablar y exponer sus propias conclusiones. Advertirlas. Las otras dos estaban ideando ya su propia lista sobre las cualidades que los hombres debían tener para ser los escogidos. La pelinegra debía convertirse en la voz de la razón… Y una vez más, vio a April y Margot saltar de pura dicha ante la ocurrencia del plan.

Así que la hija del duque de Cass hizo lo más sensato: se acercó a ellas, compuso su mejor sonrisa, las tomó de la manos y comenzó a dar saltos de alegría como hacían ellas, porque Bastian Leight, futuro duque de Kent, iba a convertirse en su esposo, quisiera él o no… Ya luego, una vez casados, ella sería la mejor y más sublime esposa del universo y eso lo haría a él muy feliz.

Así pues, no todo estaba perdido… Esta temporada las tres se casarían con los hombres elegidos. ¡Nada podía salir mal!

Capítulo 1

Duque a la vista

Ruth Anne llegó a su casa satisfecha con los vestidos encargados. Su madre se había molestado porque se ceñían demasiado a su cuerpo y resaltaban sus pechos en demasía. Cuando la duquesa expuso sus quejas, la modista explicó muy detalladamente que para conquistar a un hombre había que dejarle ver un poco de aquello de lo que podría hacer uso. La modista le guiñó un ojo a la duquesa. Eso pareció dejar contenta a la madre de Ruth Anne, quien intuía que a estas alturas todo valdría para poder hacer de su hija una dama casadera.

La muchacha entró en la casa, subió hasta su habitación y se colocó uno de sus mejores vestidos de mañana para salir a ver a sus amigas. No fue casualidad que eligiese el que tenía el escote más bajo. Las breves enseñanzas que había infundido la costurera se les habían quedado grabadas. No entendió muy bien la alusión de la modista, pero sospechaba que el recato no le iba a proporcionar un esposo… Porque jamás lo había hecho a lo largo de estos años.

Dedujo que el aspecto de una mujer era su mejor punto para poder atraer la atención de un pretendiente, así que a partir de entonces ella se esforzaría en parecer una mujer cautivadora. No era

como Rose Anne, pero podría intentar sacarse el máximo partido ante lord Londonderry.

No le daba tiempo a arreglarse mejor el pelo, por lo que se conformó con lo que ya había allí hecho. Ruth Anne se miró en el espejo antes de salir de la habitación y decidió que el escote todavía podía ser susceptible de bajar un poquitín más… Así lo hizo. Se dio un tirón y el nacimiento de los senos quedó a la vista. Tal vez fuese demasiado escandaloso… O tal vez no.

Sus amigas habían insistido en hacer una búsqueda por las fiestas y salones de baile para localizar a los candidatos perfectos. Ella había estado de acuerdo. Aunque para la joven su objetivo era uno de los mejores amigos de su hermano, no quería cerrarse las puertas en su búsqueda del mejor. Pensó en el carácter de su hermano. Alexander era fiero y cortante, así que en comparación Bastian parecía un corderito, y eso que Londonderry se veía serio.

En honor a la verdad, no veía al actual marqués de Londonderry como un hombre fácil y no estaría de más ir siempre perfectamente sugerente para atraer la atención de otros. Porque aunque la idea de tender una trampa estaba sobre la mesa, todavía podía conseguir a un pretendiente y esa opción le gustaba demasiado como para dejarla correr.

Aun así, tenía que estar lista para cualquier eventualidad. Bajó por las escaleras cavilando en la mejor manera de hacer que un hombre como Bastian, que pocas veces le había hablado, acabase casado con ella. Sencillamente podría encerrarse con él en la biblioteca, bajar su corpiño un poco para que alguien los sorprendiese con sus bocas juntas y que el honor del caballero hiciera el resto. Pero resultaba una iniciativa tan fría que…

—¡Cuidado! —gritó alguien. Pero fue demasiado tarde, Ruth Anne ya había chocado contra un duro pecho. El olor a sándalo y algunas notas dulzonas de loción de afeitar inundaron sus fosas nasales. La joven levantó la cabeza ruborizada cuando sintió unas poderosas manos sujetarla por los hombros.

—Yo… lo… —Se quedó muda. Lo primero que vio fueron unos ojos verdes tan profundos que podría caer en ellos y ahogarse. Tan expresivos que veía perfectamente el enfado reflejado ahí. El cabello le caía sobre las orejas, era de color castaño y, aunque el conjunto era más que aceptable, tuvo que gritar un «¡oh!» tan sonoro que el desconocido la apartó de sopetón.

Curiosamente, la pérdida de calor de un hombre fue algo que se sintió decepcionante… Tanto que lamentó que la apartase al momento. Era la primera vez que estaba tan cerca de una persona del sexo contrario y Ruth Anne pudo haber pensado que eso se sintió muy bien. No obstante, no se deleitó en semejante gusto porque lo que estaba observando ante sí la tenía paralizada.

Quieta. La joven se quedó quieta, pero eso poco le importó a su brazo izquierdo, puesto que este se levantó con vida propia con la única misión de rozar eso que la tenía fascinada.

Las yemas de los dedos femeninos alcanzaron su objetivo y sintió la piel abrasada bajo su tacto. No se inquietó al tocar esa horrible cicatriz. Surcó el rostro de él desde la oreja hasta la barbilla y repitió la acción sin poder quitar la vista de eso que inconscientemente estaba acariciando.

El hombre la observaba perplejo. Cuando vio bajar a esa muchacha algo se agitó en su interior. Ella iba mirando el suelo y no se había percatado de su presencia. La veía ir directa hacia él y sus brazos se extendieron sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Cuando la tuvo pegada al pecho le sobrevino un olor a rosas que aspiró con alevosía y glotonería. Juraría que incluso pudo degustar el dulce aroma en su paladar. La asió por la espalda para encerrarla en su abrazo y apretar esos senos que casi se desbordaron de su confinamiento contra sí. Nunca sabría qué locura lo impulsó a encarcelarla por unos breves instantes en su cuerpo. Cuando la vio subir la mirada, el aire abandonó sus pulmones de súbito. Eran unos ojos grandes, pardos y lo examinaban con sumo interés.

El cabello recogido severamente en lo alto de su cabeza lo llamaba a sumergirse en él para buscar las sujeciones y dejarlo caer

en cascada. Era abundante y de un color rico en tonalidades oscuras, a veces negro, otras con ribetes rojizos. Estaba claro que con las prisas, la dama no había podido arreglárselo con mejor presteza. Eso, unido a las prisas y pasando por ese atuendo tan atrevido que ella vestía le hicieron suponer que la joven estaba ocultando algo, pero no atinaba a comprender el qué.

Se examinaron el uno al otro y él aguardó lo que sabía que venía. Toda mujer que veía su quemadura gritaba por la impresión. Y llegó. El grito, nada discreto pero de un timbre no excesivo, se hizo sonoro, pero entonces sucedió una cosa que hasta la fecha le parecía del todo imposible. Ella. Sí, esa mujer que lo había mirado con curiosidad al principio y con una mueca de disgusto después, estaba ahí parada frente a él mirando y acariciándolo, escrutando esa herida que evidenciaba que había fallado como hombre. La carne lacerada surcaba su rostro. Una cicatriz que había desfigurado su atractivo. Una circunstancia del todo buena para él en aquellos instantes en los que el trágico incidente sucedió, porque no deseaba atraer la atención de ninguna mujer, pero que con el paso de los años se convirtió en motivo de desagrado para sus congéneres.

Esa piel insensible, que hacía años que lo consumía de igual modo que las llamas que ardieron una vez en ese lugar, estaba cosquilleando bajo los delicados dedos de esa ninfa. Su hombría se revolucionó al instante, tanto que incluso hubo de echar mano de todo su autocontrol para evitar que sus impulsos primarios se adueñaran de la situación. ¿Qué le estaba sucediendo? Siempre había podido mantener sujetas sus bajas pasiones, pero esa mujer lo había encendido como una vela con un simple roce. ¿Llevaría tanto tiempo sin gozar de las atenciones de una fémina en su cama que al mínimo contacto su cuerpo quería saltar por los aires?

Él subió su mano para colocarla sobre la femenina, pues sintió el inminente deseo que ella no se alejase de su piel, incluso apretó su rostro contra la palma de ella y suspiró cuando la vio mirarle con, ¿compasión?

Él exhaló y eso fue lo que consiguió romper el embrujo de la situación, porque no quería la lástima de nadie. Así fue como agarró la mano de la mujer que casi consiguió hacerle olvidar sus miserias y la bajó, sin violencia pero con firmeza. Entonces sintió esos ojos de gata sobre él. Las mejillas de ella continuaban encendidas, lo que encontró adorable. Tanto que estuvo a punto de volver a tomarla entre sus brazos. Pero no lo hizo porque la respiración agitada de la joven volvía a amenazar con que sus impresionantes senos quedasen derramados sobre su vestido del todo inapropiado. Dio dos pasos atrás sin dejar de observar los ojos felinos y carraspeó, preparado para hacer una petición formal a la mujer que lo había despertado de su largo letargo de apetencias íntimas.

—El servicio de esta casa deja mucho que desear. A no ser que usted no sea la doncella, sino que haya allanado una casa honorable con la pretensión de buscar una clientela que le facilite unas pocas monedas. Y si así fuese, déjeme decirle que es su día de suerte y no se equivoca usted de víctima. No negaré que esta cicatriz —él le llevó el pulgar para tocársela— ha hecho que haya tenido que echar mano de mi fortuna para poder disfrutar de una lozana mujer, pero no creo que la casa del duque de Cass sea un buen lugar donde alguien como usted busque sus… pasatiempos. Ahora bien, vuelvo a insistir en que es su día de suerte, aunque también podría ser que el joven lord Albans, o incluso su padre, la hubieran metido con discreción en la casa, más concretamente en su cama, pero flaco favor les estaría usted haciendo al salir por la puerta principal. ¿Con cuál de los dos hombres que habitan en la casa se cita usted?

—¿Cómo dice? —preguntó con el ceño fruncido Ruth Anne sin llegar a comprender lo que el extraño le estaba preguntando.

—No importa —continuó él con sus suposiciones—. Ese dato no es importante porque no pienso dejar a un lado mi buena suerte. No negaré que estoy tentado a preguntar su nombre, incluso deseo fervientemente saber si está usted disponible para algún encuentro casual mientras dure mi estancia en la ciudad. Aunque para lo que podríamos disponer no es necesario ni hacer una presentación

formal. Le diré lo esencial, y esto es que soy un hombre del todo generoso, excesivamente generoso, y mis gustos carnales no la inquietarán en absoluto, más bien creo que soy más que capaz de complacerla. Ha pasado cierto tiempo sin que yo… En fin, lo elemental no creo que haya cambiado. Si está interesada, por favor, venga a mi casa esta noche sobre las ocho y llegaremos a un acuerdo que le satisfará más que el que pueda tener dentro de esta casa.

Y así el hombre sacó una la tarjeta de papel blanco con las letras escritas en tinta de oro. Al ver que ella era incapaz de moverse, ni corto ni perezoso le agarró el brazo para levantarlo, le abrió con sutileza la mano y dejó allí el papel, no sin antes hacer que ella cerrase los dedos sobre la pulcra cartulina. Comprendía que con una proposición como la que le estaba haciendo la podía haber abrumado. Estuvo satisfecho con sus palabras. Al menos, la mujer se veía curiosa ante el asunto. Sencillamente, la había visto y no podía dejarla escapar.

No tenía claro si la mujer andaría enredada con el duque de Cass o con su vástago. No le importaba. Ella tenía que ser suya. Lo supo en cuanto puso sus ojos sobre los de esa gata. No podía ver más allá de ella en su cama. De sus garras hincadas en su espalda. No quería ni podía luchar ante lo que la mujer le había provocado. Un simple contacto y una simple mirada, y la deseaba como hacía tiempo que no había deseado a ninguna. Nunca fue un hombre de fuertes pasiones, sino todo lo contrario. Pero ella… Ella… Ella había hecho algo muy… muy… No lo sabía, pero había sucedido algo con esa mujer.

La observó por última vez con cara de asombro y decidió terminar su propuesta del modo en el que se cerraban bien este tipo de acuerdos: con un beso. Miró a derecha y a izquierda, y al ver que no había nadie que pudiera sorprenderlos bajó la boca sobre la de la joven. Sin permiso, sin invitación. Él era un hombre tomando lo que deseaba en el momento que se le antojaba y ella lo aceptaría aunque fuese lo último que hiciera.

Bruja. Esa gata era una bruja cuyos ojos y tacto lo habían hecho caer de rodillas. Pues bien, sumiso se dejaría arrastrar a esa pasión que ella había despertado, porque no había otro riesgo que el de pasar unos ratos extraordinarios haciéndole el amor. Le haría ver que era mejor amante que cualquiera que hubiese tenido, pero como no estaba seguro de si eso —después de tantos años sin ejecutarlo— sería posible, echaría mano de su fortuna para convencerla. Sí. Su siguiente parada sería una joyería de la ciudad para comprarle una chuchería con la que engatusarla.

Cara. Debía ser una joya carísima que no pudiese competir con ninguno de los enseres que previamente ella hubiera recibido de sus anteriores amantes. Estaba seguro de que una mujer como esa tenía a medio Londres a sus pies y al otro medio peleando por sus atenciones. Lo suyo sería no perder el tiempo y convencerla de que él era su mejor opción.

Aun así, no quería abrumarla con sus necesidades, por lo que él decidió iniciar su beso con un roce tentativo, promesa de lo que se avecinaba. Los labios de él rozaron los de ella y cuando la vio apretar la boca y abrir los ojos como platos, decidió ir al grano. La acercó contra su pecho y sacó la lengua para hacer que las compuertas de su seductora compañera se abriesen y le permitiesen el paso. Insistió un par de veces y sonrió satisfecho al ver que la mujer se plegaba a sus deseos. No es que claudicase, sino que cuando su lengua encontró la de ella, la tuvo que obligar a seguir su ritmo.

Increíble. Había encontrado un diamante en bruto porque, ¿qué mujer mundana sería capaz de seguir mostrando inocencia? Ese detalle lo volvió loco y decidió poner punto y final al encuentro o acabaría escabulléndose en una habitación y daría rienda suelta a sus deseos reprimidos. Esos impulsos que no había sentido desde hacía tanto tiempo, que se sentían desquiciantes y abrasadores.

La miró a los ojos y contempló un destelló de deseo. Así que no era el único que había sentido esa fuerte atracción, esa pequeña chispa de fuego que se sintió cuando sus cuerpos chocaron. La

mujer también estaba presa de la pasión y se mostraba sorprendida ante él. El hombre sonrió de lado.

—Adoro cuando las mujeres se hacen las inocentes. La interpretación de tu falta de pericia me ha convencido de que eres la indicada para pasar mi estancia en la ciudad. Cuando vengas a mi casa no dejes de interpretar tu papel, te lo suplico. Encontrarás nuestro acuerdo muy lucrativo, te lo garantizo. —El hombre estaba dispuesto a terminar de descubrir los secretos íntimos de esa seductora mujer.

Él le dio un último y rápido beso en los labios y la dejó para adentrarse en el despacho del duque de Cass, a fin de tener una entrevista, con una sonrisa en los labios. Tal vez no todo resultase una pérdida de tiempo, pensó el hombre mientras abría la puerta y recomponía sus pantalones para disimular sus impulsos masculinos.

***

El duque de Cass se había levantado hoy con buenas perspectivas. Estaba convencido de que se avecinaban cambios en la vida de su familia. Su esposa estaba un poco más calmada con respecto a que su heredero tomase una esposa. La duquesa deseaba casar a sus últimos hijos solteros casi al mismo tiempo. Él le había aconsejado a Anne atender primero a su hija y luego mirarían qué hacer con Alexander. No era un mal hijo, pero estaba cayendo en los brazos de una vida demasiado licenciosa y eso no era bueno para ningún hombre de bien.

El duque de Cass estaba sentado detrás del escritorio de color caoba cuando se oyó un golpe en la puerta. Dio su permiso para que quien fuese accediera a su despacho. Al ver al hombre que se acercaba hacia su posición, el duque se levantó en señal de respeto. Su invitado era un hombre de aspecto severo, incluso más que el

suyo propio, por lo que Cass decidió borrar su sonrisa para no provocar suspicacias.

—Atholl —saludó al recién llegado el padre de Ruth Anne.

—Cass —correspondió el invitado al duque de Atholl, quien al mismo tiempo le tendió la mano para saludar a su homónimo.

—Por favor, toma asiento —sugirió el padre de Ruth Anne.

—Debo decir que me resulta del todo una incógnita tu invitación.

El duque de Atholl se sentó en la silla de enfrente y vio a su buen amigo dirigirse hacia el mueble en el que reposaban los licores.

—¿Quieres una copa?

—¿Debo quererla? —preguntó el duque de Atholl mientras levantaba una ceja mirando a Cass.

—Supongo que no te hará daño beber mi excelente brandy. Sin embargo, si no es tu deseo deleitarte con una buena copa…

—Está bien. Te agradeceré esa copa pero me da en la nariz que me va a costar caro tu ofrecimiento. —Ese hombre quería algo de él y el duque de Atholl no estaba seguro del motivo de su invitación.

—Sigues siendo muy desconfiado. —El duque de Cass estaba sirviendo dos generosas copas para hacer más llevadera la conversación que iban a mantener. Intuía que era mejor utilizar los efectos alcohólicos de la bebida a fin de relajar a Atholl.

—Cuando el duque de Cass me convoca en su casa por un tema delicado, según ponía en la misiva, después de cuatro años sin tener noticias… Sí, supongo que estoy preocupado por lo que va a resultar esta entrevista.

Cass le tendió la copa a su amigo y se sentó de nuevo, pero lo hizo junto al duque de Atholl, no frente a él. Necesitaba que se crease proximidad entre ambos.

—No hay nada de qué preocuparse —trató de tranquilizarlo el padre de Ruth Anne.

—Tu nota no decía eso —rebatió con suavidad.

—Estoy en un aprieto… —confesó el duque de Cass sin titubeos.

—¿Qué tipo de aprieto? —Atholl se llevó el licor a los labios, sospechaba que necesitaría algo fuerte para digerir lo que su amigo

le transmitiese. Esa cara que Cass estaba poniendo…

—Uno del que espero que me saques.

—No me gusta andar arreglando tus desperfectos. —Le sonrió Atholl recordando el pasado.

—Le prometí a tu padre que cuidaría de ti.

—Creo que soy ya bastante mayorcito para hacerlo por mí mismo.

—Supongo que tus treinta y tres años te dan derecho a hacerlo, no lo niego. Sin embargo soy mayor que tú, tengo más experiencia y creo que podemos ayudarnos. Sé que hace años que has dejado de ser aquel muchacho asustadizo que conocí cuando tu padre y yo hacíamos negocios.

—Bueno, ha pasado largo tiempo desde aquello. Si no hubiera evolucionado, tendría un verdadero problema. ¿No te parece? —adujo el recién llegado a Londres, dando a entender que era más inteligente y que sabía que algo se iba a requerir de él.

—En efecto, los años pasan y yo cada vez me hago más mayor. —El duque de Cass suspiró y miró a su amigo con simpatía—. Le prometí a Phillipa que cuidaría de ti también.

—Te repito que no hace falta que veles por mi bienestar. Estoy bien.

—No, no lo estás.

—¿Ah, no?

—No —contestó con más convicción Cass.

—Así que crees conocerme mejor que yo mismo. —La conversación estaba incomodando a Atholl.

—Escucha, Atholl —comenzó a decir el duque en tono conciliador—. Fue duro lo que pasó. Todos lo sentimos.

—No creo que me hayas convocado aquí para hablar de mi esposa fallecida —atajó con seriedad sabiendo hacia dónde se dirigía la conversación.

—Pues la verdad es que sí lo he hecho, y lo que quiero y necesito de ti nos hará bien a ambos. —El padre de Ruth Anne se sintió convencido de su afirmación.

—Dispara de una vez. —No tenía que haber venido. Sabía que su amigo preparaba algún tipo de encerrona, lo mejor sería que le diera las malas noticias, que probablemente venían en forma de petición, lo antes posible para que él pudiese negarse y marcharse de vuelta a su reclusión en el campo.

—Has llorado a Phillipa durante cuatro años.

—Créeme, todavía no he empezado a llorarla. —Si su amigo creía que él iba a olvidarse de su esposa tan pronto, es que estaba soñando o no lo conocía tan bien.

—Es hora de que te vuelvas a casar —planteó Cass de modo ferviente.

—No lo creo —rebatió con calma Atholl mientras se tomaba un sorbo de brandy.

—Y de que tengas descendencia —siguió Cass con su exposición sin atender su negativa.

—Todavía menos probable que lo primero —bufó.

—Y deseo que lo hagas con mi hija. —Ya estaba. Había soltado la bomba y lo había hecho sin tartamudear y muy convencido de lo que planteaba.

Ese fue el preciso instante en el que el contenido de la boca del buen duque de Atholl salió de su lugar y fue escupido ducalmente sobre Cass.

—¿¡Te has vuelto loco!? —gruñó su invitado.

—Esperaba una reacción aireada, pero no que acabases escupiendo sobre mí por mi ofrecimiento —contestó con calma el duque de Cass mientras se limpiaba los restos del licor con un fino pañuelo de lino.

—Mi primera suposición fue que tramabas alguna cosa. Hacerme venir tan rápidamente solicitando mi ayuda… Sospechoso. Muy sospechoso. Luego me convencí de que tal vez hubiese algún problema con mi ahijado pero…

—Lord Londonderry está en buena compañía —lo cortó Cass—. Mi hijo es una buena influencia para él y Bastian lo es para Alexander. Los dos están bien.

—Ya sabes que Bastian es un buen chico, pero sus circunstancias… —No quería rememorar el pasado y decidió dejar la frase en suspenso.

—Él perdió a sus padres en aquel incendio y ha podido ir recomponiéndose. —Cass no estaba dispuesto a terminar con el tema.

—El viejo duque de Kent desea ver a su nieto asentado lo antes posible… —La cara se le iluminó a Atholl—. Sería una buena idea —expuso con alegría—. Estoy seguro de que tu hija y él harían una pareja encantadora. Buen pedigrí ambos. ¡Sería un enlace fabuloso! —El duque se levantó dispuesto a dar por concluida la reunión con Cass—. Redacta el contrato, estoy seguro de que la unión será beneficiosa para ambas familias. Y ahora, si me disculpas, tengo esta noche un compromiso muy importante y deseo prepararme para…

—Vuelve a sentarte. —Cass no alzó la voz ni se levantó de su asiento pero fue muy enérgico. Ambos se miraron fijamente.

—Ya tuve un padre y no deseo tener otro —expuso molesto Atholl.

—Estás siendo ridículo. Tengo planes para ti.

—No, Cass. He sido práctico, más bien he estado acertado diría yo.

—¿Lo has sido? ¿Práctico?

—Desde luego que sí. Tienes una hija en edad casadera que te mueres por endosar a un buen partido y yo te he dado la solución a tus problemas. Mi cometido aquí ha terminado. —Él no quería sentarse.

—Por favor, toma asiento porque aún no hemos terminado la discusión.

Atholl resopló pero le hizo caso. Cass podía ser muy complejo si se le llevaba la contraria. Claudicaría sobre lo de sentarse, pero sobre lo otro… ¡De ninguna manera se casaría!

—No creía que esto fuese una discusión.

—Tú lo estás convirtiendo en eso.

—No. Yo acabo de hacer que tu hija se convierta en una mujer prometida —expuso complacido con su solución.

—Mi hija no sería feliz con Londonderry. —Él los había estado observando y ahí no había nada.

—Entonces busca a otro que te haga más feliz, pero no cuentes conmigo —expuso con seriedad.

—Mi hija es una mujer apasionada que necesita cierta… mano firme. —Ruth Anne podía ser una plaga si se lo proponía, pero no iba a desvelarle ese detalle al hombre con el que quería desposarla.

—Busca entonces esa mano firme. Pero hazlo en otro lugar donde yo no me halle. —Atholl siguió severo en su actitud.

Hubo un momento de tensión silenciosa. Los dos hombres se miraban como si estuvieran en un duelo.

—Conócela al menos, y si ella no es de tu… —rompió el silencio Cass.

—¡No! Cuando Phillipa falleció, dejé clara mi intención de no volver a desposarme. De igual modo, decidí que si no tenía hijos con ella no los tendría con nadie, y eso es precisamente lo que voy a hacer. —El asunto era más complejo que todo eso, pero era la explicación oficial.

—No estás siendo razonable.

—Tú eres el que me quiere endosar a su hija. Estoy completamente seguro de que ninguna mujer querría ver esta cara al despertar. —Se señaló el rostro.

—Anne y yo consideramos que esa cicatriz te ha venido bien. —Lo vio abrir la boca y colocó una mano delante para frenarlo—. No me malinterpretes, sé lo que sucedió y el dolor que te causó. Tienes todo mi respeto y mis condolencias eternas, pero debes confesar que desde que la tienes resultas menos arrogante, más humilde. Aunque, bien pensado, eso es muy discutible en estos momentos.

—Tu damita saldría huyendo en cuanto me viese —rebatió con presteza el duque más joven.

—Oh, no. Estoy seguro de que mi hija no lo haría. —La conocía bien. Ruth Anne no era blanda. Era fuerte como su esposa.

—¿Ah, no? —Atholl lo dudaba muchos.

—Verás. Mi pequeña lleva en el mercado matrimonial demasiadas temporadas como para…

—¿Cuántas? —lo cortó con curiosidad.

—Eso no importa. —El número era obsceno y el padre no lo daría a conocer.

Atholl comprendió que Cass no iba a revelar esa información.

—A riesgo de parecer insensible y ganarme tu ira lo preguntaré. ¿Tiene alguna tara?

El duque de Cass se tomó un momento para meditar su respuesta.

—Sí, una —respondió con calma.

—¿Puede saberse de qué adolece? —No creyó que confesaría un problema de su hija menor.

—Adolece de reconocer a los ineptos a primera vista —contestó Cass con una sonrisa brillante. Si ella hubiera escogido a algún mequetrefe, el duque hubiese podido convertirlo en un hombre de provecho, pero el problema era que nadie se acercaba a Ruth Anne.

Atholl rodó los ojos.

—¡Por Dios santo! Creí que ibas a decir que estaba ciega, o sorda, o algo peor. Eso no es ninguna tara —se quejó con enojo.

—Es demasiado inteligente para su propio bien. —Hoy en día esto era un problema preocupante para una mujer. El mundo era de los hombres y no estaba bien visto que una dama fuese despierta.

—Y, físicamente, ¿ella es…? —El duque de Atholl movió la mano derecha en clara invitación a explicarse sobre ese tema. Nunca llegaría a comprender el motivo por el que preguntó sobre su aspecto.

—Perfecta. —Si él era perfecto y su esposa era perfecta, lógicamente sus tres hijos eran perfectos. No había más.

Una vez más, Atholl puso los ojos en blanco. ¡Lo que le faltaba! Un orgulloso padre presumiendo de su princesa. Otro punto que añadir a la lista sobre por qué no debía aceptar una esposa, y menos a la que le querían endilgar.

—Cuatro temporadas son muchas para que la hija de un duque siga soltera —vaticinó para tantearlo.

—No son cuatro —aclaró sin desvelar nada más al respecto—. Ya te he dicho que no hay ningún hombre que esté a su altura. —No mentía, pero tampoco era importante decir que ella no era una favorita ni de lejos.

—¡Dioses del Olimpo! ¿Y qué locura te ha llevado a pensar que yo iba a ser una excepción? Lo que menos quiero es una nueva complicación en mi vida. —Atholl comprendía que el duque le estaba pidiendo un favor, pero era algo del todo imposible.

—Sé que hace años que no estamos en contacto. Desde que tu padre murió, no hemos sido tan cercanos como debería —se excusó.

—No hay nada que lamentar —trató de tranquilizarlo.

—Aun así, mi esposa quiere que nuestra pequeña esté bien atendida y temo que algún cazafortunas pueda aprovecharse de la… En fin, mi hija desea casarse a toda costa y esta temporada, según me ha dicho mi esposa, debe ser la definitiva.

De nuevo un silencio pesado cayó en la habitación.

—Pues tienes contigo mis mejores deseos para que tu hija alcance lo que se le debe. Sinceramente, espero que encuentres a un buen hombre al que llamar hijo. —Ese no sería él bajo ningún concepto.

—Sí. Lo tengo justo delante de mí —rebatió Cass audaz.

—De eso nada.

—Eres más terco que una mula. Te garantizo que mi hija es lo que necesitas en tu vida. —Lo había pensado detenidamente y era una solución sensacional para todos.

—No, gracias —rehusó con elegancia y sensatez.

—Conócela al menos. Te aseguro que no te decepcionará. —No comprendía el motivo por el que Ruth Anne había quedado relegada a la última posición de las damas elegibles. Tal vez fuera por su fuerte amistad con la hija de un comerciante… Su hija no era una belleza como Rose Anne, pero era bonita. A su manera.

—De verdad, Cass. ¿Qué te he hecho yo para que me atosigues con semejante sandez? —Atholl decidió sacudirse de encima el tema de una vez por todas.

—Eres un buen hombre y, al hablarle de ti a mi esposa, ella y yo coincidimos en que serías un buen esposo.

—Debes estar bromeando. Además, no nos conocemos tanto como para que afirmes semejante cosa. —Hacía demasiados años que no se veían y Atholl no era el mismo que una vez fue.

—No, no bromeo. De igual manera afirmo que mi hija será una gran compañera para ti. No te defraudará. Y en cuanto a tu otra observación, conocí muy bien a tu padre y te he visto crecer. Te conozco, amigo mío. Siempre te he tenido un especial cariño. Y por ello no me negué a acoger a tu ahijado bajo mi ala cuando me pediste ayuda. —Era un poco egoísta usar esa estrategia, pero las opciones se acababan.

—¿Vas a jugar esa baza? —inquirió ofendido el posible pretendiente.

Cass lo miró sin comprender… Mejor dicho, sin dar a conocer que esa era una estrategia.

—¿Qué? —preguntó inocentemente Cass.

—Si hubiera sabido que tu intervención para ayudar a Bastian implicaba ceder mi mano en matrimonio, me hubiese replanteado mi petición —expuso bufando.

—Estás siendo de nuevo absurdo. —No era para tanto. Cass le estaba dando a su hija en matrimonio. La hija de un duque que era una mujer muy especial… ¡Atholl debería estar dándole las gracias, no poniendo trabas!

—Verás, estoy cansado y creo que no nos vamos a poder poner de acuerdo sobre este tema. Será mejor que me marche y olvidemos esta conversación.

—No vas a hacerme cambiar de opinión. —Eso sonó a amenaza.

—Ha sido un placer. —Ahora ya sí. El duque de Atholl se levantó, agachó brevemente la cabeza en señal de respeto y salió volando del despacho.

—No hemos terminado aún —expuso Cass cuando su amigo salió por la puerta. El duque lo oyó pero decidió no contestar, su punto había sido dejado claro con suficiente insistencia.

Ese muchacho, por más que no necesitase otro padre, se sentía como un hijo para él y Cass siempre sabía lo que era mejor para sus hijos… Incluso antes de que sus vástagos lo supiesen.

***

Ruth Anne no supo cómo sus piernas fueron capaces de aguantar su peso mientras un apuesto e imperfecto desconocido la besaba. No es que ella no fuese culpable de haberlo inducido. ¿Qué en nombre del Altísimo la habría impulsado a acariciar la herida de ese hombre? Y lo peor de todo: ¿por qué diantres había permitido que la besase sin oponer resistencia?

Ruth Anne había estado con la boca abierta cuando el hombre había comenzado a hablar. No fue hasta bastante avanzada la retahíla de él, cuando se dio cuenta de que la estaba ofendiendo al insinuar que ella era una mujer de vida alegre. Una falda ligera, por así decirlo. Debió haberlo corregido. Incluso una buena dama de alta alcurnia lo hubiese abofeteado ante semejante alusión. Ella estaba a punto de hacerlo, incluso había comenzado a alzar la mano, cuando de pronto se vio dulcemente ultrajada. Y otra vez su mano se negó a hacer eso que debía, abofetearlo, porque con el simple contacto de los labios de él su mano bajó. Cierto es que no había cooperado mucho en la cuestión del beso, entre otras cosas porque la había pillado totalmente desprevenida… ¿Quién iba a pensar que un extraño la asaltaría en su cálido y seguro hogar?

Mentiría si no admitiese que la experiencia resultó del todo novedosa. No sabía si placentera, pero sí fue agradable. Un extraño la había besado. La creía una cortesana o algo aún más grave. Si su padre o su madre supieran lo que había sucedido… ¡Oh, Dios del

cielo! Ese hombre incluso había insinuado que ella estaba en la casa para ver a su propio padre o su hermano. Ruth Anne compuso una mueca de repugnancia con ese pensamiento.

No. Ella no iba a decírselo a nadie. Tampoco confesaría, ni bajo pena de muerte, que él la había hecho sentirse un poco perversa y que eso en verdad sí le agradó exageradamente.

No era del todo inocente en cuestiones amorosas. Su hermana mayor la había instruido sobre algunas cuestiones, no por propia voluntad, sino porque ella había escuchado ciertas conversaciones que no debería. Además de que Alexander tampoco era muy reservado a la hora de hablar con Bastian sobre sus conquistas.

Bueno. No tenía ni idea de qué hacía ese extraño en su casa. Nunca lo había visto allí y con un poco de suerte no volverían a coincidir. Lo mejor sería olvidarse de lo sucedido y concentrarse en la búsqueda de un pretendiente o, como último recurso, en tenderle una trampa al hombre que le había gustado desde que lo conoció. Lo malo era que sacar ese encuentro inapropiado de su cabeza no iba a ser tarea fácil. Ese beso le hizo desear… desear… desear una serie de cosas que no entendía. Su cuerpo le estaba hablando, transmitiendo unas necesidades que hasta la fecha no habían llegado. No, al menos, de forma tan violenta y apremiante.

Tenía que salir del recibidor de su casa antes de que su madre apareciese, porque si la veía temblar como un budín se preocuparía. Ruth Anne agarró su capa y puso rumbo a casa de April, lugar donde habían acordado que se verían.

Cuando se tranquilizó llamó a su doncella para que la acompañase. El paseo le vino bien para controlar los nervios y que su cuerpo volviese a una temperatura natural. Los calores que él le había hecho sentir se fueron apagando con la suave brisa ligera de una mañana que más bien parecía otoñal.

Entró en la casa de April donde la recibieron como siempre, con atención y respeto. Era extraño que su rutina siguiera siendo la misma, porque Ruth Anne se sentía muy diferente después de la experiencia vivida con el desconocido imperfecto. Bien, no era

momento de analizar el hecho de que sentirse perversa y haberse saltado las normas sociales la habían hecho sentir bien como mujer. Tampoco era instante para preocuparse de lo agradable que había sido ser besada, y mucho menos debía pararse a pensar en el motivo por el que la tarjeta que él le había entregado figuraba a buen recaudo en su retículo, y no rota o esparcida en mil pedazos sobre las sucias calles de Londres.

—Ruth Anne, bienvenida. —April la saludó cuando ella ingresó en la salita de recibir visitas de la casa de los señores Sunne. La joven soltó los pinceles y la otra muchacha rubia que hacía de modelo para el retrato pudo volver a respirar.

—Buenos días, muchachas. —Habló la recién llegada al ver que su mejor amiga estaba en compañía de la última incorporación a la comitiva de las trampas.

—¿Muchachas? —preguntó con diversión April—. No te muevas, Margot, no he acabado tu retrato —le llamó la atención a la hija del conde Burst porque aún estaba realizando las primeras pruebas. Por descontado, Margot se volvió a colocar de nuevo de perfil con una manzana en su mano. Por lo visto, April era una pintora fabulosa y muy quisquillosa que le iba a regalar una pieza única… Se vio muy contenta de que su nueva amiga le hiciera un presente, lo que no supo en ese momento del ofrecimiento fue que la artista era del todo una tirana demasiado perfeccionista.

—Sí, todavía somos jóvenes y estamos llenas de vida. Me niego a considerarme una solterona. —Además, que Ruth Anne se sentía pletórica después de lo vivido. Tan entusiasta que no pudo esconder una sonrisa franca. Ese fue su primer error.

—Ruth Anne… —Su amiga April se acercó a ella con los brazos en posición de jarra—. ¿Qué sucede? —la escrutó con sigilo. Ahí ocurría algo. Su amiga normalmente solía estar apagada y se había presentado en su casa con una mirada iluminadora.

—¿Algo como qué? —Ruth Anne tragó saliva. ¿Tendría aún los labios hinchados por el beso y su amiga lo habría notado? Comenzó a ponerse nerviosa. Eso hizo que la otra muchacha que estaba

posando de modelo dejase la manzana en la mesa más próxima y se acercase también amenazante.

—No te conozco lo suficiente como para saber que hay un cambio en ti —comenzó a hablar Margot—, pero estás… extraña… Muy diferente a nuestro primer encuentro.

—Yo la conozco de prácticamente toda la vida y afirmo, sin lugar a dudas, que ciertamente Ruth Anne no es la misma de siempre. —A April no iba a engañarla. Oh, no. Desde luego que no—. ¿Qué ha sucedido, Ruth Anne?

—Bueno… yo… —Se tomó un momento. Podría confesar lo sucedido o bien contar una pequeña mentira piadosa.

—¿Sí? —la azuzó April.

Ruth Anne no sabía qué hacer. Los ojos de sus amigas ejercían una presión que ningún condenado podría resistir. Así que confesó humildemente.

—Me han besado —expuso en un susurro que sus amigas no alcanzaron a oír.

—¿Cómo has dicho? —La señorita Sunne quería saber qué sucedía.

—Me han besado —repitió la pelinegra un poco más segura de sí misma.

—Eres mi heroína —saltó de súbito Margot.

—¿Lo soy? —quiso averiguar Ruth Anne.

—Lo eres. En pocas horas has conseguido atrapar a un hombre con la trampa del beso. ¿Cómo lo hiciste? ¿Quién fue tu víctima? ¿Fue placentero? ¿Repugnante?

—¡No! —expuso molesta la hija del duque de Cass cuando se imaginó lo que la otra estaba pensando—. No he hecho nada de eso… Al menos, no aún. Solo ha sido un beso, no una trampa. —Ruth Anne tenía sus dudas sobre el tema de atrapar a un hombre, pero su subconsciente se empecinaba en decirle que aquello estaba bien y estaba hecha un lío de contrariedades.

—Entonces, ¿quién? ¿Cómo? ¿Cuándo y dónde te han besado, Ruth Anne? —la interrogó April.

—Ha sido un extraño y en mi propia casa. —Eso sonaba desastroso.

—¿Cómo dices? —preguntaron al unísono las otras dos muchachas.

—Me había preparado para venir —se dirigió Ruth Anne a April para seguir con la explicación—. Es decir, yo estaba en mi casa, concretamente bajando por las escaleras, cuando me he tropezado con un hombre.

—¿Era apuesto? —quiso averiguar Margot con cara ensoñadora.

Ruth Anne se mordió el labio inferior. Aquella cicatriz era muy visible y daba miedo, pero el cabello y los ojos de él la habían dejado tan atónita como la propia laceración. Eso sin contar que sus brazos se percibieron seguros y su pecho duro como una roca.

—Lo era, sí, aunque tenía una cicatriz en el rostro que lo hacía peligroso —se sinceró la hija de Cass.

—¿Qué tipo de cicatriz? —Ruth Anne tenía toda la atención de April.

Margot era tan soñadora que seguía imaginando a un apuesto hombre besando a su amiga y se sintió ciertamente celosa por su suerte. A ella nunca la habían besado.

—Como una quemadura. Era bastante apreciable, pero la marca no le quitaba atractivo, sino que le confería un aire… como misterioso. ¿Entendéis lo que quiero decir?

—Yo sí —habló Margot, quien estaba pensando en un hombre martirizado al que ella podía salvar de sus miserias. La joven suspiró—. Y me encantaría recibir mi primer beso de un hombre misterioso y apuesto como te ha pasado a ti. Es taaaaan romántico. —La mujer suspiró cuando terminó su apreciación.

—También ha sido el primer beso de Ruth Anne. —April estaba celosa de su amiga. Las tres tenían en común muchas cosas. Estaban a punto de ser consideradas unas solteronas redomadas, eran segundas hijas a las que sus hermanas les hacían sombra y deseaban casarse a toda costa. Y hasta el momento ninguna de las tres había sido besada… Salvo Ruth Anne en ese momento.

—Y ha resultado ser mágico —confesó la que recibió su primer beso sin ser consciente de lo que señalaba—. Lo que sucede es que no sé ni quién es ni lo que hacía en mi casa.

—Puedes averiguarlo con facilidad —alegó April.

—¿Cómo? —Ruth Anne no tenía ni idea de la manera de conseguir averiguar la identidad del misterioso ladrón de besos. Cierto que en primer momento se quedó tranquila al creer que tal vez nunca lo vería de nuevo pero…

—Pregúntale a tu padre por el misterioso invitado y tendrás la solución a tu alcance.

—¡No puedo hacer eso! —se quejó la pelinegra de la sugerencia de la pelirroja.

—Ruth Anne, claro que puedes —rebatió April.

—No —respondió la aludida con otra negativa.

—¿Por qué no, si puede saberse?

—¿Qué le digo? «*Padre necesito saber la identidad del hombre que hoy ha venido a casa porque me ha tomado por una falda ligera y me ha besado».* —Ruth Anne se tapó la boca y se puso colorada.

—¿Una falda ligera? —preguntó Margot con curiosidad.

—Una cortesana o una mujer de vida alegre. Yo no soy así, aunque ese hombre me haya besado y lo haya disfrutado. —Ruth Anne se llevó las dos manos a la boca para tapársela una vez más. No debió haber confesado nunca algo tan íntimo.

—Así que te gustó… —April estaba sonriendo a su amiga.

—Demasiado —señaló la hija de Cass con la boca pequeña.

—Pues no hace falta más que decirle a tu padre que un hombre se ha sobrepasado contigo. Estarás casada mañana mismo. —April lo veía claro.

—¿Te has vuelto loca? —Ruth Anne estaba desesperada por casarse, pero no lo haría con el primero que le diera un beso… Por lo menos, no hasta que lo conociese mejor. ¿Y si él hacía eso con todas las mujeres que se cruzaban por el camino? Ella no sabía cómo se sentiría cuando un hombre le perteneciese, pero seguro que sería muy celosa y no podría compartirlo con nadie jamás.

—Creí que querías casarte más que nada en este mundo. —April no la entendía.

—Y lo hago.

—¿Cuál es el problema? —intervino Margot en ese punto.

—¡No lo sé! —ironizó—. Tal vez que es un perfecto desconocido que puede ser un libertino o, peor, un asesino o un ladrón.

—¿Tu padre invitaría a semejante individuo a su casa? —April no lo creía en absoluto.

—¡Por supuesto que no! ¿Y si el hombre era un ladrón que se había colado en mi casa?

—A ver, describe su atuendo. —April tendría que abrirle los ojos a su amiga. Asaltar la casa del duque de Cass no era algo que se pudiera idear a plena luz del día.

—Elegante traje de color… —se calló.

—¿Qué color? —la apremió April.

—No lo sé… No me fijé en su atuendo, solo en su rostro y sus enormes hombros. —Ruth Anne subió sus manos para hacer un gesto y señalar que él era bastante grande y robusto.

—Debió ser un beso espectacular si no recuerdas si parecía un mendigo o un caballero.

—Era distinguido. Cuando toqué su tela era buena, como la que trae tu padre de las Indias. Suave, un buen tejido. —Ruth Anne eso sí lo recordaba.

—Entonces es un conocido de tu padre. Misterio resuelto. Ahora, tracemos un plan para que lo atrapes.

—¿Yo? ¿Atraparlo? —ironizó. Ruth Anne se quedó con los ojos como platos.

—Sí, tú serás la primera de nosotras en idear una estrategia para casarse. —Y April la volvió a deleitar con una sonrisa.

—¿Por qué yo? —Eso sonaba a prueba y ella no quería ser un experimento.

—Porque ya tienes una víctima a tu alcance. —Margot también lo veía igual de claro que April.

—No —negó la pelinegra moviendo suavemente la cabeza—. Ese hombre me ha ofendido. Por más que ese beso haya sido… Bueno —expuso con la boca pequeña—, no quiero casarme con él. —Bastian era una buena opción.

April se volvió a acercar a su amiga sigilosa y Ruth Anne se removió en el asiento en el que estaba sentada.

—¿Con quién quieres casarte, Ruth Anne?

—¿Y tú, April? —contraatacó la morena. Si su amiga creía que la hija de Cass no sospechaba nada sobre sus secretos es que era más ilusa de lo que pensó en un primer momento

—No sé de qué me hablas. —April se retiró de su lado avergonzada.

—La que no sabe sobre qué estáis hablando soy yo —se quejó Margot al verlas tan cómplices—. Comprendo que soy la nueva, pero me hace mucha ilusión formar parte de la iniciativa «trampas casaderas». Era un buen nombre, ¿no?

—Y lo eres —tomó la palabra April—. Lo primero que debemos hacer es establecer los objetivos y decidir quién será la primera en casarse.

Las tres se quedaron mudas.

—¡Chicas! Alguna debe ser la primera. —April no quería ser ella. Si de la rubia dependiera sería la última. De palabra, eso de cazar un esposo se veía sencillo, pero sospechaba que sería muy laborioso y que si no llevaban cuidado, la iniciativa podría acabar en tragedia.

—Supongo que podría ser yo… —Ruth Anne habló con suavidad—. Tengo un candidato.

—Lo sabía. —April no solía fallar en sus conjeturas—. ¿Quién es él?

—Prefiero no decirlo, por el momento —razonó Ruth Anne.

—Entonces, ¿cómo vamos a ayudarte? —inquirió April.

—Ciertamente, no puedo negar que hay un hombre que… —No sabía cómo seguir la frase—. Creo que es un imposible, por lo que he pensado que antes de tenderle la trampa podría dejar que la magia de *madame* French obrase un milagro. Tal vez con el cambio

de aspecto y sin tener a nuestras hermanas cerca… —Lo decía un poco convencida, pero no del todo.

—¿De verdad crees que un pedazo de tela bien puesto conseguirá lo que en todos estos años no hemos podido lograr? —April la miraba boquiabierta.

—Fíjate en este vestido, April. He bajado el corte del pecho unos pocos dedos y he sido besada. ¿Y sí la modista tiene razón y lo que nos ha fallado es nuestra apariencia? —Ruth Anne eso sí lo creía posible.

—Margot, ¿tú qué opinas? —April buscó apoyo en la tercera en discordia.

—Creo que lo plantea Ruth Anne puede dar resultado. Podemos acudir a las fiestas y buscar a nuestro pretendiente ideal. Así, con nuestra nueva apariencia podríamos intentar seducirlo… —Era una palabra poco apropiada para una joven dama casadera, pero Margot estaba decidida a trasgredir las reglas para encontrar esposo.

—¿Estás hablando de seducir a un hombre? —April se consideraba atrevida, pero esto era demasiado.

—No es tan descabellado lo que ha propuesto Ruth Anne. —Margot no lo veía mal—. Si estamos hablando de trazar planes para cazar a un esposo, ello implica un poco de seducción. Un beso, quizá. Lo de tenderles una trampa podríamos dejarlo un momento en el aire… Veamos lo que sucede en los bailes y fiestas y decidamos sobre la marcha. El hecho de que nos sorprendan con un hombre a solas no debería ser difícil… —Realmente no lo parecía en absoluto—. Así pues, ¿por qué no intentar conseguir un buen partido por las buenas con nuestras armas de mujer? La modista dijo que todas las damas las tienen si saben aprovecharlas bien. El guardarropa no tardará más que unas pocas semanas en llegar. Yo incluso le he pedido a mi doncella que mire otros peinados que me favorezcan más. Sé que no puedo borrar las pecas de mi piel, pero *madame* French me susurró al oído que buscase un hombre que quisiera contarlas, sea lo que sea eso… —No tenía muy claro esa recomendación que le hizo la modista mientras le guiñó un ojo.

—¿Estás de acuerdo con Ruth Anne? —April tenía todo trazado. Sospechaba que su amiga quería a un hombre en particular para ella. Si su mejor amiga se confesaba, April podría hacer lo mismo sobre su preferencia y, por último, podrían ayudar a Margot con el pretendiente que ella eligiese… Al parecer, el plan inicial había cambiado su cometido. La comitiva de la trampa se había convertido por el momento en la tropa de la seducción.

—Sí, creo que sí —respondió la interpelada.

April suspiró. Poco podía hacer.

—Está bien. Me sumo a vuestras ideas. —Con lo fácil que sería atrapar lo que ella ansiaba…

—¡Ah! He olvidado contaros una cosa. —Ruth Anne sacó la tarjeta del retículo—. El misterioso pretendiente me ha dado su nombre y me ha dicho que esté en su casa esta noche. Mirad.

April le arrancó el papel de las manos al tiempo que Margot se levantaba para ver lo que allí ponía.

—¿Por qué dijiste que no sabías quién era el extraño? —En estos momentos era Margot la que no entendía nada.

—No he mentido. Metí la tarjeta en el retículo y no le eché ni un vistazo. Quería romperla y no me atrevía a ver qué ponía allí… De verdad que no sé qué me ha impulsado a mostrárosla y, ya puestos, no comprendo la locura que me hizo conservarla. —Ruth Anne era todo un torbellino de emociones encontradas.

Las dos mujeres sostenían en sus manos la nota en la que ponía:

Duque de Atholl, Barnaby Jacobson.

—Indiscutiblemente debe ser amigo de tu padre. —April le tendió el papel a Ruth Anne para que ella viese por sí misma en qué enredo se había metido sin saberlo ni ser consciente.

Las letras bailaron ante su vista, pero cuando Ruth Anne dio sentido a lo que allí había escrito, supo que de alguna manera su existencia se había complicado. Lo que no era capaz de adivinar era la enormidad de lo que había acontecido con el hombre cuya identidad había dejado de ser un misterio.

¡Era un duque endiabladamente apuesto y fiero!

Capítulo 2

Una amenaza muy real

Al día siguiente, la cosa se presentaba de otra manera. Ruth Anne necesitaba un poco de tiempo para poner sus ideas en orden porque sin esperarlo toda la estabilidad y tranquilidad de su existencia se había ido al traste. Primero, ese malvado plan para atrapar a un marido. Y luego lo sucedido con, nada más y nada menos, un duque. Un ser que estaba en la cúspide de la escala social. La protección que le entregaba el título de su padre no se sentía tan fuerte en estos momentos.

Si la mañana del día anterior resultó toda una novedad, la tarde fue mucho peor. Ruth Anne se debatía entre un sentimiento nuevo y desconocido, que había despertado en su cuerpo, y la honorabilidad. El llamado duque de Atholl —la joven tenía grabadas a fuego las palabras de la tarjeta en su mente— le había casi ordenado que acudiese a una cita clandestina. La tentación fue máxima. Si él hubiese llegado unos días antes, cuando no existía ningún plan para casarse, tal vez ella se hubiese permitido la idea deshonesta de ser malvada.

Ruth Anne comenzaba a comprender por qué se instruía a las jóvenes en la aversión al contacto con el género masculino. Ella se sintió mantequilla y eso que tan solo fue algo breve… Su cuerpo la

estaba atormentando. Desde que él la besó todo había cambiado. Su curiosidad por las relaciones entre un hombre y una mujer no habían salido de su cabeza durante toda la tarde. Tanto fue así que a punto estuvo de enfundarse en su mejor traje, colocarse su capa e ir a buscarlo para que le demostrase qué existía después de un beso como aquel que le había dado. ¿Sería una mujer de moralidad ligera por tener estos pensamientos tan inapropiados?

No podía hacer algo como aquello. Su virtud. La primera vez que yaciera con un hombre debía ser su esposo. Eso lo había oído hasta la saciedad en boca de su hermana Rose Anne.

Lo mejor sería olvidar aquel capítulo y, si volvía a ver al ladrón de besos, lo sacaría de su error y le advertiría que era la hija del duque Cass. Esto era lo más sensato y sería lo que haría. No podía correr el riesgo de quedar mancillada y no poder casarse con un buen hombre a causa de un error.

Tras aclarar sus ideas, la muchacha salió de la cama y se colocó uno de sus viejos vestidos para salir al jardín y ponerse a trabajar en las rosas que había plantado hacía un par de días. Trabajar con las flores al aire libre la tranquilizaba, y en esos momentos en los que se había confabulado con su mejor amiga y una extraña que pareció estar igual de desesperada que ambas, Ruth Anne necesitaba olvidarse de sus temores.

Comenzó a podar las hojas que se habían secado y justo las tijeras le cayeron al suelo. Se agachó para poder recogerlas y escuchó la voz de cierto marqués que la inquietó. Decidió quedarse oculta entre la espesura del follaje. Su hermano estaba con su mejor amigo y ella no quería mostrarse ante su posible víctima del modo en el que estaba vestida. Antes de tenderle una trampa a Bastian intentaría seducirlo, por lo que el hecho de que la viese llena de barro y con un delantal, flaco favor le haría.

Se sentía una intrusa escuchando, pero eso no le impidió agudizar mejor su oído para no perderse detalle de lo que los dos hombres decían.

—¿Y bien? ¿Vas a contarme lo que te ha dicho? —inquirió su hermano Alexander.

—Lo obvio —señaló malhumorado el marqués de Londonderry.

—¿Y es…? —lo animó lord Albans a hablar.

—Quiere que me case de inmediato.

—¿Precisamente él, que se ha declarado todo un enemigo de la santa institución del matrimonio, te azuza para que tomes esposa? —Alexander no se lo podía creer.

—Eso fue justo lo que yo le señalé, pero insiste en que sus circunstancias son diferentes y nada tienen que ver conmigo —apuntó derrotado Bastian.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó con curiosidad el hijo del duque de Cass.

—No me queda otra que hacerle caso.

—¿Por qué?

—Ya lo conoces, si no hago lo que me ha pedido es capaz de… ¡De todo! —Su abuelo había amenazado con desheredarlo y cortarle su asignación, pero el viejo cascarrabias podía ir más lejos—. Y lo peor es que no tengo absolutamente ningunas ganas de transitar por los salones de baile en busca de jovencitas casaderas. Me imagino coqueteando y… Solo de pensarlo me produce una angustia tan grande que me hace sentir verdaderas arcadas.

—Pues no vayas a bailes. Busca a tu futura esposa en otras esferas —se le ocurrió sugerir a Alexander.

—Eso es lo que ha contestado él cuando le he transmitido mis penas.

—¿Y qué ha dicho?

—Me ha recomendado que organice una fiesta campestre en mi casa e invite a las damas que sean susceptibles de mi interés. ¿Qué damas son esas? ¡Si no hay ninguna! Sencillamente es que no deseo casarme y él no lo entiende. Una cosa es divertirse con una mujer y otra echarse la soga al cuello.

Alexander le puso un brazo sobre el hombro a su amigo Bastian para reconfortarlo. Él se veía muy consternado.

—Lo siento, amigo mío. Te echaremos de menos en el club de los solteros. —El conde de Albans explotó en risas, lo que irritó sobremanera al marqués.

—Yo si fuese tú no me andaría burlando tan descaradamente, pues debo recordarte que tu madre quiere casaros a ti y a tu hermana rápidamente. Y tu padre te ha dado ya varios tirones de oreja.

Su amigo le apretó el hombro más fuerte.

—¡Eso es! —Alexander había tenido una idea brillante.

—¿De qué estás hablando? —Bastian frunció el ceño al ver la expresión alegre de su mejor amigo.

—¡Mi hermana! —señaló como si con esa afirmación esclareciese el asunto.

Si los dos hombres hubieran podido ver a la pequeña espía que había tras las plantas, hubieran visto sus mejillas teñidas de rojo y sus puños apretados. ¿¡Cómo se le ocurría a su hermano hablar de ella con su amigo!?

—¿Qué sucede con tu hermana?

—Ella podría ser tu futura duquesa de Kent.

Ruth Anne se quería morir de vergüenza. Una cosa era tenderle una trampa y otra que su hermano tratase de… de… ¿Qué estaba haciendo Alexander? ¡Por Dios, que se callase la boca!

—¿Cómo has dicho? —Bastian lo miraba asombrado.

—Mi hermana podría ser la solución a tus plegarias. Ella es la hija de un duque. Tiene la preparación necesaria para poder ser tu esposa. Os conocéis y no es ninguna víbora… No al menos cuando está de buen humor —señaló la última parte por lo bajo.

¡Listo! Ruth Anne le colocaría ranas bajo la cama o algo mucho peor. ¿La ahorcarían si mataba a su hermano en estos instantes? No. Eso de asesinarlo no lo podía hacer por más razón que tuviese, ¿no?

—Mi abuelo sigue postrado en una cama, pero dudo que el viejo parta hacia un mundo mejor en breve. Así que no es tan apremiante que me case como para lanzarme de cabeza en los brazos de tu hermana.

Alexander le colocó las dos manos sobre los hombros de un modo muy amenazador.

—¿Qué hay de malo con mi hermana? —inquirió en un tono de voz que hizo poner en alerta a Bastian.

—¡Nada! —exclamó raudo al ver la actitud beligerante de su amigo—. *Lady* Ruth Anne es… Bueno… Ella es… —No se le ocurría nada para salir del atolladero—. Es… Es…

La mujer de la que hablaban creyó que nada podía ir a peor… Estaba equivocada. La cosa se estaba poniendo más vergonzante y esos dos hombres acabarían peleados por su causa. Debería salir de su escondite y poner paz… ¡Pero es que no podía hacer eso tampoco! Si lo hacía moriría literalmente de vergüenza.

—Habla de una vez —dijo en tono muy cortante.

—Aburrida. —Alexander hizo más presión sobre Bastian y éste se dio cuenta de su error.

Ruth Anne apretó los dientes. ¿Cómo podía decir eso un hombre que ni se había molestado en conocerla?

—Las esposas deben serlo. —No era una excusa válida para no aceptar a su hermana en matrimonio, pensó Alexander.

—Lo lamento, pero la mía no la quiero así. Necesito a una mujer atrayente, divertida, un poco mundana. No pienso mantener a una esposa y a una amante. Tengo fortuna, pero no quiero despilfarrarla. Además, *lady* Ruth Anne —hizo especial mención al título porque las manos de su amigo comenzaban a presionar excesivamente— está lejos de ser lo que yo quiero o busco. Si me hubieses dicho que me casase con la hermosa Rose Anne… —El marqués torció una sonrisa. Por esa mujer sí se habría dejado colocar la soga del matrimonio sin pestañear.

Ruth Anne sintió la humedad en los ojos. Se negó a llorar. El amigo de su hermano no había dicho ninguna mentira.

—Cuidado, Londonderry. Estás hablando de mis dos hermanas y no voy a tolerar ninguna afrenta. —La frase devolvió a Bastian al presente.

—Tendrás que endosarle a tu hermana a otro más indicado. Yo agradezco tu oferta, pero no la quiero, no me gusta y no es la indicada para mí.

El marqués vio a su amigo bufar y esperó lo peor. Cerró ligeramente los ojos esperando un puñetazo como premio a su sinceridad.

—¿Sabes qué? —inquirió el conde un poco más tranquilo.

—No, no quiero saberlo. —Bastian intuía que su amigo no estaría contento y, por la cara de malas pulgas que estaba poniendo, a buen seguro iba a devolverle el golpe

—Te lo diré de todos modos. No debí haber hecho nunca una sugerencia como esa. Porque un cerdo no sería capaz de apreciar a una hermosa rosa como ella. —Alexander lo soltó, pese a que quería estampar su puño sobre el bonito rostro del marqués, se dio media vuelta y abandonó el lugar para no iniciar una pelea de la que después se pudiera arrepentir.

La que se quedó con la boca abierta fue Ruth Anne. ¿Su hermano que siempre andaba molestándola la había defendido con tanto ahínco? ¡Ver para creer! Al menos, algo bueno había salido de esa conversación tan embarazosa que nunca tuvo que haber escuchado.

—Vamos, la invitaré a mi fiesta campestre. Pero no te alteres, Albans. —Londonderry siguió al conde en su recorrido.

—¡Vete al infierno! —gritó con enfado. El marqués se detuvo en sus pasos.

—Tu hermana es una insulsa solterona que no sabría cómo hacerme feliz y mucho menos darme el placer que busco. Y yo sería el peor esposo de todo el mundo… —dijo cuando estuvo seguro de que Alexander no lo oiría.

No iba a llorar. No debía hacerlo. Ruth Anne estaba conteniendo las lágrimas con fuerza. Si un sollozo escapaba de su garganta, lord Londonderry la localizaría y ella se moriría en el acto. Una cosa era cargar con la vergüenza de haber oído una conversación íntima que no debió haber presenciado y otra muy diferente que él supiera que Ruth Anne estaba al tanto de su percepción sobre ella.

Cuando oyó los pasos lejanos del hombre con el que pretendía casarse, fue cuando decidió abrir los ojos y sacar toda la congoja que sentía. No debería llorar. Ella era consciente de lo que los hombres opinaban sobre su aspecto, pero aun así había tenido la esperanza de que el amigo de su hermano la hubiera considerado como algo más que una apariencia insignificante. Eso no había pasado. No es que ellos fuesen íntimos, pero después de tantos años de haber coincidido en casa, bailes y fiestas esperaba que… En verdad no sabía qué había estado esperando de lord Londonderry, pero no algo como lo que acababa de presenciar.

Dolía. Las palabras habían llevado el veneno desde sus oídos hasta su corazón y era algo insoportable.

—¡Cielo santo, Ruth Anne! —Su madre se agachó hasta el suelo y luchó hasta subirla. Había salido a buscarla para tomar un té y hablar sobre la temporada, y de pronto oyó el llanto.

—¡Mamá! —La solterona se agarró a su madre como si fuese una niña pequeña en busca de consuelo.

—¿Qué ha sucedido? —La duquesa estaba muy alarmada—. ¿Te has hecho daño? —Anne la separó un poco de ella y la examinó de arriba a abajo en busca de sangre o alguna herida.

—No, no. —Negó con la cabeza sutilmente.

—¿Qué sucede hija mía? ¿Qué son esos lloros? —Anne estaba muy preocupada, pues la joven no era dada a dramas. Si ella estaba llorando, algo grave acababa de suceder.

—Nadie me querrá, madre. No me casaré nunca. Tengo casi veinticinco años y soy una solterona insulsa a la que nadie va a prestar atención.

Ruth Anne volvió a abrazar fuertemente a su madre.

—Ya, hija mía, ya. Te aseguro que eso no pasará. Mamá te promete que ésta será tu última temporada y que cuando finalice estarás comprometida. Con un poco de suerte incluso casada. —La duquesa la consolaba acariciándole la espalda.

—Eso no sucederá jamás. —La muchacha no dejaba de suspirar y sollozar. Londonderry había sido el jarro de agua fría que ella

necesitaba para ser consciente de la realidad.

¿Qué podía aportar una mujer que hacía años que había dejado de ser una joven casadera? Poco importaba que ella se sintiera como una muchachita, la verdad era que se hacía mayor y nadie la quería.

—Tu padre lo arreglará —expuso con convicción la duquesa de Cass.

Ruth Anne se separó de su madre y la miró.

—¡No! No quiero un matrimonio concertado. No lo tendré.

—Pero siempre has dicho que lo que más deseabas era casarte —trató de razonar con ella su madre.

—Y lo es… Bueno, lo era. —Ruth Anne se apartó las lágrimas de los ojos con furia—. Tal vez sea hora de despertar y afrontar que no tengo madera de esposa.

—Eso no es verdad. Tienes todo lo que necesitas para poder casarte con un buen partido. —La duquesa estaba convencida de su afirmación.

—Todo menos la belleza de Rose Anne.

—Ya estamos —habló su madre por lo bajo.

—¡Es la verdad! —Su hija levantó la voz más de lo que quiso.

—No lo es.

—Madre, por favor. No insista. Tendremos que hacernos ambas a la idea de que no voy a conseguir un esposo.

—Pero tu padre ha hablado con lord…

—¡Basta! —Alzó la voz y se sintió mal al momento. La joven compuso una sonrisa como buenamente pudo y habló más tiernamente—. Madre, pienso vivir lo que me quede de vida de la mejor manera posible.

Anne se llevó una mano al corazón. Su hija sonaba como si algo grave le fuera a suceder.

—¿Estás enferma?

—No. Sencillamente voy a cambiar, porque si he de resignarme y ser una solterona, al menos no me avergonzaré de serlo porque yo lo elijo.

—¿Y eso qué quiere decir? —La duquesa no reconocía a su hija. Ruth Anne era intensa en ciertas ocasiones, pero la seguridad que veía en ella la preocupaba, puesto que no acababa de ver sus intenciones futuras.

—En este punto es cuando digo que no tengo ningún interés en el matrimonio.

—¡Dios del cielo! No puedes estar hablando en serio. Has planeado tu boda desde que aprendiste a hablar.

—Y fíjese cómo me ha ido. —Ruth Anne creía que era momento de despertar.

—Por favor, Ruth Anne, tu padre ha encontrado al candidato perfecto para ti. Tan solo tienes que conocerlo y verás que…

—No. Mi decisión es firme. —No más planes sobre trampas, no más ilusiones sobre seducción, no más fantasías sobre convertirse en la mejor esposa del universo. Solo una solterona, pero nunca más aburrida.

La duquesa de Cass se retorcía las manos con nerviosismo ante las palabras de su hija.

—Pero, hija mía… Los primeros vestidos acaban de llegar y…

—Perfecto. Porque son justo lo que necesito.

—¿Necesitar? ¿Para qué? —Su madre llevó la mano hasta la frente de Ruth Anne. Ella tenía que estar gravemente enferma. Su hija menor nunca se rendiría. No en una cosa con la que llevaba soñando desde su infancia.

—Te he dicho que no estoy enferma. De hecho, nunca me he sentido mejor que en estos momentos. —Tomar esa decisión había sido liberador.

—Yo pienso que sí. Debes haber contraído de nuevo aquella extraña enfermedad. Llamaremos al médico…

La joven sonrió a la duquesa.

—Madre, no se apene por mí. Estoy bien y le prometo que pronto estaré mejor que eso. —Ruth Anne le dio un beso en la mejilla e inició el paso de regreso a la casa.

—Pero… pero… pe… ro…

Su madre había llegado al jardín y se la había encontrado llorando desdichadamente. En estos instantes la veía casi marcharse dando saltos de emoción. ¿Qué le habría pasado a Ruth Anne? Algo grave, porque que su hija desistiese de la idea de casarse… ¡Debía estar muriéndose para decir algo como eso!

***

April, Ruth Anne y Margot estaban a punto de cruzar una gran puerta de madera que les separaría del antes y el después. Sus vidas iban a cambiar, lo presentían y las tres estaban terriblemente asustadas. Eso no quitaba que la primera se lamentase por no habérsele ocurrido algo tan brillante a ella, que la segunda se sentía muy satisfecha consigo misma y, con respecto a la tercera, esta daba gracias a Dios por haber encontrado a esas nuevas amigas que le iban a abrir un nuevo mundo.

Ruth Anne entregó la invitación al hombre que celosamente custodiaba la puerta con la mano algo temblorosa. Pese a haber decidido que querían ser algo más que unas perfectas damas solteronas, ellas tres no estaban seguras de si trasgredir las normas les saldría a cuenta.

Las dejaron entrar en esa fiesta privada a la que su hermano Alexander había sido invitado sin que mediase palabra entre el vigilante y ellas.

—Ha faltado poco. —April estaba al borde de un ataque de nervios.

—Ya os dije que funcionaría. —Ruth Anne no tenía duda alguna de que todo iba a salir la mar de bien.

—Yo nunca creí que viviría una experiencia tan excitante. —Margot estaba entusiasmada.

—Pues espera a recibir tu primer beso —señaló por lo bajo Ruth Anne. Tan incendiario fue aquel contacto íntimo con un hombre que

se veía capaz de hacer cualquier cosa que se le antojase. Era como si hubiese despertado de un largo sueño.

—Damas y caballeros. —Oyeron las tres que se alzaba la voz de un hombre al fondo de la gran estancia en la que habían ingresado. La habitación estaba iluminada con unas cuantas velas que daban al lugar un aspecto seductor y cálido—. Sean bienvenidos a la noche de las transgresiones. Puesto que ayer eligieron las damas a sus parejas, lo justo es que hoy elijan los hombres. Como siempre, recuerden, mis queridos amigos y amigas, que la única regla es la aceptación por parte de ambos. Si la pareja se salta esta máxima será expulsada del Club Legancy de inmediato y se les negará la entrada.

—Ruth Anne, dijiste que era una fiesta privada y que sería divertida. —April no esperaba que algo así pudiera suceder—. Comprendo que estés dolida por lo que oíste decir a Londonderry sobre ti, pero esto nos dejará a las tres sin honra si no salimos de inmediato. —La pelirroja ya no se sentía valiente.

—Sí, yo le daría de buena gana una reprimenda a ese mequetrefe —tomó la palabra Margot, quien estaba muy disgustada por lo que ese marqués había dicho de su nueva amiga—, pero creo que la solución no está en este lugar. Será mejor que nos marchemos de inmediato.

Esa misma tarde, la hija del duque de Cass había convocado en su casa a sus dos amigas para explicarles el mal trago que le sirvió en el jardín el hombre al que ella quería atrapar en matrimonio. No tenía caso esconder su secreto y se confesó con ambas. Dado que quería ir con ellas a esa fiesta, tenía que hacerlas partícipes de su plan para tener un poco de aventura. Los hombres las deseaban castas y puras, pero luego se quejaban de que eran aburridas e insulsas. ¡Qué se proponían! No obstante, la cosa no estaba saliendo como Ruth Anne había planeado.

—Creo que es hora de marcharnos. —Ruth Anne estaba a punto de echar a correr cuando vio a April fijar su mirada en un punto. Siguió la mirada y de su boca escapó un «¡oh!».

—Tu hermano viene hacia aquí. Creí que dijiste que no estaría, Ruth Anne. —April no podía moverse a causa del pánico.

—Le quité la invitación.

—¿Ese que viene por ahí es tu hermano? —Margot lo miró embelesada. Era un hombre muy apuesto. Pelo negro y ojos marrones muy parecidos a los de su nueva amiga. Se veía muy fiero.

—Ese es Alexander y no tengo ni idea de cómo habrá podido entrar sin su invitación. —Ruth Anne creyó que no lo vería en la fiesta.

—¡Vaya hermano! —susurró Margot, quien lo encontró un hombre muy admirable físicamente.

—Debe haber entrado del mismo modo que nosotras, es decir, acompañado por otro que sí tenía tarjeta. Porque el que anda a su lado y viene hacia aquí es Londonderry. Tenemos que salir de inmediato, chicas. —April no podía dejarse sorprender así y menos por ellos.

—Permite que le diga un par de cosas a ese engreído de Londonderry. —Margot dio un paso hacia adelante. April la agarró del brazo. La rubia no lo conocía pero estaba deseosa de hacerle tragar las palabras que dijo sobre una de sus mejores amigas.

—Otro día será. —April sabía que tenían que esfumarse lo antes posible y su amiga podía ser muy pasional a la hora de expresar sus ideales. Todo lo que tenía de baja estatura lo compensaba con su voz y perspicacia. La pelirroja sabía que si Londonderry caía en manos de Margot, ella lo reprendería con mucha fuerza.

La tranquilidad que les confería la máscara que portaba cada una fue la que definitivamente se esfumó. Ese accesorio que tapaba el rostro de las tres era dorado y todos idénticos, así como de gran tamaño, por lo que no creían que las reconocieran. Pero, por si acaso, era primordial salir echando chispas del lugar.

April las agarró del brazo y las obligó a darse la vuelta en busca de la puerta por la que hacía poco habían accedido. Aquello fue peor. Se vieron ante ellas a tres hombres enormes. Uno de ellos

atrajo hacia sí a Margot, el segundo lo hizo con April y el tercero a Ruth Anne.

Los otros dos que llegaban por detrás, es decir, Londonderry y Albans, cogieron a April y a Margot por el brazo que tenían libre. Ruth Anne vio que todo estaba perdido. Su hermano la llevaría a casa y de ahí sus padres la enclaustrarían en un convento donde sí se convertiría en una esposa… pero de Dios. Bueno… Tal vez la cosa no sería del todo mala, dado que sus amigas muy probablemente correrían el mismo destino y estarían juntas hasta el fin de sus días en el convento.

—Lo lamentamos, señores —habló Alexander—, también estamos interesados en… —Ruth Anne vio a Alexander mirar el generoso busto de April— las damas. —Y su hermano no era el único que miraba ese atributo, porque el maldito Londonderry estaba mirando los senos de Margot y los de ella, cualquiera diría que los estaba comparando. De pronto, Ruth Anne sintió que la mano del marqués tomaba la suya libre. Se fijó a ver si el pilluelo soltaba el brazo de Margot, cosa que no sucedió. Seguramente, Londonderry no había decidido a cuál de las dos prefería y de ahí que las hubiese agarrado a ambas. Bien, pudo ser peor. Su hermano podría haberlas reconocido. O incluso pudo ser mucho peor, porque Alexander podría haberle mirado el busto a ella de esa forma tan descarada y eso sí sería una catástrofe. Tal vez los vestidos de *madame* French sí estuvieran excesivamente bajos en esa parte en concreto.

—En efecto, lo estamos —se reafirmó Bastian, quien pasaba la mirada de Margot a Ruth Anne. Eran preciosas, en especial esa mujer más baja que lo miraba con arrogancia. ¿La conocería? No. Él recordaría a una mujer de su estatura. No es que fuera enana, pero era más baja de lo normal.

—Las hemos atrapado primero —habló el hombre más alto de allí.

—Entonces tenemos un problema, porque no vamos a soltarlas. —Alexander se mostró muy tajante. April soltó un suspiro de temor. ¡Ellas tenían que irse!

—Lo tenemos, porque son nuestras —siguió hablando el mismo hombre de antes.

—Déjalo —tomó la palabra uno de los compañeros del desconocido que había ido a la fiesta a disfrutar, no a pelear por una mujer—. Hoy el mar está repleto —señaló refiriéndose a la estancia—, busquemos otros peces. —Y Margot se vio libre de su agarre.

—Ve tú. —El hombre alto no iba a soltar a su presa.

—Vamos, no vale la pena —el tercero de los tres desconocidos soltó a April.

Alexander se retiró un poco de la escena sosteniendo con firmeza a la pelirroja. Londonderry dio un paso hacia adelante para mostrar que no estaba dispuesto a soltar a las dos preciosidades. Esta noche iba a disfrutar de esas dos mujeres que tenía apresadas y el otro no iba a interponerse en su camino. Para el marqués esa fiesta era una vía de escape a sus problemas y no le iban a empañar la diversión.

Así que el otro hombre alto dio un paso hacia adelante aún más amenazador. Londonderry no se amilanó.

—Son mías.

—Dudo mucho que pueda con las dos —aseguró su rival riéndose descarado.

Londonderry se puso rojo de ira.

—O las suelta o… —El marqués no iba a amilanarse.

—Le permitiré que se quede con una y esa será la rubia, porque esta es mía. —El hombre tiró de Ruth Anne justo cuando Londonderry se descuidó y ella salió despedida hacia su pecho.

Ahí fue justo el momento en que ella recuperó la consciencia de todo lo que estaba sucediendo. Esos hombres de las cavernas estaban peleándose por ellas como si fuesen un trozo de carne… Perros, mejor compararlos con los perros que con los hombres de las cavernas. Ah, no. Ellas habían decidido tomar el control de sus vidas y si se hundían lo harían a lo grande. ¡Nunca más iban a dejarse someter y menos por esos tres arrogantes!

Ruth Anne levantó la nariz en una clara muestra de insolencia.

—Nosotras nos disponíamos a marcharnos —expuso la pelinegra al tiempo que se sacudía del agarre de su captor. Entonces vio reírse a Londonderry y ella ardió de furia.

—¿Cómo ha dicho? —El hombre la quería para él justo en ese momento.

—He dicho —siguió hablando Ruth Anne mientras agarraba a Margot y a April por el brazo dispuesta a llevárselas—, que la fiesta se ha terminado para nosotras.

—De eso nada —señaló Alexander. La pelirroja lo había impresionado… Mejor dicho, los grandes atributos de la pelirroja lo tenían casi babeando—. Han oído las reglas, señoritas, y si están aquí es porque las aceptan. Nos toca elegir esta noche y las hemos elegido a ustedes. No van a marcharse.

—Aceptación —dijo despacio Ruth Anne.

—¿Disculpe? —Londonderry necesitaba diversión y la cosa se estaba demorando ya demasiado.

—El maestro de ceremonias ha aludido a la aceptación por parte de las damas y nosotras no los aceptamos. Usted —señaló a Londonderry ya saboreando el dulce sabor de la revancha— es un caballero demasiado insulso y común para nuestro gusto. ¿No es así, querida? —preguntó a Margot que estaba justo a su derecha. La rubia asintió enérgica. El susodicho frunció los labios malhumorado—. Y usted —miró a su hermano con seguridad… pero la seguridad la abandonó pronto, porque no sabía qué decir de su propia sangre —, no nos gusta en absoluto. No es lo que estamos buscando —improvisó Ruth Anne y la pelirroja asintió también de forma tajante.

Como el conde de Albans y el marqués no estaban acostumbrados a que las mujeres los rechazasen, se quedaron petrificados sin saber qué decir o hacer. Era la primera vez que sus conquistas no salían victoriosas.

—¿Y qué hay de mí? —El extraño miraba a Ruth Anne con una sonrisa tan cautivadora que ella temió perder el equilibrio.

—Me temo que no soy lo que cree. —El tono de su voz era del todo serio y carente de burla o seducción.

El hombre se acercó sigiloso y susurró junto a su oreja:

—No creas que no te he reconocido, gata.

Ella se acercó a él para hablar también en confidencia.

—Y por eso le he dicho que no soy lo que cree. —No era el único que había descubierto su identidad. La máscara de él tapaba gran parte de su rostro lacerado, pero el olor a sándalo y los ojos… Eso no podía ser una simple coincidencia, entre otras cosas porque Ruth Anne rememoró de nuevo las sensaciones de la primera vez que había chocado contra ese pecho varonil. Era él: Atholl.

—Pon tus condiciones, estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para tenerte esta noche.

—No puedo hacer eso —replicó la pelinegra.

—Te daré lo que sea que me pidas. —Podía llegar a ser un hombre muy generoso.

—Le estoy haciendo un gran favor, el precio es demasiado alto y dudo que esté dispuesto a afrontar las consecuencias. Busque a otra —le sugirió tratando de no desvelar demasiado.

—No. Sea lo que sea que tengas con esos dos —movió la cabeza un instante para referirse a Alexander y Londonderry—, te juro que no vas a poder escapar de mí. Te perseguiré y haré que entres en razón. —Sonó a promesa.

Ruth Anne lo miró a los ojos. Él se acercó amenazante. Ella sabía que la intención de él era darle un beso. Ruth Anne dio un paso atrás. Alexander y Londonderry se movieron en busca de las otras dos. Ruth Anne no podía correr más riesgos.

—¿Nos vamos, queridas? —La morena hizo la pregunta por pura cortesía.

—Sí —dijeron al unísono Margot y April.

En un abrir y cerrar de ojos, las tres llegaron a la puerta y salieron a toda prisa. Buscaron el carruaje que habían alquilado discretamente y pidieron regresar a casa. Con la respiración aún

agitada, las tres amigas comenzaron a hablar en el interior acerca de lo sucedido en ese lugar.

—Ruth Anne, ¿qué ha sido eso? —inquirió April.

—¿El qué de todo? —Ruth Anne sentía que el corazón le saldría del pecho.

—Vamos, Londonderry y Albans iban sin máscara. Dinos quién era el otro. —April se sentía segura dentro del carruaje.

—El otro hombre me temo que era el duque de Atholl —confesó Ruth Anne.

—¡No puede ser! —April no creía en el destino, pero…

La pelinegra exclamó un suspiro lastimero.

—Si intuía que yo era una cortesana la primera vez que nos vimos, seguro que ahora se reafirma en su suposición. —¡Estaba tan avergonzada!

—¡Tiéndele una trampa a él! —Margot lo veía claro.

—Jamás. —Ese hombre sí era peligroso. Se apreciaba en toda su persona. Era oscuro y se veía que albergaba demasiados secretos. Si lo obligaba a tomarla por esposa y él lo considerase una afrenta… Hacerle ir en contra de su voluntad podría ser seriamente perjudicial para su seguridad.

—Es muy apuesto. —April no había visto nunca a un ser como ese—. Estaba tan seguro de sí mismo, tan fiero a la hora de reclamarte… Se veía más hombre que Alexander. ¡Santo cielo, Ruth Anne, estoy segura de que te ha seguido hacia aquí!

—Lo dudo mucho. Lo más probable es que como no me presenté en su casa como ordenó, él esté buscando una nueva amante. —Extrañamente, se sentía muy celosa tras haber pronunciado esa afirmación.

—Pero podrías… —April iba a plantearle una propuesta cuando su amiga la cortó intransigente.

—¡No! No sé cómo explicarlo, pero ese hombre no me conviene en absoluto. Será mejor que no me vuelva a encontrar jamás con él.

—Ruth Anne, no te entiendo. —April veía ahí la solución al problema de su amiga. Londonderry era un inepto y ese hombre era

justo lo que su mejor amiga podría necesitar—. Dile quién eres. Ser la hija de Cass te abrirá las puertas. Ese hombre está interesado en ti. Tal vez él…

—He dicho que no. —Ruth Anne se mostró tajante en su negativa.

—Como quieras —se resignó la pelirroja.

El viaje de regreso transcurrió en el más absoluto silencio. Ninguna de las tres osó hablar de lo mal que había resultado su primera incursión en lo prohibido… Tanto, que en la fiesta no habían podido conocer nada de lo que se suponía que allí sucedía y que era indecoroso, escandaloso y excitante. Éstas habían sido las palabras que Ruth Anne les había comentado y que fueron dichas por Alexander en confidencia a Londonderry.

Lo que las otras dos mujeres nunca sabrían era que el corazón de Ruth Anne batió inquieto hasta altas horas de la madrugada aquella noche. Aún en la seguridad que le confería su hogar y su cómodo lecho, la amenaza de Atholl le heló la sangre.

Lo supo nada más ver esa máscara. Supo quién era el hombre que se escondía ahí. Una máscara blanca que se cernía sobre sus dos ojos verdes y que bajaba de forma sutil para tapar lo que ella sabía que era una fea cicatriz.

Y ese olor a sándalo cuando impactó contra él… No había duda de que era el duque de Atholl, un hombre que no conocía y con el que no paraba de cruzarse. ¿Qué le quería decir la providencia?

No podía ser verdad que él fuese para ella. En el primer caso, ese hombre buscaba una amante, no una esposa, y ella no se podía casar con un hombre que fuese acechando a las mujeres con el fin de meterlas en su cama. Ella no era una cortesana, por muchas ganas que tuviera de convertirse en una para experimentar lo que era pertenecer en cuerpo y alma a un hombre, no podía ser.

Se veía en él que era un hombre curtido, duro, intransigente. No. Ese duque endiablado no podía ser para ella. Lo mejor sería poner sus miras en divertirse, tal y como había planeado con sus dos amigas.

April y Margot no estaban dispuestas a olvidarse de su plan para casarse y las comprendía. Ese objetivo no era factible para Ruth Anne, no después de escuchar de viva voz lo que Londonderry pensaba acerca de ella. Y seguro que no era el único que tenía aquellos pensamientos sobre su persona.

Sin embargo, lo que no la estaba dejando dormir esta noche no eran las apreciaciones del marqués, sino las sensaciones tan profundas e inquietantes, tan diabólicas, que ese duque le estaba transmitiendo.

Además, las palabras de él no se veían huecas. Estaba segura de que cumpliría su amenazaba y la encontraría, y puesto que el primer lugar donde la había visto fue en su propia casa, sería cuestión de tiempo que regresase para volver a buscarla. Tal vez fuese el momento ideal para que ella visitase a una tía abuela lejana que la había nombrado su heredera. La mujer era una anciana solterona y a buen seguro se sentía identificada con Ruth Anne.

La joven suspiró en la penumbra de su alcoba. Lo más acertado sería desaparecer un par de semanas, o meses, de la ciudad. No tenía miedo de lo que Atholl le pudiera hacer, más bien temía no ser capaz de poder frenarse a sí misma en sus avances masculinos. Una no era de piedra y por lo visto su cuerpo reaccionaba muy violentamente a sus simples roces… Si él la volvía a besar de aquella manera, ella se dejaría seducir gustosa y ese sí era un riesgo que no podía asumir. No con él, de todos modos.

La mala suerte la perseguía. En pocos días había ideado tantos planes que ya no sabía qué clase de dama ansiaba ser. El tema de la caza de un esposo se había ido al traste. La propuesta para ser un poco perversa en una fiesta indecorosa… Aquello salió más mal que bien.

¡Pero si ni tan siquiera pudieron ver lo que allí se cocía! ¿Quién le habría echado una maldición? Su vida estaba patas arriba y tal vez un descanso de sus inquietudes le iría como anillo al dedo… Un anillo que a ella nunca le pondrían…

Capítulo 3

Los imprevistos de la naturaleza

—Buenos días, tía Ruth Anne.

—Oh, mi niña, te he pedido que me llames tía Ruthy, como hacen todos. Además, será más fácil para el resto, puesto que compartimos el mismo nombre. —La afable anciana le sonrió con ternura.

Ruth Anne le ofreció otra sonrisa a su tía abuela al tiempo que se acercaba a la mesa auxiliar para servirse unos bollitos para el desayuno. Desde que llegó ayer mismo, la casa se sentía como la suya propia, porque tía Ruthy la había recibido con los brazos abiertos.

La joven esperaba que con la paz del campo y la tranquilidad del hogar todo volviese a su cauce, porque estaba en una etapa de su vida en la que no encajaba en ningún lugar. No era una jovencita casadera, tampoco se sentía como una solterona. En su propia opinión, estaba en el momento justo para saber qué hacer con su vida, el problema radicaba en que no le llegaba ninguna señal al respecto y no tenía la menor idea de qué camino recorrer.

—¿Estás bien, cariño?— le preguntó a la mujer cuando la vio abstraída en sus propios pensamientos.

—Sí, tía Ruthy, discúlpeme. —Ruth Anne tomó asiento en la mesa al lado de la anciana.

—Me alegra tanto que al final hayas podido venir a visitarme… Verás que lo pasaremos muy bien las dos. —La anfitriona le dio unos toquecitos en la mano.

—Mis padres llevaban meses insistiendo, lamento no haber tomado su invitación hasta ahora —se disculpó la muchacha por la tardanza.

—No te preocupes, mi niña. —La anciana la examinaba sin pudor y Ruth Anne se sintió incómoda.

—¿Ocurre algo, tía?

—Siento si te he incomodado, pero es que verte es como regresar a mis buenos tiempos. —Ruthy se rio alegremente—. Yo era exactamente igual a ti cuando era joven. De hecho, tus padres te pusieron mi nombre porque vieron el parecido también y querían contentar a esta vieja solitaria.

—Mamá nunca me ha contado esa historia.

—Tu madre quería que el nombre de tu hermana y el tuyo llevasen parte del de ella —comenzó a explicar la tía.

—Eso sí lo sabía.

—Cuando le dije que quería nombrarte mi heredera, tu madre premió mi gesto al otorgarte mi nombre. No sé cómo, pero supe que tenía que dejarte todo cuanto poseo a ti. Dios no quiso bendecirme con un esposo y una familia. No me quejo, el Altísimo siempre tiene un plan para cada uno de nosotros. Tal vez el mío fuese que velase por tu futuro —afirmó la mujer con convicción. Ruth Anne se removió en la silla. La tía abuela notó su aprensión—. Por favor, mi niña, no te molestes. Siempre he pecado de hablar con claridad y más de la cuenta. No te disgustes por lo que he insinuado.

Ruth Anne se sintió con cargo de conciencia ante el malestar que le había causado con su actitud a la señora.

—No se disculpe, tía. Sé lo que soy.

—¿Y qué eres? —inquirió la anciana con suavidad.

—Una aburrida solterona.

—¿Aburrida? —Fue la palabra que más le sorprendió en la descripción de la muchacha.

—Sí, es lo que se dice de mí en la ciudad —alegó con pesar. Evitó decir que lo había oído de un hombre en el que ella había puesto todas sus esperanzas.

—Mi niña, en cuanto te vi supe que eras muchas cosas, pero aburrida no se me pasó por la cabeza. Sé que algo te apena, pero verás que en el campo todo es más… pausado. Espero que estos días aquí te aclaren las ideas.

Hubo un momento de silencio que Ruth Anne rompió:

—Tía, llevo muchas temporadas en el mercado matrimonial, demasiadas, y aunque siempre creí que en cuanto mi adorada y bella hermana se retirase del tablero de juego yo sería visible, eso no sucedió. Rose Anne sigue siendo la favorita y yo he de resignarme a ocupar un puesto como la aburrida hermana de una belleza sin parangón en la esfera social.

—Estoy segura de que estás exagerando las cosas. Sé que Rose Anne es preciosa, pero tú no eres nada desdeñable. No comprendo a los jóvenes caballeros de Londres, pero eres del todo aceptable, querida.

Ruth Anne suspiró. No conocía bien a esa mujer que le había abierto las puertas de su hogar, pero necesitaba desahogarse y sus amigas no estaban con ella en esos momentos.

—No sé dónde está mi sitio, tía. Tal vez esté condenada a no tener un esposo. Deseo una familia, llevar una casa. No veo más allá de eso. No quiero ser una solterona. No se ofenda —añadió al comprender que tía Ruthy podría enfadarse por su sinceridad.

—No lo hago. Mi vida ha sido plena pese a no tener un marido —observó la anciana con una brillante sonrisa.

Ciertamente, esta familiar se veía muy satisfecha con el devenir de los acontecimientos. Eso la hizo meditar.

—¿Cómo de plena? —Esa mujer ya tenía toda su atención.

—He viajado mucho y, si bien no debería confesar lo que voy a decir porque tus padres podrían regañarme con motivo, me siento

en la obligación de decirte que París cayó rendida a mis pies. —La anciana levantó la nariz en señal de arrogancia porque la ocasión lo merecía. Tía Ruthy no había sido una mujer convencional en su existencia. Tal vez debería abrirle un poco los ojos a la muchacha sobre las ventajas de ser una mujer libre. Veía a la joven derrotada y estaba más que claro que necesitaba un poco de guía. Sabía que la joven Ruth Anne no tenía una mente voluble. El duque de Cass, su sobrino lejano, siempre hablaba de la menor de sus hijas con orgullo. Era momento de que la joven supiera algunas cosas sobre la vida de una mujer que no se conformaba con lo que le habían dado.

—¿París? —inquirió Ruth Anne con aire ensoñador.

—Ajá. —La mujer asintió con la cabeza varias veces.

—¿Cómo que cayó rendida a sus pies? ¿Qué significa eso?

—La sociedad francesa es mucho más permisiva que la nuestra. Cuando llegué a París… —La tía suspiró con los recuerdos que su mente estaba evocando—. Bien… Has dicho aburrida solterona, ¿verdad, mi niña?

—Sí, es como me siento. —De nuevo se apreció una nota de profunda tristeza en la confesión. Ese fue el motivo final que hizo a tía Ruth hablar con franqueza.

—Así es como yo llegué a Francia y a las pocas semanas dejé de ser una florero, como nos llaman en los bailes sociales de Londres, para acabar siendo el centro de atención de un buen número de franceses. A cada cual más apuesto que el anterior, por cierto. —Era un poco más complicado que todo eso, porque la anciana llegó y vio un sinfín de posibilidades que decidió aprovechar.

—¿Insinúa que necesito un cambio de aires? —Ella podría plantearse algo como eso.

—Lo que digo es que puedes ser lo que quieras, donde quieras. No negaré que la moda parisina me abrió un amplio abanico de posibilidades… —La anciana volvió a reír al recordar sus años de juventud.

—¿Tía? —la llamó Ruth Anne cuando vio que la mujer comenzaba a soñar despierta. Estaba interesada en sus memorias.

—¿Cuántos años tienes? —Decidió preguntar para confirmarlo.

—Voy camino de los veinticinco.

—¿Y eres de sensibilidad frágil? —Lo que iba a explicarle no debía ser dicho a una mujer sin una mente fuerte. Tía Ruth necesitaba también esta confirmación.

—No suelo asustarme ni escandalizarme con facilidad, si es eso lo que me está preguntando. De hecho, en los últimos días… —Ruth Anne se calló de pronto. No debería hablar sobre lo perversa que se había sentido últimamente.

—¿Te has portado mal? —preguntó la anciana con una sonrisa al intuir que alguna travesura había sido hecha.

—No… Sí… Bueno… No lo sé del todo, pero he hecho alguna cosa que una dama de mi posición no debería hacer. —La muchacha se mordió el labio en señal de angustia.

—¿Y puedo preguntar qué cosa es esa?.

—Yo… —No se atrevía a confesarse. ¿Y si la regañaba o se chivaba a sus padres?

La anciana le cogió la mano.

—Estamos entre amigas, mi querida niña. Yo he confesado que en París… En fin… Allí viví un gran amor que no pudo ser.

—¿Por qué no puedo ser? —inquirió con mucha curiosidad la joven.

—Él estaba casado. Me enamoré. Mejor dicho, nos enamoramos perdidamente. Cuando regresé a Londres mi mundo había cambiado por completo. Descubrí la mujer que quería ser y, si no lo tenía a él, juré que nunca me casaría. —La anciana se limpió una lágrima que había resbalado de su ojo derecho al recordar ese episodio tan importante de su vida.

—Lo lamento. —Ruth Anne se apenó por esa trágica historia.

—No me tengas lástima. Al menos conocí el amor, la pasión, la entrega, la devoción. ¡Ah! —Los ojos de la anciana brillaron de un modo que maravilló a Ruth Anne. Ya no había tristeza ahí.

Ruth Anne se tomó un momento. Su tía había confesado una cosa escandalosa. Era momento de corresponder a la confidencia

con otra.

—Verá, tía Ruthy. Un extraño… Bueno, él era un extraño cuando me besó, pero luego averigüé su identidad. Y, en fin… que ese hombre me abordó y yo no puse freno a ese ataque. —La muchacha estaba sonrojada.

Ruth Anne levantó los ojos que había mantenido gachos en ese momento. La anciana le sonreía. Se relajó.

—Comprendo. ¿Apuesto?

—Aterradoramente apuesto —confesó al tiempo que se mordía nuevamente el labio inferior.

—¿Y…? —La animó a continuar en su explicación.

—Es complicado. —No era mentira.

—Siempre lo es. Fíjate en tu tía abuela. ¡Un hombre casado! —Fue duro, muy duro.

—¿Qué dijeron sus padres, tía?

—Oh, no, mi niña. Nunca se lo he confesado a nadie. Eres la primera a quien le hablo de Jean Pierre. —El nombre continuaba haciendo que sus rodillas temblasen. Hacía tantos años que no lo había dicho en alto que se sintió maravillosamente bien.

—Su secreto está a salvo, lo prometo.

—No te lo he contado porque quiera confesar mis pecados en mis últimos días. Sencillamente, quiero que sepas que no estás sola. Mi tía, quien también se llamaba Ruth como nosotras, me dejó una fortuna nada desdeñable y esta bonita casa. No es una mansión en Mayfair, pero aquí estarás muy bien atendida si finalmente no te casas. No te faltará de nada. Así que no quiero que te preocupes por tu futuro. Si tu hombre perfecto no aparece por ningún lado, no acabarás siendo una dama de compañía o, en el peor de los casos, una fregona. —Ruth Anne comprendía que su futuro estaba asegurado. Dudaba que su padre o su hermano la dejasen desatendida, pero si algo sucedía con la fortuna del ducado de Cass, la joven estaría a salvo de la ruina.

—Bueno… No negaré que mi futuro me estaba preocupando un poco. Saber que pasan los años y que a una no la eligen para

convertirse en esposa… ¿Qué más puede hacer una mujer hoy en día si no es criar a sus propios hijos y administrar un hogar? Es muy injusto que no pueda ganar mi propio dinero sin desprestigiar mi posición social. —Ruth Anne se calló por precaución, eran ideas demasiado progresistas y tal vez su tía no las aprobase.

—Cuando tienes la suerte de tener una tía como la que yo tuve, créeme, Ruth Anne, el mundo estará a tus pies. Yo elegí mi aventura y la viví en París. No me arrepiento de nada de lo que he hecho. Teniendo un techo y dinero, no he necesitado mucho más. —La anciana supo cuando se entregó al hombre que eligió que ya nunca podría ser la esposa de otro. No solo porque lo amase con todo su ser, sino porque sin su virtud nadie la desposaría.

—¿Qué sucedió con su amor? No han podido disfrutarlo nunca después de que sucediera. ¿No se volvieron a ver? —¡Era tan trágico!

—Jean Pierre murió a los pocos meses de mi regreso a Inglaterra aquejado de unas fiebres, pero yo sé que falleció a causa de la falta de mi amor. —La mujer se limpió discretamente otra lágrima que resbaló por su mejilla—. Creerás que soy una presuntuosa, pero es que poco antes de marcharme, cuando decidí por los dos que lo mejor sería que no nos viésemos más, él me prometió que si lo abandonaba se moriría y que yo tendría que cargar con la culpa. Esa es la única maldición que arrastro. —La anciana suspiró llena de recuerdos—. Creí que hacía lo mejor por los dos. Él tenía una esposa y tres hijos. Yo no quería interponerme en el camino de esa pareja. Luché todo cuanto pude para no caer en la tentación, pero el corazón quiere lo que quiere y cuando un amor tan profundo clama por tu atención, poco o nada se puede hacer para no sucumbir.

Hubo un momento de silencio. Había sido una confesión muy profunda.

—Habla usted con tanta pasión sobre asuntos del corazón que me produce una tremenda envidia no saber lo que se siente.

—Tal vez algún día… No desesperes, puede que tu Jean Pierre esté buscándote y no tardéis en encontraros. O tal vez seas una

mujer que esté destinada a otros asuntos —se le ocurrió a la anciana.

—¿Como cuáles?

—No sé… —La anciana se puso a pensar. Después de un minuto preguntó—: ¿Te gusta escribir?

—No. Soy una ávida lectora, pero no sabría componer una simple línea que captase la atención de nadie.

Ambas suspiraron a la vez.

—Bien, supongo que no dejarás como legado un montón de hermosos libros. ¿Y dibujar?

—Soy tremendamente inútil en el arte de la pintura —confesó sin remordimientos.

—¿Coser?

—No he aprendido a bordar bien aún. —Su costura era un auténtico desastre.

—¿Cantas? —El mundo artístico siempre le pareció a la anciana una cosa muy interesante para una mujer soltera con cierta edad.

—Muy mal.

—¿Tocas el piano?

—Oírme hacerlo podría dejar sordo a alguien.

—¡Cielo santo! —Exclamó derrotada tía Ruthy.

—Como ve, no destaco en ningún arte. Lo único que he procurado es saber administrar bien una casa. Llevo toda mi vida preparándome para ser una fiel y orgullosa esposa para mi marido, y parece que el destino no me concederá mi mayor ilusión.

—¿Y viajar? —propuso de pronto.

—Tía Ruthy, para viajar no hacen falta nociones previas. —La joven le sonrió.

—Lo sé. Pero, ¿te gustaría?

—¿A quién no podría gustarle viajar? —A ella desde luego le gustaría mucho.

—¿Qué lugar te agradaría visitar?

—Grecia. —No se lo pensó ni un instante—. Quisiera ver la cuna del conocimiento moderno. De esos grandes pensadores que dieron

vida a la civilización tal y como la entendemos hoy. Sus templos, conocer las estatuas de sus dioses míticos. Mataría por ir a Grecia. —Lo último lo dijo en un susurro casi inaudible que llegó hasta una tía Ruthy que la miraba con una hermosa sonrisa.

—Debo confesar que hace años que no viajo, y si no lo he hecho no ha sido por falta de ganas, sino porque no he tenido la compañía adecuada.

Ruth Anne se quedó sin aliento. ¿Su tía estaba planteando…?

—¿Está diciendo lo que creo que está diciendo? —Se aventuró a preguntar con suma ilusión.

—En efecto. Creo que ambas podríamos marcharnos a Grecia en cuanto fuese posible. —No tenía la fortuna de Cass, pero tenía medios económicos más que suficientes.

—¡Cielo santo! Entonces ya no me importaría morir siendo una solterona. —¡Era Grecia! Visitaría el lugar más emocionante de la tierra.

La anciana comenzó a reírse.

—Tal vez incluso encuentres allí a un Jean Pierre que te abra los ojos.

—No lo creo. —¿Visitar Grecia y encontrar allí el amor? Demasiada suerte para una joven como ella.

—Todo es posible, mi niña. Por si acaso, te daré un consejo que me dio mi tía. —La tía abuela regresó al pasado para revivir una conversación similar a la que estaba teniendo, pero en aquella ocasión la que recibía consejos era ella misma.

—¿Cuál? —quiso saber Ruth Anne cuando vio que la anciana se había detenido en sus explicaciones.

La anciana se aproximó al oído de la muchacha:

—No uses nunca tu verdadero nombre si vas a cometer una temeridad.

—¿Qué temeridad podría ser esa, tía Ruthy?

—Una muy grande, de las que cambian el sentido de la vida. —La tía abuela la miraba con una ceja alzada para ver si su sobrina alcanzaba a comprenderla.

—¡Bah! Entonces no hay de qué preocuparse. Ningún hombre puede compararse a lo que será conocer Grecia. Puedo estar tranquila porque he descubierto mi meta y es viajar por todo el continente.

—Empecemos por Grecia si te parece. Luego iremos viendo dónde nos llevan tus aventuras. ¿De acuerdo?

—¡Oh, tía Ruthy! Estoy tan feliz por haber venido… Me maldigo por no haberlo hecho mucho antes. —Ruth Anne se levantó de su silla y se acercó a su tía para darle un gran abrazo y un sonoro beso en la mejilla.

Era la señal que estaba esperando. Ruth Anne lo sabía. Había llegado al campo en busca de su camino y éste se acababa de mostrar perfectamente ante sus ojos.

—Creo que seremos muy buenas amigas, mi niña —adujo convencida la anciana. Eran muy parecidas. No solo físicamente, sino también con sus ideales. La anciana lo sospechaba.

—Por supuesto que sí.

—¿Por qué no le pides al mozo de cuadras que te prepare un caballo y sales a montar para inspeccionar la propiedad? Creo que te gustará ver lo que algún día será tuyo. —Un poco de ejercicio al aire libre le sentaría bien a la joven.

—Tía Ruthy, ahora que la he conocido le prohíbo que se marche de mi lado. ¡Seremos grandes amigas! —Ruth Anne dio un par de saltos de alegría.

—Eres tan dulce, Ruth Anne. Te prometo que estaré lo suficiente para poder ver cumplidos tus sueños.

—Gracias, gracias, gracias.

Ruth Anne salió corriendo como si fuese una niña que había recibido su primer regalo de Navidad. Su corazón rebosaba ilusión y esperanza. Subió a su preciosa alcoba decorada en tonos dorados y rosas, se asomó por la ventana e inspiró el aire de la libertad.

La casa era una coqueta propiedad de dos plantas con diez dormitorios, tres salas de recibir visitas, una biblioteca de buen tamaño y unas cocinas muy bien abastecidas. Su tía parecía una

mujer que sabía lo que se hacía al administrar sus bienes y ganancias. Esperaba que tía Ruthy la enseñase también a hacerlo a ella. ¡Libertad para decidir sobre sus posesiones y futuro! No era como tener un esposo y su propia familia, pero bien sería un excelente premio de consolación.

La muchacha recordó los árboles monumentales que custodiaban la parte frontal de la casa. Un gran jardín perfectamente cuidado con un césped fresco, rosales y otras plantas contribuían a ensalzar la belleza de la construcción.

Sí, bien podría imaginar una vida en un entorno tan apetecible. Se convertiría en una viajera que exploraría el mundo más allá del Londres matrimonial y tendría esa casa que la tía abuela Ruthy había puesto a su alcance para regresar y recuperarse de sus experiencias. ¿Quién necesitaba un esposo ante esa perspectiva de vida?

Al regresar la mirada atrás, sus mejillas se colorearon al pensar en lo estúpido que habría sido tenderle una trampa a lord Londonderry. No. Ruth Anne no quería saber nada más de hombres, deseaba descubrir el mundo. Ahora solo faltaba ver si el universo tenía los mismos pensamientos que ella…

Su tía le había aconsejado dar un paseo a caballo, pero ella tampoco era una buena amazona. No quiso desvelar esto tampoco, porque la verdad es que era preocupante no ser buena más que en la administración de una casa. Había sido criada para ser una abnegada esposa… Bueno, eso de abnegada… Al menos su madre lo había intentado, porque no es que su lengua no tomase el control ante situaciones injustas. La culpa era de su mente ágil.

Ruth Anne se sonrió al recordar la cara que pusieron Londonderry y Alexander cuando en la fiesta los despreció a ambos. La venganza era un plato que se servía frío y ella le había dado a él su propia medicina. El pobre de su hermano fue un daño colateral.

Ruth Anne se colocó su chaqueta de lana y unas cómodas botas que su madre le había aconsejado llevar. Salió de la casa decidida a dar un agradable paseo por la que sería en un futuro su propiedad.

Cuando estuvo en el pórtico principal, inspiró con fuerza el aroma a campo. Se ajustó el sombrerito de paja con el lazo y marchó contenta.

Lo primero que recorrió fue ese magnífico jardín. El sol calentaba, pero la humedad y el rocío aún estaban presente en las hojas las plantas y los árboles.

Caminó y caminó hasta llegar a un riachuelo encantador. En ese momento percibió que su bota se hundía en algo blando y un olor nauseabundo inundó sus fosas nasales. ¡Perfecto! La naturaleza había premiado su visita haciéndola pisar algún tipo de excremento. ¡Si es que la mala suerte la perseguía por todas partes!

Fue andando hacia el riachuelo y tropezó con una piedra de tal modo que el calzado que estaba sucio se dobló y la hizo aullar de dolor. Cayó sobre un trozo de hierba mullida y la caída tan solo hirió su orgullo. Su pelo quedó hecho un desastre y sus manos estaban llenas de fango. Gritó de pura frustración. La ciudad no la quería y por lo visto el campo menos todavía.

Se acercó a la orilla del río y se descalzó el pie que comenzaba a doler de modo preocupante. Cogió la bota y la hundió para ver si la corriente ayudaba a quitar los restos del excremento que aún quedaban.

En un descuido, la bota se le resbaló de la mano y la corriente se la llevó, sin pedir permiso, río abajo. Una exclamación muy malsonante fue pronunciada a viva voz, al tiempo que la mujer tomaba asiento cerca del río para hundir el pie en la fría corriente a fin de evitar una hinchazón mayor de la que se estaba fraguando.

—Eso no ha sido nada digno para una mujer —sonó una voz masculina a su espalda.

¿Es que su mala suerte no iba a terminar nunca? ¿Qué cota le pondrían a cada individuo de mala fortuna? Porque Ruth Anne ya había consumido la de por lo menos diez personas. Se preparó para soltar un comentario mordaz mientras se daba la vuelta para investigar ante quién tendría que admitir su bochornosa situación…

La sangre se le heló de igual modo que el pie se le estaba congelando.

Él. Sí. Él estaba ante ella con un traje de montar oscuro perfectamente conjuntado. Una camisa de lino blanca con la corbata torcida componían el resto de su atuendo. Al menos, no todo en su aspecto era pulcro. ¿Qué diantres hacía el duque de Atholl ahí?

Incapaz de decir nada, Ruth Anne se volvió a centrar en el río. Tal vez si se quedaba quieta y no hablaba se convertiría en parte de la naturaleza y sería invisible. ¡Qué horror!

El duque de Atholl se acercó sigiloso. Había visto la caída de ella y también cómo perdía la bota en el río. Tuvo que contener la carcajada que pugnaba por salir porque aún no quería rebelar su presencia.

—Aunque hagas como que no estoy aquí, lo estoy —la avisó con humor. La vio cerrar los ojos con fuerza y se sonrió—. Y por mucho que estés pidiendo al Altísimo que me haga desaparecer, no va a funcionar tampoco. —Él estaba la mar de divertido con la situación. Hacía tiempo que nada captaba su atención. No sabía qué clase de milagro había traído a esa mujer hasta su presencia, pero daría las gracias servicialmente por ello.

—No estoy pidiendo a Dios que le haga desaparecer a usted. —Ruth Anne se decidió a hablar sin ganas de hacerlo.

—Entonces, ¿qué diantres haces con los ojos cerrados? —Espetó de modo más serio.

—Pido que me haga desaparecer a mí.

Barnaby no pudo contener ya la risa y estalló en sonoras carcajadas. Eso le valió que Ruth Anne dejase de apretar sus ojos y le diera una mirada furiosa.

—Por más que quieras asesinarme con la mirada, tampoco va a funcionar.

—Es ahora cuando estoy pidiendo que usted desaparezca —contraatacó la muchacha.

—Lamento decirte que no tengo intención de marcharme. —No después de haberla encontrado.

—Le ruego que lo haga. —Ella estaba ultrajada.

—Nunca he dejado a una mujer que necesitase mi ayuda a su suerte. No voy a comenzar ahora.

—No necesito ningún tipo de ayuda —expuso orgullosa.

—Da gracias a que nos hayamos encontrado. El trecho hasta la próxima casa es largo y con una sola bota no vas a poder andar. ¿Por qué soltaste tu calzado? Mejor dime qué te impulsó a sumergirlo.

Se colocó a su lado y la vio fruncir los labios. Sus mejillas estaban coloreadas. Cuando pisó el excremento no creyó que pudiera haber nada más humillante. Lógicamente, Ruth Anne se equivocó de pleno en su suposición inicial.

—Dime qué sucedió —la presionó. Ruth Anne aspiró con fuerza. Ese hombre era un tirano. Se notaba en la manera que tenía de ordenar las cosas.

—Tuve un percance que necesitó que la bota fuera aclarada en el río. —Ella no diría nada más. Él comprendió lo que habría hecho falta pisar para hacer algo como eso y volvió a reírse. Eso la disgustó mucho más—. Si todo lo que ha venido a hacer es reírse de mí, insisto en que se marche y me deje tranquila.

El duque de Atholl no le hizo caso. Se acercó a la orilla para sacar el pie de ella del agua. Ruth Anne saltó a su contacto.

—¡No haga eso! —Trató de apartar su pierna de la mano de él. El duque no lo permitió.

—¿Te disgusta mi toque? —Ella lo miró con más furia. Eso le hizo reír de nuevo. La joven era una pequeña arpía—. No pareció eso la primera vez que nos vimos.

—No es nada caballeroso recordar ese abordaje —dijo con una convicción que estaba lejos de sentir.

—¿Abordaje?

—Usted se me echó encima —le recordó.

—No. Tú me tocaste primero y yo reaccioné ante tu osadía —recalcó con cierto… ¿coqueteó? Ruth Anne no estaba muy segura de esto último.

—Eso no es… —Ruth Anne hubo de callar porque había rememorado aquel instante una y mil veces en su cabeza, y lo que él había dicho era verdad—. De todos modos, aquello no le daba permiso para besarme. —Se felicitó a sí misma por no haber titubeado en la acusación.

—Recuerdo muy bien que disfrutaste del beso.

—¡Me sorprendió con la guardia baja! —exclamó con rabia.

—¿Quieres decir que si te pidiera permiso para besarte me lo negarías? —inquirió el duque con retintín.

—Desde luego que sí. Yo soy… —Ruth Anne volvió a silenciarse. No deseaba decir que era una dama y menos que era la hija del duque de Cass. Si él era amigo de su padre podría hablarle de sus imprudencias, y su padre era de moral muy recta, demasiado. Las peleas que tenía con Alexander por el estilo de vida libertina que su hermano llevaba estaban a la orden del día.

—¿Quién eres? —preguntó al ver que ella no había continuado con su aclaración.

—¿Y usted? —quiso contraatacar.

—Sabes bien quién soy, pequeña pícara. Te di mi tarjeta.

—¿Tarjeta? —Ella puso cara de falsa inocencia.

—No mientas, gata. Te la di y vi perfectamente que la sujetaste en tus manos. —Él la obligó a que así fuese en aquel momento.

—¿Ah, sí? Recuerdo un trozo de papel, lamentablemente nunca llegué a leerlo —mintió descaradamente y esperaba que Dios no saliese de entre las aguas para acusarla formalmente.

—¿De verdad? —Él movió su pie a derecha y a izquierda para ver la movilidad que tenía y evaluar el daño sufrido. Atholl no la había creído.

—No soy ninguna mentirosa. —Dios la perdonaría por contar otra mentira piadosa.

—Está bien. Pon de nuevo el pie en el agua. Me encanta acariciar esa hermosa parte de tu cuerpo, pero mejor estará si lo sumerges un poco más en el frío. Evitaremos así la hinchazón. —Mientras lo dijo le acarició la pantorrilla con descaro.

—¡Es usted un desvergonzado absoluto!

—Te recuerdo que te reconocí en la fiesta —se obligó a decir, pues ella no era inocente en absoluto.

—Por favor, márchese y déjeme tranquila. No he pedido ni deseo su compañía. —Él le causaba mucho nerviosismo.

—Pero necesitas mi ayuda, gata testaruda.

—No me gusta que me llame gata —dijo refunfuñando. Él se sonrió.

—Entonces dime tu nombre. —El duque se acomodó a su lado tranquilamente y ella rodó los ojos. Al parecer, ese arrogante no tenía pensamiento de dejarla a solas.

—No, no quiero.

Ambos se miraron a los ojos de forma intensa. Ella apartó primero la mirada. A Ruth Anne él la ponía nerviosa. Deseaba ser una mujer fuerte ante ese arrogante, pero…

—Conozco una manera muy oportuna que te haría hablar.

—Lo dudo mucho —bufó ella.

—Podría volver a besarte como la primera vez. —La amenaza la hizo aullar de indignación.

—¿Y esas son las palabras de un caballero?

—¿Qué te hace pensar que soy un caballero? Si no leíste mi tarjeta de visita… —trató de acorralarla.

—Está bien. Está bien. Puede que echase una miradita.

—Dime quién eres. No es justo que tú sepas mi identidad y yo desconozca el nombre de la mujer que me mantiene mis noches en una tortura. —No mentía. Esos labios jugosos fueron un auténtico descubrimiento.

—¿Disculpe?

—Vamos, gata. Una mujer como tú es consciente de su atractivo. En la fiesta tuve que pelear por tus atenciones, cosa que no me sirvió de nada porque te marchaste de improvisto.

¡Encima él le recriminaba su huida! Un momento… Ruth Anne lo miró con el ceño fruncido. ¿Él la consideraba hermosa?

—Soy la señorita Nording. —No quería darle a él su verdadera identidad. Había algo en el duque que la impulsaba a querer mantenerse oculta. La estaba escrutando de una forma que la hacía sentir muy incómoda.

—¿No vas a darme tu nombre?

Ella suspiró. Él era como un perro con un hueso.

—Ruth Anne.

—Un nombre precioso, para una bella dama.

—¿De verdad esos cumplidos le funcionan con las mujeres? —No sabía demasiado sobre coquetear, pero sospechaba que lo que él decía no era ni sincero ni profundo.

—Me bastaron con una sola mujer. Puede que esté algo anticuado, pero creo que sigue siendo motivo de agradecimiento que un hombre aprecie a una mujer como yo lo estoy haciendo contigo. —Se sentía molesto porque ella no apreciase sus sinceros cumplidos.

—Yo no quiero sus atenciones. Vaya en busca de la mujer que sí los quiso. —¿Había sonado celosa? Esperaba que no, porque, entre otras cosas, no tenía motivo para hacerlo.

—Murió —expuso apenado. Todavía dolía recordar lo que ambos tuvieron.

Ella se mordió el labio. ¡Si es que la mala suerte le iba pisando los talones!

—Lo lamento —adujo con sinceridad.

—¿Por qué no te incomoda mi cicatriz? —Él, que estaba al lado izquierdo de ella, se señaló la laceración. Necesitaba cambiar el rumbo de la conversación a toda costa.

—¿Qué le hace pensar que no me incomoda? —Ruth Anne estaba jugando con él.

Él le dio una mirada de reprobación. Ella se puso un poco nerviosa pero no apartó la mirada de él. Ruth Anne quería una contestación.

—Me tocaste y no temblaste al hacerlo. Las damas huyen despavoridas cuando me ven. —Era lo que solía suceder.

—No negaré que me impactó verla.

—¿Qué te impulsó a acariciarla? —Quiso averiguar él.

—¡No la acaricié! —Eso resultaba muy íntimo y ella no hizo algo como eso, ¿verdad?

—Vaya que sí lo hiciste. No te atrevas a mentir. —El hombre todavía podía rememorar la sensación cálida de los dedos femeninos sobre su piel.

Ruth Anne se vio de nuevo acorralada y decidió admitir la verdad.

—Tiene forma de corazón.

—¿Cómo dices?

—Aquí —Ella levantó el dedo índice y trazó el recorrido de la cicatriz que resultó un corazón algo torcido, pero un corazón al fin y al cabo—. ¿Lo ve?

—No deberías tocarme. —Hacía demasiado tiempo que no tenía contacto con otra persona. Hacerlo con una mujer tan apetecible era demasiado profundo como para poder luchar contra lo que ella despertaba en su parte masculina. Esa que estaba removiéndose en sus pantalones.

—Lo siento. —Ella apartó su mano avergonzada. Él la capturó al vuelo y se la acercó a la mejilla. Le gustaba su calidez.

—No deberías hacerlo porque tienes algún tipo de hechizo sobre mí, y cuando tu piel roza la mía me haces desear… —Él se giró. Fijó su mirada en sus labios. Ruth Anne trató de moverse. Él no lo permitió—. No huyas de mí. Te prometo que no haré nunca nada que no quieras.

—Entonces, suélteme. Se lo ruego. —El contacto de él también la abrasaba.

—Lo haré si admites que también lo sentiste.

—¿Sentir el qué?

—Eres una gata traviesa —señaló con diversión.

—No, no lo soy.

—Lo eres, porque sabes perfectamente a lo que me refiero y te niegas a admitirlo.

—Es usted exasperante, Atholl. —Ruth Anne tragó saliva por el desliz cometido.

—Sabía que no podrías resistirte a leer mi tarjeta —señaló con una sonrisa torcida.

—He reconocido hace unos instantes que lo hice.

—Barnaby. Mi nombre es Barnaby.

—Es un nombre muy curioso.

—¿Para bien o para mal? —Ella no dejaba clara su postura ante lo que él podía inspirarle.

Ella alzó los hombros.

—No lo sé, supongo que le hacía más como un Derek o un Peyton. Algo con más fuerza. —Era un hombre demasiado potente para tener un nombre como ese.

—¿Barnaby no te parece suficientemente fuerte? —No le gustaba lo que ella acababa de explicar.

—Sinceramente, me parece un nombre demasiado dulce para un hombre tan duro como usted —confesó sin censura ni remordimiento.

—No vas desencaminada. Reconozco que no soy un hombre fácil. —Él no se sintió ofendido con esa observación.

—Me lo imaginaba.

—Y soy muy testarudo cuando quiero algo. —La miró con una intensidad que la descolocó.

—Ya le dije que no soy lo que busca. —Veía en su mirada algo desconocido con lo que sospechaba problemas.

—Eso lo decidiré yo, no tú.

—Es usted un presuntuoso.

—Habitualmente se refieren a mí como tirano. —Él torció una nueva sonrisa.

—No quería ser tan descortés. —Él se volvió a reír y cuando paró la vio con los labios fruncidos por el disgusto. Se acercó hasta su oreja para susurrarle con delicadeza—. Deseo besarte, Ruth Anne. Dejar tus labios carnosos hinchados por mis besos.

—¡No puede decir esas cosas! —Ella trató de apartarse de su lado. Él no lo permitió.

—¿Por qué no si es lo que más deseo hacer en estos momentos?

—No es correcto. —No lo era porque esas cosas ponían sus sentidos en un modo que no se sentía correcto. ¡Era inapropiado!

—Lo que es una insensatez es negar lo que queremos y ambos deseamos. Si te hubieras quedado en aquella fiesta tan indecente, hubieras aprendido que siempre obtengo lo que deseo y sería más benévolo contigo ahora. Me has hecho sufrir por tu espera y tendrás que pagar tu afrenta.

—No sé por qué arte de magia me localizó en la fiesta. También desconozco qué hace justo aquí pero…

—Te dije que te encontraría allí donde fueses y era una promesa que estaba dispuesto a cumplir.

Ruth Anne rodó los ojos. Toda la vida buscando a un hombre y justo le prestaba atención el único que la había tomado por una cortesana.

—Yo no deseo nada de usted —expuso mientras se incorporaba con dificultad.

—Ya lo veremos —respondió parsimonioso.

—Déjeme tranquila. Ya le dije que no soy lo que busca. Le repito que no quiero nada de usted. —Esperaba sonar muy convincente.

—Sí, sí lo quieres. —Él se incorporó y llevó sus brazos para alzarla en alto—. Por lo pronto necesitas mi ayuda.

—¡Oh! —Eso sí que no se lo esperaba. Se vio a sí misma siendo transportada en los brazos de un bravo guerrero y lo único que pudo hacer fue pasar sus brazos por su cuello para agarrarse con fuerza.

Bien que ella no deseaba nada de él, no ahora que Grecia parecía estar a la vuelta de la esquina, pero al menos se deleitaría con ese olor a sándalo, el calor de su cuerpo y sus fuertes brazos… Sobre todo porque con el estado de su pie no estaba en posición de hacerse la orgullosa.

Caminaron unos pasos y atado a un árbol, tras la espesura de los arbustos, divisó un precioso corcel de color miel. Perfecto. El caballero de brillante armadura había venido a atormentarla y se había traído con él al más bonito de los caballos. Ella, que tenía especial aversión a esos animales…

—No quiero montar —dijo Ruth Anne cuando él la dejó en el suelo para subir al animal.

—Estás lejos de la casa de tía Ruthy, no puedes llegar descalza. Tu tobillo no está para forzarlo a andar. —El duque subió a su montura.

—¿Cómo sabes que resido en casa de tía Ruthy? —La boca de Ruth Anne estaba de par en par.

—Te he dicho que no vas a escapar de mí.

—Y yo te he contestado varias veces que no quiero nada de ti. —No se dio cuenta de que había dejado a un lado la formalidad en la conversación.

—Vamos, monta. —La agarró de la cintura y la subió rápidamente, colocándola justo delante de él.

—Tengo miedo a los caballos y ellos me temen a mí aún más. No les soy agradable. —Ruth Anne estaba aterrada.

—Confía en mí, nunca dejaría que nada malo te sucediese. Yo te sujeto. —Barnaby agarró las riendas del caballo y ella se vio encerrada en lo que pudo parecer un abrazo.

—¿Y quién le sujeta a usted?

Él volvió a reírse. Sintió que ella cuadraba su postura.

—No me estoy riendo de ti. Tan solo es que no esperaba que resultases ser tan divertida como lo era Phillipa.

—¿Quién es Phillipa? ¿Otra conquista que lo aguarda en Londres?

—¿Estás celosa? —Él sonrió satisfecho.

—Desde luego que no —escupió ella con disgusto—, sé que es usted un seductor y le aseguro que no voy a caer en sus garras. Tal vez esa Phillipa se derrita con sus cumplidos, pero no yo. Le recomiendo que me deje en casa y se marche a la mayor brevedad en busca de Phillipa, para que ella le pueda hacer reír. A mí no me gusta que se rían de mí y usted lo hace a cada rato.

—Tienes la lengua muy afilada, gata.

—¿Le molesta que diga las verdades? —Los dos iban a un trote tranquilo. Él era consciente de que ella temía caer del caballo,

puesto que Ruth Anne había colocado sus manos sobre las suyas en busca de un punto de apoyo.

—En absoluto. Phillipa, mi difunta esposa, también tenía la lengua muy afilada.

Ruth Anne cerró los ojos. Una nueva ofensa que añadir a la larga lista.

—Lo lamento. No quise…

—No te disculpes, porque sí quisiste decir lo que dijiste. Si algo he aprendido de nuestros pocos encuentros, es que es eres una mujer que dice siempre lo que piensa.

—No me gusta la hipocresía.

—Pero te niegas a reconocer que sientes las mismas ganas de besarme que yo siento.

—Es muy grosero. ¿Se lo habían dicho antes?

—Me gustaría que dejases de referirte a mí con ese formal respeto.

—Es usted un duque —le recordó por si él lo había olvidado en algún momento.

—Soy Barnaby, un hombre que ha expresado en reiteradas ocasiones los deseos que siente por besarte. Creo que llegados a este punto podemos hablar sin formalidades.

—No creo que pueda hacerlo. —No era correcto hacerlo.

—Inténtalo. Eres una mujer inteligente, si lo haces lo lograrás.

—No prometo nada.

—Barnaby.

—¿Qué?

—No prometo nada, Barnaby. Dilo tú ahora, no es tan difícil.

Ella se quedó callada evitando dibujar una sonrisa.

—Vamos, Ruth Anne, ya que no me permites besarte, dame el pequeño placer de oír mi nombre en tus labios. ¿Qué te cuesta? —Ella siguió callada—. Conseguirás enfurecerme y entonces te besaré.

—Está bien, está bien, hombre terco. Lo diré. —Ella volvió a quedarse callada tratando de no sonreír. Él estaba muy pendiente de

sus gestos, porque aunque iba detrás sentía su mirada fija sobre ella.

Entonces Barnaby frenó a su semental.

—¿Me obligarás a bajarte y darte el beso que deseo?

—Barnaby. Ya está, lo he dicho. Por favor, continúa.

—Barnaby Jacobson. Dilo por favor.

—Eres un tirano —se quejó ella con los dientes apretados.

—Dilo y seguiremos.

—Barnaby Jacobson. ¿Satisfecho ya?

Él se acercó a su oreja muy seductor. Ruth Anne sintió el cosquilleo de su aliento. No osó moverse.

—Estoy muy lejos de la satisfacción. Más bien, muy cercano a la frustración.

—Por favor… —Ruth Anne estaba muy nerviosa. Sabía a lo que se estaba refiriendo porque el cuerpo de ella estaba también extrañamente agitado. Su proximidad la perturbaba.

Él se apiadó de su súplica. No estaba preparada aún… Barnaby puso en marcha de nuevo al animal.

—¿Verdad que no ha sido tan horrible decir mi nombre?

Ruth Anne no contestó porque ciertamente sí resultó ser un suplicio. Había sentido una familiaridad que no quería sentir cuando pronunció su nombre en alto. Referirse a otra persona por su propio nombre era algo tan personal e íntimo que ella sintió que toda la piel se le erizaba a medida que las letras se deslizaban suavemente por sus labios.

En poco tiempo llegaron a los establos. El mozo se hizo cargo del caballo y él la volvió a llevar en brazos hasta la casa.

—No es necesario, le ruego que me deje en el suelo… —rogó ella con las mejillas encendidas.

—¿Acaso crees que sería capaz de renunciar la menor oportunidad para tener tu contacto? Tal vez incluso puse allí esa piedra para que te tropezases…

Ruth Anne se enfocó en su rostro. Los ojos verdes de él mostraban diversión.

—¿No será un asesino? —Él se rio de ella—. ¿Cuánto rato estuvo mirándome?

—Ruth Anne, todavía no he dejado de observarte —expuso enigmático.

No supo qué contestar a eso y decidió no hablar más.

Ella estaba abochornada. Su primera salida por el campo y regresaba herida y en brazos de un hombre.

Y la cosa se puso peor cuando su tía abuela salió temerosa y dando voces para que fuesen a llamar al médico cuando llegaron a la salita de recibir visitas.

—¿Qué ha pasado, Atholl? —inquirió la anciana.

Ruth Anne se quedó con la boca abierta. ¿Cómo es que se conocían su tía abuela y el duque? Ya le preguntaría luego.

—Señorita Nording, soy el vecino de Ruthy. Mi finca linda con la parte sur de sus terrenos. —Él, que no cesaba en admirarla, percibió su curiosidad y quiso explicar la conexión.

—Por supuesto —dijo Ruth Anne sin saber qué más responder. Esperaba no haber preguntado en alto.

—Tía Ruthy —tomó de nuevo la palabra el hombre—, iré de inmediato a avisar al doctor, pero estoy seguro de que no será nada que no se solucione con unos días de reposo. —El duque, que conocía de hacía muchos años a la anciana a la que todo el mundo se refería de modo cariñoso como tía Ruthy, trató de tranquilizarla.

—Gracias. —La tía abuela estaba muy apenada y a la vez sorprendida al ver las miradas que él le lanzaba a su sobrina nieta. Tampoco le pasó desapercibido que el duque se había referido a Ruth Anne como «señorita Nording», cuando ella era la hija de un duque y su trato debía ser el de *lady* Ruth Anne. ¿Qué estaría pasando ahí?, se preguntó la anciana sospechando que había más de lo que parecía a simple vista.

—Tía, no es nada, es una simple torcedura. No se apene. Mañana estaré corriendo por el campo.

—Pero trate de no pisar un excremento. —Él no se pudo reprimir. Estuvo decidido a contrariarla antes de salir de la estancia a toda

prisa.

Ruth Anne enrojeció furiosa y no pudo darle una contestación audaz porque ya se había marchado de allí.

—Mi niña, es natural pisar… Bueno, esto es el campo y está lleno de animales. A mí también me pasó. No te avergüences. —La anciana comprendía el sofoco de su familiar.

Ruth Anne, quien estaba sentada cómodamente en el sofá de la salita principal, comenzó a reírse.

—¿Qué sucede, querida niña?

—¡Oh, tía! Me río porque si lo pienso detenidamente querría enterrarme en un hoyo. Hoy ha sido el día más bochornoso de toda mi vida y precisamente el hombre extraño del que te hablé antes, el que me besó, ha sido testigo de todo.

—¿El duque fue quién te besó? —La cara de tía Ruthy cambió por completo. Tenía la boca abierta de par en par.

La anciana no podía creérselo. Ese hombre llevaba encerrado en su casa llorando a su esposa muerta cuatro años y… ¿De repente comenzaba a besar a mujeres? ¿A besar a Ruth Anne? Le faltaba información. Algo como lo que su sobrina estaba diciendo parecía del todo imposible. El duque de Atholl no era del que seducía a una joven decente. Bien, ya averiguaría lo que estaba sucediendo. Lo primero era atender a Ruth Anne.

—Sí, tía, de ahí que le haya dicho que soy la señorita Nording y no le haya desvelado mi título. —La joven se había dado cuenta de la mirada que la anciana le había dado al duque en su momento.

—Pero no es posible que él…

—No, no se haga ideas extrañas —la cortó la joven—. Voy a mantenerme tan alejada de ese hombre como si de la viruela se tratase. Vamos a ir a Grecia cuando usted diga, si es que su propuesta sigue en pie.

—Desde luego que sí. He comenzado ya con los preparativos y saldremos, en cuanto te recuperes, en el primer barco que zarpe.

—Entonces no hay tiempo para distracciones inútiles. Quiero ver mundo. Quiero viajar.

—Pero… —comenzó a hablar de nuevo tía Ruthy, aunque las carcajadas de su nueva joven amiga le impidieron añadir alguna cosa más.

Ruth Anne estaba convencida de que estaba maldita. Tramó una trampa contra un hombre y escuchó lo que el marqués pensaba de ella. Decidió ir a una fiesta poco honorable y acabó huyendo de allí. Decidía ir a Grecia… y se presentaba un hombre en su puerta.

Lástima que él la considerase una cortesana. Aunque bien mirado, eso fuese toda una bendición porque ella iba a ir a Grecia sí o sí. Y si él averiguase su título, su honor le impulsaría a confesarle a su padre lo que había acontecido entre ambos. Pero casarse no figuraba de inmediato en sus prioridades. ¿Qué mujer cambiaría Grecia por un hombre del que no estaba segura de que fuese un buen esposo?

No. Lo suyo sería seguir con la idea de marcharse con su tía y explorar el mundo.

Capítulo 4

Una mujer seductora

Al día siguiente, Ruth Anne no se pudo levantar de la cama porque el médico había ordenado reposo: como mínimo dos días. ¿Qué iba a hacer dos días tumbada en la cama? Si al menos hubiese algún joven fuerte entre la población que custodiaba la finca de la tía abuela Ruthy capaz de bajarla a una salita… Fue el médico quien la llevó en volandas porque el pie estaba furioso con ella por haberlo torcido.

La tía entró en su habitación de buena mañana para descorrer las cortinas y asegurarse de que ella estaba bien. El médico había confirmado que no era nada grave, puesto que el hueso no se había fracturado.

—Buenos días, mi niña.

—Buenos días, tía Ruthy —saludó enfurruñada Ruth Anne.

—Veo que no nos hemos despertado con buenas perspectivas. —La anciana había percibido el disgusto de su sobrina.

—Mi segundo día en la casa y no voy a poder salir de la cama.

—Es por tu bien. Si quieres estar preparada para recorrer Grecia, será mejor que hagamos caso al doctor.

Ruth Anne se centró en esa mujer de apariencia menuda, canas en el pelo y unos expresivos, y algo arrugados, ojos pardos. De

verdad ambas eran familia. Se veía en la mujer que no había sido una belleza, pero aún conservaba un atractivo… ¿exótico? Tenía algo que la hacía especial. Tal vez fuese la fortaleza de su persona que se adivinaba en sus actos, expresiones y su forma de ser.

—¿Tuvo hermanas, tía? —le preguntó Ruth Anne.

—No, tuve dos hermanos mayores que fallecieron hace algún tiempo. Pero no conté con la compañía de otra mujer en la familia. ¿Por qué lo preguntas? —No era tía carnal de Cass, los unía la sangre pero por parentesco lejano. Aun así, lo sentía su sobrino.

—¿Puedo ser sincera?

La tía abuela se acercó al lado derecho de la cama.

—Creí que después de nuestra charla de ayer quedó claro que podemos hacernos confidencias.

—La veo a usted muy parecida a mí. Sé que el paso de los años ha menguado su belleza…

—Como te ocurrirá a ti —explicó con suavidad. No se lo tomó como una ofensa.

—No, a mí no, porque yo nunca he tenido de eso.

—¿Disculpa? —La anciana no creía lo que oía.

—He vivido a la sombra de mi hermana toda mi vida. Sé que no soy bonita.

—Si lo has hecho es porque tú lo has querido —le recriminó con molestia.

—No, de eso nada —dijo más irritada aún.

—¿Te besó el duque de Atholl?

—Sí, lo hizo a traición y sin mi permiso. —Evitó decir que le gustó demasiado para su propio bien.

—Entonces considérate hermosa —apuntó como si eso lo explicase todo.

Ruth Anne aguardó más explicaciones, pero como no llegaron hubo de preguntar:

—¿Por qué?

—No sé cuánto sabrás de la historia del duque pero…

—Sé que es viudo —la interrumpió Ruth Anne.

—Atholl vivió lleno de amor por su esposa. Nunca conocí a un hombre que profesase tanta devoción, incluso mi Jean Pierre se quedaba corto si lo comparase… No hubo nunca un hombre más enamorado de su esposa que él. —Todavía recordaba lo bien compenetrado que estaba ese matrimonio.

—¿Era hermosa? —Se sentía extrañamente celosa y no debería. Él no era nada para ella, ¿no?

—La belleza es algo muy personal. Todo depende de los ojos con los que se mire.

—No lo creo. Una mujer es hermosa o no lo es. —Ruth Anne lo veía muy simple.

—Te equivocas de nuevo. —La anciana sabía más porque tenía más experiencia en la vida. —Una mujer tiene muchos encantos. Cada hombre busca uno diferente. El duque es de esos hombres que no responde a lo evidente.

—¿Qué quiere decir, tía Ruthy?

—Conozco a Barnaby desde que era un adolescente. Su vida ha sido un tormento. Primero perdió a sus padres de forma trágica, fueron asesinados por unos bandoleros. Tuvo que hacerse cargo del título a una temprana edad y su abuelo lo obligó a casarse con una esposa de su elección.

—Él dijo que se llamaba Phillipa. —Era un nombre muy elegante. No como Ruth Anne, que era… era… Bueno, no era elegante.

—Sí. Cuando la vio por primera vez cayó rendido. Ella se parecía a nosotras en sus rasgos oscuros y su formas redondeadas. Salvo por los ojos, los tenía azules muy claros. —La anciana había estado muy a gusto siempre con la forma de su propio cuerpo. No era partidaria de los huesos.

—Esa es la razón —dijo más para sí que para su tía abuela.

—¿Qué has dicho?

—No entendía el motivo por el que él se había fijado en mí, ahora lo sé.

—¿Crees que es porque te pareces a Phillipa?

—Desde luego que sí. No se me ocurre otro motivo mejor. Tía Ruthy, usted no se imagina lo que ha sido Londres para mí. Todos estos años… y ningún hombre se ha fijado en mí. Es injusto que el primero que lo ha hecho haya sido porque me parezco a su desaparecido amor. —No era una historia bonita para contar.

—¡Oh! No debí decir que Phillipa se parecía a nosotras. —Su tía se había dado cuenta de su error.

—Es mejor saber la verdad desde el principio. Pero no se apene —Ruth Anne suspiró—, seguro que no hay nada que Grecia no pueda curar.

—El duque es un hombre apuesto y muy leal. No obstante, su carácter es endemoniado. No había hablado ni una palabra con él tras la muerte de Phillipa. Ha estado recluido en su casa desde entonces. Debo decir que me sorprendió mucho ayer cuando él te trajo en brazos. —Fue del todo inesperado.

—No tiene caso recordar una cosa que no tiene la menor importancia. —No deseaba pensar en él.

—¿No te gusta ni un poquito? —Trató de indagar la tía.

—No se trata de eso. Sencillamente, he descubierto que no estoy tan desesperada por casarme como para ocupar el lugar de una mujer muerta. —No mentía. Ese pensamiento acababa de nacer y se sentía poderoso.

—¡Mi niña! —la regañó por sus palabras—. Estoy segura de que el interés del duque va más allá del posible parecido que puedas albergar con su esposa.

—Créame cuando le digo que la mala suerte me persigue, y esta vez no dejaré que me alcance. —No iba a dejar que nada con él sucediese.

—Es una pena.

—¿El qué?

—El duque de Atholl parecía otro ayer cuando lo vi… Esa oscuridad que lo envolvía desde que Phillipa partió a mejor vida pareció haberse disipado… Hubo un incendio que le costó la vida a ella y él se culpa por no haberla podido salvar. Tal vez fue eso lo que

le impulsó a jurar ante la tumba de Phillipa que no se volvería a casar jamás. No sé si ha podido cambiar de idea, tal vez tú lo hayas hecho cambiar, porque me niego a pensar que sus intenciones sean deshonestas.

El corazón se saltó un latido. Ruth Anne cerró los ojos ante ese horror. Su cicatriz probablemente fuese el recuerdo perpetuo de aquel trágico suceso. Un nuevo impedimento que añadir a la lista.

—Estoy segura de que el duque encontrará a otra mujer que… le traiga alegrías. Si juró no casarse es mejor que me mantenga alejada, más cuando he decidido que no quiero ser una esposa a toda costa. Creía que sí, y aunque su excelencia se propusiera, yo… No, no estoy dispuesta a interponerme entre algo que vivió tan intensamente con otra mujer contra la que no puedo ganar. —Casi estuvo tentada de decirle a Ruthy el verdadero motivo por el que él se había fijado en ella. Porque además de compartir rasgos con la denominada Phillipa, él la creía una cortesana o algo de más bajo calibre, y no era de extrañar debido al comportamiento que había tenido cuando estaba en su compañía.

Definitivamente, ella tenía que olvidarse de él y centrarse en la emoción que sentía por viajar a Grecia. Por muy encantador que lo encontrase, no se dejaría arrastrar por él.

La puerta de su alcoba se abrió tras dar unos pequeños golpes. La anciana autorizó el paso y apareció el mayordomo.

—Lamento la intrusión. El duque de Atholl está en el gabinete verde, aguardando para conocer el estado de *milady*.

—Gracias Charles, bajaré en un momento. —El mayordomo se marchó y tía Ruthy se giró para observar de nuevo a su sobrina—. Es muy atento.

—Lo siento, pero no estoy interesada en ser la esposa de reemplazo de un hombre enamorado de su primera mujer. —Cierto que nadie había hablado de ello, pero Ruth Anne podía oír las maquinaciones de su tía—. Además, estoy segura de que él encontrará a otra mujer para sus… necesidades.

Ruthy la miró con una ceja alzada.

—¿Qué ocultas? ¿Ha sucedido algo entre ambos que no debiera? Supongo que soy la menos indicada para juzgar, pero el duque es un caballero y estoy segura de que repararía su falta de inmediato en caso de saber que eres la hija de Cass.

—No ha sucedido nada más que un inocente beso robado —se apresuró a decir. No fue del todo inocente, se sintió muy pasional…

—¿Pero…? —la animó a seguir al ver que la joven se había silenciado.

—Será mejor que partamos lo antes posible hacia Grecia.

—Comprendo. Bajaré y despacharé diligentemente al duque de la mejor manera posible. —La anciana sospechaba que Ruth Anne no era inmune a los atractivos del duque.

—Gracias, tía Ruthy.

La anciana se acercó para darle un beso en la mejilla.

Ruthy bajó para atender a su invitado. Pidió un té que él rechazó galante y la anciana le dijo que Ruth Anne necesitaba descansar. El duque se ofreció a bajarla a la salita si hiciese falta, cosa que la tía abuela aseguró no ser necesario.

Le costó mucho que el duque se marchase. Incluso asegurándole que ella estaba bien, insistía en querer verla. La tía estaba segura de que el interés de Barnaby no iba a desaparecer así como así. El hombre se veía… ¿Cómo decirlo? Sí, ilusionado.

El duque era buena persona y Ruthy mentiría si no admitiese, como Ruth Anne, que tenía miedo de que el interés de él en su sobrina no fuese sano. Si el duque de Atholl se había fijado en ella por las semejanzas entre ambas, Ruth Anne haría bien en mantenerlo apartado.

Sí, lo más prudente sería que los arreglos para embarcar se hicieran en la mayor brevedad y ambas pudieran marcharse a Grecia rápidamente, porque le daba en la nariz que la insistencia de él no iba a terminar en aquella corta visita de la que se marchó con disgusto por no haberla podido ver.

***

Y así fue. Al día siguiente, el duque de Atholl se personó en la casa y se mostró de nuevo insistente a la hora de querer ver a la convaleciente. Tía Ruthy no se lo permitió y por un instante temió que él asaltase la alcoba de la muchacha. Al final se marchó enfadado, pero se fue. Las dos estuvieron en su alcoba ideando los pormenores del viaje. Cenaron juntas.

Con las primeras luces del alba, tía Ruthy se levantó pensando en qué excusa pondría a Atholl en el día de hoy, porque estaba segura de que él seguiría insistiendo. El duque llegó y ella no le permitió ver a Ruth Anne alegando que la muchacha se encontraba con un resfriado que la mantendría en la cama unos días. Se marchó con mayor disgusto. A los dos días regresó el hombre y tía Ruthy le dijo que no podía verla porque estaba aquejada de una fuerte migraña. En la siguiente jornada él regresó y la anciana le volvió a decir que seguía con dolores de cabeza. A tía Ruthy le sorprendió mucho que ese día él se marchase con una sonrisa en la cara.

¿Y por qué se fue el duque sonriendo? Fácil. Había decidido asaltar la alcoba de ella. Iba a trepar por los árboles que daban frente a la gran ventana donde sabía que ella estaba alojada. La señorita Nording, como ella se hacía llamar, iba a descubrir que él no era un hombre que perdía la guerra.

Ni corto ni perezoso, salió por la puerta principal y cuando vio que nadie lo observaba, comenzó a trepar con gracia y vigor. Llegó hasta lo alto de la rama que caía justo frente a la ventana y solo tuvo que empujarla para poder dar un salto y quedar dentro de la alcoba.

Ruth Anne, que se encontraba delante del espejo sentada cepillando su pelo, saltó ante el intruso.

—¿Se ha vuelto loco? —La joven no se lo podía creer. Si a él lo atrapaban en su habitación los dos estarían recitando sus votos en un abrir y cerrar de ojos. Y justo cuando tuvo este preciso

pensamiento se dio cuenta de lo absurdo que habría sido tenderle una trampa a un hombre, porque ella no quería casarse con él, y verse obligada a hacer algo como eso sería una verdadera tortura. Por primera vez se alegró de que la mala suerte hubiera permitido oír la conversación íntima entre su hermano y Londonderry.

—No me has dejado otra opción. Y te recuerdo que estamos solos y acordamos que no nos hablaríamos con tanta formalidad. —La regañó mientras se ponía de pie. Cuando alzó la vista y la vio en un liviano camisón blanco que dejaba ver sus pezones erectos y que permitía adivinar la espesa mata de pelo oscuro que se escondía entre sus piernas, se le hizo la boca agua. En toda su vida había visto algo tan apasionante como aquello. Su esposa, a la que veneraba profundamente, le permitía hacerle el amor subiendo ligeramente el camisón, porque así era como se debía tratar a una devota esposa. Nunca consiguió ver el cuerpo de Phillipa, ella no se lo permitió, y ver a una mujer joven y apetecible como lo era Ruth Anne hizo que su hombría comenzase a levantarse intempestivamente.

Ruth Anne lo miraba fijamente.

—¿Y no se te ha ocurrido nada mejor que entrar en mi habitación como si fueses un ladrón? —Ruth Anne se olvidó de la formalidad. Ella puso los brazos en jarra y su pecho se acentuó todavía más. Él trago con nerviosismo. ¡Cielo santo! Verla con el pelo alborotado, enfurecida, con las mejillas sonrojadas y en camisón, era un verdadero placer para los sentidos. Barnaby trató de serenarse… Al menos lo estaba intentando.

—Llevo días queriéndote ver, pero tú no me lo permites. ¿Por qué? —Él trataba de mirarla a los ojos pero… ¡Santo cielo! Nunca había visto un busto tan perfectamente formado. Phillipa era de pecho más bien pequeño. Tenía carne en su cuerpo, pero no donde él quería que la tuviera.

—No tengo que darte ninguna explicación.

—Entonces, pensaré que eres una cobarde —bufó él.

—Yo no he sido cobarde en toda mi vida —respondió ofendida.

—Lo estás siendo. Te escondes de mí. —La vio abrir la boca—. No te atrevas a negarlo.

—No iba a negarlo —apuntó con la boca pequeña.

—¡Así que lo admites! —Sonrió satisfecho.

—No, tampoco lo admito. —Eso lo dijo más enérgica.

—Entonces eres una cobarde y una mentirosa —la acusó sin pesar.

—¿Has entrado en mi habitación para calumniarme? —Esto era inaudito. Ese hombre la sacaba de quicio.

—He entrado porque no me permites verte y deseaba contemplarte. Si llego a saber que estabas así, habría entrado el primer día. Incluso me habría peleado con tía Ruthy y Charles. —La miró de arriba a abajo y ella se sintió desnuda. No se había dado cuenta de su atuendo hasta que lo observó mirarla con… ¿hambre? ¿Ella era capaz de despertar deseo en un hombre? Ruth Anne estaba confundida de pronto.

—¿Por qué me miras así? —preguntó, deseando recibir sinceridad.

—Porque eres lo más bonito, sensual y divino que he contemplado nunca. —Lo vio lamerse los labios como si fuese un lobo que iba a saltar sobre su comida.

Ruth Anne trató de mantenerse firme. No se atrevía a moverse, pero consiguió encontrar su voz.

—No quiero tus atenciones. Si te he estado evitando ha sido porque no quería ser desconsiderada. —Ruth Anne se encaminó hacia la cama y recogió la bata a conjunto del camisón para ponérsela.

—Bésame —adujo seductor cuando ella pasó por su lado para salir de la estancia.

—¿Disculpa? —¿Ese hombre sería sordo? Ruth Anne miró su brazo derecho. Él la había apresado. Su contacto se sentía como una llama.

—Quiero que me beses —repitió con una sonrisa que ella calificó de perfecta. Tanto que su cicatriz había desaparecido por completo

de su rostro… Al menos ella ya no la estaba viendo.

—Acabo de explicarte que no deseo tus atenciones. —Ella tenía que centrarse o él acabaría consiguiendo su objetivo… Fuese cual fuese, porque no estaba segura de nada con el duque.

—Un beso. Si me demuestras que no sientes nada por mí cuando me beses, prometo no volver a molestarte. —Barnaby la soltó y se sentó en la primera silla que divisó. Cruzó sus piernas por las pantorrillas y se hizo el desinteresado.

—No. Me niego a participar en eso. —No debía besarlo.

—Cobarde.

—¡No soy ninguna cobarde! —Ella no tenía mucho orgullo, pero él estaba tocando un tema sensible. La podían acusar de aburrida, de poco agraciada, de demasiado gruesa, pero nunca la tacharían de cobarde.

—¡Demuéstralo! —la retó sabiendo que había tocado la tecla correcta.

Ella lo miró enfurecida. Se plantó delante de él.

—Levántate. —Era el orgullo y la tensión del momento los que habían tomado el control de la situación.

De modo parsimonioso se levantó y quedó enfrente de ella.

—Ya estoy de pie. ¿Ahora qué? —La retó de nuevo con diversión.

—Pues… ¿no querías un beso? —Su voz no sonaba tan segura de sí misma como hubiese deseado.

—Quiero que me beses. —Él tenía su mirada enfocada en esos dos bonitos labios entreabiertos que lo llamaban a gritos.

—Adelante. —Ella dio su permiso al tiempo que cerraba los ojos.

—No, no lo estás entendiendo. Quiero que tú me beses a mí y me demuestres que no hay nada entre nosotros, que no te derrites cuando te toco, que tu cuerpo no reacciona al mío cuando nos besamos.

Ruth Anne tragó saliva con fuerza. Las palabras de él eran incendiarias. Trataba de mostrarse calmada, pero estaba a punto de perder la cabeza. La situación era del todo inadecuada. La conversación más todavía.

—¿Y me dejarás en paz? —Si él afirmaba positivamente valdría la pena intentarlo.

—Lo haré.

Ruth Anne se obligó a serenarse. Un beso y él desaparecería de su vida. Lo complicado era hacerle creer que no la incendiaba cuando estaba cerca de ella. Bueno, no podía ser tan difícil… Tal vez si mantuviese su mente ocupada… Podría pensar en… en… en… ¡Excrementos! Sí, podría rememorar aquel asqueroso excremento, ese olor a putrefacción, en lo asquerosa que se sintió la sensación de pisarlo. Lo blando que estuvo. Un gesto de asco cruzó su mente y creyó que la misión acabaría concluida con éxito.

Con esos pensamientos se acercó a la boca de él y, rememorando ese olor nauseabundo y aquella textura asquerosa, comenzó a besarlo. Recordó cuando su bota se hundió en aquella cosa fangosa. El pensamiento duró una fracción de segundo. Ella había iniciado el beso, pero pronto ese tirano tomó el control y exigió que ella abriese su boca para que su lengua acariciase su cavidad. Ahí estuvo perdida. Ni el excremento más grande del mundo hubiera conseguido que sus rodillas dejasen de temblar. La culpa era de ese olor a sándalo que no conseguía hacerla rememorar el mal olor, sino todo lo contrario. La transportó a aquel primer beso que ellos compartieron.

En pocos segundos sus manos estaban cruzadas sobre el cuello de él y su cuerpo femenino deliciosamente pegado al masculino. Atholl fue hábil y le desabrochó la bata. Maldijo su camisa y su chaleco. Por fortuna, la chaqueta la había arrojado detrás de los arbustos antes de subir. Estaba a un pelo de arrancarse la ropa para sentir esas puntiagudas puntas sobre su carne cuando ella gimió…

Demasiados años sin sentir a una mujer retorcerse bajo su cuerpo lo estaban llevando al límite. Ella respondía tan bien a sus caricias que…

Por su parte, Ruth Anne comenzaba a sentir un calor incesante en la zona baja de su abdomen. Una necesidad tan apremiante nacía en sus entrañas que estaba a un paso de perder la cordura. Y todo

fue a peor cuando los labios de él abandonaron los suyos para comenzar a besar su cuello. Un gemido volvió a romper el silencio de la estancia y otro llegó cuando él capturó el lóbulo de su oreja entre sus dientes.

—¡Cielo santo! —susurró Ruth Anne en medio del torbellino de sensaciones.

En ese momento él aprovechó para poner una mano sobre un seno y la otra en las posaderas. La estrujó contra su eje y aquello fue una verdadera tortura.

—Eres tan perfecta… —Atholl se obligó a separarse. La miró a los ojos y vio la chispa de la pasión allí encendida. Hubo de emplear toda su fuerza de voluntad para apartarse totalmente de ella.

Ambos, con la respiración aún agitada, se miraban el uno al otro. Entonces, dos montículos oscuros captaron la atención del duque. Esos senos estaban pletóricos. Los veía mirarle de una forma desafiante y a punto estuvo de bajar su boca ahí para darles un escarmiento. En vez de eso, se acercó a ella y le anudó la bata. Con esos finos ropajes aún era consciente de las medidas de su cuerpo sensual, pero al menos estaba algo más cubierto.

—¿Qué ha sucedido? —Ella no dejaba de mirarlo a los ojos. Estaba muy excitada. Sus pupilas totalmente dilatadas por el deseo.

—¿Me preguntas el motivo por el que he parado o lo que has sentido cuando me has besado?

—¿Qué me has hecho? —Ruth Anne sentía su cuerpo arder muy insatisfecho, pero a la vez quedaba un reguero de deliciosa sensación tan placentera…

—Nada que tú no me hayas hecho a mí.

—¿Y eso qué significa?

—Por lo pronto… que no vas a volver a esconderte de mí. —Él la miró con intensidad ardiente.

—Yo creo que es justo lo que debería hacer —susurró sin ser consciente de lo que decía.

—¿Comprendes que después de ese beso no voy a permitir que huyas de mí?

—Pero… ¿por qué?

—¿Debo besarte de nuevo para que lo comprendas mejor?

—¡No! —No es que ella no quisiera más besos, sino todo lo contrario. Lo que Ruth Anne temía era que ninguno de los dos pudiera parar si volvían a rozarse. Se deseaban. Mucho.

Él tomó a mal su negación y frunció los labios severo.

—Te empeñas en negar que me deseas tanto como yo a ti. Tal vez te disguste mi cicatriz, pero incluso con ella eres arcilla en mis manos. Si no llego a detenerme estoy completamente seguro de que habrías permitido que te tomase a plena luz del día, en tu cama, con tía Ruthy abajo. Así que no te atrevas a huir de mí o tendré que volver a hacer algo al respecto. Y te juro por mi honor que la próxima vez haré que desees con todas tus fuerzas que no cese en mi seducción.

Después del ofendido discurso, el duque de Atholl se acercó a la ventana para salir de allí lo más rápidamente que pudo, dejando tras de sí a una asombrada Ruth Anne que no podía creer lo que acababa de suceder.

La muchacha tomó asiento en la silla más próxima y buscó una serenidad que la rehuía de un modo alarmante. Cuando al fin logró tranquilizarse comprendió dos cosas. La primera era que el duque no iba desencaminado en su suposición sobre que ella no sería capaz de frenarlo en caso de volver a tener un encuentro semejante. Ella lo deseaba. Su cuerpo quería sus caricias y sus besos. Y la segunda era que ese hombre tenía un agrio carácter marcado por esa cicatriz. Ese recuerdo que a todas horas era testigo del trágico final que tuvo su esposa.

Si tan solo pudiera poner tierra de por medio entre ellos… No quería que él le afectase, pero lo hacía de un modo demoledor.

Unos golpes en la puerta devolvieron sus pensamientos al presente.

—Adelante.

—Mi niña, tengo unas noticias excelentes. —Tía Ruthy ingresó en la estancia y trajo consigo una lluvia de felicidad.

—¿Son los pasajes para Grecia? —Sería la solución perfecta para alejarse del duque. Al menos durante un tiempo hasta que pusiera en orden sus emociones. Si ella supiera las intenciones reales de él… ¿A quién quería engañar? Ruth Anne era del todo conocedora de lo que andaba buscando el duque. Pues un hombre que había perdido a su primer amor en un incendio y había enterrado su alma junto a la de su esposa, únicamente podía requerir de una mujer como ella un poco de diversión. Y lo peor de todo era que Ruth Anne se la estaba brindando sin ningún obstáculo. Tenía que ser fuerte y frenar sus avances como fuera. ¡Necesitaba ese viaje a Grecia con mucha urgencia!

—No, querida, mi administrador sigue en ello.

—¡Oh! —Sus esperanzas se esfumaron.

—Pero no te angusties, esta noche nos han invitado a la fiesta de los señores Rosenwood.

—¿Una fiesta? —preguntó extrañada.

—Sí, mi niña, en el campo también damos fiestas y ésta te encantará.

—No he querido insinuar que… Bueno, es que me ha sorprendido. —Ella sabía que no se daban fiestas solo en Londres, pero el anuncio la había pillado desprevenida.

—Lo sé. No creas que será algo excéntrico, será una reunión entre vecinos, pero contamos con buenas familias con recursos económicos nada desdeñables —expuso con orgullo la anciana.

—Por supuesto. —Ruth Anne nunca pensó que fuese una esnob, pero se estaba comportando como una en esos momentos y se disgustó con ella misma.

—¿No vas a preguntarme por qué esa fiesta te encantará? —inquirió con una brillante sonrisa.

—Sí, sí. Lo siento. ¿Qué habrá que sea tan fabuloso? —preguntó con complicidad.

—Tres muchachos que buscan esposa —desveló como si fuese un secreto.

—¿Cómo ha dicho? —Ruth Anne abrió los ojos como platos.

—Las mujeres en el campo no son abundantes, y estas familias, a pesar de ser de clase pudiente, son campestres. Es decir que les atosiga el bullicioso Londres. Así que hay en las inmediaciones tres hombres muy apuestos que podrías considerar.

—¿Las mujeres consideran a los hombres? —Era algo que nunca se le habría pasado por la cabeza. En su mundo de alta alcurnia un hombre señalaba con el dedo y la mujer tenía que ir agradecida.

—Te he dicho, mi niña, que las reglas en el campo son diferentes. Aquí las jóvenes como tú escasean y los muchachos tienen que hacerse notar.

—Tía Ruthy, lo que dice suena grandioso, pero me temo que no es bueno llenar mi cabeza con esperanzas. Hace tiempo que perdí la fe en convertirme en una esposa. Y, desde que hablamos de Grecia, creo que he despojado toda idea de matrimonio.

—Lo comprendo, pero eso no impide que puedas brillar con luz propia aquí, en el campo. No creas que no he visto los dos vestidos de fiesta que has traído contigo. Para esta noche sería conveniente que te pusieras el verde. Creo que la seda se ajustará como un guante a tu contorno.

Había empacado dos trajes de los que confeccionó *madame* French a regañadientes y su madre la había obligado a llevarlos por si se presentaba la ocasión de lucirlos, algo que parecía improbable. Pero ahora se alegraba de haberle hecho caso a la duquesa.

Al fin un lugar donde no habían visto previamente a Rose Anne. Su hermana no iba a hacerle sombra y ella sería capaz de intentar desplegar su encanto y probarse a sí misma. No es que buscase conquistar a un hombre, pero debía reconocer que llegar a un lugar nuevo donde no sabían nada de ella previamente, e intentar acaparar la atención de un buen hombre por las buenas, es decir sin trampas, era una cosa que no podía pasar por alto.

Se tocó los labios. Los sentía un poco hinchados aún y eso la hizo sentirse una traidora con respecto al hombre que la había besado hacía unos instantes. Desechó rápidamente esos tontos pensamientos sin fundamento. El duque de Atholl se había acercado

a ella pero desde la primera vez que la besó dejó claras sus intenciones. Ella era un entretenimiento para él. Si al menos el duque hubiera guardado su corazón y no lo hubiese enterrado junto al cuerpo sin vida de su esposa… No. Seguramente, ni aun así ella tendría una oportunidad con un hombre como aquel.

El duque de Atholl era decidido, tomaba lo que quería cuando se le antojaba. Una persona que había demostrado lujuria por ella. No amor. No sentimientos. Solo pasión descontrolada… Bueno, ni aun así, porque él se había controlado mucho mejor de lo que ella pudo.

—¿Sabe, tía Ruthy?

—Dime, querida niña.

—Estoy deseando ir a ese baile. —Entre otras cosas porque ella iba a demostrarle a Atholl que podía ser inmune a sus encantos. Esto último no sabía cómo diantres lo haría, pero alguna cosa se le ocurriría.

—Fantástico, fantástico. Entonces será mejor que comencemos con los preparativos. —La tía abuela se puso muy seria de pronto.

—¿Sucede algo malo? —le preguntó a su tía.

Ruthy la miró con una sonrisa.

—Espero que mi doncella recuerde cómo hacer un peinado bonito a una muchacha, porque me temo que en los últimos años no ha tenido mucha práctica con esta vieja tía Ruthy… —Y las dos mujeres comenzaron a reír ilusionadas con la nueva salida que se avecinaba.

Y así fue como un día que se preveía tranquilo se transformó en uno atareado. La casa se puso patas arriba y las dos mujeres estuvieron preparándose para llegar impecables a lo que sería una fiesta inesperada en la que tratarían de disfrutar de los bailes y la buena conversación.

El pie de Ruth Anne todavía no era el que fue, pero eso no iba a impedirle disfrutar del baile.

***

Con la oscuridad de la noche se presentaron en casa de los señores Rosenwood y las presentaciones se iniciaron. Saber que la hija de un duque iba a asistir había causado sensación. Sintió todas las miradas puestas en ella y fue como convertirse en la reina del baile.

Su tía, Ruthy, se aseguró de presentarle a esos tres hombres que por lo visto buscaban esposas. El primero fue el hijo de los anfitriones, el señor Duncan Rosenwood. Era un hombre bastante rudo, de facciones muy marcadas, ojos oscuros y pelo negro. Llevaba un traje formal a la moda, de excelente calidad. No es que resultase apuesto, pero tenía un encanto que, según le había dicho tía Ruthy, se debía a su ascendencia escocesa.

El humilde salón de baile de esa preciosa casa estaba decorado con mucho gusto. Con madera oscura en las paredes, los lirios blancos dispuestos en punto estratégicos contrastaban de forma magistral. Las lámparas de araña llenas de candiles creaban un ambiente de ensueño, y la orquesta, que figuraba en lo alto del salón, tocaba con gran maestría.

El señor Rosenwood llevó a Ruth Anne hasta el centro de la pista de baile. Las demás parejas les siguieron y comenzó a sonar una cuadrilla muy alegre.

—Tía Ruthy no le había hecho justicia, *milady*.

Ruth Anne trastabilló. Su primer cumplido la había desestabilizado. Él la sujetó con sus poderosos brazos. Ese hombre era todavía más voluminoso que Atholl. Seguro que sus antepasados habían sido grandes *highlanders*.

—Lo siento, no suelo ser tan torpe.

—No se disculpe, tía Ruthy me avisó de que tuvo una caída y que su pie podría estar resentido.

Ruth Anne enrojeció y él se dio cuenta. Los hombres no debían referirse a las partes de su cuerpo. Él pareció leerle la mente:

—No se avergüence porque hable de su tobillo. Esto es el campo y aquí las normas son más flexibles. Disfrute, *milady*. —Y la volvió a

hacer danzar y ella se rio sin pudor. Era un hombre muy peculiar. Se veía un buen partido. Tal vez debería avisar a sus amigas para que vinieran a alguna fiesta en el campo. Aquí serían vistas con otros ojos. ¡Ella mismo lo estaba siendo!

Ruth Anne se volvió a lamentar de haber pospuesto durante tanto tiempo la invitación de tía Ruthy para hacerle una visita. Tal vez haría años que estaría casada…

Cuando terminó el baile, el señor Rosenwood la acompañó hasta la mesa donde se había dispuesto un refrigerio. Ruth Anne tomó un vaso de ponche.

—¿Por qué me miran todos? —quiso averiguar la joven. Su pareja se rio con diversión.

—No todos los días visita la casa de un comerciante la hija de un duque, y además una tan bonita como usted. —Ella tosió y el contenido de su boca cayó al suelo. La mala suerte no había sido tan evidente como en otras ocasiones, porque esta vez ella no había derramado el líquido sobre el atractivo señor Rosenwood.

—¿He dicho algo indebido? —le preguntó al tiempo que le daba un finísimo pañuelo de hilo que llevaba las siglas de él grabadas en una esquina.

—Debe pensar que soy un desastre de dama. —Estaba mortificada. Al menos, nadie más la había visto hacer eso tan inapropiado.

Él le sonrió afablemente.

—En absoluto. Es todo lo que imaginé que sería una gran dama londinense.

Ella suspiró. Era un hombre tan galante y atento… ¿Por qué no habría de eso en Londres?

—Debo confesar, señor Rosenwood, que no estoy acostumbrada a los halagos.

—Permítame que lo dude, *milady*. A decir verdad, si hay más como usted en la gran ciudad estoy tentado de trasladarme durante una buena temporada.

Ella lo miró a los ojos. Él le estaba sonriendo muy coqueto. ¡Un momento! ¿Un hombre estaba coqueteando con ella?

—Además, me encantaría acapararla durante toda la noche, aun a riesgo de enemistarme con mis amigos —siguió con su exposición sin dejar de sonreírle seductor.

—¿Sus amigos?

Él cabeceó hacia la derecha. Allí había cuatro hombres, algunos más jóvenes y otros más cercanos a su edad, que la estaban mirando… ¿maravillados?

Ruth Anne se subió ligeramente el escote de su vestido. Las otras muchachas no estaban enseñando tanta piel. A buen seguro ese era el motivo del interés de ellos.

De haberlo sabido antes… ¡Las temporadas aburridas que se habría ahorrado si hubiese sido consciente de que unos centímetros menos de tela iban a darle notoriedad!

—Ya le he dicho que una hija de un duque, y además hermosa, es un buen reclamo para cualquier hombre con dos ojos en su rostro. No estamos acostumbrados a codearnos con tan altas y bellas esferas. —Él agachó un poco la cabeza en señal de respeto. Ruth se quedó inmóvil. Carraspeó decidida a cambiar el rumbo de la conversación.

—Tengo entendido que el duque de Atholl es uno de sus vecinos. —No quería reconocerlo, pero desde que llegó a la fiesta estuvo buscándolo.

—El duque no sale de su finca desde que él… Atholl tuvo un accidente, un incendio… Y todavía menos acude a nuestros bailes —le explicó él al tiempo que daba un sorbo a su ponche.

—Comprendo. —Ella no sabía qué más añadir. Su corazón se había hundido al entender que él no aparecería esta noche. Daba igual que ella se hubiese propuesto ignorarlo. En su fuero interno era consciente de que se moría por verlo.

—¿Puedo volver a solicitarle un nuevo baile, *milady*?

—¿Desea bailar otra pieza conmigo? —Ella no se lo creía.

—Si no lo encuentra inapropiado, me gustaría, como le he señalado con anterioridad, acaparar su atención.

—Uhm…

Ella, que había bailado contadas veces en los salones de baile, tenía a un hombre encantador haciéndole la corte… Sí, tenía que escribirle a April y a Margot y hacerlas venir, porque los otros muchachos que le había presentado la tía abuela se veían igual de complacientes. Pero lo haría una vez regresase de Grecia.

—Espero que me conceda el placer de sostener entre mis brazos a tan bella dama. —¡Un hombre flirteaba con ella!

Las mejillas de Ruth Anne se tiñeron de rojo. A sus años y por primera vez se sentía una jovencita casadera.

—Es usted un adulador, estoy segura de que si fuese a Londres se convertiría en la sensación de la temporada.

—¿Para qué ir a Londres si puede que todo lo que desee esté a mi alcance? —El hombre le tendió su mano.

Eso se sintió muy directo, pensó Ruth Anne que sonreía encantada. ¡Un hombre estaba interesado en ella! De pronto se dio cuenta de que era demasiado bonito para ser verdad. Ruth Anne lo inspeccionó con seriedad. Lo miró para determinar si él se estaba burlando de ella.

—¿Hay algún problema? ¿La incomodo? —inquirió su acompañante con tono serio.

—Una vez más me obliga usted a confesar que no estoy habituada a tantas atenciones, por lo que trato de determinar la dirección de sus afirmaciones.

Él dejó caer su mano con cierta frustración al comprender que ella no iba a aceptarla.

—Sé que puedo ser abrumador, demasiado directo, pero no es por capricho, sino porque estoy acostumbrado a hacerlo. Mis negocios me impiden andar por las ramas, así que, sin más dilación, le diré que si me lo permite me encantaría visitarla en casa de su tía Ruthy. La encuentro admirable y me gustaría seguir conociéndola si me lo permite.

—¡Vaya! —Eso sí que no se lo esperaba. Él carraspeó no sabiendo cómo interpretar su reacción.

—Dispense, *milady*, pero en verdad no esperaba una contestación como la que me ha dado.

—Lo que yo no me esperaba es que en mi primer baile, en mi primera danza campestre, un hombre como usted dejase tan patentes sus atenciones. Si me permite la franqueza…

—Se la permito —la invitó él a expresar sus inquietudes al ver que él se había callado.

—Entonces le diré que debería ir con cautela. —Lo vio sonreír con diversión.

—Ilústreme —le sugirió sin perder la sonrisa.

—Tal vez esté hablando de sus intenciones con una persona que podría ser una arpía.

—¿Lo es usted?

—Hasta donde yo sé, no. Al menos, no me considero así —le dijo un poco contrariada.

—Sé que no es usted una arpía porque estoy habituado a tratar con mucha gente debido a mis negocios y conozco el carácter de las personas.

—Sí, pero… —ella estaba abrumada.

—Lamento mucho haberla contrariado de modo tan precipitado, pero como ve —regresó la cabeza hacia el punto donde los otros supuestos pretendientes estaban esperando su turno para hablar con ella—, la competencia va a ser dura y no soy de los que pierde su oportunidad.

¡Ella era popular en el campo! Ruth Anne se dio cuenta de que en todos estos años lo que había fallado no era ella, sino el escenario. ¡El campo era su tablero de juego!

—Comprendo. —¡Estaba entusiasmada!

—Puesto que ya he rebasado los límites de lo apropiado para un primer encuentro, y no pierdo nada, le solicito una entrevista formal mañana… ¿para tomar el té? —inquirió esperando su conformidad.

—¿Un té? —preguntó ella sin creerse aún lo que estaba viviendo.

—El té de la tarde estaría bien. No obstante, le pido franqueza en lo que voy a solicitarle.

—Adelante —dijo ella.

—Si no soy de su agrado o si mis aspiraciones pudieran disgustar a su padre, le ruego que me lo diga en este instante. —La hija de un duque tal vez le quedase muy por encima. Si la familia de ella era muy clasista, él no tendría ninguna posibilidad. Pero si él percibiera cierto interés por ella, la joven no pasaría penurias a su lado en caso de decidirse a desafiar a su familia por él.

—¡Oh! —Ruth Anne no sabía qué más decir.

—¿Estoy poniendo mi elección por encima de mis posibilidades?

—Mi padre, el duque de Cass, no es un hombre clasista. Incluso uno de sus mejores amigos es un reputado comerciante de la seda —relató con orgullo.

—Es una gran noticia. —Eso haría las cosas más fáciles.

—Pero…

—Siempre hay un pero —se lamentó él.

—Iba a decirle que estoy planeando un viaje a Grecia con mi tía y que tal vez debería poner sus ojos en otra parte.

—Si me permite la osadía, quisiera saber cuánto tiempo estará fuera. —Eso sí podría ser una contrariedad. Deseaba casarse lo antes posible con una buena mujer.

—Un par de meses o más.

—Entonces, por mi parte no veo inconveniente. —Ella le sonrió en respuesta y batió sus pestañas coqueta. Ciertamente, esto era muy divertido—. ¿Me permite pues acapararla durante toda la noche?

—Me temo que, incluso en el campo, eso sería del todo inapropiado. —Y lo sonrió una vez más.

—Tenía que intentarlo.

—Y yo debía evitarlo. —¡Santo cielo! ¡Ella acababa de flirtear!

—¿Al menos me concederá otro baile?

—Sí —le contestó mientras le tendía el pañuelo que él amablemente le había entregado cuando ella hizo aquel estropicio

con el ponche.

—No. Quédeselo, por favor. Considérelo un presente.

—Es usted muy amable.

Y los dos regresaron a la pista de baile mientras el resto de los hombres los miraban enojados.

La noche se presentaba llena de emociones porque, sí, Ruth Anne Nording se había convertido en la sensación de la velada. Por una noche, ella no era la aburrida solterona, la segunda hija poco agraciada del duque de Cass. Todo un sueño del que ella no quería despertar.

Capítulo 5

Un hombre endiablado

Barnaby Jacobson Joseph tercero, actual duque de Atholl, había sido criado entre algodones y siempre se atuvo a las estrictas normas dictadas por su abuelo, el viejo Atholl. Desde que sus padres fuesen asesinados, siendo él muy joven, el anterior duque había guiado su instrucción con mano dura. Pocas distracciones y mucha disciplina, con la única finalidad de ser un hombre capaz de poder lidiar con el patrimonio del ducado.

Se consideraba afortunado por haber sido bendecido con un físico poderoso que le hacía parecer más fuerte de lo que en realidad era. Sus brazos y su pecho se habían desarrollado por el ejercicio de montar. También sus fuertes piernas. En su familia no había enclenques y el viejo duque siempre decía que él, hasta la fecha, había sido uno de los hombres más grandes que había tenido la familia. Era de talla alta, y su rostro siempre le había devuelto una sonrisa cuando se había mirado en el espejo. No era vanidoso, pero sí muy consciente de su atractivo y del poder que ejercía sobre las muchachas más jóvenes del servicio.

Ni que decir tiene que el libertinaje nunca había tenido cabida en su crianza o en su forma de ser. El viejo se había ocupado de instruirlo también en sus deberes conyugales. Pasó por las manos de

muchos y excelentes profesores que le enseñaron pensamientos modernos —de los que su abuelo recelaba— y las tradiciones de la sociedad.

La gran ciudad únicamente fue pisada para celebrar una fastuosa boda con una mujer con la que el viejo lo había obligado a casarse. Y esto sucedió cuando él contaba con veinticinco años. Trató de revelarse contra el abuelo, pero aquello resultó imposible. El viejo lo tenía bien domado y él no quería ser un mal nieto para el hombre que lo había criado desde bien temprana edad. Se resignó y partió a la ciudad sin haber visto ni una sola vez a su prometida.

Un arreglo entre las familias. Un típico matrimonio de conveniencia del que no sabía bien qué esperar.

En honor a la verdad, Phillipa resultó ser todo un descubrimiento. Los primeros meses fueron más malos que buenos. Eran dos extraños atrapados en los enredos de sus familias. Cuando el enfado de uno y otro desapareció —porque ella también estuvo disgustada con el enlace— comenzaron a hablar y se dieron cuenta de que tenían más cosas en común de lo que habían supuesto.

Ella acabó convirtiéndose en una compañera dulce, tierna, divertida… Y por ello dio gracias al buen Dios.

Tuvo un matrimonio muy feliz. La amaba. Ambos habían enseñado a sus cuerpos a conectar. En el lecho se fusionaban el uno y el otro. Las relaciones se llevaban a cabo en la habitación de su esposa. Él trataba de molestarla con sus necesidades y atenciones lo menos posible. Phillipa, pese a su aspecto saludable, con su cuerpo redondeado, su pelo oscuro y sus preciosos ojos azules, no gozó nunca de buena predisposición a la hora de atenderlo en el lecho conyugal.

Mentiría si no dijese que en ese aspecto ambos no habían sido plenos. Muchos de sus amigos nobles a los que se les soltaba la lengua con un par de tragos, coincidían a la hora de decir que el deporte de cama con sus esposas los aburría de tal forma que habían echado mano de excelentes amantes.

Amantes. A lo largo de su vida nunca había oído una palabra semejante. Movido por la curiosidad quiso averiguar qué era aquello. No le costó demasiado descubrir que las que se encargaban de saciar los placeres ocultos y pecaminosos de sus amigos eran otras mujeres, actrices, empleadas o viudas que los hacían aullar en la cama.

Amaba a su esposa con toda su alma. Eso no le impidió acudir a la ciudad con un par de amigos y visitar un selecto club masculino en el que descubrió los auténticos placeres de la carne. Aquella mujer pelirroja de ojos oscuros le mostró su cuerpo femenino. Se acarició delante de él y luego lo obligó a tocarla por todas partes. Creyó que moriría de gusto.

Hasta ese momento, Barnaby no había sido consciente de lo que le faltaba en su relación con Phillipa. Pasión, ardor, desenfreno. Ver a una mujer desnuda fue algo sublime. El pudor de Phillipa le impedía mostrarse ante él.

Una noche en la que bebió más de la cuenta, antes de haber descubierto el placer en Londres, se metió en su habitación movido por una lujuria desmesurada. Ella dormía plácidamente y él se abalanzó sobre su cuerpo con urgencia. Trató de quitarle el camisón y ella estalló en gritos y lloros, aludiendo a una falta de respeto inaceptable.

Pero aquella mujer del club a la que había pagado más que generosamente, pareció haber disfrutado de sus atenciones. Incluso ella lo urgió a tocarla ahí, en ese secreto donde emanaba su esencia. Se había retorcido de puro deseo por él. Barnaby, que siempre había sido un chico listo, aprendía rápidamente, y cuando dio con un pequeño bulto entre los pliegues resbaladizos de aquella mujer y lo frotó con gracia oyó unos gemidos que le calentaron la sangre hasta un punto de ebullición que amenazaba con incendiarlo.

Aquella meretriz a la que pagó se volvió loca con sus caricias, con su toque, con todos aquellos experimentos que él quiso llevar a cabo con ella. No puso ningún impedimento a sus peticiones y quedó más que satisfecho con la experiencia.

No. Él no había engañado a Phillipa haciendo aquello que tanto placer le dio. Entre otras cosas porque la amaba tan profundamente que nunca podría conectar con una mujer como la que el viejo le había proporcionado.

Al día siguiente de esa experiencia tan positiva y con la que iba a hacer que Phillipa saliese de su zona de confort, llegó a su casa. Y a partir de ahí le sobrevino el infierno.

Ella se empeñó en ofrecer una fiesta. Aquella noche ambos discutieron. Él le trajo un precioso collar de diamantes con sus pendientes a juego. La vio seductora ante él y trató de besarla y tocarle los pechos. Quiso incluso sacarlos de su elegante vestido de muselina para verlos por primera vez. Los de aquella mujer le habían gustado, pero los de su esposa eran del tamaño aceptable. Ella se ofendió nuevamente y le gritó.

Salió de allí malhumorado e inquieto. Deseaba tener con Phillipa lo que había compartido con una extraña. Ella no quería su toque. Además, estaba frustrada porque Dios no le había proporcionado descendencia y lo culpaba a él. Su esposa decía que si él fuese menos ardoroso cuando le hacía el amor, Dios los premiaría. Para su difunta esposa, la lujuria era un pecado. No para él, quien opinaba que ella era su esposa y debería replegarse a sus deseos. No obstante, cada vez que trataba de mostrarle lo que su cuerpo podía sentir, ella se enfurecía de tal manera que acababa por disgustarlo a él.

Aquella noche, después del baile, mientras todos dormían en sus camas plácidamente, un incendio se originó en la habitación de su esposa. Corrió a socorrerla pero era demasiado tarde. Trató de acceder a la estancia y una viga cedió. Las llamas le alcanzaron el rostro. Fallecieron dos parejas más que se vieron atrapadas por el incendio en sus habitaciones.

Así fue como los padres de su ahijado, Bastian Leight, murieron. Aquella noche, el duque de Atholl perdió todo lo que le importaba en la vida. Su esposa y sus amigos.

Junto con el abuelo de Bastian, él se hizo cargo de la educación del actual marqués de Londonderry y futuro duque de Kent.

La culpa le corroía el alma. Traidor. Tal vez Dios lo había castigado por inducir a pecar a su esposa.

Phillipa se convirtió en una mártir de sus pasiones más bajas. La culpa y la penitencia fueron estar cuatro años enclaustrado en su finca, reconstruyendo aquel hogar que se había convertido en un museo a su esposa fallecida. Encargó multitud de pinturas, retratos de Phillipa, esculturas de ella para recordarla en su casa, a fin de que su espíritu nunca lo abandonase. La habitación de su duquesa, que comunicaba con la suya través de una puerta, fue mandada reconstruir tal cual estuvo. En sus armarios se encontraban los vestidos más antiguos que no fueron pasto del fuego.

Barnaby se enorgullecía de haber construido un hogar del que Phillipa nunca saldría. Iba a visitarla todas las mañanas al cementerio y hablaba con ella. Le pedía perdón por haberla disgustado en sus últimos momentos de vida con sus apetencias íntimas.

Lo que más mal sobrellevaba era saber que ambos habían discutido antes de su fallecimiento, y lo que más culpa le otorgaba era ser consciente de que días antes él había disfrutado de otra mujer cuya experiencia no era capaz de sacarse de la cabeza. Incluso con la muerte de su esposa, incluso con aquella pérdida tan grande, por las noches su lujuria se empeñaba en rememorar aquella sesión de placer carnal que lo hacía levantarse derramado. Él perdía su esencia entre las sábanas de su cama recordando a la mujer que lo había llevado por las brumas de la lujuria. Y se maldecía. Se maldecía una y mil veces por no ser capaz de guardar fidelidad a su esposa difunta.

Habían sido cuatro años duros. Horrendos. Cargados de soledad y miseria. Pero no había castigo ni dolor que durase para toda la eternidad. Una misiva del duque de Cass, al que consideraba un buen amigo y quien en más de una ocasión lo había visitado en la soledad de su casa después de aquella fatídica noche, llegó para

reclamar su ayuda. En su carta, Cass aludió a Bastian y él tuvo que partir a Londres sin demora.

Le había dejado al cuidado de su ahijado, porque comprendía que, en los tiempos que corrían, un joven como Bastian, tan inquieto e inconformista, necesitaba de Londres para curtirse. Y si el duque de Cass lo instaba a personarse en la gran ciudad, algo grave habría sucedido.

Cuando entró en la gran mansión de Cass, su cuerpo dejó de sentir las llamas de la culpa para arder por la lujuria. La primera salida de su cárcel y él se topó con toda una mujer pecaminosa que incluso tuvo la osadía de rozar su herida. Ese cuerpo era pecado, esos dedos suaves una tortura, esa boca debería estar penada por la ley bajo cargo de locura… Y los senos que sintió sobre su pecho lo dejaron herido de muerte en su hombría amotinada.

Aquel encuentro fue lo que necesitó para comprender que si él iba a acabar en el infierno a su muerte por todo lo que le había hecho a Phillipa, bien podría hacer lo que se le antojase en esta vida… Total, el pago iba a ser efectuado en la otra vida, así que por lo menos pecaría hasta el final. Porque ya no le quedaban fuerzas para seguir reprimiendo los impulsos que le dictaban su inconsciencia y su cuerpo.

Esa mujer de ojos felinos, labios rosados y pechos firmes, le había abierto de nuevo una puerta que creyó que tenía bajo llave: el acceso a la lujuria más cruenta.

Iba cabizbaja, ataviada con un vestido totalmente inapropiado y se veía ansiosa por escapar a toda prisa del lugar. Además, que una mujer decente no hubiera reaccionado a su beso con la pasión y el ardor con que ella lo hizo. Así que se figuró que Alexander, el hijo de Cass, había metido a hurtadillas a su amante en la casa. Bien, ella iba a cambiar de manos a la mayor velocidad posible, porque él la quería para sí.

Una mujer de ese calibre tenía que ser suya y por eso le solicitó que acudiera a su casa esa misma noche. Una cita a la que ella no asistió y que lo mortificó. La deseaba todavía más por ello. Él se

había encerrado en el campo y aquello no le había traído paz, sino disgusto y frustración. Y en su segunda llega a la ciudad, Londres lo estaba recibiendo con los brazos abiertos entregándole a una mujer que lo había despertado de su larga agonía. Tenía que ser suya a toda costa.

Con ese pensamiento se metió en el despacho de Cass. Cuando su amigo le dijo que lo había traído para que contrajese nupcias con su hija, el mundo dejó de girar. No. La primera vez, con Phillipa, salió bien, pero él no iba a volver a aceptar un matrimonio arreglado. Es más, se negaba a volver a desposarse. Era la promesa que le había hecho a su difunta esposa. Pagaría sus pecados de esa forma.

Entonces se le ocurrió que, puesto que el abuelo de lord Kent quería casar a Bastian, la hija de Cass, que siendo hija de un duque sería una esposa perfecta, podría ser la indicada. Cass desechó la idea de inmediato y él acabó marchándose de allí incómodo.

¡Él no iba a casarse con nadie y menos con la hija de su amigo! El duque de Atholl no deseaba a una jovencita virginal que volviese a incomodarse por sus atenciones masculinas. Él ya tuvo bastante con Phillipa, porque, por más que la amase, esa parte de su intimidad conyugal nunca llegó a ser satisfecha de la manera que él hubiera querido.

Sí, podría forzar a Bastian a casarse y así el muchacho sentaría la cabeza. Además, el duque de Cass estaría encantado de enlazar a su hija menor, porque no quería contrariar a Cass con su negativa. Le debía mucho a ese duque y comprendía que pudiera sentir que el «no» dado al ofrecimiento de su hija pudiese constituir una ofensa insalvable.

Tomó la decisión de regresar a casa de Cass al día siguiente y obligarlo a aceptar a Bastian para la unión. El duque tardó en llegar al despacho y él se acercó a la ventana intentando buscar las mejores palabras para convencer a su buen amigo sobre la conveniencia de un enlace entre el futuro duque de Kent y su hija.

Entonces sucedió lo peor que podía sucederle: la vio. Estaba de pie en el jardín. Los rayos del sol habían teñido su pelo oscuro por un color más claro que lo hacía rojizo a la vista. Sus ojos miraban con mucho amor los bonitos rosales y su figura, pese a que se desdibujaba bajo ese delantal, se apreciaba excelente y muy apetitosa.

La boca se le hizo agua y su artilugio masculino comenzó a cobrar vida. Entonces su amigo, Cass, entró por la puerta sin ser él consciente. El padre de Ruth Anne lo sorprendió en la ventana, quieto y abstraído en sus pensamientos. Pese a que el padre de Ruth Anne le había hablado, el duque de Atholl no contestó. El duque de Cass se acercó hasta su amigo y siguió la línea de su mirada. Interesante. Muy interesante.

Cass le tocó con sutileza el hombre y al fin Atholl regresó al mundo presente.

—No sabía que tu hijo se hubiese casado. —El duque de Atholl se estaba maldiciendo por haberla tomado por la amante del conde de Albans. Y quiso estrangularse a sí mismo cuando recordó lo que él había hecho con ella. Estaba claro que era parte de la familia porque estaba arreglando el jardín.

—Y no lo ha hecho. Alexander tiene verdadera aversión al matrimonio. No comprendo de dónde habrá sacado ese temor, su madre y yo siempre hemos sido un buen ejemplo.

—¿Quién es ella? —preguntó a toda prisa. Un detalle que no pasó desapercibido para el otro noble, quien se sonrió complacido.

—Sabía que te gustaría.

—No negaré que es hermosa. —El duque de Atholl no podía dejar de contemplarla.

—Ven, sentémonos y hablemos. —Cass le palmeó la espalda en señal de cordialidad.

Atholl tomó asiento. Esta vez rehusó la copa que el anfitrión le iba a servir. Estaba demasiado alterado como para meter algo en su estómago.

—¿Y bien? —inquirió Barnaby al ver que su amigo seguía manteniéndolo en ascuas.

—¿Y bien qué? —jugó al despiste el duque de Cass.

—La mujer del jardín, ¿quién es?

El padre de Ruth Anne sintió la impaciencia en sus palabras y evitó sonreír condescendiente.

—¿A qué se debe tanto interés? —contestó con una nueva cuestión.

—Ya lo sabes.

—No, no lo sé. —Barnaby estaba a un paso de saltar sobre su amigo y darle un puñetazo. ¡Quería saber la identidad de ella en el acto!—. Es la mujer con la que te has negado a desposarte. —expuso simple y llanamente.

Vio tragar saliva al duque de Atholl y Cass al fin mostró una sonrisa esplendorosa.

—Eso es imposible. —Si una mujer así se le fuese concedida…

—Es mi hija, Atholl. Esa que te has quedado ensimismado admirando desde mi ventana y de forma poco decorosa, es Ruth Anne, la mujer que te había ofrecido en matrimonio y que has repudiado.

Atholl murmuró una maldición por lo bajo.

—Eso no es del todo así, yo no sabía que… —¿Cómo seguir la frase? ¿No sabía que la mujer a la que besé y con la que me muero por retozar era tu hija? O mejor un: la quiero, dámela ya.

—He estado pensando y creo que voy a aceptar tu sugerencia. —El duque de Cass estaba muy complacido con las reacciones de su amigo y esperaba ansioso por asestarle el golpe final.

—¿Qué sugerencia?

—Cuando te marchaste, estuve hablando con mi esposa sobre el futuro de Ruth Anne. Mi hija ha tenido demasiadas temporadas y mi duquesa, al igual que yo, desea ver feliz a nuestra hija menor.

—¿Y? —Lo azuzó cuando vio que Cass se detenía en su explicación.

—Como te he comentado con anterioridad, yo tenía mis dudas sobre el marqués de Londonderry —sugirió con suavidad.

—No sigas por ahí —lo amenazó sin ser del todo consciente de lo que estaba diciendo. El duque de Cass torció una sonrisa.

—La duquesa me ha confesado que sospecha que el marqués es del agrado de Ruth Anne, por lo que he decidido tomar en cuenta tu consideración y formalizar un contrato entre ambos.

—No. —Barnaby lo miraba con seriedad y fijamente. No titubeó a la hora de dar su negativa a la propuesta de Cass. No gritó. No hizo falta para que Cass comprendiese su fuerte enojo.

—¿Cómo has dicho? —El padre de la aludida fingió sorpresa.

—He dicho que no.

—¿No consideras que mi hija sea digna de tu ahijado? —Volvió a fingir indignación.

—No juegues conmigo, Cass.

—No se me ocurriría hacerlo —se defendió, levantando las manos en alto.

—Lo estás haciendo porque eres consciente de que no voy a permitir que ella se case con Bastian. Pretendes castigarme por haberla desechado en un primer momento. —Él había adivinado las intenciones de su congénere.

—¿Ah, sí? —Lo miró asombrado el padre de Ruth Anne mientras se contenía de soltar una sonora carcajada.

—Redacta el contrato.

—¿Qué contrato?

—No hagas eso, Cass. —Atholl estaba muy molesto.

—Insisto en que no estoy haciendo nada.

—Eres consciente de que la he visto y la quiero para mí. —No había vacilado ni un poco al hacer esa afirmación.

—¿La quieres? —Desde luego el duque de Cass pensó de sí mismo que podría haber sido un buen actor en caso de no haber nacido noble.

—Me has traído aquí con un falso pretexto. La has puesto ante mi vista pese a que sabes que Phillipa se llevó lo mejor de mí con ella.

Juré que nunca me casaría, una promesa que hasta hace poco menos de unos instantes me parecía incapaz de romper. —Esa gata había lanzado algún tipo de hechizo sobre él.

—Te dije que ella era la indicada para ti. —Ahora sí Cass se sonrió complacido.

—No sabes lo que has hecho al ponerla ante mi vista.

—¿Qué quieres decir?

—Me la ofreciste, es cierto, y nunca debiste hacer algo como eso. Tuviste que haber firmado el acuerdo con Londonderry en cuanto mencioné la idea, porque tu hija no será de nadie más que mía. —Cass se comenzó a incomodar por la posesividad que emanaban sus palabras. Hasta que recordó que él era igual que Atholl.

—¿Y eso es malo? ¿Querer tan fervientemente a alguien es inapropiado?

—Para lo que yo voy a exigir de tu hija sí.

El duque de Atholl se levantó de la silla dejando contrariado a Cass y sin saber muy bien lo que había querido insinuar el prometido de su hija.

—¿Dónde vas, Atholl?

—Redacta el contrato para que mis abogados den el visto bueno. No hay marcha atrás. Ruth Anne es mía.

La posesividad que advirtió una vez más en las palabras de su amigo hizo que el duque se pusiera en guardia.

—Es mi hija. Atholl, no olvides que te la concedo en matrimonio porque es mi obligación proveer a mi estirpe de un buen futuro. Soy un orgulloso padre de sus vástagos y te diré lo mismo que en su momento le dije al esposo de mi hija mayor: si le haces daño responderás ante mí y pediré tu cabeza en una bandeja de plata.

El recién estrenado prometido de Ruth Anne detuvo sus pasos. Se quedó delante de la puerta y agarró el pomo para hacerlo girar y salir de la estancia.

—Entonces, amigo mío, tuviste que habértelo pensando mejor antes de mandarme llamar. —Y salió del despacho portando el corazón más pesado que cuando llegó a la ciudad.

Aquella entrevista supuso un principio y un fin para él. Lamentándose por no haber sido fuerte y permitir que otro la tuviera, el duque de Atholl se encerró en la casa que había alquilado en la ciudad para emborracharse y tratar de olvidar por unos momentos el rumbo tan peligroso que había tomado su existencia.

Y de nuevo las cosas se torcieron cuando, al acudir a casa de Cass, la vio ataviada con una oscura capa saliendo a la calle y tratando de localizar un carruaje de alquiler. Tuvo que seguirla. La muchacha se detuvo en dos casas y recogió a las que probablemente eran sus compañeras de fechorías.

Tres hermosas muchachas salieron del carruaje ataviadas con máscaras y él se encontró en la puerta de aquella mansión en la que sospechaba que nada bueno se estaba haciendo debido a las máscaras que portaban los invitados. Él iba a agenciarse de un utensilio que disimulase su identidad y que sabía que era la excusa perfecta para cubrir su cicatriz, cuando dos amigos lo reconocieron y lo invitaron a entrar en esa fiesta privada con ellos.

Las localizó de inmediato. Sus dos amigos, casados ambos, las vieron al mismo instante y se habían referido a ellas como «carne fresca». Y el destino quiso que él se tuviera que enfrentar a Bastian y al hijo de Cass para reclamarla. Esos dos muchachos desconocían la identidad de las damas a las que miraban con la baba cayendo.

Sintió unos celos irracionales cuando vio que su ahijado la tenía sujeta por la mano. Recordó que su amigo le había explicado que a ella no le era indiferente al marqués y su furia aumentó. En esos momentos no era su muchacho Bastian, sino un rival.

Se fijó en que lord Londonderry no solo agarraba la mano de Ruth Anne, sino que se negaba a soltar a la rubia. ¡Vaya con el pícaro de su ahijado! Así que se disponía a agenciarse a las dos… Se quedó muy sorprendido por el nivel de libertinaje que allí se estaba exhibiendo. Por lo que a Atholl se refería, el marqués podía llevarse a la otra mujer, pero Ruth Anne era suya.

Entonces decidió descubrirse ante ella. Ruth Anne le contestó que no era lo que él había supuesto. No comprendió esas palabras, pero

lo que le estaba carcomiendo el alma era saber si ella jugaría muy a menudo a irrumpir en fiestas del todo indecentes. Tal vez con un poco de suerte podría llevársela a su casa esa misma noche, así que decidió jugar con ella al juego de la cortesana.

Le daría incluso cinco años de su vida si dejaba que él la tuviera desnuda en su alcoba. La necesitaba de un modo tan urgente que se estaba volviendo loco. Pero no. Aquella noche se le escapó de entre los dedos de las manos y ni qué decir tiene que se quedó asombrado con las contestaciones que ofreció a su hermano y a su ahijado. Ella se había mostrado orgullosa y su lengua viperina había inoculado una mayor porción de veneno sobre Londonderry, porque él dedujo que el marqués la había ofendido de alguna manera en el pasado. Eso le agradó mucho. Muchísimo, de hecho.

Se quedó en la fiesta un rato después de que ellas se hubiesen ido. Estuvo mirando a las mujeres que por allí mostraban sus atributos de forma libidinosa. Ninguna le apetecía. Hacía mucho tiempo que su mano se había convertido en su único consuelo y no estaba dispuesto a echar por tierra ese tipo de celibato que se había impuesto sin una mujer sino era con Ruth Anne.

Al día siguiente volvería a casa de Cass y le pediría que mantuviese el acuerdo de matrimonio en secreto. Atholl quería descubrir quién era realmente su hija. ¿Sería la seductora cortesana que supuso en un primer momento? ¿O por el contrario era la rebelde descendiente de un duque que estaba tan enamorada de Bastian que lo había seguido a esa fiesta?

Y la fortuna lo llevó de regreso al campo. Su díscola prometida estaba visitando a una tía abuela que resultó ser la acaudalada y entrañable vecina de las tierras más alejadas de su finca.

Había ido en su busca para presentarse formalmente a casa de Ruthy cuando la vio salir para dar un paseo. La siguió y cuando la vio cerca del río… Ahí comenzó una seducción de la que no sabía ni cómo se había iniciado. No fue su intención seguir con el teatro, pero cuando ella le dijo que era la señorita Nording y no *lady* Ruth Anne… Él se divirtió con la contestación, porque estaba deseoso de

descubrir el verdadero carácter de la joven. Tanto igual le daba que fuese una digna hija de un duque como una hija rebelde y mancillada. Él la quería en su cama y nada más, así que en el primero de los casos le demostraría que en el lecho iba a tener que someterse a sus inclinaciones, y en el segundo… ¡Tanto mejor si ella ya sabía lo que se hacía!

Todo se complicó cuando la mujer comenzó a evadirlo. Perdió los estribos y se metió en la alcoba de ella sin miramientos. No estaba haciendo nada malo, porque ellos estaban prometidos. El contrato había sido firmado y no había vuelta de hoja.

Pero a Barnaby no le gustó sentir lo que la esquiva prometida suya le había hecho sentir mientras no le permitía verlo. Él había estado como un perro inquieto esperando a su dueña. Tenía tantas ganas de verla que no veía más allá de sus deseos. Sentía grabados sus besos a fuego. Su esposa nunca resultó tan voluble mientras la besaba. Phillipa nunca le permitió más que rozar sus labios. Y, por el contrario, Ruth Anne le dejó lamer su lengua femenina a su antojo.

Cuando la sintió gemir estuvo perdido, y por alguna extraña razón se dio cuenta de que no quería tomarla de esa forma. La quería en su cama, desnuda y ansiosa por sus caricias… Oh, sí. Phillipa nunca quiso moverse de su habitación, pero él iba a hacerle a su futura esposa el amor donde y cuando quisiera. Además, ella estaría despojada de todo rastro de tela en su cuerpo.

Después de aquel contacto nuevamente incendiario en la alcoba de ella, en casa de tía Ruthy, él regresó por la tarde para verla. El servicio le dijo que ambas no recibían visitas, preguntó el motivo y el mayordomo, bajo presión y muy a su pesar, confesó que las damas iban a acudir a la fiesta de los señores Rosenwood.

¡Maldito infierno! Era de conocimiento público que el hijo de esos respetables comerciantes estaba buscando esposa. Tanto es así que él mismo le había aconsejado a Duncan que visitase Londres para encontrar una buena mujer.

Y no era el único muchacho apuesto que residía en el pueblo que andaba buscando unas faldas entre las que cobijarse. Bien. Barnaby

buscó tranquilidad en su nervioso fuero interno. Era del todo improbable que algo sustancial sucediese en unas breves horas… ¿Verdad?

Tendría que ser así porque él se negaba a dejarse ver en público. Las pocas veces que sí contó con público, sus vecinos lo habían hecho sentir incómodo por su deficiencia física. Esa cicatriz causaba desmayos a su paso entre las mujeres más recatadas. Por las malas había aprendido a no ir a la iglesia, a no acudir a ningún evento social y mucho menos asistir a un baile.

Barnaby dejó sobre la mesa el periódico matutino. Engulló los últimos trozos de sus tostadas con huevos y jamón asado frío, se limpió la boca y salió del comedor con la barriga bien llena. El desayuno había sido justo lo que necesitaba para recargar fuerzas. Él tenía que seducir a una bella dama con la que se moría por yacer, y hacerlo con el estómago lleno era mejor que hacerlo de otra forma.

El mozo de cuadras le ensilló su caballo y montó dispuesto para la conquista.

***

Los cantos de los pájaros llegaron hasta sus oídos y Ruth Anne se obligó a abrir los ojos. La velada de anoche en casa de los señores Rosenwood había sido una verdadera delicia. Nunca creyó que sería posible convertirse en la atracción de una fiesta… ¡Y fue maravilloso!

Aquellos apuestos hombres queriendo hablar con ella, incluso bailar y hacer malabares para llamar su atención… Por una vez no fue la florero de la cita social y aquello resultó divino.

Ruth Anne se estiró en la cama tratando de alejar la pereza que aún la invadía, cuando su tía abuela entró como un torbellino.

—Despierta, mi niña. Vamos, vamos, debes arreglarte lo antes posible.

—¿Qué sucede, tía Ruthy? —le preguntó angustiada.

—Sucede lo que me temí anoche.

—¿El qué?

—Que las flores no han cesado de llegar y el primero de tus pretendientes te aguarda en el salón rosa para conversar.

—¿Cómo ha dicho? —Ruth Anne creyó que aún seguía soñando.

—Lo que has oído. ¡Vamos, querida niña! El señor Rosenwood aguarda y me temo que no será el único que venga.

Ruth Anne decidió pellizcarse el brazo para sentir un dolor que le confirmase que estaba despierta. ¿Ella era popular? ¿Pretendientes? ¿En plural? Es decir, ¿más de uno?

—Ruth Anne, no debemos ser descorteses con tus pretendientes. ¡Apúrate! —La regañó la anciana al ver que ella no se movía de la cama.

Aquello debía ser un sueño porque eso nunca había sucedido. La tía abuela la envió a ella a atender al invitado mientras que Ruthy pedía un té y unos pasteles.

En pocos minutos, una lúcida y brillante pero sencilla Ruth Anne apareció en el salón para sonreír con gracia y elegancia a su primer pretendiente. Era el primero de su vida. ¡Estaba tan ilusionada!

—Buenos días, señor Rosenwood. Ha sido usted muy madrugador —lo saludó con atención Ruth Anne.

—Ya le dije que usted iba a causar sensación. —Cabeceó discretamente hasta el precioso mueble de ebanistería que presidía la estancia para señalar los cuatro ramos de flores frescas que allí reposaban. Ruth Anne se quedó petrificada al verlos —. Y sabiendo que mis rivales llegarán a partir del mediodía, no estaba dispuesto a perder la oportunidad de monopolizar su tiempo.

Ella se rio coqueta.

—Supongo que un hombre de su posición está habituado a saber aprovechar sus oportunidades.

—No lo dude, *milady*. —Él se acercó galante para sostener la mano de ella y depositar un beso sobre su piel, porque con las prisas ella no se había colocado sus guantes.

—Por favor, tome asiento. Mi tía se unirá en breve, ha ido a encargar un refrigerio.

—Es usted muy amable. Por cierto, mis flores son las rosas rojas.

Ella miró hacia el mueble. Ahí todos los ramos eran rosas rojas. No había nada más evidente para declarar una intención de un hombre hacia una mujer. Definitivamente, tenía que haber venido al campo hacía años.

—¿El más grande? —preguntó ella con una ceja alzada. Ya iba conociendo un poco más el carácter de ese gigante de ascendencia escocesa.

—Desde luego que sí. Dos docenas de rosas rojas para una dama igual de resplandeciente. Supe que mis contrincantes comprarían entre media y una docena, yo siempre voy sobre seguro —dijo satisfecho de sí mismo.

—Son preciosas. Le agradezco el gesto.

—Le aseguro que también son las que mejor huelen.

—¿Debo comprobarlo? —inquirió juguetona.

—Insisto. Será un placer verla junto a tantas bonitas flores.

—Usted en Londres causaría estragos entre las jóvenes damas casaderas —le aseguró al tiempo que se ponía de pie e iba a olfatear los ramos. Él se levantó y se acercó hasta ella.

—Pero yo no busco una muchachita recién salida del cascarón.

—Usted no es tan mayor como para no querer una jovencita —rebatió ella audaz.

—No quiero pecar de descortés, pero a mis casi treinta años ando buscando más que una muchacha.

—¿Ah, sí? —No sabía de dónde estaba saliendo toda esa audacia, pero esperaba que no la abandonase en ningún momento.

—En efecto —le confirmó él con una brillante sonrisa.

—Conozco al menos a dos mujeres que se desmayarían si tuvieran la opción de bailar con usted en medio de un gran salón.

—¿No una, sino dos? —Le gustó eso que ella había dicho.

Ella se volvió a reír, esta vez sin recato.

—Sí, mis amigas April y Margot. Estoy segura de que las encontraría encantadoras. Lo cierto es que en Londres volvería loca a más de una dama. —Había algo en él que la impulsaba a ser sincera. Ese hombre se veía muy sencillo y la hacía sentir cómoda en su presencia.

—¿Y qué hay de usted? —Era momento de ir de caza. Una mujer como esa… ¡Era un milagro de Dios que siguiera soltera!, pensó el galante pretendiente.

—¿De mí? —Había perdido el hilo de la conversación.

—¿Se mostraría encantada si quisiera bailar de nuevo con usted?

Él se acercó un poco más hacia ella. Un mechón de su pelo había escapado de su moño y él lo colocó tras su oreja. Ambos se quedaron mirándose a los ojos en un momento del todo íntimo. Él se negaba a soltar al rebelde trozo de fino cabello.

Ese fue el momento en el que la puerta de la salita se abrió para dar paso a un mayordomo que venía dispuesto a anunciar a un nuevo invitado.

—*Milady*, el duque de…

—Déjelo, Charles —dijo el duque de Atholl mirando fijamente a la pareja con ira—, ya me presento yo mismo. ¿Interrumpo algo? —Esta cuestión le fue preguntada directamente al señor Rosenwood, quien con parsimonia dejó el mechón de pelo y se separó de ella.

—En absoluto, Atholl. Es un placer verlo. Por favor, pase. —Ruth Anne no averiguaría nunca cómo fue capaz de sonar tranquila y convincente en un momento tan delicado.

La intrusión del duque estaba haciendo que algo inocente, como una mirada y un roce discreto, se sintiera como algo obsceno y sucio. ¿Qué derecho tenía él a hacer semejante acusación velada?

Ella se indignó.

—Señor Rosenwood, ¿cómo van los preparativos para su viaje a Londres? —Quiso averiguar Barnaby mientras tomaba asiento en un sillón.

—¿Mi viaje? —Duncan no tenía la menor idea de a qué se refería el duque.

—Sí, tengo entendido que quería probar suerte en la búsqueda de esposa en la gran ciudad. Le recomiendo encarecidamente que no posponga dicho viaje por más tiempo. Estoy seguro de que allí encontrará lo que anda buscando.

Los dos hombres se miraron fijamente. Duncan desvió la mirada primero, pero no por temor, sino para comprobar la reacción de la dama. La vio con la boca un poco abierta, asombrada y totalmente sonrojada. Él suspiró. Maldita la hora en la que Atholl decidió salir de su escondite.

—Comprendo —dijo Rosenwood.

—Sabía que era usted un tipo inteligente. —El duque de Atholl estaba muy satisfecho con su actuación.

—Me temo que se ha hecho tarde. —Rosenwood sonrió con tristeza a Ruth Anne—. Cuando acuda a la ciudad estaré muy agradecido si tiene en consideración presentarme a sus encantadoras amistades. Le deseo… —Duncan miró a ese hombre tan arisco— lo mejor. Sinceramente, le deseo suerte. —La observó a ella cuando terminó la frase.

El hombre salió del gabinete sin prisa pero no sin ganas.

Cuando Barnaby y Ruth Anne se quedaron a solas, él se felicitó a sí mismo mentalmente. Por el contrario, ella estaba furiosa.

—¿A qué ha venido eso? —Ruth Anne estaba roja de ira.

—Celebro ver que no estás aquejada de un resfriado.

—Aquello no fue nada.

—Ni de una migraña.

—Eso fue también algo puntual.

—Ni que tu dolor de pie te haya impedido… atender a tu invitado.

—Mi pie está perfectamente. ¿Qué derecho tenía a espantar a mi… a mi… a mi…? —No quería decir pretendiente, pero no le salía otra palabra.

—¿A tú qué? —preguntó molesto.

—A mi invitado, como bien ha dicho. —Ella trató de serenarse pese a que tenía ganas de abofetearlo.

—Así que regresamos de nuevo a la formalidad —dedujo bufando.

—Los amigos se tratan con camaradería y usted ha sido un grosero con mi… con mi… —¿Qué palabra había usado antes? Ruth Anne no podía recordarla debido al monumental enfado que tenía encima.

—¿Con tu qué? —preguntó de nuevo con los dientes apretados.

—Con mi invitado. —Justo a tiempo recordó la palabra empleada.

—Te he hecho un favor.

—¿Cómo ha dicho?

—Por favor, Ruth Anne, como hija de un duque debes mantener tu educación pese a todo y todos, pero nuestros encuentros han hecho que tú y yo estemos por encima de la etiqueta. ¿No te parece? —Atholl decidió terminar con el juego de ella.

—No sé de qué me habla. —Pillada. Él conocía su identidad y no sabía qué contestar a ello, así que optó por desentenderse.

—Entonces estaré encantado de recordarte a qué me refiero.

Él se puso de pie y en un abrir y cerrar de ojos estuvo ante ella. Ruth Anne no tuvo tiempo ni de reaccionar ni de negarse. Los labios del duque cayeron sobre los suyos en un beso ansioso y posesivo, que sin lugar a dudas buscaba reafirmar su posición con respecto a ella.

Estuvo perdida. En cuanto él la rozó, Ruth Anne estuvo perdida porque su raciocinio y su mete salían por la ventana cuando él le hacía justo lo que estaba haciendo. La despertaba a un nivel nunca sentido. Sabía que debía apartarlo y regañarlo por las confianzas que se tomaba, sin embargo era incapaz de hacerlo. Lo deseaba. Ella deseaba que la besase a cada rato, que la llevase al límite y no estaba segura de poder negarle nada cuando hacía justamente eso.

El duque decidió que ya era suficiente y, echando mano de autocontrol, se obligó a separarse de ella.

—Te he hecho un favor porque tú no eres para él.

—¿Y para quién soy? —preguntó como si en un sueño estuviera. Es decir, totalmente aturdida.

—Eres mía, Ruth Anne.

En medio de la bruma de la pasión, ella recuperó la inteligencia y dio sentido a las palabras de él.

Tenía la réplica justo en la punta de la lengua cuando la puerta de la salita se abrió. La tía abuela Ruthy había hecho su entrada triunfal.

La anciana entró y, al ver lo que tenía frente a ella, dejó fuera a Charles, el mayordomo que venía con una bandeja con té y unos bocadillos.

—Tía Ruthy… —Ella trató de separarse de él. El duque de Atholl no lo permitió.

—Querida niña, esto es poco… —La anciana se había puesto una mano en el pecho. Una cosa era darle cierta libertad a ella y otra muy distinta encontrarlos de esta manera tan comprometedora en su propia casa.

—Tía Ruthy —tomó él la palabra—, *lady* Ruth Anne es mi prometida. Lo que aquí ve es a una ilusionada pareja que no ha podido resistirse a compartir un beso en la intimidad. Lamento haberla puesto en esa posición —se disculpó él entonando el *mea culpa.*

—¿Prometida? —susurró la pregunta Ruth Anne.

—Mi niña, ¿cómo no me lo habías dicho? —La anciana fruncía el ceño disgustada. Creyó que tenían más confianza entre ellas.

—El duque de Cass y yo firmamos el acuerdo hace poco más de una semana —volvió a intervenir el duque.

De pronto, Ruth Anne comenzó a sentirse mareada. Si en un primer momento había creído que él estaba contando una mentira piadosa, quedó confirmado que aquello era una realidad en cuanto mencionó al duque de Cass. Ningún hombre levantaría un falso testimonio en contra de su padre, no si no quería verse inmerso en un gran escándalo.

Ella tomó asiento en la primera silla que tuvo a su alcance. Mientras oía los gritos de júbilo de la anciana, ella deseaba poder desaparecer.

—Si me disculpáis, no me siento bien. —Sin tiempo a que los demás presentes reaccionasen, ella salió intempestivamente del lugar como alma que lleva el diablo.

Tía Ruthy se quedó pasmada y él tenía ganas de partir detrás de ella, pero no lo podía hacer porque no era su casa y el protocolo no lo permitía.

—¡Oh! Serán los nervios por el compromiso —trató de excusarla la anciana.

—Sí, debe ser eso. Si me disculpa, ya he abusado demasiado de su tiempo. Tía Ruthy, ha sido, como siempre, un placer.

Y el duque se marchó del lugar con ganas de asaltar la ventana de ella y tener una conversación más tranquila. No lo hizo. No porque no pudiese, sino porque quería darle un poco de tiempo a Ruth Anne para habituarse a su nueva situación. Ella tenía mucho en lo que pensar. La dejaría en paz… hasta mañana.

***

Con el corazón a punto de salirse de su pecho, la hija del duque de Cass ingresó en su alcoba. Comenzó a caminar por el lugar inquieta, buscando sosegar los nervios. Prometida. Él había dicho que estaban prometidos desde hacía… ¿un par de semanas? ¿O había dicho una? Como fuese, estaba prometida al fin. Es decir, que el sueño de su infancia se había cumplido, y lejos de sentir alegría o felicidad plena por convertirse en una futura esposa, una futura duquesa nada más y nada menos, justo le ocurría lo contrario. Estaba llena de congoja y pena.

Lo deseaba, no era ninguna mentira, pero de ahí a verse convertida en su esposa… Ese hombre la aterraba de una manera que no alcanzaba a comprender. Se veía tan autoritario, tan tirano, tan posesivo… Su madre la había enseñado bien, pero no se veía siendo la esposa de él. ¡Si es que la mala suerte se cebaba con ella!

A los pocos minutos, su tía abuela apareció por el hueco de la puerta.

—Cariño, ¿puedo pasar?

—Por supuesto, tía Ruthy. —Ella no podía parar de andar por la estancia. No podía quedarse quieta.

La anciana ingresó y se sentó despreocupadamente en la silla junto a la ventana.

—¿Debo suponer que no sabías de los planes de tu padre? ¿O acaso el duque de Atholl ha improvisado?

—No creo que él haya mentido, tía Ruthy. Lo ha dicho sin vacilar y muy seguro de lo que decía. Y si conoce un poco a mi padre sabrá que no es un hombre con el que se deba jugar.

—Me lo imaginaba. —La anciana suspiró—. Creí que te había encontrado un pretendiente. El señor Rosenwood se veía muy ilusionado contigo. Imagina mi decepción cuando he oído que estabas prometida. Por una vez que quería hacer bien de casamentera…

—Oh, tía, es un hombre muy cordial y amable. —Le sonrió al recordar al señor Rosenwood.

—¿El duque de Atholl es cordial y amable? —preguntó sorprendida… Mucho había cambiado él, pues.

—No, no, me refería al señor Rosenwood. El duque lo ha echado sin contemplaciones de esta casa. Ha sido descortés, y ahora que ha desvelado el pastel alcanzo a comprender por qué lo ha hecho.

—Entonces, ¿de verdad no sabías de tu compromiso?

—Es un embustero que ha estado jugando conmigo desde que nos conocimos. Y el peor es mi padre. ¿Cómo ha podido hacerme algo así? —Dio un pisotón en el suelo para mostrar su enfado.

—Tu padre te adora. Estoy segura de que ha hecho lo que ha considerado mejor.

Ella suspiró.

—No puedo negarlo. Tanto he estado llorando por los rincones de casa por no tener a un hombre pendiente de mí, que supongo que al final mis padres han tomado medidas.

—Me temo que así debe ser. Ellos habrán pensado que lo hacían por tu bien.

—Pero aun así… ¿No había otro más elegible que Atholl? —Ella se tapó la boca con presteza, no debió haber dicho eso.

—Es un hombre duro, no lo niego, pero te aseguro que es un buen hombre.

—Un buen hombre enamorado de su esposa muerta —susurró por lo bajo.

Su tía la oyó y chasqueó la lengua.

—Vas a ser una esposa perfecta. Una duquesa. Vamos, querida niña, anímate.

—Podría hacerlo si el viaje a Grecia estuviese aún sobre la mesa…

—Lo siento por eso. —Ella se había hecho ilusiones también de ir. A sus años se sentía muy joven y capaz para poder emprender un viaje de tal magnitud. Incluso estaba tanto o más ilusionada que Ruth Anne.

—Creí que el día en que descubriera que al fin un hombre me había elegido sería un momento de máximo júbilo, pero no es así. Me siento ofendida, enfada, engañada y muy, muy inquieta —se sinceró sin medida.

—Es comprensible. No obstante, recuerda que él te besó y tú lo disfrutaste… Dos veces, si cuento la que os he sorprendido, y si has sido sincera conmigo, claro.

—No negaré que es un hombre apuesto, pero me disgusta su actitud y su arrogancia.

—Oh, querida niña… —La anciana chasqueó la lengua—. ¿Qué esperabas? Es un hombre… ¡Un duque!

—Lo sé, lo sé… —No era un hombre cualquiera.

—Se ha marchado, toma el día de hoy para ver las posibilidades y dale una oportunidad. Él ha dicho que el acuerdo está firmado, así que te aconsejo que trates de conocerlo un poco mejor antes de negarte al casamiento.

Ella se tomó unos minutos. Su tía había tenido una buena idea… Sí, podría tratar de conocerlo mejor y establecer si él sería un buen

esposo. De otra forma iría llorando a su padre y trataría de convencerlo de que la sacase de ese lío. Creía conocer suficiente a su padre para asegurar que papá la salvaría.

En efecto, Ruth Anne podía poner una mano en el fuego para mostrar su fe en su padre y no se quemaría. Si ella se lo pedía, él rompería el contrato en dos, que para eso era el respetado y temido duque de Cass.

A las buenas no lo ganaba nadie, pero a las malas menos todavía. Su padre la apoyaría, ¿verdad?

Capítulo 6

El despertar de Ruth Anne

A la mañana siguiente, el duque de Atholl lo seguía viendo todo oscuro. El día anterior había estado muy nervioso. Cuando entró en la estancia y la vio con el señor Rosenwood a punto de… de… de… No, no iba a decirlo ni pensarlo, o rompería otra cara figura decorativa de la casa, tal y como hizo cuando se encerró en su despacho después de dejar la finca de tía Ruthy.

Había sido brusco al hablar de su compromiso sin haberla preparado previamente. No fue su culpa… no al menos del todo. La rabia que sintió al ver que ella se creía una mujer libre y que otro pudiera tentarla… Además, que la anciana lo había pillado en flagrante delito y no se le ocurrió otra cosa mejor que revelar su secreto.

No era inmune a ella. Desde la primera vez que la vio sintió un estremecimiento en todo su cuerpo. La deseaba tanto que le dolía el alma. Fue como un hechizo.

Se había reído en múltiples ocasiones de sus propios conocidos, incluso del duque de Cass, cuando relataban que cayeron rendidos de amor a los pies de sus mujeres nada más verlas. Mentira. El amor era algo pausado, tierno, que en el mejor de los casos surgía con el tiempo. Lo que sus amigos decían sentir era la cruda lujuria. El

hambre por poseerlas… ¿Cómo estaba tan seguro Barnaby? Porque fue justo eso lo que le sucedió con Ruth Anne. Si ella no hubiese sido la hija de un noble, y más en concreto de su amigo Cass, le hubiese hecho una proposición deshonesta. La quería en su cama, pero uno no podía acostarse con una dama inocente casadera sin que mediasen los votos eclesiásticos de por medio.

Juró y perjuró que no se casaría una segunda vez porque no quería ser infiel al amor que sintió por Phillipa. El amor entre ambos llegó de forma natural, paciente. Lo que sentía por Ruth Anne era pura necesidad. ¡Si ni siquiera era capaz de mantener sus manos alejadas de ella cuando estaban juntos!

Contenerse para no tomarla era un auténtico suplicio. ¿Qué extraño poder tenía ella sobre él? La seducción. Dudaba de que ella misma fuese consciente del poder que tenía sobre los hombres. Su cuerpo redondeado lo invitaba a explorarlo. Si la comparaba con Phillipa, su esposa no poseía tantas curvas como ella y su pecho no tuvo un aspecto tan lozano como el de Ruth Anne. Aun así, lo que más las distanciaba era la predisposición que ambas presentaban a sus caricias.

Phillipa se presentaba correcta al recibirlo, pero nunca esperanzada o dispuesta. Ruth Anne era todo lo contrario. Un toque de él servía para incendiarla, tal y como le pasaba a él cuando la rozaba. Esa mujer era fantástica, tanto que temía que ella no fuese pura.

Creyó que eso sería una ventaja para él. Pero comprendió que no podría vivir con los celos de saber que ella hubiese pertenecido a otro cuando la vio tan cercana al señor Rosenwood.

Era una sensación extraña. Con Phillipa nunca se sintió tan posesivo, siempre tuvo una actitud cordial. De protección. Pero con Ruth Anne era todo muy diferente.

Ella lo desestabilizaba y lo hacía querer… No. Eso que le acababa de cruzar por la cabeza era un despropósito. Él la quería en su cama, dispuesta, entregada y pidiendo más de lo que él le ofrecía. Eso no le impedía sentirse culpable con el recuerdo de Phillipa, pero

la culpa la conseguía mitigar cuando recordaba que de Ruth Anne quería su cuerpo, porque el amor se lo llevó su difunta esposa. Nunca. Jamás traicionaría el recuerdo de Phillipa entregando su preciado amor a otra. Lo que sentía por Ruth Anne era algo relacionado con los placeres de la carne, y si la iba a hacer su esposa era porque no había otra manera de conseguir lo que más ansiaba.

Había tratado de luchar contra lo que ella le hacía sentir. Era inútil. Su mente le decía que no debía quererla y su cuerpo que la tomase en el acto. ¡Maldito Cass por ponérsela a su alcance! ¡Maldita ella por haberlo hecho salir de su letargo! ¡Y maldito él por no ser capaz de superar sus necesidades!

Ruth Anne se veía impulsiva, de tal modo que cuando él terminó de desayunar puso rumbo a la casa de tía Ruthy. No podía quedarse quieto y dejar que ella maquinase algún inconveniente para librarse del compromiso. La última vez la siguió hasta una fiesta del todo inapropiada, y solo Dios sabría lo que ella podía estar tramando en esos momentos…

***

Ruth Anne se acostó la noche anterior sabiendo que quería escapar. No tenía ni los medios ni los contactos para hacerlo. ¡Ese viaje a Grecia que no iba poder hacer era perfecto!, se lamentó.

Prometida. Futura esposa de un hombre que le gustaba demasiado. ¿Lo amaba? No se lo había planteado. Siempre tuvo la idea de que él la había considerado una falda ligera por aquel primer encuentro. Ella no tuvo que haberse comportado como una mujer mundana.

¿A quién quería engañar? Los besos de Atholl le hacían ver colorines cuando cerraba los párpados para entregarse a lo que él le transmitía. Contra eso no quería luchar, entre otras cosas porque le

encantaba sumergirse en ese estado de necesidad que el duque le proporcionaba.

Toda la noche estuvo en vela considerando lo que esa unión les aportaría a ambos. Ser una duquesa de un hombre que le gustaba no debía ser motivo de aversión. Toda su existencia se había concentrado en un único objetivo: casarse. Le había costado más tiempo del previsto, pero tenía a su alcance lo que tanto quiso.

Esposa. Un hombre que la amase, un hombre al que amar. Niños. Muchos niños correteando por el campo. Ella era una mujer fuerte. Había sobrevivido a cinco temporadas en Londres, ¿había otra prueba más complicada que demostrase que sería capaz de alcanzar cualquier meta que se propusiese?

El mercado matrimonial era una jungla en la que sobrevivían las más fuertes. Estaba prometida y ni tan siquiera tuvo que tenderle una trampa a su futuro esposo. Su madre tenía razón. Todo llegaba cuando debía hacerlo.

Suspiró. Sentada ante el espejo, con la doncella recogiéndole el pelo, se vio a sí misma como la duquesa de Atholl. Eso la hizo sonreír.

Se mordió el labio inferior imaginando su boda. Los periódicos anunciarían su compromiso. April y Margot la acompañarían y su hermana la ayudaría con los preparativos de la boda. Las amonestaciones serían leídas y en un tiempo prudencial ella sería la duquesa de Atholl.

Si por la noche vio las cosas de un azul muy oscuro, por la mañana el cielo dejaba paso a un azul claro muy esperanzador. Lo había conseguido, y en vez de alegrarse se enfurruñó. ¿Por qué las personas siempre ponían impedimentos cuando algo bueno llegaba a sus vidas?

Él era lo que deseaba, lo que quería. ¿Cómo se habría tomado el duque su salida de tono de ayer cuando le informó que estaban prometidos y ella escapó de la habitación?

De pronto se sintió inquieta. ¿Y si él se replantaba su decisión y decidía que no quería a una mujer que lo había aireado?

La ansiedad comenzaba a hacer mella en su espíritu hasta que tía Ruthy entró en su habitación para informarle que el duque de Atholl la estaba esperando para dar un paseo por el campo.

En menos de dos minutos estuvo lista y con su sombrerito colocado. Bajó sintiendo que su corazón escaparía de su pecho. Cuando lo vio esperándola al pie de la escalera el aire abandonó sus pulmones.

Estaba perfecto. El traje de montar le sentaba como un guante. No era un hombre pequeño, sino todo lo contrario. Sus anchos hombros contribuían a hacer de él un guerrero. Lo veía ante ella serio, pero tan apuesto que las rodillas le fallaban. ¡Todo ese hombre iba a ser suyo! De pronto sintió un hambre que no era del tipo que se controlaba mientras se engullía algún alimento. No era una mujer mundana, y aun así era consciente de que su inocencia comenzaba a dar paso a una comprensión fascinante sobre la relación entre un hombre y una mujer. Porque era verlo y querer echarse a sus brazos.

—Buenos días —saludó él primero, tratando de parecer seguro de sí mismo.

—Buenos días.

Los dos se miraron el uno al otro sin saber qué decirse. Con los nervios a flor de piel. Entonces algo la impulsó a sonreírle. ¡Iba a ser su esposo!

La vio mirarlo con una sonrisa y todo se calmó en su interior. La congoja con la que había llegado se esfumó.

—He creído que tal vez pudiésemos dar un paseo a caballo —propuso el duque.

—¿Montar? —Se puso seria. Él se maldijo por no haber recordado que tenía miedo a los caballos.

—Me gustaría mucho enseñarte.

—Tú… ¿me enseñarías? ¿Quieres enseñarme a mí a montar? —Un hombre se preocupaba por ella. Un hombre no, su futuro esposo. La ilusión que nacía en su interior era tan maravillosa…

—Creo que será muy beneficioso para ti aprender.

—¿Beneficioso? —preguntó frunciendo el ceño

—Podrás ir en tu propia montura a visitar a mis arrendatarios si te apetece. No es que no tenga carruajes, pero creo que, como mi duquesa, disfrutarás mucho si aprendes a gozar de la vida del campo, y saber montar es un buen principio. —Él no era un hombre de ciudad. A Londres irían más bien poco.

—Sí, desde luego… —Al parecer, tenía intención de quedarse en el campo. Bien, tampoco es como si eso fuese un impedimento.

Ella volvió a recomponer una sonrisa que lo dejó perplejo. ¿Desde cuándo tenía esa sonrisa tan brillante que le acababa de producir un estremecimiento en el interior del pecho? Atholl se incomodó por su propia reacción.

—¿Has desayunado ya? —No debió haber venido tan temprano, pero temía que ella… No sabía bien a qué atenerse con Ruth Anne, e incluso a medida que se acercaba a casa de tía Ruthy tuvo miedo de llegar y que le dijesen que su prometida se había marchado.

—No tengo hambre. —Estaba demasiado ansiosa para probar bocado.

—Debes comer algo. —Sonó autoritario sin ser su intención.

—Cogeré un bollito de canela. —Eran sus preferidos.

—Bien, esperaré en los establos mientras te cambias.

—¡Oh! —La observó morderse el labio inferior. Maldijo por lo bajo. Ese gesto era una tentación aún mayor que esos senos que lo miraban con arrogancia.

—¿Qué sucede?

—Yo… Bueno… No tengo traje de montar —expuso avergonzada.

—¿Qué dama no dispone entre su vestuario de un traje de amazona? —Él no se lo podía creer. ¿Le estaría dando ella una excusa tan ridícula debido a su miedo a los caballos?

—Una que tiene pavor a montar. —Ella le sonrió aún con mayor franqueza. Estaba dispuesta a ser la mejor prometida del mundo.

—¿Sucede algo? —Tía Ruthy los vio parados y quiso saber de qué conversaban de pie en la escalera principal.

—El duque de Atholl pretende enseñarme a montar a caballo —informó a su familiar la muchacha.

—¿No sabes montar? —Ruthy no se lo podía creer tampoco.

—No, y carezco de traje de amazona.

—¿No tienes un traje de amazona? —Ruth Anne comenzó a molestarse. ¿Tenían que repetir todo lo que ella decía? Se sentía abochornada.

—Cuando era pequeña me caí de un caballo y desde entonces he tenido miedo a subirme en uno. Nunca previ que quisiera aprender a montar. —De nuevo Ruth Anne obsequió a su prometido con una muestra de afabilidad.

—Comprendo, mi niña. Pero tengo la solución perfecta a tus problemas.

—¿Ah, sí? —Ruth Anne se iluminó.

—Unos pantalones y una camisa arreglarán la situación.

—¿Cómo dice? —El duque se quedó asombrado.

—No se muestre tan sorprendido, excelencia. No siempre he sido una anciana adorable. En mis tiempos de juventud yo montaba a horcajadas —apunó con orgullo—. Mis viejos pantalones y mi camisa creo que te servirán, Ruth Anne. Compartimos la misma figura.

—Esperaré en los establos. —El duque hubo de marcharse a toda prisa de allí. Si entre capas y más capas de tela ella era de un apetecible desmesurado, con un fino pantalón y una liviana camisa… ¡Mala idea había tenido a la hora de instruirla en la monta! Dios del cielo… La cosa era aún peor porque en pantalones Ruth Anne podría ir a horcajadas. Su lujuria acabaría por tomar el control de la situación si él no se mentalizaba sobre lo correcto que debía ser. ¡Era un caballero! No podía seguir asaltándola a cada rato. ¡Pero es que era tan difícil no hacerlo!

En unos cuarenta y cinco minutos todos sus temores se materializaron en forma femenina, pero ocultos bajo una vestimenta masculina. Una oportunidad así no debía ser desperdiciada, aunque debía comportarse civilizadamente con su prometida. Hasta después de la boda, momento en el que él desataría todas las pasiones que ella le producía.

—Estoy lista. —Las formas redondeadas de ella estaban perfectamente dibujadas. Él se podía hacer al fin una idea exacta del cuerpo de su cuerpo.

—Yo no —señaló de forma inconsciente el duque.

—¿Disculpa? —preguntó ella mientras lo veía mirarla de arriba a abajo y de abajo a arriba, una y otra vez. Y ocurrió lo peor que podía ocurrir. Los pezones de ella cobraron vida y él vio esas puntas dibujadas en la tela.

—Ven —le ordenó mientras subía a su caballo y le tendía la mano—. Sube.

En un momentito, ella estuvo sentada delante de él.

—¿No debería ir en mi propio caballo? —Sentirlo a su espalda fue una tortura la primera vez. No sabía si podría volver a pasar por ese tormento, porque en esta ocasión no contaba con un horrible dolor de pie que mantuvo su mente ocupada.

—Será mejor que tomes confianza conmigo.

—¿Cómo has dicho? —¿Él la estaba invitando a que tomase confianza con él? Y en caso afirmativo, ¿qué quería decir con eso? Ruth Anne no entendía nada.

—He dicho que es mejor que te familiarices con el caballo mientras estás sobre mí —le aclaró sabiendo lo inapropiado de la frase anterior. El duque se tomó un momento para tratar de recordar lo que acababa de decir. Maldijo en voz baja. ¡Ella lo encendía! Su sangre estaba a punto de ebullición.

—¿Disculpa? —¿Él había dicho que…? ¿Sobre él?

—Quiero decir que si me montas, debes hacerlo bien. —Atholl volvió a maldecir. Más le valía que la boda fuese pronto. Mañana sería un buen momento para celebrar el enlace, porque la deseaba tanto que estaba haciendo un lío de la conversación.

Llegados a ese punto, ella tuvo que darse la vuelta para mirarlo. No era experta, pero eso que él había dicho… Le daba en la nariz que no era algo que pudiese interpretarse sin ruborizarse.

—¿Qué?

—Montemos. —Lo mejor sería salir de inmediato o acabaría en un cubículo retozando con ella entre el heno.

Y él azuzó el caballo porque no podía pensar en nada más que en hacerle el amor. ¡Cómo la deseaba! Hasta el punto de no ser capaz de hablar correctamente sin ocultar su necesidad por ella.

Imprimió una velocidad que hizo que Ruth Anne se aferrase a sus antebrazos y cerrase los ojos. Si él pretendía que ella perdiese el miedo, con esa exhibición iba a conseguir todo lo contrario.

Pasados unos minutos que se sintieron como horas, la montura se quedó quieta. Entonces ella se permitió abrir los ojos. Él bajó del caballo y poco después Ruth Anne estaba siendo arrancada del lomo del animal. La joven no se atrevía a decir nada. ¿Habría hecho algo mal? La llevó hasta un árbol donde la apoyó. Se separó de ella, que lo observó caminar unos pasos a derecha y otros a izquierda. Él estaba malhumorado, parecía debatiéndose consigo mismo y la joven supo que no le gustaba tener a una futura esposa que no supiera montar.

—Puedo aprender a montar. Sé que soy capaz —apuntó cohibida.

Él cesó su caminar y la miró fijamente. Se mordía el labio inferior y sujetaba sus manos firmemente cogidas por delante de su cuerpo. Se acercó a ella y estampó la boca contra la suya con un ansia que nunca supo que podía habitar en él.

La pelinegra se asustó en un primer momento. Aun así, cuando sintió que su lengua la instaba a abrir los labios, acabó relajándose y permitiendo que él obrase su magia. Se aferró a sus hombros para no caer.

—Lo siendo. Siento ser así contigo, pero no puedo evitarlo —le decía entre besos—. No pienso más que en besarte desde que me levanto hasta que duermo. Vienes a mis sueños para atormentarme, y ahí sigo besándote.

—No lo sientas, no lo hagas —le contestó mientras lo sujetaba por la nuca.

Y cuando vio que tenía el permiso de ella, la sangre se le subió a la cabeza, Mejor dicho, la sangre se le agolpó en un lugar que

necesitaba mucha atención.

El reguero de besos húmedos vagó sin cesar por todo el cuello femenino. La mano no pudo evitar sacar la camisa que ella llevaba por dentro del pantalón en busca de esos pechos que necesitaba tocar con su palma.

Ruth Anne se retorcía de placer. Lo ayudaba moviendo el cuello en función de donde él quería besarla. Sintió su lengua en su oreja y tuvo que sostenerse más fuerte de sus hombros para no desfallecer. Y cuando creyó que no podía haber nada más excitante que los besos, esa mano ávida llegó para acomodarse sobre su seno derecho. Amasó sin piedad y, cuando se cansó de palpar, los dedos comenzaron a rodar el suave pezón enhiesto.

Ella se tuvo que recostar sobre el árbol para sentir otro punto de apoyo. Barnaby aprovechó el momento para subir por completo la camisa y mirar cara a cara a esos dos preciosos pechos que tan bien estaban reaccionando ante sus atenciones.

—Son lo más bello que alguna vez he visto —susurró casi hipnótico. Se lamió los labios y, sin bajar la camisa, comenzó a lamerlos. A mamar de ellos como si la vida le fuese en ello. Ayudado con sus manos los contentó y adoró. Sin prisa, pero sin pausa.

Ella gemía presa de la lujuria. Su cuerpo estaba ardiendo y pedía clemencia.

—No puedo, no puedo, Atholl —murmuraba sin parar Ruth Anne, mientras su cabeza se apoyaba contra la dura corteza del árbol y su cuerpo se agitaba con violencia tratando de obtener algo que tanto necesitaba y que no entendía lo que era. Pero aquello era tan desquiciante y a la vez tan placentero que se dejaría arrastrar gustosa por esa pasión que no le daba cuartel.

—Barnaby, llámame Barnaby. Necesito oírtelo decir, Ruth Anne.

—Barnaby, por favor… por favor… No puedo más… —Gemía con ansia y fiebre todavía sin saber lo que decía o necesitaba.

—Ruth Anne, lo siento, lo siento, pero necesito más de ti. No puedo parar. No ahora. —Las palabras fueron una súplica cruda. De una necesidad brutal y visceral.

Y el cinturón de ella cayó al suelo. Sus pantalones fueron bajados hasta las pantorrillas y el sexo de Ruth Anne quedó bellamente expuesto ante la luz del día. Los ojos de Barnaby brillaron de una forma bestial. Esos rizos oscuros lo tenían maravillado. Metió la punta de la nariz entre ellos y la obligó a abrir las piernas todo cuanto pudo.

Con los dedos índice y corazón abrió sus pliegues. Tan húmeda y tan resbaladiza como lo estuvo aquella mujer con la que experimentó en Londres. Pero mucho mejor que aquello. Phillipa nunca estuvo así.

Incluso viendo y oliendo ese encantador aroma, él no estaba contento. Colocó su cabeza entre las piernas de ella y comió de su esencia. Lamió con ímpetu. Ella era tan dulce como la había imaginado. Supo que lo estaba haciendo bien cuando sus manos le agarraron el pelo y le obligaron a permanecer en ese lugar del que nunca se despegaría. Su lengua encontró esa perla oculta y la frotó, la frotó y la frotó, como si el mundo dependiera de su pericia haciendo eso.

Ruth Anne se retorcía y gemía sin control abrumada por las sensaciones. Encantada por los sentimientos.

Con los ojos bien abiertos y la lengua en su sexo, la veía retorcerse presa de la misma lujuria que él sentía. No podía más. Esto era un delirio insoportable.

Barnaby tuvo que parar de lamerla. Se puso de pie. Esta acción hizo que Ruth Anne sollozara ante la pérdida del placer.

—¡No! ¡No! No puedes detenerte —le exigió muy molesta y enfadada. Su mente estaba a punto de marcharse a un lugar que se adivinaba fantástico y él había frenado junto cuando ella comenzaba a rozar el cielo.

—No voy a parar nunca, Ruth Anne. —Fue la promesa de un amante codicioso.

Barnaby se desabrochó la presilla de su pantalón, lo bajó un poco para que su hombría saltase libre y volvió a arrodillarse ante ella. Colocó su boca en el sexo de Ruth Anne al tiempo que su mano

derecha acariciaba su miembro y la izquierda le agarraba la nalga a ella.

No pasaron demasiados minutos hasta que Ruth Anne gritó su éxtasis sin pudor ni contención. Barnaby sintió un tirón de pelo que le provocó el dolor justo para hacer que la descarga de su semilla fuera lo más placentero que una vez vivió.

Ruth Anne se quedó laxa apoyada contra ese magnífico árbol que le había dado la estabilidad necesaria para aguantar el asalto. Aún con los ojos cerrados y una gran sonrisa que evidenciaba su satisfacción, lo sentía lamerla. Su futuro esposo recogía los licores con los que su cuerpo femenino había premiado la hazaña.

La mano de ella acariciaba con ternura la espesa mata castaña de pelo del duque.

Cuando Barnaby consideró que había bebido todo lo que Ruth Anne había producido, decidió separarse de ese precioso tesoro que ella escondía entre sus piernas. Se levantó y, al mirarla frente a él con la cabeza ladeada, el pelo deshecho y a medio vestir, se dio cuenta de que era el mayor de los libertinos.

La acababa de tratar como a una vulgar mujerzuela. Esa no era manera de tratar a su futura esposa. Una dama cuya sensibilidad parecía no haber herido, pero eso era secundario. Ruth Anne se merecía el respeto de su prometido. Él nunca hubiera podido tratar así a Phillipa, entre otras cosas porque su difunta esposa nunca lo habría consentido. Y lo peor de todo es que no se sentía culpable por nada de lo sucedido con Ruth Anne. Estaba incluso satisfecho de sí mismo. Los gritos de ella le habían conferido un orgullo desmedido, como si él hubiese acabado de hacer un buen trabajo. Magnífico, de hecho.

Se sacó un pañuelo del bolsillo y se adecentó sus partes íntimas. Colocó bien sus pantalones y comenzó a vestir a una Ruth Anne que estaba exhausta y no era consciente de lo que sucedía a su alrededor.

La pelinegra lo percibió cerca y se dejó caer en los brazos de él. Ella ronroneaba como un gatito. Ese hombre iba a ser el más

perfecto de los esposos. Sabía que no le había hecho el amor hasta el final, pero sí se lo había hecho en cierta manera. Y él fue tan gentil y atento… La había llevado a un mundo cargado de plenitud donde no había un después, solo un ahora. Contagiada por ese espíritu de dicha que la había poseído, decidió desnudar su alma porque la situación lo merecía.

—Barnaby, creo que eres el hombre más maravilloso de todo el mundo. —Ella suspiró.

—Ruth Anne… —Él tenía una cosa que preguntarle y no sabía bien cómo hacerlo.

Ella abrió los ojos y los enfocó sobre esos tan bonitos de color azul cielo.

—Creo que me estoy enamorando de ti. —Ya está. Lo había confesado. Pensó que sería más complicado, pero le salió tan natural… Era lo que sentía. Lo amaba. ¿Cómo no hacerlo si se sentía completa cuando él estaba a su lado? ¿Cómo no hacerlo después de lo que acababan de tener?

Con el primer beso que compartieron ella supo que él era especial. Con el segundo la subyugó a sus caricias, a su toque. Con este beso tan íntimo que él le había dado en el centro de su placer, supo que la había arruinado para el resto. Nunca podría mirar a nadie como lo hacía con él. Jamás permitiría que otro la tocase de esa forma. Era él. Ruth Anne estaba perdidamente enamorada del hombre con el que se iba a casar y nadie ni nada podría empañar esa felicidad que le inundaba el corazón, el alma y el cuerpo.

Lo vio tensarse pero no le dio importancia. Ruth Anne se puso de puntillas y besó la cicatriz de él con muchos toques tiernos y ligeros.

—¿Por qué me besas ahí? —inquirió el duque con incomodidad.

—Porque me estoy enamorando de ti. Sé que te amo y le estoy dando gracias a esa cicatriz por traerte a mí.

—¿Qué quieres decir? —Él la separó en el acto.

—Eres el hombre más apuesto que vi alguna vez, y estoy segura de que esta cicatriz —ella la acarició con sus dedos— es lo que ha

hecho que ninguna mujer antes que yo captase tu atención. ¡Te amo tanto!

Él le agarró las manos para contenerlas y que no lo acariciase.

—Ruth Anne, esta cicatriz es el recuerdo de que mi mujer falleció y no pude salvarla. No es motivo de gratitud en absoluto —expuso en tono cortante, casi hiriente.

Ruth Anne se sintió terriblemente avergonzada.

—Yo… lo siento, sí… tienes razón. Lo siento. —Era algo muy malo para él. Era del todo comprensible.

—¿Te ha contado tía Ruthy lo que pasó?

—Me dijo que hubo un incendio y que la duquesa de Atholl no sobrevivió.

—Entonces no vuelvas a referirte a esto —soltó las manos de ella y pasó el dedo pulgar sobre la piel lacerada— como algo positivo. No lo es en absoluto.

—No lo volveré a hacer. Lo siento mucho. —Bajó los ojos y sintió sus mofletes arder. Se enfadó con ella misma por no haber previsto lo que esa señal en su rostro significaría para él.

—Ruth Anne, mírame —le ordenó duro.

Ella levantó la mirada.

—¿Sí?

—¿Eres una dama inocente? —Ella frunció el ceño. No entendía.

—No comprendo lo que preguntas.

—¿Has estado íntimamente con otro hombre? —Necesitaba saberlo. La vio en aquella fiesta, con Bastian agarrándola, y luego estaba lo que acababan de compartir. Se mostraba demasiado… ¡Era todo lo contrario a Phillipa y necesitaba saber si había habido algún hombre más que le hubiese abierto las puertas del placer!

Ruth Anne parpadeó varias veces con rabia para apartar las lágrimas que se estaban formando en sus ojos.

—¿Te digo que te amo y tú me preguntas si soy una casquivana?

—¡Contesta! —rugió preso de los celos. Ella se sobresaltó.

No pudo más. La primera lágrima cayó y el resto la siguió con premura.

—No —susurró mientras se limpiaba los ojos avergonzada, herida y humillada.

—No me mientas, porque si has pertenecido a otro lo sabré cuando te haga mía. Es mejor que me digas la verdad ahora, porque si descubro que no eres sincera… —No es que no la creyese, sencillamente es que no entendía cómo Phillipa había tenido una actitud antagónica hacia las relaciones maritales y ella se presentaba dispuesta y agradecida. Algo no estaba bien. Además, ¿por qué lloraba si era inocente de la acusación?

Si Ruth Anne creyó que nada iba a poder hacer que ella se sintiese peor de lo que ya se sentía, se equivocaba. Él le acababa de asestar el golpe final.

—Nunca ningún hombre me ha tocado. Solo tú —confesó con la cabeza baja y controlando la congoja que llegaba después de la plenitud.

—Ruth Anne, insisto en que no me mientas. —No estaba seguro de nada con ella.

Y la humillación ya consiguió enterrarla en el lodo más profundo. Ruth Anne respiró profundamente. Se limpió las lágrimas de los ojos con tranquilidad con la manga de la camisa y levantó la mirada dispuesta a ser valiente. No iba a dejarse avasallar. No por él ni por nadie. Era culpable por haberle permitido demasiadas licencias, es verdad. Pero él no tenía derecho a acusarla de nada sin pruebas.

—He dicho todo lo que tenía que decir, su excelencia.

Que utilizase el título no le dio buena espina al duque.

—Debo recordarte nuevamente que deseo que me llames Barnaby cuando estemos en privado. —Esa distancia que percibía que ella trataba de poner entre ambos no le gustaba.

—Y yo debo recordarle que no siempre se consigue lo que uno quiere —respondió llena de arrogancia mirándolo a los ojos.

—¿Que se supone que significa eso?

—Supone lo que he dicho.

Él sacudió la cabeza, lo que menos quería era protagonizar un enfrentamiento con ella. Decidió terminar con el tema por el

momento.

—Será mejor que nos vayamos.

Se subió al caballo y la instó a ella a hacer justo eso mismo. Sabía que estaba disgustada. Estaba recta como el palo de una escoba. Las otras veces que había montado con él, Ruth Anne había buscado su pecho para recostarse. Incluso ella llevaba sus manos apoyadas en el cuello del animal para mantener el equilibrio y no sobre sus antebrazos.

El duque comenzó a sentir una presión peligrosa en su pecho. Algo no iba bien. Llegaron a la casa de tía Ruthy y él se sintió rastrero. La había hecho llorar. Ni tan siquiera lo miraba a los ojos, ni cuando la bajó del semental y la sostuvo por la cintura más de lo normal.

Ambos andaban hacia la casa. Él estaba inquieto y ella iba cabizbaja.

—Ruth Anne, no quiero pelear. —No le gustaba verla enfadada.

—Ajá. —Ella pensó que eso lo tuvo que haber pensado antes de ofenderla.

—¿Te gustaría venir esta tarde a mi casa y ver cómo será tu futuro hogar?

Ella se obligó a mirarlo. Eso parecía una tregua.

—Creo que estaría bien. —Él echó de menos una sonrisa ante su respuesta.

—Entonces vendré con el carruaje a recogerte después de comer. ¿De acuerdo?

—Muy bien.

Sin saber qué más decir o hacer para enmendar el error del que era consciente que había cometido, el duque se marchó.

Ella entró en la casa y se fue directa a la biblioteca. Necesitaba enfrascarse en un buen libro para no caer en la tentación de desmoronarse. Fue imposible concentrarse en las letras.

Ruth Anne le había entregado su amor y él la había recompensado con una acusación. Y no contento con preguntarle

una sola vez si ella había yacido con un hombre, tuvo que volver a insistir.

Ese fue el momento justo en el que se dio cuenta de que su historia de cuento de hadas no iba a ser tal y como la había imaginado.

Estuvo toda la tarde convenciéndose de que había sido una contrariedad. Solo eso. Pero, por si acaso, iba a poner una especie de coraza en su corazón. No podía volver a sentir esa humillación, ese rechazo manifiesto que sintió cuando le dijo que lo amaba y él no solo no correspondió a sus palabras, sino que las ignoró y aprovechó para preguntarle si había entregado su virtud a otro.

Ciertamente, se había comportado como una descarada… ¡Pero es que él tenía ese efecto sobre ella! Además, estaban prometidos… Eso le hizo preguntarse si ella debería consentir más comportamientos inapropiados entre ambos. ¿Y si la estaba probando y había fallado estrepitosamente la prueba porque no era de moral recta?

Entre pensamiento y pensamiento llegó el momento de partir hasta la finca de él. El reencuentro fue muy civilizado… Frío entre ambos.

El paraje que se veía, era todo un sueño. La casa tenía cuatro grandes columnas en su fachada principal. Delante había un jardín perfectamente cuidado dividido por el camino que daba acceso al carruaje.

—Es una casa preciosa —expuso Ruth Anne con la boca abierta mientras descendía del carruaje.

Al fin le había dicho más de dos palabras seguidas.

—El interior es más espectacular. La reconstruí por completo tras el incendio —le informó un poco más relajado.

—Seguro que será perfecta. —Ella sonrió.

Cuando entraron en el centro del recibidor había una escultura de una mujer. Ella se acercó a contemplarla. Era una mujer muy bonita.

—¿Era tu esposa? —supuso ella.

—Sí. Se llamaba Phillipa —comentó con orgullo.

—Era preciosa. Siento mucho tu pérdida.

—Era la mujer más maravillosa del mundo. —Él suspiró—. Ven, te enseñaré el resto.

Le mostró su despacho, la biblioteca, las cuatro salitas de recibir visitas con las que contaba la casa. Todas las estancias tenían algo en común: Phillipa. Había innumerables retratos de su esposa difunta. Tantos que aquello era insano y muy preocupante. Ruth Anne estaba angustiada. Eso no era lo que esperaba. Sabía que él sentía devoción por su primera esposa, pero también debía comprender que era ella la que seguía viva y pronto ocuparía su lugar como su duquesa y como su mujer.

—¿Te gusta tu hogar? —inquirió viendo que mantenía el ceño fruncido.

—Es una casa preciosa…

La vio titubear.

—¿Sucede algo? ¿Hay alguna cosa que no sea de tu agrado? —quiso saber con preocupación.

—No quisiera molestarte, comprendo que tu esposa fue una mujer maravillosa y se aprecia que la amaste… —Era un tema delicado y debía ir con suma cautela. No pretendía herirlo ni enfadar.

—Con toda mi alma —señaló nuevamente con orgullo.

Ruth Anne lo entendía.

—Lo comprendo perfectamente, pero… Bueno, yo quisiera ocupar también un lugar especial en la casa —adujo con mucha suavidad y una tenue sonrisa.

—Y lo ocuparás, justo voy a enseñarte tu habitación. Ven. La he decorado especialmente para ti.

La agarró del brazo y ella no fue capaz de seguir con la conversación que había iniciado. Esa era la casa de Phillipa y, si él no estaba dispuesto a cambiar nada en la decoración, nunca podría haber un hueco para ella. ¿Cómo explicarle que eso no estaba bien del todo?

Abrió la puerta y se quedó fascinada. Una gran cama de cuatro postes con un dosel en color crema estaba perfectamente alineada

con la gran ventana luminosa que daba vistas al precioso jardín principal.

—¿Te gusta? —inquirió él con ilusión.

—Es perfecta. —Fue examinando lo que allí había y se sorprendió al no ver la puerta que comunicaba los aposentos.

—¿Vas a dormir aquí? —preguntó con las mejillas encendidas.

—Oh, no. Tú tendrás tu alcoba y yo la mía. Mi habitación está al fondo del pasillo. —Habló con naturalidad.

—¡Oh!

Eso implicaba que iba a dormir como a tres habitaciones de separación.

—Creo que estarás mejor aquí. —Se había dado cuenta de la contrariedad de ella.

Ruth Anne se alejó de la ventana y se acercó hacia él, quien se mantenía cerca de la puerta de acceso.

—Había pensado que nuestras habitaciones estarían la una junto a la otra. Mis padres lo tienen dispuesto así en casa, creí que era la costumbre. —Tal vez estaba equivocada…

—Estarás mejor aquí que en la estancia de la duquesa. —Aquella habitación era de Phillipa y no podía dejar que otra mujer la ocupase. Sería una traición demasiado grande. Atholl pensó que ella lo comprendería.

Ruth Anne cuadró los hombros. Había sido demasiado paciente ya. Era momento de expresas sus inquietudes con libertad y sin mostrar titubeos.

—¿Acaso no voy a ser yo la futura duquesa de Atholl? —Tenía su orgullo y no iba a consentir que también la menoscabase en ello también.

—En efecto, lo serás. Y vendré todas las noches a hacerte el amor aquí. —Barnaby no veía otra cosa más allá de tenerla al fin bajo su cuerpo, desnuda, gimiendo y deseosa de sus atenciones.

—¿Es que hay algún problema con la habitación de la duquesa? —preguntó obviando lo que acababa de decir. Comprendía que sus

obligaciones conyugales debían ser atendidas. Tendría que darle hijos.

—No, en absoluto.

—Entonces, ¿por qué no voy a ocuparla? —Realmente, Ruth Anne no entendía el motivo por el que no le daba la posición que se merecía.

—En esa habitación figuran todas las pertenencias de Phillipa. Eran los aposentos privados de mi esposa. —La informó con tranquilidad como si ella fuese a comprender el motivo.

Ella lo miró a los ojos. Se sujetó las manos entre sí delante de su cuerpo.

—Entonces tenemos un problema, su excelencia.

—No uses el título para dirigirte a mí. —No fue el uso del título lo que le molestó, sino el modo en el que ella se había dirigido a él. El tono era beligerante y Barnaby no veía el problema.

—La que no tendrá derecho a usar el título voy a ser yo, puesto que no voy a poder ocupar mi lugar como duquesa. —Trataba de hablar con calma y no levantar la voz.

—Vas a ser mi esposa —le recordó molesto.

—No. Voy a ser la mujer a la que vendrás por las noches a hacer el amor como si fuese tu amante, mientras las cosas de tu esposa fallecida acumulan polvo en la habitación contigua a la tuya. —Tal vez estuviese siendo egoísta o desconsiderada, pero era el momento de hacerle ver lo extraño que se sentía este acuerdo que él había establecido unilateralmente.

Él avanzó unos pasos hacia ella. La miró intimidante.

—Estás tratando un tema delicado, Ruth Anne.

Ella levantó la nariz.

—Como he dicho, tenemos un problema. —No se amilanó.

—No veo ningún problema. Serás mi esposa, lo único que sucede es que dormirás aquí y no en la habitación principal.

—¿Qué hay sobre la decoración de la casa? —inquirió sin perder tiempo.

—¿Qué sucede con ella?

—¿Voy a poder decorar a mi gusto?

—No veo por qué no habrías de poder hacerlo.

—Dejaré algún cuadro de la anterior duquesa, pero esa escultura en mitad de la planta principal es excesiva —se sinceró al fin.

—Me temo que no puedo consentir que hagas eso. —De ninguna manera su esposa sacaría de su vida a Phillipa.

—Pues me temo que ahora tenemos dos problemas —apuntó con naturalidad.

—¿Ya teníamos uno? —preguntó sin humor.

—El primer problema es que no voy a consentir que me hagas el amor y el segundo es que no pienso vivir en esta casa.

Se dijo que había de ser valiente. Él todavía no tenía ningún poder sobre ella. Ruth Anne tenía un prometido, pero era propiedad de su padre hasta que no se casase. No había motivo para temer a el duque de Atholl. Aun a riesgo de que él no se casase con ella, era momento de dejar las cosas claras.

—Lamento decirlo, Ruth Anne, pero no tienes más remedio que plegarte a mis exigencias. El contrato está firmado. Serás mi esposa y te regirás por mis reglas. —No toleraría insubordinaciones en su matrimonio. Era hora de que comprendiera cuál iba a ser su lugar en su casa.

—Hasta donde yo sé, no soy su esclava. Si digo que no voy a permitir que me toque, no lo hará, excelencia. Téngalo por seguro. —El corazón bombeaba con fuerza y los nervios estaban a flor de piel, pero ella se mostraría fuerte ante él.

El duque aspiró aire profundamente. Su paciencia se acababa de terminar.

—El motivo por el que te elegí es precisamente para poder acostarme contigo, Ruth Anne. No hay otra cosa que desee de ti más que el que puedas estar a mi disposición en el lecho.

—Pues lo invito a buscar una amante. Con su fortuna y su aspecto, le aseguro que no le costará en absoluto disponer de una mujer que esté dispuesta a satisfacer sus necesidades. —Estaba a

punto de salir corriendo y llorar, pero la muchacha se obligaba a permanecer impasible.

Él se rio.

—Sigues sin comprenderlo.

—Me temo que usted tampoco. —Ella estaba tratando de mostrarse muy calmada en sus apreciaciones.

—Si no fueses la hija de un duque tú serías mi amante, no mi esposa. Conténtate con lo que se te ofrece —le recomendó sin cargo de conciencia.

Oh, sí. El cuchillo se hundió en mitad de su corazón causando una herida mortal. El duque de Atholl acababa de asesinar su amor por él y ni tan siquiera era consciente de lo sucedido. Más clara su intención no podía haber quedado, ni aunque la hubiese gritado a los cuatro vientos.

—Para que quede claro —ella le daría una última oportunidad—, si yo no hubiese sido una dama de alta alcurnia, tú me habrías propuesto ser tu amante, ¿verdad? —Dejó el título a un lado para parecer más cercana.

Él ya se imaginaba por dónde iba a salir ella.

—Ruth Anne, tienes demasiadas temporadas a tus espaldas y ninguna petición de matrimonio fue hecha en ese tiempo. Me parece que deberías estar agradecida por la oportunidad que te ha brindado tu padre. La que yo te ofrezco. Vas a ser duquesa.

—No, voy a ser tu amante. —Habían compartido hacía poco la más fabulosa de las intimidades, aunque lo que sobrevino luego lo consideraba insoportable. Eso sí, ni de lejos fue como el infierno que se abría bajo sus pies en esos momentos. Por mucho que quisiera entregarse a sus brazos, no podía volver a hacerlo.

—Vas a casarte conmigo, serás mi duquesa. —¿Qué mujer no estaría deseando algo como aquello?, se preguntó Barnaby.

—¿Dónde queda el amor? —rebatió con presteza.

Él volvió a reír y la miró con asombro.

—Vas a casarte con un duque, ¿qué más quieres?

Ella se sosegó. Era un manojo de nervios.

—Quiero un matrimonio por amor. Merezco amor en mi vida. Un esposo que me corresponda, que me dé mi lugar en su casa. —Por última vez iba a exponer sus sentimientos ante un hombre al que ella se daba cuenta que no conocía en absoluto. Lo había idealizado demasiado.

Él apretó la boca en un fino rictus severo. El amor estaba sobrevalorado.

—Entonces, me parece que sí tenemos un problema, porque yo ya entregué todo mi amor a la mujer con la que me casé y ya no queda nada.

—Nada para mí. —De pronto se dio cuenta de que era una mendiga. Una pordiosera que estaba mendigando por atención, por amor. Reclamando un lugar en la vida y la casa de un hombre que únicamente la veía como el objeto de sus deseos más íntimos.

Ella exhaló con fuerza al darse cuenta del lugar que iba a ocupar en esa casa, en ese matrimonio, con ese hombre. Un hombre que había amado con locura a una mujer y que no iba a permitir que ninguna otra mujer ocupase el lugar de Phillipa.

Negó con la cabeza. Ilusa. Tonta. Boba. Lo sabía. Desde que oyó la historia de tía Ruthy sabía cómo iba a acabar todo con el duque. Ella no podía ser el reemplazo de una mujer difunta, pero es que él no quería ni que tan siquiera ella fuese dicho reemplazo. Necesitaba una mujer que calmase sus necesidades masculinas. El destino había hecho que se fijase en ella y, como era la hija de Cass, no podía tenerla de otra forma más que a través del matrimonio.

Si tan solo se hubiese quedado en Londres y le hubiera tendido una trampa a Bastian o a cualquier otro… Estaba viviendo una pesadilla y lo peor de todo era que él no iba a cambiar de padecer. Lo tenía ante ella y veía a un hombre aferrado al pasado, al amor de una mujer desaparecida que no podría amarlo y consolarlo como quería hacer Ruth Anne. No, no tenía sentido exponer nada más. Los alegatos habían sido ofrecidos y ella había perdido el juicio.

—Creo que se ha hecho tarde y tía Ruthy se preocupará.

—Te llevaré de regreso a casa.

Barnaby tampoco estaba por la labor de seguir discutiendo un caso que no tenía ningún sentido.

En lo que duró el viaje no hablaron. Ella no quería ni mirarlo. Él no entendía el problema. ¿Todo ese enfado por una maldita habitación? Amor, había dicho ella. Eso era como pedirle que traicionase la memoria de Phillipa, y no podía hacer eso. ¿No podía contentarse con lo que pudiera darle? Ruth Anne había disfrutado de sus caricias, de sus toques… ¿Qué más placentero había que lo que habían compartido?

Ruth Anne dio gracias a Dios cuando él la ayudó a bajar del carruaje y se marchó de inmediato.

Ella entró como un torbellino en la casa.

—¡Tía Ruthy! ¡Tía Ruthy! —comenzó a gritar, presa de la congoja que había estado conteniendo durante todo el viaje de regreso.

—¿Qué sucede? —La anciana salió del comedor y dejó su cena a medias para ver qué sucedía.

—Tía Ruthy, tengo que partir a Londres de inmediato.

—¿Por qué? —Ruth Anne le cogió las manos a su tía y las lágrimas cayeron en cascada—. ¿Te sientes mal? ¿Estás herida?

—No, no. Sencillamente, no puedo casarme con ese hombre.

—¿Se ha sobrepasado contigo? —inquirió con preocupación.

—Tía Ruthy, ese hombre tiene viviendo con él a su esposa.

—¿Cómo dices? —La anciana no comprendía el desasosiego tan evidente que ella manifestaba.

—La casa está llena de retratos, esculturas… todo es de ella. Es como si estuviese viva allí dentro. Incluso él me ha dicho que no voy a dormir en la habitación de la duquesa porque es de su esposa. Me ha escupido a la cara que si yo no fuese la hija de un duque no se casaría conmigo. Me quiere porque no me puede tener de otra manera. Si hubiese podido me habría hecho su amante. —Entre el llanto fue capaz de relatar su historia.

—¡No! No puede haberte dicho todo eso. —La anciana tenía la boca abierta. Siempre creyó que era un buen hombre.

Definitivamente, la muerte de su esposa lo había hecho perder la cabeza.

—Tengo que hablar con mi padre de inmediato. Debo partir ya mismo a Londres. No tengo tiempo que perder. —Con los ojos, la muchacha estaba suplicando la ayuda de su tía.

—Pero es muy tarde…

—Por favor, tía, debo marcharme. Debo convencer a padre para que me salve de esto. Se lo suplico, debo irme. No quiero verlo jamás. Por favor, por favor, ayúdeme a huir. No puedo casarme con él. Antes preferiría ser una sierva de Dios, se lo suplico. —Había tanta desesperación en sus gestos y palabras que la anciana se compadeció de ella.

—Está bien, te ayudaré a hacer el equipaje.

—No, no. Eso no importa, tengo que marcharme ya mismo. —Necesitaba la seguridad de su padre, y si él regresase sabía que no le permitiría escapar.

—Está bien, pero no dejaré que vayas sola.

—¿Vendrá conmigo?

—No es un viaje tan largo, pero yo necesitaría preparar los baúles… Tengo una idea mejor. —Tía Ruthy le sonrió con dulzura.

Las dos salieron en el carruaje a casa de los señores Rosenwood. Ruthy les contó que había habido un problema en casa de Ruth Anne, en Londres, y que debía personarse de inmediato y necesitaba la protección de un hombre para emprender el viaje. Ni que decir tiene que Duncan se ofreció caballeroso a ser su escolta.

Tía Ruthy conocía a ese muchacho y pocos habría más honorables que él. Su sobrina nieta estaría muy bien bajo el cuidado de ese diligente hombre.

***

Y así fue como Ruth Anne, el señor Rosenwood y una doncella se metieron en el carruaje para llegar con la mayor de las premuras a la gran ciudad. El silencio predominó. El hombre no se atrevió a preguntar y ella y la criada no hablaron tampoco.

Llegaron entrada la madrugada y toda la casa del duque de Cass se levantó cuando sonó el timbre de la puerta principal. El gran duque salió con su camisa de dormir y su esposa con el camisón y una bata anudada.

Ruth Anne entró corriendo. Cuando vio a su padre bajar por la escalera se echó a sus brazos llorando sin parar. Duncan se había quedado en la puerta observando la escena.

—Papá, papá, tienes que salvarme, tienes que salvarme. Te lo suplico, haré lo que quieras, pero sálvame, por favor. Por favor, sálvame. No dejes que suceda, por favor.

—Mi tesoro, ¿qué sucede? —El duque de Cass la tenía entre sus brazos y ella se sentía protegida.

Incluso la madre de Ruth Anne tenía el corazón en un puño. La duquesa le acariciaba la cabeza con ternura mientras le susurraba calma.

—Sálvame, por favor. Sálvame.

Al ver que su hija no iba a separase de su abrazo y que el llanto y las súplicas no cesaban, decidió preguntar al hombre que estaba de pie observando la estampa.

—¿Qué ha sucedido? —Cass miró fijamente a ese grandullón. Y pobre de él si era el responsable del estado de su hija.

—Poco puedo decirle, su excelencia. Tía Ruthy ha pedido que sea el escolta de la joven para regresar a la ciudad. Hasta donde yo sé, algo grave había sucedido aquí, en su casa, excelencia.

—Aquí no ha ocurrido nada —contestó el padre de Ruth Anne.

—Me temo que no puedo ayudarle más —se excusó humildemente Duncan.

—¿Tiene usted algo que ver en el estado en el que se encuentra mi hija?

—Le doy mi palabra de honor, haría cualquier cosa para evitarle el disgusto que presenta *milady*. —El muchacho no mentía. Le dolía verla en ese estado.

—Es tarde, pase. Haré que preparen una habitación para usted.

—Se lo agradezco.

—Ruth Anne… —El duque volvió a centrar su atención en su hija que lo agarraba muy, pero que muy fuerte—. Papá necesita conocer el problema para poder solucionarlo.

La joven miró al duque hecha un mar de lágrimas.

—No dejes que me case con él.

Cass consiguió separarla un poco de su cuerpo.

—¿Te refieres al duque de Atholl? —Era lo único que se lo ocurría.

—Es un monstruo y me moriré si me entregas a él en matrimonio.

—¿Te ha hecho daño? —Ella afirmó con la cabeza—. ¿Qué te ha hecho, mi tesoro?

—Me ha matado, padre. Me ha hecho morir por dentro. No permitas que nos casemos, por favor. Envíame a un convento, destiérrame a otra parte del mundo, pero, por favor, no me obligues a casarme con él. —No podía hacer algo como eso. No. Estaba desesperada por casarse, pero no tanto como para meterse en medio de un matrimonio. Phillipa no estaba, pero él no la dejaría ir nunca.

—Tesoro mío, te prometo que no harás nada que no quieras hacer.

—¿No me casaré con él? —inquirió con esperanza la muchacha.

—No, no te casarás con él o con ningún otro que no desees. —El duque no vaciló en su contestación.

—Pero él dijo que el contrato está firmado.

—Mi tesoro, los contratos se rompen, por lo que considera éste roto y calcinado —expuso con seriedad y sabiendo lo que se hacía.

—¡Oh, papá! —Ella se abrazó a él con más fuerzas y comenzó a llorar, esta vez de alegría—. Gracias, gracias, sabía que me salvarías.

—Vamos, mi tesoro, es hora de ir a dormir.

El duque la cargó en sus brazos y su esposa lo miró con admiración. A sus años y él parecía aún un mozalbete.

El señor Rosenwood, que había sido testigo de toda la escena, no se vio sorprendido en absoluto. El duque de Atholl era una persona que se había enterrado en vida en su casa. Incluso decían que estaba poseído por el diablo. Nunca dio pábulo a esos comentarios, pero estaba claro que algo malo le había hecho a la dama. En ese momento un sirviente le agarró su baúl y lo condujo hasta la alcoba que ocuparía en la casa del duque de Cass.

Esa noche, todos se fueron a dormir con el corazón en un puño. El duque de Cass dejó en la cama a su hija. Ésta se resistía salir de los brazos de su padre. Anne los miraba conmovida. Sabía que ellos eran muy cercanos, pero nunca imaginó esa devoción de Ruth Anne por su padre. Lo miraba como si fuese su salvador, su protector, como si Cass pudiese hacer que el mundo dejase de girar si Ruth Anne se lo pedía.

Los dos se quedaron con ella hasta que se durmió. Salieron con sigilo de la habitación.

—¿Qué crees que ha pasado? —preguntó la duquesa.

—No lo sé, mi amor, pero pienso averiguarlo. —Cass estaba furioso.

—No me dijiste que el contrato estaba firmado.

—Es un detalle sin importancia. —Él era un duque importante. Romper un contrato matrimonial que todavía no había salido a la luz era poca cosa.

—¿No vas a obligarla, verdad?

—Lo que voy a hacer antes de acostarme es quemar ese funesto contrato.

—¿Y la copia de él?

—El maldito Atholl tuvo tanta prisa en salir detrás de ella que no vino a recoger su copia. Así que será como si esto nunca hubiese ocurrido. —Se alegraba por completo de su suerte. No comprendía

lo que había sucedido, pero sus hijos eran lo primero. Su hija confiaba en él y Cass no la defraudaría nunca.

—Dijiste que era el hombre perfecto para ella —expuso con suavidad.

—Incluso yo, esposa mía, me equivoco de vez en cuando.

—Estoy preocupada. Ruth Anne nunca había sentido tanta pena y tristeza. ¿Que la ha impulsado a venir en plena noche a cobijarse en los brazos de su padre?

—Lo averiguaré —dijo mientras se iba en sentido contrario a su alcoba.

—¿Dónde vas?

—A quemar los malditos papeles. —Y se marchó a su despacho mientras su mujer lo miraba atónita. Hasta la fecha nunca lo había visto tan enfadado, autoritario y decidido. La duquesa veía a un hombre dominante al que deseaba esta noche en su cama. La había conmovido ver atender a su hija tan diligentemente. Ahora que se veía fiero… La duquesa estaba encendida. Lo aguardaría en la cama de él con un liviano camisón de trasparencias que la modista francesa le había regalado por el desembolso del nuevo guardarropa de Ruth Anne.

Mientras, el duque de Cass llegó a su despacho, abrió el primer cajón y sacó las dos copias. Sin contemplaciones las echó al fuego.

—Nunca la tendrás, Atholl. —Aquello fue una promesa de un padre que mataría a cualquier bastardo que se atreviese a hacerle daño a alguno de sus mayores tesoros.

Capítulo 7

Un dilema poco esclarecedor

La tía Ruth Anne había vivido de acuerdo a sus propios dictados. En su juventud cayó presa de un amor imposible. Disfrutó de él cuanto pudo y regresó a casa con el corazón roto. Jean Pierre la amaba, porque su matrimonio orquestado no había conseguido enamorarlo de su esposa. Se vieron y saltaron chispas entre ambos desde el primer momento. Su amor secreto era padre, contaba con una familia, con obligaciones. Ella no tenía derecho a inmiscuirse y por ello se retiró.

Supo que sería toda su vida una solterona, puesto que había entregado todo su amor y nunca volvería a amar como aquella primera vez. En honor a la verdad, no se cerró las puertas al amor. Ella era partidaria de las segundas oportunidades. No obstante, nadie la tentó como para hacer tambalear sus autoimpuestas murallas.

Conocía a Atholl desde hacía muchos años. Ella había sido testigo de la relación entre el matrimonio. Se veía una pareja estable, respetuosa y no dudaba de que estuviesen enamorados, pero al verlo a él en compañía de su sobrina descubrió en el duque un impulso, una chispa, una voluntad o un interés, que nunca advirtió cuando Atholl estaba en compañía de Phillipa.

La anterior esposa del duque era toda una gran dama. Había sido instruida para ser una excelente duquesa. Sin embargo, era fría como el mármol. Ruthy los juzgó como un matrimonio bien avenido, pero sin esa pasión arrebatadora que ella misma sintió, esa locura ardorosa que merece toda pareja. Los consideraba tal para cual. Hasta que, viendo el comportamiento de Atholl con Ruth Anne, descubrió a otro hombre muy diferente del que una vez observó con la anterior duquesa de Atholl.

No era de extrañar, pues Ruth Anne era una mujer intrépida, aventurera, con pasión rugiendo por sus venas. ¿Cómo lo sabía tía Ruthy? Porque ella misma se veía reflejada en su sobrina nieta.

Antes de la llegada de la joven, la duquesa de Cass le había escrito aludiendo a que su hija necesitaba unos días para recomponerse de algún tipo de disgusto acaecido en Londres. De igual modo, el padre de Ruth Anne le informó poco después en otra misiva, de que esperaba que su hija captase la atención del duque. No la había informado de un compromiso previo entre ambos, pero sí le señalaba que el duque de Atholl contaba con sus bendiciones en caso de cortejar a su hija.

Cuando leyó eso se quedó de piedra. Ella había tratado con el duque de Atholl y conocía del carácter arisco, serio y en muchas ocasiones intratable.

Todo tuvo sentido cuando lo vio ingresar en su casa con ella en volandas. Que Ruthy recordarse, Phillipa y su esposo no habían intercambiado ni una muestra de afecto en público nunca y… ¿Tocarse? Jamás los vio rozarse la mano ni en un descuido.

El viejo Atholl era un hombre bueno, ella no lo dudaba, aun así, el nuevo duque de Atholl había sufrido una transformación increíble. El motivo: Ruth Anne. Tía Ruthy no tenía duda alguna.

Era cierto que físicamente Ruth Anne y Phillipa compartían similitudes evidentes, pero interiormente las consideraría como la noche y el día.

Todo se torció. Ruthy estaba orgullosa de ver nacer ese amor incipiente que se apreciaba entre el duque y su sobrina. Sus dotes

de casamentera no es que resultasen brillantes, pero ella introdujo al señor Rosenwood en escena con el único motivo de motivar al duque.

Lo que ella no imaginó es que el mismo Barnaby sabotearía su propia relación a causa de su difunta esposa. Podía entender que él venerase a su amada trágicamente fallecida. Intuía que él se culpaba por no haberla podido salvar y de ahí que en largos años Barnaby no se hubiese dejado ver en los círculos sociales ni en los privados. Lo que no podía asimilar era que se zopenco volviese a cerrarse al amor cuando se veía a las mil leguas que Ruth Anne lo maravillaba. ¡Hombres!

Y con el corazón calmado, pero con la lengua queriendo decirle unas cuantas cosas a un duque endemoniadamente testarudo, tía Ruthy se encontraba en estos momentos en la salita de recibir visitas de la finca del duque de Atholl. Y más le valía a esa mula terca presentase ante ella, porque de lo contrario asaltaría la casa y cuando lo encontrase le daría unos buenos latigazos.

—Buenos días, tía Ruthy, ¿qué puedo hacer por usted? —Un desaliñado duque que daba la sensación de que no había pasado buena noche se presentó ante ella. El olor a alcohol aún estaba patente en su aliento.

Ella le dio una mirada de reprobación que lo hizo ponerse en guardia.

—No me andaré con rodeos y le diré que vengo a reprenderlo.

—Intuyo que Ruth Anne no está contenta… —Él había tenido toda la noche para pensar en lo que había sucedido entre ambos y decidió que no había sabido abordar las cosas del modo correcto.

—*Lady* Ruth Anne —lo llamó al orden por referirse con esa familiaridad a su sobrina— está lejos de mostrarse feliz.

—Creo que su sobrina, *lady* Ruth Anne —terció él—, ha sacado de quicio las cosas. A fin de cuentas, una habitación es simplemente una estancia más de la casa. —Se aventuró en su suposición intuyendo que le habría hecho la confidencia a su tía sobre su discusión.

—He vivido más que usted. Aún siendo una simple mujer, he podido conocer… ciertos menesteres que deberían ser un secreto para una vieja solterona. Hoy he venido aquí a comprobar la veracidad de las palabras de mi sobrina cuando me dijo que esta casa estaba habitada por su difunta esposa. Si en primer momento creí que ella pudiese estar sugestionada por alguna de esas novelas góticas que tanto se estilan, considero que mi niña se quedó corta. —La estatua de la entrada era una oda a su difunta esposa de grandes proporciones.

—¿Cómo dice? —Atholl se había quedado petrificado. No solo por el tono acusador, sino por las propias palabras espetadas por la anciana que en estos momentos carecía de su singular carácter afable.

—Usted sigue casado con su esposa y se niega a dejarla ir. No lo comprendo, pero lo respeto.

—Mi esposa está enterrada bajo tierra —rebatió con enfado.

—No. La preciosa escultura que hay en la entrada y los ocho retratos que he contado por los pasillos, incluido el que hay en esta estancia, evidencia que usted ya pertenece a una mujer. —Si él se consideraba casado, así debería seguir. No era sensato hacer partícipe de su situación a otra mujer. Era la decisión de Barnaby seguir anclado en el pasado y ella no lo obligaría a despertar, pero no estaba dispuesta a que Ruth Anne sufriese por su causa.

—Eso que dice no tiene ningún sentido —bufó él.

—Lo que no tiene ningún sentido es que usted aceptase el compromiso con una mujer hermosa, despierta, divertida, educada para ser una gran dama, pero llena de emoción y pasión, y, sobre todo, que es de carne y hueso, cuando en realidad ya está casado.

—Si ha venido a burlarse de mí, no lo está consiguiendo.

—He venido a decirle que no la merece.

—La merezca o no, es mía. El compromiso es firme.

—No. Mi muchacho, el duque de Cass no permitirá esa unión. —Un buen padre que hubiese visto la desesperación de su hija la

salvaría de cualquier angustia. Tía Ruthy sabía que su muchacho, como se refería a Cass, haría lo correcto.

—Poco tiene que decir su padre, entre otras cosas porque fue él quien insistió en que la tomase por esposa. Le avisé de su error y aun así la puso al alcance de mi mano. —Él no tenía la culpa de nada.

—Evidentemente, el padre de Ruth Anne no es consciente de todo esto. —Levantó ambos brazos para evidenciar la presencia de Phillipa en toda la casa.

—Tía Ruthy, no pretendo ser descortés. Sin embargo, debo señalar que lo que suceda entre mi futura esposa y yo es asunto nuestro. —No deseaba seguir con la discusión.

La anciana lo miró con una sonrisa torcida en su rostro.

—He dicho todo lo que venía a decirle. Ruth Anne ha hecho lo mejor que podía haber hecho y cuenta con mis bendiciones.

Él se tensó.

—¿A qué se refiere?

—Es evidente que usted ya tiene una esposa. Aunque no pueda verla o tocarla, Phillipa está aquí. Bien se ha ocupado de que así sea. Puesto que Ruth Anne no iba a encontrar aquí su lugar, ha decidido buscarlo en otra parte.

La anciana se levantó satisfecha de su actuación y comenzó a andar.

—¿Dónde está Ruth Anne? —inquirió mientras observaba a la mujer salir del lugar.

Ruthy dejó de caminar y se giró para observarlo con seriedad.

—Eso, querido Atholl, ha dejado de ser cosa suya.

—¡Es mi prometida! —Levantó la voz sin ser consciente de ello.

—Le deseo suerte y mucha felicidad en su… En fin, en lo que quiera que usted tenga con su difunta esposa —dijo señalando todo el elenco que había en la casa sobre la aludida.

—No tiene derecho a juzgar. No pude salvarla. Mi esposa murió porque yo no estuve para ayudarla. No comprende lo que yo hice

días antes… No conoce mi traición… —Él se sentó en el sillón más cercano y hundió su rostro entre sus manos.

La anciana continuaba mirándolo con calma.

—Reconozco la culpa en cuanto la veo. Yo misma tuve que convivir con ella durante muchos años. No sé bien lo que usted haría o dejaría de hacer para sentirse tan culpable, pero si su esposa falleció es porque el buen Dios la quiso a su lado, y si a usted le permitió vivir, tal vez fue porque tenía otros planes. Y muy probablemente los designios del Señor incluyesen a una hermosa y risueña mujer que saltaba a la vista que no tenía ojos más que para usted.

Él miró a Ruthy y ella vio la vulnerabilidad del hombre reflejaba en su mirada.

—No puedo fallarle a Phillipa. No debo ser deshonesto con su recuerdo —expuso derrotado. Ya había fallado a su promesa sobre no casarse nuevamente.

La anciana le ofreció una sonrisa comprensiva.

—Por un instante imagine que Ruth Anne fuese la viuda y que usted estuviera completamente enamorado de ella. Ahora piense que tiene en su casa todo lo que usted guarda de su esposa, pero que los enseres estuvieran relacionados con su difunto esposo. Luego añádale a ese dolor, que seguro sentiría, la negativa de ella de ofrecerle la habitación de su adorado esposo fallecido. Y si aun así no lo comprende, ponga que ella le confesase que no quiere su amor, sino su cuerpo. —La confesión que la muchacha le hizo la dejó horrorizada. Él debía comprender lo que había hecho.

Sin decir nada más ni esperar respuesta, tía Ruthy se marchó de la casa. No sabía si su visita serviría de algo. Incluso tal vez complicase más las cosas, pero al menos le había dado algo sobre lo que pensar.

El duque se levantó y tiró las múltiples figuritas de bonito cristal que había en la mesilla más próxima. No contento con el estropicio, volcó la mesa y siguió con la pataleta destrozando dos sillas más.

Estaba en una encrucijada y no sabía cómo proceder o salir de ella. Las últimas palabras de la anciana se habían sentido como un cuchillo en su carne.

***

Mientras, en Londres la cosa no era mucho mejor. Hacía horas que había amanecido. Ruth Anne siempre fue una mujer madrugadora, sin embargo, esta mañana no había nada que la impulsase a salir de la cama. ¿Cómo habían podido hacerse trizas sus sueños en un espacio tan breve de tiempo?

Nunca debió haberse ilusionado con él. Fueron las ganas de casarse lo que la llevaron a soñar despierta. Ruth Anne era conocedora de que su corazón estaba con su anterior esposa, pero creyó que él iba a poner de su parte. El corazón le dolía horrores. Incluso con el daño que estaba sintiendo, una parte de ella comprendía que amase a su difunta esposa.

Cuando un hombre y una mujer se aman y la muerte los separa, es lógico que se desprenda del alma un pedazo. El duque de Atholl se negaba a dejar partir a Phillipa. Admiraba que él tuviese tanta devoción, pero su duquesa ya no estaba. No era sano aferrarse a un recuerdo con esa fuerza. La vida seguía y Ruth Anne opinaba que él tenía derecho a intentar volver a ser feliz. Si tan solo hubiese puesto un poco de su parte… La joven se habría mostrado paciente y tolerante, y de modo natural algo hubiese nacido entre ellos. Un cariño especial o, incluso, un amor épico.

Todo su castillo de naipes se derrumbó cuando él confesó que no la quería como esposa. Sus cuerpos se atraían con la fuerza de un rayo. Ruth Anne era plenamente consciente de ello. No estaba enfadada porque no le hubiese correspondido a su amor, pues supo en qué punto estaba el duque justo cuando entró en su casa y divisó esa enorme escultura de Phillipa. Lo que dolía, lo que le quemaba el

alma, era que la había tocado íntimamente y parecía no haber sentido nada más por ella que el deseo de liberación. ¿Tan frío podía ser Barnaby?

En esta ocasión ella estaba segura de que no había tenido mala suerte. Al fin la buena fortuna la había ayudado, puesto que en caso de haberse casado y haber conocido esa faceta del duque, no hubiese podido hacer nada para remediarlo.

Había salido ilesa de la situación, por los pelos, porque lo único que había sido destruido era su corazón y esperaba que el tiempo pudiera curarlo. Se juró a sí misma que por mucho que él hubiese calado en su cuerpo, su alma y su corazón, ella no permitiría que su recuerdo la atormentase como había hecho el duque de Atholl con su difunta esposa.

Estaba inmersa en este último pensamiento, cuando la puerta de su habitación se abrió para dar paso a una April que portaba sus brazos en jarras.

—Ruth Anne, eres la peor amiga del mundo.

¡Lo le faltaba! Una sesión de reproches de su mejor amiga. Ella se tapó con las sábanas hasta la cabeza para ver si así se libraba de lo que le estaba por venir.

—No te atrevas a hacer como si no estuviera aquí. —April se acercó a la cama y dio un tirón a las sábanas y las colchas para que ella no pudiese ocultarse.

—April, te lo suplico, no estoy de humor.

—Tu madre me ha dicho que estás en problemas y por eso te has librado de que te diga que eres una mala amiga, porque te fuiste al campo sin avisarme y, si no llega a ser por Margot, me habría podrido yo sola aquí en la ciudad.

—No querías decirlo, pero lo has acabado diciendo un par de veces —expuso refunfuñando. Ruth Anne se incorporó y se mantuvo sentada en la cama. April se sentó a su lado y la miró con compasión.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó cariñosamente.

Ruth Anne comenzó a llorar y se agarró al abrazo al que su amiga la estaba invitando con los brazos extendidos. April no sabía los pormenores, pero era consciente de que era algo grave si la mismísima duquesa de Cass había ido a su casa en su busca de buena mañana.

—Me he enamorado de un imposible —confesó cuando el llanto comenzó a remitir.

—¿Al final vas a confesar lo de Bastian? —inquirió con mucha suavidad.

—¿Qué? —El lloro cesó por completo ante la pregunta y Ruth Anne se separó de su amiga.

—Hace años que sé cómo lo miras.

—April, si hubiese sido Bastian tendría más posibilidades de conquistarlo —expuso con calma. Sabía lo que el mejor amigo de su hermano opinaba de ella, y aun así sería más fácil conquistarlo que a Barnaby.

—¡Vaya! ¿Que ha sido eso? —Esa seguridad que se intuía en Ruth Anne había dejado perpleja a April.

—¿El qué? —preguntó Ruth Anne con extrañeza.

—Esa muestra de seguridad en ti misma. Has sonado tan creíble, como si en verdad fueses capaz de conquistarlo.

—No he querido parecer vanidosa —se excusó con vergüenza.

—No lo has hecho, ha sido algo más potente… No sé cómo explicarlo, pero te veo incluso diferente.

Ruth Anne suspiró.

—¿Prometes que lo que diga no saldrá de aquí?

—Por supuesto, como siempre hemos hecho.

—He descubierto la seducción. —Habló en un tono de voz muy bajo.

—¡Santo cielo! ¿Quién te ha mancillado? —inquirió escandalizada la pelirroja.

—Shhhhh, no grites. Sigo siendo pura, aunque sé lo que son los besos íntimos.

—¿Quién? —Quiso averiguar muy celosa de la experiencia de su amiga.

—¿Recuerdas que te hablé de aquel extraño que me robó un beso?

—Por supuesto… un invitado de tu padre, ¿verdad?

—Al parecer estaba prometida a él…

—¡Eso es maravilloso! Al fin vas a casarte. —La pelirroja estalló en carcajadas de dicha.

—No. Todo se ha ido al traste porque el hombre al que amo, Atholl, está perdidamente enamorado de su esposa.

April la miró con los ojos como platos.

—¿Disculpaaaa? —¿Su amiga había dicho lo que ella había oído? ¡Imposible! Un hombre no podía casarse con dos mujeres, ¿no?

—Él ha estado casado, enviudó hace algún tiempo y no desea amar a otra mujer. Yo solo serviré para calentar su cama. —Decir esto en alto la hacía sentir tan miserable…

—¡Dios mío, Ruth Anne! Incluso tu vocabulario es del todo nuevo y deliciosamente inapropiado… —Le guiñó un ojo para tratar de animarla.

—Estoy destrozada, April.

—Al menos podrás consolarte con tu título. Serás duquesa. Y con el tiempo puede que… —April no tenía muy claro qué decir en estos casos.

—No, no lo haré porque le he pedido a mi padre que me libere del compromiso y me ha dicho que lo hará.

—¿Cass va a desafiar a otro duque?

—Me lo ha asegurado —repitió con convicción.

—No puedo creerlo. —Lo normal era que los padres se deshicieran de sus hijas a la mayor brevedad posible. Suerte que ellas dos eran la excepción a la norma.

—¿El qué de todo? —La lista de sus hazañas era extensa, y gracias nada más y nada menos que al campo. Luego decían que la ciudad tenía más distracciones…

—No consigo comprender cómo nuestro sueño de casarnos se ha convertido en una pesadilla. —April estaba derrotada también.

—¿Nuestro sueño en una pesadilla? —Inquirió Ruth Anne con una ceja levantada.

—No es momento de hablar de mí. Tu madre me ha pedido que me traslade a tu casa por un tiempo para animarte. ¿Deseas que me quede?

—Por supuesto que sí. No se me ocurre mayor apoyo que tú. Por cierto, ¿cómo está Margot?

—Perfectamente bien. Esa mujer es capaz de defenderse sola de cualquier ataque. —Había que ver lo enérgica que era.

—¿Qué insinúas?

—Es una larga historia, dejémosla para otro día. Además, no pretendo quitar valor a tu dolor de corazón, pero me temo que es imperativo que me presentes a ese grandullón hombre con el que me he cruzado al entrar en tu casa. ¿Lo has traído del campo? —April llegó a casa de los duques de Cass y se quedó asombrada cuando vio salir del comedor a ese hombre tan grande y apuesto.

Ruth Anne le sonrió tímidamente. Solo April era capaz de sacarle una sonrisa mientras sentía morir su alma.

—De donde él viene hay más así. Te aseguro que nos han estado engañando.

—¿Quiénes? ¿Y por qué? —inquirió la pelirroja con toda atención.

—April, en el campo soy popular. El problema no éramos nosotras, sino el entorno.

—Explícate —le ordenó al ver que su amiga no añadía nada más.

—Mi tía Ruthy, mi pariente con la que me he alojado, me llevó a una fiesta campestre, y te aseguro que fui la sensación del momento. Conté hasta cuatro hombres solteros que querían bailar y hablar conmigo. —Recordar eso la estaba animando.

—¿Qué? —Porque lo contaba Ruth Anne, sino no se lo creería. ¿Su amiga… popular?

—El señor Rosenwood, el hombre con el que te has topado, fue mi escolta de camino a la ciudad y él incluso me cortejó… —Ruth

Anne torció el gesto—. Bueno, hasta que el duque de Atholl lo echó de casa de tía Ruthy. Y como pretendiente, el señor Rosenwood me trajo dos docenas de preciosas rosas. Y April… —No sabía si continuar hablando.

—¿Qué?

—No fue el único que me regaló flores.

—¿Y dices que ese duque no te ama? Un hombre que se pone celoso de tus pretendientes tiene que amarte. —¿Verdad que April tenía razón en su suposición?

—No. Él me lo escupió a la cara. No le quedaba más amor que ofrecer. —Cómo le dolía ese recuerdo en particular…

—¿Y no has pensado que él esté enamorado de ti y ni tan siquiera lo sepa? —Esa sería una historia de lo más romántica que contar a sus futuros nietos.

—No veas nada ensoñador. El duque de Atholl había preparado la habitación más alejada a la suya para que yo la ocupase.

—¿La habitación de la duquesa tenía algún desperfecto que reparar?

Ruth Anne suspiró.

—Ese es el problema —expuso derrotada al recordar lo que fue aquella conversación con él.

—¿Cuál? —inquirió April con el ceño fruncido.

—La habitación de la duquesa tenía el desperfecto de estar ya ocupada.

—¿Ocupada? ¿Por quién? —April no comprendía absolutamente nada.

—Por Phillipa, la antigua esposa de Atholl. Por lo visto, el duque mantiene esa estancia intacta porque allí habita su difunta esposa. O sus cosas, o su fantasma… No lo sé… —Solo comprendía que se había sentido desplazada por el recuerdo del pasado.

—Creí que era una historia romántica, pero parece algo sacado de un mal libro gótico —dijo la pelirroja arrugando la nariz en señal de desaprobación.

—Pues aún hay más. —La historia no había hecho más que comenzar.

—¿Más? —April no creía que él pudiese empeorar más las cosas con su mejor amiga.

—Sin tapujos me confesó que si me quería como su esposa era porque, al ser yo la hija de un duque, no podía tenerme como su amante.

—¡No! —April abrió los ojos y la boca ante la confesión.

—Sí. Esa fue la gota que colmó el vaso. Hui en plena noche y regresé para implorarle a padre que me salvase de él. —Se había comportado como una cobarde, pero no podía resistir más lo que le hacía sentir. Los besos y caricias habían estado muy bien, pero lo otro… Aquello se sintió como un infierno que no podría soportar.

Hubo un momento de silencio. Ruth estaba rememorando el dolor. April trataba de idear algo que…

—Ya sé lo que haremos.

—¿El qué?

—Contarle toda la historia a Margot —expuso como si eso fuese la solución a todos los males del mundo.

—¿Por qué? —No veía cómo podría ayudarla eso.

—Porque ella hará entrar en razón al duque de Atholl. —April había descubierto que la rubia era una mujer muy perspicaz y autoritaria sin proponérselo.

—¿Margot? —Seguía sin ver la conexión.

—Oh, sí, amiga mía. Tendrías que haber visto lo que ella le dijo a lord Londonderry. Lo regañó por haberse referido a ti como una aburrida solterona. —Aquello fue fantástico.

—¡No! Dime que Margot no hizo algo como aquello. —Estaba abochornada de que hubiese salido a la luz aquello…

—Sí, lo hizo y te prometo que se convirtió en una Furia y lo hizo retroceder ante sus gritos. —April se rio al rememorar esa escena.

—No podré mirar a la cara a lord Londonderry mientras viva. —Ruth Anne escondió el rostro entre las palmas de sus manos.

—Oh, no. Si el marqués te vuelve a contrariar le volveremos a azuzar a Margot. Londonderry verdaderamente la teme. No creí que ese engreído tuviese miedo a una mujer, pero cada vez que la ve ir hacia él huye como una perdiz asustada. —April rememoró la imagen y rio sin pudor—. Es algo digno de ver.

En ese momento se oyeron unos golpes en la puerta y Ruth Anne no pudo averiguar nada más. Ciertamente, no deseaba conocer más datos porque era humillante que supiera que ella lo había oído… ¡Qué vergüenza!

—Adelante —dio permiso Ruth Anne tratando de olvidar la historia con Londonderry.

La duquesa apareció y las encontró sonrientes.

—Celebro ver que estás mejor, hija mía.

Anne se acercó hacia las dos amigas y se sentó en la silla junto a la cama. Justo al lado que ocupaba April.

—Buenos días, madre. Lamento el espectáculo bochornoso que ofrecí anoche. —Se disculpó con humildad, pero satisfecha con el hecho de que su padre hubiera respondido de aquel modo. La miseria que la inundaba en su ser fue tal que no pudo comportarse como una dama y se desbordó.

—No te disculpes. El mal del amor debería ser capaz de excusarlo todo, ¿no crees? —La duquesa le sonrió con ternura.

—¿Ha cambiado padre de opinión? —inquirió con cautela.

—¿Sobre lo de dar tu mano en matrimonio a Atholl?

—Sí, dígame que no lo hará —suplicó la joven.

—La última noticia que tengo es que tu padre ha quemado el contrato. Me temo que el duque de Atholl se ha ganado la furia de Cass. No me gustaría estar en su pellejo. ¿Qué te hizo?

—Madre, sencillamente… Digamos que ese hombre me haría mortalmente infeliz. —No mentía.

—Hija mía, las relaciones entre un hombre y una mujer, sobre todo al principio de su matrimonio, son muy complicadas. Yo también tuve muchos problemas con tu padre —se sinceró.

—Madre. No quería decirlo, pero me obliga a confesar. —No era una niñería. Lo sucedido era muy grave.

—Confiesa, hija mía.

Ruth Anne se tomó unos minutos. No quería seguir calumniándolo. Incluso saber que él había asesinado su amor, no conseguía hacer que lo odiase.

—No, no quiero hacerlo. —Ruth Anne no quería decir nada a su madre sobre lo sucedido.

April se enfadó con ella y decidió tomar cartas en el asunto.

—Duquesa, me temo que el ya no prometido de Ruth Anne mantiene vivo el espíritu de su esposa, de tal forma que incluso él la había informado a ella de que no ocuparía la habitación de la duquesa.

—¡April! —regañó a su amiga por violar las confidencias. Aunque tampoco era como si Ruth Anne, la noche anterior, hubiese mantenido la boca cerrada. Recordaba vagamente lo dicho, pero estaba segura de que despotricó sobre él sin medida.

—Es la verdad. Se trata de tu madre y merece saber que ese hombre no es digno de ti

La duquesa suspiró.

—Tenía mis dudas cuando tu padre me dijo que había encontrado al hombre indicado para ti. Sabía que el duque de Atholl era viudo. Cuando tu padre comenzó a hablar de lo excelente marido que él había sido con su primera esposa… Debes comprender que el amor, cuando es sincero y puro, no puede olvidarse. Dios no lo quiera pero, si a tu padre le sucediese alguna cosa, yo no querría seguir viviendo. Amo a tu padre, Ruth Anne, con todas mis fuerzas. —En ese momento, la duquesa era una mujer enamorada confesando su amor a una amiga, no a su hija—. No creo que yo accediese a desposarme con otro hombre.

Ruth Anne se tomó unos momentos para analizar la reflexión de la duquesa.

—Lo entiendo, madre. Sé que él amó a su primera esposa. Y del mismo modo le digo que yo no le soy indiferente, pero se niega a

reconocerlo y no deseo un matrimonio sin amor. No puedo competir con otra mujer que ni tan siquiera respira.

Ruth Anne enrojeció y la duquesa supo que era el momento de cerrar el tema. No era tan progresista como para tener una conversación íntima con su hija. Cuando Rose Anne se casó, le costó una barbaridad explicarle lo que sucedía entre un hombre y una mujer en su noche de bodas. Saber que su hija mayor no era tan inocente como aparentaba no le sentó demasiado bien. No deseaba descubrir lo mismo sobre su pequeña.

—Bueno, señoritas, puesto que veo que ambas estáis de mejor humor, creo que sería conveniente que bajaseis… Hay un invitado al que tu padre le ha insistido en que se quede unos días con nosotros y que necesitará un par de guías para descubrir Londres.

La duquesa no confesaría jamás que ese hombre que había traído a su hija a casa era uno de los más corpulentos, apuestos y tentadores que había visto en toda su existencia. Ella ya no estaba en edad de pensar esas cosas, pero eso no implicaba que no fuese verdad.

Las dos comenzaron a reír. Ruth Anne le prometió al señor Rosenwood que le presentaría a sus amigas y, por azares del destino, su promesa iba a ser cumplida.

Tan solo esperaba poder ser capaz de mirarlo a los ojos porque, después de la entrada triunfal que tuvo en su casa anoche, él debería pensar que era una amargada, o algo peor.

***

Las semanas siguientes fueron muy animadas. El señor Rosenwood resultó más cautivador de lo que previó en un primer momento. Ni que decir tiene que se ganó el favor de April y Margot de inmediato.

Las tres jóvenes y él habían hecho muy buenas migas. Tantas, que incluso sus dos amigas andaban suspirando tras sus pasos. La familiaridad entre los cuatro fue muy patente, Duncan incluso las había autorizado a llamarlo por su nombre de pila. Ellas hicieron lo mismo, pero él insistía en que no era correcto.

El corazón de Ruth Anne parecía ir cerrando la herida, aunque dudaba de que llegase a cicatrizar en algún momento. Al menos durante el día había paz. Las noches eran un suplicio, pues los sueños desgarradores no le daban tregua. A veces él se le aparecía para declararle su amor y ella se tendía en sus brazos. Otras, su padre no había conseguido romper el contrato y ambos estaban casados en un matrimonio en el que era muy infeliz.

Además, estaba muy enfada consigo misma porque no conseguía dejar de amarlo. No quería convertirse en una mártir por amor, pero él había calado hondo en su ser. Fue su primer roce, su primer beso, su primera experiencia carnal. Con Barnaby descubrió el amor y fue también quien le rompió el corazón en mil pedazos. Y pese a que sabía que no debería preocuparse por el duque de sus sueños, no podía dejar de imaginárselo solo, encerrado en su casa con la única compañía de las pertenencias, los retratos y la escultura de su difunta esposa.

Trabajando en la soledad del jardín de su casa y disfrutando de la tranquilidad, pero con los pensamientos siempre con el duque de Atholl, Ruth Anne no se dio cuenta de que alguien la miraba desde la lejanía mientras se acercaba.

—*Milady*, al fin tengo ocasión de hablar con usted a solas. —Duncan se estaba volviendo loco porque en todas las semanas no había conseguido estar con ella sin presencia de nadie más.

—Si sigue usando mi título, no voy a poder llamarlo Duncan.

Le sonrió encantador. Ella estaba podando los rosales con sumo cuidado de no pincharse los dedos. Dejó de hacerlo en cuanto el caballero se acercó hasta su posición. El día había amanecido un poco caluroso y sentía que el sombrero le sobraba, pero no quería

que su piel quedase expuesta porque las pecas no eran demasiado estéticas, así que no osó quitárselo.

—Uno no llama por el nombre de pila a la hija de un duque —se excusó con humildad.

—¿Ni aunque la dama insista en ello? —rebatió ella con una sonrisa.

—Especialmente cuando la dama insiste. No es apropiado.

—Entonces me temo que habré de llamarlo señor Rosenwood de nuevo. —No iba a claudicar en ese aspecto.

—Soy un simple comerciante. Ser un sencillo señor con un apellido común implica estar en la escala más baja de la esfera social. No creo que suceda nada por llamarme por mi nombre si estamos en privado. Su amiga, la señorita Sunne, parece muy cómoda con ello. Y por descontado, *lady* Margot también.

—Por esa misma regla, ¿podría usted llamar por su nombre a April y dejar a un lado lo de señorita Sunne?

—Me temo que no. Pese a que su amiga no es hija de un lord, mi educación me impide no considerarla una dama —respondió con una brillante sonrisa.

—Es usted único, Duncan. —Tan impecable en sus modales y correcto en sus atenciones… Ruth Anne comenzó de nuevo a atender las plantas mientras él figuraba a su lado derecho.

El hombre le agarró las tijeras de podar para que ella se centrase solo en hablar con él.

—¿Y eso es bueno o malo? —quiso averiguar él.

Ella le sonrió.

—Le dije que triunfaría en la gran ciudad y creo que por lo pronto no he errado en mis suposiciones.

—¿Cree que estoy… triunfando? —preguntó asombrado. No creía que así fuera.

—April y Margot le adoran. —Sus amigas estaban prendadas de Duncan.

Él carraspeó. Esperaba que la muchacha se hubiese incluido en el paquete. Pese a ello, decidió seguir adelante.

—Como bien sabe, desde el principio le dije que soy un hombre de acción.

—Lo recuerdo, sí.

—No he querido hablar de lo que sucedió entre usted y… En fin, no me corresponde pedir explicaciones sobre lo acaecido con Atholl, aunque no negaré que deseo saber si usted es una mujer libre. En estos días en los que su padre me ha dado su cobijo y amistad, he podido descubrir en usted a una dama que me maravilla. Mis deseos y afectos no han cambiado.

Hubo un momento de tensión. Ruth Anne juraría que incluso había oído cantar a un pájaro mientras él hablaba sobre…

La joven respiró profundamente.

—¿Podemos hablar con franqueza, Duncan?

—Creí que éramos amigos. —Ella lo tomó como un «sí».

—Y lo somos, por lo que no me gustaría empañar dicha sana amistad que hemos desarrollado estos días.

Él suspiró. Lo dicho por la joven no sonaba alentador.

—Si lo que necesita es tiempo, le aseguro que puedo ser un hombre paciente.

Ella se tomó un momento para razonar su respuesta y elegir muy bien sus palabras.

—Duncan, usted vio lo que sucedió cuando regresamos a mi casa esa noche. No tiene sentido negar que algo muy desagradable sucedió con el duque de Atholl. —No diría más, pero era necesario aludir a este punto para explicar su proceder.

El hombretón dio un paso al frente.

—Si el duque la dañó, le aseguro que nada me impedirá ajustar cuentas con él. Todos sentimos la pérdida del duque cuando su hogar se incendió y perdió a su esposa. El duque de Atholl no se ha dejado ver nunca en público. Estoy seguro de que le incomoda que los demás vean la cicatriz. Siempre lo consideré un hombre arrogante y vanidoso —no hablaba con el herido orgullo, sino con conocimiento de causa—, así que no es de extrañar que el dolor por

la pérdida y la vergüenza de quedar marcado le hayan hecho ocultarse de la sociedad o de sus vecinos.

—El duque de Atholl no me ha causado mal. No al menos uno que pueda definirse como físico. Tal vez yo sea una mujer demasiado soñadora, puesto que al enterarme de mi compromiso con él, creí que ambos podríamos… —Ella sintió las mejillas arder.

—¿Está hablando de amor, *milady*? —se aventuró a preguntar.

La joven suspiró. Estaba tratando temas delicados con un buen amigo, trató de convencerse.

—El duque no es un hombre libre porque no ha olvidado a su esposa, y yo no soy una mujer libre porque no consigo olvidarme de él. Es ridículo, lo sé, porque yo lo culpo por no dejar ir a la duquesa de Atholl en paz y no soy capaz de seguir mi propio consejo. Es por ello que puedo entender lo que él siente en su corazón.

—La discrepancia que plantea en su razonamiento es totalmente diferente en ambos casos —rebatió él con tranquilidad.

—¿Por qué?

—Su esposa es un simple recuerdo al que él se afana en agarrar. Tal vez fruto de un amor verdadero, o tal vez fruto del miedo a volver a entregar su corazón y volver a perder lo que se ama. ¿No ha pensado que tal vez no sea un hombre valiente? Porque usted es tangible, está viva y al alcance de su mano, de ahí que su razonamiento no pueda ampararlo a él.

—Coincido en que hay muchas cuestiones a tener en cuenta, y que solo el duque de Atholl podría sacarnos de nuestro error —apuntó demasiado enérgica.

La postura de Duncan cambió por una más rígida.

—Bien, sabiendo que no se considera usted una mujer libre, permita que use mi atrevimiento y le pregunte si en caso de ser libre tomaría en consideración una proposición salida de este humilde servidor. —Era el momento de saber qué dirección tomar.

Ruth Anne lo miró con seriedad.

—Es usted un excelente partido y me es grato contar con su amistad.

Duncan se tomó un momento para digerir el elegante rechazo empleado.

—Comprendo. Supongo que no puedo culparla por seguir esperándolo —adujo de mala gana.

—Yo no estoy…

Él la miró con ternura porque no deseaba pelear con ella y Ruth Anne no pudo continuar con la frase. Frunció el ceño. ¿Esperándolo? Habían pasado largas semanas y no había dado señales de vida. Hubo de examinar su interior. ¿Se marchó ella del campo creyendo que la seguiría y se presentaría arrodillado y suplicando su perdón? Mentiría si dijese que su vanidad hubiese sido recompensada en caso de que el duque se presentase y le cantase las mil alabanzas… Lo malo era que… ¿cómo sabría ella si lo dicho por Barnaby sería de corazón o falsa palabrería dulce para hacerla caer en sus redes? Una vez casada, sería de su propiedad y entonces su padre poco podría hacer, porque a ojos de la ley ella le pertenecería, como lo hacían sus fincas, su fortuna, sus tierras y animales.

Tal vez fuese lo mejor dejar en el pasado lo que pudo haber sido y no fue.

Unos pasos que venían de atrás captaron la atención de los dos amigos. Se giraron y ella se quedó atónita con lo que estaba viendo. Tuvo la tentación de agacharse y volver a tirarse al suelo como hizo aquella otra vez, para que el hombre que se acercaba no la viese. Con Duncan a su lado fue imposible de ejecutar, y eso que estuvo tentada de agarrarle la mano y hacer que él se escondiese con ella. No lo hizo porque su amigo era tan grande que no había allí rosal, piedra o árbol capaz de ocultarlo de la vista de otro.

Ruth Anne se sintió nerviosa. Su corazón comenzó a palpitar con fuerza y sus mofletes se tiñeron de un rojo carmesí tan llamativo que las reacciones de ella no le pasaron desapercibidas a Duncan.

—Tal vez otros triunfen donde yo fallé estrepitosamente. Tenga buen día, *milady*.

En efecto, Duncan era un buen hombre, uno justo y sensato, pero un hombre al fin y al cabo y a ninguno le sentaba bien un

rechazo, por muy justificado que la dama creyese que pudiera estar.

Verlo tan contrariado le estremeció el corazón. Aun así, Ruth Anne no podía hacer otra cosa más que ser honesta. Era triste ver que alguien quisiera su amor y que éste estuviera empeñado en otra parte. En estos momentos comprendía un poco mejor a Atholl, pues el duque había sido franco al expresar sus deseos, unos sentimientos que la habían herido de muerte, pero que eran reales y honestos. No la engañó en ningún momento, fue ella la que se hizo ilusiones. Así pues, el duque debía comprender que Ruth Anne no quisiera entregar su corazón y su cuerpo a una persona que no quería su amor.

El marqués de Londonderry llegó hasta su lado y carraspeó para que Ruth Anne le prestase atención.

—Su señoría, ¿qué puedo hacer por usted? —le preguntó lo más seca posible.

—Bien… yo… —Ruth Anne lo veía mecerse hacia adelante y hacia atrás. Él estaba nervioso. En todos los años que lo conocía nunca lo había visto así. Es más, el marqués era de los hombres más seguros de sí mismos que había conocido.

—Le aconsejo que sea franco y no se ande por las ramas. No hay nada de lo que diga que pueda sorprenderme. —Ruth Anne nunca supo de donde salió tanta fortaleza y audacia, pero estaba satisfecha consigo misma.

En otra época, en otros tiempos, Ruth Anne no hubiese sido tan brusca, entre otras cosas porque, desde que inició la relación de amistad con su hermano, había mirado con ojos de corderito a ese que tenía ahora delante. Era un hombre muy apuesto, y lo peor era que él mismo era muy consciente de sus encantos. ¡Londonderry era todo un truhan!

Habían sido los rasgos angelicales los que una vez la cautivaron. Después de saberse enamorada del duque, comprendía que le chiflaban los hombres con aspecto endemoniado y que lo que tuvo con el marqués fue un encaprichamiento infantil.

—Quisiera pedirle perdón, *milady* —habló al fin.

Ruth Anne lo miró atónita. Esto no se lo esperaba.

—Acepto sus disculpas. —Intuía a lo que se refería. Margot era una buena amiga, pero no comprendía que salir en su defensa había hecho que Ruth Anne pareciese una pobre mujer desvalida por su humillación.

—Yo… En fin… No debí haber dicho de usted que era una solterona.

—He dicho que acepto sus disculpas. —No quería rememorar aquel suceso tan vergonzante.

—Tampoco debí haber comentado que era usted aburrida, poco atrayente y nada divertida.

—¿Es usted sordo? —Ruth Anne no comprendía cómo una vez estuvo tan cegada por su atractivo. Ese hombre era… ¿duro de entendimiento?

—También lamento enormemente haberla menospreciado en favor de su hermana. —Ya está, Londonderry había pedido perdón por todas sus ofensas. Esperaba que esa pequeña cosita llamada *lady* Margot lo dejase en paz de una santa vez. Esa muchacha se había convertido en la mayor defensora de la hermana de su mejor amigo. Esa pecosa rubia no lo dejaba ni a sol ni a sombra. Esperaba que con la disculpa, la hija de lord Burst se olvidase de él, de ahí que se hubiese empleado a fondo a la hora de exponer todas sus culpas. Odiaría pensar que *lady* Ruth Anne se quejase a su amiga y *lady* Margot volviese a increparlo o, peor aún, hacerle sentir muy, pero que muy culpable… Tanto, que estaba seguro de que había cometido un crimen con *lady* Ruth Anne.

—Ha sido la disculpa más extraña que he oído alguna vez —bufó ella.

—¿No ha sido correcta? Dígame lo que debo decir y lo haré, pero le suplico que no le cuente a su amiga *lady* Margot que no ha sido una disculpa sincera, por favor. —Esa muchacha chillona que lo increpó era demasiado… demasiado… ¡Todo!

Ruth Anne lo miró. Él verdaderamente parecía aterrado. Tendría que preguntarle a Margot qué había sucedido para que Londonderry,

un hombre al que no parecía asustarle nada, le diese pavor una jovencita tan inusual como Margot.

—Le disculpo y prometo no decir nada en su contra.

—Especialmente a *lady* Margot. —La conminó a incluir eso en la promesa.

—Especialmente a mi amiga, no se apure —concedió ella aguantando las ganas de reírse.

—De verdad, siento lo que dije, porque realmente estuve equivocado. Su amiga me hizo ver que no había mirado con atención lo que ante mí tenía. —Él le dio una mirada de arriba a abajo. Era tan inapropiado, pensó Ruth Anne—. Estuvo acertada. No sé por qué creí que… En fin… No es usted ni aburrida ni poco atrayente. ¡Ni una solterona! Tampoco tiene nada que envidiar a su hermana Rose Anne. —Bastian estaba siendo sincero. La mujer que se erguía ante él, con un sencillo vestido de paseo y que dejaba ver en nacimiento de sus pechos tras el delantal, se veía una hermosa doncella. No estaba al tanto de lo que había propiciado la transformación de Ruth Anne. O tal vez ella siempre fuese así y él no la descubrió… No tenía ni idea de cuándo ella fue una mujer apetitosa y él no la vio…

Ruth Anne suspiró. Tantas veces había repetido los insultos que una vez le propinó, que ya estaba pensando que Londonderry lo estaba haciendo a posta.

—Dejamos el tema zanjado de una vez. La que se lo suplica ahora soy yo. —Por Dios, que no hablase más.

—Sí, sí, está cerrado también por mi parte. Y para hacer las paces con usted quería invitarla a la fiesta que ofreceré en Manor Place. Será una entretenida fiesta campestre sin demasiados invitados.

—¡Oh! —Eso sí que no se lo esperaba.

—Por descontado están invitadas *lady* Margot —él tenía miedo de que ella se ofendiese si no la incluía en la lista y volviese a la carga— y la señorita Sunne. Cuento con su asistencia.

Londonderry le hizo una reverencia con la cabeza, a la que ella correspondió flexionando sus rodillas con gracia, y se marchó de allí

satisfecho por haberse quitado un peso de encima. Al fin la rubia lo dejaría en paz.

Pues una fiesta campestre a la que tendría que asistir… No tenía ganas de tener vida social más allá de las paredes de su casa de Mayfair. Ahora bien, comprendía que no podría enclaustrarse de por vida y que tarde o temprano tendría que enfrentar al mundo pero… ¡Pero no estaba preparada para hacerlo!

***

Y fue más temprano que tarde, cuando Ruth Anne se vio afrontando el horizonte. Ella se miraba en el espejo y veía a una mujer diferente reflejada en él. Se sentía más mundana, más segura de sí misma, con más experiencia en la vida… Y eso también era obra del duque de Atholl.

Barnaby. Su nombre aún salía de sus labios como si fuera terciopelo. Quería que ella se refiriese a él por su nombre y lo cierto es que disfrutaba cada vez que lo decía. Barnaby. Se sentía tan dulce al pronunciarlo… Si el duque hubiese tenido algo de esa dulzura…

Duncan le había insinuado que estaba por la labor de tomarla como esposa. Ella se había negado porque no quería a nadie que no fuese él. Barnaby, un hombre enclavado en el pasado. ¿Podría ser ella también culpable de aferrarse a un recuerdo?

¿Qué la diferenciaba de Atholl con respecto al posicionamiento que había tomado con Duncan? Ella consideró que el aspecto carnal suponía una diferencia abismal. Ruth Anne no sentía ningún deseo de besar, tocar, abrazar o dejarse hacer el amor por Duncan. El duque de Atholl sí le había transmitido cariño, ternura y lujuria cuando casi le hizo el amor. Cierto que no habían completado el acto… Si tanto deseaba su cuerpo como decía, ¿por qué no

aprovechó la buena disposición de ella y la hizo suya en aquel momento en medio del campo?

Era un hombre complejo. Ella no lo entendía. Ruth Anne sintió un amor arrollador. Descubrió que lo amaba, que era el hombre de su vida después de ese encuentro tan apasionado. ¡Él tenía que haber sentido algo más que liberación durante su interludio! ¡Tenía que sentirlo por ella! No era una piedra, era un hombre que una vez sintió amor.

Ruth Anne chasqueó la lengua. Estaba dándose unas esperanzas que no tenían cabida. El duque de Atholl se lo dijo: nunca la amaría. ¿Por qué diantres tenía que darle tantas vueltas a un imposible? Y lo más grave de la situación: ¿por qué seguía haciéndose daño ella misma al mantener la esperanza?

La pelinegra había repetido consciente e inconscientemente que él había matado su amor. Entonces, ¿no era hora de dejar de sentir amor por el duque? Era un demonio sin corazón. Sincero, pero un demonio. Pudo haber suavizado el golpe cuando ella le dijo a viva voz que lo amaba. ¿Qué importaba eso ya?

Todo había acabado. Él estaba lejos y ella podía seguir con su vida en Londres. Había recibido una carta de tía Ruthy donde la instaba a contar con su ayuda cuando la solicitase. La idea de viajar a Grecia que una vez la entusiasmó se le hacía ahora agria.

—Está lista, *milady*. —La doncella la devolvió al presente.

—Muchas gracias, Crissy. —Ruth Anne le sonrió. Le había recogido el cabello en un moño muy vistoso y la tiara que su madre le había cedido quedaba muy bien posicionada en la parte baja de coronilla.

Se levantó del tocador y ahuecó los bajos de su vestido de seda azul cielo. Llevaba las perlas de su madre y se sentía poderosa. Algo dentro de ella había cambiado.

—Si me lo permite le diré, *milady,* que nunca la vi tan hermosa. —La doncella le hizo una rápida reverencia y se marchó rauda y un poco sonrosada por su atrevimiento.

La maciza puerta de caoba no llegó a cerrarse porque su madre la sujetó.

—¿Estás lista, Ruth Anne? April y yo vamos a bajar ya. Los caballeros esperan. —Su amiga había accedido a quedarse en su casa cuanto tiempo hiciera falta, y no se había ido.

Era la primera fiesta formal a la que asistían desde que pasó el fatídico suceso. No se sentía con fuerzas de regresar a la temporada. Estaba asqueada y harta, pero como hija de un duque tenía compromisos que no podía demorar. Además, su invitado, quien también estaba residiendo en casa de Cass porque el duque no le había dado opción ni a negarse ni a marcharse, también continuaba viviendo allí y debía ser introducido en el círculo social. Ese hecho no le hacía ninguna gracia ni a Alexander ni a lord Londonderry. Pero Ruth Anne no estaba al tanto de esto último.

—Sí, madre.

Así fue como los duques de Cass, su hija, la mejor amiga de ésta, el señor Rosenwood, el hermano de Ruth Anne y Londonderry desembarcaron de dos carruajes para acceder a la fiesta que los condes de Denvery ofrecían a la alta sociedad.

Entraron y las presentaciones fueron hechas como marcaba la etiqueta. El señor Rosenwood hizo las veces de acompañante. Las cosas entre ambos eran aún un poco tensas, pero él se había disculpado por su salida de tono de la última conversación en el jardín. Tomaron ponche y departieron con algunos de los invitados. Ella se sentía observada. Muchos ojos sobre sí misma.

—¿Por qué me miran? —susurró más para sí que para su acompañante.

—La miran porque está usted preciosa. —Duncan le sonrió. Nunca tiraría la toalla cuando el premio era tan magnífico.

Ruth Anne se sonrojó por haber hablado en alto y por la contestación recibida.

—No lo creo. Yo nunca fui popular aquí, por lo que me inclino a pensar que pronto me convertiré en un escándalo mayúsculo. —Ruth Anne no podía sacarse de la cabeza el escarnio público que

supondría saberse que había estado prometida y que su padre había roto el acuerdo. Por muy duque que fuese Cass, sus relaciones en la élite londinense podrían verse reducidas o incluso anuladas.

Trató de calmarse. Su padre era un hombre muy poderoso, capaz de contener lo que se presentase.

—Me parece que está usted subestimándose, porque dudo que busque mis halagos. —Duncan volvió a terciar una sonrisa cautivadora—. Le dije en nuestro primer encuentro que *milady* es una dama con mucho encanto.

Estas largas semanas había nacido una complicidad entre ellos que Ruth Anne agradecía, porque nunca había tenido un amigo del género masculino. Pero más allá de una fraternal amistad, no había nada. Y eso la enfadaba todavía más, porque verdaderamente el duque de Atholl parecía haberla arruinado para el resto.

—Gracias —respondió Ruth Anne al cumplido.

—¿Me concedería el siguiente baile, *lady* Ruth Anne? —Una voz masculina sonó detrás de la pareja. Duncan y ella se giraron para ver el origen de la petición y el mundo comenzó a tambalearse bajo sus pies.

El peor de sus temores se acababa de materializar ante ella. Y en su primera salida social después de su regreso del campo.

Todo indicaba que el escándalo estallaría en cualquier momento. Él la había encontrado. Con qué fin o pretexto todavía no estaba claro, pero el duque de Atholl había regresado para seguir atormentándola.

Capítulo 8

El despertar de Barnaby

La visita que le había hecho tía Ruthy había dejado a Barnaby Jacobson muy trastocado. El duque se quedó sin palabras ante una adorable anciana que lo desarmó con una sencilla apreciación. La pariente de Ruth Anne había conseguido que él se pusiera en el otro lugar. Es decir, que viese las cosas desde el punto de vista femenino.

Era demasiado. La situación lo estaba superando. La culpa que sentía era muy pesada, ya no solo por estar faltando a la memoria de su difunta esposa o considerar que había traicionado a Phillipa poco antes de su muerte, cuando fue a Londres para satisfacer su apetito carnal con otra mujer.

La vida marital con su duquesa había sido tranquila, sin altibajos. Las situaciones con su prometida eran un circuito de carreras donde no se veía capaz de seguir manejando a los corceles que tiraban de las riendas.

Ruth Anne lo había despertado de un letargo muy largo. Se negaba a reconocer que por ella sentía… sentía… sentía… algo. En el primer contacto con la joven, aquel simple beso ocurrido en la casa de sus padres, ya se sintió despierto de un sueño que había durado demasiado.

Imaginarla con algún otro era algo desgarrador. De ahí que le dijese a Cass que era suya y de nadie más. Es por ello que cuando tía Ruthy le insinuó que hubiese podido ocurrir la historia al revés, es decir, que fuese ella la que albergase fuertes sentimientos por otro hombre mientras él estaba a su alcance… Todo se volvió negro cuando imaginó semejante suposición. Más allá del sentido de posesión, los celos lo envolvieron en la bruma de la desesperación.

Podía entender el disgusto de Ruth Anne, pero ella debía comprender que él había estado casado con anterioridad y no debía exigirle algo para lo que no estaba preparado. ¡Maldición! Se daba perfectamente cuenta de que había sonado como un lunático cuando le propuso ocupar una habitación que no era la destinada para la duquesa de la finca.

Él tenía tanto con lo que lidiar interiormente que ella debería ser paciente. Tal vez nunca tuviera amor para otra mujer, pero Ruth Anne podría tener al hombre de la lujuria para hacerla feliz… ¿Tan importante era el amor?

Y a todo ello, ¿cómo sabía alguien si había estado enamorado? Lo que sentía por Phillipa estaba algo olvidadizo. Cierto que la había idealizado desde que la perdió. Su propia casa era un mausoleo dedicado a su difunta esposa. En vida la amó y ella le correspondió, pero la relación con su esposa no fue ni de lejos esa locura que le hacía sentir Ruth Anne. ¿Qué significaría eso? Barnaby no quería contestar a esa pregunta, porque no estaba listo para enfrentarse a ese remolino de sentimientos que lo contrariaban como si fuese un jovencito inexperto.

¡Por Dios Santo! Él era un hombre hecho y derecho que en su día tomó la decisión de no volver a casarse. Había desistido de la idea de tener descendencia, porque eso supondría además castigar la memoria de Phillipa. Su esposa estaba frustrada por todas las veces que había tenido que permitirle hacer el amor porque no daban resultado. Oh, sí, las relaciones maritales entre los duques de Atholl eran únicamente con fines reproductores. Phillipa le había explicado

la incomodidad que le producían sus derechos como esposo y él las aceptó sin rechistar.

Pero cuando descubrió que había mujeres que se divertían con el acto carnal estuvo perdido. Y todo se fue al garete cuando Ruth Anne comenzó a ser arcilla entre sus manos mientras la besaba, la acariciaba y la hacía gemir de puro placer.

Era increíble cómo todo adquiría un nuevo sentido. Barnaby había empleado sus propias manos para contribuir en la reconstrucción de la casa después de que ésta fuese pasto de las llamas. Aquello fue productivo, pero nada tenía que ver con el orgullo pleno y satisfecho que sintió cuando Ruth Anne alcanzó el clímax con su boca en su húmedo sexo. El león rugió dentro de él. Sí. Había hecho esa proeza y era una muy grande, porque fue sublime ver la cara de felicidad y satisfacción de una Ruth Anne desaliñada que se le echó encima para agradecerle sus caricias.

Y entonces fue cuando llegó el recuerdo de su esposa muerta. Phillipa… Ella siempre estaría recordándole lo que no fue su relación y la culpa se iba afianzando en él como una losa pesada que se hundía en el río. Y estaba enfadado consigo mismo por permitir que el desasosiego empañase el maravilloso momento que vivió con Ruth Anne a plena luz del día y bajo aquel árbol. Le había confesado que lo amaba y él había preguntado si había sido de otro…

Y todo se tornó más complicado cuando llegó a su ducal casa para mostrársela. Barnaby comenzó a comprender que instalar a su nueva esposa en su hogar haría mella en el recuerdo de Phillipa. Y una vez más acabó pagando la culpa que sentía con Ruth Anne.

No tenía ni la menor idea de qué hacer o decir para disculparse con Ruth Anne. Phillipa no estaba y de él dependía dejarla marchar para tratar de comenzar a vivir. ¿Se merecía ser feliz mientras su esposa descansaba soterrada? El duque no tenía la contestación a esa pregunta. Pero tía Ruthy tenía razón, el buen Dios debía tener un plan para todos. No se consideraba a él mismo como un hombre excesivamente espiritual, pero sí estaba convencido de que había un

ser superior que tejía el destino de los hombres. Los mismos griegos idearon a sus dioses paganos para dar sentido a sus circunstancias.

Entonces, bajo esta premisa, ¿cuál era su destino? Tampoco tenía la respuesta.

Eran complicaciones que tenían que comenzar a ser resueltas por el principio. No sabía dónde le llevaría el camino, pero estaba dispuesto a comenzar con una disculpa. Había sido brusco con Ruth Anne, y no solo en lo referente a las cosas que en su casa había de Phillipa, sino que había acusado a su prometida de haberse entregado a un hombre. ¡Pero es que ella era perfecta! Demasiado… ¿Cómo hacían el resto de los hombres de la gran ciudad para no comérsela con los ojos?

Había tenido suerte de que esa belleza estuviera aún libre para desposarse con él. No entendía el motivo. Ruth Anne era muy bonita, era fresca como una rosa bajo el rocío de la mañana, apasionada, con una mente ágil y no temía enfrentarse a él cuando algo no le parecía correcto o justo.

Con esos pensamientos estuvo debatiendo un par de días, hasta el momento en el que decidió adecentarse para ir a casa de tía Ruthy. Primero se disculparía y luego le haría ver la necesidad de darle tiempo para habituarse a su nueva situación como prometido. Estar en ese nuevo estado había supuesto que su ordenado mundo se fuera al traste, y de ahí que se sintiera un patán. Podrían tener un cortejo largo y ver hacia dónde conducía todo aquello. ¡Necesitaba tiempo! Tiempo para comprender, para averiguar…

Por descontado, antes de marcharse hacia la casa de tía Ruthy tuvo que hacer una parada frente a la tumba de su esposa. Delante de los restos mortales de Phillipa, le pidió perdón por no haber sido un marido mejor y por no haber podido salvarla. Eso era algo que hacía habitualmente cuando visitaba su tumba. Lo que resultó nuevo fue pedirle permiso para iniciar una vida. Le relató lo especial que lo hacía sentir Ruth Anne, cómo había hecho que él quisiera más, que no pudiera conformarse sencillamente con respirar, dormir y comer. Le pedía sus bendiciones para tratar de ser feliz. Le solicitaba que lo

liberase de la culpa que se achacaba por no poder ser indiferente a Ruth Anne.

Con el corazón en la mano, él, Barnaby Jacobson Joseph, duque de Atholl, se confesó con su esposa sobre los fuertes sentimientos que palpitaban en su pecho cuando pensaba en Ruth Anne.

Después de hablar, miró al cielo. Respiró profundamente y se sintió un poco más ligero. No iba a poder desembarazarse de cuatro años de soledad, pero aquello se asemejaba a un principio. Y no a uno cualquiera, sino a un buen inicio.

Con el alma un poco menos oscura, Barnaby puso rumbo hacia su destino: hacia Ruth Anne.

Algo no iba bien. Lo supo en cuanto puso los pies en la casa. El mayordomo lo miró de forma extraña. Charles siempre lo había tratado de forma elegante, pero un poco familiar. Tenía una mirada censuradora, como la que exhibió tía Ruthy cuando días atrás había ido a darle una charla que buena falta le hizo.

Lo invitó a entrar en la salita de recibir visitas aludiendo a que iba a llamar a la señora de la casa. No dijo que iba en busca de Ruth Anne, como él había solicitado, y eso le dio un mal pálpito.

Media hora después, apareció tía Ruthy. Ese retraso que la anciana había empleado era un castigo. Él lo sabía y no iba a quejarse por ello. No estaba en disposición más que de mostrar humildad frente a una señora a la que le unía una relación muy longeva y cordial.

—Buenos días, tía Ruthy. —Se levantó de la coqueta silla sobre la que se encontraba para mostrar respeto.

—Excelencia, ¿qué le trae a la casa de la vieja tía Ruthy?

—¿Con sinceridad? —Pidió el duque autorización para hablar con franqueza.

—Se lo agradecería, más teniendo en cuenta que en nuestra última conversación traspasamos los límites de la amistad y nos metimos de lleno en los de la familiaridad. ¿No le parece, excelencia?

Barnaby esbozó una sonrisa tímida. Esa mujer siempre lo había tratado como a un niño dándole su guía y su consejo.

—Me temo que así fue. Me ha dado mucho en qué pensar estos pasados días. Como siempre, es usted una fuente inagotable de sabiduría.

—Me halaga. Pero ya sabe lo que dicen, sabe más el diablo por viejo que por diablo. —La mujer se rio discretamente para tratar de aligerar el pesado ambiente que se cernía sobre la habitación.

—Me gustaría hablar con mi prometida. Le aseguro que no pretendo disgustarla —expuso decidido a dar el gran paso.

—Su prometida… —repitió la anciana algo acalorada.

Él se tensó.

—Hasta donde yo sé, *lady* Ruth Anne es mi prometida…

—Verá, excelencia, mi niña se marchó a la ciudad hace unos días.

—¿Cuándo? —No debería sorprenderse. Él no estuvo en sus mejores momentos. Eso era una contrariedad.

—No hace falta que le diga cuándo se marchó, porque usted mismo debe figurárselo —contestó ella con una ceja sardónica levantada.

—Supongo que no lo hice nada bien. —Él había meditado largo y profundo sobre su actitud y decidió que lo había hecho todo mal con la dama.

—Me temo que así es y que el problema es aún mayor.

—¿Tan enfadada está la dama? —No necesitaba confirmación, él lo suponía.

—Ruth Anne es una muchacha de corazón bondadoso, estoy segura de que la herida se cerrará. No se lleve un engaño, usted ha jugado con las ilusiones de una mujer enamorada y le ha partido el alma.

—¿Entonces cree que ella será capaz de perdonarme y ser paciente conmigo? —quiso averiguar con esperanza.

—Eso solo ella lo sabe. El mayor de sus problemas es el padre de la joven. Ya le dije que mi muchacho, el duque de Cass, no iba a tomar a bien un disgusto de su hija. Y que ella se presentase en

medio de la noche en su casa… Era del todo lógico que el padre quisiera averiguar el motivo que contrarió a su pequeña. Me temo que el disgusto de Ruth Anne le habrá hecho soltar la lengua a la muchacha y dudo mucho de que lo haya dejado a usted en buen lugar.

El corazón de tía Ruthy aún se estremecía cuando ella se abalanzó a sus brazos contando lo que Atholl le había dicho… Y sabía que Cass era un padre muy protector.

—Comprendo lo que dice, pero el duque y yo tenemos un acuerdo en firme. No hay nada que pueda impedir que siga siendo mi prometida.

Tía Ruthy lo miró fijamente.

—¿Está seguro de ello, su excelencia?

—Lo estoy —señaló él con suma convicción. Nada ni nadie le iban a robar a la mujer con la que quería desposarse. Ruth Anne iba a tener que ayudarlo a superar sus miedos, temores, manías y culpas, porque esa muchacha de ojos de gata se había metido bajo su piel y no deseaba, ni podía, sacarla de ahí.

—Entiendo que va a ir tras ella.

—Es lo que voy a hacer, sí.

—¿Cómo pudo decirle todas esas cosas si se ve a simple vista que es usted un hombre enamorado? —La mujer tiró de osadía para decir lo que verdaderamente pensaba.

Barnaby cruzó las piernas por las pantorrillas y se sujetó las manos en su regazo. Estaba analizando muy certeramente la afirmación de la anciana, mientras la percibía observado sus gestos y su reacción.

—Amor —susurró—. ¿Qué la impulsa a decir que ve a un hombre enamorado?

—Lo he visto desde esa ventana —la anciana señaló esa parte de la casa que figuraba a su derecha— desde hace cuatro años. Lo veía montar a caballo y una nube gris parecía envolverlo. La primera vez que llegó a mi casa sosteniendo a Ruth Anne en sus brazos, mostrando una preocupación real, vi que el hombre gris se había

esfumado. Sus ojos, su rostro irradiaba otro tipo de gesto. No malhumorado, no cansado, no gris. Todo fue cobrando sentido cuando se presentó día tras día insistente y malhumorado porque ella se negaba a recibirle. No hay nada más que una negativa para despertar aún más el interés de un hombre. Fui una tía negligente cuando le permití acceder por la fachada de la casa a la alcoba de Ruth Anne. Pero me fue imposible interponerme en el camino de una bonita pareja enamorada. No me mire así de escandalizado. Ya le dije que yo también fui joven en su día. Además, sabía que usted no era un pícaro y que tarde o temprano haría lo correcto. Lo que no imaginé es que ustedes ya estaban prometidos. De haberlo sabido, tal vez no le hubiese presentado a Ruth Anne al señor Rosenwood.

—¿Orquestó usted también eso de las flores y el cortejo que él parecía estar iniciando? —A estas alturas ya nada le sorprendía. El duque estaba admirando a esa afable anciana que parecía creer realmente que él estaba enamorado de la joven.

—Ruth Anne es una mujer muy bonita. Ella sola se aseguró un pretendiente tan atento.

—Atento —repitió con ira contenida.

—Tan atento que le sirvió de escolta a la dama para regresar sana y salva a Londres en plena noche. Tan atento que ha aceptado la invitación de mi muchacho en su casa para asegurarse de que nuestra Ruth Anne esté bien. —La anciana había recibido una misiva de puño y letra de su sobrina donde le informaba de todos los pormenores. La muchacha parecía tan desdichada a través de las letras… Tanto o más de lo que parecía el duque de Atholl en estos momentos.

Y lo vio apretar los puños y los dientes. Tía Ruthy disfrutó en demasía por haberle dado un castigo. Él se merecía un poco de sufrimiento por haber hecho daño a Ruth Anne.

—Supongo que tendré que marcharme a Londres. —Él se levantó. La anciana le agarró la mano.

—Si cree que puede hacerla feliz vaya, tiene mis bendiciones. Si por el contrario no se ve capacitado para ofrecer lo que necesita,

déjela libre. Ruth Anne no es como Phillipa. Ella está llena de sentimientos y de amor. Una vida vacía la destrozará.

Él cuadró los hombros.

—¿Insinúa que Phillipa no fue feliz?

Tía Ruth negó con sutileza al tiempo que le ofrecía una sonrisa sincera.

—Lo que digo es que si bien la duquesa de Atholl era una mujer serena, correcta, digna de ser toda una duquesa respetada porque su educación se basó en las estrictas normas convencionales, Ruth Anne se caracteriza por tener un instinto muy curioso. No es conformista, ya lo ha visto usted mismo en sus propias carnes, y sospecho que su pasión puede ser arrolladora. Si usted no es el tipo de hombre que se ve capaz de abrirle las puertas de la vida de par en par, déjela marchar, por el bien de ambos.

—Confieso que no sé en qué punto estoy ahora mismo. Pero lo que sé, más cierto que el cielo es azul, es que soy incapaz de apartarme de ella.

—Entonces le deseo suerte y le recomiendo encarecidamente que posponga todo cuanto pueda su viaje a Londres.

—¿Por qué debería hacer eso? —Él no podía quedarse quieto.

—Porque las aguas deben estar revueltas y es necesario que se apacigüen. Ruth Anne necesita un poco de tiempo para comprender que el amor por su esposa no va a ser un lastre para ella, algo que estoy segura de que usted se afanará en asegurarle para convencerla. Mi muchacho tiene que serenarse para no cometer una temeridad cuando lo vea. Y usted mismo necesita más tiempo para comprender los sentimientos que alberga por Ruth Anne. Crea a la vieja tía Ruthy, es mejor que todos se den un tiempo.

—¿Sabe si el señor Rosenwood planea regresar pronto al campo? —Esa era una preocupación que no podía salir de su mente.

—No estoy segura de que lo haga. ¿Podría usted culparlo si decidiese prolongar su estancia en casa de Cass todo cuanto pudiera?

—Maldición. —Se le escapó sin ser consciente.

Tía Ruthy comenzó a reír.

—Un hombre enamorado y celoso, mala combinación. No querría estar en su pellejo en estos momentos, excelencia.

Y Barnaby se marchó con el semblante molesto.

La cosa se iba complicando a cada rato, y pese a que no se veía con la labor de quedarse quieto y a la espera de que la cosa se tranquilizase, se obligó a permanecer en su casa para poner en orden sus ideas.

***

Las semanas se sucedieron lentas y agonizantes, donde las palabras de tía Ruthy sobre enamoramientos lo mantenían perturbado. No sabía, no alcanzaba a saber si la anciana tenía razón. Algo en su interior había cambiado, ¿pero cómo descubrir lo que era?

Con sentimientos encontrados se trasladó a Londres, donde se descubrió como un espía de su dama en los primeros días. No sabía cómo afrontar la situación. Contemplarla trabajar en el jardín la mayor parte del tiempo le daba una tranquilidad inmensa. Pero saber que Rosenwood estaba pululando a su alrededor… Los celos se lo llevaban a los infiernos. Y más cuando su ahijado también estaba, para su gusto, demasiado tiempo en la casa de Cass. Comprendía que era el mejor amigo del hijo del duque, pero…

Y una noche todo se complicó. Después de un tiempo analizando el mejor modo de invadir la casa de Cass para tratar de hablar con ella en la intimidad, una sombra captó su atención cuando estaba a punto de iniciar la escalada por un frondoso árbol que esperaba que aguantase su peso.

Era una mujer la que había salido cubierta con una capa negra y portando una máscara en su rostro. La vio ir hacia un carruaje de alquiler que la esperaba una calle más abajo. No tuvo más remedio que seguirla a toda prisa.

El carruaje que iba por delante del suyo hizo una nueva parada para recoger a otra mujer ataviada del mismo modo que la primera. Ambas iban además con el pelo suelto, algo del todo inapropiado. Barnaby comenzaba a inquietarse. ¿Qué tramarían esas dos?

Conducido por la curiosidad, decidió seguirlas sin perderles la pista para ver lo que ellas se disponían a hacer. Y cuando las vio meterse en la misma fiesta privada de la que una vez quiso apropiarse de Ruth Anne… Lo peor de todo es que ellas entraron sin invitación. Eso sin contar que el hombre de la entrada ya parecía conocerlas, porque las saludó y les abrió la puerta sin preguntar su nombre.

Por su parte, a Barnaby le costó un buen soborno poder acceder al interior del club. Tuvo incluso que identificarse y mostrar una tarjeta para que le cediesen el paso sin invitación. Suerte que su título servía en estos lares también.

Rápidamente la buscó por el interior. Divisó a las mujeres entregando sus capas al fondo del recibidor. Ninguna de las dos era la que buscaba. Una era pelirroja y la otra rubia. Se acordaba de ellas porque ya las había visto en ese mismo club, más de la pelirroja que era la que había divisado en casa de Ruth Anne durante la última semana. Esas dos eran las mejores amigas de su dama y no tramaban nada bueno. Su honor protector lo impulsó a no desentenderse.

Inspeccionó el lugar. Todas las damas iban con el pelo suelto, por lo visto era la diversión de la noche. Los hombres vestían sin sus camisas y maldijo cuando una mujer se acercó para solicitar su chaqueta, su chaleco y su camisa. En medio de la sala se quedó con el torso descubierto. En su fuero interior, no obstante, admitía que no le importaría que fuesen las damas las que estuvieran a medio vestir…

Decidió mantener las distancias porque en esa ocasión no había podido conseguir una máscara que le diese cierta privacidad. Las vio ir hacia la mesa de las cartas y comenzar a jugar. No se les daba nada mal aquello.

Gracias al cielo que ellas no se habían adentrado en el gabinete contiguo, porque lo que vio allí lo dejó petrificado. Una mujer completamente desnuda mantenía sujeto por un par de cadenas colgadas al techo a un hombre encapuchado. Él también estaba completamente desnudo. La mujer estaba, fusta en mano, arreándole con ganas al pobre, y éste, en vez de pedir que ella lo dejase en paz, pedía más… En todos sus años no creyó que algo como eso pudiese suceder. Estaba escandalizado. ¿Cómo habían podido esas dos muchachas pasar por delante de semejante escena y no salir echando chispas del lugar? En honor a la verdad, ellas parecían muy cómodas con todo lo que allí sucedía.

Iba andando con el torso desnudo y, de pronto, no lo encontró tan vergonzante. Entre otras cosas porque las mujeres parecían no fijarse en su rostro, sino que admiraban su musculatura. Era un hombre sano que siempre se había mantenido en forma. Parecía que a ellas les gustaba lo que veían… De pronto, su autoestima comenzó a crecer.

Tan inmerso estaba espiándolas que no se vio venir a sus brazos una mujer de pelo negro, alta y voluminosa, bastante lozana.

—Disculpe, milord —se excusó ella sin mucha vergüenza. Él incluso diría que lo había hecho a posta.

—Ha sido culpa mía —la exculpó como buen caballero.

—No he podido dejar de admirarlo desde que ha entrado. —Se fijó en ella y, ciertamente, la veía mirarlo con un brillo en los ojos que él identificaba a la perfección. Por lo visto, su fea cicatriz no había disuadido a la mujer para que se alejase. Su torso debía ser de su agrado…

Barnaby admiró a la mujer. Era ciertamente resultona, se veía fogosa.

—¿Y cuál es su impresión después de verme de cara? —Nunca ninguna mujer había coqueteado con él. Se sentía un poco perverso y quería ver la reacción de esa mujer después de que se fijase en su laceración.

Ella se abalanzó sobre sus labios en un gesto audaz que lo pilló desprevenido. Barnaby no se lo podía creer. Correspondió al beso en busca de algún tipo de señal. Aún era un hombre libre y, bueno… era un hombre con necesidades. Tal vez esa extraña pudiese…

Pasados unos minutos, y al ver que nada en su cuerpo se removía, decidió separarla con suavidad.

—Me honra su interés, *madame*, pero me temo que este caballero no sería una buena compañía esta noche.

Ni corta ni perezosa, la mujer se bajó el frontal del vestido y mostró descarada y satisfecha sus dos atributos.

—¿Está seguro de ello? —Barnaby contempló esos manjares que libres se le presentaban y decidió que, si bien eran apetecible, no tenían absolutamente nada que ver con los que él codiciaba. Los de su dama eran muy plenos, con unos pezones desarrollados y rosados que lo tenían sediento. Esos no estaban mal pero… No eran los que se le antojaban.

—Sin lugar a dudas es usted deliciosa, pero me temo que no soy el hombre que anda buscando. Por favor, no se ofenda.

No le dio tiempo a más porque de inmediato vio que las dos brujas a las que estaba vigilando estaban teniendo problemas. Dos hombres a cara descubierta, que él no conocía, estaban asediándolas. Cada uno había agarrado por el brazo a la otra y ellas trataban de defenderse. Las tenían contra la pared y estaban comenzando a manosearlas. Por supuesto, los hombres también estaban a medio vestir y decidió que no eran nada del otro mundo. Eran comunes. El duque estaba más fuerte que ambos.

¿Cómo se les ocurría a ellas venir a un lugar como éste? Y más sin protección. Masculló una maldición y se encaminó a pararles los pies a dos hombres que las miraban codiciosos, como si hubiesen descubierto un tesoro.

—Disculpen, caballeros, pero me temo que las damas han dejado muy claro que no desean su compañía. —El duque de Atholl se puso a un lado de los cuatro.

Vio que la pelirroja lo miraba de hito en hito y, cuando divisó su cicatriz, exclamó un «¡oh!» muy característico.

—En efecto, les estábamos diciendo que estamos esperando a nuestros acompañantes —expuso enérgica la rubia. Para ser tan poca cosa esa mujer se veía muy autoritaria en su actitud.

—Esto no es asunto suyo —le escupió aireado el más alto de los dos hombres. El otro pareció haber comprendido que el duque no se lo iba a poner fácil y había soltado a la pelirroja. Incluso parecía que iba a proceder a la retirada. Error. El hombre más menudo levantó el puño y le asestó fuertemente en la cara un golpe que dolió infinitamente.

Sin tiempo para quedarse parado, el duque de Atholl lanzó un derechazo a ese que había osado golpearlo, y de la fuerza lo dejó tirado en el suelo. Acto seguido se giró hacia el segundo hombre y le asestó con la zurda. El rival se defendió, pero él esquivó con la diestra el golpe y contraatacó con dos certeros puñetazos que dejaron al alto al lado de su amigo.

—Sigo fresco como una rosa. Si queréis más estoy dispuesto —los amenazó con fiereza el duque.

La muchedumbre se había apartado creando un corrillo y vitoreando al ganador de la improvisada pelea. Las dos mujeres lo miraban con la boca abierta. Las vio recuperar el sentido y comenzar a andar. Las dos brujas no se iban a ninguna parte. Ese ambiente era demasiado peligroso. Las agarró de sus brazos y tiró de ellas. Justo en ese momento, un hombre más grande que él, tiró de Atholl por el hombro. Cuando se dio la vuelta, vio que era el hombre que le había dado el acceso a la fiesta.

—Me temo que he de pedirle que se marche —le dijo el que parecía ser responsable en el lugar.

—Lo comprendo, pero estas dos mujeres se vienen conmigo.

—Eso no depende de mí. Las damas son libres de hacer lo que se les antoje en este club —le indicó el hombre que no lo soltaba.

—Eso no será un problema —tomó la palabra el duque— ¿verdad, señoritas? —Levantó una ceja ducal y ellas supieron que no debían negarse a su petición.

—No —canturrearon al unísono.

—Ahora, si es tan amable de facilitarme el resto de mi ropa, podremos marcharnos —pidió Barnaby sin dejar de mirarlas.

—Acompáñeme, por favor. —El hombre encargado de la seguridad de la fiesta miró a los otros implicados en la pelea—. Ustedes también están fuera de la fiesta por esta noche. Si vuelven a causar otro altercado no podrán acceder nunca más al club, ¿comprendido? —preguntó a los dos hombres y al duque.

Los tres asintieron. Atholl no iba a regresar, así que le daba igual.

El duque, con ellas aún sujetas del brazo, comenzó a ir hacia el recibidor. Allí le dieron sus enseres. Comenzó a vestirse bajo la atenta mirada de sus improvisadas protegidas, teniendo que soltarlas para ello. Las dos brujas se habían separado de él lo suficiente para compartir confidencias y que no las escuchase.

—¿Lo has reconocido, Margot? —preguntó April a su compañera de travesuras.

—Es un hombre impresionante… ¿Lo habíamos visto antes en el club, April? No lo creo, porque estoy segura de que lo recordaría. —La rubia no podía apartar la mirada del pecho musculoso de él.

April chasqueó la lengua.

—Si dejases de mirarlo donde lo estás haciendo y te centrases en su rostro verías quién ha sido realmente nuestro salvador —la regañó la pelirroja.

La rubia, a regañadientes, dejó de observar esos magníficos pectorales y esa fina línea de vello viril que allí había para mirarlo. Cuando vio la cicatriz el mundo se le cayó a los pies.

—¡Cielo Santo! Es él… —Margot dio un paso hacia adelante dispuesta a explicarle algunas verdades. Desde que se había

enterado de lo que ese odioso le había hecho a su amiga se moría por tenerlo enfrente.

Al ver su intención, April la frenó.

—No lo hagas, recuerda que Ruth Anne no tomó a bien que la defendieses de lord Londonderry. Eres demasiado impulsiva. Pese a que la honorabilidad y lealtad mueve tus actos, no debes hacerlo.

—Pero se merece que le demos una patada en su ducal trasero. —Transitar por ese lugar inapropiado había sido revelador, tanto en las acciones como en la incorporación de nuevas palabras malsonantes.

April se giró. A estas alturas no debería sorprenderle nada de lo que Margot dijese o hiciera, pero debía confesar que seguía asombrándola a cada momento.

—No negaré que se lo merece, pero no podemos castigarlo, se ha enfrentado a dos hombres para defendernos —razonó April.

—Jerry nos habría socorrido —dijo refiriéndose al hombre que custodiaba el buen funcionamiento del club.

—Puede ser, pero si él hubiese llegado un poco más tarde, bien sabe el Altísimo lo que nos hubiera podido suceder.

—La culpa es de Londonderry y de Albans, ellos dos ya deberían haber llegado.

—Esos dos tarambanas habrán encontrado una distracción mejor de lo que somos nosotras. Te dije que no debíamos hacernos ilusiones… —April suspiró. No tenía caso arrepentirse de ello.

—Señoritas —dijo el duque mientras se acercaba a ellas después de colocar todas sus prendas en orden—, recojan sus capas y salgamos de aquí. Las llevaré a sus casas.

Los tres salieron en silencio. Ellas no rechistaron. Cuando estaban a punto de poner un pie en la calle, entraron dos hombres también a cara descubierta que comenzaban a desembarazarse de sus chaquetas. El duque de Atholl maldijo por lo bajo. Los recién llegados centraron su atención en ellas y las miraron de un modo nada apropiado. Se apresuró a ponerles la capa, pero fue inútil. El hijo del duque de Cass y su ahijado ya las habían visto.

Bastian iba a encararse con el hombre que al parecer se disponía a sustraer a esas dos bellezas cuando se quedó lívido por la sorpresa.

—¿Atholl? —Le salió como un graznido

—Al fin le pongo cara al miserable que ha hecho sufrir a mi hermanita. —Alexander dio un paso al frente y se colocó delante de él—. Diría que es un placer, pero no me gusta mentir.

—¿Mi padrino es el hombre que tiene a Ruth Anne en ese estado? —Bastian no entendía nada.

—Es un secreto —le indicó Alexander a su amigo—. Mi padre la comprometió con él, pero el duque de Cass ha decidido romper el contrato. Él no la merece —le escupió a la cara mientras miraba a las dos mujeres que se habían escondido tras el duque.

Ese hombre no merecía a alguien como Ruth Anne si se presentaba en Londres, y en vez de ir tras su hermana se metía en una fiesta en busca de dos mujeres a las que ambos les habían echado el ojo desde hacía ya tiempo. Eso le recordó el motivo por el que él y su amigo estaban ahí.

—No se irán a marchar tan pronto, ¿verdad, señoritas? Y menos con esta compañía. —El conde de Albans no iba a consentirlo.

El duque miró a su ahijado.

—Bastian, harás bien si dejas de ser un calavera y te centras en buscar esposa. He recibido una carta de tu abuelo. El viejo duque no está contento con el hecho de que aún no hayas acudido a su casa a presentarle a tu futura esposa. Amenaza con cortarte los fondos, e incluso ha hablado de desheredarte. Por tu bien, te aconsejo que pongas remedio de inmediato.

Sin tiempo para más, el duque de Atholl volvió a agarrar a las dos mujeres y se dispuso a salir de allí. Lord Albans dio un paso adelante. El duque lo miró con una ceja levantada y Alexander no pudo más que hacerse a un lado.

Se metieron en su carruaje.

—Ni se les ocurra huir. —Las avisó cuando cerró la portezuela.

El duque fue directo hacia el lugar donde ellas habían dejado el vehículo de alquiler, pagó al cochero y regresó.

—¿Tienen alguna excusa que explique su presencia en un lugar de pecado? —inquirió con reprobación Barnaby. Si creían que sus máscaras las iban a proteger de él, ellas estaban soñando.

—Nadie nos ha reconocido ninguna de las veces en las que hemos asistido. —April se tapó la boca, no debió haber dicho eso.

—Yo sé que son las amigas de Ruth Anne, las recuerdo de la primera vez que las vi en ese mismo lugar. Y deduzco que saben quién soy yo. ¿O me equivoco?

—Usted es Atholl —tomó la palabra Margot—, el miserable que ha arruinado la vida de nuestra querida y adorada amiga. —Pese a que sabía que hablaba con un duque que podría acabar con su reputación en el acto, no titubeó a la hora de hacer la reclamación.

April rodó los ojos.

—¡Margot! Habíamos quedado en que no harías algo como lo que acabas de hacer —habló la pelirroja.

La muchacha se giró para mirar a April.

—No he podido evitarlo, se merece los azotes que esa mujer estaba dando al hombre en el club. —El duque volvió a maldecir. Esas dos eran muy peligrosas.

—¿Que se traen con lord Albans y Londonderry? Dos mujeres honorables como ustedes… Están jugando con fuego con esos dos pícaros. —Decidió cambiar de tema porque era lo mejor.

—Pícaros puede ser —habló de nuevo Margot—, pero son zoquetes. Ninguno sabe de nuestra identidad —expuso orgullosa la rubia.

—¿No saben quiénes son ustedes? —El duque comenzaba a pensar que esos dos sí eran cortos de entendimiento.

—En efecto. ¿Cómo es que usted lo ha averiguado? —indagó April.

—Yo la he visto salir de casa de *lady* Ruth Anne. De ahí que no conozca su nombre, pero sí la relación que la une a mi prometida. Del mismo modo, recordaba a una mujer con el pelo dorado como el

sol la primera vez que las vi en el club, como bien he dicho hace unos minutos.

—¿Qué hacía tan tarde merodeando por la casa de nuestra amiga? —preguntó con recelo April, obviado sus acusaciones.

—No me reprenda y dé gracias a que la he visto salir en la oscuridad y haya pensado que era *lady* Ruth Anne. —Las tuvo que regañar.

—Estamos agradecidas, pero del mismo modo le digo que hará bien en no tomar a Ruth Anne como su prometida. Me temo que estamos al corriente de todas sus faltas con nuestra amiga. Y no somos las únicas, el duque de Cass está seriamente agraviado. —Margot no tenía ningún temor a la hora de expresarse.

April le dio un ligero codazo a la rubia. ¡Margot hablaba demasiado!

—Comprendo. —Él se removió en su asiento. Sus mayores preocupaciones se habían materializado. Intuía perfectamente lo que había comentado la rubia.

—En cuanto a sus salidas nocturnas, ¿puedo saber si *lady* Ruth Anne…? En fin, ¿si ella…? —No sabía cómo preguntar si también estaba implicada en los delitos que esas dos brujas estaban cometiendo, según él, con asiduidad. Se las veía muy cómodas en el club, por lo que estaba seguro de que ellas habían ido más veces allí.

—Oh, no, Ruth Anne no ha tenido tiempo de venir —explicó April.

—Aunque la íbamos a invitar mañana mismo —saltó Margot.

—¿Pero es que después de lo sucedido piensan regresar? —preguntó incrédulo.

—Las reglas sociales son del todo injustas. ¿Por qué un hombre puede hacer lo que se le antoje y a nosotras nos obligan a mantener rectitud? —divagó Margot—. Hay un mundo infinitamente divertido, ¿por qué privarnos de él si no nos descubren?

—Yo las he descubierto y me temo que es una baza que pienso utilizar en mi propio beneficio.

Ellas dos se inquietaron.

—¿Va a chivarse? —quiso saber April.

—Un caballero responsable y preocupado por su seguridad debería informa de inmediato de sus actos para que alguien pusiera un poco de sentido común en ustedes.

—¡No lo haga! —Margot lo interrumpió suplicante, se vería en la calle si sus padres se enterasen de su actitud reprochable.

—Como iba diciendo, no haré tal cosa si me prestan su ayuda. —Y él sonrió con franqueza porque la situación había dado un giro que podría serle de gran ayuda.

—¿Qué tipo de ayuda necesita? —Margot lo miraba con mucha suspicacia.

—Me temo que, como buenas amigas de *lady* Ruth Anne, están al corriente de algunos inconvenientes que hemos tenido la dama y yo. —Trató de suavizar la situación.

—Si por inconvenientes se refiere a que le ha roto el corazón… —Margot seguía con ganas de presentar batalla.

Él exhaló con tranquilidad.

—Puesto que soy el responsable de haberlo roto, considero mi obligación reconstruirlo.

Hubo un silencio en el carruaje. Margot y April se miraron. Esa contestación no la esperaban.

—Hablo en nombre de las dos cuando digo que ni yo ni Margot estamos dispuestas a salvar el pellejo sacrificando la felicidad de Ruth Anne. ¿Cierto, Margot?

—Desde luego que sí.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Que no van a ayudar a un hombre que debe averiguar si se ha enamorado de su amiga? —No mentía. De una parte a aquí había notado numerosos sentimientos desconocidos y necesitaba llegar hasta la verdad de lo que se producía en su interior.

Las dos lo miraron con la boca abierta y los ojos como platos.

—¿Cómo sabemos que está siendo sincero y que no es una treta? —Margot era muy desconfiada porque a lo largo de su vida había aprendido por las malas a no confiar ciegamente en la gente.

—Supongo que no puedo probar la veracidad de mis palabras. Aun así, puedo empeñar mi honor en que lo que digo es nada más que la verdad. —El duque de Atholl necesitaba aliadas en la empresa que iba a comenzar, lo comprendió nada más ver que podía tener esa posibilidad… Entre otras cosas porque no tenía la menor idea de cómo arreglar el estropicio con la dama. Además, necesitaba saber si lo que sentía era amor y no quería engañar tampoco a Ruth Anne. Su sinceridad fue tan brutal que supo que la había herido al confesarle lo que realmente opinaba de ella, y es por ese motivo que lo podrían acusar de ser sincero, pero nunca de faltar a la verdad.

Las dos comenzaron a cuchichear confidencias al oído de la otra. Él no sabía de qué estaban hablando y comenzaba a impacientarse.

—Hemos decidido que no sabemos si prestarle nuestra ayuda o no —habló April.

—¿Ni aunque eso suponga la infelicidad de Ruth Anne? —En este punto prescindió del título de la dama.

—¿Por qué dice algo como eso? —Había captado la atención de Margot.

—¿No han pensado en que si su amiga está con el corazón roto es porque me ama y que si yo descubriese que siento amor por ella ambos podríamos ser felices? Sería el fin de los problemas de Ruth Anne. —No estaba muy seguro de si su lógica conseguiría equilibrar la balanza hacia su lado, pero por intentarlo…

Fue buena señal volver a verlas cuchichear de nuevo. Al menos les había dado algo en qué pensar.

—¿Qué pasará si usted descubre que no la ama? —Ellas habían debatido sobre que esto podría suceder y no tenían claro lo que sería de Ruth Anne. Esperaban que él arrojase un poco de luz sobre el asunto y por eso April tuvo que hacer la pregunta.

—No lo sé realmente, pero la pregunta más importante debería ser: ¿y si hay una posibilidad de que ambos podamos ser felices? ¿No se merece su amiga al menos que yo lo intente? —Mentiría si no dijese que tenía el corazón en la mano cuando hacía estas suposiciones. Todo en él estaba patas arriba. Necesitaba poner

orden y no lo conseguiría si no tenía a Ruth Anne cerca. Esas semanas sin ella sintió un vacío muy grande. Era preciso que descubriese si lo que le afectaba tenía que ver con sus deseos como hombre primitivo o como ser humano necesitado de amor.

De nuevo comenzaron las confidencias. Él estaba ya desesperado. Acababan de llegar al lugar donde había visto que la pelirroja recogía a la rubia. Es decir, estaban en lo que se suponía era el hogar de la bruja más menuda y necesitaba una respuesta antes de que se marchase.

—Está bien, tiene nuestra ayuda —claudicó Margot, justo antes de bajarse del carruaje para escabullirse por la puerta de servicio que había dejado abierta para llegar con facilidad de regreso a la cama.

El duque de Atholl se quedó con la pelirroja mirando cómo accedía la mujer a la casa. No iba a arriesgarse a que la bruja intentase regresar al club. Cuando la supo ya a salvo, el duque dio un golpe para que el cochero iniciase el camino.

—Imagino que debo regresarla a casa del duque de Cass y que hará una jugada similar a la de su amiga para ingresar en la casa, ¿verdad?

—Sí. —April no estaba apenada. Todo había valido la pena. Ese lugar era algo mágico. Allí había disfrutado de muchas cosas. Todas ellas secretas…

—¿Cómo van a ayudarme? —La cuestión le salió más ansiosa de lo que pretendía. La bruja pelirroja se rio complacida.

—Eso aún no lo hemos debatido, pero tiene nuestra ayuda. Por lo pronto, hemos decidido decirle que tiene que cortejarla.

—Cortejarla —repitió desanimado. Eso se le podía haber ocurrido a él.

—Eso es. A toda mujer le gusta un cortejo formal. —A ella le encantaría.

—Dudo mucho que el duque de Cass permita que ella reciba mis flores, y mucho menos me dejará que dé un paseo con su hija. Me

parece que he hecho un mal trato con ustedes dos —expuso molesto.

—¡Es un ingrato! —se quejó April.

—No, expongo los hechos. Sé de buena tinta que el duque está al tanto de los detalles por los que he contrariado a su hija y no permitirá que haya un mínimo contacto entre nosotros. El cortejo está descartado. Me sería más útil que vosotras dos la convencierais de ir al club y que yo allí pudiera hablar con ella.

—No vamos a hacer eso.

—¡Querían regresar justo mañana con Ruth Anne! ¿Por qué diantres no van a hacerlo ahora que yo lo he pedido? —levantó la voz más de lo que quiso. La pelirroja no se amilanó.

—Porque Ruth Anne se merece un cortejo formal, un hombre que la persiga por los salones de bailes, que demuestre su interés… ¡Todas nos merecemos eso! —le gritó ahora ella sin darse cuenta.

Él mantuvo el silencio. Creyó que la bruja rubia era la peligrosa, pero la pelirroja no se quedaba atrás.

—Tomaré la sugerencia de un cortejo formal, pero debe saber usted que no he pisado un salón de baile o una fiesta pública desde que sufrí esta cicatriz—él se la señaló—. Es decir, hace más de cuatro años. Lo que me pide me parecía un imposible, pero si cree que es lo mejor… —Él suspiró—. Lo haré. Por más que me pese ser visto públicamente y que todo el mundo se indigne por mi aspecto, lo haré. —Fue una promesa. April se volvió a mostrar muy complacida.

—Vamos a convencerla para que acuda a algún baile. Sí será un buen comienzo. Debe saber que Ruth Anne está muy triste y se niega a salir de casa, por lo que va a tener que hacer su mejor esfuerzo si no quiere que las tres armemos un complot contra usted.

—Lo prometo. —Se tomó muy enserio esa amenaza dicha con tanta vehemencia.

—Será pues un baile. Allí tendrá la oportunidad de hacer el primer movimiento. Margot y yo trataremos de contener a Cass y a la duquesa, porque la madre de Ruth Anne también está muy

disgustada con usted. Tal vez no debería decírselo, pero escuché una conversación privada de la que no debí haber sido testigo, y la duquesa le dijo al duque de Cass que iba a recibir un castigo muy poco placentero, porque le achaca la mayor culpa de usted a su esposo.

Barnaby masculló una maldición por lo bajo. Esa mujer no se había dado cuenta —o tal vez sí, porque lo miraba con una sonrisilla sospechosa— de que le había confesado que la duquesa se había negado a complacer a su esposo en el lecho porque ella culpaba a Cass del acuerdo fallido, y por ende del disgusto de Ruth Anne. Si no tenía ya bastantes problemas por lo que su hija le hubiese contado, se sumaba otro nuevo, y muy delicado, a la lista, pues un hombre saciado por una mujer era más tratable que otro que estuviese famélico. Y si el muerto de hambre lo culpaba a él de su agonía… ¿Cómo, en nombre del Altísimo, se había metido en semejante problema?

Sinceramente, esperaba que la duquesa no le hiciera el castigo a Cass demasiado largo, porque si no…

Capítulo 9

Un cortejo con imprevistos

Un maldito baile.

La primera cita social a la que iba a asistir el duque de Atholl era un maldito baile. Y no uno cualquiera, sino uno de las altas esferas. Cuando le llegó a su casa una nota escrita por alguna de las dos brujas —no recordaba el nombre que había en el pie— contestó pidiendo que el primer acercamiento fuese un paseo por Hyde Park, por ejemplo. Ellas podrían llevarla hasta allí, él casualmente pasaría por delante del trío, las saludaría y tal vez Ruth Anne consintiera en hablarle… No, la pelirroja y la rubia se negaron. Parecía que querían que pagase por sus pecados de la forma más cara posible. No debió haber confesado que le costaría Dios y ayuda ir a un evento social debido a la cicatriz. Era plenamente consciente de que ellas querían mortificarlo y él se iba a dejar porque no quedaba otra. ¿Qué podía hacer? ¿Raptar a Ruth Anne y obligarla a casarse? ¡Por amor de Dios, era un duque! Aun así, la idea tenía cierto encanto, pero por alguna extraña razón quería hacer las cosas bien.

En verdad, se le antojaba descubrir lo que sentía por ella. No le era indiferente en un aspecto no carnal, porque Ruth Anne lo maravillaba más allá de la tentación que era su cuerpo.

En un aspecto más egoísta, confesaría que deseaba su amor y admiración. Supo justo el momento exacto en el que ella decidió no ofrecerle ni una cosa ni la otra, y eso ocurrió cuando él le expuso que no le quedaba más amor que dar. Sabía que estaba siendo un hipócrita porque ansiaba que lo venerase pese a que no estaba seguro de saber si la amaba. Aun así, contar con esa confianza ciega en él que Ruth Anne había demostrado cuando compartieron aquel momento íntimo en medio del campo… Aquello se sintió glorioso y él deseaba ver en su mirada lo que ella una vez le transmitió. Para conseguir eso tan complicado no había más que un camino, y estaba plagado de alambres y espinas.

Se puso su mejor traje del nuevo vestuario que él había confeccionado a la moda, porque hacía tanto que no transitaba en el plano público que sus viejos atuendos no habían sido renovados desde hacía mucho, ilusionado por volver a verla. Y sí, también muy temeroso por cómo lo tratase el resto de la sociedad. Era una cicatriz grande y fea y las damas más recatadas tendían a sofocarse al verlo. Y eso sin contar la reacción del duque de Cass cuando lo viese cerca de su hija… En verdad esperaba que las dos brujas pudieran ayudarlo a contener al duque…

En lo que le parecieron horas, llegó a la dichosa fiesta. Bajó de su carruaje y saludó a los condes. Conseguir una invitación para acudir no fue complicado. Su mayordomo lo organizó todo. ¿Quién no quería contar con un duque en una fiesta, y más cuando este había estado recluido los últimos cuatro años en el campo? Así que aprovechó la ventaja que le darían los chismes cuando saltase la noticia de que el maltrecho Atholl había iniciado su regreso social eligiendo la fiesta de los Denvery.

Hizo todo lo posible para ser uno de los primeros invitados en llegar, porque así, cuando lo anunciasen, el duque de Cass no estaría allí para… para… para lo que fuese que hiciese un padre si su hija acusaba a un hombre de herirla.

Y en ese instante, cuando se disponía a entrar por la puerta para que un lacayo lo anunciase, fue cuando se imaginó siendo padre de

una hermosa pelinegra que heredaría sus propios ojos verdes. Su hija sería una belleza exótica como su madre, como Ruth Anne, y haría que él tuviera que pelearse con todos los hombres que pusieran los ojos sobre ella.

Algo dentro de él se removió con la idea de tener hijos. Hijos con Ruth Anne. Se veía algo fácil de realizar porque cuando pensó en esa preciosa niñita de pelo negro y ojos verdes, se vio a sí mismo sosteniéndola en brazos sintiéndose pleno de dicha.

Asombrado por esta nueva revelación, entró y todo fue según lo que había previsto. Es decir, el lacayo anunció su ingreso y los pocos presentes que estaban en el interior se quedaron petrificados al verlo. Bueno, más bien al observar su cicatriz. Escuchó los cuchicheos a su paso. La buena gente estaba hablando del incendio, de cómo él quedó viudo y se recluyó en el campo.

Cuando las aguas comenzaron a calmarse decidió entrar en la habitación donde los caballeros estaban jugando a las cartas y hablando de política. Decidió probar suerte con el juego de azar mientras Ruth Anne llegaba.

Cuando se cansó, salió para inspeccionar el abarrotado salón de baile. Y la divisó algo apartada en un rincón con el odioso señor Rosenwood con ella. Bufó con enfado.

—Debería mostrarse más sociable y menos lunático. —April era la que le había hablado desde atrás.

—Dijo que se ocuparía de Rosenwood —le recordó obviando el insulto.

—No, dije que me ocuparía de que el duque de Cass no lo viese acercándose a su hija, cosa que he hecho porque me he asegurado de que él esté en la sala de caballeros departiendo y fumando.

—¿Y qué hay de Rosenwood?

—También voy a ayudarlo con él, espero que todo valga la pena o de lo contrario me costará mi amistad con Ruth Anne, y es una de mis más antiguas y queridas amistades. La considero de mi propia familia.

¿Por qué eso le estaba sonando como una amenaza real?, se preguntó.

—¿Qué hará con el señor Rosenwood?

—Esto es un baile, ¿o no? —April se enhebró del brazo de Atholl sin que él hubiese dado su consentimiento y ambos comenzaron a andar hacia la pareja.

—¿Qué se supone que vamos a hacer? —El duque no estaba seguro de nada en esos momentos, solo de que esa preciosa dama era la mujer que quería tener a su lado. Ruth Anne estaba tan bonita que se sentía desfallecer conforme se acercaba hacia ella.

—Creí que era usted más competente en el tema del cortejo —bufó la pelirroja.

—Pues lamento informarle de que mi primer matrimonio fue concertado y que no he tenido que cortejar a ninguna mujer hasta la fecha.

—Con el debido respeto, su excelencia, hágase un favor y no hable a cada rato de su esposa difunta. Eso le hace parecer… —April suspiró—. No le pido que se olvide de su amor por ella, pero trate de recordar que desea conquistar a Ruth Anne.

—¿Lo deseo? —Juraría que nunca había empleado semejantes palabras.

—Creo que es el único que no se da cuenta de que está enamorado de ella. —Ella decidió abrirle los ojos de una vez.

—¿Lo estoy? —Quería oír el punto de la pelirroja a este respecto.

—Rescató a sus dos amigas en el club, por el simple hecho de que éramos sus amigas. Ha venido a la ciudad muerto de amor por la dama, y está ahora en un baile público afrontando a la sociedad y mostrando su… cicatriz… Creo que es evidente que ama a su dama —le señaló con suavidad.

Él se quedó atónito con las reflexiones de la mujer. No sabía qué contestar, y no hizo falta porque ya estaban detrás de la pareja sin saber qué iba a decirle a Ruth Anne. La pelirroja pareció leerle la mente y decidió tenderle una mano.

—Pídale un baile —le susurró al verlo parado sin hablar.

—¿Me concedería el siguiente baile, *milady*? —preguntó con Ruth Anne y el señor Rosenwood todavía de espaldas.

La dama se giró y, cuando sus ojos se posaron en los de él, vio sorpresa y furia.

—Señor Rosenwood, ya que mi acompañante está interesado en bailar con Ruth Anne, tal vez usted quisiera hacerlo conmigo… —Era del todo inapropiado que una mujer pidiese bailar a un caballero. No obstante, April había acordado ayudar al duque y haría cuanto pudiera, porque en verdad creía que él era el hombre indicado para su amiga. Había algo en ese duque que le gustaba mucho, y no era por haberle visto ese pecho musculoso…

—¡April! —Ruth Anne la miraba sabiendo que le había tendido una trampa. Poco importaba, porque la pelirroja ya había cambiado el brazo de Atholl por el del señor Rosenwood y se lo llevaba sin tiempo a que el susodicho pudiera quejarse. La buena etiqueta impedía al caballero de ascendencia escocesa negarse, así que asintió y la condujo a la pista.

—Todo el mundo nos mira —habló Atholl—. Si quieres negarte, decídelo pronto.

Ruth Anne suspiró y tomó la mano que le estaba ofreciendo.

Comenzó a sonar un vals. Barnaby se sonrió, no tenía ni idea de si era casualidad o si la pelirroja había decidido que ellos dos tenían que bailar un vals, porque todo le parecía muy premeditado. Se había dado cuenta de que las brujas eran demasiado astutas.

Ruth Anne se sintió temblar como una hoja cuando le puso el brazo en la cintura. Quemaba. Su recuerdo ardía demasiado. Cuando terminase el suplicio iría en busca de April y la asesinaría con sus propias manos.

—¿No vas a mirarme? —Barnaby sabía que la dama no estaba admirando su corbata, sencillamente rehuía sus ojos.

Ruth Anne por un momento pensó en hacer un comentario mordaz sobre si había podido dejar el espíritu de su difunta esposa en su ducal alcoba. Decidió morderse la lengua porque la explicación

de su madre sobre lo que le sucedería si a Cass le ocurriese algo malo le había calado hondo.

—Su excelencia ha solicitado un baile y estoy bailando. —No quería ni mirarlo.

—Tienes derecho a estar enfadada. Comprendo que te herí —le dijo cerca de su oreja.

—No hablemos del pasado, por favor.

Barnaby necesitaba mantener una conversación con ella en privado, aunque más apremiante que eso era salir de inmediato del salón porque el padre de su dama estaba junto a la duquesa, y no había que ser un lince para saber que la duquesa de Cass los había visto y había ido a chivarse a su esposo.

Aprovechó un giro para conducirla hasta las puertas francesas más cercanas con la única pretensión de llevársela al jardín. Era el único movimiento que podía hacer si quería hablar unos minutos con ella disfrutando de cierta intimidad y sin ser interrumpidos.

En un abrir y cerrar de ojos, Ruth Anne se vio siendo arrastrada por el jardín. Frenó en seco y se sacudió el brazo de él.

—¿Qué derecho crees tener sobre mí para obligarme a nada? —Mostró su actitud altanera. No podía aparecer como si entre ellos todo fuese normalidad y confianza. No después del daño que le infligió.

Él se colocó delante de Ruth Anne en actitud humilde.

—Ninguno. Pero creo que cualquier acusado de un crimen merece la oportunidad de explicarse.

—Todo quedó perfectamente dicho. No es necesario seguir con esto.

Se miraban fijamente. Ruth Anne sentía su respiración pesada. Lo tenía a escasa distancia… Tan ínfima que sentía su aliento sobre su rostro.

—Puede que dijese muchas cosas en aquel momento, aun así hay otras que me quedan por explicar.

—¿Como cuáles? —inquirió en tono beligerante. Él no tenía derecho a regresar a su vida.

—Como que deseo besarte.

—Ese aspecto no supuso nunca ningún problema. Como he dicho con anterioridad, quedó muy claro lo que su excelencia esperaba de mí. —Usar su título se sentía como una protección en estos momentos en los que la vulnerabilidad comenzaba a alcanzarla.

—Nunca he sido un hombre paciente. Mi primer instinto cuando te he visto en el salón de baile arropada por Rosenwood ha sido el de echarte sobre mi hombro y sacarte pataleando para tenerte.

Ella rodó los ojos y dio un paso atrás. No tenía sentido discutir más.

—Y de nuevo hablamos de lo que fue evidente: lujuria.

Él alzó una mano para tocarle la mejilla. Ella no lo permitió.

—Ruth Anne, por favor, necesito un momento de tu tiempo. Incluso tus amigas comprenden que puede ser bueno para ti. Para ambos. Si me dejas… —Sus palabras se perdieron en la oscuridad.

—¿Si te dejo, qué? —habló ella al ver que él no seguía—. ¿Besarme? Ambos sabemos que me fundiré si me tocas. Ese nunca ha sido el problema.

Él le ofreció una tierna sonrisa mientras alzó con suavidad y paciencia su mano derecha para rozar su mejilla. Ella fue incapaz de escapar de ese contacto.

—Cuando un hombre descubre esa pasión tan intensa y arrolladora que tú has despertado en mí, es incapaz de quedarse quieto y ver cómo se le escapa entre sus dedos el objeto de su deseo.

—¡No! —Ruth Anne cerró los ojos. ¿Por qué se sentía tan débil ante él? ¿Por qué su cuerpo la traicionaba?

—Sí, Ruth Anne. Ambos estamos hechos el uno para el otro. ¿Qué mal hay en admitirlo? Mis noches son austeras porque despierto empapado en sudor entre mis sábanas rememorando tu sabor sobre mi lengua. Despierto lleno de ansia porque deseo tocar todo tu cuerpo y tú no estás junto a mí.

Barnaby aprovechó la vulnerabilidad en la que ella estaba envuelta para pegarla más a su pecho. La abrazó.

—Somos uno, Ruth Anne. No nos separes por lo que crees que no puedo llegar a sentir por ti. Necesito tiempo, porque sé que no puedo estar sin ti. Tú deseas mi amor y yo te deseo a ti. Siempre he sido franco contigo. Me niego a ser deshonesto y decirte que te amo, pues no lo sé.

—¿No lo sabes? —Eso no era la confesión que ella, resguardada de la fría noche al calor de su pecho, esperaba, pero al menos no era una negativa tan rotunda como la que una vez le dio.

—Sé que te anhelo y que cuando no estás cerca, mi mundo se vuelve más gris. Ni aferrarme al recuerdo de Phillipa consigue que libere mi alma, porque tu pérdida es tremendamente dolorosa. —Él se separó un poco para mirarla a los ojos. Le ofreció una sonrisa trémula—. Tus amigas me advirtieron de que no hablase de mi difunta esposa, pero necesito que comprendas la magnitud de lo que has despertado en mí. Te pido tiempo.

—¿Tiempo para decidir si podrás amarme?

—Tiempo para comprender lo que hay dentro de mí. —Barnaby le apartó un rebelde mechón de le pelo que el aire movía y lo dejó tras su oreja.

—¿Y si el amor no llega?

—¿Y si llega, Ruth Anne? ¿Estás dispuesta a condenarnos a los dos sin darnos una oportunidad?

—Yo… —Ella se tomó unos pocos minutos para evaluar su petición. Lo amaba. Pese al daño que sintió, lo amaba. No podía culparlo por no amarla, porque ese sentimiento no se podía obligar a nacer en la otra persona. Él pedía tiempo… Algo muy peligroso, porque si ella ya estaba absolutamente enamorada de él, lo que lograría con el pasar de los días sería ponerse a sus pies, y no podía consentir que algo así sucediese… ¡No podía ser la única que arriesgase en este juego!

—¿Me darás la oportunidad de cortejarte? ¿De que hablemos? ¿De que nos conozcamos mejor?

Ruth Anne colocó su mano sobre la que él mantenía en su mejilla. La apartó sin ser demasiado brusca.

—Soy débil en lo que a ti se refiere. Te amo. Pese a saber que no soy correspondida, te amo intensamente. Pero no es bastante porque mi debilidad por ti me impulsará a hacer lo que quieres que haga. ¿Qué ocurrirá en caso de que comprendas que el sentimiento que albergaste por Phillipa es más fuerte que el que puedas encontrar por mí? ¡Por Dios, Barnaby! Me tenías a tu alcance y decidiste sacrificarme por una mujer que no respira, que no vive ni siente. Fuiste franco cuando dijiste lo que necesitabas de mí: mi cuerpo. Ahora soy yo la que decide ser valiente y te pide que te olvides de mí. La lujuria puede ser satisfecha en otro lado, pero mi amor por ti, si no es correspondido, no podrá sobrevivir a un matrimonio.

—¡No te permitiré que nos hagas esto! —Estaba molesto. Ella no podía tomar esa decisión. El duque no se lo permitiría.

—Regresa al campo y olvida que me conociste. —Ruth Anne se acercó a él de puntillas y le dio un casto beso en los labios. Dejó sobre el rostro de él la humedad que sus ojos habían derramado y se marchó corriendo.

No fue tras ella. No porque no quisiera, sino porque Ruth Anne necesitaba un momento para evaluar lo sucedido. Nunca. Jamás se rendiría. No cuando sentía que la felicidad estaba al alcance de su mano. Hubiera sido tan sencillo decirle que la amaba… Tía Ruthy le dijo que él era un hombre enamorado, incluso la bruja pelirroja lo dijo sin recato. No podía ni quería mentir sin saber si de verdad era amor lo que sentía. Había algo muy poderoso en su pecho cuando pensaba en Ruth Anne. Demasiado fuerte. Con Phillipa nunca surgió algo como eso.

Se sentía protector, posesivo, celoso, tierno, lujurioso y amoroso cuando pensaba en Ruth Anne. ¡Un momento! Tierno, sí, pero… ¿amoroso? Sacudió la cabeza negando varias veces.

Y de pronto todo se volvió oscuro. Sintió un enorme dolor al recibir ese puñetazo certero que le hirió en la mejilla derecha. El impacto no consiguió tirarlo al suelo, pero lo movió suficiente para

incluso temer el derrumbamiento. Sujetándose la zona dolorida miró al frente en busca de quien se había atrevido a atizarle.

—¡Eres un maldito! Te creí más inteligente, pero no, Atholl, has tenido que venir a Londres a burlarte de ella. De mí… —El duque de Cass lo miraba con una furia tan evidente que él decidió bajar los brazos. No iba a pelear con el padre de ella.

—No tengo excusa. Simplemente diré que lo siento.

—¡Lo sientes, lo sientes! ¿De qué me vale a mí que lo sientas? —Se dio cuenta de que tenían intimidad en el jardín, pero decidió no volver a alzar la voz, por más ganas que tuviera de gritarle a pleno pulmón.

—He cometido un terrible error.

—Y tanto que sí. Has hecho enfadar al hombre que no debías.

—Más allá de causarte a ti un enojo, me preocupa haber hecho daño a mi prometida.

—¿Tu prometida? —Cass se rio sin humor.

—Firmamos un acuerdo. Te lo advertí, y pese a todo tú la pusiste a mi alcance. La culpa no es solo mía. Tú eres tan responsable como yo.

Cass se acercó amenazante hasta tenerlo a poca distancia. No iba a volver a pegarle, se contendría las ganas por el bien de no hacer un escándalo.

—Después de lo que le has hecho, estás demente si crees que ese contrato va a tener validez. Lo quemé, igual que tú incendiaste sus ilusiones. Es mi hija, mi pequeña Ruth Anne, la que llegó en plena noche llorando y pidiendo mi auxilio. Eres un miserable que no ha sabido ver lo que le ofrecí. La culpa fue mía, y solo mía, al pensar que no eras un miserable, cuando en realidad eres un lunático que vaga por la vida llorando por el amor de una esposa muerta.

No se lo pensó dos veces. El duque de Atholl levantó el puño para pegarle a su amigo.

—¡No! —Ruth Anne había llegado de nuevo. Cuando regresaba al salón se cruzó con su padre, que la había mandado ir al lado de su madre. No pudo quedarse al margen.

Barnaby la vio y respirando con fuerza se obligó a bajar el puño.

—Padre, es hora de marcharnos.

—Te prometo, Ruth Anne, que voy a recuperarte. No sé si esto que siento por ti es amor, pero es algo tan poderoso que me impide alejarme de ti. —Le habló sin importar la presencia de su padre.

—Ambos sabemos que eso es otra cosa muy diferente al amor —rebatió mientras se colocaba al lado de su padre.

—De una manera u otra pienso tenerte, porque tú me amas, y sin mí serás tan desdichada como lo seré yo sin ti. —Aquello fue una promesa tan vehemente que ella sintió que un rayo la había atravesado de la cabeza a los pies.

El duque de Cass miró a uno y luego al otro. La manera en la que se miraban, las palabras que ella le confesó cuando llegó, el sentimiento implícito del que había dejado constancia su hija: lujuria… Comprendió perfectamente lo que Ruth Anne había insinuado.

—Ruth Anne, hija mía, ¿lo amas? —No lo entendía. ¿Cómo podía ella seguir amándolo si había confesado que no quería casarse con él?

—Lo amo, padre —confesó mirando a los ojos sin vergüenza a Barnaby—. Del mismo modo que él ama a su difunta esposa.

—No —se afanó él en responder—. Yo amaba a Phillipa, pero lo que tú me haces sentir trasgrede todo lo que le entregué a ella. —No mentía. Su esposa no le calentaba la sangre como ella, no lo impulsaba a irrumpir en un baile lleno de gente que hablaría de su cicatriz durante semanas, tampoco había hecho que él hiciera un pacto con dos mujeres tan atrevidas, y Phillipa nunca, jamás, le hizo sentir celoso. Ni estando con sus amigos, o verla bailando con otro, le hizo querer matar a los hombres con quienes había danzado.

Lo que sentía por Ruth Anne comenzó siendo producto de la lujuria, no lo negaría. Pero ese sentimiento, esa ansia, había ido transformándose, porque la necesitaba tanto como la sangre en sus venas. Ella era el pulso que le daba cuerda a su corazón. ¿Amor? No lo sabía, porque estaba convencido de haber amado a Phillipa y lo

que Ruth Anne le despertaba iba más allá de lo que vivió con su difunta esposa.

—Lo siento —le dijo ella. Él vio que las lágrimas volvían a sus ojos.

—Una oportunidad es todo lo que quiero. Tu padre ha roto el contrato. No me importa si nos das una oportunidad a ambos. Por favor, Ruth Anne.

—No puedo, no puedo… —Ella agarró el brazo de un duque de Cass atónito y ambos comenzaron a andar de regreso al salón para escabullirse discretamente.

—No me rendiré nunca —susurró cuando ellos ya no pudieron oírlo.

***

Ruth Anne estaba desbordada. Habían pasado dos semanas intensas. El señor Rosenwood se marchó hacía también bastantes días, al igual que April, con la que todavía tenía una charla pendiente. Sabía que su mejor amiga se estaba escabullendo, pero no iba a poder evitarla para siempre.

La casa se sentía bastante tranquila y su vida social se había vuelto muy divertida. Lo que más la perturbaba era que estaba asediada por un hombre que parecía… ¿enamorado? No. Ella no iba a caer en la trampa por más que le doliese el corazón. Y el duque de Atholl se las ingeniaba siempre para aparecer de la nada y espantar a sus pretendientes. Ruth Anne, que había esperado muchas temporadas para que la viesen, tenía que lidiar con un duque que a cada rato dejaba patente su interés por ella.

Todas las mañana a primera hora a su casa llegaba un ramo de tres docenas. Sí, tres docenas de rosas rojas. La cosa no terminaba en los preciosos ramos de flores. No. Eso era la punta del iceberg. Llegaban dulces, bombones, bollos, manjares exóticos… Y unas

preciosas cartas que bien podrían pasar por las letras de un hombre enamorado… Si ella supiera que el que hablaba era él y no el deseo que sentía por ella… Aun así le concedería que le hacía estremecer el corazón con esas líneas que se había negado a leer y había acabado leyendo con el corazón en un puño.

Estaba muy enfadada con el duque. Con ella misma. Porque justamente estaba pasando lo que no deseaba que ocurriese, es decir, que acabase todavía más enamorada.

Su padre estaba también molesto. El duque de Atholl no tenía remedio y Cass no sabía si retarlo a duelo o entregarle a su hija envuelta en un precioso lazo rojo. El maldito se había convertido en el pretendiente ideal de la noche a la mañana. Su esposa, la duquesa de Cass, esa que lo castigó sin poder catar las mieles del matrimonio por considerarlo el responsable de la tristeza de Ruth Anne, se había vuelto a molestar… Y el motivo no era otro que los celos que despertaban en ella ver las atenciones que un hombre enamorado estaba ofreciendo a su hija. ¡Después de tantos, años la duquesa quería más atención! Y una vez más, le dijo que no volvería a su cama si no la hacía feliz… ¡Mujeres!

Ruth Anne no era la única que recibía misivas del puño y letra de Barnaby. Apelando a su amistad, el duque de Atholl le había pedido con humildad a Cass, en reiteradas ocasiones, que le concediese el beneficio de la duda. Le pedía confianza porque estaba seguro de querer casarse con Ruth Anne. Y así fue como el duque de Cass creyó que su hija y su pretendiente habían tramado un plan para volverlo loco… ¡Ella había confesado que lo amaba y el otro quería casarse! ¿Qué diantres andaba mal con esos dos? En su época no hacía falta más que el acuerdo de los padres para orquestar un matrimonio… Así que decidió, como padre, quedarse a un lado observando esa peculiar historia tan extraña. Su misión en la vida era proveer de un buen futuro a sus hijas, porque su heredero ostentaría el título. Su hija mayor estaba felizmente casada y, puesto que la menor había sido nombrada heredera de tía Ruthy, poco más podía hacer por Ruth Anne. Mentiría si dijese que no deseaba que su

pequeña se casase y pudiera tener su propia familia, y más cuando ese había sido el sueño de Ruth Anne desde que… desde que… Prácticamente desde que comenzó a balbucear hablaba de esposos.

Y con todo su mundo patas arriba sucedió lo peor que podía suceder. Había llegado una invitación para asistir a una fiesta en la casa de campo de Atholl. Fue la duquesa quien le entregó la tarjeta y él ya estaba echándola al fuego cuando su querida esposa le dijo que tenían que asistir.

Él no quería tener más discusiones con Anne y menos por Ruth Anne, así que dijo que asistiría si su esposa se encargaba de convencer a su hija. Y la muy pícara lo había conseguido. ¡La había chantajeado con un viaje a Grecia! Por lo visto, a la duquesa no se le ocurrió nada mejor que conceder a su hija el mayor de sus deseos si accedía a acudir a la fiesta campestre de su pretendiente. ¡Aquello le iba a salir por una fortuna!, pensó el duque. Y lo más preocupante era la seguridad de su hija. Aun así, su esposa le dijo completamente convencida que Ruth Anne no se marcharía de viaje, porque todo iba a acabar bien.

La duquesa mostraba una fe que él no podía contemplar. La imagen de Ruth Anne abrazándolo y pidiendo su auxilio para librarse de Atholl todavía le daban ganas de asesinarlo. Su esposa le quitaba hierro al asunto cada dos por tres aludiendo a que todas sus parejas tenían sus más y sus menos.

¡La duquesa de Cass quería que su hija se casase con el duque de Atholl! Así que decidió que no únicamente su hija y su pretendiente estaban jugando con su cordura, sino que su esposa también parecía querer volverlo demente. Y a Cass se le ocurrió que la mejor manera de no perder la cabeza sería haciéndose a un lado y siendo un espectador de toda la situación.

***

Ruth Anne había estado todo el viaje de camino a casa de Atholl convenciéndose de que este sacrifico valdría la pena. Desde que tía Ruthy había hablado de Grecia, esa posible experiencia en tierra lejana de dioses míticos no salía de su cabeza. Eso no impedía que su estómago se resintiese con la idea de regresar a aquel mausoleo dedicado a su difunta esposa. Sí, tal vez volver allí era lo que necesitaba para recordarse por qué estaba tan aferrada a la negativa de tomar al duque como un pretendiente sincero y efectivo.

Con el carruaje de sus padres en la puerta de la preciosa casa de Atholl, y con su hermano y Bastian enfurruñados por haber tenido que acudir, Ruth Anne se bajó agarrándose el estómago debido a los nervios. Una vez viese la casa, la duquesa, que tan ensoñadora le hablaba de Barnaby al ver sus atenciones, regalos y demás cuestiones del cortejo, al fin se daría cuenta de lo que implicaría un matrimonio con él.

¡Maldición! Él estaba sonriente y radiante aguardando la entrada de los asistentes. Ruth Anne se mordió el labio inferior. ¡No era justo que siempre luciese tan apuesto! Eso le complicaba todavía más las cosas.

Comenzó la recepción y la duquesa le mostró todos los dientes de tanto que le sonreía al duque. Alexander y Bastian lo miraban con recelo y su padre casi ni lo miró. ¡Menos mal que podía contar al menos con el apoyo de uno de sus progenitores!

Y cuando le tocó a ella el momento de saludarlo, él, muy astuto, la miró de una manera nada apropiada y le dio un beso en la mano que a ella le pareció durar una eternidad.

Oyeron un carruaje a su espalda y todos se giraron para ver quiénes llegaban. Y cuando vio que bajaron los señores Sunne, con April y Margot… Al parecer, su pretendiente había hecho dos buenas aliadas. Esas dos que se habían estado escondiendo de ella se iban a enterar…

Mientras los recién llegados se ponían al día con las presentaciones, April y Margot se acercaron a la joven como si no fuesen las traidoras que eran.

—Tenemos una conversación muy pendiente —les susurró Ruth Anne.

—No tienes derecho a enfadarte —tomó la palabra April—, porque desde que ha estado cortejándote has dejado de estar disgustada.

—¡Eso no es verdad! —levantó la voz más de lo que debiera—. En cuanto entremos por la puerta vais a comprender lo imposible que es todo…

Y la puerta se abrió y ella se vio con la boca abierta de par en par.

—¿Decías, Ruth Anne? —preguntó April con una brillante sonrisa que le dio buena pista de que su querida amiga sabía mucho más de lo que aparentaba.

Esa preciosa escultura de la difunta esposa de Barnaby, que dejaba claro a quien pertenecía la casa, ya no estaba en el centro del recibidor. Ruth Anne miró las paredes rápidamente. Bellos paisajes y bodegones estaban colgados donde una vez hubo decenas de retratos de la anterior duquesa de Atholl.

La impresión fue tal, que Ruth Anne no supo qué decir o hacer.

—Aunque la haya desterrado de las paredes y del recibidor, no creo que consiga sacarla nunca de su alma —expuso para que April y Margot dejasen de estar tan pagadas de sí mismas.

El servicio acompañó a cada cual a su habitación y Ruth Anne estuvo a punto de chillar cuando vio la estancia en la que él la había acomodado.

—¿Margot? —Llamó a su amiga quien, al contrario que April, aún no había accedido a su habitación.

—¿Qué sucede? —le preguntó la rubia al verla tan seria.

—¿Te supondría algún problema cambiarme la alcoba? —Ruth Anne no quería pasar ni un segundo en la habitación donde él le informó que ella dormiría cuando se casasen. Era más una cuestión de orgullo que otra cosa.

—¿Cómo sabes que hay algún problema con la tuya si todavía no la has ni abierto?

—No pienso dormir ahí dentro —expuso tajante.

Margot se acercó a la estancia y abrió la puerta para ver a qué se debía tanto miedo. La preciosa gran cama tenía sobre sí misma un ramo de rosas y una cajita que parecía de bombones en su parte derecha. Un estuche de terciopelo rojo destacaba cerca de ambos enseres.

Su amiga Margot entró mientras que Ruth Anne se negaba a poner un pie ahí. ¡Él no la iba a comprar!

—¡Cielo santo, Ruth Anne! Comprendo que te ha hecho daño en el pasado, pero a mi modo de ver se ha redimido ya por completo.

—¡Ja! —Todo era una estrategia para tenerla en su cama.

—Ruth Anne, eres la única que no se da cuenta de que te ama. Bueno, creo que él es tan obstinado como tú y le costará mucho confesarlo, pero créeme, entiendo más de lo que debería sobre hombres que no aman a las mujeres a las que pretenden. El duque de Atholl está haciendo un gran esfuerzo por ti. Serías una tonta si no das tu brazo a torcer…

—Hay mucho en juego. Tú no tienes la menor idea de lo que fue mi desengaño. No puedo volver a pasar por eso. Me quiere porque no consigue llevarme a la cama. —Ruth Anne se tapó la boca. Estaba en medio del pasillo y había dicho algo que una mujer soltera nunca debería pronunciar.

—Ruth Anne, eres la mujer más tozuda que he conocido y te mereces tener a un esposo igual de tozudo que tú. —La otra no se escandalizó por lo señalado por la pelinegra.

—Sí, sí, bien… ¿Me cambias la habitación? Si no lo haces se lo pediré a April. —Ella no iba a discutir más con Margot.

—¿Y qué hago con estos regalos? —Margot, que estaba dentro de la habitación maravillándose de la decoración, las vistas que ofrecía y los regalos, no pudo evitar la tentación de abrir el estuche rojo. Figuraba un precioso anillo con una esmeralda en el centro arropada por una serie de diamantes pequeños y otros más grandes—. Me parece que este es tu anillo de compromiso. —Margot se lo acercó y Ruth Anne apartó la mirada. Ese presente llegaba muy

tarde. ¡No cedería! Lo malo es que a cada paso le estaba costando más no salir corriendo a por él y echarse en sus brazos.

Ruth Anne se encerró en la habitación que Margot le había cedido a desgana y al momento le llegó por debajo de la puerta una hoja escrita.

Te espero en la biblioteca a medianoche.

Te conviene venir si no quieres que arme un escándalo y cuente lo que tú y yo sabemos.

XXX.

Genial. Encima él se había enterado de que había intercambiado la habitación con su amiga y la amenazaba con… con… Se puso roja de furia. Seguro que iba a chivarse del encuentro tan íntimo que vivieron en el campo.

¡Ah, no! Se presentaría en la biblioteca y le diría de una vez, sin vacilación, que la dejase en paz. Si había de ser cruel lo sería, porque no soportaba ya tanto asedio, por más que eso fuese el sueño de toda dama casadera…

***

Esa noche, Ruth Anne se excusó aludiendo a un fuerte dolor de cabeza y no bajó a cenar. Le subieron una bandeja muy bien surtida de un trozo de pavo y patatas con mantequilla.

Estaba demasiado enfadada como para mirarlo a la cara y soportar al resto de los muchos invitados que él había traído a su recién renovada casa. ¿Qué habría hecho con la escultura de Phillipa? ¿Dónde la habría puesto? Esperaba que no estuviese lejos, porque era una belleza de obra de arte y una pieza así no merecía nada más que no fuese ser admirada. Que fuese de su difunta esposa ya no le molestaba tanto. No sabía bien si era por toda la

atención que él le había dispensado durante las pasadas semanas, que había sido mucha —demasiada, en su opinión —, o porque comprendía que se habían amado profundamente y no tenía derecho a sentirse celosa.

Algo había cambiado en ella y no quería que así fuese. Por suerte, la cita a la biblioteca iba a dejar las cosas muy claras.

Cuando sonó el reloj del recibidor principal dando la media noche, se encaminó en un fino camisón y bata de dormir hacia el lugar. Si la sorprendía merodeando diría que había oído un estruendo o algo… Incluso podría decir que el espíritu de la duquesa de Atholl la había perturbado… Ruth Anne se regañó a sí misma por la tontería que acababa de pensar, eso ya no era una alusión posible porque él había hecho limpieza y su anterior esposa no parecía vivir ahí.

Con un sencillo candelabro en la mano abrió la puerta de la biblioteca. Al fondo vio una mujer con el pelo suelto. Tenía un aspecto fantasmagórico, envuelta de vaporoso tejido blanco.

Ruth Anne quería gritar de puro pánico, pero de la impresión se había quedado sin poder reaccionar. Veía a esa mujer bañada por los rayos de la luz de luna que se filtraban por la ventana y comenzaba a entender el motivo del amor del duque.

—¿Qué queréis de mí, duquesa? —Nunca sabría de dónde consiguió reunir todo el coraje para mostrarse segura ante la presencia. Pero ahí supo que ella era una mujer fuerte capaz de enfrentarse a todo.

—¿Ruth Anne?

Seguro que la duquesa de Atholl había venido a regañarla por robarle a Barnaby y haber hecho que él desterrase su espíritu de la casa.

—Lo siento, lo siento todo. ¿Ha venido a castigarme, duquesa? —Ella enfrentaría el castigo con dignidad y valentía.

—¿Ruth Anne? ¿Por qué me llamas duquesa? —La presencia estaba frente a ella y fue entonces cuando usó el candelabro para iluminar esos bonitos rasgos que veía ante ella. Tenía mucha

curiosidad por el aspecto físico de la mujer que se llevó al otro mundo el corazón del hombre al que Ruth Anne amaba.

—¿Margot? —Esa no era la difunta esposa de él, era su amiga rubia. Ruth Anne dejó su candelabro en la mesa que había junto a la puerta.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Margot.

—¿Yo? ¿Qué haces aquí tú? —respondió la pelinegra con dos nuevas preguntas.

—Es una larga historia, pero debes marcharte porque a mí me han citado y es un asunto muy delicado. —No mentía. En su habitación habían dejado una misiva por debajo de la puerta en la que le decían que si quería conocer la verdad, debía acudir a la biblioteca a medianoche. La misiva no iba firmada, pero Margot sospechaba quién podía haberla enviado.

—No, tienes que irte tú porque estoy esperando al duque de Atholl. Es muy importante que hable con él —rebatió Ruth Anne.

Las mujeres oyeron unos pasos que se aproximaban. Ruth Anne se movió hasta el fondo llevándose a la rubia con ella cogida del brazo.

—Margot, escóndete. Lo despacharé rápido. Colócate tras la cortina. Rápido.

La rubia estaba tan nerviosa que no objetó a la sugerencia.

La puerta se abrió y se cerró. Ruth Anne estaba de espaldas porque no quería verlo. Él la desestabilizaba. Oía sus pisadas acercarse en su dirección mientras repasaba mentalmente el discurso que iba a ofrecerle. No contó con tener sus manos en su cintura. Tampoco imaginó que él la abrazaría desde atrás y le olería el pelo mientras le besaba la coronilla.

—Sabía que vendrías —le susurró en apenas un hilo de voz—. No dejo de pensar en ti…

Estaba perdida. No podía luchar contra lo que él le hacía sentir. Su roce era como una invitación a abandonarse y dejarse conquistar…

—¿Qué está sucediendo aquí? —Tronó una voz masculina que hizo a ambos volverse y ver a un furioso duque de Atholl que había dado dos zancadas largas con el candelabro en la mano.

Ruth Anne se quedó atónita. Si el duque era el que estaba delante, ¿quién diantres era el que la sujetaba aún en un abrazo? Y en un abrir y cerrar de ojos, ella se vio tras la protección de una espalda atlética que no era mucho más amplia que la de Barnaby.

—Esto no es asunto tuyo, Atholl. Te aconsejo que regreses a la cama y no te inmiscuyas.

—Ella es mía. —El duque señaló a Ruth Anne, quien se trataba de asomarse de puntillas por un hombro de su improvisado protector.

—No. Es mía —rebatió el otro hombre al duque.

—¿Bastian? —Habló Ruth Anne con un hilo de voz lleno de sorpresa.

Lord Londonderry se dio la vuelta en ese momento y se quedó pálido como la nieve más blanca.

—¿*Lady* Ruth Anne?

La cabecita de ella se puso a pensar y pensar y… ¡Santo cielo! ¿Él marqués era quien había citado a Margot?

—Creo que es hora de regresar a la cama. Buenas noches.

Ruth Anne salió sin tiempo a que el marqués terminase de reaccionar, y con un duque lleno de ira que la seguía también corriendo, al igual que ella misma hacía. No le dio tiempo a cerrar la puerta de su alcoba cuando entró rauda. Él metió el pie y le impidió que escapase. Le fue muy fácil al duque acceder a su estancia.

—No puede estar aquí, excelencia —le recriminó ella.

—¿Lo amas? ¿Es por él por lo que mis atenciones y regalos no consiguen derretir tu corazón de hielo? —Ruth Anne lo veía amenazante ante ella con los puños cerrados. Él estaba tan molesto o más como aquella vez en la que discutieron en esta misma casa.

—Mis asuntos no le incumben —respondió con parsimonia mientras se alejaba de él. El duque la asió por el brazo y la pegó contra su cuerpo. La miró con rabia y pocos segundos después su boca cayó sobre la de ella.

Los puños femeninos llegaron a golpear un par de veces el pecho de él en señal de repulsa por su acto. No obstante, cuando sintió la lengua masculina sobre sus labios, sus brazos se colocaron al rededor del cuello de Barnaby. Era débil. Lo amaba y lo deseaba a partes iguales. No era una mujer fuerte capaz de renunciar a lo que él le hacía sentir.

El beso furioso se fue convirtiendo poco a poco en un cúmulo de caricias húmedas con las que el duque le demostraba cuánto la necesitaba.

—¿Lo amas? Contesta, Ruth Anne. —Ella se fijó en sus ojos. Estaban llenos de congoja. Ya no había ira allí.

—No, nunca podré amar a otro —confesó con docilidad.

Él la abrazó posesivo.

—No puedes amarlo a él, mi bella Ruth Anne. No puedes, porque creo que te amo, y sin ti mi vida será un pozo lleno de lodo en el que volveré a revolcarme. Te lo suplico, gata, no renuncies a mí. No hagas que renuncie a ti. Por favor.

Y ella hizo lo único que pudo hacer: apretarse contra él hasta que casi se fundieron en uno.

—Hazme el amor, Barnaby. Hazme el amor —susurró en un delirio de pasión y necesidad.

Y como buen sirviente de su dama, él la alzó en brazos y la depositó con mimo sobre la cama. Debía negarse. Debería salir de inmediato… No podía.

El duque, que iba ataviado con una sencilla camisa blanca y los pantalones, comenzó a desvestirse con rapidez. Se quedó como su madre lo trajo al mundo y le gustó verla a ella mirarlo con codicia. Con lujuria.

—¿Estás segura de esto, tesoro mío? —En cuanto la tuviese desnuda ante él, ya nada podría impedir que la hiciese suya.

—Lo estoy. Es lo que deseo —dijo completamente segura del paso que ambos iban a dar.

Barnaby le tendió una mano. Ella la tomó y la hizo levantar. Cogió el nudo de la bata para abrírsela. Luego le subió el sencillo camisón

blanco de algodón por la cabeza y, cuando la tuvo desnuda, retrocedió dos pasos para ver el cuadro completo.

Sencillamente, era perfecta. Ella se acercó a él y comenzó a acariciar su torso.

—Eres robusto, duro… Tan grande… —La última apreciación la hizo mientras observaba su hombría—. Deseo tocarte.

—Soy todo tuyo. —Él no iba a ponerle impedimento alguno.

Ruth Anne, tímidamente pero con decisión, bajó su mano hasta esa parte masculina que la tenía muy interesada. Lo rodeó con firmeza.

—¿Cómo debo tocarte?

Él colocó su mano sobre la de ella.

—Así. —Le enseñó el movimiento que debía emplear para hacerlo gemir de placer.

Cuando vio que la aprendiz comenzaba a superar al maestro, quitó su mano y la dejó hacer a ella. Barnaby simplemente cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Se abandonó por completo a las sensaciones que Ruth Anne le estaba proporcionando. Aquello era el paraíso. ¡Santo infierno! Tuvo que abrir los ojos y centrar su mirada en ella porque estaba sintiendo su lengua sobre su miembro, y era algo que no acaba de creerse.

Ella lo miró a él. Se relamió los labios.

—¿Te gusta tanto como me gustó a mí? —quiso saber Ruth Anne. Porque lo que le hizo fue tan sublime que ella quería comprobar si él también lo estaba disfrutando.

—Te adoro, Ruth Anne. —Estaba en el paraíso.

Suavemente le cogió la cabeza y la invitó a seguir con sus investigaciones. Ella era muy buena engullendo su erección, y más cuando a la vez estaba empleando su mano para aumentar su placer. Su lengua era una delicia. La sentía tímida e inexperta, pero su inquietud por explorar hacía que ella quisiera incluso jugar con sus manos en sus sacos. Estaba a punto de morir de placer cuando se echó un poco hacia atrás para escapar de la codiciosa boca de Ruth Anne.

—¿Lo estoy haciendo mal? —inquirió apenada al ver que acababa de rehuir su contacto.

—Eres un sueño, Ruth Anne, pero si no te detengo no podré hacerte el amor, y no hay nada que desee más que hundirme dentro de ti.

Le cogió la mano que aún tenía húmeda debido al uso de su saliva sobre él y casi se sintió desfallecer. No podía apartar de su mente la imagen de ella, arrodillada y venerándolo en esa parte de su cuerpo.

La tumbó en la cama. Comenzó a besar su boca mientras sus manos acariciaban sus pechos y sus dedos hacían endurecer sus pezones. Ella gruñía y se deshacía en gemidos.

—Siempre hueles a rosas. Me encanta tu olor, Ruth Anne.

—Por favor… por favor… —Su cuerpo se retorcía con cada caricia.

—Lo sé, me necesitas aquí, ¿verdad? —Él apretó ese delicioso botón que se moría por degustar. Ruth Anne estaba empapada y el duque deseaba volver a beber de ella.

Bajó reptando por su cuerpo mientras besaba cada parte de su piel, para colocarse entre sus rizos mojados. Aspiró su olor y se preparó para lamerla como si no hubiese un mañana. Ruth Anne saltó en su primer contacto. Él le apresó las caderas con sus manos, pero ella no podía parar de retorcerse.

—Ruth Anne, tesoro mío, necesito que no te muevas tanto. Quiero comerte entera y no me estás facilitando mi labor.

—No puedo… no puedo… Necesito… necesito…

—Te lo daré, mi pequeño tesoro. —Y su lengua volvió a hundirse para atormentar sin cuartel esa perla abultada que él podría lamer hasta el fin de sus días.

Y la vio llevarse el puño a la boca para evitar dar el gran gemido que pugnaba por salir y anunciar a todos que había llegado al éxtasis de la pasión. Él la lamió después de que ella llegase a su límite. Ese líquido era tan dulce que no estaba dispuesto a desperdiciar ni un poco.

Barnaby regresó de nuevo hacia arriba y hundió su rostro en el hueco del cuello de ella. Empuñó su arma masculina y, poco a poco, con delicadeza, se fue sumergiendo en una cueva secreta de la que sabía que jamás querría salir.

—¡Oh! —Se quejó un poco Ruth Anne cuando sintió un pequeño dolor agudo y rápido.

—Ya está, ya está. —Deseaba rugir de pura dicha por la conquista realizada. Se contuvo porque no tenía la casa para ellos solos.

—Estoy bien, estoy bien. Sigue, no te detengas. —La molestia apenas había sido algo momentáneo, un poco de dolor pero nada que él no consiguiese remediar si volvía a darle el mismo placer que le había dado con su boca.

Barnaby llegó hasta el fondo. Se quedó un momento quieto para darle a ella la ayuda necesaria para acogerlo y, cuando la sintió laxa, comenzó a mecerse lentamente. Tres, cuarto, cinco, seis embestidas y ella salió al encuentro de sus caderas.

El ritmo era constante y la fricción que sentía de nuevo en ese punto femenino que la desquiciaba estaba consiguiendo que volviese a querer gritar de plena felicidad. Ruth Anne se aferró a su espalda y, cuando por segunda vez él hizo que el mundo dejase de girar, hundió sus uñas en su carne, ansiosa, lujuriosa y enaltecida. Se obligó a no gritar y el gemido sordo que emitió fue seguido por uno de igual magnitud masculino.

Juntos, sincronizados en tiempo y lugar. Los dos habían conseguido llegar al mismo punto. Al mismo tiempo. Maravilloso. Abrumador. Una mujer había suspirado con él sobre ella. Barnaby estaba extasiado por ese motivo también.

El duque se colocó a su lado, abrazando medio cuerpo de ella y besando su cuello.

—Ruth Anne, estoy completamente enamorado de ti. —Tuvo que confesarse al fin. Esa comunión que sentía con ella cuando se tocaban… Era tan grande, que junto con las ganas de protegerla, de quererla a su lado para siempre, le dieron una buena pista de que

realmente sí se había ganado su corazón. El duque de Atholl había caído preso de un embrujo aún mayor del que consiguió con su primer matrimonio.

—Ha sido fantástico. —Ella estaba pensando en las cosas que había vivido. ¡Qué pasión! ¡Qué gran placer!

—Tú… ¿estás bien? —Él se incorporó y vio unas ligeras gotas de sangre. Phillipa sangró con más abundancia en su noche de bodas, además de que gritó y lloró mucho. La primera vez que los duquesa de Atholl hicieron uso del matrimonio fue una anécdota para olvidar. Ruth Anne era tan diferente a Phillipa…

Y las dos brujas… Tendría que darles las gracias a la rubia y a la pelirroja por haberle hecho ver la conveniencia de arreglar su casa para que Ruth Anne no recordarse constantemente que él había pertenecido a otra dama.

Barnaby amaba a Phillipa. Aquel fue un amor más puro, menos agresivo, más comedido. Barnaby también amaba a Ruth Anne, y este amor era arrollador, desmesurado, toda una locura.

—Estoy perfectamente bien. Tan bien que no sé cómo podré vivir sin esto que has despertado en mí. —Se sentía tan libertina… ¡No importaba!

Ruth Anne se giró para mirarlo. Le dio un suave beso en los labios.

—¿Qué quieres decir? —inquirió el duque sin saber por qué ella había hecho esa alusión.

—Estaré unos seis meses de viaje —anunció con mucha ilusión.

—¿Disculpa? —inquirió con los ojos como platos.

—Mi madre me ha prometido un viaje a Grecia si venía a tu fiesta… Y de haber sabido que sería tan magnífico no habría aceptado ningún soborno. —Ruth Anne se colocó boca arriba y suspiró, sin darse cuenta de que el semblante de él estaba cambiando peligrosamente—. Debo confesar que tú tenías razón, los dos somos fuego cuando nos tocamos. No puedo resistirme a ti.

Lo que sus cuerpos juntos podías hacer era mágico. Puro fuego. Imposible renunciar a algo así.

—Ni yo a ti —admitió con humildad—. Pero dime qué es eso de un viaje a Grecia.

—Estoy haciendo los preparativos para marcharme con mis padres a Grecia.

—¿Y eso va a ser antes o después de nuestra boda? Porque sospecho que, como tu futuro esposo, tengo mucho que decir al respecto, ¿no crees? —Su voz sonaba áspera.

Ella lo miró con ternura. Le acarició la mejilla. Volvió a recostarse boca arriba. Estaba pletórica.

—¡Oh, Barnaby! No te preocupes por eso. Hace tiempo que valoré tus palabras y esta noche lo he comprendido.

—¿El qué has comprendido? —preguntó él sabiendo que su malhumor iba a empeorar.

—Que podemos ser amantes —explicó la joven como quien dice que está lloviendo.

—¿Cómo has dicho? —Se incorporó y ladeó el rostro de ella hacía él para que lo mirase a los ojos.

—Te lo he dicho antes, tú tenías razón. Nuestra única manera de estar juntos y ser felices es ser amantes.

—No, eso no va a poder ser. Te he dicho que te amo.

—Sí, amas lo que te hago sentir, quién te hago ser cuando hacemos el amor, cuando nos besamos o tocamos. —Aclaró porque al parecer él no lo entendía. Su tono de voz no era el que Ruth Anne esperaba y no comprendía el problema.

—No, Ruth Anne, te amo porque quiero que seas mi duquesa, que vivas conmigo y envejezcas a mi lado. —Él le acarició la mejilla.

—No, tú crees que me amas porque estos días te he obligado a prestarme atención… Eso sin contar que nos hemos fusionado y sientes que tienes que decírmelo. —Ruth Anne también se sentía vulnerable. Estaban desnudos, había compartido sus cuerpos para disfrutar el uno del otro. Era comprensible que él confesase eso precisamente en estos momentos.

—No. Te amo porque te quiero, no hay más. —Se reiteró en su declaración de forma solemne.

Ella lo miró a los ojos. En ellos no vio el menor rastro de… Daba igual. Ella había tomado una decisión y no iba a cambiar de parecer.

—No te ofusques. Es justo lo que querías. Tu corazón está con Phillipa y yo creo que puedo conformarme con esto —se señaló a ella misma y a él—. Con la pasión que sentimos.

Él se levantó de la cama y comenzó a caminar desnudo e inquieto por la habitación. ¡No se lo podía creer! Esto era una pesadilla.

—¿Qué sucede? —Ruth Anne se incorporó y lo observaba desde la cama. Lo veía enfadado y furioso y no comprendía el motivo. Le había dado lo que quería. Le estaba dando su cuerpo sin tener que casarse, porque de esa manera ella también podría blindar su corazón y no sufrir… Era un buen plan, ¿verdad?

—¿Que qué sucede, Ruth Anne? —El duque se mesó el pelo al tiempo que se detenía para mirarla.

—Sí, no entiendo tu enfado.

—Vas a casarte conmigo aunque tenga que raptarte y escaparnos a Gretna Green. ¿He sido lo suficientemente claro? —No era lo mismo. Lo que una vez sintió por su desaparecida esposa no se acercaba ni un poco a lo que ambos habían acabado de compartir. Era aterrador, arrollador, un sueño dulce demasiado intenso como para querer despertar.

—¡No vamos a casarnos! —chilló ella.

—¡Sí, sí vamos a hacerlo! Hace meses que compré una dispensa especial para recitar nuestros votos lo antes posible y esta fiesta va a convertirse en una boda.

—Pero tú dijiste que no querías casarte, que si pudieras me tomarías como tu amante… ¡Yo te estoy dando eso! —Ruth Anne no comprendía nada en absoluto.

—Entonces agradezco tu amable oferta, la declino caballerosamente y te pido que mañana te unas a mí para explicarle a tu padre que nos vamos a casar este fin de semana. Evitaremos decirle la causa.

—¿Y cuál es la causa, si puede saberse?

—Que te amo y te he hecho mía. Me perteneces y vas a ser mi duquesa —explicó todo lo tranquilo que pudo.

—¡No! —Ella también se puso de pie para enfrentarse.

—¿Por qué? Tú me amas, yo te amo, hemos hecho el amor, no hay nada más que discutir. —Lo veía tan claro en estos momentos… Las dudas pasadas parecían ser sencillas tonterías.

Ruth Anne entró en pánico. Después de un tiempo de convencerse de que no debía ansiar lo que no le podía dar… ¿No comprendía el sacrificio que había tenido que hacer para admitir que podría vivir sin su amor?

—¿Qué pasa con Phillipa?

Él se tensó.

—La amaba también, de otra manera —un modo que no se parecía en nada a este amor que sentía por Ruth Anne—, pero es amor al fin y al cabo. Son dos amores diferentes. Mi difunta esposa, como me has hecho comprender, no es un impedimento para que me permita sentir por ti devoción. —Si Barnaby no iba con cuidado ella lo tendría alrededor de su meñique y no iba a consentirlo.

—¡Oh! —Ella había estado esperando tanto tiempo por esa respuesta… Aun así no se fiaba de él. ¿Y si después se daba cuenta de que no era tan perfecta como Phillipa? ¿Y si se daba cuenta de que en verdad había sido lujuria y que por miedo a perderla le había declarado su amor?

—¿Qué se supone que significa ese «oh»?

—Lo lamento, pero yo… yo… yo… —Tenía que pensar algo para salir del aprieto. ¡Ella se negaba a dar su brazo a torcer! No después de tanto sufrimiento para aceptar la sugerencia de él. ¡Barnaby no podía hacerle eso!

—¿Tú qué? —le preguntó con una ceja levantada.

—Me temo que amo a otro hombre. —Era un disparate, ¡pero es que no se le ocurría otra cosa!

—¡Mientes! —Estaba seguro de ello.

—No, porque tú mismo lo has visto en la biblioteca. —Por una vez el amigo de su amigo le iba a servir de algo.

—¿Londonderry? —preguntó con un graznido totalmente incrédulo.

—He estado enamorada de él desde bien joven. —Improvisó… ¡Es que no podía casarse con el duque!

—De todos los hombres que habías podido elegir, te has hecho con el que más daño podría causarme. —La vio fruncir el ceño sin comprender—. Bastian es mi ahijado.

—Yo… No lo sabía…

La miró amenazante.

—¿No lo sabías cuando estabas en la biblioteca abrazada a él o cuando hacíamos el amor? —Estaba furioso. Más allá de creer en su aseveración, estaba molesto por que ella nombrase a otro hombre después de hacer el amor con él. ¡Y encima le decía que amaba a otro!

—Yo…

—Vamos, Ruth Anne, o estás mintiendo o eres la mayor de las arpías. ¿Quién estás siendo? Dime la verdad —bufó mientras comenzaba a recoger su ropa y se vestía. Estaba demasiado enfadado para quedarse más tiempo.

—No puedo casarme contigo. Lo siento.

Él se abrochó los pantalones y se encaminó hacia ella. Ruth Anne retrocedió en la cama y agachó la mirada.

—Pues, como una vez bien dijiste, tenemos un problema.

Ella lo miró ahora. Sus ojos se encontraron. Estaba furioso, lo veía.

—¿Problema? ¿Qué problema?

—Pronto lo descubrirás.

En dos zancadas se marchó de la habitación hecho un basilisco y refunfuñando cosas ininteligibles.

Por supuesto, Ruth Anne no consiguió pegar ojo. Se debatía en rememorar la pasión vivida y la furia vista en él después de hacer el amor. ¿Por qué era todo tan complicado? ¡Si ella le había dado lo que deseaba!

Capítulo 10

Una extorsión por amor

Era una mentirosa de primera. El duque de Atholl se encerró en su habitación maldiciendo su mala suerte. Esa mujer era más vengativa y testaruda que… que… que… ¡Que cualquier persona que hubiese conocido! Sí, así era.

Era un hombre de naturaleza celosa… como todos sus amigos. Cuando entró en la biblioteca y la vio abrazada a Bastian sintió su estómago darse la vuelta y su corazón quedar aplastado por una loza de realidad.

Una vez el duque de Cass le dijo que a Ruth Anne su ahijado no le era indiferente. Luego de aquello había tenido que lidiar con el buen señor Rosenwood y una horda de pretendientes que en las últimas semanas la asediaban pidiéndole bailes y conversación. ¿Cómo era posible que con su popularidad hubiese aguantado tantas temporadas soltera? El destino le estaba dando una buena lección.

Las dos brujas le habían dicho qué hacer a cada paso y todo parecía que iba dando sus frutos. Cuando invitó a la familia del duque de Cass a su fiesta, las dos amigas de Ruth Anne dijeron que se encargarían de que todo saliese bien. La pelirroja le dijo que él contaba con una nueva aliada porque la duquesa de Cass se había

puesto de su parte al ver que se había convertido en el más perfecto de los pretendientes.

Recapituló todo lo que había acontecido esa noche, porque algo se le escapaba y era fundamental. Era complicado pensar con objetividad con el enfado tan monumental que llevaba encina. La muy arpía le había mentido a la cara. Ella no estaba enamorada de otro o no se hubiese entregado a él con esa facilidad… ¡Pero si hasta le había suplicado que le hiciera el amor! Está bien, tanto como suplicado no, pero se lo había pedido de forma muy urgente. Y luego ocurrió esa tonta pelea. ¿Qué demonios se proponía Ruth Anne? ¿Castigarlo más? Nunca la hubiera tomado como una mujer vengativa, pero de cosas peores estaba el mundo lleno. Bien, si ella quería guerra se la daría, y que afrontase las consecuencias porque el león se había cansado de ser un gatito dulce y cortés.

Comenzó por repasar los detalles de lo sucedido para trazar su hoja de ruta. Le había enviado una nota a su habitación… pero su alcoba era la contigua a la que él le había asignado. ¿Cómo entonces había llegado esa nota a sus manos si fue entregada bajo la puerta equivocada? Después estaba Bastian… ¿Qué hacía el marqués de Londonderry allí en la biblioteca con ella? ¿Abrazándola? Extraño. En todas las semanas que persiguió a Ruth Anne nunca había visto… ¡nada entre ellos! Si ni siquiera se miraban. No hubo ni un movimiento que le hiciera pensar que pudiera haber algo… Su ahijado siempre andaba peleando con la bruja rubia. Esos dos no podían estar juntos en paz en la misma habitación ni unos pocos segundos.

Algo se le escapaba. Se acostó a dormir sabiendo que no pegaría ojo porque Ruth Anne lo había puesto de muy malhumor.

¿Cómo una de sus mejores noches había podido terminar en catástrofe? Barnaby no lo entendía.

***

A la mañana siguiente, después de dar infinidad de vueltas en la cama y no haber pegado ojo, Barnaby se levantó sabiendo exactamente lo que tenía que hacer. Mandó a un lacayo a que averiguase quién ocupaba la habitación que había designado para Ruth Anne y que ésta había cambiado. No se la entregó porque quisiera mortificarla, sino porque después de la de la duquesa era la mejor que había en la casa, y puesto que no podía darle aún la contigua a la suya decidió honrarla con esa alcoba.

Bien. Cuando el lacayo regresó explicando que, según había podido averiguar, la que residía en la alcoba era *lady* Margot, apodada por él como bruja rubia, todo comenzó a tener un poco de sentido. La mañana comenzaba con aires renovados.

Una vez conocida la identidad de la mujer, se fue en busca de Bastian. Lo encontró en los establos preparado para salir a caballo. El muchacho iba en compañía del hijo de Cass y pronto despachó a Alexander.

Se aseguró de que no hubiese nadie en el recinto y comenzó a hablar con su ahijado de hombre a hombre.

—¿Qué sucedió anoche en la biblioteca? —le preguntó, sin ceremonias, Atholl.

Londonderry puso las manos en alto en señal de rendición.

—Juro que no sé qué hacía *lady* Ruth Anne allí.

—¿Debo entender que esperabas a otra persona?

—Como buen caballero que soy, no negaré ni confirmaré dicha afirmación.

—¿Rubia? —inquirió mientras levantaba una ceja ducal.

—No tengo nada que decir a ese respecto.

—¿Le enviaste una nota para citarte en la biblioteca a la rubia?

—He dicho que no tengo nada que alegar.

—Comprendo. —Tenía que admitir que el chico estaba protegiendo bien la identidad de la dama—. Pongamos por caso que anoche, como hipótesis, quisieras haber acordado una cita con una dama.

—¿Sí?

—¿Cómo lo hubieras hecho? —Abrió mucho los ojos para ver si Londonderry seguía su planteamiento.

—¡Ah! Si hubiese querido citarme con una mujer, lo habría hecho por medio de una nota.

—¿Cómo la hubieses entregado?

—En caso de haber escrito esa nota, que no digo que la haya redactado, lo suyo hubiese sido pasarla por debajo de la puerta de la habitación de la dama.

—¿Y tu lugar para citarla hubiese sido la biblioteca?

—En caso de que hubiese hecho algo de esa índole, cosa que no admito ni desmiento, sí, habría elegido la biblioteca para una cita nocturna porque está más alejada y tiene más luz natural en plena noche debido a sus amplias ventanas.

—Muy bien.

—Aun así, quiero que quede claro que hemos estado hablando de un caso no real. —Bastian no quería más líos.

—Tomo nota y aprovecho para decirte que si vuelvo a verte cerca de mi futura duquesa en una actitud impropia, te daré los azotes que tenía que haberte dado hace muchos años… ¿Comprendido?

Londonderry tragó saliva por la mirada tan profunda que le estaba dando su padrino.

—Como he dicho antes, juro que no sabía que ella era ella.

—Lo sé.

El duque de Atholl se giró para iniciar el camino de su siguiente parada cuando se detuvo y volvió a mirar a Londonderry.

—La rubia es muy peligrosa, yo en tu lugar evitaría molestarla.

—Lo sé —le tocó decir a Bastian ahora.

Bien, se dijo Barnaby. Había pasado de puntillas por el lado de Cass y era momento de echarle valor al asunto y tener una conversación, que no sería fácil, con su futuro suegro. Esa pequeña arpía era la que lo había obligado a tomar medidas extremas.

Sus sentimientos hacia ella estaban claros. Había más, mucho más, que lujuria en su interior. Si en un primer momento había

creído que lo único que lo unía a Ruth Anne era una cuestión carnal, porque sus inclinaciones hacia la dama en poco o en nada se parecían a lo vivido con Phillipa, pronto supo que era otro tipo de amor. Fue tan arrollador que lo confundió con los placeres de la carne. No. Él la amaba porque tenía sentimientos muy intensos por ella cuando estaba cerca, y otros aún más abrumadores cuando no la tenía a su lado.

Vengativa o mentirosa, merecía una lección.

Encontró al padre de ella sentado en la biblioteca leyendo el periódico. Atholl entró y carraspeó para indicar su presencia. Cass apartó el periódico, le dedicó una mirada y de nuevo regresó la vista a las letras impresas. Barnaby volvió a carraspear y el duque de Cass no le hizo el más mínimo caso.

—Tenemos una conversación importante pendiente. —Rompió el silencio Atholl.

—No. Yo ya dije lo que tenía que decir. Si estoy aquí es porque mi esposa… —Se detuvo, no diría que la duquesa lo había obligado a venir porque eso sonaba demasiado ridículo para un hombre hecho y derecho como él. En efecto Anne le dijo que reiniciaría sus deberes conyugales si accedía. Y estaba bastante necesitado debido a lo sucedido en los últimos tiempos a causa de Ruth Anne y el estúpido Atholl.

—Siento que nuestra amistad se ha resentido y soy sincero cuando te digo que lo siento mucho.

Cass apartó el periódico. Lo vio sentado delante de él.

—¿Has vuelto a hacerle daño a mi hija? —preguntó sin rodeos.

—Algo ha sucedido. —Vio a Cass apretar con fuerza las hojas del periódico—. Tu hija tiene que casarse conmigo. —Barnaby había llegado demasiado lejos como para acobardarse.

—El contrato se rompió. Ruth Anne no te quiere como esposo.

—Creo que no has entendido bien lo que he dicho.

Cass se despegó del respaldo de su cómodo sillón y se acercó para inspeccionar mejor al que antaño fue un amigo querido… No es que lo odiase, pero su vida se había puesto patas arriba desde que

había tratado de orquestar el matrimonio de su hija. Otro en su lugar le hubiese ordenado a Ruth Anne hacer lo que él había previsto para ella. La culpa era de su esposa, Anne era demasiado progresista… Bien es cierto que Cass era sumamente protector también… Y cuando vio que Ruth Anne llegó aquella noche tan desolada… No tuvo corazón para ordenar nada y sí divisó en su interior la protección de un padre que lucharía por el bienestar de su hija pequeña.

—Estás tentando tu suerte, porque hace tiempo que quiero retarte a duelo, darte un nuevo puñetazo o, mejor aún, asesinarte con mis propias manos.

—Me temo que lo que tengo que decirte no hará menos atractivas esas sugerencias.

—¿Ah, no? —Los dos se miraban con seriedad a los ojos.

—Antes de que te invada la ira asesina de nuevo, quiero que recuerdes que yo era un hombre felizmente amargado en el campo, llorando a la esposa que no pude salvar. —Un poco de compasión no le vendría mal en estos momentos.

—¡Eres un desagradecido! Te he entregado lo mejor que podías haber encontrado. Tus acciones de las últimas semanas demuestran que eres un hombre desesperado por llamar la atención de una mujer que yo te serví en bandeja.

—No lo negaré. Pero necesito que recuerdes que tú me trajiste a Londres con un falso pretexto y, aun sabiendo de mi carácter, de mis circunstancias y de lo difícil que ella lo iba a tener, la colocaste ante mis ojos conociendo perfectamente que era el tipo de mujer al que no me podría resistir. —Siempre le gustaron las mujeres redondeadas con esa mirada profunda que…

—Estás hablando de mi hija. ¡Mide tus apreciaciones!

—Esto no ha hecho más que empezar.

—¿Debo ir a por mis pistolas a la ciudad? —preguntó sin humor.

—Espero que no haga falta, porque he llamado al vicario del pueblo para que venga a oficiar una boda lo más rápido que se pueda. —Decidió soltar la bomba sin más adornos.

—No sigas por ese camino. —Cass lo miraba con ira.

—He tomado como mi mujer a Ruth Anne antes de recitar mis votos.

El duque de Cass, quien no era ya el joven muchacho viril que fue en su juventud, se levantó rápido como una bala y en menos de un minuto tuvo sujeto por el cuello a un Barnaby asombrado.

—Ese vicario deberá llegar en dos segundos, porque ese es el tiempo que vas a tener para casarte con mi hija antes de que te mande al infierno del que nunca debiste salir. —Cass estaba tan furioso que resultaba un milagro que Atholl continuase con vida.

—Cass, por… favor… —El futuro esposo no podía respirar debido a la fuerte presión que el duque estaba aplicando sobre una garganta que nunca fue tan frágil como ahora.

—¿Qué esperabas? ¿Que no te matase por haber hecho de mi hija una perdida? ¿Qué te diese mis bendiciones? —¡Este hombre tonto! Además de inepto, tozudo, arrogante, desagradecido…

—Cass… no te… serviré de nada… si muero… antes… de convertirla… en mi… duquesa… —No debía defenderse porque era culpable del mayor de los pecados. Había corrompido a una mujer virginal sin haberla hecho su esposa. Eso en su mundo era similar a haber asesinado a un hombre… O tal vez incluso peor, dependiendo de los círculos sociales.

Lo soltó y se encaminó a la ventana tratando de contener la rabia. El duque de Cass no era un hombre violento, pero la situación era del todo atípica. Algo se había torcido. Cuando el padre de Ruth Anne ideó el matrimonio perfecto para su hija, supo que sería complicado que ese hombre que había elegido para su niña diese su brazo a torcer. En ninguno de los caminos posibles que esa pareja pudiese haber elegido figuraba el hecho de que ella resultase deshonrada y que se tuviera que casar con presteza para evitar el escándalo.

—¿La has forzado? —Si le había hecho daño a su niña, ese hombre estaba con un pie en la tumba.

—Nunca haría algo semejante, ¿por quién me tomas? —se defendió indignado por la acusación, mientras se tocaba el cuello con la mano para asegurarse de que todo seguía en su sitio.

—Entonces la has seducido. —¡Eso era todavía peor!

—Te dije que la quería nada más la vi. Tu hija es una mujer que ha resultado muy… vengativa. No he tenido más opción que hacer lo que he hecho. No era mi intención que todo resultase de modo tan extravagante. Además, tú no me ayudaste demasiado cuando decidiste quemar los contratos. —Ese asunto no lo había olvidado del todo. Su amigo la colocó ante sus ojos y al menor problema se lo sacudió de encima. Bien. Sí, no fue un problema pequeño… ¡Pero pudo haberle ayudado!

—¿Qué querías que hiciera cuando mi hija llegó asegurando que la habías matado por dentro? Y más cuando sé que en los últimos cuatro años has sido un ser tan cruel y egoísta. Vives apartado de la sociedad, en la oscuridad. Mi hija era esa luz que podía iluminar tu existencia, darte un motivo para vivir. ¡Tú trataste de apagarla! —lo acusó sin volverse para mirarlo. Si lo veía podría volver a intentar asesinarlo.

—Necesito tu apoyo, Cass. —Atholl se mostró humilde en su petición.

—No puedo salvarla ahora de ti. Ella ha decidido entregarse y esto únicamente puede acabar en una boda. —Ruth Anne había sellado su destino.

—Tu hija no es una mujer fácil.

—Mi esposa dice que Ruth Anne tiene mi carácter.

—Lo tiene.

—¿Cuál es el problema ahora? —Cass estaba haciendo malabares para poder mantenerse tranquilo y cuerdo.

—Tu hija se niega a casarse conmigo.

—¿Disculpa? —Cass dejó de mirar el paisaje y se giró para afrontarlo.

Barnaby no podía olvidar el hecho de que estaba hablando con el padre de la dama y, aunque ya había traicionado la confianza de ella

al ir a chivarse a Cass, debía medir bien sus palabras. No podía decir que Ruth Anne le había propuesto que se convirtieran en amantes, no cuando había sido una idea que él plantó en su mente.

—Creo que tu hija no me ha perdonado del todo.

—¿Estás diciendo que Ruth Anne…? —Cass hizo una pausa, hablar de su hija en esos términos íntimos era una auténtica pesadilla. Respiró profundamente y siguió—: ¿Que Ruth Anne se ha entregado a ti pero como castigo te deja libre como un pájaro?

Vio a Barnaby afirmar con la cabeza y él tuvo que negar con la suya. Había oído infinidad de chismes sobre damas que atrapaban a sus pretendientes al seducirlos para que ellos las desposasen aludiendo a su honor de caballeros, pero esto era nuevo.

—Lo siento —se volvió a disculpar el duque más joven.

—Mi hija tiene que casarse contigo. No hay discusión que valga.

—De ahí que necesite tu mediación en este… conflicto.

—Dile que la amas y todo quedará resuelto. Mi esposa me dijo que Ruth Anne estaba muy triste porque te amaba y tú no la correspondías. Del mismo modo, Anne cree que estás enamorado porque ningún caballero sin un verdadero interés en la dama hubiese aguantado a la horda de pretendientes de mi hija sin armar un escándalo. Mi esposa sostiene que querías ganarla limpiamente… Algo en lo que coincidía con ella, pero está más que claro que el juego limpio se te olvidó en algún momento del cortejo. ¿Verdad, Atholl?

—La amo, se lo he dicho, y creo que incluso demostrado con mis gestos, pero ella no me cree. Pienso que teme que yo la vuelva a herir. Está convencida de que yo… Bueno… De que yo…

—Escúpelo de una vez —lo incitó cuando lo vio tan temeroso—, no habrá nada más delicado que alegar que lo que ya has confesado.

—Cree que únicamente la quiero para satisfacer mi lujuria —expuso rojo como un tomate. Hacía tantos años que Barnaby no se ruborizaba que creyó que más que un rubor le estaba dando un ataque al corazón.

—¡Santo Jesús del cielo! No quiero ni pensar por qué mi hija cree algo semejante, puesto que me niego a pensar que eso haya partido de su mente. —Cass apretó los puños tratando de contenerse. No podía asesinarlo, no cuando su hija necesitaba tanto la protección de un esposo. Si las consecuencias dieran como fruto un niño, su nieto no sería un bastardo, por lo que no podía matarlo por más ganas que tuviera.

—Quiero enmendar todo este desaguisado. La quiero como mi esposa. La necesito a mi lado porque ahora sí sé cómo me siento. Ella me ha despertado de mi angustioso sueño y no quiero volver a ser el viejo y amargado Atholl que era. Ruth Anne me llena de energía, me impulsa a querer vivir feliz y a despojarme de mis malos recuerdos para conservar los buenos. No te mentiré, nunca olvidaré a Phillipa, porque la amaba, pero lo que siento por tu hija también es amor. He vivido cuatro años en la oscuridad y, ahora que veo esa luz, a la que has aludido hace unos instantes, que me ha librado de mi ceguera, no estoy dispuesto a seguir malgastando mi vida.

Una llamada a la puerta interrumpió la charla entre ambos hombres.

—Adelante —dio permiso Barnaby a su lacayo.

—El señor Preston ha llegado y lo espera en la capilla de la finca, su excelencia.

—Gracias, puedes retirarte. —Barnaby miró con esperanza a el duque de Cass—. ¿Apruebas la boda?

—Esto se nos ha ido de las manos. A ti, a mí y a Ruth Anne. Es hora de que os caséis. Quiera o no Ruth Anne, vivimos en una sociedad donde hay ciertas normas que son irrompibles. Una mujer mancillada es peor que una que tenga la peste.

—Te prometo que tu hija no volverá a ser infeliz. No al menos por mi causa. —Lo decía completamente en serio.

—Supongo que necesitas que haga yo el trabajo sucio desde aquí, ¿cierto? —Ser padre era el mayor y más costoso de los trabajos.

En situaciones como ésta se reprochaba haber sido tan permisivo con ella. No hubiese podido hacer otra cosa, porque adoraba a sus hijos pero… Al menos no tendría que preocuparse por Alexander. Como conde, y futuro duque, podría desposarse cuando quisiera —esperaba que pronto, porque quería su casa para él y su esposa— con una dama, preferiblemente de buena familia y con una excelente dote.

Bien. Se alegró de que ésta sería la última hija a la que tendría que casar. Con eso sus dolores de cabeza terminarían.

—No negaré que me simplificaría mucho las cosas que fueras a hablar con ella y la ayudases a comprender su deber. —insistió el nuevamente pretendiente.

Cass suspiró.

—Espéranos en la capilla en unas tres horas.

—¿Tanto tiempo? —Eso le permitiría a su díscola prometida idear un plan para huir, o algo mucho peor.

—Necesitas despedir a buena parte de tus invitados para que esto no nos estalle en las manos. ¿Qué alegarás?

El duque de Atholl comprendió su idea.

—Una indisposición.

—¿Una indisposición?

—¿Se te ocurre otra cosa? Si creen que estoy aquejado de algo infeccioso se marcharán rápidamente.

—Bien. Hazlo así.

Cass se marchó de la biblioteca y puso rumbo a la habitación de su hija. Cuando llegó a la morada de Atholl se aseguró de saber su ubicación exacta en la casa. ¡La tenía que haber vigilado mejor!

***

Ruth Anne no se había atrevido a salir de su habitación durante toda la mañana. ¿Qué diantres la impulsó a decir semejante

barbaridad? ¿Amantes? ¿Cómo, en nombre de Dios, se había atrevido a decirle algo tan escandaloso como eso? ¿Lo habría hecho en un intento por vengarse de su afrenta? ¿Tan vengativa era ella? No lo sabía. Sinceramente, no supo el verdadero motivo por el que le habló de ello a Barnaby.

Barnaby… Era un nombre tan dulce que pronunciarlo le daba mucho placer, tanto como él le proporcionaba cuando se tocaban.

No mentiría si confesase que anoche la idea de convertirse en amantes le agradaba mucho… Pero por el día todo se veía completamente diferente.

El placer carnal era adictivo. Lo que le hacía sentir la catapultaba a un mundo donde únicamente necesitaba una cosa: saciarse. Con cada caricia le despertaba un hambre tan crudo que creía que moriría de inanición. Y era él quien le daba de comer con su cuerpo.

Barnaby había cambiado tanto… Se veía ciertamente interesado en ella. Pero, ¿cómo saber si podía llegar a amarla o si lo que decía era cierto?

El problema era que no sabía hasta qué punto él había conseguido compartimentar su corazón para dejarle un espacio que hasta el momento había ocupado su difunta esposa.

Él estaba enfurecido cuando se marchó de su habitación. Bien. Así sabría lo que ella sintió aquel día en el que hizo trizas su corazón… Pensándolo un instante, tal vez sí hubiese una pizca de venganza en sus actos.

Era el hombre perfecto. El indicado para tratar de hacerla feliz. Entonces, ¿por qué se convertía en la cobarde de esta historia? ¿Por qué había querido apartarlo? Sí, apartarlo, porque cualquier mujer sabría que un hombre de honor que despojaba a una mujer de su virtud tenía que casarse con ella.

¿Le habría tendido una trampa? Nunca escuchó decir a nadie que un hombre le hubiese tendido una trampa a una mujer para casarse con ella, entre otras cosas porque el hecho de que un hombre quisiera casarse con una mujer era motivo suficiente para que la

fémina se postrase de rodillas y diese gracias. ¡Injusta sociedad con doble rasero para hombres y mujeres!

Este pensamiento le hizo dar un violento tirón a las sábanas para apartarlas y salir del lecho. Ruth Anne se encaminó hacia la ventana. Necesitaba sentir un poco de aire en su rostro a fin de despejar sus ideas.

La cosa estaba clara. Lo amaba, de forma apasionada además, deseaba ser su esposa sobre todas las cosas, y sí, quería casarse con él. Tal vez la noche la confundió y su vena de arpía se alzó para darle una lección. Una cosa estaba clara, fuese correcto o no pensar en ello: Ruth Anne sabía que nunca podría vivir sin la pasión carnal que había despertado en ella.

Esa comunión entre ambos a la hora de ser uno solo…

El aire fresco que entraba por la ventana le estaba viniendo muy bien para bajar los ardores que las vivencias que venían a su mente estaban despertando.

Y frunció el ceño al ver una larga fila de carruajes apostándose en la entrada de la casa del duque. Eran sus invitados que parecían marcharse a toda prisa. ¿Qué habría sucedido?

Justo en ese momento llamaron a la puerta. Concedió permiso para acceder y su padre apareció con cara de… de… de… ¿enfado?

—Buenos días, Ruth Anne.

—Buenos días, padre. ¿Nosotros también nos marchamos como el resto de los invitados? —Lo animó a que se uniese en la ventana para ver el desfile de nobles que dejaban la fiesta.

—Me temo que nosotros es imposible que nos marchemos.

Ruth Anne miró con atención al duque.

—¿Sucede algo malo? ¿Madre está bien? —La actitud solemne y taciturna de su padre la estaba preocupando muchísimo.

—Esto no hay forma de explicarlo con medias tintas.

—¿El qué? —inquirió ella cuando Cass paró de hablar.

—El vicario del pueblo ha venido para oficiar una boda… Tu boda. Ponte tu mejor vestido. Tu familia te esperará en la capilla.

Ruth Anne sintió sus rodillas desfallecer.

—¿Ha dicho mi boda? —Acababa de escuchar bien a su padre, pero las palabras del duque bailaban por su mente y no conseguía darles sentido.

—Eso he dicho.

Su padre no la miraba.

—¿Puedo preguntar quién es mi futuro esposo, padre? —lanzó con humildad y cautela.

—Me parece que esa cuestión no necesita respuesta a estas alturas, ¿no te parece?

Enrojeció de la cabeza a sus pies, tan humillada que dolía. Alguien debió haberlos escuchado anoche. No sabía cómo, pero su padre, que la miraba con una seriedad muy rigurosa, se había enterado de lo que había hecho.

—Comprendo. —Se preparó para gritos, lamentos… Se merecía lo que le dijera.

El duque se giró para mirarla.

—Ruth Anne, me has defraudado. Esperaba más de ti. Te dimos una buena educación, nunca demostraste ser una muchacha temeraria, siempre tuviste los pies en la tierra. Esa actitud tuya… —Su padre no podía creerse que su pequeña se hubiese entregado a un hombre sin estar debidamente casada—. Cuando Atholl… Bueno, cuando me informó sobre la necesidad de oficiar una boda lo más urgente posible… yo…

Ruth Anne abrió los ojos como platos. ¿Él la había traicionado? Se acercó a su padre que estaba de pie cerca de la puerta de salida.

—Padre, ¿me está diciendo que Atholl le ha hablado de mi…? ¿De…? —Sus suaves mofletes estaban tan encendidos que podría encender fuego si le rozaba una cerilla.

—¿Hay alguna posibilidad de que mienta, Ruth Anne? —Quiso saber de inmediato. Esa posibilidad no se le había ocurrido. ¿Y si el duque había levantado falso testimonio para acorralar a su hija? Y lo supo. Cass supo nada más su hija bajó los ojos avergonzada que todo lo que le había relatado el duque de Atholl era verídico.

—Lo siento.

—Me hiciste romper el acuerdo con él. Llegaste a mi casa llorando y anulé el acuerdo porque prácticamente aseguraste que no podrías tomarlo como esposo nunca… Cuando comenzó a cortejarte de modo público, te pedí que tuvieses en cuenta que él podía haberse enamorado de ti. Tú me aseguraste que eso era del todo imposible. Pese a ello, flores, poemas, libros, dulces e incluso alguna joya llegó a mi casa y tú no devolviste los regalos. Te volví a preguntar, porque no entendía el motivo por el que no querías acceder a ser su duquesa. Adujiste a que nunca podrías confiar en él. ¿Qué te impulsó a confiar en esa misma persona anoche, Ruth Anne? —Le arrojó la cuestión de modo tan mordaz que ella sintió como el cuchillo de la vergüenza cortaba su fina piel.

—Siempre he dicho que lo amaba. Nunca lo he negado.

—Las mujeres se casan con los hombres que aman, no los torturan como tú has hecho con él para acabar ofreciéndote como una… como una… ¡Por Dios santo, Ruth Anne! Eres mi hija, una dama criada para saber que su reputación debía estar en el mayor de los escalones de aptitud. ¿Qué te ha pasado?

—Lo siento, padre. Lo siento. —Comenzó a llorar. Con la vista baja e incapaz de mirar a su padre a los ojos, Ruth Anne sentía dolor en su corazón por haber llevado la vergüenza hasta ese hombre que la había cuidado siempre.

—Te casarás con él. —No era una pregunta.

—Padre, yo no sé si…

—¡No! Ni te atrevas a poner una excusa. Eres suya por tu propia voluntad. Dios bendecirá vuestra unión en pocas horas y nos olvidaremos de esto.

—Madre… ¿Madre, lo sabe?

—No, ni lo sabrá nunca. Diremos a todo el mundo que el cortejo no pudo hacerse más largo porque ambos os descubristeis terriblemente enamorados y no podíais esperar más. Tu futuro esposo usará la cara licencia especial que adivino guardaba desde que te conoció… —Él sabía desde primera hora que esa pareja iba a

funcionar… ¿Por qué se torció todo? ¡Se torció porque eran testarudos!

—De verdad que siento cómo ha ido todo esto. Yo… Lo lamento. Por favor, padre, no puedo soportar verlo enfadado por mi causa.

—Entonces debiste haber pensado mejor lo que hacías, Ruth Anne.

Cass salió de la habitación enfadado, pero sobre todo muy triste. Quería lo mejor para sus hijos. Una boda apresurada con su hija deshonrada… Era lo peor que a un padre le podía suceder.

Las lágrimas continuaron cayendo libres. Le había fallado a su padre por ser testaruda y cabezota. Había cometido el terrible error de arrojarse a los brazos de la pasión sin ser una mujer casada. Pecadora a ojos de Dios, de la sociedad, del mundo. Poco podía hacer ya más que lamentarse. Atholl había traicionado su confianza del modo más miserable al haberle contado su secreto a su padre. Obligada. Se sentía obligada a desposarse. Lo que una vez tramó, cuando ideó con sus amigas un plan para cazar a un marido, se había vuelto contra ella. Se sentó en el tocador compadeciéndose de sí misma. No es como si fuese inocente…

Pocos minutos después llegaron April y Margot. Sus amigas la animaron todo cuanto pudieron. Iba a cumplir el mayor de sus sueños: iba a casarse. No se sentía un milagro bienvenido. Margot le puso el precioso anillo que el duque de Atholl había dejado en su habitación y le sonrió tímidamente. Las dos se miraron de un modo tan cómplice que April sintió celos.

—¿Estás bien, Margot? —Ruth Anne necesitaba saber que su amiga estaba en buen estado de ánimo.

—Lo estoy. No debes preocuparte por nada en absoluto. —Las dos amigas se tomaron de las manos y se las apretaron en señal de ánimo y consuelo. April, que no se había perdido detalle de la escena, se sintió muy molesta. Esas dos escondían algo.

—¿Soy la única que no sabe lo que ha sucedido para que se celebre una boda a prisa y corriendo? ¿Por qué estáis tan… tan… tan…? —No se le ocurría ninguna palabra.

Ruth Anne se giró. La miró y se abrazó a ella.

—Te quiero, April. Me alegra mucho que estés aquí conmigo. Me alegra que Margot y tú estéis.

—¿Todo está bien, Ruth Anne? —April estaba muy preocupada por su adorada amiga.

—Lo estará. De un modo u otro, lo estará.

—¿Lo prometes? —la presionó April.

—Sí. —Ruth Anne le sonrió—. Hoy es el día en el que mi sueño de convertirme en esposa va a cumplirse.

Entonces una doncella apareció en su habitación para ayudarla a prepararse para la boda familiar que allí iba a celebrarse.

Poco después se vio ante el párroco del pueblo con el altar de la capilla familiar de fondo, donde también se encontraban su familia —incluida tía Ruthy, quien la miraba embelesada—, sus amigas y los señores Sunne, además del novio, por supuesto, y Phillipa. Sí, la difunta esposa de él, cuya escultura estaba a la entrada de la capilla…

Ruth Anne sentía que iba a desmayarse en cualquier momento. No lo había podido ni mirar. Estaba enfadada con el duque porque se había chivado a su padre, y su héroe, su protector, el hombre que siempre había confiado ciegamente en ella, estaba furioso con su actitud. Sí, sí, de acuerdo. Ella era la primera culpable de todo el asunto, pero Barnaby no tenía derecho a haber hecho lo que hizo… ¿verdad?

Oyó un carraspeó a su lado y se giró para mirarlo por primera vez. Sus ojos verdes la miraban suplicantes. Su pelo castaño lo llevaba peinado hacia atrás de forma muy elegante. En su cara no había restos de barba, él siempre lucía un rostro muy apurado. Sus duras facciones estaban muy suavizadas. Miró su cicatriz. Cada vez que la veía sentía ganas de tocarla, como sucedió aquella primera vez en su casa. Era el hombre más apuesto que había visto en toda su vida. Y lo oyó nuevamente carraspear. Eso hizo que se fijase en sus labios. No eran ni gruesos ni finos, pero sí perfectos para besar. Para besarla a ella.

Otro carraspeo de él hizo que Ruth Anne se volviese a concentrar en sus ojos. Hoy la miraba de una manera extraña, diferente. Lo examinó con mucha atención. Su color verde era precioso, como una esmeralda, y tan claros que veía ahí reflejado algo… algo… algo como… como… ¿como amor? Ruth Anne frunció el ceño y lo miró más fijamente todavía. En su mirada divisó una promesa. Un juramente de devoción, de amor, con una intensidad tan arrolladora que la hizo exhalar y dejar sus pulmones sin aire debido a la impresión.

La amaba. Ella se resistía a creerlo, pero lo estaba viendo. Esa mirada que ponía sobre la suya era la misma, exactamente igual, a la que ella le puso en el campo cuando le declaró que lo amaba. Era el mismo sentimiento. Ellos estaban enamorados. Estas semanas atrás se negaba a creerlo por miedo a sufrir un nuevo desengaño. Anoche mismo, cuando le confesó la fuerza de sus sentimientos, decidió no creerlo. Pese a que su corazón le ordenaba todo lo contrario, decidió hacerle caso a su mente. Se negaba a ser vulnerable a dejarlo entrar plenamente en su vida.

Ruth Anne se daba cuenta ahora que iba a convertirse en la esposa de Barnaby, que había sido cobarde. Tanto o más que él. Al menos el duque se había cerrado al amor por miedo a volver a perder a una nueva esposa. Su madre así se lo había hecho ver. Incluso April y Margot se habían aliado con él en la campaña de conquista, y eran sus dos mejores amigas. Ellas no harían nada que pudiera dañarla. Si él había convencido a su madre y a sus dos amigas de que la amaba, tenía que ser cierto. ¡Y al fin lo veía ahí! ¡Antes sus ojos! Ese amor que iba más allá de la seducción.

Su corazón se calentó y en sus labios estaba apareciendo una sonrisa sincera, pero de pronto….

—No, no puedo. Lo siento, Ruth Anne, no puedo hacer esto. No puedo casarme contigo —dijo derrotado el duque de Atholl mientras ella se quedaba con la boca abierta.

***

A medida que el duque de Atholl se vestía para su boda se sentía más miserable. ¡La culpa era de ella! Lo había enfadado con su mentira y la veía tan fiera en sus ideas que no le quedó otra que usar al padre como arma arrojadiza.

Bien. Lo hecho, hecho estaba. Estaba decidido a convertirla en su esposa y ella no iba a poner ningún tipo de impedimento. Además, no es como si la joven previamente no hubiese metido en sus asuntos a su padre, porque Ruth Anne se había escudado en él haciendo que el duque de Cass rompiese el contrato. Se podría decir que estaban a la par, lo cual no impedía sentirse rastrero…

Ambos se encontraron a la entrada de la iglesia. Ella no parecía una novia. No era por su atuendo ni aspecto, porque estaba preciosa en un ligero vestido de color mantequilla con ribetes de flores rojas en el cuello. El moño estirado la hacía elegante porque tenía unas facciones muy bonitas, y ese peinado le sentaba perfectamente a sus ojos pardos. No parecía una esposa en el día de su boda porque se veía a la legua que era tremendamente infeliz.

Había estado llorando. La rojez de sus ojos la traicionaba. Tampoco sonreía. No lo había mirado ni una sola vez. Y el signo más evidente que le decía que ella no deseaba la unión era que el ministro de Dios estaba aguardando a que su futura esposa recitase sus votos y, pese a todas las veces que él había carraspeado, Ruth Anne se negaba a decirlos.

Y no pudo. Sencillamente, no pudo continuar con todo eso. La amaba demasiado como para hacerla infeliz. Estaba seguro de que el duque de Cass le pegaría un tiro. De hecho, juraría que había oído el martilleo de una pistola a su espalda cuando dijo que no podía casarse. Y eso que la indignación de los asistentes se hizo muy sonora cuando todos lanzaron un grito de sorpresa.

Atholl se giró para mirar si en verdad lo estaban apuntando con un arma. No. Pero eso no le iba a proporcionar ninguna seguridad,

porque el padre de la novia se había puesto de pie e iba hacía él con cara de pocos amigos.

Efectivamente, en un abrir y cerrar de ojos Atholl estuvo sujeto por la garganta.

—Vas a casarte con ella, aunque tenga que obligarte. ¿Me oyes, Atholl?

Ruth Anne, que había visto toda la situación como si de un mal sueño se tratase, consiguió reaccionar y se aferró al brazo de su padre para pedirle que soltase a Barnaby. Ella necesitaba una explicación. Se negaba a pensar que él le hiciese daño adrede. Todo tenía que tener una explicación… La amaba, lo había visto hacía unos pocos segundos en su mirada.

Cuando consiguió que su padre soltase al novio, se puso delante de Barnaby con un valor que no sabía que tenía dentro.

—¿Te sientes culpable por Phillipa? —Era el mayor de sus temores y parecía que se había convertido en realidad, porque, ¿qué otra explicación podría haber?

—No, Ruth Anne. —Se acercó para rozar su rostro—. Siento que he traicionado tu confianza. Siento que no eres feliz ni dichosa en el día de tu boda. No quiero forzarte a ser mi esposa y, por ello, aun a riesgo de que tu padre ponga fin a mi vida, te dejaré libre de mí si ese es tu verdadero deseo. Te amo tanto que he comprendido que debo sacrificar mi amor por tu propia felicidad.

Los testigos del enlace estaban asombrados, y entre ellos desfilaban opiniones muy diversas. Tía Ruthy, April, Margot, la duquesa y la señora Sunne tenían sus manos en sus corazones mientras se limpiaban una delicada lágrima que las damas habían dejado correr prácticamente a la misma vez. Lo caballeros eran los que estaban verdaderamente indignados. Un hombre no podía decir que no se casaba con la dama por muy honorables que considerase que fuesen sus propios sentimientos.

Ruth Anne no se lo pensó ni un instante y se abalanzó a sus brazos.

—Te amo, Barnaby —usó su nombre de pila porque un momento tan íntimo así lo merecía—. Hace tiempo que intuyo que serás el mejor de los esposos. Me has traído a tu casa para demostrarme que puede haber lugar para dos duquesas. Prometo que Phillipa formará parte de nuestra vida, porque que la ames te hace todavía más merecedor de mi amor. Deseo casarme contigo, y si tu único impedimento es que crees que me haces infeliz, creo que no será un problema. No habrá nunca mujer más afortunada, dichosa más bien, que yo si me concedes el honor de casarte conmigo.

Ella se separó de su abrazo para comprobar la reacción de él.

—Te amo.

Los dos se miraron los labios. Deseaban besarse. Y ese fue el momento que eligió Cass para apartar a su hija del duque. Si él quería volver a tocarla sería después de que ambos recitasen, de una buena vez, sus votos y Dios los declarase esposo y esposa.

Y cuando el vicario sentenció la feliz unión, fue cuando Barnaby se permitió sellar la unión con un beso que puso nerviosos a todos los presentes y dejó a su esposa temblando como una hoja.

Ruth Anne se sintió derretirse.

—¿Podemos tener nuestra noche de bodas ahora? —susurró al oído de Atholl. ¡Él la hacía sentir tan perversa!

—Me temo que no, pero pronto… —No sabía cómo lo haría, pero Barnaby aguantaría lo justo y necesario en la pequeña fiesta que había montado para el festejo. Por muchas ganas que tuviera de soltar a sus perros y echar a su nueva familia y amigos, resistiría la tentación.

—La iglesia está preciosa. Gracias.

Él la había mandado adornar con flores frescas. Bonitos lirios blancos resplandecían sobre el altar y los laterales.

—Te prometo que serás la esposa más feliz que una vez haya existido.

—Te prometo, esposo mío, que tú serás el hombre más dichoso del universo.

Su padre se acercó. Tenía la intención de volver a separarlos. Ya no podía hacerlo. Ruth Anne no le pertenecía a él. Ahora, su bienestar, su protección y su vida estaban al cargo del duque de Atholl.

Se alegró de que su hija estuviese bien atendida. Sacó pecho satisfecho. Su plan no había salido como él quería, pero al fin y a la postre había conseguido que su hija cumpliese el mayor de sus sueños: casarse enamorada de su esposo.

El duque de Cass sonrió complacido. Sus males acababan al fin. Dos hijas casadas. Felizmente casadas. Ahora tocaba hacer comprender a su vástago, a Alexander, que a sus casi treinta años era un buen momento para comenzar a tomar en consideración a alguna de las damas de la lista que había confeccionado la duquesa.

Pero esa boda le preocupaba mucho menos que las de sus dos hijas. Estaba seguro de que Alexander haría las cosas bien.

Regresó la mirada a la pareja que seguía haciéndose arrumacos en público. ¡Ah! Su hija y su nuevo hijo tenían suerte.

Y así comenzó la vida de una pareja testaruda que prometió amarse y honrarse hasta el fin de sus días.

Epílogo

Una vida llena de amor

—¿Qué haces, esposa? Me da miedo cuando pones esa sonrisa traviesa. —El duque de Atholl había entrado en la habitación de su duquesa. Ruth Anne estaba sentada a la mesa con una carta en la mano.

—Mi hermana —ella movió la misiva—, me ha escrito dándome las gracias por haberla animado.

—¿Han llegado ya a Grecia? —quiso saber él.

—Hace unos días.

—¿Recuerdas nuestra luna de miel allí? —preguntó con picardía.

—Imposible olvidarla. —Ruth Anne se giró para mirarlo—. Tía Ruthy nos hizo el mejor de los regalos cuando el día de nuestra boda se presentó con los pasajes para marcharnos a Grecia.

—De haber sabido que ese era tu sueño, yo mismo los hubiese comprado.

—Mi sueño fue casarme, mi amor. —El duque de Atholl estaba a su lado y le había dado un beso en los labios.

—¿Conmigo? —inquirió con humor.

—¿Lo dudas después de tantos años y cuatro hijos?

—Ruth Anne, la vida se me está haciendo corta.

—¿Corta?

—Y te digo más, me siento con energía para buscar a nuestro quinto hijo… —Él bajó la mano que había puesto en el hombro de Ruth Anne hacia su seno derecho.

—¡Barnaby! Son apenas las nueve de la mañana.

—Anoche estuve trabajando hasta tarde y no quise despertarte pese a que me moría por hacerte el amor. Me recluí en la soledad de mi cama…

—No me despertaste porque no quisiste. Debo confesar que me he sentido abandonada. No estoy acostumbrada a dormir sola.

—Te he pedido que ocupes mi lecho en reiteradas ocasiones. No necesitamos dos habitaciones.

—Tu habitación es demasiado oscura… Me siento más cómoda aquí.

—¿Aún sientes como si Phillipa te hubiese dado sus bendiciones? —preguntó con suavidad.

—Sé que te ríes cuando digo esas cosas, pero siento algo muy especial en la casa. No sé lo que es, pero toda la finca me llena de paz. Es como si Phillipa velase por nosotros… No lo sé.

—Nunca te agradecí que permitieses dejar el retrato de ella en mi despacho.

—No debes hacerlo. Ella fue una parte muy importante en tu vida.

—Los niños y tú lo sois todo para mí.

—Lo sé. Y creo que ella también lo sabe y se alegra por ti.

—Ruth Anne, nunca creí que pudiese amarte más con el paso del tiempo, pero cada día lo logras.

—¿Tienen algo que ver mis senos en ese amor que declaras tan fervientemente? —inquirió con una ceja levantada.

—Y los rizos que escondes entre las piernas…

—¡Barnaby! —Tuvo que regañarlo.

—Iba a decir que lo que más quiero es tu corazón, tu alma…

—¿Qué haces? —preguntó cuando lo vio separar su silla del escritorio y arrodillarse ante ella.

—Ver si mis caricias en tus delicados pezones siguen poniéndote húmeda para mí… Te he dicho que quiero tener una hija. Cuatro niños son demasiados sin que una bonita niña los ponga firmes.

Mientras hablaba le había subido la bata y el camisón hasta dejar a la vista su sexo. Le había separado bien las piernas para no perderse detalle. Barnaby se relamió los labios. La esencia de ella lo volvía loco.

Después de todos estos años, la lujuria seguía más viva que nunca. Ella se dejó hacer, incluso se separó un poco más la banqueta y dejó completamente abiertas sus piernas para que tuviese un buen acceso a su manjar.

—Me haces querer ser perversa a todas horas.

—Necesito volver a probarte, nunca me cansaré de tu sabor. Adoro hundirme en la profundidad de tu ser con mi lengua. Beber de ti es como beber de la fuente de la pasión.

—Entonces bebe. Bebe cuanto quieras, amor mío, porque encantada me dejo asaltar.

Barnaby se relamió los labios en un gesto puramente lascivo que la hizo suspirar de anticipación.

Y comenzó un nuevo asalto que los llevaría a los límites más saciantes del placer y los dejaría jugando buena parte de la mañana en su alcoba. Por suerte, tía Ruthy se había trasladado a vivir con ellos y era una niñera más que aplicada.

Fin.

Una trampa para un conde perverso

No soy digna de que entréis en mi imaginación,
pero una buena palabra vuestra bastará para daros acceso.
Os adoro mis libertinas lectoras.

Cuando una mujer sigue a su corazón,
todo lo demás no importa.
Esta historia está dedicada a las luchadoras,
que buscan el verdadero amor en lugares imposibles.
Todo comienza con un baile…

Sinopsis

La señorita April Sunne sabe lo que es vivir rodeada de lujo porque su padre es un importante comerciante. Del mismo modo, está acostumbrada a que su bella hermana la eclipse. Y la palabra solterona suena a cada paso que da. La familia Sunne espera que su inmensa fortuna pueda ser un cebo apetecible para cazar a un hombre con un título, pero April duda que algo como eso llegue a suceder. Entre otras cosas, porque tiene sus ojos puestos en un conde perverso con fortuna propia para el que es invisible. No obstante, en la sección de cotilleos ha leído algunas cosas muy interesantes sobre damas de la alta sociedad que atrapan a sus maridos. ¿Serviría eso para la hija de un comerciante?

Alexander Nording, conde de Albans y futuro duque de Cass, es un libertino de los que llenan las páginas de los periódicos. Su soltería es un bien muy preciado y ninguna muchacha, ni los planes de su madre para casarlo, lograrán que piense en desprenderse de su libertad. Más cuando está encaprichado de una mujer casada.

Pero todo puede cambiar en un segundo. En una noche oscura, en medio de un gran baile social, muchas cosas pueden pasar. Algunas buenas, otras no tanto, y todas inesperadas…

¿Se resignará la señorita Sunne a asumir el papel que se le ha otorgado?

Índice

Prefacio

Todo tiene un principio

Capítulo 1

Conde a la vista

Capítulo 2

Un encuentro inesperado

Capítulo 3

Unas salidas poco apropiadas

Capítulo 4

El ardor de la pasión

Capítulo 5

Una trampa del destino

Capítulo 6

Un pésimo comienzo

Capítulo 7

Una boda interrumpida

Capítulo 8

Una destierro augurado

Capítulo 9

El transcurrir del tiempo

Capítulo 10

Una improvisada enfermera

Capítulo 11

Un dolor imposible de olvidar

Epílogo

La redención de un conde perverso

Prefacio

Todo tiene un principio

Esa mañana todo era igual que la anterior. Lo cierto era que cada día transcurría de modo muy parecido a su predecesor. No había cambios significativos y eso debía considerarse como un aspecto muy positivo… Salvo si eras una mujer cercana a los veinticinco años y sobre la que ya se había colocado el cartel de «solterona».

Matrimonio. Esa había sido una palabra dicha antaño con ilusión y ensoñación. Cuando la señorita April Sunne cumplió los dieciocho años y se llevó a cabo su presentación en sociedad, sus padres contaban con que se casase igual de rápido que lo había hecho su hermosa hermana mayor, Judith, quien le llevaba tres años de ventaja en la vida.

Eso no sucedió. Los señores Sunne, que eran unos prósperos comerciantes de tejidos, en especial de la seda, no titubearon al poner sobre la cabeza de su hija una enorme dote. Cuando pasadas dos temporadas ella no recibió ni una sola proposición matrimonial, la cifra fue creciendo a medida que cumplía años. Pero nadie, ni caballeros sensatos ni cazafortunas, se acercaba a ella para pedir ni siguiera un baile. El motivo no era otro que el haber sido la hermana fea de la maravillosa Judith.

Se llevaba bien con su hermana, especialmente desde que no convivían en la misma casa. Creyó que cuando Judith se casase ella podría brillar un poco… Error. El listón que dejó su hermana mayor fue de tal envergadura, que no logró que la sociedad consiguiera olvidar la decepción que fue encontrar a una joven tan diferente a Judith.

Su hermana era una clásica belleza inglesa: rubia, ojos azules, una figura envidiable y unos modales excepcionales. La señora Sunne, de nombre Deby, la había preparado muy bien y su hermana tuvo un gran séquito de perfectos y apuestos caballeros que lucharon por sus atenciones.

Ella no era una nada como Judith. No, en absoluto lo era. April tenía una cabellera roja de la que se decía que era demasiado llamativa. Sus ojos eran azules, pero demasiado oscuros según las directrices de la moda. Su nariz era un verdadero problema, porque no es que fuera muy acentuada, pero sí tenía demasiada personalidad y en ocasiones le confería una actitud un tanto tirana, que no era conveniente para una joven dama casadera. Bueno, ella ya no era nada de esto último y esa nariz aguileña le venía bien para cuando deseaba darse aires de grandeza.

Lo que sí poseía era una estatura perfecta, pues no era ni demasiado alta ni demasiado baja, estaba en el umbral justo y perfecto en ese canon de belleza. ¿De qué le servía eso? Absolutamente de nada. No, cuando sus formas redondas eran demasiado evidentes. Su mayor problema era el pecho. Puesto que April tenía el don de estar en las situaciones menos apropiadas, una vez escuchó a un grupo de muchachos referirse a esta zona de su cuerpo como demasiado ostentosa e inapropiada. Solo uno de esos jóvenes la defendió en su momento. El nombre de su improvisado caballero de brillante armadura era Alexander Nording, actual conde de Albans y futuro duque de Cass.

Le gustó escuchar cómo ese muchacho dijo que a él no le importaría perderse entre tanta ostentación y en una situación inapropiada con esos bellos atributos. En su momento, April no

entendió bien el significado de aquellas palabras que hicieron reír al resto del grupo, pero con el paso de los años supo exactamente a qué se había referido, por lo que su salvador no lo era tanto como ella pensó en su momento.

No era que la señorita Sunne estuviera enamorada de lord Albans. No lo estaba. Sí era verdad que él no le disgustaba, y esto era mucho más de lo que los demás petimetres le hacían sentir.

La fortuna hizo que ella se acabase convirtiendo en la mejor amiga de la hermana de aquel hombre que le había dedicado las únicas palabras que, pese a no ser correctas, habían sido dichas en su beneficio. La hermana del conde de Albans, Ruth Anne, era un punto importante de apoyo para April. Las dos podrían fundar un club que se llamase algo así como: «la mala fortuna de ser una segunda hija fea». Ese era el rasgo común que las había unido en sus desdichas. Las dos querían casarse y tener un buen esposo. Puesto que las temporadas pasaban y ellas no dejaban de cumplir años, habían optado por no pedir a Dios un hombre apuesto, ambas se conformaban con que sus respectivos esposos poseyesen todos los dientes, no adoleciesen de falta de cuidado personal, y que fuesen buenos hombres. Tres características esenciales. No pedían más.

Pues tal vez estas características fuesen grandes requisitos, porque no había forma de que alguien las mirase en los bailes o actos sociales. ¿Bailar? Ruth Anne y April se escabullían para hacerlo la una con la otra, porque no se acercaba nadie a solicitarles una danza. Ni por compromiso ni sin él. Y eso que Ruth Anne era hija de un importante duque. Del duque de Cass.

—¿Todavía estás desayunando? —La señora Sunne había llegado hasta el comedor para colocarse delante de su hija.

April engulló su último trozo de pan con premura.

—No. Ya he terminado —respondió mientras sonreía. La joven suspiró. Su madre, Deby, también era pelirroja como ella, con los ojos más claros, y era de una figura muy parecida a April. ¿Cómo lo habría hecho su madre para poder casarse con su padre? El señor

Sunne, de nombre de pila Mark, no era un marido feo. En opinión de April, y según lo que decía su propia madre, su padre fue un apuesto joven que la cortejó con mucha insistencia.

—¿April?

La joven vio que su madre la estaba mirando con el ceño fruncido.

—¿Sí? —respondió sin saber el motivo del enfado de la mujer.

—¿Has escuchado algo de lo que he dicho?

—Yo… Uhm… —Se quedó callada porque no había podido dejar de pensar en lo mismo de siempre: en casarse.

—Veo que no. —La madre suspiró con fuerza. Su hija solía soñar despierta demasiado a menudo.

—Lo siento —se disculpó, falta de sinceridad.

—Ya. —Su madre sabía que las disculpas de April no solían ser veraces nunca. Ni cuando en verdad se equivocaba sobre un asunto importante era capaz de emitir un arrepentimiento sincero—. Estaba comentando que hoy visitaremos a una nueva modista. —*Madame* French era una clienta habitual de su esposo y sus diseños poco convencionales, provenientes de Francia, se habían ganado el elogio de las damas menos probables. Un poco de ayuda extra no le vendría mal a April, según su opinión.

—¡Ouch! —se quejó con enfado la joven.

—¿Qué clase de muchacha se enoja por estrenar un nuevo vestuario para la temporada? —Físicamente eran muy parecidas, pero el carácter de madre e hija distaba mucho de parecerse.

—Una que no desea llevar a cabo su séptima temporada. —Las mejillas de April se encendieron al recordar esto tan bochornoso.

—Te he dicho muchas veces que no aludas al número de temporadas que llevas en el mercado matrimonio. A nadie debería importarle.

—Sin embargo, no únicamente todos son conscientes de esa información, sino que se empeñan en recordármela a cada paso que doy. —April evitó explicarle a su madre que una de las jovencitas casaderas que se iba a convertir en la sensación de la temporada,

lady Aurora, le había dicho que no era de buen gusto que una solterona como ella siguiera disfrutando de tantas temporadas. Y, por esa vez, April estaba completamente de acuerdo con ella. Aun así, ¿qué le quedaba si renunciaba al matrimonio? Nada. Una mujer sin un hombre a su lado acabaría siendo una amargada solterona. Al menos eso era lo que Judith le decía cada vez que llegaba a casa para ver a su madre.

—Esta temporada será la última, hija mía. Lo sé. Lo presiento aquí —la señora se dio unos graciosos toques en el corazón—. Te casarás, lo sé.

—Madre, no es que desee romper sus ilusiones en mil pedazos. Sencillamente es que lleva diciendo eso desde mi primera temporada… —recordó, mientras hacía un puchero.

—Sí, sí… Es verdad, pero esta vez sé que todo va a cambiar. Este año te casarás. Lo sé. —La señora Sunne, quien aún seguía de pie al lado derecho de la silla de April, se acercó a su hija y bajó hasta su oreja para decirle—: He consultado a una adivina que ha visto tu destino.

—¿Cómo dice? —graznó la muchacha.

—Te casarás con un noble muy pronto —siguió susurrando la madre solo para los oídos de su hija—. Un conde. —Bueno, al menos no había dicho un duque, pensó April. Porque si casarse con un hombre sin título ya era algo imposible, desposarse con un noble era una misión imposible.

—Ya —replicó la muchacha incrédula.

—Eso es. Me ha dicho que serás muy feliz y que en tu futuro ve que harás mucho bien a tu esposo. La adivina augura un torrente de amor. —La señora Sunne se incorporó. —¡Condesa, como tu hermana! —gritó llena de felicidad, como si eso ya fuese toda una realidad y no una invención de una mujer que se había aprovechado de las esperanzas de una madre que se moría por casar a su hija. Oh, sí, April estaba deseosa de recitar sus votos ante un ministro de Dios, pero la señora Sunne lo estaba mucho más que ella y esperaba que fuese un hombre con un título bajo el brazo.

—Uhm… —April no se atrevía a terminar con la esperanza que emanaban los ojos de Deby. Quería a su madre y no deseaba contrariarla. ¿Qué mal haría un poco de fe sobre el asunto de su futuro matrimonio?

—Sé que no me crees —apuntó la señora Sunne al ver la cara seria de su hija—, pero ocurrirá así. Tu padre ha vuelto a aumentar tu dote y es lo suficientemente alta para atraer a un maltrecho conde que llegará hasta a ti para obtener tu dinero, y que recibirá además tu amor —expuso como quien dice que se ha quedado buen día. April rodó los ojos.

—Madre, lo que dice es muy inapropiado. No soy una mujer que crea en cuentos de hadas, príncipes encantados y princesas por descubrir, pero me parece que no me hace demasiada ilusión que un hombre se acerque a mí en busca de mi dinero. —Al menos no debería ser así.

—¿Por qué no? —inquirió con horror su madre. En opinión de la señora Sunne, todo valía en la guerra por conseguir un esposo.

—No lo deseo. —No iba a decir que creía en amor, porque eso con veinticinco años sonaba un poco… No era algo realista.

—No lo comprendo —señaló con honestidad.

—¿Se imagina que mi padre se hubiera casado con usted por su dote?

—Sí, y aquello salió muy bien —confesó por primera vez la señora Sunne, lo que hizo que April se quedase con la boca abierta.

—Madre, ¿me está diciendo que…?

Justo en ese momento, las dos oyeron la campana de la puerta principal. April sabía quién era la visita sin necesidad de que el lacayo la anunciase.

—¡Madre, es un escándalo! ¿Lo ha visto? —Judith entró intempestivamente en el comedor de la casa de Mayfair que los ricos señores Sunne tenían en Londres.

—Sí, sí. Viene escrito todo aquí —señaló la madre de las dos mujeres, mientras alzaba el periódico.

—¿Cómo ha podido hacer algo así la nueva duquesa de Crosy? —inquirió con incredulidad Judith.

—Hola, hermana —interrumpió la conversación April con humor al ver la indignación que portaba consigo Judith. Nunca la había visto así.

Su hermana se acercó hasta donde estaba ella y la miró con seriedad.

—Buenos días, April. Por favor, hagas lo que hagas, nunca lleves a cabo algo tan ruin —sentenció aún molesta.

—No lo haré —April no tenía la menor idea de lo que había sucedido, pero no deseaba contrariar a una Judith enfurruñada.

—Bueno… —tomó la palabra la madre—. La muchacha ha jugado bien sus cartas y ahora es duquesa. No es para tanto… —Su madre no condenaba demasiado el suceso que salía hoy en la página de cotilleos. La desesperación era mala compañera de viaje. Si April orquestase algo así, la señora Sunne podría llegar a entenderla, y si fuera con un par del reino la perdonaría en el acto.

—¡Le ha tendido una trampa al duque! —chilló Judith.

April se quedó callada… Casi parecía que le hubiesen quitado a su hermana su pretendiente.

—Como sea —intervino Deby— la dama en cuestión es duquesa y no podemos hacer otra cosa que no sea felicitarla por su audacia.

—¡Madre! —la regañó Judith.

—¿Qué?

—Lo que ha hecho está mal. No es audacia, ha sido un acto despreciable. ¡El duque debía contraer nupcias con mi amiga Peggy! —saltó Judith. Y esto hizo que al fin April se diera cuenta del problema. Peggy era otra belleza que su hermana había tomado bajo su ala y por lo visto Judith esperaba haberla convertido en duquesa.

April suspiró. Su hermana se había convertido en guía de muchas jóvenes damas casaderas que apenas necesitan ayuda, porque su belleza más que evidente era el mejor de los aliados. Sí hubiera sido todo un gran esfuerzo si su hermana hubiera ayudado a las

muchachas poco probables, como ella. Pero Judith quería jugar siempre sobre seguro y nunca le había gustado perder en ningún juego.

—Querida mía, estoy segura de que Peggy conseguirá otro buen partido. —Volvió a tomar la palabra su madre mientras April cogía entre sus manos el periódico para echarle un ojo—. No tiene caso pensar en lo que ha pasado porque no se puede deshacer.

—¡Pero es inaudito! Las florero no pueden hacer este tipo de cosas sin que la ley caiga sobre ellas —se quejó con fuerza Judith—. Pon por caso que April hiciera algo como eso.

—Pues no sería descabellado del todo. Una hija casada con un buen partido… No es tan terrible, Judith.

—¡Madre! —se indignó de nuevo la hermana de April.

La señora Sunne levantó una ceja arrogante.

—¿Quieres que recuerde cómo te encontré a ti con lord Cheesthorn?

—Fue un beso entre dos enamorados —recordó con la boca pequeña Judith. Él ya se había declarado, por lo que su madre no podía usar eso en su contra.

—Sí, lo sé. Pero tú deseabas un cortejo corto y por eso me pediste que fuese a la biblioteca a sorprenderos. —La señora Sunne hizo bien en aquel momento. Su hija mayor no podía enfadarse por haber hecho una jugada muy parecida en aquel tiempo, y condenar a otra muchacha por escalar en la esfera social rápido. El escándalo de la duquesa de Crosy estaba recorriendo todo Londres, pero, en cuanto hubiera un nuevo chisme, todos lo olvidarían y la joven seguiría siendo duquesa.

La respuesta de la señora Sunne hizo que Judith enrojeciera profundamente y se dio la vuelta para marcharse de allí aireada sin despedirse.

—Adiós, hermana —se despidió April sabiendo que no le respondería.

—Judith siempre ha sido demasiado dada a los dramas, ¿no crees, April? —inquirió la madre, que en estos momentos estaba

sentada a la mesa tomando un té.

—Ajá… —contestó sin hacerle demasiado caso a Deby. Su mente estaba inmersa en los acontecimientos que relataban la hazaña de la duquesa de Crosy. Al parecer, la joven de dieciocho años, hija de un conde, había sido sorprendida en los brazos del duque en una habitación oscura, y el buen hombre se ofreció a reparar de inmediato el honor de la dama.

April se quedó estupefacta al leer la información referente a la muchacha. Si con dieciocho años y siendo hija de un conde, la joven se había visto en la obligación de cazar a un duque… ¿Qué no tendría que hacer April que era la sencilla hija de un comerciante —rico, pero comerciante al fin y al cabo— y que contaba con demasiados años? La pelirroja se veía a sí misma portando un arma tras la espalda de un hombre al que tendría que obligar a recitar los votos, porque creía que ni con una trampa conseguiría convertirse en esposa.

April suspiró con cansancio. Sería mejor resignarse a ser una solterona. Podría ver crecer a los hijos de Judith y… ¡No! No podía conformarse. Su hermana no era una mala hermana, pero se aprovecharía de ella y la esclavizaría. Todo ello sin contar que siempre la miraría con lástima por no haber conseguido la felicidad a través del matrimonio.

—¿Vamos, querida? —La voz de su madre la devolvió al presente.

—¿Dónde? —inquirió, no recordando los planes de su madre.

—A la modista… ¿Por qué siento que no me prestas la debida atención y que no me agradeces mis esfuerzos? —se quejó la madre con desesperación, mientras se encaminaba hacia la entrada de la casa dispuesta a marcharse.

***

En pocos minutos, que transcurrieron demasiado lentos y en los que la cabeza de April no dejó de pensar en el caso de la duquesa de Crosy, llegaron a las dependencias de la nueva modista. Allí, April se encontró con su amiga Ruth Anne y con la madre de ésta, la duquesa de Cass, quien era muy amiga de la señora Sunne.

Las cuatro se saludaron y las matriarcas se retiraron a una salita mientras que las muchachas accedieron hasta una amplia habitación donde se les mandó esperar. La modista había pedido confianza absoluta en su criterio, y dado que las dos madres ya no tenían nada que perder dejaron el asunto en las manos de la francesa. Necesitaban confiar en un nuevo cambio en las apariencias de sus respectivas hijas.

De pronto, en el gabinete contiguo, escucharon unas voces altas que captaron su interés y agudizaron la oreja.

—Vamos, Margot, no seas necia —oyeron Ruth y April que hablaba otra mujer.

—No lo soy, Bernice —se defendió la joven de las acusaciones de su hermana mayor.

—Tú no vas a poder encontrar un marido ni aunque padre colgase sobre tu cabeza la mayor dote de Londres —le espetó Bernice con sorna a su hermana pequeña.

Margot estaba muy acostumbrada a las malas palabras de su hermana mayor, aunque seguían doliendo como la primera vez.

—Eso no implica que no tenga derecho a intentarlo. —Sabía que nunca había resultado una mujer demasiado elegible, pero cuando encontrase al hombre perfecto Margot sería la mejor esposa del mundo.

—Esa modista no podrá hacer nada por ti. Eres demasiado baja para que se te pueda ver.

Y con una risotada, la increpadora, Bernice, salió de la habitación sumiendo a la pobre Margot en las lágrimas más amargas. Era de un tamaño un poco bajo, pero eso no tenía por qué ser una objeción a la hora de encontrar un esposo, más cuando la pelirroja era de estatura perfecta y seguía soltera.

April y Ruth Anne se apresuraron en ir a atender a la joven que sollozaba por lo bajo y mantenía su rostro oculto tras sus manos. Cuando se toparon con la otra que salía de allí sin el menor rastro de remordimiento, vieron a una joven muy hermosa, de aspecto angelical y porte elegante y refinado. Un contraste muy diferenciado con respecto a la que se encontraba sacando su pena de pie en el gabinete.

—Vamos, vamos, no llores, muchacha. —Ruth Anne fue la que habló. April estaba impactada y deseosa de ir a buscar a esa abusona para explicarle un par de cosas. Las mujeres deberían apoyarse entre ellas y no ponerse más piedras en el camino. El mundo pertenecía a los hombres y si ellas no se ayudaban las unas a las otras, nunca conseguirían… conseguirían… No sabía qué podría lograr una mujer si no era casarse, pero esperaba que en un futuro, no demasiado lejano, el mundo también pudiera ser un lugar donde las féminas tuvieran algunos privilegios que ellos ostentaban.

Margot escuchó que había alguien frente a ella y se secó las lágrimas, avergonzada. Creyó que estaría sola. Su hermana siempre se solía asegurar de estar a solas con ella cuando la hacía sentir miserable.

—Disculpadme. —Se lamentó Margot por su apariencia mediocre y sensiblera, al tiempo que se mordía el labio inferior tratando de frenar las nuevas lágrimas que volvían a pugnar por salir.

—No te disculpes. Nosotras estaríamos del mismo modo si alguien nos hubiese dicho algo como lo que te han espetado a ti. Además, piensa que ya se ha marchado, tal vez no la vuelvas a ver… —A April le estaba costando trabajo contenerse para no salir en busca de esa odiosa y darle una lección. No tenía muy claro cuál sería el aprendizaje que le impartiría a esa horrorosa mujer, pero alguna cosa se le ocurriría. Tal vez algo mordaz sobre la poca inteligencia que parecía tener al atacar a otra persona con el único fin de hacerla sentir mal.

—Es mi hermanaaa… —Estalló en nuevos sollozos. Incluso estando Bernice casada, Margot no podía deshacerse de su

compañía. Inocentemente creyó que cuando su bella hermana mayor abandonase su hogar, ella tendría el camino más despejado para lanzarse a la aventura de conseguir un esposo. Eso no estaba pasando.

Ruth Anne y April se miraron la una a la otra y, por primera vez en mucho tiempo, dieron gracias silenciosas por tener a las hermanas que tenían. Eran hermosas pero nunca habían sido crueles. Ambas se apiadaron de la joven que se había aferrado a Ruth Anne y lloraba sin consuelo.

—Lo siento —exclamaron al unísono con franca pena April y Ruth Anne.

—Es Bernice, mi fabulosa hermana mayor cuyo objetivo de su existencia es hacer de la mía un camino lleno de grandes piedras.

En ese momento, Margot se separó de la joven a la que estaba sujeta y cesó en el lloro. Nunca había hablado mal de su hermana y jamás creyó que lo haría delante de dos extrañas que estaban tratando de consolarla, pero lo más sorprendente fue que se sintió bien sacar ese peso de su pecho.

—Es una bruja. Bernice es una mala bruja que cree que por haber nacido hermosa tiene derecho a pisotear a todas las demás mujeres que no comparten su apariencia. ¿Qué culpa tengo yo de tener un cabello dorado sin brillo y demasiadas pecas en mi piel? Mis ojos son azules como los de ella y ni eso sabe valorar en mí. —Margot consideró que eso también se sentía muy liberador. Tal vez comenzase a alzar su voz más a menudo contra su hermana. Margot era de estatura baja, pero tenía una forma muy particular de expresarse: hablaba alto y claro.

La joven comenzó a caminar ante unas anonadadas Ruth Anne y April, que no creían todavía el cambio de actitud sufrido en la muchacha.

—No es solo eso —continuaba explicando Margot, mirándolas fijamente—. Quiero casarme, es lo que deseo más en el mundo. Pero si no lo logro, ¿eso debe ser el final de mi vida? Cierto es que con veintidós años me queda poco para ser una solterona. Incluso

dirían que debí haberme enclaustrado en una abadía y servir a nuestro Señor, pero yo sé que tendrían que darme un premio. Sí, un grandísimo premio a la perspicacia porque soy una mujer muy inteligente. Quiero un marido, quiero hijos y sí… ¡condenación! —La rubia dio un pisotón en el suelo y comenzó a caminar por la estancia—. Tengo derecho al amor. ¡No! No voy a rendirme, no hasta que expíe mi último aliento. Debe existir un hombre que me necesite, que me vea y me aprecie. ¡Debe existir! —repitió con efusión—. Soy educada, mi padre es un conde y debo encontrar a un esposo que quiera compartir su vida conmigo, y si no lo encuentro lo robaré. Lo confieso, tanto estoy decidida a demostrar que seré la mejor esposa de Londres que robaré un esposo. —La joven se detuvo en su explicación un segundo y luego prosiguió cuando se puso frente a las otras dos muchachas—: ¿Dónde se roban los hombres? ¿Vosotras lo sabéis? Tiene que haber un lugar en el que nosotras podamos elegir uno… o robarlo. —La desesperación la tenía al borde del precipicio. Y la palabra robar cada vez sonaba mejor cuando la decía en alto.

La pelirroja sintió que el aire abandonaba sus pulmones. El universo, Dios o la providencia le estaban hablando nuevamente y no podía hacerse la sorda. No. Primero la noticia sobre la trampa que la duquesa de Crosy había tendido a un duque, ahora una idea brillante de una completa desconocida. Cuando su hermana Judith había llegado a su casa gritando por la indignación, había imaginado que la ya duquesa de Crosy sería pelirroja, con los ojos azul oscuro, una estatura perfecta, pero con demasiada carne en sus huesos y tendría más de veinte años. En efecto, April se había visto a ella misma presa de la desesperación cazando a un hombre para poder casarse de una vez por todas. Luego, cuando se enteró de que era una muchachita que iba a tener su primera temporada… Ahí April se asustó, y mucho. No era lógico que una debutante se viera tan necesitada de sellar su destino tan pronto. Eso quería decir una cosa: el mercado matrimonial se había convertido en una jungla y solo iban a sobrevivir las más fuertes. Las más inteligentes en este

caso. ¿Qué mal podría haber en actuar como lo había hecho la duquesa de Crosy? Esa joven tenía un título de alto rango, se había casado en un abrir y cerrar de ojos y, si jugaba bien sus cartas, podría hacer que su esposo se enamorase tarde o temprano de ella. Su madre, la señora Sunne, siempre había dicho que ningún matrimonio se contrae estando enamorados, que el cariño llega con el tiempo. Hoy mismo su bendita madre había desvelado que su padre se casó con Deby por la fortuna de su abuelo…

¡El destino le estaba hablando alto y claro y ella iba a reaccionar!

—¡Exacto! —April tuvo una iluminación. Su afirmación hizo que Margot centrase su atención en las dos extrañas que se miraban la una a la otra, April con una mirada risueña y la hija del duque de Cass con el ceño fruncido—. Ruth Anne, ¿no lo ves? —preguntó la joven pelirroja con una sonrisa a su amiga.

—¿El qué, April?

—Ella tiene razón —dijo señalando a la muchacha que se había quedado petrificada al ser consciente de las palabras que había pronunciado delante de dos mujeres que, seguramente, debían estar pensando que estaría mejor internada en un sanatorio.

—¿Razón? —Ruth Anne veía a April reírse como si acabase de ser consciente de la solución a un gran problema, pero no entendía nada.

—Robaremos a nuestros esposos. —April lo dijo tan seria que Ruth Anne ya se imaginaba vestida como un bandolero y enfrentándose a un hombre a punta de pistola para llevarlo al altar.

—¿Disculpa? —Ruth Anne comenzaba a pensar que las mujeres que estaban con ella habían perdido el juicio por completo. Lo de la desconocida podía entenderlo, porque la mujer que había salido del gabinete antes de que ambas llegasen había sido muy hiriente. Pero, ¿cuál sería la excusa de April para haber perdido la razón?

—Es la solución a nuestros problemas casamenteros. —April lo veía tan claro que era imposible que algo fallase. Una trampa. Ella había estado demasiadas temporadas jugando limpio. Era momento de tomar el asunto en sus manos. Su última oportunidad para poder

conseguir ser una esposa, tener una familia, niños y olvidar de una vez por todas el significado de la palabra «solterona».

—¿Tenemos problemas? —Ruth Anne de verdad que no sabía si su amiga habría contraído algún tipo de enfermedad. Levantó la mano para tocar su frente. Problemas para casarse sí tenían, pero nunca hubo un plan.

—No tengo fiebre. —April le apartó la mano ofendida—. Aunque sí tenemos el problema de seguir solteras. —¿Por qué ella lo veía tan claro y Ruth Anne no era capaz de ver la magnífica idea que se estaba gestando en ese despacho de la modista?

—¿De verdad? —ironizó Ruth Anne.

—Sí, y tengo la solución, porque esa muchacha —volvió a señalar a una Margot, que seguía quieta oyéndolas— me la ha dado. —April se giró para mirar a la joven que las observaba con atención y vergüenza—. Por cierto, ¿quién eres?

—¡Oh! Soy *lady* Margot, de apellido Kidder, hija de lord Burst. —La joven hizo una reverencia que April y Ruth Anne catalogaron como perfecta.

—Yo soy *lady* Ruth Anne, mi padre es el duque de Cass y ella —le puso una mano en el hombro a su mejor amiga— es la señorita April Sunne, hija de un importante comerciante escandalosamente rico. —Era lo que todo Londres decía sobre la familia Sunne. Su padre había colocado una dote más que admirable sobre la cabeza de su hija, pero April seguía sin encontrar esposo y estaba desesperada… Tanto como para atreverse a llevar un plan como el que pretendía.

—Encantada —habló April.

—Lo mismo digo —respondió Margot.

Las dos habían hecho una reverencia.

—Como decía —April se giró hacia Ruth Anne—, *lady* Margot nos…

—Oh, solo Margot, por favor —la interrumpió la aludida. April le sonrió.

—Como ha dicho Margot, somos mujeres que desean casarse más que nada en el mundo. Nos quedamos sin tiempo, Ruth Anne, y

es momento de actuar. —April estaba dispuesta a convertirse en un escándalo con tal de casarse. Luego ya se ocuparía de ese inconveniente, pero lo primero era atrapar a un hombre.

—Lo somos y en efecto el tiempo juega en nuestra contra, porque no nos hacemos más jóvenes a cada tic de las agujas del reloj. —Ruth Anne no veía nada más allá de eso. Deseaba conocer el amor y tener una familia, y su mejor amiga era de la misma opinión.

—Entonces robaremos un esposo—expuso April como quien dice que está lloviendo. En vez de convertir a la duquesa de Crosy en el chisme del inicio de la temporada, deberían hacerle un monumento por haberlas inspirado. Ruth Anne y April se casarían esa temporada. La pelirroja haría un pacto hasta con el Maligno si fuese necesario… Bueno, eso no lo haría porque no deseaba condenarse para toda la eternidad, pero sí que estaba dispuesta a cometer un delito: el de robar un esposo.

—Los maridos no se pueden robar. —Si así fuese, Ruth Anne llevaría años casada, porque se habría metido al hombre de su agrado en su retículo sin pestañear ni mirar atrás.

—Sí, sí se puede —rebatió April.

—No, no es posible —la contradijo Ruth Anne.

—Te digo que sí.

—Y yo te repito que no.

—Que sí.

—Que no.

—Que sí.

—Que no.

Margot, viendo que las dos parecían igual de tozudas, decidió carraspear para cortar la tensión y frenar la discusión. Esto consiguió que las dos la mirasen.

—La única manera de poder casarse sin ser cortejadas o tener un pretendiente es tenderle una trampa al hombre. —Margot había escuchado algo como eso hacía relativamente poco, y luego leyó la historia completa de una nueva duquesa en el periódico de la tarde.

April decidió que esa muchacha tan peculiar tenía mucho en común con ella. En lo que Margot acaba de decir no había ni rastro de titubeo. Eso le gustó mucho. April le sonrió a la rubia con complicidad. Ellas dos estaban en el mismo barco. No así Ruth Anne. La pelirroja conocía demasiado bien a su mejor amiga y no creía que accediera, pero tal vez pudieran convencerla…

—¿Una trampa? —Ruth Anne preguntó con mucha atención porque era la segunda vez en el día de hoy que oía algo como aquello, y no estaba segura del significado de esas palabras que había pronunciado la rubia.

—Robar a un hombre —expuso con una sonrisa April.

—Exacto —estuvo de acuerdo Margot.

—No entiendo… —Ruth Anne se sentía poco inteligente en ese momento y ella se vanagloriaba de tener la mente más ágil de todos los miembros de su familia.

—Ruth Anne —tomó la palabra April—, idearemos una trampa para que nos sorprendan con un hombre en una actitud poco apropiada y él se tendrá que casar con nosotras. —La idea era tan fantástica que la pelirroja se lamentó por no haberla tenido antes. Años antes. Tal vez ahora estaría gestando a su segundo hijo…

—¿Eso se puede hacer? —Ruth Anne, lejos de estar escandalizada, estaba más preocupada de que eso pudiera ser una opción válida, porque sería algo perfecto.

—Oí esta mañana a mi madre hablar sobre alguien que había protagonizado un escándalo y el hombre se había tenido que comportar como un caballero y desposar a la dama. —April no vio cómo podría servir a sus intereses la información sobre la duquesa de Crosy hasta que oyó despotricar a la joven rubia que acababa de conocer.

—¡Yo quiero participar en esa treta! —Margot no las conocía, pero ellas no se habían metido con su aspecto ni criticado sus lloros; y encima estaban hablando de un asunto que podría proporcionarle un esposo. Ella no necesitaba más credenciales para subirse al barco del matrimonio con trampa.

April se sonrió complacida.

—Tres será mejor que dos. Necesitaremos mucha ayuda para ver cómo procedemos… —April tenía claro que lo suyo sería tender una trampa al caballero que cada cual eligiera. Pero, más allá de eso, no veía cómo proceder. Tres mentes pensaban mejor que dos, y la pecosa Margot se veía despierta e inteligente. Vamos, tenía que serlo si había reconocido la genialidad de su plan.

—¿Cómo lo hacemos? —Ruth Anne ya se veía en medio de la catedral de Saint Gregory recitando sus votos.

—Lo mejor será elegir con cuidado a nuestras víctimas. —Margot estaba muy emocionada—. Buscaremos hombres con carácter agradable. —Debía ser un requisito fundamental porque poner sus ojos en hombres agrios podría suponer un verdadero embrollo. ¡Quién sabía las represalias que se tomarían por su engaño para cazarlos!

—Que sean apuestos. —Ya que iban a transgredir las normas, debían hacerlo a lo grande, pensó April.

—Que no se les relacione con amantes. —Ruth Anne consideraba eso importantísimo.

—Que tengan el pelo dorado. —Margot lo consideraba esencial.

—No, mejor oscuro y con los ojos del color de la tierra húmeda… —April conocía a su hombre ideal. No obstante, como él no sabía ni que ella existía, buscaría a un buen reemplazo que se le pareciera. O tal vez no…

Ruth Anne la vio muy ensoñadora y le dio una mirada de reprobación. April carraspeó incómoda por el escrutinio de su mejor amiga. ¿Por qué en sus pensamientos sobre hombres aparecía la imagen del hermano de su mejor amiga?, se preguntó con enfado. Alexander no le era del todo indiferente, pero no era un hombre con el que se veía casada… No obstante, era el único que le parecía aceptable y apuesto. April tomó nota de ampliar sus horizontes en esta última temporada.

—Haremos una lista de lo que buscamos en nuestros futuros maridos y luego los encontraremos a ellos. Así les tenderemos una

trampa y al fin seremos esposas, tendremos hijos y viviremos felices. —Margot giró sobre sí misma de plena felicidad. Al fin veía luz en medio de la oscuridad.

—¡Sí! Haremos que nos besen y la sociedad nos sorprenda para que no puedan huir de nosotras. ¡Les obligaremos a casarse! —April fue a por su nueva aliada y la cogió de las manos. Ambas comenzaron a dar saltitos de alegría.

No podía ser tan complicado. Había visto a Judith coquetear con los hombres y algo podría sacar de ahí. Mover un poco las pestañas, abrir su nuevo abanico pintado a mano que su padre le había traído de la India… Solo tenía que conseguir quedarse a solas con un hombre y besarlo. ¡Fácil!

Sus dos amigas se encargarían de traer a testigos que los obligarían a recitar sus votos y se convertiría en una feliz esposa. Era un plan brillante que saldría fantásticamente bien.

No importaba que la palabra trampa supusiera engañar y cazar a un hombre contra su propia voluntad. No. Buscaría a uno bueno que supiera valorarla y al que fuera fácil conquistar. A estas alturas de su vida, April no deseaba a un apuesto caballero de brillante armadura, se conformaría con un buen hombre que fuese aceptable. Pero si era atractivo mejor que mejor. Aun así, la amabilidad era lo que más valoraría en su futuro esposo.

April giró la cabeza y vio a Ruth Anne cerca de la ventana. Sabía que su amiga no vería con buenos ojos el plan. La hija del duque de Cass tenía el pelo negro, unos bonitos ojos pardos y también era redondeada en sus partes más notables: sus senos. Su mejor característica era ser la hija de un duque y ni aún con ese pedigrí había conseguido la atención de ningún hombre. April se sentía en la necesidad de hacerle ver a su mejor amiga que era la última oportunidad de ambas. La rubia que estaba saltando a su lado se veía más joven, pero igual de desesperada que ella y Ruth Anne.

Justo iba a separarse de Margot, para hablar con seriedad con Ruth Anne, cuando la vio acercarse a ella y ponerse a dar saltos de alegría para festejar la idea.

Tres. Las tres estaban en la misma posición y harían lo que tuvieran que hacer para deshacerse de su título de solteronas. Costase lo que costase, April iba a casarse esa temporada y lo haría por las buenas o por las malas. ¡Nada podía salir mal!

Capítulo 1

Conde a la vista

Traidora. Era la palabra que a April le venía a la mente cuando pensaba en su amiga Ruth Anne. Después de haber pactado ser un equipo para lograr sus maléficos planes, la hija del duque de Cass había decidido marcharse al campo a pasar unos días con una tía abuela. La buena fortuna había hecho que Margot llegase a su vida en el momento más oportuno posible. La rubia era más atrevida que Ruth Anne y eso le podría venir de perlas a April.

Antes de que su mejor amiga se marchase de Londres, las tres habían acudido a una fiesta privada, en una especie de club selecto en el que habían descubierto algunas cosas muy interesantes sobre el poder de una máscara y de un vestido atrevido… Accedieron con una invitación que portaba el nombre de lord Albans, el hermano de Ruth Anne. Una invitación que la rubia mostró a la entrada y que la pelirroja se afanó en guardar a buen recaudo en cuanto tuvo la menor ocasión.

Y esa tarjeta que tenía dentro de su retículo estaba siendo objeto de sus pensamientos. Solo fueron una vez, pero aquello no contaba porque se marcharon nada más pasar las puertas de apertura por un asunto delicado. Cinco hombres habían estado disputando sus

atenciones. Uno de ellos había sido lord Albans, quien April esperaba que no la hubiera reconocido.

La señorita Sunne se sacudió la cabeza. Seguro que no la reconocería. No lo haría, porque era del todo impensable que una mujer de buena clase e intenciones anduviese metida en un lugar indecoroso como aquel.

Margot vio a su amiga hacer ese gesto y la miró ceñuda.

—¿Qué ocurre? —Esperaba que su nueva amiga no se sintiera decepcionada con su compañía.

La música de la orquesta que ambientaba la fiesta de lord y *lady* Normanby acababa de dejar de sonar. Las dos mujeres se encontraban en un lateral de la pista de baile conversando amigablemente. Tenían una vista casi perfecta de todo el salón, en especial de los hombres a los que ellas podrían tener en consideración para tenderles una trampa.

April se acercó a la oreja de su amiga para hacerle una confidencia, a fin de que nadie pudiera oírla.

—Estaba pensando en la fiesta del otro día…

—¿En la que ofrecieron los Austrich? Dijiste que no hubo ningún candidato para ti… —Habían confeccionado una lista sobre las cualidades que tendrían que tener sus presas y April era, en opinión de Margot, demasiado exigente. En los últimos cuatro bailes a los que habían asistido, solo hubo palabras despectivas hacia los posibles candidatos para sus futuras nupcias. Incluso la pelirroja había desaprobado varios que la propia Margot había elegido para sí misma. La rubia comenzaba a pensar que su compañera de fechorías realmente no estaba muy interesada en casarse.

—No. La otra fiesta… —dijo abriendo mucho los ojos para ver si Margot la comprendía.

—Si te refieres a la de los señores Pince, tampoco detectamos allí ningún soltero que fuera de nuestro interés. —Margot había usado la palabra «nuestro» por cortesía. April había catalogado a los hombres más destacados como: «demasiado grueso, con muy poco pelo,

horrible, maloliente, muy bajo, ridículo…» y un sinfín más de calificativos muy parecidos a esos.

April resopló mientras abría su abanico para tener un poco más de intimidad en la conversación. Por lo visto Margot iba a necesitar más aclaraciones de las que previó.

—Hablo de aquel evento en el que tuvimos que usar máscaras… —susurró.

—¡Ah! —Esa fiesta en la que la rubia quedó impresionada por el apuesto hermano de Ruth Anne. Margot había visto muy de cerca al denominado Alexander y se quedó gratamente maravillada por su apostura, por su preciosa mata de pelo negra y esos bonitos ojos marrones. Margot suspiró con el recuerdo del conde de Albans. El lord se había colocado ante ellas y las había mirado con admiración. Esos vestidos nuevos de la modista eran de corte bajo, y ellas habían dado un tirón adicional para que el nacimiento de sus pechos quedase al descubierto.

Margot arrugó la nariz al recordar al amigo del hermano de Ruth Anne. Le habían dicho que era un marqués. No recordaba el título, pero sí tenía muy en cuenta las palabras que Ruth Anne les había dicho que él había profesado en su contra. La hija del conde de Cass les había explicado que oyó al marqués, a escondidas, decir que Ruth Anne era una aburrida solterona con la que nunca se casaría. Margot estaba furiosa con él. No lo conocía, pero bien le podría explicar unas cuantas cosas… Porque, por decencia y caballerosidad, él nunca debió hablar en esos términos sobre ninguna dama, ni de forma privada ni pública, y menos de su nueva mejor amiga, Ruth Anne.

—¿Me has escuchado? —La voz de April trajo de nuevo al baile Margot.

—Sí, claro —mintió.

—¿Iremos? —inquirió con ilusión April. Margot observó a su amiga con tal esperanza en sus ojos azules que no pudo negarse a lo que fuese que ella hubiera pedido.

—Por supuesto —afirmó, creyendo que hablaban de acudir a un nuevo baile o dar un paseo por Hyde Park para observar a posibles candidatos para su plan…

—¿Esta noche? —Siguió con las preguntas April cada vez más ansiosa.

Esa cuestión que Margot sí había oído alto y claro le hizo ponerse en alerta.

—¿Dónde pretendes que vayamos? —inquirió Margot con cautela, pues había estado divagando y no prestó atención.

—¡Te lo acabo de decir! —Se quejó la señorita Sunne.

—Repítelo, por favor. —Margot tenía un mal pálpito. April tramaba algo. No la conocía demasiado bien pero estos días que habían pasado juntas se había hecho una buena idea de que la pelirroja era un poco tirana y muy decidida.

—Usaremos la invitación de lord Albans para regresar a aquel lugar. —April se imaginaba en la fiesta rodeada de un séquito de hombres que quisieran tener su atención. Era muy arriesgado. Lo sabía. Una joven dama respetable no debería tener tales pensamientos. Pero ella no era joven, ni hija de un noble, y a este paso su respetabilidad poco beneficio le iba a dar. Lo mejor sería saciar su curiosidad o no podría volver a conciliar el sueño en paz.

Incluso el plan para conseguir un esposo lo tenía apartado. Allí dentro, en el club para caballeros Legancy, había muchas cosas interesantes que ver y en su primera llegada no pudieron inspeccionar nada.

—Mirad, muchachas, esto es justamente lo que hay que evitar. —Margot se tensó al oír la dulce voz de *lady* Blanche. April apretó los labios, pues intuía que la incomparable de la temporada no había terminado su exposición. Las dos se prepararon para lo peor—. Nunca os quedáis paradas tras una columna —continuó en tono de humor la preciosa rubia de ojos azules—, podrían pasar demasiados años… Tantos, ahí, abandonadas sin nadie que os mire u os saque a bailar, que finalmente seríais capaces de comprender que en algún momento hay que admitir la derrota… ¿Verdad, April?

La aludida observó a Margot dar un paso al frente, preparada para presentar batalla. La pelirroja le tomó con delicadeza el brazo y le dio un pequeño apretón para que desistiera de su defensa. Le estaría siempre agradecida por el gesto, pero lo mejor sería callar. Si provocaban la ira de *lady* Blanche, más allá de por el mero hecho de existir, su vida podría convertirse en un auténtico infierno en los salones de baile. April conoció a la incomparable hacía unos pocos meses y durante ese corto periodo de tiempo se había dado cuenta de que era una arpía con la lengua muy larga que no dudaría a la hora de difamarlas. No. No era momento de enfadar a la reina de los bailes. No cuando ella había decidido que quería ir a ver qué sucedía en ese lugar tan interesante donde tenía entrada libre lord Albans.

April sonrió mientras veía a *lady* Blanche abrir la boca para soltar alguna otra cosa humillante acerca de su larga soltería.

Un carraspeo llamó su atención y la de Margot, Blanche y las cinco mejores amigas de esta última. April contuvo la respiración.

—¿Me permite el siguiente baile, señorita Sunne? —Lord Albans la miraba con seriedad. Esos grandes ojos del color de la corteza de un árbol maduro la tenían inmovilizada. ¿Por qué tenía que verse él tan fiero siempre? Era demasiado joven para parecer tan tirano, seguro que todavía no habría cumplido los treinta años. Tal vez tendría veintiocho.

April se humedeció los labios para responder ante la mirada estupefacta de *lady* Blanche y su séquito, cuando vio que el conde le daba un ligero codazo a lord Londonderry. El marqués suspiró.

—¿Sería tan amable de bailar conmigo, *lady* Margot? —A Bastian, esa mujer que una vez lo avasalló sin conocerlo no le era simpática. Londonderry se apiadaba de lo que esas otras muchachas les habían dicho… ¡pero es que la pequeña rubia que lo miraba desafiante no merecía su ayuda!

—Creo que no… —comenzó a decir Margot con enfado.

—Será un placer —cortó April la incipiente negativa de su amiga—. Acepto su ofrecimiento, lord Albans —la pelirroja ladeó la

cabeza hacia el marqués—, y mi amiga tomará el suyo con gusto, lord Londonderry.

April miró por el rabillo del ojo la reacción de Margot. Esperaba que su amiga no hiciese un espectáculo. Ellas no podían permitirse el lujo de desairar a dos hombres apuestos y con título, y menos cuando estaban en la cola de la escala de la supervivencia social.

En ese momento, Blanche y sus amigas se marcharon del lugar y April pudo relajarse… pero apenas.

Albans le ofreció el brazo a April y ella lo tomó con una sonrisa sostenida. La joven hizo lo que pudo por controlar los latidos de su corazón. Albans era muy apuesto, pero no se trataba solo de eso. Sencillamente, hacía tanto que no bailaba que esperaba recordar los pasos del… ¡Un vals! April se ruborizó. «Es el hermano de mi amiga, solo su hermano… No hay nada que temer. Él me está salvando de Blanche. Solo eso. Un poco de ayuda… »

Peor. La conversación que mantenía consigo misma mientras comenzaba a ir hacia la pista de baile con su pareja provocó que su corazón comenzase a latir con más fuerza. Por un lado estaba la vergüenza de haber sido el centro de las burlas de Blanche y que él hubiera escuchado la conversación. Por otro, estaba el asunto de verse rodeada por un hombre por el que no sentía la indiferencia que ella trataba de mostrar. Albans la afectaba de un modo que no había percibido hasta este momento. April trató de controlar su respiración mientras se recordaba una y otra vez que él era el hermano de Ruth Anne y nada más había ahí.

Londonderry hizo lo mismo, pero con una actitud menos caballerosa. Le ofreció el brazo a Margot completamente rígido. Pasaron cinco segundos que se sintieron como horas. Londonderry apretó los dientes. ¡Encima que le estaba haciendo un favor!

—No voy a morderla… —dijo con enfado.

—Lo sé, solo quería comprobar si era lo suficientemente caballero como para no retirar su oferta, dado que *lady* Blanche ya se ha marchado —señaló Margot, satisfecha por haberlo hecho enfadar. La rubia sabía el motivo por el que esos dos amigos habían parado sus

pasos antes de salir al jardín. Los dos habían escuchado la conversación. Margot estaba segura… y enfadada. April debió haberla dejado explicarle un par de cosas a esa… a esa… a esa… No se le ocurría una palabra para catalogar a la bonita muchacha que las había calumniado, pero era mala.

—Trate de comportarse como una dama por una vez. —¿Por qué le molestaba tanto la actitud de ella?, se preguntó Bastian, marqués de Londonderry. Estaba tan acostumbrado a que las mujeres se lo disputaran que nunca imaginó que una lo pudiera tratar con tanta hostilidad. ¡Pero si esa mujercita tan arrogante no lo conocía en absoluto!

—¿Disculpe? —Margot abrió los ojos como platos.

—¿De qué se sorprende? ¿No llegó hasta mí el otro día vociferando y acusándome de una serie de cargos que yo no sabía ni que existían?

—Un caballero no diría una sola palabra en contra de una mujer. Estuviese ella o no delante —tuvo que recordarle en alusión a las palabras que Londonderry había sacudido sobre Ruth Anne. Además, que no se mostrase el marqués ahora tan fanfarrón, porque cuando ella hizo aquel ejercicio de justicia, él se quedó asombrado y bastante asustado. Margot estaba orgullosa porque, pese a ser de corta estatura, su elocuencia era cortante, tanto como un cuchillo, e incluso podía llegar a ser mortal si se lo proponía. Lo malo de esto era que con su hermana no era capaz de ser valiente y Bernice la tenía atemorizada por cosas que no venían ahora al caso.

—El otro día me sorprendió —respondió sabiendo que se había dejado acobardar por ella, cosa que jamás reconocería—. Hoy es diferente, porque no puede armar un escándalo ante toda la sociedad. —Londonderry disfrutó al verla enfurruñada, hasta que la vio fingirle una sonrisa.

—¿Me tiene miedo, señoría? —inquirió ella con humor.

El marqués le colocó una mano en la cintura y la atrajo contra su pecho duro. Ella ahogó un jadeo. Si la joven quería burlarse de él,

Bastian tenía más experiencia en la vida que esa muchachita rubia de ojos azules como un día nublado.

—Si estuviésemos solos le haría pagar por cada una de sus desacertadas palabras contra mi persona, *lady* Margot. —Ella abrió la boca para responder. Él se acercó a su oreja y le sopló de modo deliberado—. El castigo resultaría muy placentero para ambos…

Margot jadeó por el horror de sus palabras. Si en un primer momento el marqués había demostrado terror ante la rubia, en esos instantes parecía todo lo contrario. Margot estaba aterrada y abochornada por la insinuación patente. Apretó los labios decidida a no volver a hablar con Londonderry jamás.

April ladeó la cabeza al escuchar el fuerte jadeo producido por Margot.

—Estarán bien —trató de tranquilizarla Alexander. El conde de Albans no comprendía el motivo que le había impulsado a intervenir en favor de las amigas de su hermana. Londonderry y él habían concertado un interludio con fines muy interesantes con dos damas casadas cuyos maridos ya no se sostenían en pie.

Albans sabía que el favor hecho a las amigas de Ruth Anne iba a costarle caro. Londonderry había dejado patente su deseo de no volver a tener que tratar con la rubia. Fue curioso y divertido ver a Bastian, un hombre que era dos veces más corpulento que la pequeña rubia, casi caer al suelo cuando ella avanzó hacia él dispuesta a darle aquella reprimenda.

—Ajá. —Le sudaban las manos. Menos mal que April llevaba los guantes blancos puestos tal y como marcaba la etiqueta.

Las primeras notas de la música comenzaron a surcar el aire. Él la sujetó con firmeza en su abrazo y ella se encontró nuevamente conteniendo el aire. No debería confesarlo, pero en muchas ocasiones fantaseó con la idea de bailar con ese hombre.

—Estás muy rígida. No debería ser así. Hace algún tiempo que nos conocemos. Solo baila conmigo —le dijo con suma amabilidad el conde, pero sin perder la ferocidad en sus facciones.

April había percibido la informalidad en sus palabras. Esto la sorprendió en demasía. Era cierto que ella y Ruth Anne eran íntimas amigas. Lo había visto en innumerables ocasiones y también habían compartido alguna conversación, pero hasta el momento no hubo intimidad entre ellos. La pelirroja podía sentir la respiración de él cosquilleando en su mejilla derecha. ¿Estarían demasiado juntos? No, seguro que no. Un hombre como él podía tener a cualquier mujer. Solo estaba prestando un servicio de auxilio.

April suspiró. Era el hermano de su amiga, a quien nunca había querido mirar de otra forma. Siempre había tratado de contener su imaginación con respecto a Alexander… No. Alexander no. Llamarlo por su nombre de pila incluso en su imaginación era demasiado íntimo. Él era lord Albans, el hermano de Ruth Anne. No había nada. April llevaba muchos años de práctica en esta cuestión, porque cuando se refería a él nunca se permitía verlo como algo que pudiese llegar a ser… Era cierto que se veía muy serio y poco comunicativo. Casi incluso parecía amargado. April no comprendía el motivo de esta última suposición. La joven sabía por su hermana, por Ruth Anne, que él era un hombre bueno, un excelente hermano que la defendía y que velaba por ella. Sus modales y su actitud siempre habían resultado correctas. Alexander Nording, el hombre, no el conde, era todo cuanto una mujer sensata debería desear.

April sí podía imaginar ser la esposa de un caballero como él. Atento, correcto, con un aire de misterio y envuelto en una sutil capa de amargura que ella trataría de apartar con todas sus fuerzas.

La pelirroja sacudió varias veces la cabeza para negar. La culpa de que su mente estuviera tanteando la idea de tenderle una trampa para que se casase era de él por bailar con ella, y esa idea no iba a ser una buena opción. No podía hacerle eso al hermano de su mejor amiga. No cuando todo lo que llevaba años tratando de negar estaba cobrado demasiada fuerza en su interior. ¡Ojalá él no hubiera tenido que prestarle su asistencia cuando la bruja de Blanche se había burlado de ella! Hubiera sido lo mejor, porque bailar con ese hombre, que olía a bergamota y que la hacía vibrar a cada paso que

daban en medio de la pista de baile, estaba haciendo que anhelase algo que nunca podría ofrecer: su amor.

April enderezó la espalda con ese último pensamiento. Años de disciplina se habían ido al traste. ¿La causa? Un sencillo y apasionante vals que estaba compartiendo con él.

—Sigues demasiado tensa. Estoy comenzando a pensar que no soy en absoluto de tu agrado.

April lo miró de hito en hito y tragó saliva con fuerza. Lo había dicho completamente serio… ¡Gracias a Dios que él no había ofrecido una tierna sonrisa o ella se hubiera derretido como la mantequilla! ¿Qué le estaba pasando? April no comprendía donde estaba todo su autocontrol. Era el hermano de su amiga, no debería estar teniendo estas sensaciones y sentimientos con el único hombre de todo Londres con el que no tenía ni una mísera posibilidad. Bien, no tenía opciones con ninguno, es cierto, pero con lord Albans menos que con todos.

—Así que no soy de tu agrado… —interrumpió él los pensamientos femeninos—. Tenía fe al creer que todos estos años en los que has sido amiga de mi hermana, y que han servido para vernos casi a diario, hubieran servido para que al menos no te sintieras como la cuerda de un arpa.

El tono de él bailaba entre la seriedad y el humor, pese a que sus expresiones no le permitían a April distinguir cuál de las emociones predominaba.

April carraspeó lista para tratar de superar su azoramiento.

—Usted me agrada mucho, lord Albans. —April trastabilló después de ser consciente de lo que acababa de revelar.

¡Maldición! Los poderosos brazos de él la ayudaron a recuperar el ritmo de inmediato. April lo miró nuevamente. Se perdió en sus preciosos ojos marrones y maldijo la espesura de su cabello negro. ¡No debería ser tan apuesto! «¡Maldición, maldición y maldición!», imprecó la pelirroja de nuevo en sus adentros cuando lo vio sonreírle. Ver esta bonita y sincera sonrisa había costado muchos años. Tantos que bien parecía un cometa que había tardado siglos

en cruzar el firmamento. La blancura de sus perfectamente alineados dientes casi le hizo cerrar los ojos para no terminar ciega.

April carraspeó de nuevo. No era una joven ingenua de dieciocho años intimidada por un hombre al que no conocía. Esos años ya habían quedado muy atrás en el tiempo.

—Lo que trataba de decir —continuó April intentando aparentar normalidad— es que, como hermano de mi mejor amiga —puntualizó—, usted me agrada, milord.

Él la presionó desde la mano que sujetaba su espalda y la obligó a acercarse un poco más. Alexander era consciente de que no estaba jugando limpio. No con una inocente, pero ella le inspiraba una simpatía sincera que había estado ahí desde que la conoció. El conde creyó que darle un poco de emoción, además de un baile poco decoroso, ayudarían a la amiga de Ruth Anne a no pensar en esas arpías que la habían ofendido con su desdén.

—Entonces, ¿por qué no te relajas en mis brazos, April?

Ella ahogó un aullido el escuchar su nombre de pila en sus labios. Lo miró con fijación tratando de averiguar el motivo por el que él se estaba tomando tantas molestias precisamente en estos momentos.

—Porque es la primera vez que bailo un vals con un hombre tan apuesto. —Nuevamente ella trastabilló. ¿Por qué él conseguía que expresase cosas tan íntimas con una sencilla pregunta? ¡Fabuloso! Además de creer que estaba completamente enamorada de él, seguro que lord Albans estaba tomándola por una bailarina torpe y descuidada.

Alexander la volvió a sujetar con fuerza y se sonrió. Esta vez con menos evidencia. Fue un breve levantamiento de su labio superior.

—No es la primera vez que bailamos juntos, April —trató él de hacerla sentir un poco más cómoda.

April sentía las mejillas encendidas en fuego líquido. Respiró y una vez más se obligó a recordar que sencillamente estaba siendo amable y nada más.

—Debo disentir, milord. Nunca hemos bailado —apuntó con suavidad. Si él la hubiera sacado a bailar antes, es decir, si el conde

hubiera mostrado cierto interés en ella, April hubiera pasado años suspirando por él a cada rato. Así que no empleó ningún tinte de reproche en la explicación.

—No tienes buena memoria, April. Además, puedes llamarme Albans o Alexander —señaló cansado de que emplease tanta formalidad en la conversación. No eran extraños. Tal vez el conde no le había hecho el mínimo caso hasta esta noche en la que se sintió en la obligación de ayudarla, pero era la mejor amiga de su hermana y eso también debería convertirla en alguien cercana a él… ¿no?

—Lord Albans —tomó con mucha cautela su ofrecimiento, por lo que optó por usar su título—, tengo buena memoria. Me temo que no hemos bailado nunca. —Por suerte para mí, se dijo en sus adentro. Ese vals estaba resultando una tortura para una mujer que había pasado ya las expectativas de que un hombre pudiera interesarse en ella. Si hubieran bailado antes… su vida hubiese sido un tormento.

—Lo hicimos.

—No, no lo creo. —April era muy testaruda. Eso hizo que él frunciese el ceño. No era una cualidad que hubiese esperado de ella. Por alguna extraña razón, esa convicción que ella mostraba le agradó.

—Estoy tentado a apostar, April.

—Apueste sin miedo, milord.

—Albans —la corrigió para que no se refiriese a él por su título.

—Le digo que no hemos compartido un baile con anterioridad, Albans —concedió segura de lo que decía. ¡Como para olvidar haber estado en los poderosos brazos de un apuesto hombre, que haría suspirar a cualquier dama que se preciase de tener buen gusto y ojos en su rostro!

—Un beso.

April trastabilló de tal modo que el resto de las parejas se quedaron mirándolos. Vio a Margot observarla con cara de preocupación y negó para que su amiga no se preocupase.

Alexander tardó un poco más esta vez en sujetarla para que no perdiese el paso. No estaba seguro de dónde habían salido esas dos palabras que acababa de pronunciar. Se fijó en ella. Ese olor a lilas le estaba afectando demasiado. Tampoco ayudaba que los exuberantes y tersos senos de la joven rozasen su pecho. La mata de cabello pelirrojo que estaba sujeta sobre su coronilla y que dejaba ver demasiada la piel lechosa de su cuello eran, de igual modo, dos puntos que venían a evidenciar que él llevaba demasiado tiempo sin estar cerca de una mujer. Alexander maldijo interiormente. Debió haber salido hacia la oscuridad del jardín para poder desfogarse. No estaba bien preocupar a la mejor amiga de Ruth Anne con una muestra de sus bajas pasiones. Iba a disculparse por haber ido demasiado lejos cuando la observó humedecerse los labios.

—Apuesto un beso a que sí hemos bailado. —Alexander estaba jugando a un juego complicado. Mucho. Pero hacía demasiado tiempo que no se sentía divertido con las reacciones de una mujer. Por un momento trataría de olvidar su pena y su congoja. April era como un soplo de aire fresco y él necesitaba eso para obviar algunos aspectos de su existencia que lo tenían al borde del precipicio.

April se mordió los cachetes interiores de las mejillas. ¡Un beso! Su primer beso podría ser con él. No debería aceptar la apuesta porque si ganaba y ponía sus labios sobre los de ella, nunca nada sería igual para la joven. Su vida sí comenzaría a ser un infierno de desdicha. Pero por otro lado, su orgullo femenino la estaba retando a borrarle la expresión de satisfacción que observaba en él, pues estaba segura de que se veía como un triunfador en esa ridícula apuesta que el hermano de su mejor amiga había lanzado. April repasó en su cabeza, una y mil veces, los encuentros con él. Nunca habían bailado. Entonces, ¿por qué se veía el conde tan seguro de sí mismo? No, no podía arriesgarse a estar equivocada y compartir un beso con el hombre al que había tratado de evitar siempre. Un baile ya le causaría demasiado sufrimiento. April estaba convencida de que rememoraría en su cabeza una y otra vez ese maravilloso vals que ambos estaban compartiendo. Si él conseguía ganar una

apuesta como esa, ella no podría sobrevivir sabiendo que una vez la besó.

—No está bien tentar a una mujer con una propuesta tan escandalosa, lord Albans. Soy consciente de que ha oído las palabras de *lady* Blanche y que su… caballerosidad para con su hermana le ha obligado a tomar cartas en el asunto, y pese a…

—Debes saber algo sobre mí, April —la interrumpió—. Nunca nadie me obliga a hacer nada que yo no quiera. —La fuerza de su convicción la hizo estremecer. Haría bien en recordar que el hermano de su mejor amiga no debía estar entre los candidatos para tenderle una trampa. April tomó nota mental para no volver a fantasear con este asunto.

—Como iba diciendo, milord…

—Albans. —Le tuvo que volver a recordar el modo en el que él deseaba que se dirigiese a su persona.

—Albans —repitió ella con cierto temor. Era un tirano. April lo supuso, pero ahora lo veía claramente—. Le estaba explicando que, pese a ser considerada una solterona, hay ciertas cosas que no debería…

—Cobarde —siseó ocultando la diversión que le producía molestarla. La sintió ponerse rígida y estuvo satisfecho consigo mismo.

—No hemos bailado nunca, Albans —respondió mirándolo directamente a los ojos.

—Entonces apuesta ese beso —la retó.

—No es correcto —señaló sin titubear.

—Cobarde —volvió él a atacar su orgullo femenino.

Ella respiró con fuerza. Siempre sospechó que era un hombre difícil. Allá donde Ruth Anne era trasparencia y luz, él se veía oscuro, agresivo, fiero… duro. Tanto como ese pecho sobre el que ella se estaba dejando descansar demasiado durante el baile.

—¿Qué ganaré yo en caso de que pierdas? —Cambió a un trato más cercano.

—Mi beso —apuntó con satisfacción el conde al verla turbada de nuevo.

—No. Eso lo ganarás en caso de que… Bien, de que ganes. —No comprendía el motivo por el que él había planteado la cuestión del beso. La desconcertaba tal y como siempre había hecho—. Pero si yo tengo razón y tú no… ¿cuál será tu prenda? —preguntó con el ánimo levantado. Aunque sabía que él estaba bromeando, tener una conversación de esas características era ciertamente interesante.

—Un beso —respondió con convicción Albans.

—No… Yo, quiero decir. —¿Ese hombre era duro de entendimiento?

—No voy a perder —la cortó—. Tú ganarás un beso, yo ganaré un beso. No hay más, April —acotó con convicción.

Ella emitió un quejido que él encontró adorable.

—Es una apuesta de lo más extraña. —Tanto, que casi le estaba haciendo creer que ciertamente él acabaría por darle ese beso. Decidió seguirle el juego—. Dime entonces cuándo bailamos, Albans. Porque no lo hemos hecho nunca. —Detestaba verlo tan arrogante.

—Lo hicimos en mi casa. En la víspera del dieciocho aniversario de Ruth Anne. —Vio la cara de sorpresa de ella y continuó la explicación—: Mi madre hizo que el duque bailase con mi hermana y me obligó a mí a hacerlo contigo.

April se quedó quieta tratando de recordar esa escena. Albans tuvo que intervenir para que el baile no se viese nuevamente interrumpido.

—No bailamos. —Eso a lo que él se había referido no fue un baile. De ninguna manera podría considerarse así.

—Sí, lo hicimos —rebatió el conde con molestia.

—No. Lo recuerdo perfectamente —insistió April con más aplomo que él.

—Yo también lo recuerdo. Sí que bailamos. —A terco no iba a ganarle.

—No, porque…

—¿Te sostuve entre mis brazos? —la interrumpió.

—Bueno…

—¿Había música cuando lo hice? —la cortó otra vez.

—El piano sonaba, pero…

—¿Te hice rodar en una vuelta completa? —Siguió con el interrogatorio de forma feroz.

—Sentí un mareo, pero…

—Bailaste conmigo, April —sentenció su último alegato.

April se armó de paciencia. Lo que él decía no era exacto del todo. Bueno, no debería extrañarse, era un hombre y todo lo tergiversaban para ganar siempre. En sus lecciones sobre ser una buena esposa, la señora Sunne le había aconsejado no llevar nunca la contraria a su futuro marido. Pues como Albans nunca encajaría en esa posición decidió ser valiente.

—En primer lugar, tu madre comenzó a tocar una pieza. Te vio entrar en casa y te ordenó bailar conmigo bajo pena de no permitirte cenar. —El conde se negó tajantemente a bailar con su hermana Ruth Anne y la duquesa lo castigó a compartir una danza con April. Él se volvió a negar con todas sus fuerzas—. Me sostuviste en tus brazos como bien has dicho. —Recordar esa frase le transmitió una extraña sensación en todo su cuerpo. La forma en la que él lo había descrito le causó estragos, pero repetirlo había sido peor—. Me diste una vuelta cuando la duquesa tocó un par de notas y luego te echaste sobre el suelo alegando que te habías torcido el pie. Fue evidente que no deseabas bailar conmigo y no lo hicimos… Hasta hoy —susurró. Él la oyó. April se dijo a sí misma que, de ninguna manera, eso que acababa de contar podía ser considerado como un baile. April había suprimido ese recuerdo tan vergonzante porque no quería recordar que no era digna de un baile para el perfecto conde de Albans.

—No. Eso no fue así —rebatió él.

—Sí, lo fue.

April quería salir corriendo. Hablar sobre aquello no le apetecía nada porque regresaba a su mente la decepción que sintió en las manos de ese hombre.

—Yo nunca dije que no desease bailar contigo, April —le insistió con amabilidad al percibir el dolor en sus palabras.

—Pues creo que los hechos demostraron todo lo contrario, milord.

—Albans —la corrigió otra vez. Ella suspiró—. Lo que sucedió fue que mi madre me obligó a hacer algo que yo no estaba dispuesto a hacer en ese momento. La duquesa pudo haberme preguntado. Te he dicho que soy un hombre al que nadie obligará nunca a hacer nada que no desee. No obstante, bailamos. No se ha hablado en ningún momento ni de la cantidad ni de la calidad de la danza compartida, así que yo gano y tú… también ganas…

April se quedó sin aliento. ¿Le acababa de decir que no la rechazó en ese conato de baile? No. No iba a hacerse ilusiones. No después de tantos años. Un sencillo baile y un poco de conversación no iban a cambiar nada entre ambos. No. Ni aunque la palabra «beso» hubiera salido varias veces.

El baile terminó y se sintió desfallecer cuando el conde se separó de ella.

—Te veré en el jardín. Nos encontraremos detrás del abedul junto a la fuente en media hora para recibir… nuestro premio. Sé puntual.

April abrió los ojos como platos ante las palabras de su compañero de baile. Su cuerpo se estremeció con intensidad. Si lord Albans hubiera estado mirando la reacción de ella y no la puerta de la entrada, en la que un sirviente había anunciado la llegada de condesa de Montgomery, la habría visto nerviosa, inquieta y con la respiración jadeante.

Lo que April sí pudo observar a la perfección, fue cómo el fiero Albans perdía todo el color de su rostro. La pelirroja siguió la trayectoria de la mirada del conde y dio hasta la entrada. Una hermosa mujer, de pelo negro y ojos que se apreciaban claros, estaba también observándolo con fijación.

April suspiró. Bien. La cosa fue breve, pero al menos había podido disfrutar de unos momentos de coqueteo un poco indecoroso con un hombre elegante, apuesto y con título, pues una

conversación sobre besos no sería aceptada en ningún círculo… público. La pelirroja se encaminó hacia donde estaba Margot con el corazón encogido por lo fácil que él había podido obviar su existencia.

—No olvides mi beso —oyó April que le dijo antes de marcharse de su lado.

La muchacha se obligó a seguir caminando sin saber a qué atenerse con él. Era del todo evidente que la preciosa mujer de cabellos negros como el azabache había captado por entero la atención del conde. April se dio cuenta de que su fama de libertino no era ningún cuento inventado. Él sí era un mujeriego al que todas le gustaban.

Y mientras la pelirroja se reunía con Margot y se preparaba para oír las quejas que su amiga iba a formular sobre lord Londonderry, un esposo y una esposa se miraron con complicidad. Los duques de Cass y habían estado observando a la pareja con mucha atención. De hecho, los padres de Alexander no se habían perdido ningún detalle del baile que su hijo había compartido con la mejor amiga de su hija. El padre de lord Albans lo hizo frunciendo el ceño. La madre con una sonrisa esperanzadora. La duquesa deseaba casar a sus retoños esta temporada. Su esposo se había ocupado del futuro de Ruth Anne. Así pues, Anne, la duquesa de Cass, podría hacer algo por su vástago. La duquesa de Cass estaba harta de la vida disoluta que llevaba el heredero del ducado. Le habían privado de usar el título de cortesía de marqués para que se centrase, pero eso no funcionó. Era momento de que él sentase la cabeza. Y se prometió que la condesa de Montgomery no iba a volver a tener poder sobre su hijo nunca más.

—¿Estás pensando lo mismo que yo, mi amor? —inquirió el duque al ver a su esposa tan pensativa.

—Hacen buena pareja.

—Lo he visto —coincidió el duque con su esposa. La hija de los señores Sunne no poseía un título, pero tenía riqueza y era toda una dama. No había queja posible sobre ella.

—Lleva demasiados años postergando el casamiento. —Él tenía ya edad de tomar responsabilidades y formar una familia.

—Sabes que tu hijo la espera a ella —dijo, señalando a una mujer que sobresalía sobre el resto por sus facciones exóticas.

Los duques estaban al corriente de lo que *lady* Montgomery y su hijo habían compartido. Si no de lo más íntimo, sí de lo importante.

—Esa mujer no lo merece. Antes me dejaría mutilar un brazo que ver a mi hijo casarse con ella. —Anne estaba muy enfada. Por lo que se refería a *lady* Montgomery, era una aprovechada sin corazón. Tan solo su hijo era capaz de presentir que había algo más en ella. Definitivamente, Alexander estaba motivado por la cruda lujuria que esa preciosidad sin conciencia despertaba en los hombres.

—Su esposo está a las puertas, Anne. En cuanto lord Montgomery pase a mejor vida, Alexander se declarará. —El duque no era simpatizante de esa dama, pero debía admitir que comprendía la fascinación de su heredero. La mujer era de una elegancia y porte vistosos. Sumamente bella.

—El viejo conde lleva mucho tiempo en el umbral entre la vida y la muerte. Confiemos en que pueda aguantar un poco más. —Rezó una plegaría mientras mantenía este pensamiento en su mente.

—¿Qué te propones, esposa mía? —La veía muy pensativa. Demasiado. Antes de ocuparse del futuro de su único hijo varón, era necesario arreglar la situación de Ruth Anne. La pequeña de los Cass había huido despavorida de Londres hacía unos días y en el lugar al que se dirigía iba a encontrar a un buen pretendiente para casarse… Al menos, así lo había planeado el duque.

—No lo sé, pero debo hacer algo para que mi amado hijo no cometa la mayor equivocación de su vida. —La que hablaba era una madre desesperada por la felicidad de su retoño. Porque, tuviera la edad que tuviese, Alexander siempre sería su niño pequeño.

—Todo Londres sabe que no puede renunciar a ella. Ahora que *lady* Montgomery ha vuelto… —la frase quedó en suspense—. Si haces algo que lo enoje, te arriesgarás a su ira. Nuestro hijo es demasiado impetuoso…

—Lo sé bien. —Alexander no se parecía en nada a su esposo. Tampoco a ella. Tal vez habría que buscar indicios de su carácter en el antiguo duque de Cass. El padre de su esposo siempre resultó ser un hombre complejo, demasiado autoritario y siempre estuvo rodeado de mujeres… Muchas féminas que ansiaban sus favores. Alexander había heredado ese encanto animal del antiguo duque de Cass que no tenía su marido.

Capítulo 2

Un encuentro inesperado

Alexander salió a la terraza maldiciendo su suerte. Hacía un año que no sabía nada de ella. Más de trescientos días que había estado enfadado con esa mujer, con él y con su viejo esposo. Con este último por no tener la cortesía de morirse de una vez por todas. Alexander no le deseaba ningún mal a nadie, pero, después de enterarse de la historia de ella con el conde de Montgomery, no ansiaba más que protegerla y cuidarla.

Lisbeth. El nombre de su amante se deslizaba como la seda entre sus labios. Era tan apasionada, bella, maravillosa y buena, que no deseaba más que amarla y casarse con ella.

En su último encuentro, cuando disfrutaron de una noche ardorosa al calor de sus cuerpos desnudos, donde todo fue permitido entre ambos amantes, le había dicho que deseaba casarse. La empujó a pedir el divorcio o una separación. Ella le dijo que sí. Al día siguiente se esfumó de Londres. Le dejó una carta en la que le indicaba que su esposo tenía deseos de marcharse a Francia y que debía seguirlo. En la misiva le dijo que lo amaba y que fuese paciente, porque llegaría el día en el que estarían juntos.

Sus padres la desaprobaban. Era de dominio público la relación que Lisbeth y él mantenían. Alexander no se avergonzaba porque la

adoraba con toda su alma, y deseaba cantar su amor a pleno pulmón. Su madre había insistido en que era momento de abandonar su encaprichamiento y elegir una esposa. Él le había dicho que no se metiese en su vida. Y no fue en un tono amoroso, sino todo lo contrario.

La duquesa de Cass no sabía lo que había sufrido *lady* Montgomery. Esa mujer necesitaba a un salvador y él la ayudaría.

Sin embargo, durante un año no había tenido noticias de Lisbeth… Hasta esa noche. Mentiría si no admitiera que al sostener a la pelirroja entre sus brazos su cuerpo se estremeció. Ella olía a lilas, a juventud, a inocencia…

Desde que Lisbeth se marchó, Alexander había tenido ciertos escarceos, pero lo de April, más allá de ser una mano tendida para auxiliarla, no creyó que desembocaría en algo inesperado. Le había gustado ver sus reacciones frente a él. Su risa, su asombro… incluso esa rebeldía y timidez cuando habló de besarla. No pretendía flirtear con ella, pero sucedió de un modo natural, no forzado. Tal vez había sido porque había visto un poco de simplicidad en una cara amiga. No la conocía demasiado, solo por los cuchicheos que alguna vez había oído pronunciar entre Ruth Anne y ella. Aun así, se hacía un bonito retrato del carácter de la atolondrada mejor amiga de su hermana. April era valiente, leal y de confianza, cualidades que no abundaban en muchas damas. Su ingenuidad e inocencia le gustaban. Porque no era una cabeza hueca. Ella había sabido desenvolverse durante tantas temporadas en el duro mercado matrimonial de Londres y se mantenía todavía con esperanza.

Le había gustado también ver que ella no respondió cuando esa muchachita le faltó al respeto y la desdeñó sin un solo remordimiento. Es por ello que se obligó a intervenir y ofrecer un baile. No calculó que con ella se sentiría… se sentiría… Algo había cambiado entre ambos y él quería ese beso para ver qué sucedía. Además, sospechaba que a esa pelirroja de mirada ardiente le haría bien un poco de emoción. Un suave roce con sus labios le daría la oportunidad perfecta para poder sentirse un poco más fuerte. No es

que creyera que April necesitara de algo como eso para que su autoestima fuera más firme, pero él necesitaba ver qué había sido lo que le inspiró durante ese desconcertante baile.

Y lo peor llegó cuando Lisbeth fue anunciada. La condesa de Montgomery parecía tener una especie de brújula para llegar en el peor momento posible. Bien. Ella no se había preocupado por él durante un año, y la pelirroja no tardaría en aparecer donde estaba esperando para su improvisada cita clandestina.

¿Cómo lo sabía? Porque era un hombre experimentado y desde hacía años sabía que la amiga de su hermana se desestabilizaba cuando él estaba cerca. Por mucho que April se obligase a no mirarlo, ella estaba muy pendiente de sus actos. Alexander era un hombre popular entre el sexo femenino y comprendía que una joven como April algún pensamiento sobre él tuvo que haber tenido. Era así, puesto que sus mejillas se coloreaban cuando pasaba por su lado. Intuía que la joven se había contenido los anteriores años, y eso la hacía una mujer inteligente.

Hasta esa noche, en el momento que compartieron ese baile, no se había dado cuenta de lo mucho que ella había cambiado. Ya no era aquella joven un poco tímida que llegó a su vida de la mano de Ruth Anne. No. La señorita Sunne se había transformado y lo que más inquietante le resultaba era la fuerza de su pelo. Se veía puro fuego. Tanto que deseaba verlo cayendo en cascada por su espalda para ver si era capaz de resistir la tentación de tocarlo. Ello sin contar esos expresivos ojos azules. La verdad lo había sacudido como un terremoto. La encontraba muy atractiva, tal vez demasiado. ¿Cómo un sencillo baile había podido despertar en él impulsos que nunca creyó sentir por una joven pelirroja atolondrada? Fácil, ya no era aquella muchacha.

Estaba enfadado. Más allá de las sensaciones que la desconocida April le había provocado, Alexander estaba luchando contra la furia que le avivaba Lisbeth. Era toda una mujer experimentada. Tenía cuatro años más que él y era tan sensual, atractiva y maravillosa que recordar los días que pasó en su cama lo ponían duro como una

piedra. Se acoplaban bien. Tan bien que la necesitaba cuando no estaba cerca. Estaba a su merced y no le importaba. Sería capaz de hacer cualquier cosa por liberarla de la tiranía de ese marido que le hacía cosas tan humillantes y dolorosas. Ella lo había tenido abandonado durante un año entero. Maldijo con fuerza en su interior. Una corriente de aire helado surcó el ambiente del frío jardín y Alexander se estremeció. Unas suaves pisadas sobre la hierba le alertaron de la presencia de otra persona a su espalda.

April. La luz de la luna era tenue, aun así ella resplandecía. La veía frente a él, con la cabeza baja y las manos cogidas cerca de su regazo, probablemente avergonzada por haber accedido a una cita clandestina en un oscuro jardín.

Era muy bonita. Se dijo así mismo que había estado ciego durante mucho tiempo por haber tenido una pieza así a su alcance y no haber reparado antes. No obstante, había florecido tan gradualmente que no había considerado que hubiera una verdadera mujer ahí. Había sido necesario que Ruth Anne se marchase del lado de su amiga, para que fuera capaz de descifrar el enigma que April representaba para sus sentidos masculinos.

Alexander se acercó con sigilo para no ahuyentarla. Con el dedo índice le hizo subir el rostro para que lo mirase. Era una locura. Haberla hecho venir a un lugar como ese y permanecer a solas con él no era buena idea. Sin embargo, no se había podido resistir a probar la teoría sobre la atracción que ella le había despertado de súbito con un simple baile… ¿Qué clase de embrujo había sufrido?

—Solo es un beso, April —le susurró mientras se perdía en esa mirada tan esperanzadora que él veía—. ¿Te han besado antes? —La sencilla pregunta le hizo sentir algo muy preocupante: celos. Imaginar a otro hombre pudiendo acariciar sus rosados labios y hundiendo sus manos en la cabellera pelirroja…

—No —apuntó en una negativa apenas audible. April lo estaba mirando a los ojos con demasiada anticipación. La joven sabía que no debería haber ido. Estaba decidida a no hacerlo, más cuando observó la reacción de él ante otra mujer. Pero entonces lo vio salir

por las puertas francesas hacia la oscuridad del jardín. Sus piernas se pusieron en marcha sin que su mente pudiera evitarlo. Tal vez no tuviera otra oportunidad para que un hombre como Alexander demostrase interés por ella. Hoy era cenicienta en un baile y, si bien él no era su príncipe encantado, al menos podría averiguar lo que se sentía cuando un hombre besaba a una mujer.

El orgullo masculino subió como la espuma cuando ella negó. No había sido tocada por otro hombre. Sus labios iban a ser besados por primera vez por él.

—¿Quieres mi beso, April? —El cazador estaba jugando con su presa.

—No lo sé —apuntó con la respiración entrecortada.

Él sonrió ante la sinceridad de la respuesta.

—¿Por qué no sabes si deseas que yo deslice mis labios sobre los tuyos en un cálido beso? —Una nueva ráfaga de viento hizo que un mechón de ella escapase de su pulcro regido. El conde llevó su mano para recogerlo. Antes de ponerlo tras la oreja de ella, jugueteó con ese pedazo de fuego. Era tan suave…

—No es solo un beso, Alexander. —El ramalazo que el conde sintió al escuchar su nombre en los labios de ella fue del todo inesperado.

—Dime qué quieres, April —dijo con la voz más dura de lo que se propuso.

Ella cerró los ojos. El conde aprovechó entonces para colocar ese rebelde pedacito de su cabello tras la oreja. Sus dedos se pararon en el lóbulo para comenzar a masajear ese punto con ternura.

—Llevo demasiado tiempo obligándome a no pensar en ti. Si me besas, sé que me arruinarás para el resto —se confesó con humildad. No podía seguir fingiendo más. No con él, cuando era Alexander quien había estado en las sombras interpretando todos los papeles que ella veía en su mente cuando fantaseaba con el hombre perfecto. No podía más. Después de ese baile, sus defensas habían caído. Tantos años ocultando sus propios sentimientos a los demás,

a ella misma… y un roce de él despertaba todo cuanto había intentado negar.

—Solo será un beso —respondió con los ojos vidriosos por la sensualidad que emanaba desde cada parte de su cuerpo.

—No. No será un solo beso, Alex. —April sintió la inminente necesidad de acortar su nombre de pila para tener algo exclusivo, único, entre ambos. Nadie lo llamaba así. A él le gustó esa nueva muestra de intimidad.

El conde llevó los dedos hasta los labios de ella para entreabrirlos, para acariciarlos y comprobar la suavidad que veía en ellos. Pétalos de rosas maduras. April abrió los ojos en ese momento. Un gemido de placer escapó de la garganta femenina. Ese sonido reverberó directamente en su entrepierna.

—No te besaré si no quieres, April. —No era mentira. Necesitaba ese contacto, pero si ella no lo permitía no la presionaría.

—Me besarás y luego olvidarás que lo has hecho. Una más. Otra mujer con la que se ha antojado jugar a ser el libertino que se dicen que eres. Pero yo sé que no eres así, Alex. Hay mucho más dentro de ti. Yo te he visto. He visto cómo te comportas con los tuyos, con tus hermanas, con tus padres. Eres un hombre asombroso… Solo si tú me vieras… yo… —La intensidad con la que había empezado a confesar sus sentimientos se fue desinflando.

Lo vio ponerse serio. Ella cerró nuevamente los ojos.

—¿Qué, April? ¿Qué insinúas? —inquirió más brusco de lo que pretendió.

—Lo he intentado, Alex. Con todas mis fuerzas. Pero un breve contacto tuyo ha servido para que mis emociones se desborden, para que mi alma te anhele con más fuerza. Mi cuerpo se estremece con tu sola presencia. Un baile te ha bastado para que yo confiese que estoy enamorada de ti.

Alexander la soltó como si quemase.

—¿Qué estás pidiéndome?

—Nada. Nunca te exigiré nada.

—No puedo darte lo que… —April se acercó a él y levantó la mano en un gesto de absoluta audacia para acariciarle la mejilla. Él se apretó contra la palma de ella.

—Bésame, Alexander. Bésame, por favor —rogó con sencillez. Y él estuvo perdido. Dejó caer los labios sobre los de ella y reclamó la suavidad que ofrecía. Fue un beso tierno, pero cuando ella gimió de pleno placer quiso reclamar más. Sacó la lengua y la invitó a hacer lo mismo:

—Déjame saborearte, April. Abre la boca, permite que pueda disfrutar de tu dulzura.

Y ella se entregó a la petición con gusto. Abrió la boca y él buscó la lengua de ella para deleitarse en una danza húmeda llena de promesas que no podían ser. Alexander llevó las manos a la nuca de April para sujetarla mientras la mujer se lanzaba a rodear su cuello en busca de un punto de apoyo.

El conde jugó con la lengua para burlarse de ella. April gimió de placer con ese beso húmedo tan apasionante.

—Alex… Alex… Alex… —susurraba April queriendo pedirle tantas cosas.

«Solo una oportunidad, solo permite que pueda demostraste que estamos hechos el uno para el otro», quería suplicarle con el corazón en la mano.

—Creí que tus seducciones estaban destinadas a mujeres más… mundanas y expertas, querido. —Una voz divertida los interrumpió. Alexander cortó el beso y se apresuró a colocarse delante de April en un gesto de protección para ocultarla de ojos indiscretos.

Cuando el conde se dio cuenta de que delante de él tenía a Lisbeth suspiró con fuerza.

—*Lady* Montgomery, sea usted bienvenida a Londres —expuso con fingida serenidad.

—Gracias.

—No las merecen.

El silencio cayó con todo su peso. La mujer comenzaba a impacientarse.

—¿Vas a decirle ya a tu… acompañante que se marche para que hablemos o lo voy a tener que hacer yo, Alexander?

April, quien se mantenía detrás de la espalda del conde supo en ese momento que los dos mantenían una relación íntima. El uso del nombre de él en boca de otra mujer le sentó como un jarro de agua fría. Se sentía tan posesiva con Alex después de ese incendiario beso que estaba luchando para no salir de detrás de él y decirle que los dejase en paz.

April esperó ansiosa la respuesta a la petición de la esa mujer. Rezaba para que él no hiciera eso… En cuanto se giró para observarla, la miró de otro modo muy diferente. Era una mirada totalmente alejada de esa cómplice que compartieron antes de rendirse a los impulsos del anhelo de tocarse.

—April, por favor, regresa dentro. —Fue una orden tan fría que la señorita Sunne no se atrevió a rebatirla. ¿Qué esperaba? ¿Que un baile y un beso lo posasen a sus pies? ¿A él? ¿A un hombre que tenía delante a una preciosa mujer y que podría tener a diez más como esa?

April salió de escena con pasos pausados y el corazón encogido. Tonta. Ilusa. Nunca debió haberse permitido soñar con él. Los años en los que se había debatido entre dejar que él se metiera bajo la piel y mantenerse cuerda habían sido todo un sacrificio innecesario.

—¿Tan inconstante eres que no has sido capaz de esperarme, querido? —Continuó la conversación entre los amantes.

—Un año, Lisbeth. Un año sin saber nada de ti. Creo que he sido más que paciente —dijo mientras la mirada con atención. No había cambiado lo más mínimo. El vestido de muselina azul zafiro resaltaba mucho la oscuridad de su piel y los preciosos ojos verdes que ella poseía.

—Yo no tengo control sobre la vida y la muerte, Alexander. Mi esposo no tiene la amabilidad de perecer para que ambos al fin nos casemos —señaló de modo frívolo.

—¿Te ha impedido el cuidado de tu esposo comunicarte conmigo este largo tiempo? —inquirió con furia contenida.

—Vamos, Alexander. ¿Qué querías que hiciera? ¿Una carta? Sí, pude haber escrito, pero eso… ¿habría supuesto alguna diferencia? No podía verte, no podía tocarte, no podía besarte… —La dama se acercó a su amante mientras le acariciaba la mejilla—. No te imaginas lo duro que ha sido estar sin ti, sola, en un país extranjero. Francia me ha hecho sentir tan desconsolada, mi amor… Te añoré a cada noche. Pero regreso y veo que tú me has olvidado.

Alexander maldijo la poca fuerza de voluntad que tenía cuando se trataba de ella. La cogió para acercarla a su pecho varonil.

—¿Ha habido otro, Lisbeth? Necesito saberlo. Dímelo —exigió con una posesividad sin igual.

—Nunca, Alexander. Únicamente eres tú. Hemos vuelto porque mi esposo está muy delicado y desea pasar sus últimos días en Londres. Dame un poco más de tiempo. Hemos aguantado mucho, solo un poco más —pidió mientras ponía al alcance de su amante sus labios pintados.

La miró con intensidad. Ella le sonrió.

—Te amo, Lisbeth. No vuelvas a alejarte de mí.

—Bésame, Alexander. Bésame como solías hacer. Hazme olvidar la locura de mi vida. Poséeme. Hazme tuya. Aquí y ahora, por favor. Te necesito —dijo mientras echaba mano a la presilla del pantalón de él.

Alexander consiguió levantarle las faldas, rasgó su ropa interior y, sosteniéndola por las nalgas, la embistió de una sola estocada. Aquello fue el paraíso.

***

Por su parte, April regresó al salón de baile sintiéndose la mujer más miserable del mundo. Él se había quedado con su amante. La había despachado como si fuese una piedra que se había quedado

en su zapato. Se colocó en un rincón del salón y tomó asiento en una silla cercana a un balcón. Necesitaba un poco de paz.

April cerró los ojos tratando de ahuyentar las lágrimas. No tenía que haber acudido. Todo le indicaba que sería una catástrofe. No obstante, la esperanza pesó más que las miles de razones que podía enumerar en contra. Alex. Al menos él había podido ser Alex durante unos pocos minutos. Besos. Besos robados en la oscuridad. Un breve recordatorio de lo que atesoraría para toda la eternidad y que nunca llegaría a poder ser. April se limpió una lágrima furiosa que se escapó de su párpado derecho.

—April, April, April… —Oyó su nombre en tono de humor. Llegó hasta ella una preciosa jovencita —. ¿De verdad creías que lord Albans te sacaría del mercado matrimonial? Oh, pobre solterona sin opciones. Todo el mundo sabe que el hermano de la otra solterona —dijo refiriéndose a Ruth Anne— acabará casándose con su amante en cuanto lord Montgomery pase a mejor vida. ¿Qué tendrías tú que ofrecer? —inquirió con sorna mientras se reía de ella abiertamente.

April sintió ganas de echar a correr. En vez de eso se levantó de la silla, irguió la espalda todo cuanto pudo y miró con seriedad a *lady* Blanche.

—Hará bien en no perder el tiempo con esta pobre solterona, *milady*. No hace mucho que yo estuve ahí compadeciendo a las damas que no conseguían casarse. Será mejor que deje a un lado los insultos y vaya en busca de un esposo. Tal vez un día, no demasiado lejano, una joven dama casadera se ría de usted y la compadezca por no haber encontrado un marido. Vaya y no pierda el tiempo.

April la vio ponerse roja de furia. El séquito que la acompañaba se quedó con la boca abierta. Hasta el momento, la pelirroja no se había defendido. Blanche dio un respingo y se marchó de ahí aireada.

April cerró los ojos tratando de controlar su corazón desbocado. Soltó todo el aire de sus pulmones y volvió a llenarlos.

Sintió una figura de nuevo frente a ella y se preparó para volver a discutir con *lady* Blanche. Levantó la cabeza y despegó los párpados. No. No era su declarada enemiga, no. Un hombre que le sacaba dos cabezas de alto, con unos ojos muy azules e intensos y el cabello rubio, la miraba con una sonrisa.

—Una reflexión muy acertada, si me permite decirlo, *milady*. —El desconocido inclinó la cabeza en señal de reconocimiento.

April se quedó con la boca abierta. ¿De dónde había salido él?

—Estaba disfrutando del frío de la noche —respondió apuntando al balcón que había detrás. April supo que había hecho la pregunta en alto.

—Lo siento… Yo…

—No —la cortó él con afabilidad—. No se disculpe ni conmigo ni con… ni con la otra dama —se rectificó, puesto que iba a decir «amiga» y era evidente que aquella muchacha no sentía simpatía por la mujer que tenía enfrente—, *milady*.

—Sencillamente, soy la señorita Sunne, milord. —April se dio cuenta de que debía sacar del error al hombre que la había tomado por una mujer de alta alcurnia.

Él le sonrió amable.

—Entonces, yo soy, sencillamente —repitió la misma fórmula que la muchacha había utilizado—, el señor Swift. Joaquin Swift, para servirle. —Él hizo una breve reverencia para demostrar su cortesía.

—Es un placer, señor Swift.

—Dígame, jovencita. ¿Es usted pariente del señor Sunne? ¿El conocido comerciante de seda y otras telas? —Joaquin había reconocido el apellido. April rio con soltura—. ¿Qué le resulta tan gracioso, señorita Sunne? —preguntó con extrañeza.

—La palabra «jovencita» —respondió ella—. No se enfade por mi risa, se lo ruego. Hacía tanto tiempo que no se referían a mí de ese modo que casi he sentido ganas de echar a correr descalza sobre la hierba, señor Swift. —Las facciones de él se mostraron más cándidas.

—Tengo treinta y cinco años, señorita. Usted todavía es una jovencita.

—Aunque no debería decírselo, porque una dama nunca comenta estas cosas, confesaré que no estoy tan alejada de su edad como imagina. Tan solo me lleva diez años, señor Swift.

—¿Diez años? Eso puede ser toda una vida, señorita Sunne. Yo estaba en Eton cuando usted apenas era un bebé —le señaló con afabilidad.

—Usted mismo lo acaba de oír. Mis congéneres me llaman solterona. Ya no estoy en edad casadera. Mientras un hombre a los treinta y pocos está en la plenitud, una mujer que sobrepase los veinte ya se haya en evidente declive… —apuntó con pesar—. Imagine una señorita con veinticinco años y que no tiene perspectivas de casarse… ¡Todo un escándalo! —exclamó con humor.

—Desde luego, tal vez debería llamar para que la arrestasen —siguió él bromeando.

Los dos comenzaron a reírse con complicidad. En ese momento, Alexander y *lady* Montgomery accedieron por las puertas de entrada y se giraron para mirarlos, puesto que las carcajadas habían captado su atención. La mirada de April se cruzó con la de él. El conde de Albans la apartó de inmediato, tal vez movido por un sentimiento de culpa. April se fijó en la sonrisa que la amante del hermano de su mejor amiga le estaba ofreciendo. También captó que su pelo estaba desarreglado y sus ropas no estaban colocadas de la mejor forma. No hacía falta saber lo que entre ambos había sucedido.

April quería morirse ahí mismo. La noche había sido nefasta. Y lo peor llegó cuando la condesa levantó una ceja arrogante para demostrar que ella había salido ganadora de… de… de lo que fuese que habían tenido ambas.

El señor Swift supo que algo estaba sucediendo entre esas tres personas. Recordó las palabras que la otra muchacha había espetado con sorna a la señorita Sunne y se dio cuenta de que el hombre que estaba frente a ellos era alguien apreciado para ella.

También dedujo lo que esa pareja había estado haciendo al cobijo de la oscuridad.

—Señorita Sunne, está a punto de comenzar el baile que me prometió. —El señor Swift, caballeroso y solemne, le tendió una mano. Ella agradeció al cielo tener un punto de apoyo en una situación tan humillante.

April sonrió a su acompañante y tomó la mano del hombre.

Las dos parejas accedieron al salón principal. Joaquin y April comenzaron a bailar. Alex y su amante se marcharon al poco tiempo.

—¿Está bien, señorita Sunne? —le preguntó su compañero de baile.

—Sí. Lamento que haya presenciado un nuevo episodio de mi humillante vida. —Estaba tan derrotada que no le importaba hablar sobre lo que sentía con un completo desconocido.

Él se apiadó de ella.

—No lo vea así. Yo creo que de todo se aprende. —Trató de animarla mientras sonaban las primeras notas de un minué.

April suspiró. Tal vez el señor Swift tuviese razón, pero… ¿qué aprendizaje podría sacar?

—Supongo que el destino y Dios no traen a nuestra vida obstáculos que no podamos saltar. Eso es lo que dice mi padre.

—Buen consejo. Un hombre sabio. Antes le había preguntado si usted es miembro de la familia Sunne, de los comerciantes.

—Sí. El señor Mark Sunne es mi padre. ¿Le conoce usted?

—Sí. Espero que nos convirtamos en socios. He comprado una fábrica al norte de Inglaterra y espero poder convencer a su padre para que trabaje conmigo como inversor.

—Oh. —Ella le sonrió—. Seguro que sabrá ganarse el favor de mi padre.

—Eso espero. He contratado al mejor capataz que he podido y espero establecerme en el campo. Si su padre me concede sus favores, me hará un hombre muy tranquilo que podrá disfrutar un poco de la apacible vida campestre. —El señor Swift esperaba poder contar con las rentas que le reportaría la fábrica para poder vivir

cómodamente el resto de su vida sin preocupaciones. No le hacía falta una gran fortuna, porque poseía la suya propia. Aunque el dinero siempre era bien recibido. Se había dedicado desde los dieciséis años al negocio textil y era momento de tomar las cosas con calma. Había llegado a Londres esta semana para hacerse cargo de las fincas y bienes de un pariente que había muerto sin descendencia. De hecho, en los próximos meses estaba previsto que se leyese el testamento. Había acudido a la fiesta esperando poder conocer un poco más a la élite social. Haberse topado con esta mujer de cabellos como el fuego había resultado una interesante sorpresa. Más allá de que había sido valiente al enfrentarse a aquella joven y a su corte de amigos ella sola, le recordaba mucho a su hermana. Eran las facciones delicadas de su rostro y la sencillez que se advertía en ella, lo que a Joaquin le había hecho pensar en Stephanie. Su hermana había sido un poco tímida, pero fuerte antes de casarse.

—Entonces, le diré un par de trucos para que mi padre quede impresionado.

—¿Lo haría? —Eso sí que no se lo esperaba.

—¿Por el hombre que me ha salvado de una situación muy incómoda? —inquirió retóricamente recordando la escena sucedida con Alexander. Sacudió la cabeza para olvidar. Para olvidarlo a él—. Cuando entre en el despacho no deje de admirar el cuadro que tiene justo arriba de la silla. Dígale que es una obra de arte sublime. Con eso se ganará su simpatía en el primer instante. Cuando le ofrezca algo de beber, opte por un brandy. Mi padre adora esa bebida. Dice que es la bebida de un buen hombre, duro y exigente pero justo.

—Estoy tomando nota mental de cada una de sus sugerencias, señorita. Sepa que las cumpliré. Por favor, siga, toda ayuda será bienvenida. —Estaba complacido con esos apuntes.

—Esto que voy a confesarle es un poco vergonzoso para mí, pero creo que esta noche ha sido del todo inesperada. Así que no hay nada que pueda hacerme sentir peor de lo que me siento… —Si se paraba a pensar que un amable desconocido había visto los dos

momentos más humillantes… se encerraría en su habitación y echaría la llave por la ventana.

—No tiene por qué compartir todos los secretos del señor Sunne conmigo, señorita. —La ayudó, puesto que la percibía azorada.

—No importa. Lo que debe decirle a mi padre, y con eso ya tendrá la mayor parte del trabajo hecho, es que me conoce.

Él frunció el ceño.

—No comprendo muy bien.

—Solo dígale que me ha conocido esta noche. No harán falta más detalles.

—¿Puedo preguntar, aun a riesgo de que me considere un desagradecido, el motivo por el que debería hablar sobre su amistad, señorita?

—¿Amistad? —Esa palabra provocó que la extrañada fuese ella ahora.

—Sí. Sus sabios consejos y su ayuda me hacen pensar que, aunque un poco pronto, podemos ser considerados amigos. Nunca nadie me ayudó de esa forma tan desinteresada sin esperar nada a cambio. —No era mentira. A él, todo el mundo se acercaba con algún fin.

—Considérelo un pago por su ayuda con… —La explicación perdió fuelle. No deseaba recordar a Alex. No. Él no sería nunca más Alex. No. Era lord Albans, hermano de su mejor amiga. El hombre que desde que vio por primera vez intuyó que le rompería el corazón si le daba ese poder. April se regañó. Ni siquiera sabiendo esa premonición había podido evitar cumplirla.

—Muy bien. —No insistió en el asunto porque intuía que se trataba de un mal de amores y no deseaba contrariarla—. ¿Me responderá a la pregunta, señorita Sunne?

—¿Qué pregunta, señor Swift? —inquirió con falsa sorpresa. Él se dio cuenta de que no sacaría nada más de ella y no le diría el motivo por el que su padre se vería halagado de que él dijese que la conocía.

—Le permitiré escapar de la cuestión solo por esta vez, en agradecimiento por haberse convertido en mi espía. —Le guiñó un ojo y ella sonrió con sinceridad. Ese gesto tan peculiar, tan sencillo, hizo que el corazón de April se sintiera un poco más ligero.

La danza terminó y el caballero, que sí era de brillante armadura y no como lord Albans, se despidió galante. April estaba sonriendo mientras veía al pintoresco señor Swift alejarse.

—Tiéndele una trampa. —April giró la cara sobresaltada para ver a la persona que se encontraba a su lado.

—¡Oh!, excelencia. Disculpe, no la oí llegar.

—Tiéndele una trampa —repitió la duquesa. April frunció el ceño.

—¿Cómo dice?

—Nunca me pareció que fueses sorda, querida niña —puntualizó la duquesa con humor.

—No lo soy, pero creo que no la entiendo. —No era mentira.

—Como bien sabes, todo Londres está al corriente del escándalo que ha protagonizado la duquesa de Crosy. Esa muchacha ha *cazado* —Anne puso especial interés en esa palabra— a un duque. Tu madre incluso apuntó que nada malo había en ello cuando lo estuvimos comentando hace un rato. Yo misma confieso que no me disgustaría la idea…

—¿Qué? —Tal vez las circunstancias vividas esta noche habían hecho que la mente de April se tornase más endeble, porque no entendía nada.

—Es tu última oportunidad, April —le habló con ternura—. ¿Qué mal habría en apoderarte de un hombre con todas las armas que poseas? Siempre me pareciste una mujer muy inteligente. Si la duquesa de Crosy, en su juventud inmadura, ha conseguido agenciarse a un duque, ¿qué no podría hacer una mujer como tú, querida mía? —La duquesa de Cass le sonrió y se marchó del lugar sintiendo que había hecho lo mejor que podía hacer.

April parpadeó un par de veces. ¿Tan bien se veía ella en compañía del señor Swift que incluso la duquesa le había hablado de cazar a un esposo? El destino le estaba gritando a voces. La joven

pelirroja ya no tenía duda alguna de que su misión, si quería casarse, tendría que ser la de capturar a un hombre y forzarlo a cumplir con el honor que le es propio.

¡Todo el mundo se empeñaba en que era su única oportunidad! Pensó en el hombre con el que había bailado. Era alto, fuerte, apuesto… Bueno, no era demasiado atractivo. Esa nariz tan peculiar lo afeaba un poco, pero las mujeres lo miraban con suspicacia, por sus anchos hombros y su cintura estrecha. De esto último April se había dado cuenta cuando la llevó hasta el centro de la pista de baile, porque las damas lo habían examinado con mucha atención. Su vestimenta lo hacía también fantástico. No era de extrañar si él entendía de tejidos tanto como su padre.

Se quedó ensimismada en sus pensamientos. Tal vez debería conocer un poco mejor al señor Swift. Por lo que se apreciaba a simple vista, tenían mucho en común. Bien. Sí. Ella no lo sabía ciertamente, pero al menos era un hombre trabajador como lo era su padre. Se veía afable, pero el mundo estaba lleno de personas cariñosas que se tornaban en la intimidad en monstruos horribles. De hecho, Margot había catalogado así a su propia hermana Bernice. ¿Qué mal habría en conocerlo un poco más y determinar si el señor Swift podía llegar a ser un buen esposo que no se enfadase demasiado si ella le tendía una trampa? La duquesa de Cass casi había ordenado que lo hiciera, y la madre de su mejor amiga era una persona muy inteligente. ¡No podía ir contra los dictados de una duquesa, de la razón, del destino, de Dios! No. No podía ir contra todo eso porque en todas partes se apreciaba que ella tenía que casarse y que para ello debía emplear una argucia.

Una sonrisa comenzó a dibujarse en su rostro. Señora Swift. April Swift. Sonaba bien. No era una idea descabellada…

—No voy a perdonarte jamás, April. —Margot había llegado para colocarse a su lado.

—¿Qué he hecho? —inquirió la pelirroja mientras se ponía seria. El tono de voz de su amiga era muy tirante.

—Me has obligado a bailar con ese pomposo… —expuso con disgusto.

—Vamos, Londonderry es un hombre muy cotizado. Creo que te ha venido bien que el resto te viera bailar con él. Tal vez eso te dará un poco de popularidad. —Ya habían discutido sobre esto hacía un rato. Margot parecía negarse a olvidar el baile producido con el marqués.

—Lo dudo mucho. ¿De qué me sirve bailar con un calavera arrogante? —rebatió con los labios fruncidos.

—No puede haber sido tan horrible, Margot.

—Lo ha sido. Del todo inapropiado. Ese hombre no comprende la palabra «decoro» ni aunque le sacudiera con ella en la cabeza. Es del todo insufrible.

—Así que… como candidato para tenderle una trampa… —la tanteó.

—Antes me sacaría los ojos. De ninguna manera podría buscar un esposo así. Mejor estoy soltera que mal acompañada —expuso con convicción. El marqués no le gustaba en absoluto. Una vez conoció a un hombre muy parecido. No. Margot ya había tenido bastante de eso.

April comenzó a reírse con delicadeza. El tono de voz de su amiga le había provocado mucho humor. Ella estaba negado con fuerza a Londonderry, pero lo cierto es que cada vez que ambos estaban juntos saltaban chispas… No como con Alex. No. Se volvió a regañar en su interior. Él era lord Albans… Bueno, mejor: él no era nadie para ella. April se tocó los labios en un acto totalmente involuntario.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Fue una suerte que su amiga Margot interrumpiera sus pensamientos.

—Casarse.

—¿Eso te hace poner una sonrisa? —quiso averiguar Margot sin comprender nada. A ella le causaba pavor la idea de encontrar esposo porque… porque… porque… Bueno, tenía sus motivos para temer ese momento, pero lo deseaba tanto que lo conseguiría. Creía que a su amiga también tenía miedo.

—Sí. Tengo un candidato firme en la cabeza.

La rubia aplaudió con fuerza la respuesta de su amiga. Cesó de aplaudir en el acto.

—¿No será lord Albans, verdad? —Margot había escuchado susurros muy desconcertantes sobre el hermano de Ruth Anne y una condesa que se decía que era una falda ligera.

—No. —Negó con la cabeza con firmeza—. Es el señor Swift.

—Uhm… Señor Swift —respondió como si al pronunciar ese nombre pudiera hacerse una idea de la persona—. ¿Y quién es el señor Swift?

April sonrió de tal forma que el gesto iluminó su rostro.

—Mi futuro esposo —aseveró con una férrea convicción.

Capítulo 3

Unas salidas poco apropiadas

La vida de April se había sacudido. Todo había cambiado para ella, porque lo que nunca se había permitido desear se le había escapado entre los dedos de las manos. Bien, sí. Eso no era del todo así, puesto que lord Albans nunca estuvo a su alcance… Hasta hacía una semana, en aquel baile donde pudo besar esos labios masculinos que despertaron unas cosquillas extrañas por todo su cuerpo.

Cada noche, cuando se iba a la cama trataba de no pensar en él. De olvidar lo sucedido. Y funcionaba cuando el rostro de aquella mujer exótica venía a su mente con claridad para recordarle que el hermano de Ruth Anne le pertenecía.

Y las noches se habían tornado más interesantes, porque April y Margot se escabullían para acudir a aquel club nocturno llamado Legancy, al que la invitación de ese hombre, que nunca sería para la pelirroja, le permitía la entrada. Se habían preocupado de ocultar bien su identidad. Nunca dejaban que las máscaras saliesen de su lugar, y su atuendo, algo atrevido, dejaba entrever que eran mujeres habituadas a ese ambiente de juego y diversión.

Aquel día, en el que se produjo el beso que compartió con lord Albans, no fueron a ese lugar prohibido porque April no estaba con

ánimos. Sin embargo, al día siguiente todo se perfiló para comenzar con los preparativos para descubrir lo que allí dentro se hacía. Era arriesgado ir. Si las descubrían, todas sus opciones para casarse y llevar una vida decente se irían al traste. Bueno, tampoco es como si eso fuese a suponer una gran diferencia con su presente y futuro. Y con este último pensamiento, April y Margot se adentraron en lo prohibido con un entusiasmo desbordante.

Lo que más disfrutaban haciendo era jugar. April se había dado cuenta de que tenía una habilidad especial para ganar en las cartas. Su memoria retenía las jugadas y sabía exactamente las cartas que iban a salir. Le bastó un solo día para dominar el juego de póker. Sin embargo, necesitó tres días más para comprender lo que en algunos gabinetes hacían hombres y mujeres —además de hombres con hombres y mujeres con mujeres—. El ambiente era de un libertinaje excitante que la dejó sin respiración hasta el tercer día. Pero eso no le interesaba tanto, solo un poco, porque ya que tenía la opción de conocer más de cerca la relación carnal deseaba tener un poco de conocimiento sobre ello. ¿Qué mal podría haber en ser una pizca más mundana?

Margot no se sentía demasiado cómoda, pero pronto le agradó ver que los hombres las buscaban. Porque, salvo una vez, nunca había despertado ningún interés. Las dos contaban con la ayuda de uno de los guardianes del lugar, Jerry, al que habían conocido y con el que habían congeniado —solo porque April le ganó una pequeña fortuna y él lo tomó con deportividad—, y eso les proporcionaba bastante seguridad.

El hecho de haber acudido al Legancy les hizo comprender que los hombres, cuando no había intención de casamiento, eran más proclives a buscar las atenciones de una mujer, y más si la adivinaban con un modo de vida licencioso.

Por supuesto que habían visto allí a lord Albans y al marqués de Londonderry. Ellos no las reconocieron ni les hicieron caso, al principio, porque siempre habían estado bien acompañados… Hasta que un día eso cambió.

Justo hacía dos días, todo pasó a ser desconcertante. Londonderry las acorraló y poco después llegó Albans. Ellas fueron listas y no consiguieron que los dos nobles se saliesen con la suya. April disfrutó al desplumar en la mesa de juego al conde. Su amiga tuvo que mantener a raya al marqués porque se le veía muy interesado… ¿Qué cómo era posible que no las reconociesen? Porque las dos pusieron acento francés. Eso y que las máscaras eran grandes, los vestidos atrevidos —especialmente porque ellas bajaban el escote más de lo debido—, y también porque estaban convencidas de que esos dos hombres nunca imaginarían que dos mujeres como ellas se atreviesen a ir a un lugar como ese. Seguro que al conde y al marqués no se les había pasado por la cabeza ni por un instante.

Esto no era nada bueno, al menos para April… E imaginaba que tampoco lo era para Margot, porque su amiga parecía aborrecer a Londonderry con todas sus fuerzas.

El conde había coqueteado con ella en el club y April le siguió el juego. ¿Por qué? No lo entendía. La pelirroja sabía que debía huir de él, pero era imposible. Había algo entre los dos, como una cuerda invisible que los ataba. ¿No era él capaz de verlo cuando ella sí se convertía en April a la luz del día? No. No lo era. Se ilusionó mucho con motivo de la soledad del conde en esos días pasados. Albans había ido al club sin ninguna dama y eso le daba unas esperanzas que, en caso de desvanecerse, la dejarían aturdida y hundida.

Y entonces llegó la noche en que ya nada sería definitivamente igual.

Los señores Sunne habían invitado a cenar a un amigo. April se olía una encerrona a la legua. Su madre preparó el vestido que debía llevar y le dijo a la doncella qué hacer con su pelo. La señora Sunne le dijo que se colocase las perlas porque el blanco realzaba el color de su pelo. Se podría decir que la envolvió de tal modo que April ya se veía siendo entregada como un paquete a los pies de esa misteriosa visita que iban a recibir en breve. Y debía ser alguien importante, porque la casa estaba impoluta y el menú de la cena

contaba con seis platos. Su madre había puesto mucho empeño para que la cita social privada fuese todo un éxito. A la joven no le sorprendería saber que su madre hubiese contratado una orquesta para celebrar un baile exclusivo solo para sus padres, la visita y ella…

Era todo muy sospechoso. Hasta la fecha, su madre no había estado tan impaciente por recibir a alguien en su casa… Y no había que ser un lince para caer en la cuenta de que se trataba de una visita masculina en la que la señora Sunne había depositado muchas esperanzas. A lo largo de estas largas temporadas de bailes y fiestas, el señor Sunne había ido incrementando la dote de April para que ella fuese más elegible… Ni los cazafortunas se habían interesado por ella, así que era mejor no hacerse ilusiones. Entre otras cosas porque su mente y corazón estaban puestos en lord Albans; en esos encuentros fortuitos que se producían por la noche en el anonimato.

A las ocho en punto, la familia estuvo reunida en los bajos de la escalera principal para recibir a la visita. Ante ella apareció un elegante y sofisticado señor Swift que la dejó sin aliento y estupefacta. ¿Él era el invitado de la noche? Curioso, muy curioso. La cabeza de la joven comenzó a conjeturar. April sospechaba que la reunión de negocios entre su padre y ese magnate textil ya se había producido, y que cuando el señor Swift le dijo a su padre que la conocía, el pobre hombre se habría visto en la obligación de aceptar la invitación que, a buen seguro, el señor Sunne le habría hecho de una manera muy persuasiva.

—Señores Sunne, señorita Sunne —saludó el recién llegado de manera muy cortés y cordial.

—Señor Swift, es todo un placer. —Tomó la palabra el padre de April.

—Sea bienvenido a nuestra casa, señor Swift —habló con suma ilusión la matriarca de los Sunne—. Por favor, April, sé la acompañante del señor Swift para entrar al comedor.

April se colocó al lado del hombre y suspiró pausadamente. Demasiada ceremonia para una cena con un solo invitado.

—Su padre me dijo que era una cena informal —le susurró en confidencia a April el invitado de la casa.

—En mi casa —respondió en el mismo tono bajo— cuando hay un hombre soltero involucrado que ha asegurado que me conoce, todo se vuelve complejo. Lo siento, debí advertirle que la confesión hecha a mi padre sobre mí le reportaría beneficios, pero también ciertas incomodidades.

El señor Swift le sonrió.

—No se disculpe, es todo un honor que me rindan tales atenciones, señorita Sunne.

—Eso dice ahora —dijo por lo bajo sin que él la oyese.

La cena comenzó con tranquilidad. April estaba gratamente sorprendida por la conversación tan intrascendente que se debatía. El tiempo, un poco de política… Hasta que se llegó a los postres. Algo iba a ocurrir. No podía ser todo tan normal, correcto y sin apuros…

—Querido… creo que deberíamos pasar a la salita —sugirió la señora Sunne con la mirada puesta en April.

Los cuatro se levantaron de la gran mesa de madera maciza tallada y un mayordomo apareció para decirle algo en confidencia a su madre.

—¡Oh! —exclamó inquieta la señora Sunne. Su padre se preocupó:

—¿Ocurre algo malo, querida? —preguntó con inquietud Mark.

—Por favor, April, acompaña a nuestro invitado y sírvele un whisky… Tu padre y yo iremos en un momento. Ha surgido algo que necesita nuestra atención —indicó afligida la mujer. El señor Sunne no se atrevió a hablar. Le daba en la nariz que su esposa tramaba algo, y la última vez que se inmiscuyó en sus planes durmió solo en su cama durante dos semanas enteras. Aun así, el padre de April suspiró profundamente para dejar patente que no aprobaba lo que suponía era una argucia de Deby.

—Le agradeceré un brandy, señora Sunne —rectificó Joaquin con cortesía el ofrecimiento mientras miraba con complicidad a April—. Si mi ayuda es de su interés, por favor, no dude en tomarla —se ofreció ante la señora Sunne de lo más galán.

—Me temo que no será necesario. April, vamos… —La señora Sunne los conminó a salir del lugar mientras el matrimonio se quedaba en el comedor.

Cuando April y Joaquin estuvieron lejos, el señor Sunne miró con reprobación a su esposa.

—¿No quieres que se case? —inquirió molesta.

—No a toda costa. —Sus dos hijas eran lo más preciado para el comerciante. Deseaba verlas bien establecidas. Mark nunca confesaría que había declinado siete ofertas de matrimonio porque los jóvenes que se presentaron en su despacho para solicitar la mano de su hija no le agradaron lo más mínimo. April merecía mucho más que aquellos petimetres.

—Ese hombre es más que apropiado. Será mejor que me ayudes a lograr un matrimonio, o esta vez me iré al campo y te quedarás solo en tu gran cama señorial, esposo mío… —Mark maldijo en su interior. Le había conferido demasiado poder a su esposa en el plano íntimo.

El señor Sunne negó con la cabeza. Deseaba ver establecida a su hija porque contar con la protección de un hombre era necesario para una mujer. Así estaba establecido socialmente. Llegaría el día en el que él no estuviera y April era una muchacha que tenía tanto amor que ofrecer que, si encontrase al esposo adecuado, obtendría amor y protección. Sin embargo, no la entregaría a cualquiera. El señor Swift tenía sus bendiciones porque le agradaba su elocuencia y su afabilidad. Esta vez cooperaría con su esposa, porque el señor Sunne creía firmemente que April estaría bien con Joaquin Swift. Por más ganas que tuviera de replicar a la señora Sunne, se callaría para no tener un fuerte dolor de cabeza.

Mientras, una azorada April —que esperaba que su madre en verdad no le colocase un lazo y la enviase directamente a vivir con el

señor Swift esa noche—, fue a servir una copa al tiempo que el elegante caballero tomaba asiento en un caro sofá tapizado.

—¿Le gusta el brandy, señor Swift? —preguntó antes de verter el líquido del decantador en el vaso.

—Sí. No le mentí a su padre. Tal vez, si usted no me hubiese dicho que debía pedir brandy cuando él me ofreciese whisky u otra bebida no lo habría hecho, por no disgustarle, pero opino que es uno de los mejores licores, por su olor, sabor y cuerpo —apuntó con efusión.

—Casi me están dando ganas de servirme una copa.

—Hágalo —la animó con humor.

—No. No sería correcto. Si mi madre entra por esa puerta y me ve un poco ebria, le acusaría a usted de embriagarme y tal vez se viera saliendo de mi casa con una prometida… —Sospechaba que esa era la intención de su madre al haberlos dejado solos.

Él se rio creyendo que ella acababa de bromear. Si el señor Swift hubiera estado atento a las reacciones de la joven, habría visto que ella hablaba muy en serio.

—Su padre ha accedido a trabajar conmigo y eso debo agradecérselo, señorita.

—¿Qué van a hacer exactamente? —April le dio la copa y se sentó en el sillón de enfrente.

—Son cosas muy técnicas, no quisiera aburrirla.

—¿Aburrirme? En absoluto. Yo ayudo a mi padre con los pedidos y las cuentas. Dudo mucho que haya alguien más capacitado que yo para identificar tejidos solo con el roce de mis dedos. —Movió ambas manos para airear sus dedos cuando dijo esto.

—Realmente es toda una caja de sorpresa, señorita Sunne. Una mujer interesada en los negocios y que además ayuda a su padre… Tal vez debería darle una copa de brandy… —señaló con suspicacia.

Él le inspiraba a hablar con libertad. Era del todo sencillo y amable.

—No se tome a la ligera mis advertencias, señor Swift. Tengo la impresión de que mi madre nos ha dejado a solas para conspirar en

su contra. Estas semanas, la duquesa de Crosy ha dado muchas ideas a las damas que están desesperadas por casarse.

—¿La duquesa de Crosy? —inquirió desconcertado.

—¿No ha leído usted el periódico últimamente?

—Me temo que solo la sección política que atañe a las Indias y los asuntos financieros.

—¿Tampoco ha oído los rumores sobre los duques de Crosy? —Debía ser el único que no conocía este hecho. En Londres no se hablaba de nada más.

—Me temo que no presto atención a los cotilleos —apuntó con satisfacción.

—La historia de la duquesa de Crosy está inspirada en la clásica trampa para cazar a un hombre.

—¿Como un cepo? —preguntó mientras se reía.

—Para algunos hombres sí podría ser considerado así. Hay quien elige compararnos con verdugos en cuanto a matrimonio se habla.

—¿Verdugos?

—Sí, a las mujeres, porque somos las que les ponemos la soga al cuello cuando decidimos aceptar las proposiciones de boda.

Él se carcajeó a gusto.

—¿Qué ha hecho esa la duquesa de Crosy para que se hable de ella?

April le sonrió antes de iniciar la explicación. Se notaba demasiado que era un hombre confiado que no conocía las reglas más oscuras de la sociedad.

—La muchacha, de la que dicen que es una beldad, no ha tenido paciencia para conquistar al duque, a su esposo, e hizo que su madre la sorprendiera en una actitud inapropiada con el caballero en cuestión. Y así —ella chascó los dedos— se casó con una licencia especial. Lo cual, más que hacer pensar a las mujeres en lo rápido que se puede encontrar esposo, deberían hacerles ver que si una mujer joven y bella ha tenido que recurrir a esas tretas, ¿qué será de las pelirrojas que sumamos veinticinco años? —April suspiró cuando terminó la exposición. Un silencio inesperado le hizo mirar a

su acompañante. Supo en ese momento, por la mirada de compasión que él le estaba ofreciendo, que había hablado de más.

—¿Lo haría usted? —preguntó con cautela.

—¿El qué? —No comprendía la cuestión.

—Hacer justo lo que ha hecho la duquesa de Crosy.

Las mejillas de April subieron de tono rápidamente. No solo lo haría, sino que estaba dispuesta a hacérselo a él, al señor Swift… Pero eso había sido antes del Club Legancy. Antes de que Alex volviera fijarse en la mujer con máscara.

—La desesperación es un mal casi peor que la propia enfermedad, señor Swift.

—¿Estoy en peligro? —preguntó con una sonrisa.

Ella se rio con ligereza. Empezaba a comprender que él era un bromista nato.

—¿Querría estarlo? —rebatió con coquetería.

—Me recuerda mucho usted a mi hermana. No negaré que fue fácil socorrerla porque me sentí en la obligación de hacerlo la otra noche. Confesaré que no tengo deseos de casarme. Sin embargo, me complacería que mi esposa se pareciera a usted.

April aceptó lo que supo que era un cumplido encaminado a levantarle el ánimo y le sonrió nuevamente con calidez.

—Es un hombre peculiar, señor Swift.

—No me tienda una trampa. Si alguna vez necesita de mi auxilio, solo debe decirlo —señaló con una gran sonrisa.

April estalló en carcajadas.

—Tenga cuidado, señor Swift. Tal vez algún día, no tan lejano como espera, yo tenga que echar mano de su… galantería.

—Si me permite el atrevimiento, debo señalar que me extraña mucho que esté soltera, señorita Sunne. No es usted una mujer poco agraciada. Y si eso le fallase, los contactos de su padre deberían haber bastado para tener una horda de pretendientes a sus pies. Por favor, no se ofenda con mi sinceridad. Desde que la conocí supuse que valoraría mi franqueza. Si cree que me he extralimitado, le ruego que me lo diga y que no responda a mis apreciaciones.

—Oh, no. No me ofende. —April sonrió otra vez porque era fácil ofrecerle a él con naturalidad—. Es poco común encontrar a un hombre con el que hablar de modo amigable. Además, sus conjeturas no me incomodan, porque las oigo a diario en boca de mi estimada madre.

—¿Entonces…? —la invitó a seguir al ver que ella había callado.

—Mi hermana.

—¿Qué? —Seguía sin comprender nada.

—Cuando la sociedad descubre un brillante diamante, tal y como ocurrió con mi hermana Judith, la gente tiene expectativas en que la otra, es decir yo, sea, como poco, tan deslumbrante como ella. No lo fui. Mi pelo, mis facciones, mi educación… Nada parece estar a la altura de lo que fue mi hermana. Todos comenzaron a mirarme con lástima y nadie quería quedarse con la hermana Sunne fea.

El señor Swift abrió los ojos como platos.

—Lo que dice no tiene ningún sentido.

—¿No? —le sonrió con ternura. Él negó con la cabeza con convicción—. Lo que le digo fue exactamente lo que pasó.

—Señorita Sunne, si la mujer de intensa mirada y cabello de fuego que tengo ante mí es la hermana fea, no quiero imaginar cómo será la considerada bella.

El cumplido fue dicho con tanta vehemencia que April se quedó con la boca abierta. Hubo un silencio pesado. Las dos miradas, el azul oscuro de April sobre el claro de Joaquin, quedaron atrapadas. La muchacha carraspeó para tratar de volver a la realidad. Era la primera vez que un hombre le dedicaba un elogio tan directo.

—¿Está seguro de que no desea casarse, señor Swift? Creo que sería un hombre que haría muy feliz a la mujer que lo acompañase en su vida. —No pretendía coquetear… ¿O sí? April no estaba segura de lo que hacía.

—Tenga por seguro que, si tuviera el mínimo interés en recitar mis votos, usted sería la primera en saberlo.

Era un rechazo. April lo sabía, pero le había llegado al corazón por el tono de voz tan afable que él había empleado.

—Entonces, me veré obligada a deshacer el plan que había ideado para *cazarle* —apuntó con una sonrisa coqueta.

—¿Tenía un plan?

—Desde luego que sí. Me impresionó mucho usted la otra noche. Ya le he dicho que la desesperación puede llevar a la locura.

—¿Cómo lo habría hecho? —Estaba muy divertido y hacía tiempo que ninguna mujer lo mantenía interesado en una conversación.

—En un baile atestado de altas personalidades. Lo habría seducido —lo vio fruncir el ceño sin dejar de sonreír—. No entiendo muy bien cómo funciona eso de la seducción, pero creo que le habría convencido para que me acompañase a un lugar oculto de ojos indiscretos e íntimo. Hubiera usado a una de mis amigas para alertar a mi madre y… —Eso era lo que había leído que había hecho la duquesa de Crosy.

—¿Nos habrían sorprendido besándonos? ¿O un poco más allá?

April se puso colorada. El juego lo había empezado ella y debería saber que estaba provocando a un hombre muuuy experimentado.

—Soy una mujer inocente, señor Swift —se vio en la obligación de confesar—. No comprendo el motivo por el que usted me invita a hablar de intimidades que no había compartido antes con nadie. Sé que mi conversación no está en los límites del decoro, pero es que de verdad no alcanzo a comprender…

—Sé que es una mujer inocente —la interrumpió en su explicación—. Del mismo modo que sé que está medio enamorada, o tal vez del todo, del hombre de aquel baile que salió con *lady* Montgomery.

April se quedó con la boca abierta nuevamente sin ser consciente de ello.

—¿Conoce usted a la condesa? —inquirió con cautela.

—Créame, hay pocos hombres que no conozcan los… gustos de la dama.

April no se lo podía creer. El tono empleado no dejaba lugar a dudas de la alusión que él había dejado patente.

—Uhm, ¿puedo preguntar si es usted uno de los que…? —Decidió ser valiente. Pese a que la conversación debería cesar de inmediato, se armó de valor y se tragó el azoramiento que sentía.

—Un caballero no revela nada acerca de las conquistas. Sin embargo, el conde de Albans —él había hecho sus investigaciones—, su amigo, está en problemas. He oído que él desea casarse con ella y, en mi humilde opinión, y sé bien de lo que hablo, va a cometer la mayor locura de su vida. No soy partidario de los chismes ni de propagarlos. Vi que a usted le interesa y me quedó perfectamente claro que usted tampoco le es indiferente. Tal vez debería tenderle una trampa a ese hombre para que no arruine el resto de su vida.

April estaba ida con las revelaciones expuestas. Más allá de que el señor Swift hubiese percibido esa tensión que existía entre ellos, lo que más le sorprendía eran las observaciones implícitas de la dama que al parecer tenía preso de amor a Alexander.

Suspiró.

—Me temo que eso es del todo imposible. —Decidió continuar con las confidencias tan inapropiadas.

—¿Lo es? —Él no lo creía.

—Sí, porque yo…

En ese momento se abrió la puerta. El señor Sunne apareció detrás de su mujer para comprobar que el decoro no había sido violado y sonrió al ver que todo estaba en orden. La señora Sunne borró su sonrisa porque sí había esperado que una situación inapropiada se hubiera producido. Deby frunció los labios. April se dio cuenta de que a su madre posiblemente le hubiera gustado encontrarla desnuda retozando con el señor Swift.

Los anfitriones tomaron asiento y la conversación siguió por cauces más apropiados… Al menos durante unos pocos minutos. La madre de April fue la que puso las cosas claras.

—Estamos esperando una propuesta para nuestra querida April en cualquier momento… ¿Verdad, señor Sunne? —inquirió con falsa modestia la madre de la pelirroja. April se vio de pronto inmersa en una pesadilla que intuía que iría a peor.

—¿Lo estamos? —contestó el padre con otra pregunta.

La señora Sunne le dio un discreto codazo a su esposo.

—Por supuesto, querido mío…

—Sí, es verdad. —Hubo de seguir con la mentira el hombre.

—Nuestra hija ha sido una mujer muy cotizada —comenzó a explicar la madre de April mirando a los ojos al señor Swift.

—No me cabe la menor duda. —Él sonrió a April.

—Pero el señor Sunne ha rechazado ya a cuatro pretendientes esta temporada. —Por un momento el señor Sunne temió que su esposa hubiera sabido que él sí había negado la mano de su hija a varios candidatos que no eran aceptables. Respiró tranquilo al comprender que Deby estaba tramando algo. Por su parte, April tragó saliva con fuerza mientras deseaba que la tierra se la tragase—. No vamos a entregar a nuestra pequeña a cualquier hombre. Ya le dije en su momento a mi esposo que poner esa obscena dote sobre la cabeza de April nos traería problemas. Por suerte, el señor Sunne se ha deshecho de varios indeseables. Solo esperamos encontrar a un hombre de unos treinta y pocos años, apuesto, preferiblemente con los ojos azules, alto, rubio, que sea un gran empresario de éxito… Aunque no tenga título nobiliario, sería bien recibido. En fin, eso no sería problema…

April estaba paralizada en su lugar. Miraba a su padre para pedir auxilio, pero el señor Sunne estaba en la misma tesitura que ella. Tan solo el señor Swift no se mostró incómodo por la insinuación tan clara que se había dado.

—Estoy seguro de que su hija merece un buen partido, señor Sunne. Veremos qué se puede hacer —apuntó el hombre, mientras observaba a una azorada April que no daba crédito a lo que allí sucedía.

—¡Maravilloso! —gritó con éxtasis la madre de la joven.

—Si me disculpan, ha sido una noche larga y me temo que necesito descansar. La cabeza me va a estallar. —La pelirroja no podía seguir viendo cómo su madre la ponía en evidencia.

—¡April! —la regañó Deby. Sin embargo, la pelirroja ya estaba de pie lista para marcharse.

—Señor Swift, ha sido un placer recibirle en casa. Gracias por su… paciencia —susurró ella la última parte esperando que sus padres no la hubieran oído.

—April, es desconsiderado que te… —comenzó a decir la señora Sunne.

Pero la pelirroja ya estaba saliendo por la puerta y su madre no pudo hacer nada para impedir la espantada. La señora Sunne pensó que su hija era una desagradecida. Dos veces le había servido en bandeja a un hombre que sería el sueño de cualquier joven casadera. Tal vez tendría que explicarle a su hija cómo debía comportarse una dama para atraer a un marido. Un poco de descaro no le iría nada mal a la ingrata de April.

La pelirroja subió a su habitación y se preparó para una nueva y excitante salida nocturna. Lejos de irse a la cama, estaba esperando que la noche fuese interesante y olvidar el bochorno vivido con el señor Swift. El carruaje que ella había contratado con el dinero que su padre le daba por su ayuda en los negocios, sirvió para que el cochero fuese leal a sus intereses. Así se estableció que el hombre la esperase a la vuelta de la esquina de casa con los caballos a punto.

April bajó con sigilo por la escalera del servicio, no sin antes coger una capa oscura y cubrirse. Llegó hasta el carruaje y sintió que una mano le agarraba el hombro desde atrás. Antes de que pudiera chillar, le taparon la boca. Lo sabía. Era un plan arriesgado que iba a terminar con ella violada, o peor, muerta en la calle. Ahora que estaba siendo atacada comprendía su error.

—Tranquila, señorita Sunne. Soy yo, soy Joaquin Swift —se identificó mientras le daba la vuelta para quedar uno frente al otro.

Ella se relajó un poco.

—Me ha dado un susto tremendo, señor Swift.

—No más que usted. Acabo de dejar a su padre en su despacho y el señor Sunne está convencido que su hija duerme sana y salva

en su cama. ¿Se puede saber qué hace saliendo de la seguridad de su casa a estas horas?

—Yo… —Se quedó muda. La tranquilidad que sintió al saber que su inesperado atacante era el señor Swift se esfumó. Si él la descubría estaría perdida. Su padre probablemente la enviaría a una abadía y olvidaría que una vez tuvo una hija llamada April.

—¿Se trata de una cita con su amante? —inquirió con seriedad.

—No, no. Ya le dije que soy una muchacha inocente.

—Una dama inocente no andaría escabulléndose por las calles de Londres —le señaló con enfado.

—Lo cierto que es que voy a un lugar que… —No sabía cómo explicarlo. ¡Estaba mortificada! ¿Por qué él se había tenido que quedar charlando con su padre hasta tan tarde? ¿Y si en vez del señor Swift se hubiera topado con su progenitor? Le temblaron las piernas al imaginar la reacción del señor Sunne. Su padre la quería mucho, pero era muy severo, duro e incluso, si la ocasión lo requería, implacable.

—Regrese de inmediato a su casa —le ordenó, como si de un tirano se tratase.

April se envaró.

—No.

—¿Cómo ha dicho? —No creía que ella fuera una señorita rebelde. Osada, sí, sincera, también, pero no sospechaba que fuese una incauta.

—Soy capaz de cuidarme yo misma —apuntó con la nariz bastante levantada.

—¿Sola en medio de la calle? ¿Quiere acabar bajo el cuerpo de algún indeseable que le hará daño? —Él necesitaba que comprendiese el peligro que corría.

—Eso no pasará. Ahora discúlpeme, pero tengo que irme.

De forma hábil, April aprovechó la incertidumbre del señor Swift y se subió al carruaje. Trató de cerrar la puerta, pero el hombre se lo impidió. Acabaron los dos en el interior y el cochero se puso en

marcha sin necesidad de que ella tuviera que explicar la dirección de la primera parada que harían esa noche.

—Voy a ir al Club Legancy diga lo que diga, señor Swift, así que será mejor que se ahorre el esfuerzo.

—¿A un club? ¡Se ha vuelto loca! ¿No comprende lo que sucederá si la reconocen? Sus planes para casarse estarán terminados antes de empezar. —¡Ella estaba demente!

—No es un gran problema, creo que, después de todo, sí he nacido para ser una solterona —dijo, tratando de restar importancia—. Además, no soy tan estúpida…

—Eso lo dudo mucho —susurró aquel hombre.

—Lo he oído, señor Swift. Y me reafirmo en mis palabras, porque tengo una máscara que me oculta a la perfección.

—Su pelo es el problema, señorita Sunne —señaló Joaquin con fastidio.

—¿Qué hay de malo con mi pelo? —April sabía que no estaba a la moda, pero no esperaba que el señor Swift le pusiera objeciones. Se llevó una mano por inercia para acariciarlo. A ella le parecía precioso. Por lo visto, al resto no.

—Es demasiado brillante y vistoso. Cualquiera que la conozca sabrá que usted es usted. Con o sin máscara.

Ella entendió y se apresuró a negar:

—No. No hay ningún problema con eso. Nadie sospecha que mi amiga y yo…

—¿Amiga? No me diga que ha metido en su insensatez a otra joven. —Al que comenzaba a estallarle la cabeza en esos momentos era al señor Swift.

—¿No creerá que soy tan poco inteligente como para ir yo sola a un club, verdad?

Él suspiró con fuerza. Si le decía lo que le venía a la mente, esa pequeña amistad que habían construido se iría al traste.

—Señorita Sunne, no me haga responder, se lo ruego.

April no tuvo tiempo para replicar. El carruaje se detuvo y el señor Swift vio subir a otra muchacha ataviada con una capa negra y

la máscara ya colocada.

—¡April! —chilló Margot cuando se dio de bruces con un hombre al entrar en el vehículo.

—Margot, tranquila. El señor Swift nos acompañará esta noche. Puesto que ha tratado de impedir nuestros planes y considera que dos mujeres no son capaces de cuidar de sí mismas, nos acompañará y le demostraremos que tenemos la situación bajo control.

—¡Oh! —dijo la rubia mientras tomaba asiento al lado de su amiga—. ¿Es el señor Swift?

—Sí —respondieron al unísono April y Joaquin.

—¿Tu señor Swift? —repitió Margot satisfecha, pues intuía que su amiga lo había cazado sin necesidad de ninguna trampa. ¿Qué otra explicación podría haber para que ese apuesto hombre que parecía enfadado las acompañase?

—¿Soy su señor Swift? —inquirió con diversión Joaquin.

—Margot, ¿te he dicho alguna vez que hablas demasiado? —se quejó la pelirroja.

La rubia la miró con el ceño fruncido.

—April, ¿qué quieres que piense? Me dijiste que ibas a casarte con él y ahora está aquí para una escapada nocturna.

La pelirroja aulló de pura mortificación. Si la actuación de su madre después de la cena había sido estelar, la de Margot acababa de hundirla por completo.

El silencio incómodo fue roto por una buena carcajada.

—Así que en verdad había pensado en acorralarme, señorita Sunne —adujo con la diversión bailando en sus ojos.

—¡No! —gritó April—. Bueno, sí… no… es que… —April miró de reojo a su amiga. Margot estaba callada comprendiendo que había metido la pata. La pelirroja suspiró y decidió explicar la verdad—. En fin, tenía pensamientos de casarme esta temporada y cuando vi que usted… Yo… Lo siento.

—¿Debo considerarme su víctima, April? —El señor Swift decidió usar su nombre de pila de la pelirroja porque todo en ese momento

indicaba que era lo mejor.

Un silencio ensordecedor cruzó el habitáculo.

—Yo creo que no, señor Swift —tomó la palabra Margot—, porque April desea a lord Albans y él ha demostrado cierto inte…

—¡Margot! —gruñó la pelirroja que creía que nada podía ser ya más embarazoso.

—¿Qué? —La rubia se encogió de hombros—. Ya había dejado expuestos tus planes ante él, y como no respondías creí que sería mejor acabar de explicar tus secretos. Tal vez incluso te vendría bien. Si convences al señor Swift para que te tome por esposa, podrías darle en las narices a lord Albans. El conde no te merece. Mejor estarías casada con un hombre que no te ha delatado a tu padre y te ha prestado su protección para que puedas seguir con tus alocados planes. —Para Margot un hombre así era digno de ser valorado.

April se había equivocado. Porque sí, la cosa sí podía ponerse más humillante.

—Margot, no voy a pedirle al señor Swift que sea un reemplazo de Alex…

—¿Alex? —inquirió la rubia con una ceja alzada.

—Quiero decir, lord Albans —se rectificó April, pero el mal ya estaba hecho.

—Cásate con el señor Swift —le recomendó Margot.

—No puedes decir esas cosas, Margot.

—Claro que sí —replicó la interpelada.

—No. No puedes, porque el señor Swift no se ha propuesto —apuntó April.

—Tampoco es como si se hubiera negado.

—Pero no se ha declarado —insistió la pelirroja.

—Yo lo veo ahí enfrente muy divertido —la rubia cabeceó hacia la posición del hombre—. Creo que en verdad él está considerando hacerte la pregunta.

Era cierto que el hombre las miraba como si estuviera viendo una función cómica de teatro. Eran refrescantes.

—¡Margot! —April tenía las mejillas tan encendidas que sería capaz de calentar el interior del carruaje con el calor que desprendían.

—¿Señor Swift? —se dirigió Margot con tranquilidad a él.

—¿En qué puedo servirla, señorita Margot? —Él no conocía el apellido y, puesto que había oído su nombre en reiteradas ocasiones durante esa curiosa conversación que ambas mantenían, decidió usar la información que sí obraba en su poder.

—Es *lady* Margot —lo rectificó con suavidad April.

—Díganme que no… —señaló el caballero a punto de perder la paciencia—. Que no estoy en un carruaje a horas intempestivas con la hija de un importante y reputado comerciante y con la hija de un… ¿baronet? —Usó la escala más baja social porque si fuese descendiente de un hombre de un alto rango, Joaquin se vería en un duelo con ambos padres sosteniendo una pistola.

—Hija del conde de Burst —aclaró April.

—Acabaré en la horca… —se dijo él más para sí que para el resto. Joaquin había venido a Londres a hacer negocios, no a tomar entre sus atribuciones las de una niñera.

—No se preocupe —trató de animarle Margot—. Es del todo imposible que me pesquen en el delito. Mis padres están demasiado ocupados en sus cosas. Además, no pueden obligarle a casarse conmigo puesto que lo hará con April. —La rubia le ofreció una preciosa y amplia sonrisa que, incluso en la oscuridad, se vio brillante.

—¡Margot! —gritó con desasosiego April.

—Podemos apartar un momento el tema de los matrimonios para que me digan por qué van a un lugar del que no deberían ni conocer su existencia. —Él imaginaba el tipo de lugar que era ese club.

—Porque es emocionante —respondió sin cargo de conciencia Margot.

No hubo tiempo para más, porque en ese momento el carruaje se detuvo en la parada final. April se apresuró a salir antes de que o

bien el señor Swift lo impidiese, o Margot dijese alguna otra cosa comprometedora.

***

Alexander Joseph Nording, conde de Albans y futuro duque de Cass, se había levantado irritado, malhumorado y arisco. No creyó que una mujer se le metería tan adentro… Contaba con treinta años y nunca había imaginado que se convertiría en ese tipo de hombres en cuya mente solo habría espacio para ella. Estaba enamorado. No había otra explicación plausible para lo que le sucedía. Hacía demasiados años que se conocían… Bueno, no es así del todo, porque durante los últimos doce meses ella había estado residiendo en Francia. Pero los años previos que habían pasado siendo amantes habían sido gloriosos, especiales y magníficos. Lisbeth. El nombre de su dama resonaba con fuerza en sus labios y su corazón se estremecía.

Cuando la conoció creyó que era una mujer aburrida, casada con un hombre viejo que no la satisfacía. No. Ella era mucho más que eso. Alexander era joven e impresionable, pero ella… Lisbeth era inteligente, era brillante, pasional, increíblemente ardiente. La primera vez que se acostó con Lisbeth, condesa de Montgomery, supo que hasta el momento no había hecho el amor con nadie. Fueron uno solo ardiendo. Las llamas eran abrasadoras. Y más allá de haber compartido sus cuerpos, sus propias almas se comunicaron. Así lo sentía él. Y ella era imaginativa, perversa y encantadora en el arte de amar. No solo fue su boca sobre su miembro, ni el calor de su sexo, sino que había descubierto otra manera de mantener una relación con una mujer, pues ella había ofrecido otro agujero muy estrecho para que él disfrutase plenamente. Sodomía. Esa palabra se agolpaba en su cabeza a cada

rato. Le venía dulce y prohibida. Lisbeth lo había despertado a la verdadera pasión. ¿Cómo podría resistirse? ¿Cómo vivir sin ella?

Los meses fueron sucediéndose y su relación se afianzó. Tanto fue así que la palabra matrimonio fue dicha por él. No una, ni dos, ni tres veces… Muchas más. La adoraba y quería que fuese suya. El mayor inconveniente era su esposo. El viejo conde estaba a las puertas de la muerte, pero parecía no querer partir. Ella le pedía paciencia. Alexander no la tenía. La deseaba en su casa, en su cama, como su esposa para no separarse jamás de ella. Lisbeth era todo lo que una vez había pedido y soñado. Una mujer que combinaría a la perfección el papel de esposa y el de amante. Esta combinación no se solía dar en la misma mujer.

Un año sin saber de ella. Eso dolía. Pero ella había vuelto al fin a su lado. Desde que la vio en aquella fiesta habían pasado varias noches juntos, en las que rememoraron la pasión surgida. Esa que aún no se había apagado y había renacido con más fuerza. Si debía ponerle alguna pega a su compañera de cama, sería que era demasiado… Lisbeth no deseaba sus caricias, solo quería ser amada duramente, con fuerza. Le gustaba que él fuese un bárbaro, y eso en ocasiones lo desconcertaba.

No importaba. Sería suya. En cuanto el conde de Montgomery descansase en paz, él la tomaría por esposa. No esperaría ni a que sucediera el tiempo de luto. No. Se casarían y se irían de viaje. Ella soñaba con irse a Italia y él la llevaría. Se establecerían allí unos años y luego regresarían a Londres, cuando ya no fuesen un escándalo.

La historia de la vida de la mujer que amaba era conmovedora. Había pasado por tres matrimonios y sus esposos la habían tratado con tanta crueldad que ella no se fiaba de los hombres… Hasta que lo conoció a él. Ella lo dejó sin aliento. La visión de esa hermosura tan oscura y exótica… Ello, unido a la tristeza que se reflejaba en sus ojos, lo hizo tener de rodillas y compitiendo con buena parte de hombres por sus atención. Lisbeth lo eligió entre una horda de

pretendientes que solo querían meterse en su cama. Él quería más. Deseaba su cuerpo y su corazón. Así se lo dijo desde el principio.

Poco. Quedaba poco para que al fin su sueño se hiciera realidad. Esposa. La haría su esposa. Solo había que aguantar un corto espacio de tiempo. Ese hombre era un vejestorio. Lord Montgomery no podía durar mucho más.

Se había enfadado mucho cuando la vio en el salón de baile frente a él, porque durante demasiado tiempo lo había mantenido en el olvido. Tenía una sensación agridulce sobre ella. Lisbeth lo convenció de que no pudo contactar con él porque su esposo se había enterado de que mantenían una relación y que por ello se la llevó a Francia. La había amenazado con matarla si se ponía en contacto con él. Alexander aceptó sus explicaciones. Se veían plausibles. Lisbeth le había dicho que el viejo Montgomery era un ser despreciable, extremadamente celoso y que era capaz de quitarle la vida si lo contradecía. Comprendía que no pudo arriesgarse porque estaba sola en un país desconocido.

Hasta ahí todo bien. Porque en las muchas veces que él le había pedido que huyesen juntos, ella siempre explicaba que Montgomery tenía muchos recursos y que los encontraría y los asesinaría, por lo que era mejor esperar a que la vida misma siguiese su curso y la muerte se lo llevase.

No obstante, Alexander había tenido una fuerte pelea con su mejor amigo. El marqués de Londonderry, Bastian, le había dicho que había oído una serie de rumores muy preocupantes sobre Lisbeth y que le haría bien mantener los ojos abierto.

No quiso oírlo. Acusó a Londonderry de estar celoso de su amor y de su hallazgo. Se pelearon en una discusión acalorada en la que uno y otro se dijeron cosas que no debieron.

Las palabras de su amigo le habían picado en su orgullo, por lo que Alexander le había pedido explicaciones a Lisbeth sobre dos hombres que andaban diciendo que habían mantenido un idilio con ella y que la siguieron hasta Francia. Lisbeth le aseguró que era todo

una invención de Montgomery porque él sabía que ella regresaría a sus brazos.

Aun así, llevaba varias noches sin verla y estaba enfadado. No solo con ella, también con su madre. Esa que en estos momentos estaba sentada a la mesa removiendo su té desde hacía diez minutos y lo miraba con fijación, lo había asediado con respecto a su relación con Lisbeth para meterle cosas en la cabeza en su contra. Adoraba a su madre, pero la duquesa no tenía la menor idea de lo que él sentía por la condesa de Montgomery, que en breve se convertiría en su esposa.

«Solo un poco más. Un poco más», se decía Alexander cuando imaginaba a Lisbeth siendo su condesa.

—Escúpalo de una vez, madre. Su té no tiene la culpa de nada. Si lo sigue removiendo lo mareará demasiado —dijo Alexander mientras también removía sus huevos y un poco de jamón que se había servido para desayunar.

La duquesa dejó la cuchara y tomó un sorbo del líquido. Necesitaba aclarar la mente para la conversación que se avecinaba. Dejó la taza sobre el platillo y se preparó para darle su opinión.

—No pienso consentir que te cases con ella. —La duquesa estaba cansada de haber sido paciente y tranquila. Hasta el momento no había dejado patente su reticencia de esa forma tan clara. Al fin lo había dicho en alto, y era liberador.

—Es una pena que la decisión no recaiga sobre usted —contestó con tranquilidad el hijo.

—Alexander, yo la conozco y…—comenzó a decir Anne.

—Lo dudo mucho. —Su madre huía cuando Lisbeth estaba cerca.

—Conozco a las de su clase… —se corrigió su madre—. Te apartará de nosotros y de todo lo que amas. Te dejará solo y arruinado. —Anne intuía que esa mujer tenía a su hijo bajo un maleficio y que no era ni buena ni digna. Demasiadas palabras en contra habían llegado hasta su oreja y todas eran despreciables.

—No es su decisión. Nada tiene que decir al respecto. Esa mujer será mi esposa.

—¡Ella está casada! —gritó Anne sin poder contenerse. Alexander la miró con los ojos como platos. La duquesa no había mostrado nunca ese comportamiento con él. Ni siendo niño, cuando metió un par de ranas en la cama de Ruth Anne.

El conde engulló el bocado que estaba masticando y se preparó para hablar.

—Su esposo está muy delicado. Han regresado para que la sepultura sea en Inglaterra. Es cuestión de tiempo.

—¡No! —chilló con nerviosismo.

Con este nuevo grito, Anne hizo que su esposo se presentase en el comedor. El duque entró y miró a madre e hijo.

—¿Qué sucede? —preguntó Cass mirando directamente a Alexander.

—Mi madre no aprueba a mi futura esposa —dijo despreocupadamente Albans, mientras tomaba un poco de jamón en su tenedor.

—Yo tampoco lo hago, hijo mío —se plantó el duque.

Y ese fue el momento exacto en que Alexander dejó de comer y miró a sus padres con atención.

—¿Qué le disgusta de ella? —quiso averiguar su hijo con cautela. Su padre siempre se había mantenido al margen en esa cuestión. Estaba sorprendido y desconcertado.

—No es buena para ti. Una mujer que tendrá sobre sus espaldas a cuatro maridos muertos… —El duque sospechaba que ella no era trigo limpio.

—¡Basta! —Le tocó el turno de gritar a Alexander—. Son invenciones sin fundamentos. No he conocido nunca a una mujer que sea mejor que Lisbeth. Tal y como yo lo veo, solo queda la opción de que ambos se acostumbren a mi buen criterio. Madre lleva cuatro años insistiendo en que tome esposa. Bien, la hora ha llegado y la tomaré a ella o no me casaré. La amo —aseveró con seguridad.

—¿Amar? —se rio la duquesa sin humor—. Solo por meterte entre sus piernas, ¿ya crees que eso es amor? —Alexander se escandalizó por la salida de tono de la duquesa. Su esposo se tensó

porque la discusión estaba creciendo—. ¿Qué sabrás tú de amor? No, hijo mío, lo que sientes por esa mujer que envenena tu mente y tu alma es pura lujuria.

Alexander se levantó con violencia de la silla. El duque dio un paso al frente y miró a su hijo en un claro gesto amenazador. Albans frenó su avance. No creía que fuese a dañar a su esposa, pero bien le podría espetar alguna cosa que luego lamentaría.

—No hay nada ni nadie que pueda impedir que me case con Lisbeth. Si no quieren ser ustedes dos, padre y madre, los responsables de que rompa los lazos familiares, dejarán de opinar al respecto. No la calumniarán, ni dirán una sola palabra en su contra mientras yo esté presente. Ahora, si me disculpan, he perdido el apetito. —El conde tiró la servilleta que sostenía en sus manos de mala gana sobre la mesa.

—No pienso consentir que te cases con ella. Estás ciego, incluso Londonderry ha intentado que descubras la verdad. ¿Crees que tu mejor amigo te mentiría? ¡Ella es la nueva amante del duque de Ross! Dios sabe a quién más ha metido en su cama. Tan solo te mantiene en la recámara por si él le falla… Pero ese hombre es demasiado listo y, al revés que tú, comprende el uso que se le debe dar a esa mujer —aseveró la duquesa justo delante de su hijo. Anne no le tenía ningún miedo. Alexander escucharía lo que ella tenía que decir al respecto aunque fuese lo último que hiciera.

Albans inspiró con fuerza. Apretó los puños. El duque le puso una mano en el hombro a su heredero en cuanto se colocó detrás.

—Estoy con tu madre, hijo. No puedes, ni debes, hacerla tu esposa —dijo con cierta comprensión el duque. Se veía que su vástago estaba loco por la mujer.

—He dicho todo lo que tenía que decir. No añadiré más.

El conde de Albans se marchó de su casa enfadado y cansado. ¿Por qué sus propios padres y su mejor amigo se habían empeñado en boicotear sus planes futuros?

Con ese pensamiento tan sombrío y desalentador, Alexander comenzó una jornada complicada en la que buscó olvidar los

problemas, y que le terminó llevando hasta las puertas del Club Legancy por la noche. Que Lisbeth no hubiese acudido a su encuentro en la casa de las afueras de Londres, que él había comprado para sus encuentros, le hizo ponerse de peor humor.

Capítulo 4

El ardor de la pasión

Para lord Albans, el día había resultado ser un auténtico desastre. La pelea con sus padres se sumó a la discrepancia con Londonderry. Tampoco ayudó que él le hubiera enviado una nota a Lisbeth para verse y que ella no apareciese. Con un humor de perros y con bastante alcohol en la sangre, Alexander dio tumbos por varios lugares indecentes hasta que llegó al Club Legancy con la única intención de ver a cierta mujer.

Estaba enfadado, malhumorado y se sentía con ganas de hacerle pagar a Lisbeth la humillación que sentía. ¿Qué pasaba con esa mujer? Un día le decía que no podía vivir sin él y al siguiente lo evitaba…

Un halo rojo como el fuego captó su interés. Uhm, la pelirroja que en los últimos días había estado coqueteado con él en ese lugar estaba ahí… Interesante, se dijo para sí mismo. Se encaminó hacia la mesa de cartas en la que ella estaba sentada. Esa francesa iba a mejorar su humor, y de paso le daría un escarmiento a Lisbeth. Él nunca fue un hombre sencillo y paciente, y una fémina no iba a hacer mella en su carácter. Lisbeth merecía un castigo.

—Buenas noches, *madame* de la Croix.

April se tensó al sentir esa voz a su espalda. Se había inventado ese estúpido nombre y había pronunciado su mejor falso acento francés para que él no la descubriera. Más allá de un flirteo, que en ocasiones no había sido todo lo casto que debiera porque él le había robado algún beso que ella consintió, no tenía intención de otorgarle nada más. No, porque April era una muchacha muy sensata… Bueno, tal vez sensata no fuera la mejor palabra que la definiese en esos momentos en los que él estaba soplando en su oreja y había deslizado su lengua sobre el borde de la misma.

April sabía que debía apartarse porque esa humedad que Albans estaba imprimiendo en esa delicada parte de su cuerpo, le hacía agitar la respiración y las mejillas se le teñían de un rojo muy oscuro. Miró a su lado derecho, el señor Swift no estaba donde ella creyó que estaría. Levantó la mirada y vio a Londonderry que se llevaba a toda prisa a Margot y que el improvisado guardián, que se había subido al carruaje con ellas, los seguía de cerca.

—Vamos —fue la orden dicha mientras la sujetaba por la cintura para ponerla de pie y comenzaba a llevarla a otro lado. April estaba tan conmocionada por el rumbo de los acontecimientos que no fue capaz de decir una sola palabra para evitar el atropello… ¡Ay! Pero es que él la tenía muy bien sujeta por la cintura e iba diciéndole cosas muy perturbadoras en su oreja en un tono demasiado sensual como para que sus sentidos no se adormecieran y las alarmas se despertasen.

¿Qué mal podía haber en dejarse arrastrar por él durante unos breves minutos de tiempo? Era Alex, el hermano de Ruth Anne, una persona a la que ella conocía y que sería incapaz de hacerle daño a una mujer… April confiaba en él. Además, ella deseaba estar entre sus brazos. Se prometió a sí misma que sería fuerte y que no sucumbiría a nada más que unos pocos besos robados. Sí. Ella podría hacer eso, porque no era una mujer plenamente enamorada… ¿No lo era, verdad?

La pareja llegó hasta una habitación privada. Ella sospechaba que debían ser los dominios que él tenía asignados en ese lugar. April

ahogó un chillido cuando vio ante sí una cama. Estaba yendo demasiado lejos.

Albans se dio cuenta de que ella se había tensado al comprender la situación. No, la pelirroja que los últimos días había jugado con él no iba a escapar. Se acercó a ella como un cazador a su presa. Era especial, lo presintió cuando la vio en ese lugar el primer día. Se había fijado en ella bien porque cuando ambos se encontraron en el Legancy, Lisbeth no estaba en Londres y él tenía la mente más clara. Le gustó su frescura, el modo en el que respondía a sus coqueteos y besos robados… Era del todo un soplo de aire fresco. Hacía tantos años que ninguna otra mujer había llamado su atención, porque él solo tenía ojos para Lisbeth, que verla a ella fue todo un gran e inesperado descubrimiento.

April, al verlo con esa mirada de depredador, se rio presa de la histeria sin saber qué hacer. Podría confesar su identidad. Sí. Él se detendría si ella hacía eso. Debía hacerlo, porque no podía arriesgarse a perder su virtud en sus manos. No cuando su corazón latía tan fuerte por un hombre que nunca sería suyo.

—Albans… yo… —comenzó a hablar. Se detuvo cuando sintió la pared a su espalda y el fuerte torso de él sobre su pecho.

No pudo decir nada más. La boca de Alexander cayó sobre la de ella en un beso angustioso. April lo sintió, estaba desquiciado. Él necesitaba alivio y consuelo. Algo lo turbaba, no era el mismo que los días anteriores. No era solo por el aspecto tan poco elegante que él presumía. No. Era algo más. April levantó la mano y le acarició la mejilla para tratar de transmitirle un poco de paz en esa tormenta que mantenía en su interior.

Lilas. El olor a lilas que ella emitía lo volvía loco. Era un perfume tan sutil y suave… Le gustaba mucho, tal vez demasiado.

—Te necesito. Hoy te necesito… —dijo al sentir esa mano acariciarle tan tiernamente, pues no estaba acostumbrado a las caricias femeninas. Lisbeth no las ofrecía—. No te haré daño, te lo prometo. —Sería delicado. Por primera vez en muchos años trataría

de estar íntimamente con una mujer sin usar la violencia que su compañera de cama exigía en él.

Y April no fue capaz de hacer otra cosa. Echó sus brazos sobre su cuello dispuesta a darle lo que él tan humilde y franco le había demandado.

Las manos de Alex levantaron la falda de ella. Deseaba tomarse su tiempo, pero estaba impaciente por ver si estaba húmeda por él. Llegó hasta los suaves pliegues de su sexo mientras sus labios besaban ahora con más tranquilidad el cuello de ella. La pelirroja comenzó a gemir abrumada por las maravillosas sensaciones que él estaba desencadenando en su cuerpo. No sabía lo que le estaba sucediendo. Nunca había compartido esa intimidad y no tenía claro cómo debía actuar. Temerosa porque su tapadera saltase por los aires, decidió acallar su conciencia con los besos y el toque indecoroso de él.

Cuando los dedos se pasearon indolentes sobre ese tierno pedazo de carne, April gimió con más ímpetu. Albans se sonrió sin ser consciente de haberlo hecho. El roce se fue implementando con mayor dedicación y ritmo. Ella estaba tan húmeda por él que el conde casi rugió como un orgulloso león.

Era demasiado para ambos. April dejó todo el peso de su cuerpo sobre la dura pared que evitaba que cayese de espaldas. Albans se sentía morir por la pasión arrolladora que veía en la joven que se deshacía entre sus brazos. Tan experimentado como se creía nunca había estado de esa manera con una mujer. Ella no ordenaba, se dejaba hacer. Podía tocarla con docilidad, con ternura. Alexander no sabía que necesitase de esos preliminares hasta ese momento.

—Tranquila, preciosa. Tranquila, sé lo que necesitas y te lo daré. —Los gemidos de April se fueron convirtiendo en auténticas súplicas. Ella necesitaba algo de él con mucho ahínco, pero no conseguía determinar lo que era.

Alexander, mucho más experimentado en el arte de la seducción, comprendía bien que el cuerpo de ella ansiaba la liberación, pero no la apresuraría. Le encantaba tenerla rendida a sus caricias, a sus

palabras, a su toque. Lo sabía porque él estaba a punto de explotar en sus pantalones por las reacciones de esa ardorosa y sensible mujer que se frotaba sobre sus dedos sin descaro, sin inhibiciones, todo en una reacción natural, no forzada, y auténtica. Esa manera que ella tenía de entregarse a él lo estaba volviendo loco. El conde se vio obligado a llevar su mano hasta la presilla de su pantalón para no derramarse dentro. Liberó su miembro sin dejar de acariciarla y, cuando esa parte tan dura fue libre, se las ingenió para acercarla hasta la entrada de ella. Erró en su intento por penetrarla porque se movió furiosa por la pérdida de su ritmo. La punta de su virilidad se frotó con fuerza sobre la perla de la joven. April se volvió loca ante el contacto tan íntimo.

En la nube de pasión que la envolvía, ella sabía que esa parte de él, su hombría estaba sobre su sexo. Era perverso, era prohibido, era fascinante haberlo sentido en ese punto exacto de su cuerpo femenino. Tanto que, sin saber lo que hacía, April llevó su mano hasta la virilidad del conde para que esa parte se quedase presionando lo que necesitaba que tocase. Fue un gesto de pura audacia que lo dejó a él quieto y asombrado, más por la caricia íntima que la mujer le propinaba que por el hecho de estar haciendo eso mismo. Sus manos no eran expertas, pero de una delicia tan amorosa que estaba sintiendo… algo increíblemente revelador.

April rodeó esa parte que al tacto parecía ser seda, pero que al roce era dura. Sencillamente la movió para que ese punto sintiera su fuerza. Movió su cuerpo al compás. Pasados unos breves minutos en los que su mente se consumía por la elevada temperatura de su cuerpo, un rayo la atravesó. Una poderosa sensación de plenitud la lubricaba en lujuria y bañada de un placer sin igual. Su garganta se abrió para cantar una alegoría. Gritó cuando esa extraña sensación la arrolló sin contención. Tanto se entregó a los brazos de su amante, que Alexander no pudo evitar que la excitación de ella se le contagiase. El conde aulló con la misma intensidad y fuerza, mientras su miembro escupía un reguero caliente que le dejó el sexo femenino y parte de la mano embadurnados.

Los instantes de la lubricidad hicieron que los dos necesitasen cerrar los ojos para tratar de recuperar la respiración. April figuraba con la cabeza hacia atrás, lo que posibilitaba que Alexander pudiera cobijarse en el hueco de su cuello. La respiración de él le hacía cosquillas en la clavícula. April le acariciaba distraídamente la negra cabellera esperando que ese sencillo gesto lo relajase.

La pelirroja fue recuperando la razón. Había conectado con él. Lo había sentido. Por un instante fueron uno. Si él pudiera hacer el esfuerzo, ella sería capaz de demostrarle que podían estar bien juntos. Lo deseaba. Deseaba que lord Albans… Alexander… Alex fuese su esposo. Esto que jamás debió ocurrir entre ellos sin estar casados se lo acababa de confirmar. April sabía que era momento de ser valiente y desembarazarse de la máscara, no solo de la que llevaba puesta sobre su rostro, sino de todas. Le hablaría con el corazón. Le expondría los motivos por los que los dos debían luchar por eso que acababa de nacer al amparo de un engaño. Tenía que intentarlo. Él era perfecto para ella. La necesitaba. Tal vez ni él mismo lo supiera, pero le acababa de mostrar que podía ser la cura para sus males.

—Alex… yo… —comenzó a hablar April con cierta inseguridad. En ese momento la puerta de la habitación se abrió con violencia.

La condesa de Montgomery, a cara descubierta, enfocó los ojos con los de ella.

—Albans, cada vez que me reiteras tu amor parece que debes entregarte a la primera ramera que tienes a tu alcance —expuso con un deje de humor al ver la cara odio de April—. Comienzo a pensar que tus afectos no son todo lo sinceros que has asegurado a lo largo de todos estos años.

El conde maldijo por lo bajo. Recompuso su vestimenta y se dio la vuelta sin observar a la que acababa de ser su compañera de fechorías. April quedó nuevamente detrás de él.

—Soy un hombre con necesidades. Si la mujer que dice amarme no las cubre, debo buscarlas en otro lugar —se defendió con tranquilidad.

La condesa apretó los labios y miró una vez más a April, quien se mantenía detrás de la espalda de Alex sin saber cómo actuar.

—¿Le dices ya que los servicios prestados no serán nuevamente requeridos para que hablemos en la intimidad? ¿O lo hago yo? —dijo enfurruñada Lisbeth al ver que no despachaba a la mujer con la que lo había pescado manteniendo un interludio. No le gusto ver que el conde de Albans sostenía la mano de ella entrelazada en la suya.

—¿Hablar? —preguntó él con interés—. Creo que no tenemos nada de lo que hablar, querida. —Estaba colérico. Lisbeth se envaró.

—Págale el precio y que se marche —le ordenó la condesa con furia.

April dio un paso para marcharse de allí. No deseaba verse en medio de lo que ambos tenían. Tarde. Se dijo ella misma que tarde tomaba en consideración este pensamiento. La falsa mujer francesa ya estaba en medio de ellos. Las manos de Albans llegaron hasta su cintura y la detuvo para acercarla hasta él cuando estuvo a su lado.

—Tal vez sea mejor mantener a una mujer con mi dinero que a otra a la que solo le entrego mi amor. —April apretó los labios con fuerza ante esas palabras. Estaba claro la opinión que tenía de ella.

—Alexander, estás jugando a un juego muy peligroso —le rebatió un poco más relajada la condesa de Montgomery.

—¿Lo hago? —inquirió mientras luchaba sutilmente contra April, pues ella deseaba deshacerse de su agarre y Alex no lo permitía.

Lisbeth alzó el mentón.

—Tengo a un duque y a otro conde correteando tras mis faldas. Mi esposo no pasará de este mes… Tal vez no eres todo lo que yo había esperado, querido mío. —Pensó que celarlo sería lo más acertado—. Si no he aceptado las atenciones de dos hombres que son insistentes y poderosos es porque te prefiero a ti. ¿Quieres que cambie de parecer, amor mío? —lo desafío. Él sabía que ella era muy dura cuando la atacaban. Al menos lo había sido con él. «¿Por qué no emplearía esa fuerza con su semidifunto esposo?», se preguntó un tanto desconcertado por ese pensamiento que acababa de tener. Seguramente por los fustigazos que él podría emplear contra ella.

April sintió que él exhalaba con profundidad. Esa mujer no lo conocía demasiado si lo estaba tratando de esa manera. Alexander era arrogante, vanidoso y orgulloso. Atacarlo de eso modo podía ser un peligro.

—Ve con ellos. Yo tengo otra diversión mejor aquí. —April sintió que él le recorría el pecho con una mirada que seguramente era del todo lasciva. Quiso darle un codazo en las costillas.

—Alexander, no estoy bromeando.

—Yo tampoco. —Se mostró inflexible.

Un minuto de silencio en el que ambos parecían estar llevando a cabo una batalla de voluntades se sucedió. April trataba de apartarlo. Él lo impedía.

—¿Qué quieres? —preguntó la condesa en un cambio de actitud, pues su voz resultaba ahora más melosa y servicial. *Lady* Montgomery había comprendido que lo había llevado al límite. Hasta el momento siempre había podido manejarlo con facilidad. No le gustaba este cambio.

—No me hagas esperar más. No vuelvas a desatender una llamada mía. No deseo que tu nombre se relacione con otro que no sea el mío. Rompe mis reglas y volveré en busca de sana diversión y nuestra relación quedará anulada. —April se obligó a dejar la boca abierta. Eso sí sonaba más como el Alex que conocía. Tirano, severo y duro. El corazón comenzó a empañársele por lo que acababa de oír. Sus esperanzas se estaban disipando igual de rápido que habían llegado.

—¡Alexander! —gritó enfadada Lisbeth, mientras ahogaba un lloro que April creía falso—. ¿Dudas de mi amor? ¿De mis palabras de amor? ¿De mis afectos? ¿Acaso no sabes que el compromiso al que llegamos siempre estará sobre la mesa? No hay nadie más que tú para mí. Eres mi amor. Si esto ha sido para castigarme, no lo vuelvas a hacer. No he podido reunirme contigo porque mi esposo agoniza. El médico espera que en breve parta hacia un lugar mejor. He venido aquí esta noche porque imaginaba que estarías solo aguardándome. Pero no —le dio una larga mirada a April— te has

acostado con la primera falda ligera que se te ha ofrecido —puntualizó en un deje de enfado infantil.

—Lisbeth… —El nombre de esa mujer fue dicho por el conde en un tono tan doloroso que April supo que estaba luchando contra una quimera. Alexander se había desembarazado de golpe de su tiranía. La pelirroja cerró los ojos con fuerza para evitar que las lágrimas se escaparan. Todo estaba perdido. Un susurro con el nombre de otra mujer fue la única gran verdad que necesitó de él para comprender que los sueños… sueños eran. Y que nunca se cumplirían.

—¡*Madame*! —Una profunda voz masculina se oyó desde detrás de la condesa, quien se mantuvo durante toda la conversación cerca de la entrada de la habitación.

April vio al señor Swift y tuvo deseos le lanzarse a sus brazos para obtener un poco de protección y apoyo. Albans la había utilizado y no mostraba remordimiento alguno. El conde había querido celar a la condesa y ella había resultado el medio perfecto para que lo lograse. La culpa era de April por haberse hecho pasar por una mujer que no era: una cortesana.

Se soltó de Albans de mala manera y salió corriendo para caer en el abrazo del señor Swift. Ese hombre miró con furia al conde. Albans sintió que le acababan de perdonar la vida pero se mantuvo en silencio y con cara seria. Luego, Joaquin le dio una mirada a la condesa, esta vez de lástima.

—Uhm… Señor Swift… qué inesperado placer —habló Lisbeth.

—No puedo decir lo mismo. —Y con esas palabras el hombre se llevó de allí a April y a Margot. Joaquin maldijo el lío que ambas muchachas habían formado. ¡Ojalá se hubiese quedado en el norte con sus fábricas y sus negocios!

***

Los siguientes días se tiñeron de oscuridad. April se había encerrado en su habitación y Margot estaba desquiciada. La rubia no sabía exactamente lo que había sucedido en el Club Legancy, pero por el estado en el que su amiga se hallaba, y por lo que ella sospechaba, nada bueno había sido. El rictus severo que el señor Swift mostró en el carruaje durante todo el trayecto a casa y la negativa de April a regresar al lugar dieron buena cuenta de que la señorita Sunne se había perdido mucho más de lo que se veía a simple vista.

Margot sospechaba que lord Albans estaba detrás de eso. Si en un primer momento lo encontró perfecto y todo un sueño, Margot pronto se dio cuenta de que nada tenía que ver el conde con la dulce y buena Ruth Anne. No. Su mejor amiga estaba destrozada, tanto que incluso se había negado a recibir visitas. La señora Sunne estaba desesperada sin comprender lo que había sucedido y la rubia no podía contar nada sin traicionar la confianza de su amiga.

No obstante, Margot sabía bien lo que sucedía cuando un sueño se tornaba pesadilla y no podía quedarse de brazos cruzados. Cuando ella necesitó ayuda en su momento, nadie se la prestó, pero Margot haría su mejor esfuerzo para socorrer a April. El pasado asaltaba a la rubia de un modo tan venenoso que se obligaba a no revivirlo. El paso de los años no habían podido mermar el dolor que Margot vivió en su momento.

Su amiga Ruth Anne, esa muchacha que se había casado hacía relativamente poco con un hombre al que tanto April como ella misma habían ayudado en el cortejo con su amiga, siempre hablaba de lo maravillosa y comprensiva que era su madre, la duquesa de Cass.

En estos momentos, en los que Margot permanecía sentada en la salita de recibir visitas de la duquesa, esperaba que de verdad la madre de Ruth Anne pudiese ser comprensiva, porque no veía otra salida al problema de la pelirroja.

April no le había dejado alternativa y Margot no confiaba en nadie más. Sin un plan definido se había levantado esa mañana, y sus

pensamientos —más bien sus piernas— la llevaron hasta la casa de Ruth Anne. Si tan solo Ruth Anne estuviera ahí para guiarlas, pero ella siempre había comentado que su madre era una buena ayuda en su proceder. Margot pensó en su progenitora. La condesa de Burst no era ni afable ni nada que se le pareciera, y su hermana Bernice… Mejor dejarla al margen, porque lo que Bernice le había hecho en el pasado no tenía perdón.

Ruth Anne les confesó en su momento que la duquesa de Cass estuvo al tanto de que su hija tenía sus afectos puestos en Londonderry y que la duquesa se había ofrecido a ayudarla en la conquista. Para Margot esa era prueba suficiente de que era una buena madre, o al menos lo intentaba. Esperaba no fallar en sus suposiciones, o tanto ella misma como April recibirían su merecido, y éste pasaría por el enclaustramiento en una abadía o un retiro permanente en el campo.

—Buenos días, *lady* Margot. —Entró una radiante condesa de Cass que deslumbró a la joven. ¿Cómo una mujer podía ser tan bella? La madre de Ruth Anne no era una jovencita, pero a sus años bien podría eclipsar a cualquier dama casadera.

Margot se quedó con la boca abierta como le sucedía cada vez que veía a la duquesa. Solo si ella tuviera una décima parte de su belleza…

—Excelencia. —La rubia se levantó de su asiento e hizo una reverencia.

—Me parece que es usted una de las nuevas amistades de mi hija menor. Por favor, tratémonos con familiaridad.

—En efecto. Ruth Anne es una buena conocida. Mantenemos correspondencia. Usted y yo, *milady*, nos conocimos oficialmente en la boda de Ruth Anne. —Margot tomó asiento y trató de parecer tranquila.

—Por supuesto. —La duquesa se sentó a su lado y ordenó un té con dulces. La joven que tenía enfrente se veía alterada. Por más que intentase controlar su ansiedad, Anne percibía que algo no andaba bien con la amiga más reciente de su hija—. ¿Qué puedo

hacer por usted, Margot? ¿Le parece bien que prescindamos de la formalidad? Estamos entre amigas. —La duquesa de Cass deseaba darle un poco de aire y por eso optó por un acercamiento verbal.

—Sí, creo, duquesa, que será lo más acertado para la ocasión. —Margot tomó una bocanada de oxígeno esperando que ese gesto la inspirase en su modo de proceder.

Nada. No sucedió nada. La rubia abrió la boca. Miró a la duquesa. La volvió a cerrar. Respiró más fuerte y repitió esa acción hasta en dos ocasiones más. No, no podía hablar. No podía confesar sus fechorías y su preocupación por April sin ponerse la soga al cuello… Sin ponerse a ambas la soga al cuello.

—Lo siento. —Margot se puso de pie dispuesta a despedirse de la duquesa. Tenía que encontrar otro modo para solucionar el problema del que adolecía su mejor amiga.

La duquesa se puso de pie al mismo tiempo que la joven. Le sonrió con ternura y agarró las manos de ella para evitar que siguiera retorciéndoselas más.

—Margot, sea lo que sea que te aflige, y viendo que has venido en mi busca, creo que lo más apropiado es que lo intentes. —Anne intuía que había un problema serio y que la muchacha había venido a pedir auxilio. No imaginaba cómo de grave sería, pero la duquesa era una mujer curtida en ciertos asuntos. Casar a su hija menor fue un proyecto que llevó a cabo el duque, pero cuando hubo de ayudar a Rose Anne a conquistar a su esposo intervino sabiamente. Los hombres necesitaban de vez en cuando un empujoncito.

Sutilmente, Anne regresó a su asiento y se llevó consigo a Margot. Ambas se sentaron la una junto a la otra.

—No sé si seré capaz de confesar lo que debo decir.

—Seguro que no es tan malo como parece —rebatió con tranquilidad la duquesa.

—Me temo que lo es y mucho, porque voy a violar la confianza que mi amiga depositó en mí. Me temo que vamos a depender ambas, mi amiga y yo, de su buena voluntad, excelencia.

—Anne. Por favor, llámame Anne. —La duquesa de Cass pretendía crear una sensación de seguridad para esa muchacha tan ansiosa—. Lo que va a suceder es que vamos a tener una conversación privada en la que voy a tratar de poner el máximo empeño en comprender lo que vas a confesar. Mientras no sea un asesinato o un delito de índole ilegal, me parece que estaremos bien. —Anne le sonrió. Margot se tranquilizó un poco.

—Yo, comprendo que es usted una mujer muy ocupada, y que si no tengo tanto derecho como lo tendría April, digo, la señorita Sunne, a demandar su consejo y guía, puesto que es April, digo, la señorita Sunne, la amiga más antigua de Ruth Anne, no hay nadie más a quien pueda recurrir. Las conversaciones que he compartido con Ruth Anne, en las que siempre hablaba de su madre, de usted, Anne, como una persona muy comprensiva, es lo que me ha impulsado a molestar su paz.

Anne le apretó la mano que aún mantenía en el regazo de la rubia en un claro gesto de agradecimiento por sus palabras.

—He tratado de mostrarme accesible para mis hijos. Con Rose Anne y con Ruth Anne creo que lo he logrado. Sin embargo, debo confesar que con mi hijo Alexander no lo he conseguido. —Le tocó el turno a la duquesa para exhalar de un modo perturbador.

—Es por lord Albans que estoy aquí. —La mirada de April, que había permanecido gacha hasta ese momento, se levantó para enfocar la de la duquesa.

—Comprendo —señaló por lo bajo la duquesa sin saber exactamente qué decir o hacer, pero sospechando algo que…

—No, Anne —negó Margot intuyendo lo que la madre de su amiga podía estar imaginando—, me temo que no lo comprende.

—Pues, por favor, explícamelo.

Hubo un minuto de silencio. Margot estaba tratando de elegir bien sus palabras. La duquesa se mostró paciente, no deseaba apresurarla.

—Me parece que no tengo más remedio que confiar en su discreción y benevolencia en lo que voy a confesar. Le pediré, por

favor, que aguarde hasta el final del relato para juzgar. Por mi parte, solo puedo esperar que mi intuición haya sido acertada, y que su hija, Ruth Anne, no haya mentido cuando dijo que si ella tuviera un problema acudiría a usted o a su padre. Me temo que para este asunto es mejor la visión femenina. No me veo confesando mis pecados a un hombre, menos a un duque.

—Comprendo —repitió—. Empieza tu relato con calma y veamos qué podemos hacer al respecto. —Si Albans estaba metido en algún asunto con esta joven, la duquesa tendría que… tendría que… No sabía qué debería hacer porque la joven estaba dando demasiadas vueltas y ella comenzaba a impacientarse demasiado.

—Teníamos un plan para casarnos. —Margot se calló.

—¿Quienes? —preguntó suavemente la duquesa para ayudarla en su explicación.

—Ruth Anne, April y yo. Habíamos leído en el periódico que la duquesa de Crosy había tendido una trampa a su esposo y eso… —Su explicación quedó en el aire mientras sentía sus mejillas arder.

—Entiendo. —No podía decir otra cosa. Ella misma sabía que esa idea también había cruzado por la mente de su hija menor cuando saltó el escándalo, porque mantuvieron una conversación sobre ese aspecto. Anne tragó saliva y se preparó para preguntar con mucha cautela—. ¿Necesitas mi ayuda para atrapar a mi hijo? ¿Estás enamorada de él?

—¡No! —Margot sonó más brusca de lo que quiso. Vio la sorpresa en los ojos de la duquesa y desvió la mirada para regresarla al suelo—. Verá, Anne, el conde es muy apuesto. Cuando lo conocí fantaseé con que ser amiga de Ruth Anne me pudiera colocar en una posición preferente en cuanto a… —Se estaba percatando de que estaba hablando de más. Margot se detuvo y tomó aire—. Me temo que yo no fui la primera en tener estos pensamientos. —La mirada de la rubia se cruzó de nuevo con la duquesa.

—¿April? —Margot afirmó con la cabeza—. ¿Está enamorada de mi hijo? —La rubia volvió a asentir con la cabeza—. ¿Debo entender que esta visita tuya es para que yo favorezca a April frente a otras

candidatas? —Nuevamente la cabeza de Margot se movió para asentir.

—April necesita toda la ayuda que se le pueda dar. Me temo que no es solo un capricho. Usted misma los vio bailar. Mi amiga no tiene ojos para otro hombre. En este tiempo que la conozco nunca ha hablado de lord Albans. No lo nombra, pero su comportamiento con él me indica que lo ama.

—¿Lo ama? —preguntó con más ilusión de la debida la duquesa de Cass. Desde que de forma directa ella misma la instó a luchar por su hijo, la pelirroja no había movido ficha. La duquesa de Cass los había estado observando en sus encuentros posteriores. Alexander estaba muy encaprichado de esa bruja llamada Lisbeth, pero ella sabía que alguien como April podría ilusionarlo si su hijo lo permitía. El problema del conde era su obstinación. ¡Una madre sabía lo que era mejor para sus vástagos!

—Sí. Disculpe mi sinceridad, pero puesto que le atribuyo que es una madre… digamos no negligente, imagino que está al tanto de que su hijo tiene sus afectos comprometidos con… —Margot se vio incapaz de continuar.

—*Lady* Montgomery —dijo con hastío. Margot tuvo esperanzas al percibir ese deje en su tono.

—Verá, Anne, creo que April y yo… En fin, ahora viene la confesión que probará si he obrado bien al confiar en usted.

—Sigue, por favor —la invitó con una sonrisa sincera.

—Hemos estado acudiendo a un lugar en el que las jóvenes damas solteras no deberían ir… —Margot estaba completamente azorada.

—¿Y ese lugar es…? —la azuzó un poco al ver que ella había callado.

—El Club Legancy.

—¿Qué es eso? —La duquesa de Cass no tenía idea de qué podía ser.

—No es un ambiente en el que unas muchachas decentes deberían dejarse ver —atajó con seriedad Margot.

—Interpreto que es un lugar donde… —En esta ocasión fue Anne la que no sabía cómo seguir.

—Juego y vicio, pero April y yo fuimos muy discretas en nuestras salidas.

—¡Santo cielo! —Trató de contener la exclamación pero fue imposible lograrlo. Anne imaginaba que era un lugar de perversión—. Dime que no os han reconocido.

—No. No lo ha hecho nadie… Ni tan siquiera lord Albans —dijo la rubia mientras su mirada se concentraba en el suelo. Al menos la alfombra persa tenía unos motivos muy interesantes que sería capaz de dibujar.

—Ajá. —Anne dio gracias al cielo de que tanto Ruth Anne como Rose Anne no hubieran cometido semejante temeridad… Porque ninguna de sus dos hijas había acudido a un lugar así, ¿cierto?—. ¿Hay…? ¿Hay…? En fin… —titubeó la duquesa de Cass.

—Si su pregunta es si entre lord Albans y April ha sucedido algo inapropiado… No lo sé con seguridad, pero… —la voz se le quebró. Margot se culpaba por haber estado demasiado pendiente de un bobo que no le gustaba. ¡Tonto Londonderry!

—¿Es posible que mi hijo se haya…? ¿Que la reputación de la señorita Sunne esté…? —Era un asunto delicadísimo.

—Sinceramente, pienso que es muy probable, aunque no lo sé con certeza. Lo que sí puedo decir, es que April lleva encerrada en su habitación una semana. No me permite verla y la señora Sunne no comprende lo que aflige a su hija. El doctor tampoco da con el problema, porque el galeno no se imagina que lo que le duele a April es el corazón.

—¡Dios del cielo! —La duquesa se levantó de su asiento. En ese instante llegó el servicio con el té. Anne los despachó de inmediato. No era momento de bebidas y dulces. No.

Anne se acercó a la ventana. El paisaje era como cualquier otro día. Igual de gris. La misma tranquilidad en las calles. Aunque todo acababa de cambiar por completo.

—Lo siento —se disculpó Margot, porque no sabía qué más decir.

Hubo otro momento de silencio.

—Yo vi bailar a mi hijo con April. Observé aquel baile y vi un brillo especial en su mirada —comenzó a relatar Anne mientras seguía mirando la calle—. *Lady* Montgomery no es una buena mujer, pero él se cree enamorado de ella. Alexander es demasiado impresionable. Sospecho que es la primera mujer que le ha abierto un mundo de nuevas… tentaciones. —La duquesa se giró para ver si la muchacha se sobresaltaba con sus palabras.

—Entiendo lo que quiere decir —respondió muy a su pesar. La duquesa percibió un tono apesadumbrado. Frunció el ceño mientras se giraba para mirarla.

—¿Tú estás en problemas como sospechas que puede estar April? —Se vio en la obligación de preguntarle a la rubia. La formalidad ya no era necesaria.

—Mis problemas, Anne, no son recientes. Yo estoy bien. —La cosa era mucho más complicada que lo que acababa de confesar, pero eso era otra historia más extensa y ella estaba entrevistándose con la duquesa por el bien de su amiga, no por el suyo propio.

—Si alguna vez me necesitas, puedes contar conmigo, Margot —se ofreció de modo sincero.

—Se lo agradezco. —Se le cerró la garganta. Era la primera persona que le brindaba su guía. Si la hubiera tenido antes…

La duquesa hizo una breve reverencia con la cabeza en señal de asentimiento. Regresó la mirada a la calle.

—Como te decía, Alexander no ha tenido ojos para ninguna otra mujer más que para su…

—Amante —susurró Margot con cautela al ver que la duquesa no continuaba.

—Sí. Y cuando vi que April captó su interés me imaginé ya una preciosa boda con cientos de invitados. Vi a mi hijo feliz al lado de la señorita Sunne. *Lady* Montgomery llevaba demasiado tiempo fuera de la Inglaterra y mi hijo no había recibido noticias suyas. Mis ilusiones se hicieron añicos tan rápido que no pude saborear el momento. La vi entrar en el salón de baile y la maldije con todas mis

fuerzas. No me gusta. Ella no me gusta —repitió con ímpetu—. Mi hijo no ve su verdadero carácter. No es capaz de ver más allá de lo que ella le ofrece entre sus pier… —se detuvo a tiempo.

—Entiendo lo que quiere decir, Anne —la tranquilizó por si la duquesa de Cass había creído que podría herir su sensibilidad.

—Esa misma noche me vi como una mamá osa que pretendía proteger a su hijo. Me acerqué a April y le sugerí que el ejemplo de la duquesa de Crosy no había sido demasiado descabellado.

—¡Oh! —Margot no hubiera esperado esa confesión.

—No estoy dispuesta a que Alexander sea destruido por esa víbora y haré todo lo necesario, aunque ello implique que mi hijo me repudie. —Sonó a promesa. Una frase dicha con tanta vehemencia que *lady* Margot se estremeció—. ¿Crees que la ha comprometido del todo?

—No lo sé. Ella no habla. No me ha contado nada, pero sé que algo ha sucedido entre ambos.

—¿Qué es lo que te hace suponer que mi hijo y ella…? —Pretendía averiguar la verdad.

April suspiró. Había contado ya muchos secretos. Debía terminar lo empezado.

—Se la llevó a una zona apartada y estuvieron demasiado tiempo juntos… Solos en un lugar donde el vicio es muy… evidente.

La duquesa se giró para mirar a Margot.

—Las jóvenes de hoy en día sois una caja de sorpresas. Yo nunca hubiera tenido las agallas de ir a un lugar así —se confesó en una mezcla de desaprobación y envidia.

—¿No se ha preguntado nunca, Anne, lo que nos unió a Ruth Anne, a April y a mí? —inquirió con una sonrisa ladeada la rubia.

—¿El qué? ¿Cuál fue vuestro nexo? —se interesó.

—Somos segundas hijas carentes de belleza, eclipsadas por nuestras hermanas. Desatendidas por nuestros posibles pretendientes. Yo soy más joven que ellas, tengo veintidós años, pero le aseguro que tengo más experiencia en la vida de lo que mis amigas tuvieron a mi edad. Y no es algo precisamente bueno. Un

plan descabellado se nos ocurrió, lo vimos muy claro. Cuando se nos presentó la ocasión de desafiar las normas sociales y adentrarnos en un lugar destinado a hombres y mujeres de moralidad laxa, no pudimos resistirnos a vivir una aventura. —Las palabras calaron hondo en su interlocutora.

—Percibo tristeza en tu voz, Margot. ¿Qué ocultas?

—Tristeza, Anne —confirmó mientras se ponía de pie.

—Puedo ayudarte si quieres. —Se ofreció desinteresadamente—. No lo sabes todavía, pero hoy, al ser valiente y venir a verme, me has dado esperanza.

La rubia le sonrió.

—No. No puede ayudarme porque lo que yo arrastro es demasiado triste para ser revelado. Habla de esperanza. Me temo que puede haberla, pero va a ser un camino muy largo, porque su hijo, Anne, le pertenece a *lady* Montgomery y ella no lo soltará con facilidad. —Bien entendía de estas cosas Margot.

—Entonces tendremos que obligar a Albans a desprenderse de lo que sobra en su vida —acotó la duquesa con seriedad.

—Considero que mi labor ha concluido. Estaré encantada en ayudarla con lo que necesite.

—Tal vez sea una buena idea que estés pendiente de April y me informes sobre sus planes. Intuyo que si la señorita Sunne se ha cobijado en la soledad, mi hijo ha debido herirla de gravedad.

—Es lo que suelen hacer los hombres —apuntó Margot sin ser consciente de lo que decía. La duquesa enfocó sus ojos azules en los de la rubia.

—¿Quién te hizo daño?

Margot sonrió apesadumbrada.

—El pasado es mejor dejarlo atrás.

—Te vi bailar con Londonderry —soltó a bocajarro la duquesa.

—Y fue muy amable, por parte del marqués, prestarse a bailar conmigo. —Señaló esa perspectiva con elegancia, pero con algo de brusquedad.

—¿Solo bailar? —quiso indagar sin un amago de delicadeza.

—Duquesa, los problemas de uno en uno —zanjó la conversación Margot, mientras cogía el pomo de la puerta y le hacía una reverencia a la madre de Ruth Anne.

—¡Aguarda, Margot!

La rubia se giró para ver qué necesitaba la duquesa de Cass.

—Promete que no regresaréis a ese club. Habéis tenido mucha suerte de que no os sorprendieran. —Usó un tono ligero de regañina. Margot lo agradeció porque entendía que April y ella merecían un castigo ejemplar por sus malas acciones.

—No volveremos más, porque tampoco pertenecemos a aquello —apostilló enigmática Margot antes de marcharse definitivamente de la casa de los duques de Cass.

Después de esa conversación tan esclarecedora, la duquesa de Cass tardó unos pocos minutos en entrar en casa de la señora Sunne. La cara de Deby lo expresaba todo: preocupación y devastación. Durante años ambas habían cosechado una excelente y sana amistad, además de mucha complicidad

—¡Anne! —la saludó la madre de April mientras se arrojaba a sus brazos—. Mi April, mi April, no sé qué le sucede… Anne… —Una lágrima escapó.

—¡Oh, Deby! ¿Por qué no me has avisado antes? —La regañó con cariño al tiempo que le acariciaba la espalda en señal de comprensión.

—No deseaba molestarte con nuestras cosas.

—¡Nunca! Somos amigas. Estoy aquí para lo que necesites, Deby.

—Te lo agradezco tanto, querida. No sé qué le pasa. No puedo ayudarla. Nunca la había visto así. No sale, no me habla, no come… ¿Qué haré, Anne?

—Tal vez pueda hablar con ella… —Se ofreció porque necesitaba hablar con la pelirroja con urgencia.

—No quiere ver a nadie, ni tan siquiera deja que Margot la visite. Estuve tentada de escribirle unas letras a Ruth Anne, pero no quise molestarla en su nueva vida de casada.

Deby se despegó del abrazo de Anne. Se miraron con compasión.

—Lo sé. No te preocupes. Iré a su habitación. Soy una duquesa, de algo me tendrá que valer mi título. —Trató de hacer sonreír a su amiga.

—No perdemos nada por intentarlo. Es la primera puerta a la derecha. En la primera planta. —La orientó la señora Sunne porque la duquesa ya se movía rauda y ningún criado estaba ahí para guiarla por la casa.

Anne se armó de paciencia. Era imperativo que hablase con la muchacha y que no desvelase demasiado. Complicado. Creyó que con sus hijas padeció bastante para casarlas. Sin embargo, Alexander estaba resultando más complejo que Rose Anne y Ruth Anne juntas.

Llamó a la puerta y no obtuvo respuesta. Anne se preparó para un panorama desolador. Agarró el pomo y se concienció para librar una batalla que debía ganar, por su bien, por el de April y por el de Alexander.

—¿April? —preguntó en medio de la oscuridad.

—No quiero ver a nadie, madre. Ya se lo he dicho. —Fue la respuesta que recibió la duquesa por parte de la joven.

Anne hizo caso omiso y se encaminó con cuidado hacia las cortinas para descorrerlas y que entrase la luz natural.

—Muchacha, no he venido aquí para ver cómo te lames las heridas. Una vez te dije que creía que eras inteligente. Es momento de demostrarlo. —Lo mejor sería mostrarse dura porque la pelirroja necesitaba un poco de mano firme.

April se incorporó en la cama para ver quién había invadido su soledad. En ese momento la claridad le llegó y tuvo que cerrar los ojos ante la molestia. Eso no le impidió reconocer a la improvisada visita.

—Estoy enferma —señaló con más suavidad que la primera vez que había hablado.

—Sí. Tu mal se llama Alexander y no va a curarse si te quedas aquí. —La duquesa de Cass había determinado que era mejor ir directa al grano.

April aulló y se tapó con las mantas. La duquesa llegó hasta ella y de un zarpazo la dejó bien a la vista.

—No quiero hablar —dijo mientras estaba en la cama hecha un ovillo y se negaba a mirarla.

—No lo hagas. Yo lo haré por ti. Creo que estás enamorada de mi hijo y que él no se ha portado bien contigo.

—No pienso hablar —se reiteró April de nuevo.

—He dicho que yo lo haré. Solo atiende y no te atrevas a contradecirme, muchacha. Te conozco desde que llevabas esos vestidos llenos de ribetes y lazos. Peiné más de una vez tus coletas deshechas cuando tú y mi hija correteabais por mis jardines.

—Pero es que yo…

—Silencio. —La cortó como un alto mando militar—. Hoy estoy aquí como la duquesa de Cass, pero sobre todo como madre. Es tu deber casarte con mi hijo.

April abrió los ojos de par en par con la orden transmitida con tanta severidad. La madre de su amiga parecía una tirana. La pelirroja se incorporó para ver si de verdad la duquesa había irrumpido en su habitación o era un producto de su imaginación. Llevó su mano hasta el antebrazo de la madre de su amiga. Le dio un pequeño pellizco, lo que le valió a la muchacha para recibir un manotazo de la matriarca.

—¿Está aquí de verdad y ha dicho lo que acabo de oír? —le preguntó a la que acababa de confirmar que no era una aparición.

—Te dije que le tendieses una trampa. Según tengo entendido, te has visto comprometida por él, pero no ha sido un acto público ni tampoco en un ambiente social apropiado. Me temo que vas a tener que repetir la escena.

—¿Cómo ha dicho? —April se frotó los ojos. Era imposible que esto estuviese sucediendo.

—Sé que lo amas. Sé que has estado acudiendo a un club donde una joven inocente no debería ir. Del mismo modo, estoy al tanto de que mi hijo te ha corrompido y que él debe pagar la afrenta.

—P-p-p-pe-pe-pero… —comenzó a tartamudear April sin poder asimilar lo que estaba sucediendo.

—Ya has visto que huir de tus problemas no funciona. Será mejor que te levantes y regreses a la vida. Tu madre está sufriendo por ti y yo no quisiera desvelarle el verdadero motivo. En cuatro días habrá un baile en mi casa. Espero verte allí con tus mejores galas. Es momento de actuar y no lamentarse. ¿He sido clara, April?

—P-p-pero…

—Nos veremos allí —ordenó con severidad—. No te atrevas a desafiar a una duquesa, no saldrás bien parada, April.

La duquesa de Cass salió de la habitación y cerró de un portazo. Cuando estuvo fuera se apoyó con la mano derecha en el marco de la puerta para tomar aire. Había mostrado una faceta suya muy autoritaria. Esa muchacha, tan dulce como era, necesitaba comprender cuanto antes que en su carrera por la conquista de su hijo no iba a tener comprensión y dulzura. Alexander era un trozo de hielo cuando deseaba hacer daño… Anne cerró los ojos y rezó una plegaria. Esperaba que el fuego que había en el interior de la pelirroja fuese capaz de fundir el duro y helado corazón de Alexander, porque la duquesa no podía ver inmolarse a su hijo en lo que él creía que era un acto de amor hacia la condesa de Montgomery.

La duquesa de Cass bajó las escaleras y le dijo a Deby que tuviese fe, que al ingresar en la habitación había visto a la muchacha de pie cerca de la ventana mirando el paisaje. Era una mentira piadosa. Esperaba que April se tomase su visita como una amenaza y que acudiese al baile que ella iba a dar. Tenía cuatro días para preparar una gran cita social decisiva. Más allá de reunir a su hijo y a la joven pelirroja en el mismo lugar, Anne no tenía nada previsto. No obstante, esperaba que la claridad la iluminase llegado el momento y que ella pudiera obrar el milagro que Alexander merecía y necesitaba.

Solo Dios diría si la duquesa de Cass estaba obrando bien… Al menos, el amor y la preocupación por su único hijo era lo que

guiaba sus pasos.

Capítulo 5

Una trampa del destino

April se había levantado ese día con el corazón en un puño. Nunca pensó que la madre de Ruth Anne pudiera ser tan fría y tirana. Bien… un poco sí, porque Alexander debía parecerse a alguien y tal vez fuera a su madre… April no veía al duque de Cass tan intransigente.

Cuando la progenitora del hombre imposible entró en su habitación y desveló todo el misterio quiso morir de vergüenza. Se veía ya implorando perdón ante su padre. El señor Sunne era poco permisivo en ciertas cuestiones. Nunca habría en Londres otro hombre tan correcto como él. Su padre. April veía en su padre la figura masculina perfecta. Duro pero justo, honrado y caritativo. Y aun así, se había enamorado de la persona que no encarnaba ni uno solo de los ideales que ella apreciaba. Alexander era mujeriego. Todo un libertino, un pícaro. Desde que lo conocía había discutido con sus padres sobre los beneficios de conservar su soltería. Era ocioso, como lo eran todos los nobles de alto rango. No ocupaba sus días en otra cosa que no fuese diversión, juego y bebida… además de en mujeres. Bueno, esto último fue hasta que *lady* Montgomery entró en escena.

April había oído muchos rumores sobre que la condesa lo había atrapado. La buena sociedad decía que «el cachorro de Cass estaba de rodillas por una mujer con una reputación demasiado cuestionable». Puesto que April se había convencido de que él no sería para ella nunca, dejó a un lado las murmuraciones y se concentró en su aburrida vida como solterona consumada. Pero esa dama se había ido… hasta que regresó.

Y un día la suerte cambio… para mal, y April se vio preocupada por lo relacionado con Alexander. Alex. Ese hombre que en las últimas semanas había trastocado todo su mundo.

Un baile. Todo comenzó con un baile ligero que se complicó con la llegada de un beso demasiado ardiente. Y si por si eso, en sí mismo, no fuese del todo malo, la cosa se complicó con los escarceos sucedidos en el Club Legancy. Los flirteos fueron una cosa que la llenaba de esperanza, pero lo que ambos compartieron en un momento de intimidad abrasadora… Eso fue insuperable. ¿Cómo iba a vivir ella sabiendo que Alex la había utilizado para sus propios fines con *lady* Montgomery? Y peor, ¿cómo podría sobreponerse a las caricias que había experimentado con él?

Su futuro se presentaba desolador. Tan solo era consciente de que el corazón le ardía, y no era de pasión. Era de tristeza, de rabia, por lo que había podido disfrutar unos pocos minutos y que enseguida quedó en el olvido. Alex. Dolía. Su recuerdo, sus palabras, sus acciones, todo dolía como si fuese la muerte misma. Dolor. Un dolor tan lacerante que no podía salir de la cama. No deseaba probar bocado. No había consuelo, no pretendía encontrarlo tampoco. Sola. La soledad era lo único a lo que April estaba dispuesta a dar la bienvenida.

Sabía que su madre estaba sufriendo por ella. Incluso su padre se había presentado en reiteradas ocasiones para interesarse por su extraña enfermedad. No podía más que pensar en sí misma, en sus sentimientos de pérdida y de desilusión.

Cuando lo conoció supo que, si le daba el poder, sería capaz de destruirla. Fue por ello por lo que trató de no colocarse en su

camino. Algo había fallado estrepitosamente. April no solo había sucumbido a los sentimientos tan fuertes que le despertaba. No. Además, ella había entregado su corazón porque lo amaba.

Verse sola y sin nadie que la ayudase… ¿Qué hacer? ¿Cómo continuar?

Los días pasaban y no parecía encontrar alivio… hasta que la madre del amor de su vida ingresó en su habitación para regañarla. Oh, sí. La duquesa de Cass había dejado muy claras sus intenciones. La amenaza estaba muy patente en sus palabras. Era del conocimiento público que la duquesa no aprobaba a la amante de su hijo, menos la toleraría siendo la esposa de éste. ¿Cómo se había enterado la duquesa de lo acontecido con lord Albans? Eso era todo un misterio para April. La pelirroja tan solo sabía que estaba en las garras del hijo y de la madre. El primero no la querría jamás porque su corazón ya tenía dueña. La segunda la haría jugar a un juego demasiado peligroso donde la única perjudicada sería ella.

Desde luego que sí. Los planes de la duquesa de Cass fueron del todo evidentes cuando la duquesa de Crosy, la mujer que semanas después de haber atrapado a su duque y que todavía continuaba en boca de todos, se colocó a su lado y la saludó con complicidad.

Entonces, April se dio cuenta de que ese baile que había organizado la duquesa de Cass no era solo un acto social. No. Sintió la tentación de echar a correr y no mirar atrás. Tenía un extraño presentimiento. Su vida estaba muy próxima a cambiar y sabía, porque el vello de todo su cuerpo estaba erizado, que se avecinaba tormenta.

Su madre se alegró mucho de que, aquella misma tarde que la duquesa se presentó en su alcoba, ella saliese al fin de su autoimpuesto encierro. La invitación para ese baile al que había intentado no asistir llegó a la mañana siguiente y la señora Sunne se empeñó en vestir y acicalar a su hija como si fuese a acudir a un baile real.

—Señorita Sunne —habló la duquesa de Crosy, respondiendo April con una reverencia de inmediato—, una amiga en común me

ha dicho que debo darle ciertos consejos sobre… un asunto delicado.

April se tensó. La palabra «trampa» martilleó en su mente de forma muy desquiciante.

Por su parte, la joven que April tenía a su lado había estado tan encantada de recibir la invitación de otra duquesa que cuando la madre de Ruth Anne se acercó a ella para pedir que asesorase a una muchacha para que su hijo siguiera el mismo destino que lord Crosy… Ahí, la duquesa de Crosy supo que tendría una aliada para toda la eternidad y no pudo negarse. ¡Las mujeres debían ayudarse las unas a las otras!

—¿La manda la duquesa de Cass? —No necesitaba confirmación, pero sí deseaba oírlo de viva voz.

—La duquesa sospecha que usted encontrará un buen motivo para llevarse a lord Albans a la biblioteca —dijo sin censura en el tono empleado—. Una vez allí debe tentarlo lo suficiente para que él desee al menos besarla. La duquesa dice que ella se ocupará de lo demás.

April cerró los ojos con fuerza. Era lo que las tres amigas habían ideado alegremente cuando en la modista, semanas atrás, hablaron sobre trampas para cazar un esposo. Ahora sonaba del todo mercenario. Obligar a un hombre a encadenarse a ella. ¿Tan desesperada estaba por convertirse en esposa? ¿En condesa? ¿En la mujer de Alex? Sí. Lo estaba. Tan enamorada que lo deseaba con todas sus fuerzas. A él, al hombre, no al título.

Si se casaba con Albans podría mantenerlo a su lado e ir demostrando, poco a poco, que los dos estarían bien juntos. Que se pertenecían.

—¿Puedo preguntarle por una cuestión privada, excelencia? —April necesitaba saber una cosa.

—Por supuesto.

—¿Le ha salido bien a usted? —Lanzó la pregunta sin amagos.

—¿La trampa? —inquirió la joven duquesa.

—Sí. ¿Es feliz?

—Señorita Sunne, es la primera persona que me pregunta eso. Todo el mundo ha dado por hecho que con mi… intervención yo debería estar satisfecha. Muchos han dado por supuesto que la felicidad no era importante. No para una mujer que con un embuste había conseguido hacerse con un título superior. —La joven le sonrió—. La historia entre mi marido y yo probablemente no sea muy diferente a la suya propia con lord Albans.

—¿Por qué? —quiso averiguar cuando su compañera de fechorías calló.

—Nos amábamos. Bien, yo amaba fervientemente a mi esposo, aunque él no había descubierto aún la profundidad de sus sentimientos hacia mí. En un mercado donde yo era una hija de otro noble más, con riqueza pero no con un gran pedigrí interesante que convenciera a la familia de lord Crosy, hice lo que me vi obligada para luchar por mis sueños. ¿Felicidad? No lo sé aún. Yo sigo pensando que lo amo con locura. Mi esposo parece feliz, pero todavía no he oído de sus labios la palabra amor. Sí le diré que con mi treta tengo más posibilidades de que llegue a confesar la locura que sé que podré inspirarle. Necesitaba eliminar a la competencia y lo hice. Mi esposo no era inmune a mis encantos y eso me facilitó el grueso del trabajo para poder citarme con él en la biblioteca. Fui fría y calculadora, no lo niego. Me acusarán de ser despreciable. Tampoco estoy libre de pecado. Pero en el amor y en la guerra todo vale. Bien lo sabe la condesa de Montgomery —apostilló en un deje de rebeldía.

—Es la mujer que él ama.

—Tal vez lo sea, pero ello no implica que el sentimiento le sea devuelto… —alegó con cautela, mientras se abanicaba con coquetería para darle un vistazo a su esposo. April se dio cuenta del gesto que había hecho la duquesa de Crosy. Sí. Esa pareja estaba en buenas manos, porque el duque se comía con los ojos a su esposa.

—¿Por qué?

—Oh, querida. Se ve a la legua que está enamorada de él y no concibe que ninguna mujer no pueda amarlo del mismo modo

apasionado que lo hace usted. Pero la cosa no es así. Tal y como la duquesa de Cass sospecha, *lady* Montgomery mantiene cerca a su vástago a la espera de que el duque de Ross le haga una propuesta más acorde con sus necesidades.

—¿Qué? —jadeó con horror April.

—Para una mujer que desea poder, siempre será más apetecible que su amante la convierta en duquesa que en condesa. —April se quedó con la boca abierta, la duquesa de Crosy chasqueó la lengua—. No me diga que no está al tanto de los rumores. *Lady* Montgomery lleva jugando al gato y el ratón con lord Albans demasiado tiempo. Las malas lenguas afirman que la condesa se marchó a Francia para parir allí a un bastardo. No está del todo claro si es cierto o no, porque hay demasiados candidatos para el puesto. Su hombre, señorita Sunne, no está enamorado, solo está ciego en lo que a esa mujer concierne.

April se sintió devastada. Alexander sufriría demasiado en caso de conocer la verdad.

—Tal vez sean solo especulaciones.

—Mi esposo ha escuchado al propio Ross alabar las dotes de amazona de *lady* Montgomery. —La duquesa vio el gesto de extrañeza en el rostro de April y se dio cuenta de que estaba hablando con una joven inocente. Creyó, por la conversación producida con la duquesa de Cass, que lord Albans y esa joven habían compartido algo más—. Lo que trato de decirle —comenzó a puntualizar la duquesa de Crosy— es que Ross y la mujer que su hombre cree amar son amantes, y no es el único con el que ella comparte sus favores. Hay otro conde con el que también mantiene una estrecha relación. Tengo entendido que incluso el mejor amigo de lord Albans ha tratado de abrirle los ojos. Es lo que me ha dicho la duquesa de Cass cuando ha venido a pedirme un poco de ayuda.

—¿Londonderry sabe todo eso? —inquirió con nerviosismo.

—Ese creo que es el título que empleó la duquesa de Cass. Y sí. Me temo que los dos hombres han roto su amistad a raíz de una seria disputa ocurrida en White's. Creo que llegaron a ensalzarse en

una pelea. El amigo de lord Albans recibió los golpes porque no quiso defenderse de él.

—¡Santo cielo! —April no podía creérselo. ¡Si Londonderry y Albans eran como hermanos! Nunca los había escuchado discutir.

—La duquesa cree que está obrando del mejor modo posible. —April asintió. Sabía que los Cass adoraban a sus hijos del mismo modo que lo hacían el señor y la señora Sunne—. Lo que no comprende la duquesa de Cass, es que es usted la que tendrá que enfrentarse a la ira que despertará en él. —La duquesa de Crosy le colocó una mano en el antebrazo de April—. Mi esposo estuvo furioso conmigo durante las primeras semanas. A nadie le gusta que lo obliguen a hacer algo en contra de su voluntad. Yo me arriesgué porque me vi capaz de conquistarlo con paciencia. Tuve que soportar desplantes y malas palabras. No afirmaré que todo fue bonito y sé que me queda trabajo por hacer. Yo fui consecuente con la decisión que tomé. Usted, señorita Sunne, debe valorar si está preparada para el infierno que vendrá. Lord Albans se ha peleado con su mejor amigo porque le ha contado una verdad. Debe saber que lo que hará a usted será mucho peor.

April cerró los ojos con fuerza. Alexander era demasiado duro, demasiado arrogante, muy independiente. Sí, April lo sabía. Si se prestaba a participar a una cosa como la que se estaba gestando, él descargaría toda su furia sobre ella.

—¿Para usted ha valido la pena? ¿Si pudiera volver atrás haría lo mismo?

—Yo sí. Él me pertenece tanto como yo soy suya —apuntó tan segura la duquesa de Crosy, que April se sintió celosa de su vehemencia.

—Gracias por sus consejos. Se lo agradezco.

—Le deseo lo mejor. De todo corazón, señorita Sunne. —La duquesa se marchó en busca de su esposo.

Había sido una charla reveladora. Todos los caminos posibles los tenía ante su vista. Podría salir comprometida esa misma noche. Comprometida con el hombre que deseaba… Al menos confiaba en

que Alexander tuviera honor e hiciera lo correcto en caso de que los sorprendiesen.

Pero no todo sería de color de rosa. No. La castigaría sin piedad. Con un lío de pensamientos contradictorios, un hombre se acercó a su lado.

—Buenas noches, señor Swift —dijo April imaginando que sería el comerciante quien vendría a saludarla, pues los señores Sunne recibieron la invitación y se hacía extensiva también al señor Swift, dado que el duque estaba también interesado en el proyecto que este empresario había presentado a su padre. Eso y que ningún hombre se le acercaba para nada…

—Señorita Sunne. —La pelirroja se giró para mirar a su lado. No. No era el hombre que había previsto. Alexander Nording estaba impolutamente enfundado en un traje formal en tonos marrones oscuros y la miraba con seriedad.

—Oh. —No pudo decir nada más. April se puso un poco nerviosa por la conversación mantenida con la duquesa de Crosy. Estaba segura de que nadie las había oído, porque April había elegido un punto apartado para observar la fiesta sin tener que intervenir en ella.

—Creo que tenemos que hablar… —expuso en tono muy severo.

—¡No! —negó con fuerza.

Él frunció el ceño. April se dio cuenta de que había sido demasiado brusca.

—Quiero decir… Uhm… —La joven no sabía cómo seguir hablando sin hundirse en el lodo.

—Solo deseo disculparme por lo que sucedió en el club. Fue un gran error y no debería haber sucedido. —Habló sin mirarla a la cara porque él estaba azorado.

April se sintió morir. No solo él había descubierto su identidad, sino que había usado la palabra maldita: error. Gran error.

—¿Cómo…? —susurró el inicio de la cuestión con ganas de llorar.

—El señor Swift. En cuanto lo vi solo tuve que atar cabos. Lo siento. No volverá a suceder. De hecho, no debió haber sucedido

jamás. No sabía que tú… Lo siento. —La cosa era más compleja que lo expuesto por él, porque, en primer lugar, esa amiga de su hermana a la que conocía desde hacía tanto no debió haber estado ahí. El segundo punto era que no tuvo que acariciarla íntimamente y mucho menos él debió haberla usado como arma arrojadiza contra Lisbeth. Alexander estaba mortificado por la situación. Si ella no lo hubiese frenado, él la habría hecho suya y su honor… Había estado a un paso de cometer una temeridad que hubiera sido catastrófica.

April sintió ganas de darle un codazo en las costillas. Si él volvía a disculparse podría gritar. La pelirroja se tragó la amargura y la vergüenza, se giró un poco para mirar su perfil. ¡Era tan apuesto!

—Solo necesito saber una cosa, Alex, solo una cosa.

—¿Qué? —preguntó sin mirarla. No podía enfrentar su mirada después de lo que había sucedido entre ambos. La había visto entrar en el salón de baile con un precioso vestido que realzaba demasiado sus cualidades. Indudablemente no era una chiquilla. No. Su cuerpo de mujer, ese que se sacudió bajo su toque hacía poco, había dado buena cuenta de que era del todo tentadora. Tan receptiva que lo había dejado sin respiración.

—¿La amas? —La pregunta salió como una súplica. Deseaba tanto que él lo negase que, si eso se producía, April se pondría de rodillas y rezaría una plegaria a Dios en medio de ese gran baile al que no debió haber asistido nunca.

—Sí —afirmó con rotundidad antes de darse la vuelta y marcharse sin mirarla ni un instante.

April dejó caer su espalda sobre la columna de aspecto romano más próxima. Necesitaba un punto de apoyo porque sentía que el mundo se abría a sus pies. La amaba. A otra mujer. Lo había confesado. Él sabía que ella había sido la mujer que compartió aquellas caricias indecorosas y, pese a ello, dijo que fue un error. El corazón de él era de otra mujer. No tenía derecho a inmiscuirse, a apartarlo de lo que Alex deseaba. No. No podía hacerlo. No debía. No. Nunca lo haría. Su amor por él era tan grande que no estaba

dispuesta a tenderle una trampa. Hacerle eso lo haría tremendamente infeliz y ella se convertiría en un verdugo del amor.

Cerró los ojos para contener las lágrimas que deseaban escapar. ¿Cómo había podido meterse en semejante embrollo? Ella. April, la hija fea del señor Sunne… ¿Cuándo imaginó que podría competir con la elegante y preciosa *lady* Montgomery?

Ilusa. Tonta. Necia. Nunca debió mirar a Alexander ni dos veces. Menos todavía debió haber permitido que la tocase de aquel modo, porque más que darle acceso a su cuerpo, ella le había abierto de par en par su alma.

No tenía sentido seguir martirizándose por algo que nunca podría ser. No. Lo mejor sería pedirle a su padre permiso para poder acceder a su dote y retirarse al campo. Sus ilusiones y esperanzas se acababan de marchar con Alexander.

April abrió los ojos. Respiró profundamente para serenar sus nervios y entonces vio que la duquesa de Cass venía con rumbo fijo hasta su posición. Nuevamente quiso echar a correr.

—¿Estás lista? ¿Lo has citado ya en la biblioteca? —inquirió con ansiedad la madre del hombre que nunca sería suyo.

—No —susurró.

—¿Por qué? Te he visto hablando con él. De hecho mi hijo no ha despegado los ojos de ti en toda la noche —expuso con esperanza y orgullo. El plan sería un éxito. Alexander no era inmune a los encantos de la mujer con la que la duquesa iba a atarlo.

—No puedo hacerlo —explotó April—. Lo siento, duquesa. Sé que corro el riesgo de que le explique a mis padres que he ido a un lugar en el que no debería ir, pero no es posible que yo… Sencillamente, lo amo demasiado para encadenarlo a mí.

—April, por favor… —La duquesa veía su plan irse al traste y comenzaba a ponerse nerviosa. Esa pelirroja era su última oportunidad. El conde de Montgomery podría expiar en breve y la viuda tal vez se quedase con su hijo, porque estaba segura de que era el más ingenuo de los pretendientes. El único que había creído los embustes de ella—. Si tanto lo amas, tienes que salvarlo de ella.

Te lo suplico. Soy una madre que desea la felicidad de su hijo y tú eres su única esperanza.

—La ama —dijo apretando los dientes y sintiendo su corazón sangrar—. Está enamorado de ella. No puedo hacerle eso. Por favor, excelencia, debe comprenderme.

—No, no, no, no. Él será feliz contigo, lo sé. He visto cómo te mira. Cómo bailó contigo. Puedes hacerlo despertar de ese sueño estúpido que él cree tener. Confía en mí. Conozco a mi hijo mejor que él mismo. Sé que no le eres indiferente. Te lo suplico. No permitas que cometa el mayor error de su vida. —La duquesa estaba tratando de contener las lágrimas también.

—Lo siento —se disculpó antes de marcharse del lugar.

La columna que antes sostuvo a April sintió el peso de la duquesa de Cass. Se le acaba el tiempo y las ideas. Esa joven era la mejor opción a su alcance.

El esposo de Anne llegó a su lado en ese momento. El duque de Cass sabía que a su duquesa la atormentaba algo y que ese hecho estaba ligado a Alexander. En los últimos días, Anne había parecido un ratón asustado y ansioso. Y el baile que su esposa había organizado esa noche… Sus hijas ya no estaban. El duque de Cass no comprendía el motivo, pero sabía que su esposa no estaba contenta y que tramaba algo. No le había quitado el ojo durante toda la velada. Había hecho bien en no retirarse con los hombres, porque se veía que Anne lo necesitaba.

—Mi amor, ¿qué te aflige? No respondas que todo está bien porque sé que no es así. —Habló el duque cuando estuvo frente a su mujer.

Lo miró de una forma tan suplicante que el duque sintió su corazón encogerse. Deseaba alejar la pena que veía reflejada en sus ojos.

—No sé qué hacer, Cass. No sé cómo arreglarlo. Mi última oportunidad para casar a mi hijo se acaba de esfumar. No puedo quedarme quieta viendo cómo hunde su vida. No puedo hacerlo,

Cass, y no sé cómo arreglar el estropicio que sé que hará *lady* Montgomery con él.

El duque tomó por la cintura a su esposa y se escabulleron por las puertas francesas. Llegaron a una zona de la terraza donde había cierta intimidad.

—Explícame qué pretendías hacer, Anne. Te conozco y sé que este baile era una treta para algo, pero no alcanzo a ver el qué.

La duquesa suspiró con fuerza. No tenía caso no explicar el suceso.

—Había convencido a April Sunne para tenderle una trampa a Alexander. Ella se citaría con él en la biblioteca y los sorprenderíamos.

—Anne… —dijo con desaprobación.

—No puedo consentirlo. No cuando, pese a no ser invitada, se ha presentado en mi casa esta noche pareciendo que todo le pertenecía. ¿No se da cuenta tu hijo de que ella no es una buena mujer? —Cuando el lacayo la anunció, Anne sintió ganas de echarla a patadas. No podía presentarse en su casa por mucho que su hijo fuese su amante.

—Tal vez pueda amenazarlo con desheredarlo —apuntó el duque tratando de darle esperanzas a su esposa—. Si corto su asignación y le digo que…

—Sería peor. Lo privaste de usar el título de marqués cuando apostó aquella suma fuerte de dinero y no sirvió. Mi hijo acabaría pobre y casado con ella aguardando tu muerte para tomar posesión de lo que le quitamos y él sacrificó por amor. No. Hacer eso será convertirlo a él en un mártir y a ella en una santa.

—¿Y qué te hace pensar que él se casaría con la muchacha Sunne en caso de ser sorprendido en una actitud inapropiada? También podría negarse.

—Debemos apelar a su honor con la señorita Sunne. Sé que es tan orgulloso que no consentiría que lo tachasen de haber malogrado a una dama casadera. Confío plenamente en eso.

—Anne, no veo demasiado claro tu plan. Si saliese mal, la mejor amiga de tu hija quedaría arruinada. Si mi hijo no accediera a casarse con ella, yo debería desheredarlo. ¿De verdad has pensado en todas las consecuencias de tu proceder?

—No lo sé, Cass. No veo más allá de evitar que *lady* Montgomery lo tenga. No lo sé. Pero… un buen grupo de personas destacadas… viendo cómo él besa a April Sunne…

—¿Besarla? —se sorprendió el duque—. Ellos no han hablado demasiado. Dudo que Alexander sienta ese tipo de atracción por ella.

—Oh, Cass. Estás ciego si no lo has visto. Tu hijo siente algo. Tal vez sea un sentimiento nimio por la muchacha, pero es lo único que tengo para poder lograr que termine casado y fuera del alcance de esa mujer. El señor Swift también acabará por pretender a la hija de Sunne y entonces no tendré nada.

—¿El señor Swift está interesado en April? —usó su nombre de pila porque la conocía desde hacía mucho tiempo.

—Sí, Cass. Eso he dicho —dijo con un mohín la duquesa. ¿Su marido no tenía ojos en la cara para ver que esa pelirroja abandonaría el mundo de las solteras en breve?

—Anne… —Susurró el nombre de su esposa sin saber qué decir o hacer para calmar la ansiedad que percibía en ella. El duque tampoco deseaba tener a la condesa de Montgomery en la familia. Los rumores sobre ella eran demasiado serios como para no tenerlos en cuenta.

—Hemos de hacer algo, Cass, pero no logro ver qué. Me siento tan impotente viendo a mi hijo arrojarse a las fauces del infierno que… —La duquesa de Cass suspiró—. He fracasado como madre. Mi labor era proteger a mis pequeños y no puedo protegerlo de sí mismo.

Los duques se abrazaron con fuerza.

—Todo se arreglará, mi amor. Te lo prometo. Pero debes recomponerte. —El duque estaba acariciando la espalda de ella con

devoción—. Es nuestra fiesta y la anfitriona no puede perder la compostura.

Pasaron unos breves minutos. Anne se sintió muy reconfortada por los brazos de su esposo. Se separaron el uno del otro.

—Lo siento. Tienes razón. Regresemos dentro. Si dejamos sola a *lady* Montgomery, tal vez asalte nuestra casa y la encontremos esta noche en nuestro lecho —trató de bromear la duquesa sin humor.

***

April se colocó junto a su madre. Ese parecía ser el lugar más seguro en toda la casa de los duquesa de Cass. Nunca había disfrutado de los bailes porque no se sentía parte de las fiestas, pero hoy en especial resultaba tedioso y asfixiante. April necesitaba irse. No había esperado encontrar allí a la mujer que tenía cautivo a Alex, menos que él se hubiese acercado para decirle palabras que le habían roto el corazón.

April se giró para mirar a su madre y explicarle que le dolía la cabeza, para así poder irse, cuando un lacayo se acercó a ella y le entregó un papel doblado. Fue un gesto hecho con audacia y mucho disimulo. April lo abrió con curiosidad y leyó con atención el corto mensaje, siempre pendiente de que nadie la viese.

«Encuéntrate conmigo en el despacho del duque de Cass.
Señor Swift».

April se quedó asombrada. ¿Una cita? No. El señor Swift no había mostrado interés en ella. Tal vez, la salida que hicieron al Club Legancy tuviera que ver en algo con esa misiva entregada de modo tan extraño.

La pelirroja comenzó a debatir consigo misma para determinar lo buena idea que sería acudir al encuentro del señor Swift, en una

casa ajena y en medio de un gran evento social. ¡Era el señor Swift! Un amigo de su padre quien enviaba la misiva. Tal vez era un asunto urgente. Sí. Sería algo de extremada necesidad. Si un hombre sensato que se había preocupado por ella y por Margot le enviaba un papel, ella debía responder con su asistencia.

No tenía nada que temer del buen señor Swift. Un hombre que la noche más dolorosa de su vida la había animado con palabras alentadoras y un abrazo protector. April todavía tenía fresco en la retina cómo fue el viaje de regreso a casa, aquella noche que descubrió el placer en brazos de Alex. Definitivamente, el señor Swift era una persona en la que se podía confiar porque no había abierto la boca para delatarlas y se había preocupado por ella sin ningún motivo oculto.

April se quedó un momento pensativa. Margot. Su mejor amiga… La pelirroja no la había visto en el baile de la duquesa. Extraño porque la duquesa de Cass sabía que las unía un vínculo con Ruth Anne y no creía que la hubiese dejado fuera de la fiesta con premeditación. La noche estaba resultando más que extraña.

Suspiró mientras se encaminaba hasta el despacho del duque para ver qué sucedía con el señor Swift.

***

Mientras, en otro punto del salón, un apuesto Alexander Nording se mostraba inquieto. Después de haber hablado brevemente con la señorita Sunne, recorrió todo el salón de baile buscando a Lisbeth. Esa mujer era demasiado impredecible. Él no la había invitado al baile de su madre porque imaginaba que la duquesa no lo aprobaría. Lo que menos esperó fue que su gran amor se presentase por sorpresa luciendo tan perfecta como lo hacía. Fue ver a su futura condesa y querer marcharse de la fiesta para yacer con ella de todas

las maneras posibles. Ese era el efecto que esa divina mujer tenía sobre su persona.

Sus padres no lo entendían, pero lucharía por demostrarle a Lisbeth que siempre podría contar con él… ¿Dónde se habría metido ella, que no la encontraba por ningún lado?

Justo estaba formulándose esa pregunta cuando un lacayo le entregó una nota de modo discreto.

«Encuéntrate conmigo en el despacho del duque de Cass.
L».

Alexander se sonrió. Picaruela. Seguro que ella había previsto un escarceo de lo más íntimo e interesante en ese lugar. Ya se la imaginaba extendida desnuda sobre la sublime mesa de madera maciza de su padre. Oh, sí. Su amante nunca dejaba de sorprenderlo. ¿Cómo no iba a estar loco por ella?

Alexander hizo una mueca. La entrepierna se le había revolucionado y estaba dándole un tirón incómodo al presionarse contra sus pantalones. Decidió que no la haría esperar más y se encaminó de inmediato, lleno de anticipación.

Abrió la puerta del lugar indicado, y ante él tuvo a una mujer que bajo la tenue luz de la luna que entraba por la ventana se veía elegante, sublime… preciosa. Era el pelo lo que lo dejó hipnótico. ¿Cuándo la mejor amiga de su hermana le inspiraba sensaciones que no debería sentir en su cuerpo? Era una mujer hermosa. ¿Por qué no se había casado aún? Cualquier hombre que la tuviese sería afortunado. Podría dar buena cuenta de ello pues, cuando la hizo explotar de aquel modo, lo arrastró a él de una manera vergonzosa, como si fuese un jovenzuelo inexperto.

—¿Alex? —preguntó April al verlo delante de ella examinándola con suma atención.

—¿Qué haces aquí, April? —Lisbeth era extremadamente celosa, si lo volvía a sorprender con otra mujer se vengaría privándole de su

cuerpo una buena temporada, y no deseaba pelear más con su amante.

—Yo… —No podía decirle que un hombre la había citado. No es como si el conde que tenía delante no estuviera al tanto de que su reputación no estaba intacta, pero…

Alexander la asió por el brazo y comenzó a sacarla del lugar.

—Lo siento mucho, April. Comprendo que no puedas dejar de pensar en mí, en lo que pasó entre nosotros, pero ya te he dicho que estoy enamorado de otra mujer. Por favor, no te comprometas más. —No estaba preparado para encontrarse precisamente con esa muchacha en la que se había obligado a no pensar. Alexander estaba desconcertado consigo mismo y no deseaba explorar lo que le sucedía. Tenerla a solas y verla radiante era muy peligroso para él… Para April.

—¿Disculpa? —La pelirroja se soltó de su agarre con un tirón nada amigable. Albans se dio cuenta de que había sido demasiado brusco y se preparó para bajar el tono de voz y mostrarse más comprensivo.

—Tienes que buscar a otro hombre. No puede haber nada entre nosotros —habló con compasión.

—De hecho, estoy aquí porque tengo una cita. —April se irguió en toda su altura y lo miró a los ojos con altanería. Estaba oscuro, pero podían identificarse bien el uno al otro—. Le agradecería que se marchase, lord Albans, y me dejase tranquila —le espetó con una arrogancia manifiesta.

—Oh, vamos, April. Los dos sabemos que estás aquí porque me persigues. —¿Qué otro motivo habría para que apareciera a cada paso que él daba si no? De acuerdo, no la tenía pegada a sus espaldas, pero estaba viéndola últimamente más que en los años pasados y eso no le agradaba porque… porque… Porque no y punto.

—¡Cómo se atreve, lord Albans! —Siguió usando la formalidad porque estaba muy enfadada—. Debo recordarle que yo estaba aquí antes de que usted ingresase por esa puerta —La pelirroja señaló el lugar con el dedo índice —. No le estoy siguiendo.

Él no la creyó ni por un instante. Sabía bien el efecto que causaba entre las damas.

—Ambos sabemos que no estás aquí para ver a otro hombre. Yo lo entiendo. Sé que lo que pasó entre nosotros te ha debido calar bien hondo. ¡Pero la culpa es tuya! —Gritó más de lo que hubiese querido, porque esa mujer era demasiado tentadora y, de un tiempo aquí, ya no la veía como la sencilla amiga de su hermana. No, se había convertido en un estorbo para él porque… porque… Porque era demasiado… demasiado… demasiado… ¡Todo!

—¿Mía? —preguntó indignada—. ¿Acaso yo puse mis manos sobre su cuerpo y lo obligué a llevarme a un lugar apartado? —April se colocó muy cerca de él para acusarlo con el dedo punzando en su torso varonil. Era preciso recordarle lo que inició en el Club Legancy.

—Fuiste a ese lugar, en el que no deberías haber estado nunca, con el único motivo de verme. ¡No me acuses por haber cumplido una de tus mayores fantasías! —Su entrepierna saltó al recordar la humedad entre las piernas femeninas. ¿Qué le sucedía que no era capaz de controlar sus instintos primarios con una joven virginal…? ¿Virginal? «¿Ella seguiría siendo pura?», se preguntó con inquietud. Bueno. No tenía derecho a cuestionar… pero es que… No. «Mejor no hacerle esa pregunta», se dijo a sí mismo.

—¡Esto es inaudito! —April pataleó el piso con sus dos pies en una clara muestra de enfado que hizo que él sonriese. Ella parecía una niña pequeña teniendo una rabieta. Sí. Ese comportamiento de la pelirroja le recordaba mejor que seguía siendo la gran amiga de Ruth Anne. Alexander se concentró para que ese pensamiento no abandonase su mente.

—Si lo niegas estarás faltando a la verdad. No mientas. Sé que has venido aquí para que vuelva a despertar el deseo en ti, y no puedo hacer eso. —¿Qué? Era la amiga de su hermanita pequeña, pero él era un hombre y ella no estaba dispuesta a reconocer que se sentía muy tentada por él. ¡Su orgullo masculino lo impulsaba a conseguir la confesión!

—Yo no estoy aquí para verle a usted, lord Albans —insistió ella—. Lo crea o no, debo hablar con otra persona. Por favor, márchese a otro lado. —La joven ahuecó la mano para hacerle ver que sobraba en el lugar.

—April, estás siendo infantil. Reconoce que desde que bailamos aquel vals no has podido dejar de pensar en mí —expuso con humor el conde al verla a ella tan enfurruñada mintiendo sobre su cita nocturna.

—¡Eso no es verdad! —chilló con enfado.

—Es cierto —reconoció perezoso dándole la razón. April lo miró con el ceño fruncido sin creer lo que había oído. Era un hombre terco y cuando creía tener razón nadie podía ganarlo. Eso April bien lo sabía—. Creo que llevas toda la vida enamorada de mí. Tal vez tramaste la amistad con mi hermana para estar cerca de mí.

—¡Alexander Joseph Nording, retira ahora mismo lo que has dicho! Eso es una vil calumnia. —Estaba mortificada.

—Lo haré si reconoces que desde que te besé en el jardín no has podido dejar de pensar en mí.

—¿Y a ti qué te importa? —preguntó indignada y enfadada—. Hace escasas horas me has dicho que tu corazón pertenece a otra dama. ¿Por qué necesitas reafirmarte ante mí? —Hombres, ¡quién los entendía! Luego las complicadas eran las mujeres…

Alexander se acercó a ella. Los rostros de ambos se quedaron a escasos centímetros. La respiración de uno era percibida en las mejillas del otro.

—Porque soy un hombre muy vanidoso al que le gusta tener a mujeres bonitas siguiendo sus pasos.

—¡Lo que has dicho es despreciable! —Tenía los mofletes teñidos de rojo carmesí por el sofoco de la situación. Encima se veía muy divertido con un escenario que a ella se le estaba yendo de las manos.

—Pero no es mentira —se defendió con una sonrisa socarrona. Le gustaba ver ese fuego en su mirada. April era una mujer demasiado ardiente. Tal vez la ayudase a encontrar un buen hombre con el que

casarse. Era un desperdicio que toda esa pasión que él había percibido no fuese aprovechada por alguien. No. Ella no podía quedarse soltera.

—¡Pero es despreciable! —insistió nuevamente.

Los dos se quedaron unos minutos en silencio mirándose a los ojos. April no sabía qué hacer. Alexander estaba perdido en su mirada ardiente. Esos grandes ojos, que él sabía que eran azul oscuro, lo miraban de un modo extraño… Mitad ira, mitad deseo.

—¿Estás esperando a que te bese? —murmuró Alex, sin ser consciente de que lo había dicho en alto.

April levantó la mano derecha para abofetearlo. Él la sujetó en el aire. La pelirroja se avergonzó por su reacción. ¿Por qué había levantado la mano? Estaba horrorizada con ese comportamiento. Por lo visto, ese hombre sacaba también lo peor de ella. No estaba bien haber reaccionado así ante ese desafío que veía en aquella mirada.

—Lo siento —se disculpó en el acto, completamente humillada.

—¿Ibas a abofetearme por no besarte, April? —No supo qué lo impulsó a decir semejante desfachatez, pero lo dijo sin poder, ni querer, evitarlo.

Lo que molestó a la muchacha, quien se quedó con la boca abierta, no fue la cuestión en sí, sino más bien el tono irrisorio que empleó.

Era un truhan, un seductor de la peor clase. April dio gracias al cielo por haber parado a tiempo su trampa para cazarlo. Ese hombre acababa de declarar que estaba enamorado de una mujer y al siguiente minuto estaba flirteando descaradamente con ella. Salvada. Lord Albans era un error. Sí. Un error del que había podido escapar justo a tiempo. Imaginarse casada con él… Eso hubiera sido todo un tormento. Nunca hubiera confiado en él.

En ese preciso momento, April se dio cuenta de que no todo valía para poder atrapar a un hombre. Un matrimonio sin amor… April se vio casada con él, sola y desatendida, mientras Alexander mantenía a un ejército de amantes. No podía ser así. Una mujer debía casarse con el hombre adecuado. No cualquiera serviría para el puesto.

Ahora lo entendía todo. La conversación de la duquesa de Crosy tenía sentido. La joven duquesa sabía que sería capaz de conquistar a su presa. No así correría la misma suerte April. La pelirroja nunca podría estar con un hombre que había declarado que amaba a otra persona, que la había tocado íntimamente con el único fin de celar a otra mujer. No todo valía en el amor y la guerra. De ninguna manera esto era así.

Lo mejor sería alejarlo por completo. Su corazón tendría que aprender a vivir con el dolor de la pérdida, porque no estaba dispuesta a volver a caer en sus brazos. Nunca más se dejaría atrapar por sus infantiles deseos de que él se fijase en la atolondrada mejor amiga de su hermana.

April alzó la nariz y lo desafió con la mirada.

—Es una suerte que no me quieras. Un regalo del cielo que estés enamorado de otra mujer, porque serías el último hombre con el que yo decidiría casarme. Eres del todo cruel. Jamás podría confiar en ti. Y te doy las gracias, una vez más, porque me has demostrado que mi tonto encaprichamiento por ti hubiera resultado ser una grave complicación —le espetó aún con la mano agarrada en el aire, y mientras ambos permanecían demasiado juntos.

Lo vio sonreír y supo que en ese momento le había lanzado un reto sin pretenderlo.

—Puedes engañarte cuando quieras. Te estás mintiendo a ti misma y estoy dispuesto a demostrártelo. —Las palabras se tiñeron de un tono amargo y terminaron con su boca cayendo sobre la de April, en un beso furioso que pretendía someterla para obligarla a rectificar sus palabras.

April trató de apartarlo. No fue posible.

La puerta del despacho se abrió de pronto. Albans maldijo por lo bajo. Lisbeth iba a armar un escándalo de nuevo al verlo con otra mujer. April imaginaba que el señor Swift volvería a regañarla por haberse dejado arrastrar por Alex. Los dos comenzaron a idear una explicación satisfactoria para ofrecer cuando, al darse la vuelta, vieron a los duques de Cass, los duques de Kensington, los condes

de Ridley, a los señores Sunne y a otras cuatro parejas más que no conocían.

April ahogó un grito de pura histeria sabiendo que su vida, esa que tantas veces había odiado, había terminado y que lo que se avecinaba no sería paradisíaco.

Albans miró a su padre con terror. Sorprendido dándole un beso a una dama casadera en medio de un baile… La cosa no pintaba bien.

Y todo se puso peor cuando April comprendió lo que estaba sucediendo y se desmayó para terminar cayendo en los brazos del hombre con el que la acababan de sorprender dándose un beso.

—Esto tiene una explicación —señaló Alexander, al tiempo que trataba de buscarla en su cabeza y contemplaba el rostro ceniciento de la pelirroja que reposaba en sus brazos con los ojos cerrados.

Capítulo 6

Un pésimo comienzo

April arrugó la nariz al sentir un olor demasiado fuerte. Se removió en el precioso, aunque incómodo, sofá francés donde la habían depositado. Alzó la mano para apartar eso que se metía por sus fosas nasales y tropezó con algo. Abrió un ojo y vio a su madre frente a ella sosteniendo las sales que la habían hecho salir de ese letargo tan apacible en el que había estado por unos minutos.

—Oh, hija mía. Nos has dado un tremendo susto —dijo la señora Sunne con preocupación.

April ladeó la cabeza y vio sentada en una silla a la duquesa de Cass, quien sostenía su mano derecha. La mirada de Anne la rehuía. Oyó un carraspeo masculino y divisó al duque arropando a su esposa con una mano sobre su hombro. La vista siguió examinando la iluminada estancia y pronto encontró a Alexander sentado en una silla custodiado por el señor Sunne, quien no le quitaba ojo al conde.

April se incorporó sin ser consciente de su situación ni de lo que acababa de ocurrir.

—¿Dónde estoy? —rompió la pelirroja el silencio—. ¿Qué ha sucedido?

Alexander se levantó de la silla. El señor Sunne le frenó el paso y le dio una mirada más que significativa que lo hizo volver a sentarse

en silencio. El padre de April conocía a ese muchacho desde que se vestía con pantalón corto. Nunca imaginó que él haría que su pequeña cayese en desgracia. Estaba furioso y lo único que lo contenía era la amistad que mantenía con los padres de él, porque de otro modo lo hubiera asesinado allí mismo.

—¿Madre? —inquirió April con un temblor evidente en su tono de voz. El corazón comenzó a latir con fuerza. Los recuerdos estaban llegando indolentes a su mente.

—Todo saldrá bien —trató de tranquilizarla la señora Sunne.

—¡Desde luego que todo se alegrará!—interrumpió enérgico el señor Mark Sunne—. Tu hijo se casará con mi hija —siguió el hombre mientras miraba al duque de Cass—, lo antes posible. No voy a consentir que la reputación de April se arruine porque él no ha podido mantenerse lejos. —El hombre estaba acalorado y parecía que de sus ojos iban a salir rayos y centellas.

La mirada de April se cruzó de inmediato con la de Alexander. Lo vio abrir mucho los ojos con pánico. ¡Genial! El conde de Albans parecía un preso que se dirigía a la horca. ¿Cómo había sucedido todo aquello? Un beso. April recordaba muy bien ese rudo beso con el que había tratado de castigarla. Por instinto se llevó las manos a los labios que aún estaban un poco hinchados.

—No es necesario que… —comenzó a hablar April.

—Harás bien en mantener la boca cerrada, muchacha —la amenazó su padre—. Creí que serías más sensata que todo eso. ¿Cómo has podido dejarte seducir por este mentecato?

—¡Sunne! —lo llamó al orden el duque.

Mark lo miró con tranquilidad.

—Es tu hijo, Cass, pero es un mentecato. Llevo años oyéndote despotricar contra su comportamiento licencioso. Su vida es un desperdicio. Mujeres, juegos y Dios sabe qué otro vicio… No es el hombre que habría elegido para mi pequeña, pero me temo que después del bochornoso espectáculo que hemos presenciado, junto a una buena panda de chismosos de la alta sociedad que seguro que ya han esparcido la habladuría, no me queda otra que tolerar que tu

despreciable —el hombre arrastró la palabra mientras miraba con ira a Albans— hijo se quede con mi niña. —La mirada del señor Sunne se posó en April—. No sabes lo que has hecho, hija mía. De todos los hombres incompetentes, tercos, decepcionantes y arrogantes, has elegido al rey. Dios nos ayude, pequeña, porque has sellado tu destino.

El conde de Albans se levantó de la silla mientras apretaba los dientes con fuerza.

—¿Padre? ¿Va a seguir consintiendo que el señor Sunne siga vertiendo veneno sobre su heredero?

Sunne rodó los ojos. Hubiera esperado que se defendiera sin la ayuda del duque. Ese joven no era todavía un hombre.

—¿Acaso he dicho alguna mentira, muchacho? —El padre de April se colocó delante de él en una pose muy intimidatoria.

Ante el silencio manifiesto de Cass, Alexander se giró para mirar directamente a los ojos al señor Sunne.

—Si lo que ha dicho es cierto, tal vez debería haber educado mejor a su hija, pues es ella la que se ha enamorado de mí. De ese despreciable que no se casará con ella. —Sentenció con aplomo, mientras provocaba que su propia madre y la señora Sunne exclamasen su preocupación en forma de grito histérico.

El duque de Cass se colocó entre el señor Sunne y su hijo para tratar de poner un poco de paz. La vista se clavó en el conde.

—Alexander, a la lista de cargos que el señor Sunne ha apuntado, ¿vas a añadir la de falto de honor? —lo retó su padre.

Alexander se irguió todavía más.

—¿Está de acuerdo con todas las cosas que ese hombre ha espetado sobre mí? —preguntó sin poder creer lo que oía.

—Eres mi hijo, pero debes reconocer que no has sido de provecho. Muy a mi pesar, no puedo desmentir ni una sola de las afirmaciones que ha hecho el señor Sunne.

—¡Padre! —Alexander no daba crédito a lo que el duque acababa de decir. Se dejó caer en la silla derrotado. No creía que su propio

progenitor tuviera una opinión tan pobre de él. Sentirlo lo dejó perplejo.

—Es momento de ser un hombre, muchacho —apuntó el señor Sunne algo más tranquilo.

—¿Alexander? —inquirió el duque aguardando una respuesta satisfactoria que indicase que iba a reparar el honor de la joven.

La mirada del conde recayó en su progenitor con angustia.

—Sabe que no puedo hacer eso… —Lisbeth. Su corazón, su deseo, su honorabilidad estaba con la condesa de Montgomery. La mente de Alexander se debatía entre lo correcto y lo que ansiaba. Comprendía que sin el auxilio de él, April se vería relegada al campo. Sola, sin amistades. Nadie la recibiría en ningún baile, cita social o evento privado. Los rumores se cebarían con ella. No podía salvarla porque llevaba demasiados años esperando que Lisbeth fuese por completo suya. Y en su lista de mujeres a la que socorrer, su amante era la primera. Le dolía el corazón porque April no lo merecía. La única mujer por la que dejaría su bien más preciado, su soltería, no era esa que lo miraba con las lágrimas cayendo por sus mejillas.

—Piensa bien lo que vas a decir, muchacho —le habló Sunne—, porque soy un hombre poderoso. Mis negocios se verán afectados por la falta cometida de mi hija. Pero ten por seguro que, hoy por hoy, tengo más riqueza de la que tú llegarás a poseer en toda tu vida. Saldrás de aquí como un pájaro libre, pero vigila bien tus espaldas, porque con mi dinero haré lo que yo deba hacer para resarcir el honor de mi hija. —El señor Sunne mantenía los puños apretados. No lo retaría a duelo porque no deseaba cometer un asesinato. Sunne tenía una excelente puntería y estaba seguro de que Albans no había empuñado una pistola en su vida. Además, amenazarlo tal y como había hecho y que no supiera cuándo o cómo le llegaría el golpe era más retorcido… Más del estilo de proceder del comerciante.

En ese momento, la puerta de la salita privada de la duquesa se abrió para recibir a un nuevo invitado en el drama familiar. El señor Swift vio a April llorando sentada en un sillón, al duque de pie

mirando a su hijo con rabia, al señor Sunne perdonando la vida del joven y a las dos mujeres restantes tratando de controlar sus nervios. Joaquin comprendió que el chisme que circulaba por todo el salón de baile era más que cierto. Le había costado mucho averiguar el paradero de esa pareja —de la que se decía que se la había encontrado desnuda retozando sobre un escritorio—, y de sus familiares, pero un lacayo le informó, después de que él le diese una buena fortuna, del lugar al que debía dirigirse para localizarlos.

—Lamento la intrusión —habló el señor Swift—. Estoy aquí como amigo —la mirada de él cayó sobre la de April—. Deberían saber que el salón se está convirtiendo en un hervidero de ponzoña. Si un anuncio debe hacerse —dijo refiriéndose a un compromiso—, ha de ser ya, antes de que el chisme incluya mayor perversidad de la que ya posee.

—¿Qué se dice sobre lo…? —inquirió April con cautela.

—Nada que deban escuchar sus oídos, señorita Sunne. —No quería mortificarla más. La vista de Joaquin se clavó en el padre de la joven—. ¿Puedo hacer algo, señor Sunne? Sabe que me tiene a su disposición.

El señor Sunne se relajó un poco con el ofrecimiento sincero de este socio. Sin embargo, estaba lleno de furia. Suspiró con fuerza.

—Me temo que lo que necesitamos es un pretendiente que se comprometa con mi hija. —El señor Sunne deseaba liarse a puñetazos con ese joven y si lo matase a golpes tal vez encontraría alivio. ¿Qué derecho tenía a comprometer a su hija y luego a despreciarla? Igual April estaría mejor sin él—. No eres digno hijo de tu padre, muchacho. Tenías a tu alcance una buena figura en la que fijarte para lograr ser un hombre de honor y provecho —se lamentó el padre de April—. Tuviste que prestar más atención al comportamiento de tu padre. Aunque supongo que en las familias siempre hay una manzana podrida.

Alexander se incorporó dispuesto a darle un puñetazo al señor Sunne.

—¡Yo! —gritó una potente voz masculina. Las seis personas que estaban en la habitación miraron al señor Swift después de que él hubiera hablado—. ¡Yo me comprometeré con ella! —se ofreció Joaquin sin dudarlo.

Un silencio pesado se extendió en la habitación. El señor Sunne se colocó frente al improvisado pretendiente.

—Es un ofrecimiento muy amable por su parte, pero… —Le honraba. El gesto tan desinteresado de él le había llegado al corazón, pero no era justo que el señor Swift cargase con el problema de otro. A no ser que hubiera algo más que caballerosidad.

—Si la señorita Sunne me acepta, anunciaremos nuestro compromiso ahora mismo —acotó el nuevo pretendiente.

—¡No! —gritó una voz femenina. Los implicados miraron a la duquesa de Cass—. Mi hijo es muchas cosas, no negaré que tuvimos que haberle enseñado mejor, pero es un hombre de honor y afrontará las consecuencias de sus actos. Lord Albans ha sido sorprendido en una actitud comprometida con una muchacha inocente. Mi hijo, señor Sunne —dijo mirando directamente al padre de April—, cumplirá con su papel, porque es un hombre de honor. Tal vez tenga más honor en su dedo meñique que muchos de los hombres que presumen de ser un dechado de virtudes. Es mi hijo y respondo por él. —Habló con tanto orgullo mientras miraba a su vástago, durante la última parte de la retahíla, que el corazón de Alexander se conmovió.

La única en la habitación que creía en él era su madre. Alexander comenzó a respirar con dificultad. Era la hora de asumir las consecuencias. Por primera vez en su vida tenía la necesidad de demostrar que su madre no estaba equivocada al creer en él. No obstante, el recuerdo de Lisbeth le estaba enfermando. Si accedía a comprometerse con April, sus deseos y promesas con respecto a la condesa de Montgomery caerían en saco roto.

Un hombre. Necesitaba demostrar que era un hombre y no un muchacho como lo llamaba el señor Sunne. Alexander se levantó sin dejar de mirar a su madre.

—Cumpliré con mi deber. —«Aunque ello suponga el fin de mi felicidad», quiso añadir. La mirada de la duquesa de Cass se iluminó. El señor Sunne se quedó con la boca abierta. El duque no mostró emoción alguna. April y la señora Sunne estaban perplejas.

—Supongo que entonces la decisión es de la señorita Sunne… —aportó como idea para llevar a cabo el desempate Joaquin—. Hay dos propuestas sobre la mesa, April.

Alexander apretó los puños, no solo porque él no retirase su petición, sino porque se había atrevido a usar el nombre de pila de ella. Era extraño. Sentía una posesividad que no entendía de dónde había salido.

—No —negó con fuerza el señor Sunne—. Mi hija se comprometerá con el señor Swift. —Era la opción más segura y sensata. Ese hombre había aparecido como un salvador y él no podía dejar a su hija en manos de alguien tan despreciable como Albans. Solo si el hijo se pareciera en el blanco de los ojos al padre…

Alexander sintió la frase como un ataque a su hombría. No tenía derecho a recriminar nada, porque él solo se había metido en ese entuerto y después se había negado a hacer lo correcto. Su madre tuvo que recordarle que, bajo esa capa, residía un hombre de honor. Además, el señor Sunne le estaba dando una vía de escape. Si April se decantaba por el denominado señor Swift, él podría seguir su camino.

—Esa decisión corresponde a April —tomó la palabra la duquesa de Cass mientras le apretaba la mano con fuerza a la joven en muda súplica.

—Yo creo que el señor… —comenzó en su apreciación April.

—Por favor, April —la interrumpió la duquesa en sus palabras, pues imaginaba la elección que haría la pelirroja. La mirada de una y otra estaban diciendo muchas cosas en silencio. April le pedía que no la obligase a tomar a un hombre que nunca podría apreciarla y menos amarla. Anne le solicitaba que salvase a su hijo de una vida miserable, en compañía de una mujer que lo haría desgraciado y probablemente lo llevaría a una muerte prematura.

La señorita Sunne cerró los ojos con fuerza. ¿Por qué el destino tenía que colocarla en una situación tan incómoda?

—April… —susurró el señor Swift, pues era conocedor de buena parte de la historia que Albans mantenía con ella y con *lady* Montgomery. La muchacha no era rival para una mujer tan ambiciosa como la condesa que movía los hilos de lord Albans. Le estaba dando una escapatoria factible para el rumor y para huir del hombre que podría destrozarla.

La joven tragó saliva y cerró los ojos un instante. La mirada de ella se cruzó con la del señor Swift.

—Lord Albans. Me casaré con lord Albans. —La respuesta sonó a sentencia de muerte.

La duquesa respiró aliviada. El duque sintió felicidad al ver a su esposa llena de dicha. El padre de la joven apretó los puños con fuerza. La señora Sunne ya estaba imaginando una suntuosa boda en la catedral de Londres.

—No estarás sola —dijo el señor Swift cuando se acercó hasta April—. Suceda lo que suceda, siempre podrás contar conmigo.

—Gracias —le dijo April con un nudo en el estómago.

Ver la complicidad entre ambos le revolvió el estómago a Alexander sin entender bien el motivo. Respiró aliviado cuando el hombre salió por la puerta. Tampoco entendió esa sensación y no quiso profundizar en lo sucedido.

—Bien. Es momento de anunciar el compromiso —señaló el duque de Cass.

—Sí —afirmó, no demasiado convencido del señor Sunne—. Necesito unos momentos con mi hija. A solas. —Los invitó a dejarlos. April, que todavía estaba sentada en el sofá, sintió el corazón removerse. Había defraudado a su padre.

Todos salieron de la estancia a excepción de Sunne y ella.

Esto de tender una trampa a un hombre en su cabeza había resultado más sencillo. Pese a que al final no había pretendido que la cosa terminase tal y como había sucedido, se daba perfecta cuenta de que habían hablado con demasiada frivolidad cuando Ruth

Anne, Margot y ella misma conspiraron sobre la conveniencia de tomar un esposo por la fuerza. La mirada de su padre, que demostraba una decepción enorme, era lo que más dolía de toda la situación.

—April… —susurró cuando la puerta se cerró para darles intimidad—. ¿Por qué?

—Lo siento. —No había explicación posible ante su comportamiento.

—Te observé. Todos estos años he estado pendiente de tu reacción con respecto a lord Albans, porque era mi deber protegerte de un muchacho poco apropiado como él. Un libertino del todo reprobado, más cuando pasabas tanto tiempo en su casa con su hermana. Nunca creí tener motivos para preocuparme. No demostraste indicios de… —respiró profundamente—. El señor Swift, aunque no tiene un título, era tu mejor opción. Así que te pregunto, hija mía, ¿por qué? —El señor Sunne deseaba una explicación. No, una disculpa.

La pelirroja miró al suelo

—Lo he amado siempre —confesó en un susurro apenas audible.

El señor Sunne negó repetidamente con la cabeza.

—Tal vez no hayas escuchado los rumores que lo relacionan con una mujer casada que…

—Estoy al tanto de todo —interrumpió la explicación de su padre.

El hombre comenzó a caminar por la estancia con las manos sostenidas a la espalda. Sus hijas eran muy preciadas para él. Se detuvo después de haber ordenado sus pensamientos. Miró a su hija.

—En cuanto te cases con él no podré protegerte. Serás suya, April.

—Lo sé. —Las consecuencias podrían ser mortales o increíblemente maravillosas. Tal vez ella pudiera tener un camino como el de la duquesa de Crosy… Aunque lo dudada por completo.

—¿Deseas correr el riesgo?

—No tengo otra opción.

—El señor Swift…

—No lo amo, padre —volvió a interrumpir ella.

Mark comprendió que ella estaba tremendamente enamorada de lord Albans. Un padre no podía salvar a su hija de sí misma, pensó con amargura.

—Cass querrá redactar un contrato. Negociaré una cláusula especial en la que te otorgaré un fideicomiso que será de uso exclusivo tuyo. Nombraré al señor Swift como tu protector en caso de que…

—Padre, mi esposo no verá bien que otro hombre tenga acceso a mi patrimonio. —April sabía que Alexander no era una persona fácil, y después de haberle obligado a cumplir con su honor no convenía enfurecerlo más.

—No me importa lo que tu futuro… lo que ese… lo que… —El hombre se tranquilizó. Se ponía a pensar en Albans y sentía unas ganas asesinas que…—. En caso de necesitarlos, tendrás fondos, April. Me hubiera gustado que las cosas hubieran sido diferentes. Solo espero que nunca llegues a arrepentirte de tu decisión…

—Yo también, padre —dijo en un tono tan flojo que su progenitor no la escuchó—. ¿Podrá perdonarme? Siento haber… Que nos hayan… Yo… —Estaba mortificada. Cada vez que recordaba que su padre la había visto en brazos de Alex mientras se besaban con pasión…

—Salgamos, es momento de aparentar normalidad, hija mía. —El señor Sunne, que nunca había sido un padre que demostrase sus afectos de forma habitual, le dio un beso en la mejilla. El gesto se sintió de absolución para la joven.

Ambos salieron de la estancia sin decir nada más. Cuando April llegó al salón, los duques de Cass habían preparado el champán. La pelirroja sentía todas las miradas sobre ella. Murmullos maliciosos salpicaban sus oídos. Su padre la llevaba del brazo con la cabeza bien alta. No todos los días una se iba a convertir en condesa y futura duquesa… Entonces, ¿por qué todo sabía amargo?

La April niña siempre creyó que, cuando su compromiso fuese anunciado, la embargaría una sensación de júbilo sin igual. Equivocación. El sentimiento era como si su padre la estuviera acompañando a una muerte anunciada. La mirada molesta, seria y desafiante que Alexander le estaba ofreciendo demostraba que no estaba contento. Nada contento. Su nueva vida iba a ser un torbellino y ella debía prepararse para librar una batalla en la que su corazón estaría en juego. No bastaría con arrojarle todo el amor que sentía por ese hombre. No, porque Alex no lo admitiría mientras la condesa de Montgomery tuviera algún poder sobre él.

April trató de sonreír al público que la seguía observando con sumo interés. Oyó que el duque de Cass comenzaba un discurso que ella ya no era capaz de seguir. Su padre estaba a su lado y eso era lo único que importaba. Era un pilar esencial porque su mundo se tambaleaba. Juraría que incluso había escuchado gruñir a Alexander cuando los asistentes aplaudieron para felicitar a la joven pareja que se había comprometido.

Y fue justo en el momento en el que los aplausos terminaron, cuando su futuro esposo se marchó del lado de la duquesa y de la casa, y esperaba que no de Londres porque su reputación estaba ligada a él.

El señor Sunne dio un paso adelante para ir en busca del prometido a la fuga. April le apretó el brazo. Alexander necesitaba un poco de paz. Ella podía entender eso, porque deseaba enclaustrarse en su habitación y sosegar su inquietud sobre la almohada. Su padre se detuvo, pero eso no impidió que el señor Sunne mirase con atención al duque. En medio de la tristeza, April fue capaz de sonreír. Por su padre. Sunne era un hombre rico, gozaba de cierto poder, pero verlo desafiando a un amigo, precisamente a un par del reino, le hizo sentir una protección que en ese momento era más que bienvenida. Al menos había un hombre en su vida con el que podía contar.

El duque de Cass se situó frente a April.

—Puesto que mi hijo ha tenido demasiada prisa, será todo un honor bailar con la que pronto será otra hija para mí. —April agradeció el gesto del padre de Alex. El hombre estaba tratando de compensar la falta de atención y etiqueta de su futuro esposo. Al pronunciar en su cabeza esas dos últimas palabras, la cruda realidad la hizo temblar de puro miedo. Alexander iba a ser complejo.

—El honor, excelencia, es del todo mío. —April se soltó del brazo de su padre y tomó la mano extendida del duques de Cass.

En ese momento el señor Swift pasó por su lado. April ladeó la cabeza y vio que iba en busca de su padre para iniciar una conversación.

Nada más pudo ver o averiguar. Una contradanza fue lo establecido. No era un baile que estaba siendo compartido con su prometido, pero al menos el duque dejaba clara su posición. Los duques de Cass la aprobaban y eso sería un escudo importante para que la sociedad se anduviera con un poco de recato en las murmuraciones sobre la espantada de lord Albans en la improvisada fiesta de compromiso.

—Ten una pizca de fe, April —le aconsejó su compañero de danza al verla tan alicaída.

—Todo el mundo es consciente de dónde ha ido él. —April se tapó la boca. No debió haber dicho eso. No era correcto que mencionase de forma implícita a la amante de Albans. Tampoco era de buen gusto que estuviera quejándose por algo que ya sabía que sucedería.

—Yo también tuve una amante.

April perdió el ritmo en la danza y tropezó al oír la confesión del duque.

—Lo siento —se disculpó ella ante su torpeza.

—Cuando me casé con Anne la mantuve por un tiempo… Hasta que comprendí que mi esposa era toda una bendición —siguió él con el argumento con honestidad. Cass era consciente de que no debía hablar de un tema tan delicado con una joven inocente. No obstante, estaba en juego la felicidad de su hijo. Y puesto que era

un duque, las normas estaban para que él se las saltase a su antojo. Un poco de esperanza, era lo que necesitaba esa pelirroja que parecía querer comenzar a llorar. Su hijo era un necio por no apreciar lo que se le había otorgado.

—La condesa de Montgomery es demasiado elegante, bella, mundana, con clase… Le agradezco el gesto, excelencia. Aunque sé que mi prometido está enamorado de ella. No me dé ilusiones, porque no debo hacérmelas todavía. —Sabía que quedaba un largo camino por delante.

—Tú no eres tan diferente a ella. Hemos sorprendido a mi hijo besándote. —Las mejillas de April se tiñeron de rojo púrpura—. No lo hubiese hecho en caso de que no le resultases… interesante. —Alexander no era inmune a ella. Su esposa también lo había percibido. Lo que sucedía es que su hijo era demasiado terco y estaba hechizado por la pasión que desprendía una buena amante. Albans era demasiado impresionable. Su vida había resultado ser tan fácil que nunca creyó que la falta de experiencia y esa sobreprotección que le habían otorgado sin ser conscientes, le pasarían esa tremenda factura.

—Las cosas no siempre son lo que parecen —respondió enigmática. Pues demasiado bien sabía ella el motivo por el que Alex la había besado: orgullo.

—Por eso mismo debes ser paciente y confiar en que él conseguirá verte.

El baile llegó a su fin antes de que ella pudiese replicar. El duque de Cass se preparó para llevarla de vuelta hasta el lado de su padre. El señor Swift la miró y le sonrió cuando llegaron al lugar.

—Será todo un placer bailar con la futura esposa de lord Albans. —Joaquin se colocó delante de ella e hizo una reverencia. April entendió que él nuevamente estaba tratando de salvarla por el desplante llevado a cabo por el conde. Bien. Si la duquesa de Crosy había podido sobrevivir a las habladurías y se mostraba satisfecha y feliz, April también lo intentaría.

—Muchas gracias —respondió ella solícita.

—Debiste haberlo elegido a él —le dijo en confidencia su padre antes de soltarla del brazo y que ella se marchase con Joaquin.

El duque de Cass se puso al lado del padre de April.

—Sinceramente, creo que los dos pueden conseguirlo.

—Sí. April y el señor Swift tenían muchas posibilidades de haber sido felices —apuntó el señor Sunne, mientras los observaba llegar a la pista de baile.

—Sunne, no me refería a ellos y lo sabes. Recuerda que yo no soy mi hijo. —Eran muy amigos y solían saltarse las normas en privado, pero el padre de la muchacha lo acababa de molestar muuuucho—. Además, él no debería bailar con ella. No es correcto que…

Mark Sunne, el orgulloso empresario textil, se alzó de tal manera junto a su buen amigo que por un momento pareció que se había convertido en el propio duque y que estaba por encima del padre del hombre que había elegido su hija.

—En eso te doy la razón. Mi hija no debería estar bailando más que con su prometido. Sin embargo, Albans ha tenido que ir a calentarle la cama de inmediato a su fulana. Y sí, también concuerdo contigo en que tú no eres tu hijo. En caso de que tu heredero se pareciese un poco a ti, yo estaría bebiendo champán lleno de gozo mientras acepto con plena felicidad las muestras de cortesía de toda la maldita sociedad londinense. Y puesto que eso no va a pasar, veré al menos cómo tu chico recibe un poco de su propia medicina.

Cass se tensó con la amenaza subyacente.

—No pienso consentir que…

—¿Y si fuera tu hija Ruth Anne, Cass? ¿Qué no habrías hecho con tu poder y riqueza para castigar al hombre que se atreve a desaprobarla públicamente? —El duque inspiró con fuerza.

—Alexander entrará en razón, tarde o temprano.

—Lo sé —dijo tan convencido que Cass se quedó asombrado—. No obstante, mientras eso ocurre tendrá a mi pequeña en su poder. Estás loco si crees que me quedaré quieto. Llevamos demasiados

años compartiendo confidencias y negocios. Sabes bien quién soy y lo que hago cuando una cuestión no me parece justa.

—Es mi hijo, Sunne.

—Y por eso esta noche no mandaré a mis secuaces a partirle las piernas.

—Mark —usó su nombre de pila tratando de que comprendiese un poco mejor la situación—, Alexander no es el único culpable en esta situación. Yo hice de él el hombre en el que se ha convertido. Está acostumbrado a salirse con la suya, a ser caprichoso en sus elecciones. Dale un poco de tiempo. Concédele el beneficio de la duda.

El señor Sunne levantó un ceja para mirarlo acusador.

—¿Debo recordarte lo que tú hiciste cuando tu propia hija llegó a tu casa en medio de la noche implorando que la liberases de su compromiso, Cass? —Eso se sintió como un golpe bajo. El duque había esperado que ese suceso ocurrido con Ruth Anne fuese del todo privado. No obstante, siendo tan íntimas como eran las dos muchachas, era comprensible que esa circunstancia fuese conocida por el padre de April. No obstante, la historia de Ruth Anne era más compleja de lo que su amigo había relatado en esos momentos.

—Es mi hijo —recordó para que comprendiese que él también era el padre de la otra parte implicada.

—Y por eso —repitió de nuevo la fórmula el señor Sunne—, en el acuerdo de matrimonio permitirás que April posea un suculento fideicomiso que yo mismo pagaré para que ella tenga independencia en caso de que Albans no esté a la altura. —El señor Sunne era plenamente consciente de que en este mundo el dinero era poder. April no estaría desatendida si es que él tenía algo que decir al respecto.

—Lo que pides es del todo imposible. Ningún esposo consentiría que su mujer tuviera mayor riqueza que él y que no pudiera disponer de esa fortuna.

—Pondrás la cláusula porque soy tu amigo y porque yo te lo pido. Tu hijo ni se molestará en revisar el contrato matrimonial.

—Sunne —lo estaba poniendo en un serio aprieto.

—Y no solo harás eso. Dado que ninguna mujer podría tener pleno derecho sobre la cantidad que yo le asignaré a mi hija, nombrarás al señor Swift administrador de la suma, para que él vele por los intereses de mi hija. —Era un golpe de gracia.

—¡Sunne! —Lo llamó al orden con más ahínco del que previó, por lo que despertaron la curiosidad de algunos espectadores—. Tu hija va a ser condesa de Albans. Algún día será duquesa de Cass. Cualquier jovencita, más si es una sin título —dijo con suavidad—, estaría muy agradecida por la oportunidad.

Mark miró a su amigo con furia contenida.

—No lo tomaré como un insulto, Cass, porque somos amigos y no te veo capaz de ofender a mi hija aludiendo a sus orígenes plebeyos. Haré como que comprendo tu disgusto de padre ofendido por mi petición. Sin embargo, mi decisión es firme y, si valoras nuestra amistad, permitirás lo que yo pido. Nada has de temer, amigo mío, porque imagino que estás convencido de que tu hijo entrará en razón y la protección que yo le brindo a mi hija jamás deberá ser utilizada… ¿O acaso dudas de que Albans no se comporte como un buen esposo? —lo retó con una pregunta trampa Mark. Él consiguió su fortuna al casarse con Deby, pero forjó un imperio que seguía manteniendo con mano dura. El señor Sunne era un respetable hombre de negocios, pero no siempre había sido así. Se tuvo que abrir camino en la vida. Hubo un tiempo en el que vivió en los bajos fondos de Londres y eso le daba una experiencia con la que pocos nobles podían competir.

Hubo un silencio muy incómodo. El duque no se atrevió a responder, por lo que el padre de April sonrió y le palmeó la espalda.

—Haces bien en preocuparte. Yo en tu lugar tampoco apostaría por tu hijo. No debí haber consentido que April se encadenase a él, pero mi pequeña lo ama. No sé cuándo, no sé cómo, pero en algún punto, tu vástago se ganó la admiración de April y por eso estoy dispuesto a darle una oportunidad. Redacta el contrato en los

términos que, como amigo y padre de una muchacha que es la mejor amiga de tu hija, te pido, Cass.

El duque asintió. De verdad esperaba que Alexander entrase en razón pronto o tanto él como su hijo iban a tener problemas con el papá de la niña. Sunne era demasiado peligroso como descontentarlo. Demasiado amigo como para privarle de una exigencia que él bien entendía como padre de dos muchachas.

Cass conocía de primera mano lo que el señor Sunne había hecho con el pretendiente de su hija mayor cuando también hubo cierto escándalo. Aquello no fue agradable y Cass no deseaba ni recordarlo. Pierce le concedería la petición a Sunne porque él comprendía perfectamente lo que las hijas de ambos eran para ellos. Las adoraban y harían cualquier cosa por ellas.

Cass miró a la pareja que acababa de detenerse porque el baile había finalizado. No le gustaba Swift. No porque no fuese un buen hombre, sino porque dejaba a la altura de su suela del zapato a su hijo y eso no le agradaba. Alexander tenía muchos defectos, pero era su hijo, su pequeño.

La música comenzó a sonar de nuevo. Un vals. El señor Swift no había soltado todavía a April. ¿Se disponía a bailar con ella nuevamente? ¡Eso era intolerable!

—Sunne —susurró al ver el espectáculo que su futura hija política y el hombre de negocios iban a ofrecer.

—No le tocaré un solo pelo a tu hijo, pero él pagará por la afrenta hecha a April. —Dejarla sola en medio de la fiesta de compromiso para ir a ver a su amante… Sunne negó con la cabeza. No podía olvidar la afrenta y no lo haría.

El padre de April se marchó del lado de su amigo satisfecho. La estampida de Albans sería un punto de atención para la sección de cotilleos, pero por lo menos se hablaría también de que un rico y apuesto empresario había dedicado las atenciones que el recién comprometido conde había negado a su bonita futura esposa. Oh, sí. El señor Swift tenía orden de bailar con su hija tres bailes seguidos. La reputación de su hija estaba hecha trizas, solo el matrimonio la

salvaría, así que por un poco más de escándalo no iba a terminarse el mundo. Si bien Mark hubiera preferido a Joaquin Swift, se tendría que tragar a Albans y ese muchacho iba a aprender que el honorable señor Sunne no había sido siempre un hombre decente y paciente.

Conocía bien a sus congéneres. El hijo de Cass tenía un punto débil muy claro: su orgullo de niño caprichoso. Él iba a destrozarlo con todas sus fuerzas para que aprendiera a ser un hombre. Cass no era capaz de hacerlo y alguien tenía que ayudar a ese muchacho. Por la felicidad de su adorada hija que él emplearía todos sus esfuerzos.

Sunne se sonrió. Llevaba demasiado tiempo camuflado entre los estirados ingleses. Esos refinados lores que se creían el ombligo del mundo. Por una vez le venía bien recordar sus viejos hábitos. ¡Cómo añoraba su Escocia natal! Siempre supo que la experiencia adquirida en aquellos momentos de necesidad le vendrían bien tarde o temprano. Fue una suerte que el padre de Deby también fuese un rudo escocés que lo aprobó al momento.

***

Y en medio del salón de baile una pareja centraba todas las miradas y susurros. La partitura había terminado y el señor Swift la mantenía sujeta por la cintura sin dejarla escapar. Las notas de la siguiente pieza estaban comenzando a sonar.

—Señor Swift… —Las palabras salieron en forma de súplica. Él no le permitía libertad en sus movimientos para regresar junto a sus padres. La miraba con una sonrisa tiránica en el rostro.

—Creo que sería conveniente que comenzase a llamarme Joaquin. Después de nuestros bailes sospecho que será lo más apropiado. —El hombre estaba divertido.

—No lo haga. No lo hagas, Joaquin. —Usó el nombre y cambió la formalidad para ver si conseguía que se apiadase de ella en la

petición.

—No puedo defraudar a su padre, más cuando considero que tres bailes será un precio pequeño por el que su enamorado deberá pagar. —Swift se había sorprendido de la petición de Sunne, pero se había prestado encantado para complacerlo.

—¿Tres? —inquirió con pánico.

—Seguidos. Su padre tiene un extraño sentido de la justicia. No creí que el señor Sunne fuese tan… interesante. Tampoco estuve atento a su hija. Aunque creo que no habría tenido ninguna posibilidad. ¿Verdad, April? —El corazón de ella estaba ciego.

—Señor Swift… —Ellos ya estaban danzando por la pista de baile y de nuevo las murmuraciones eran ensordecedoras.

—Joaquin. Insisto en que me llame así, es más acorde a lo que va a suceder entre nosotros, April.

—No es correcto que usemos nuestros nombres de pila —dijo con severidad.

—¿Y es correcto que su prometido la abandone en el evento que se ha convertido en su baile de compromiso? No, April. No lo es y él merece un poco de humildad.

—Lo enfurecerá todavía más. —April sabía que Alexander era como un perro acorralado: cuanto más lo asediaran, más se resistiría.

—Con eso cuenta su padre.

—¿Qué? —inquirió con curiosidad.

—Su padre espera que arroje toda su ira para que usted comprendas que no es digno.

—¡No puede estar hablando en serio! —exclamó con nerviosismo.

—Completamente. Y estoy de acuerdo con él. ¿Por qué no me elegiste? —Dejó la formalidad.

—Señor Swift…

—Joaquin —la corrigió al punto.

—Joaquin —concedió ella para ver si así él se mostraba más indulgente y la soltaba después del vals—, ambos sabemos que se

ofreció a ocupar el lugar de Albans porque es un caballero. Ni por un instante creo que esté enamorado de mí.

—No lo estoy. Lo confieso. Pero eso no quita que yo no me sienta responsable de una mujer que acaba de meterse en apuros. Su viaje furtivo a cierto club no será nada en comparación con lo que podría sucederle con ese muchacho que está obsesionado con su amante. Más cuando el esposo de *lady* Montgomery pase a mejor vida. Lo cierto es que me sorprende que la dama no haya apresurado la partida de su marido al otro mundo ya. Seguramente, Lisbeth —se permitió usar el nombre de pila de la dama— esté esperando a tomar la decisión indicada.

—¿Qué? —Joaquin no podía estar insinuando lo que ella estaba imaginando.

—Eres demasiado inocente, April. Esa mujer es una víbora vestida de cisne. Es capaz de eso y mucho más. Albans debería agradecer a su madre, a la duquesa, que te haya forzado a tomar la decisión. —Cuando oyó la retahíla de la duquesa de Cass estuvo a punto de aplaudir por el gran gesto. Era una madre deseando sacar de las garras del diablo a su hijo. Joaquin lo había comprendido de inmediato.

Ella se sonrojó.

—Yo lo amo desde hace demasiado tiempo. Lord Albans es… —Era un sueño para ella.

—¿No niegas que me hubieras elegido en caso de que la duquesa de Cass no hubiera hecho ese discurso, April?

—No he mentido jamás. No comenzaré a hacerlo. —El señor Swift hubiera sido la elección más fácil. No había amor y tal vez pudieran forjar una relación de respeto y amistad fuerte, que les serviría para tener un matrimonio estable, sin altibajos.

—Yo comprendo que tampoco me amas, pero sí sé, y muy bien, que eres una mujer lista. Aunque en este momento no lo parezcas. Deberías haber dejado que él se quedase con Lisbeth. —La regañó con cierto aire de padre protector.

—Iba a hacerlo, de verdad que sí. Si no hubiera sido por esa carta que me enviaste para que nos citásemos en el despacho no nos hubieran sorprendido —confesó con remordimiento y obviando también la formalidad.

—Yo no te envié ninguna misiva, April.

—¿Cómo dices?

—No te cité en ningún lugar. No te envié ninguna misiva —repitió con convicción.

—Pero… alguien me escribió. Llevaba tu firma… —explicó desconcertada.

—No he sido yo, April. Quien te envío esa carta tenía especial interés en que tú estuvieses en ese lugar con lord Albans.

En ese justo momento la mirada de April voló hacia la duquesa de Cass. La mujer la miró con una sonrisa en los labios. April intentó soltarse del señor Swift.

—No —dijo al adivinar los pensamientos de la muchacha, pues él no se había perdido detalle y era consciente de que April pensaba que la culpable era la duquesa. Joaquin también lo pensaba así—. Ya está hecho. No puedes pedir explicaciones. No cuando yo te di un salvoconducto y tú no lo tomaste.

—Pero tú no me amas —repitió con cansancio.

—Él tampoco te quiere a ti —le tuvo que recordar con cierta suavidad, pero sin abandonar el tono de realidad que ella debía recibir.

—Lo sé —dijo derrotada.

—Tu padre quiere que sea tu guardián, bien cuando tú lo abandones o él te abandone a ti. Lo que suceda primero.

—No tienes derecho a decir eso… —siseó con los dientes apretados.

—Ha sido una cortesía, April. —Ella frunció el ceño ante la observación de él—. Te conozco un poco. Tú eres demasiado leal para hacer algo como eso. —Dejó implícito que sería él el que la abandonaría—. No obstante, tu padre espera que recuperes el buen juicio antes de que la boda se produzca.

—Estás siendo cruel.

—No, April. Estoy siendo protector —la corrigió—. Te vi. Aquella noche te acompañé a casa y no pedí explicaciones. No sé si él te corrompió del todo. No tengo derecho a preguntarlo tampoco y no lo haré —trató de tranquilizarla al verla azorada—. Pero debes estar preparada, Lisbeth lo ha mantenido a su lado porque espera ser condesa como mínimo. No va a soltarlo con tanta facilidad y ella puede ser… muy persuasiva y cruel. Debes dejar de ser esa muchacha confiada cuanto antes. Tu padre no sabe lo que sucedió con Albans porque yo guardaré tu secreto. Debo confesar que no esperaba encontrar esa faceta del señor Sunne. Es muy protector. Me ha sorprendido —siguió él con sus cavilaciones en voz alta— que un hombre se muestre reticente a entregar a su hija cuando ésta llegará a ser duquesa algún día. Es poco usual.

—Mi padre no es un hombre común —expuso con orgullo.

—Me doy perfecta cuenta.

El vals llegó a su fin. April trató nuevamente de soltarse de su agarre. Los invitados de los duques de Cass los miraban con demasiada suspicacia.

—Por favor… —habló ella.

—Me temo que no puedo dejarte ir. Tres bailes, April.

La pelirroja estaba a punto de echarse a llorar. ¡Era todo un escándalo! Nada conseguiría borrar la huella de aquella noche.

Los presentes en el salón los observaban con murmuraciones censuradoras.

La duquesa de Cass estaba al borde de la histeria. Se acercó con rapidez a su esposo al ver que el señor Swift no se disponía a soltar a la muchacha. Intuía que el señor Sunne, quien miraba a la pareja complacido, estaba detrás de ese bochorno.

—Cass, haz algo, por amor del cielo, o ella destruirá su reputación por completo y se llevará por delante la de tu hijo. —Alexander no había obrado bien, Anne lo sabía, pero el rasero con el que se medía a los hombres era otro muy diferente con el que empleaban para calificar a las mujeres.

—¿Quieres que me la cargue al hombro, Anne? No es tan fácil. Ese hombre tiene instrucciones del señor Sunne —inquirió él con desagrado.

—Eres un duque. Es tu casa, es tu fiesta. Reclámala para un baile. No podrá desafiarte si tú intervienes. —Era lo único que se le ocurría.

—El señor Sunne no estará contento. —El duque se debatía entre hacer lo correcto con unos o con otros. ¡Él ya había casado a sus dos hijas! ¿Por qué el que creía que le daría menos dolores de cabeza estaba resultando como un dolor de muelas, cabeza y estómago juntos?

—Cass… —Usó el título en forma de plegaría.

El duque se dispuso a andar más rápido de lo que debiera mientras soltaba una ristra de maldiciones por lo bajo. Llegó hasta la pareja, la orquesta ya estaba iniciando la nueva melodía.

—Señorita Sunne, vengo a reclamar mi baile.

—Oh —dijo presa de la ansiedad. Su acompañante no parecía dispuesto a soltarla.

—Señor Swift, no querrá enfadar a un duque, ¿cierto? —La mirada y la pose de Pierce detonaban que era un rival muy serio.

Joaquin la soltó obligado por las circunstancias.

—Supongo que me tendré que contentar con molestar a un conde.

Se dio media vuelta sabiendo que ante Cass no podía negarse. Era un duque y no se le podía desairar en su propia casa. No si no deseaba despertar la ira de los pares.

April se sintió un poco más tranquila cuando el padre de Alexander acudió en su ayuda. El señor Sunne estaba llevando demasiado lejos este extraño juego. No creyó que su progenitor pudiera ser tan… tan… No lo veía un tipo de hombre tan serio capaz de desafiar a la sociedad entera por ella.

—Intenté escapar después de primer baile —se disculpó la muchacha sabiendo que mañana las columnas de cotilleos se cebarían con ella.

—No te preocupes. Comprendo que deseen protegerte, pero no puedo consentir que se ponga en entredicho dónde están tus afectos. —Trató de sonar atento y paciente. Pierce valoraba a esa muchacha porque la conocía desde pequeña y en verdad no le deseaba ningún mal. Por eso se había mostrado tan permisivo con Sunne, porque si otro le hubiese dicho lo que su mejor amigo…

April agachó la mirada. Ese era el problema. Que sus deseos estaban con el hombre equivocado. Un trueno se oyó desde el exterior. El agua comenzó a caer con fuerza sobre los cristales.

—Se avecina tormenta —dijo Cass al ver el diluvio que se estaba formando. Pero el duque no estaba hablando del tiempo…

—Una gran y desconcertante tormenta —susurró ella, quien tampoco se refería a la lluvia y a los truenos que sucedían al aire libre.

Capítulo 7

Una boda interrumpida

Alexander se despertó al día siguiente sintiendo su cabeza arder por el exceso del alcohol. Se incorporó en la cama mientras se sostenía la cabeza con ambas manos. Anoche todo se complicó. Se levantó y se anudó la bata de seda que había junto a la cama, sobre la silla tapizada. Se acercó a la ventana para descorrer las cortinas. Otro día más en un Londres gris oscuro que se le antojaba aburrido y simple.

Cogió el periódico que cada día un lacayo le dejaba sobre la mesa del escritorio de su habitación. Lo hojeó por encima. Nada de ahí le interesaba… Hasta que recordó lo sucedido ayer. Se fue directamente a la sección de sociedad. Leyó con atención. Apretó fuertemente el papel entre sus manos. Dos páginas le habían dedicado a sus próximas nupcias con April. No creyó, cuando se marchó de la fiesta, que los cotilleos lo señalarían como un prometido huido de su compromiso en favor de su amante. Solo pretendía ver a Lisbeth. No pensó en las consecuencias de irse de allí con tanta premura. Tampoco creyó que el señor Swift se atrevería a intentar bailar tres piezas seguidas con su prometida. Se sentía tremendamente enfadado porque ese hombre se hubiera atrevido a hacer algo como eso. Oh, sí. El periódico relataba punto

por punto, coma por coma, todo lo que en la fiesta se había hecho, dicho o visto. Incluido que él y April fueron sorprendidos retozando desnudos en los aposentos privados de los duques de Cass. Los rumores se enaltecían a cada segundo más. Siempre cargados de veneno y de mentiras.

Comprometido. La palabra se le atravesó en la garganta cuando la dijo en alto en medio de la solitaria habitación. April Sunne. La pelirroja que siempre lo había mirado de ese modo tan extraño.

Lisbeth no iba a estar contenta con la noticia. Poco podía hacerse ya para solucionar el problema. Había tratado de no aceptar el compromiso pero fue imposible. Tuvo la esperanza de que ella hubiera elegido al señor Swift por encima de él, aunque la sensación que le produjo aquel pensamiento en su momento no le gustó demasiado. Estaba hecho un auténtico embrollo. Se debatía entre lo que siempre quiso y lo que debía hacer.

Se marchó del baile en busca de Lisbeth. Se presentó en la casa que él había rentado años atrás para verse. Ella no estaba allí. Se dirigió a la mansión de lord Montgomery. Tampoco la encontró en ese lugar. La noche terminó en White's, el club de caballeros donde jugó un par de partidas y en el que se emborrachó.

No recordaba haber llegado a casa por sus propios medios. Londonderry. Sí, su amigo Bastian estaba en White's y recordaba que lo había ayudado a subir al carruaje.

Todo el mundo estaba en contra de Lisbeth. Incluso su mejor amigo la desaprobaba. No la conocían como él. Ella no era mala, sencillamente se había convertido en una mujer dura. Se amaban y ahora él había traicionado su confianza.

April. Esa muchacha tendría que comprender la elección que había hecho. Le daría una vida cómoda, su apellido, título y protección. Nada más podría obtener de él. Había sido claro cuando le dijo que su amor estaba comprometido en otra parte. No quiso ser brusco cuando hizo la confesión, pero fue necesario porque la muchacha debía comprenderlo. Luego, cuando se vio en el despacho

de su padre… No sabía lo que había sucedido ahí. Todo se descontroló.

Una cita con otro hombre, había dicho ella. ¿A quién quería engañar? No a él. Ya sospechaba que la pelirroja no era indiferente a sus encantos. Todo se confirmó cuando la sostuvo entre sus brazos en aquel baile. Y por si aún quedaba alguna duda al respecto, el beso selló su pasión por él. Lo que sucedió en el Legancy… Alexander tenía que confesar que nunca estuvo al tanto de su identidad. Incluso se sentía culpable, porque esa pelirroja le recordaba demasiado a April y de ahí que la hubiese querido seducir. Creyó que sería una mujer de dudosa reputación y mundana. Cuando vio a señor Swift a cara descubierta supo que la mujer a la que trataba de proteger era la señorita Sunne.

Ella era incendiaria, tanto como sus inocentes besos y caricias. La había subestimado y de ahí que cuando le dio ese beso en el despacho no hubiese podido despegarse de ella. Era curioso, porque se creía enamorado de Lisbeth, pero April le provoca ciertas sensaciones que… No. Eso no podía ser. Había comprometido sus atenciones y afectos con otra mujer, y su madre tenía razón porque era momento de ser un hombre de honor. Ese honor le correspondía a Lisbeth y le había fallado estrepitosamente. No tenía la menor idea de cómo iba a arreglar todo el estropicio.

No podía desentenderse de April. No lo hizo por su padre, por el señor Sunne, que se vio fiero. Sencillamente, no deseaba causarle tanta deshonra. Tampoco debía fallarle a Lisbeth.

Tal vez podría casarse con ella y, posteriormente, pasados unos años, pedir la nulidad. Si el viejo Montgomery aguantase unos años más…

Y en caso de que el viejo expiase, mientras durase el matrimonio, podía llevarse a su amante a recorrer el mundo. No veía una salida clara. No amaba a April y creía que nunca podría hacerlo, porque era demasiado diferente de Lisbeth. No solo en su apariencia física. Era también su carácter. Su amante era enérgica, dura, radiante, sin temor a nada. April era todo lo contrario. Demasiado delicada y

dulce para su agrado. Pero esa ternura en sus gestos, en sus palabras y toques lo desestabilizaba demasiado.

La cabeza le dio una punzada de dolor. Debería comenzar a beber menos, se dijo a sí mismo. Unos golpes en la puerta lo sacaron de sus pensamientos.

—Adelante —creyó que sería alguna sirvienta que vendría a adecentar la habitación.

Alexander divisó el color rojo y supo que la que había ingresado no era una doncella. April, con un precioso vestido de muselina rosa claro, había entrado en su habitación y llevaba un paquete de dimensiones considerables envuelto en papel en su mano derecha.

—Bueno días, Alex —lo saludó April con cierta timidez. El lacayo le había abierto la puerta y, al ver que no había nadie más, se sintió tan audaz que buscó la habitación de él para poder verlo.

—Me pareció que ayer dejaste muy claro que yo no era de tu agrado —expuso con seriedad—. No deberías estar aquí.

April lo sintió duro. Se armó de paciencia.

—Sé muy bien lo que dije, Alex. Pero eso sucedió antes de que nos comprometiésemos en matrimonio. Supongo que ambos debemos comenzar a habituarnos a… —No supo cómo seguir.

—Las nuevas circunstancias —la ayudó él.

—Sí. Uhm… —Estaba tremendamente nerviosa, tanto que no había soltado el paquete y le costaba mirarlo a los ojos. Entre otras cosas, porque la bata que él llevaba se veía muy fina y un poco de vello se asomaba de su perfecto torso desnudo. ¡Dios mío! Se encontraba en la habitación de él y sospechaba que bajo esa vestimenta él estaba desnudo.

—¿A qué has venido, April? —le dijo con cierto enfado. Se dio cuenta de que no era correcto volcar su ira sobre ella, porque la situación fue del todo un imprevisto y la amiga de su hermana no tenía la culpa de que los hubiesen sorprendido. Además, el que inició el beso fue él.

—Yo, creo que… —April se aclaró la voz—. Te he traído un presente. —La pelirroja movió el paquete para mostrarlo, por si él

todavía no lo había visto.

Alexander abrió los ojos con sorpresa. Nunca nadie le había dado un regalo. Bien, solo sus padres por Navidad. Eso se sintió extremadamente novedoso.

—¿Es para mí? —inquirió como un niño. April se sonrió. Alexander no era cruel. Sencillamente, nadie le había enseñado lo que él era capaz de lograr. Había estado demasiados años bajo los efectos de esa odiosa mujer a la que comenzaba a aborrecer con todas sus fuerzas. Después de lo que el señor Swift le había dicho, empezaba a pensar que ella sí podía llegar a salvarlo.

La muchacha le dio el paquete y él comenzó a desenvolverlo con ansia. Cuando quedó totalmente descubierto, vio un precioso retrato de él. El estilo era realista y lo mostraba sereno, elegante y lleno de alegría en sus facciones.

Inició el retrato hacía años, pero lo había terminado hacía unas semanas. April disfrutaba mucho de pintar. Era su pasión y su padre decía que tenía muchísimo talento.

—¿Te gusta? —quiso averiguar pasados unos minutos, al ver que él lo miraba con fijación sin decir nada.

—¿Quién lo ha hecho? —preguntó asombrado por la belleza del dibujo.

—Yo. Le regalé uno a Ruth Anne cuando se casó y haré otro para Margot cuando también se case. Si no te gusta… puedo hacer otro —dijo con cautela al ver que él seguía mirándolo tremendamente serio.

—¡No! —exclamó con brusquedad. Ella se sobresaltó—. Es perfecto —señaló embelesado por las pinceladas y el conjunto. Estaba sobre un caballo, con un paisaje detrás—. ¿Cuándo….?

—Te vi —contestó ella adivinando la pregunta que él iba a formular—. Era un día gris. Estaba a punto de llover y subiste a tu caballo porque decías que un poco de agua no iba a evitar que hicieras lo que tanto te gustaba. Me pareciste valiente, porque justo en ese momento se oyó un fuerte trueno. —Ella le ofreció una

sonrisa mientras llegaba hasta su lado. Los dos se miraron a los ojos en un instante del todo íntimo.

—April, yo… Creo que no lo merezco… —No deseaba partirle el corazón, pero…

—Es lo menos que puedo hacer después de tu obsequio. —April le guiñó un ojo.

—¿Obsequio? —inquirió con el ceño fruncido.

—Vamos, no seas modesto. El juego de diamantes que ha llegado a casa con tu nota… Confieso que nunca pensé que fueses tan detallista. Aplacaste la ira de papá ante esa muestra de excentricidad. Es un regalo fabuloso, Alex. —April se acercó para darle un beso en la mejilla. Alexander torció el gesto en una mueca de disgusto. Ella lo vio pero decidió no hacer caso—. Deseo que tengamos una oportunidad. Llevo mucho tiempo deseando un esposo y nunca creí que pudieras ser tú. —Sus mejillas estaban teñidas, pero era momento de ser sincera—. El destino nos ha unido y debemos intentar ser felices. —Ella lo deseaba con todas sus fuerzas.

—April —él se apartó de su lado y dejó el lienzo a un lado—, estoy enamorado de otra mujer. Yo no puedo…

—Pero vamos a casarnos —dijo ella como si eso lo solucionase todo.

—Eso no cambia nada, April. Tendremos vidas separadas.

April sintió sus rodillas flaquear.

—No quiero un matrimonio de conveniencia, Alex.

—Es lo único que puedo ofrecerte. Lo siento.

No entendía nada.

—¿Y los diamantes? —April lo había interpretado como una prueba de… de… ¡Valían una fortuna, tenían que significar algo!

Alexander apartó la mirada.

—Lo siento.

April cerró los ojos mientras su corazón se volvía a partir en dos.

—Comprendo. Supongo que les tendré que hacer un retrato a tus padres. —April intuía que los duques de Cass habían estado detrás

de aquel gesto.

—No puedo darte lo que ansías. No puedo…

Ella cabeceó. Suspiró con fuerza.

—Vamos a casarnos, Alexander, solo te pido que no me humilles más de lo necesario y que seas… discreto en tus… cuestiones. —Parpadeó varias veces para tratar de no derramar las lágrimas.

La pelirroja se encaminó hacia la puerta completamente derrotada. Alexander consideró que era momento de aclarar algunas cosas.

—April, nos casaremos mañana. Puedes ocupar cualquiera de las propiedades que elijas.

—¿Dónde vivirás tú? —preguntó sin soltar el pomo de la puerta ni girarse.

—Probablemente me vaya de Inglaterra durante una buena temporada.

No hizo falta que dijera con quién iba a marcharse.

—Me abandonas —señaló sin ser consciente de que lo había dicho en alto.

—Es lo mejor. Si me quedara sufrirías más. Me hubiera gustado que las cosas fuesen de otra manera. Lo lamento mucho.

Sola. La dejaría sola. Casada pero sin él. Sin su esposo a su lado.

—¿Y si rompemos el compromiso? —susurró de nuevo. No estaba segura de poder soportar lo que se avecinaba.

—Nadie sabrá que me marché con ella. Mi padre dirá que estoy en un viaje de negocios —April rodó los ojos. Claro, todo el mundo sabía que él era un hombre de provecho. Todo Londres sabría que la había abandonado en cuanto él pusiera un pie en un barco—. Es del todo imposible que podamos romper el compromiso ahora mismo. Tal vez con el paso de los años podamos pedir la nulidad. No ahora. La reputación de nuestras familias también está en juego, April. Nos guste o no, debemos casarnos. —Justo en ese momento comprendía la gravedad de no hacer lo que habían anunciado a toda la sociedad. Lo que debían hacer. Si el escándalo no finalizaba con un matrimonio, los padres de ambos verían reducidas sus invitaciones a

ciertos eventos, incluso los negocios del señor Sunne podrían verse afectados. Su padre, Cass, era un duque, pero incluso un hombre de tan alto rango no estaría fuera de los chismes y rumores.

—Muy bien. —Dios la ayudase porque nadie más podría hacerlo—. En cuanto nos casemos partiré de inmediato al campo.

—La finca del condado de Albans no está en sus mejores momentos, April. Tal vez deberías quedarte en la ciudad. —Él no había tenido tiempo ni necesidad de ocuparse de su remodelación.

—No importa —continuaba de espaldas y sus lágrimas habían comenzado a derramarse—. Puedo vivir allí por unos pocos años…

Albans se acercó a ella. No le habían pasado desapercibidas las respiraciones entrecortadas. April estaba llorando.

Puso su mano en su hombro.

—Lisbeth llegó primero a mi vida, lo siento. —Trató de consolarla. Eso la hundió más todavía.

—Sé feliz, Alex.

April salió de la habitación sin apenas hacer ruido. Bajó por las escaleras secándose las lágrimas. La duquesa de Cass se encontró con ella cuando la pelirroja descendió el último escalón.

—April…

—Excelencia, buenos días. —La muchacha pasó por su lado para irse de la casa. Anne la sujetó por el brazo.

—¿Qué ha pasado? —Los ojos los veía rojos.

—Su plan para casarnos ha funcionado, duquesa. Lord Albans me ha informado de que la boda será mañana por la mañana.

—Sí. Cass ya tiene la licencia, haremos una ceremonia muy sencilla. Solo la familia. Pero será hermosa, te lo prometo.

—Le dije que no deseaba atraparlo. Se lo dije, excelencia. —April trataba de controlar su ira, su pena… No estaba surtiendo efecto.

—April… Yo no hice nada. Lo prometo. Puedes lograr tener un matrimonio feliz. Solo inténtalo.

April sonrió con amargura.

—Lo haré. —No deseaba darle un disgusto. Se marchó por la puerta mientras que la duquesa de Cass la llamaba con insistencia.

April salió a la calle y vagó sin rumbo fijo. Cuando fue consciente de que no sabía dónde se encontraba… Demasiado tarde. Un hombre se había parado delante de ella y llevaba un cuchillo en la mano. Hablaba con una dicción tan cerrada que no entendía lo que le estaba pidiendo. Se asustó y trato de correr. Al darse la vuelta, se dio contra un torso duro y unos brazos la aprisionaron.

—Por favor, no me haga daño —gritó April llena de pánico.

El hombre la dejó a un lado y le dio un puñetazo al otro que llevaba el arma. La muchacha, apoyada sobre una fría pared, vio la escena asombrada.

—¿Lord Londonderry? —habló April, todavía con el temblor vacilando en sus palabras.

—Señorita Sunne, una vez supuse que era usted la más sensata de sus amigas. Erré. ¿Qué hace en esta parte de la ciudad sola? —la regañó con motivo.

April se derrumbó. Bien por la grave situación vivida con un atracador, bien por la pena que la embargaba por su próximo casamiento o por… Sea como fuere, April se puso a llorar sin consuelo. Londonderry maldijo en silencio mientras la abrazaba y le colocaba su propia capa negra para que nadie pudiera verle el rostro. La llevó hasta el interior del carruaje y la acomodó.

—Lo siento. He perdido la compostura. —April consiguió hablar cuando la pena dejó de ser penetrante.

—Es del todo lógico que se haya asustado. No se lamente. ¿Qué la ha traído aquí, señorita Sunne?

—No lo sé. Estaba andando… No entiendo cómo me alejé tanto… —respondió con sinceridad.

—Su prometido no estará contento si descubre que algo malo le sucede, señorita.

Ella se puso a llorar de nuevo. El recuerdo de Alexander le hizo volver a recordar el dolor que la asfixiaba.

Londonderry saltó de su asiento y se colocó a su lado. Pasó un brazo por los hombros de ella para arroparla.

—Mi prometido no creo que se entristeciera si yo muriese a manos de un indeseable —seguro que él no lo haría.

—No diga eso. Creo que es usted lo mejor que le ha podido pasar a Albans. Todos los que lo apreciamos habíamos perdido la esperanza de que entrase en razón. El compromiso que ha salido publicado hoy en los periódicos… ¡Es una gran noticia!

April trató de serenarse. Pasaron unos minutos antes de que lo consiguiera.

—Es todo una farsa. Él se marchará en cuanto nos casemos. Se irá con ella —confesó con vergüenza. Necesitaba a un confidente. El mejor amigo de Alex la había salvado y ella precisaba alivio.

—¡No puede ser verdad! —Londonderry se enfadó mucho.

—Lo es. Él mismo me lo ha dicho.

—Pero será su esposa, señorita. El duque no consentirá que Albans la humille.

—Piensa irse. Me quedaré en el campo. No sé qué hacer.

—Tiene que luchar. Luche con todas sus fuerzas —recomendó con seriedad. April salió de su abrazo.

—Es imposible. Él la ama. No puedo competir contra eso.

—Sí puede y debe hacerlo. La condesa de Montgomery no es una buena mujer. Albans está equivocado con respecto a ella y alguien debe demostrárselo.

—¿Cómo? —inquirió con esperanza mientras lo miraba a los ojos.

—¿Lo ama? ¿Usted lo ama, señorita Sunne? —preguntó con seriedad. Ella desvió la mirada avergonzada.

—Con todo mi corazón.

—Entonces tiene que escucharlo por sí misma. —Londonderry dio instrucciones a su cochero y se detuvieron a las puertas de un elegante edificio. El marqués había tratado de abrirle los ojos y no pudo. Tal vez esa muchacha pudiera hacerlo. Bastian conocía muy bien el carácter de su mejor amigo. Pese a que estaban tremendamente enemistados por la necedad de Alexander, deseaba su bien. Si Albans se había comprometido con esa mujer que estaba a su lado, era porque el conde lo había consentido. Alexander nunca

hacía nada que no desease hacer. Leer la noticia fue una esperanza más que bienvenida. Podría haber luz después de la tormenta. Londonderry así lo esperaba.

April no comprendió nada, aun así se dejó llevar por él hasta el interior de un lugar en el que abundaban los hombres. El marqués no le permitió quitarse la capucha y le dijo que no hablase en ningún momento.

Se cruzaron con un hombre en el trayecto. Bastian la colocó a su espalda. El desconocido lo saludó con humor.

—Londonderry, veo que has pasado una mañana agradable. ¿Es nueva? —preguntó al tiempo que divisaba las faldas bajo esa capa negra que la mujer llevaba.

—Ross, justo el hombre al que deseaba ver —saludó el marqués al duque de Ross. Eso sí era una suerte. Creyó que le costaría más cruzarse con él.

—¿A mí? —se sorprendió—. ¿Acaso estás dispuesto a compartir esa linda perlita que escondes tras de ti? —April se dijo que era toda una suerte que el marqués tuviera una espalda tan ancha y larga. Era un hombre inmenso.

—¿No te basta con las atenciones de *lady* Montgomery? Albans dice que es una diosa. Creo que el señor Kill opina lo mismo, incluso el conde de Shold es de esa opinión.

—Por supuesto que lo es —respondió con una carcajada—. Podrías probarla por ti mismo. Con los que tienen un rango superior ella se porta mucho mejor. Creo que tiene la esperanza de convertirse en algo más que condesa.

—¿En tu duquesa?

La carcajada se repitió por parte del duque de Ross.

—Uno no se casa con sus amantes, Londonderry. Albans parece ser el único que no lo entiende. Hazme caso. Debes probarla. Nunca he conocido a una zorra tan buena. —El duque de Ross se acercó al oído de Bastian en un claro intento por ver el rostro de la mujer que él ocultaba. El marqués se cruzó en su camino para evitar que la viese. Ross se enfadó por no lograr su cometido, pero le confesó—:

Le gusta mucho que la sodomicen. Si nunca has probado eso, debes ir en su busca, te aseguro que es una gozada ver lo apretada que ella está por detrás, porque delante ya sabes que… —nuevamente se rio—. Demasiado abierta… Te dejará hacerlo si le dices que buscas esposa y que eres un marqués.

El marqués maldijo en su interior esperando que la señorita Sunne no hubiera oído eso último.

—No me hace falta ir tras una mujer tan usada, Ross. Tengo mis propias… amantes.

—Ya veo —dijo mientras veía un mechón de pelo rojo—. Las pelirrojas están de moda. Cuando te aburras, dile dónde puede encontrarme. Soy un hombre muy generoso y dispuesto.

—Lo haré —dijo Bastian mientras se encaminaba hacia la puerta con ella detrás.

—Por cierto, Londonderry, felicita a Albans de mi parte. Es una suerte que al final se haya salvado. Sinceramente, creí que acabaría casado con ella. ¿Quién es la prometida? Tal vez le haga una visita, nos gusta el mismo tipo de mujeres…

April se envaró. Londonderry lo percibió a su espalda.

—La señorita Sunne me parece que no te admitiría, Ross. Es una muchacha demasiado enamorada y decente.

Ross, lejos de enfadarse por el insulto vertido, se volvió a carcajear.

—Esas son las mejores, amigo mío. Corromperlas es una delicia —fue diciendo mientras se adentraba en el salón principal en busca una nueva actividad en la que ocupar su tiempo.

Londonderry y April regresaron al carruaje. Ella estaba sin poder hablar. El marqués se encontraba satisfecho con la sucesión de los hechos.

—¿Lo comprende ahora, señorita Sunne? —Quiso averiguar con delicadeza si era consciente de la situación de su mejor amigo.

—El señor Swift me dijo que la amante de mi prometido era peligrosa. No creí que… —¡Era mucho peor de lo que imaginó!

—Yo intenté que comprendiera la verdadera naturaleza de ella. Alexander no quiso creerme.

—¿Y qué le hace suponer que me creerá a mí?

—Usted va a casarse con él. Lléveselo al campo, donde ella no pueda extender sus tentáculos —le sugirió con la esperanza de que fuese capaz de lograrlo.

—Soy una mujer. No tengo poder sobre él.

—Será su esposa. Él le debe respeto y cierta obediencia.

—¿Obediencia? ¿Conoce a algún hombre cuya mujer tenga poder sobre él?

—Muchos. De hecho estuve, al igual que usted, en la boda de su buena amiga *lady* Ruth Anne. ¿Cree que el esposo de su amiga no haría lo que ella le pidiera?

Era verdad que aquella boda fue algo del todo interesante y desconcertante.

—El esposo de mi amiga está enamorado de ella.

—Haga que su hombre se enamore de usted —dijo como quien dice que el sol ha salido.

—Claro. ¿Cómo no se me había ocurrido? —ironizó.

Londonderry se molestó por la respuesta. No le gustaba la condescendencia porque de eso estaba teniendo demasiado por parte de su otra amiga.

—Sedúzcalo.

April abrió los ojos como platos. Hubo un momento de silencio.

—No es tan fácil. Me caso mañana y… —dijo con los dientes apretados mientras miraba por la ventana del carruaje.

—Se casa mañana. Su noche de bodas debería ser… Ya me entiende. —Era una conversación incómoda. Por el bien de Albans esperaba que ese aprieto mereciera la pena, porque de otro modo…

—Soy una muchacha inocente. No tengo conocimientos sobre… —Era la conversación más bochornosa producida nunca. Bueno, la que había compartido con Alex hacía pocas horas también fue descorazonadora.

—Comprendo. —¡Todo lo que estaba haciendo por su amigo esperaba que le fuese recompensado!—. Yo creo que lo que debe hacer es ser… audaz. Sí. Sea atrevida y no tenga pudor cuando su esposo entre en su habitación para… para… para… —¡Esto era un infierno!

—¿Consumar el matrimonio? —Era un consuelo que Londonderry estuviese tan mortificado como ella misma.

—Sí. Ya ha oído que la… la… la… —Se dijo que las cosas debían ser llamadas por su nombre—. La amante de su esposo es una mujer muy decidida. Deberá demostrar que las atenciones de su esposo no le disgustan. Incluso debería recompensarlas con… con… con… —¡Dios santo! Algo malo había hecho en otra vida. ¿Por qué se encontraba dando clases de seducción a la futura esposa de su mejor amigo? —Bien. Tengo que ser claro, y no pretendo herir su sensibilidad. Mañana estará casada con Albans. Le ofrezco mis consejos porque usted ama a mi mejor amigo y yo no puedo dejar que él cometa un error.

Ambos estaban igual de azorados.

—De acuerdo. Proceda. Le prometo que trataré de no incomodarme. —La situación era sobradamente incómoda, pero había en juego demasiado como para andarse con remilgos.

—No se desmaye tampoco cuando me oiga —le aconsejó. No estaba seguro de que ella no fuese débil.

—De acuerdo. —April se preparó para escuchar lo peor.

Londonderry tomó aire para decir lo que debía de carrerilla o no lo haría jamás.

—Bese, gima, lama, toque, explore y disfrute de todo lo que haya en el cuerpo de su esposo. —Lo dijo tan rápido que se quedó asombrado de sí mismo.

—¡Vaya! —¿Lamer? Interesante. April lo estaba mirando con los ojos como platos. Completamente roja, pero con suma curiosidad.

—Del mismo modo, permita que él bese, gima, lama, toque, explore y disfrute del cuerpo de su esposa.

«¿Lamerla a ella?», se preguntó April con curiosidad. Eso se veía del todo interesante. Tomó buena nota mental de lo dicho. Hubo un silencio demasiado intenso e incómodo entre ambos. Ella carraspeó.

—¿A-algo… m-más…? —tartamudeó.

—No llore. Pase lo que pase, haga lo que haga su esposo, no llore. Sobre todo cuando él ponga sus manos sobre usted. —Tenía unos cuantos amigos recién casados que cuando fueron al lecho con sus esposas, éstas lloraron cuando ellos quisieron consumar el matrimonio.

—¿Por qué habría de llorar? —Eso no lo comprendía del todo.

—Verá. Habrá un punto en el que sea incómodo que él… que él… —Era un infierno maldito instruir a una mujer virginal. Bien. Había llegado demasiado lejos y no dejaría el asunto hasta el final—. En el acto carnal, él introducirá cierta parte de su anatomía dentro de usted. Será doloroso, pero le aconsejo estar preparada. Intente ser fuerte. Albans es un experto en… —Se dio cuenta de que no debió haber dicho eso en cuanto ella suspiró con pesar—. Lo que trato de decir es que él sabrá hacerlo bien para que usted… —Londonderry tomó aire—. Solo disfrute y recuerde lo que le he dicho. Lama, acaricie, toque, gima y explore. Sea decidida. No hay más.

Un nuevo silencio se instauró en el interior del carruaje. April volvió a carraspear.

—No sé si podré hacerlo… —Lo veía todo muy complicado.

—Él la sabrá guiar. Señorita Sunne, si permite que su cuerpo tome el mando será más fácil. Ríndase a sus deseos más íntimos. Después de todo, Londres sabe que los sorprendieron en una actitud muy comprometida… —dijo en tono socarrón.

—Fue un beso —explicó muy flojo.

—¿Desnudos? —quiso saciar su curiosidad. Tal vez Albans sí tuviera una oportunidad muy esperanzadora.

—No. La gente inventa cosas a su antojo. —A partir de ahora pondría más atención en no creer todo lo que oyese.

—Uhm. Bueno, no importa. Siga mis recomendaciones y todo irá bien—. En verdad lo esperaba.

—Ajá —señaló ella mientras su mente pensaba en otra cosa.

—¿Qué le ronda la cabeza, señorita Sunne? —cuestionó al verla morderse el labio inferior.

—¿Qué es sodo…? Ese hombre, el duque de Ross, dijo algo sobre sodo… No recuerdo el término exacto. Pero habló de estrechez en una parte… y de abertura de… ¿Delante? No entendí nada.

—Eso, querida señorita Sunne, tendrá que explicárselo su esposo, e intuyo que estará encantado de instruirla. Pídaselo en su noche de bodas. —Le tocó a Londonderry reírse. April lo miró con el ceño fruncido sin comprender nada, pero intuía que era algo del todo íntimo e inapropiado.

En ese momento el carruaje se detuvo y ella bajó de allí sintiéndose algo más ligera. Londonderry la había animado bastante. Esperaba poder ser valiente y lograr alejar a su esposo de la otra mujer. *Lady* Montgomery no merecía su compasión. ¡Era malvada!

***

Iba a casarse. April Sunne, la humilde hija de un rico comerciante que había subido cada año la cifra de su dote sin que nadie hubiese reparado en ella, estaba delante de un ministro de Dios recitando sus votos junto a un conde. Condesa de Albans.

Los padres de ambos eran los únicos testigos que había. El escándalo debía solventarse de manera discreta y rápida. La duquesa de Cass había decorado la casa con elegancia. Había muchas flores y a buen seguro el desayuno nupcial sería un auténtico banquete. Todo íntimo.

Desde los cinco años soñó con ese día. El momento en el que declararía su amor a su esposo. Los sueños rara vez se cumplían, pero nunca nadie podría arrebatárselos. April esperaba que la vida la recompensase de alguna forma. No estaba teniendo la boda con la

que soñó, pero sí al hombre con el que fantaseó. Una boda sencilla sería un precio pequeño si todo conseguía salir bien.

Su felicidad y la de su ya esposo estaban en juego. Alexander se acercó a ella para darle un beso en los labios cuando el ministro de Dios terminó la ceremonia.

—Te amo, Alex, muchísimo —confesó sin esperar la confesión de vuelta. Entonces, April recordó las palabras de Londonderry y decidió ser atrevida. Y para ello olvidó que no estaban solos. Respondió al suave roce de Alexander con ímpetu, obligándolo a ceder ante la lengua femenina que deseaba colarse en la cavidad de él. Se sorprendió tanto que no pudo impedir el gesto de su esposa.

La duquesa de Cass se limpió una lágrima de dicha del ojo izquierdo. Su hijo estaba en buenas manos. Respiró con alivio.

El duque se mostraba sonriente. Su esposa era feliz y su hijo contaba con una buena muchacha. Sus tres hijos casados al fin.

La señora Sunne aplaudió contenta. Una condesa. April se acababa de convertir en una mujer importarte.

El señor Sunne estaba pensando en nombres. No para sus nietos, estaba pensando en el nombre del hombre que podría contratar en caso de que su nuevo hijo disgustase a su pequeña. Sí. El señor Whithespoint era hábil dando golpes con sus puños. Hablaría con él si hubiera necesidad. Ese bonito rostro que el muchacho de Cass exhibía quedaría bien si se teñía de morado, porque como él hiciera llorar a su niña…

Los padres de ambos comenzaron a ir hacia el comedor para disfrutar de la comida.

—April, no hagas esas cosas —dijo Alexander mientras se colocaba bien el pantalón para que su erección no fuese evidente. ¿Por qué un simple beso de ella se sentía como el fuego que desprendía su pelo?

—Eres mi esposo —le recordó con convicción.

—Sabes que no es…

La frase fue interrumpida por varios gritos femeninos que provenían del recibidor. El conde reconoció la voz. Se dispuso a ir en

dirección a la fiera antes de que ella cometiese una barbaridad.

April le siguió la estela a Alex.

—Eres un vil traidor, Alexander Nording. ¡Me has engañado! Prometiste que te casarías conmigo y has faltado a tu palabra. Eres como el resto —gritaba hecha una furia Lisbeth, al tiempo que le daba puñetazos en su pecho con sus delicadas manos. Albans trataba de aplacarla.

—Lisbeth, por favor, cálmate. Llevo buscándote desde ayer para explicarte que esto no será un…

—¿Qué es esto? —El señor Sunne llegó raudo para colocarse junto a su hija—. ¿Te atreves a traer a tu amante a tu boda, Albans? —inquirió indignado el comerciante—. Debería haberte matado la otra noche —señaló con furia.

—Tú —la condesa de Montgomery enfocó sus ojos con los de April—, pequeña codiciosa. Desde que te vi en el Club Legancy retozando con mi hombre supe que lo deseabas. ¡Te mataré! —Lisbeth tuvo que ser sujetada por Albans con más fuerza para que no se cebase con la recién estrenada esposa.

El padre de la muchacha se ladeó para mirarla con horror. La pelirroja se encaró ante la amante de su esposo. Sabía que su padre estaba dolido, pero no tenía caso ya remover el pasado.

—¿Yo? —se envalentonó April—. No soy yo la que anda recorriendo las alcobas del duque de Ross, del señor Kill o del conde de Shold, incluida la cama de mi *esposo.* —La pelirroja arrastró la última palabra esperando hacerle daño. El señor Sunne se quedó con la boca abierta. ¿Su hija acababa de hacerle frente a esa mujer y había dicho lo que él había oído? Una extraña sensación de orgullo le recorrió el cuerpo… hasta que recordó que la amante de Albans había dicho que su pequeña había estado íntimamente con él. Ya ajustaría cuentas con el esposo de April… Ya…

—¡Alexander! Suéltame para que pueda matarla —demandó Lisbeth.

—Vamos, Lisbeth… —El conde seguía luchando con ella—. Es hora de marcharnos.

—¿Marcharnos? ¿Vas a dejar que la insípida hija de un comerciante me insulte? —preguntó con suma indignación.

El conde no contestó y la sacó de la casa. April voló hasta la ventana más próxima para ver lo que él hacía. Lo observó meterla en el carruaje que la había traído hasta la casa y meterse con ella en el habitáculo. April se quedó con la boca abierta. Apoyó la cara sobre el frío cristal. La duquesa de Cass estaba detrás de ella sujetándola por los hombros. Su madre permanecía en el umbral del acceso al salón principal sin creer lo que había presenciado.

—¿Cass? —El señor Sunne usó el título del duque para formular una pregunta que implicaba muchas cosas.

—Mi hijo regresará en un momento… —No tenía excusa posible para defender la nueva huida de Alexander.

—¿Recuerdas al señor Perthonne? —preguntó al duque el señor Sunne mientras se colocaba a su lado.

—Sí. Fue el hombre que le cortó dos dedos a aquél que trató de atracarme y me dio unos cuantos puñetazos.

—Sí. Le cortó dos dedos porque era la tercera vez que pescaba a aquel rufián tratando de robar a un noble. El señor Perthonne regenta un importante club y no necesita que en su zona haya mala calaña.

—¿Qué insinúas, Sunne? —Lo obligó a contestar con verdadera seriedad en el tono de voz.

—¿Le tiene mucho aprecio tu hijo a sus dedos? —La cara del padre de April era serena, tanto que Cass palideció.

—No te atreverás…

—No —dijo el comerciante.

—Gracias a Dios —se relajó el duque.

—Haré que le rebanen un apéndice que echará mucho más en falta. —Estaba tan enfadado que sería capaz de cualquier cosa. Cass lo sabía.

—¡Sunne! No puedes amenazar a mi hijo de esa manera. ¡Soy su padre!

Los dos hombres se midieron las miradas.

—Nos vamos —ordenó mirando a su hija—. Haz que los lacayos vuelvan a traer tus cosas al carruaje. No creo que hayan comenzado a deshacer tus baúles. Esto se ha acabado. He tolerado ya demasiado este capricho, April. Ese necio no te merece y por Dios que no me quedaré quieto viéndote sufrir por él.

—April… —susurró la duquesa que seguía sujetando a la muchacha por los hombros.

La pelirroja, que estaba frente a su padre, decidió que era momento de apostar todo o nada.

—No puedo irme. No así, padre. Sus intenciones son buenas y le agradezco su preocupación. Es mi esposo. Debo ser paciente. —Eso no evitaba que se sintiera miserable, humillada, abandonada y… derrotada.

—¡No puedes estar hablando en serio! —Sunne palideció ante la confesión.

—Él se dará cuenta. Sé que verá la verdadera naturaleza de la mujer que cree amar. Mi madre nunca se rindió con usted. El duque de Cass tampoco con su esposa. Debo intentarlo al menos.

—¿Te deshonró? —inquirió con los puños apretados—. Ha hablado de un club. Esa mujer dijo que tú y él… —April bajó la mirada avergonzada. No llegaron hasta el final, pero sí que hubo deshonra en el acto tan íntimo que compartieron. Sus zonas sensibles estuvieron en contacto.

El señor Sunne respiró y contó hasta tres. Trató de llegar hasta diez. No lo consiguió. Su paciencia estaba al límite.

—Por favor, padre… —susurró a modo de súplica sincera.

—No sigas, April. No sigas, porque él no te merece. No lo hará nunca —dijo mientras le acariciaba las mejillas húmedas.

—Debo intentarlo. Mi felicidad y la suya dependen de que no lo abandone. Debe comprenderme. —April colocó su mano sobre la de su padre, que seguía apoyada en su rostro.

El padre comprendió que era del todo inútil tratar de convencer a su hija.

—Está bajo tu cuidado, Cass —dijo sin girarse a mirar al duque.

—No permitiré que nada malo le suceda. —Las palabras dichas por el duque se sintieron como una promesa.

—Si me necesitas —le decía a su hija— envía una nota y te mandaré tus refuerzos. —El señor Sunne salió por la puerta principal seguido de cerca por su esposa, quien previamente le había dado un beso en la mejilla a su hija. La señora Sunne no era capaz de componer una palabra entendible. Estaba alterada y muy desconcertada.

April no había entendido la alusión de su padre, pero sabía que si requería ayuda solo debía mandar una carta a casa.

Se quedaron solos los duques y ella. La duquesa de Cass la guio hasta la salita más cercana y pidió té para sosegar los nervios.

—Lo siento mucho, April. Debí haber previsto que esa mujer hiciera lo que ha hecho.

—Mi esposo se ha marchado con ella, excelencia. Él no es menos culpable. No trate de excusarlo. —Estaba furiosa.

—No lo hago. Mi hijo no debió haberte… —Cesó en sus palabras.

—Abandonado —terminó ella la oración.

Las dos mujeres comenzaron así a conversar en un ambiente cargado de tensión.

***

En otra parte, la cosa no era menos inquietante. *Lady* Montgomery estaba aferrada al abrazo de Alexander llorando desconsolada.

—¿Por qué? ¿Por qué me has traicionado de esta manera? Dijiste que me amabas. Me lo dijiste, mi amor… Te has casado con ella… —No se lo podía creer. La puerta que nunca creyó que se cerraría se acababa de cerrar por completo.

—Lisbeth —le acariciaba el pelo tratando de consolarla—. No he tenido opción. Sucedió algo que ni April ni yo pudimos… —La

condesa salió de su abrazo.

—¿April? ¿La llamas por su nombre de pila? —«¿Cuándo había perdido el control sobre él?», se estaba preguntando incrédula la dama.

—Es mi esposa, Lisbeth —expuso con sencillez.

—¿Y qué soy yo, Alexander? ¿Qué soy para ti?

—Ya lo sabes. Eres la mujer que amo. Soy tuyo desde hace demasiados años. Me tienes, lo sabes, y no permites que me vaya. A veces creo que eres cruel, mi amor. —Ella lo había mantenido demasiado sobre la cuerda floja. Alexander estaba cansado de tener que seguir ese juego en el que ella había dictado las reglas.

—¿Yo? ¿Me llamas cruel cuando has sido tú el que se ha casado con ella? —Lisbeth no reconocía a Alexander en estos momentos.

—No podía hacer otra cosa. Debes comprenderlo. —Albans se sentía dividido entre dos voluntades, entre dos obligaciones, entre dos sentimientos encontrados completamente apuestos.

—¿Dónde queda nuestro amor, Alexander?

Él suspiró. No podía negar que se sentía muy receptivo con April. Tampoco que sentía cierta posesividad con su recién estrenada esposa, pero Lisbeth había llegado antes. Le debía su apoyo. Su lealtad.

—Nos iremos juntos. April sabe que voy a marcharme contigo lejos y que cuando regrese…

—¿Me tendré que contentar con ser siempre tu amante?

—Es curioso que digas eso, más cuando llevo muchos años recomendándote que abandonases a tu esposo. —Alexander no comprendía la demanda que ella le estaba haciendo.

—Bien sabes que mi único interés en soportar las atrocidades de mi esposo ha radicado en protegerte a ti. Si me hubiera marchado contigo, lord Montgomery habría enviado un séquito y Dios sabe lo que nos habría hecho. ¿Qué vamos a hacer? —inquirió descorazonada.

—Supongo que… Bien. Estaremos un tiempo viajando. Siempre dijiste que querías ver mundo. Iremos donde tú quieras. Luego,

regresaremos a Londres y pediré la nulidad. Entonces podremos casarnos.

Si ese era el plan original, ¿por qué le dolía pensar en la muchacha pelirroja que le había dado un gran beso delante de los padres de ambos? April no merecía que la tratase así, pero, ¿qué podía hacer? Se sentía atrapado entre dos mujeres.

—¿Y qué hay de las acusaciones que ha vertido tu nueva condesa sobre mí? Te has quedado callado. No me has defendido —dijo enfurruñada.

—No es la primera que alguien alude a Ross y a los demás hombres, Lisbeth. Comienzo a sospechar que tú… —Paró su exposición porque no deseaba pensar demasiado en la posibilidad de que algo así fuese cierto.

—¿Dudas de mí? —inquirió con asombro y enfado—. No he mirado a otro hombre mientras hemos estado juntos. Lo juro por mi honor, Alexander. Solo estás tú, mi amor. ¿En quién crees que pienso cuando mi esposo usa toda su furia sobre mí? Tú eres mi único consuelo. El único hombre que siempre me ha creído y apoyado. Por favor te lo ruego, no me falles. No ahora, Alexander

Albans respiró profundamente. Recordó los ojos de su esposa mientras vertía la acusación sobre su amante. Los rumores eran muy extensos y April sonó muy sincera. La mejor amiga de su hermana no era ninguna mentirosa. No sabía de dónde habría sacado esa información, pero April lo había mirado de aquel modo… Como rogando que la creyese.

—Lisbeth, ¿por qué te vinculan con esos hombres?

—¡Envidias! Esos hombres intentaron usurpar tu lugar en mi lecho. El rechazo los ha movido a calumniarme. No hay nadie más que tú. Te amo, mi vida. Sabes que es así. Mírame. —Albans lo hizo. Ella lloraba. Se veía tan sincera…

La condesa selló sus palabras con un beso profundo que hizo que él olvidase todas las recriminaciones. La acompañó hasta su casa y, cuando salieron del carruaje, un lacayo salió a recibirla a toda prisa.

—¡*Milady*, *milady*! Su esposo… ha muerto —dijo el sirviente enjuagando sus lágrimas, al tiempo que Alexander sentía el suelo bajo sus pies temblar.

La condesa miró a Albans con una expresión que él no supo descifrar porque nunca antes la había visto.

—Soy libre. Al fin soy libre. —Entró corriendo en la gran casa señorial y lo dejó con sus pensamientos.

El conde de Albans decidió regresar a casa dando un paseo para poder despejar su mente. Lo que habían estado esperando al fin sucedió. La mujer que amaba era libre de la tiranía y miseria de ese hombre. Lo que le había hecho a Lisbeth era despreciable. El viejo verdugo estaría pudriéndose en el infierno. El mundo sería un lugar mejor.

Los pensamientos se agolpaban en su cabeza. Podrían viajar a Boston. Allí las cosas eran muy civilizadas y él siempre había deseado viajar a los Estados Unidos de América. Tenía un viejo conocido de Eton que había ido allí a hacer fortuna. Lisbeth podría hacerse pasar por su esposa. Era cuestión de poco tiempo que al fin se casase con ella.

Entró por la preciosa puerta de la mansión de los duques de Cass con unas expectativas muy alentadoras. Ingresó en el despacho de su padre, pero el duque no estaba allí.

Oyó voces en la salita contigua. Se acercó. Su madre estaba hablando con April. Dio un paso para cruzar el umbral.

—Nunca debí tener la idea de tenderle una trampa a Alex. —El conde detuvo sus pasos y quedó parado al oír a April decir esto—. De verdad que lo amo y que estaba convencida de poder ser la solución al problema.

Albans entró en la habitación de inmediato. Se colocó delante de April y la miró con furia. Por un momento había estado apiadándose de ella. Incluso se sentía terriblemente culpable por lo que iba a provocar.

—He dejado a *lady* Montgomery en su casa. Su esposo acaba de fallecer.

La duquesa de Cass se tensó. ¿Cuánto habría oído su hijo? Esa misma pregunta se estaba haciendo la pelirroja.

—Alexander… —habló Anne. El hijo giró el rostro para enfocar la mirada de la duquesa.

—Madre, será mejor que mantenga la boca cerrada mientras hablo. No quisiera decir algo de lo que luego me pueda arrepentir.

—Pero debes saber que… —lo volvió a intentar la duquesa de Cass.

—¡Madre! —La duquesa calló ante el grito. La mirada del conde regresó a April—. Bien. La mujer a la que te confesé que amaba se acaba de quedar viuda. Llevo esperando lo que parece ser toda una vida para poder casarme con ella. No puedo hacerlo porque creí que te estaba salvando de un escándalo. A ti y a nuestras familias. —Los ojos de él se movieron hasta su madre—. Lo que no sabía era que estaba cayendo en una trampa. Debo felicitarte, *esposa* —arrastró la palabra—, has demostrado ser más inteligente que cualquier mujer que haya conocido antes. Casi logras engañarme. Por un instante tuve remordimientos cuando imaginé que me marcharía con mi amante lejos y te dejaría sola para enfrentarte a las habladurías.

—¡Alexander! —gritó la duquesa poniéndose de pie. No creía lo que oía. El conde no le prestó atención.

—Pediré la nulidad lo antes posible y me casaré con la mujer que *yo* —hizo especial hincapié en esa palabra— deseo.

April Sunne inspiró con fuerza. Se levantó de su asiento con la nariz muy arriba. Se irguió cuan alta era y lo miró sin temor. Desafiante. No iba a callar más. Ella era una Sunne. Su padre siempre decía que era demasiado parecida a él. Pues en estos momentos, el conde de Albans iba a comprobar esa afirmación en sus propias carnes.

—Debería darme las gracias, milord, porque le he salvado de un destino miserable. Su vida con una mujer como *lady* Montgomery habría sido su fin. Esa mujer tiene más amantes de los que usted puede contar con los dedos de ambas manos. —El tono de voz fue cortante. Duro. Sereno.

—¡Mentirosa! —gritó a escasos centímetros de su rostro. April no se amilanó. Era momento de que él supiera que no era una muchacha desamparada. Había tolerado demasiadas afrentas por su parte y su límite estaba llegando al punto de no retorno. April estaba viendo que sacrificarse por él no estaba resultando efectivo. No podía ayudarlo si no reaccionaba. Ella sola no podía hacer todo el trabajo. Su esposo debía poner de su parte.

—Londonderry ha tratado de abrirle los ojos, milord —no estaba dispuesta a abandonar el título de él—. Su padre y madre le han prevenido en reiteradas ocasiones. Yo misma le he confesado lo que sé. Y no miento. La condesa viuda de Montgomery —ella usó el nuevo título de la amante de su esposo— no es quien usted cree. En vez de mostrarse enfadado, debería darme las gracias, porque he hecho tantos sacrificios para salvarlo de usted mismo que ya no tengo fuerzas para continuar. Piense bien su siguiente paso, esposo, porque tal vez pierda todo lo que tiene, incluida a mí. Y le prometo que no habrá marcha atrás.

Como si de una gran reina se tratase, April Sunne, hija de un rico comerciante que se había hecho a sí mismo, demostró que por sus venas corría la misma sangre que su padre.

—¿Está contenta, madre? —preguntó a la duquesa, pues sospechaba que la encerrona que April le había hecho noches atrás no era una idea solo de la pelirroja.

—Debes saber que April no…

Estaba furioso por el modo en el que ella lo había desafiado.

—No siga. Mañana por la mañana pediré la nulidad. Lisbeth es la mujer que casi pierdo por su interferencia. Será mejor que se acostumbre a llamarla hija, porque le debo mi lealtad y mi amor a mi futura esposa.

La duquesa derramó lágrimas de tristeza. Todo había resultado ser inútil. April estaba hundida y su hijo se preparaba para echar por la borda su futuro. La duquesa se lanzó a su abrazo en medio de lloros.

—Te lo ruego, Alexander. No cometas semejante atrocidad. Haz caso a las personas que te quieren. Tienes una esposa fantástica, que te ama con todo su ser. Dale una oportunidad. Deja que Lisbeth vaya con otro hombre. No deseo ver cómo te destruye, por favor… —La voz se le quebró por completo—. Te lo suplico, hijo mío. Porque te amo, pequeño. Porque eres mi mayor orgullo, toda mi vida, haz caso a tu madre… Te lo imploro.

Adoraba a su madre y detestaba verla en ese estado. La furia se agolpaba en su interior de un modo abominable.

—Mi decisión está tomada, excelencia. Lamento que mis deseos le causen tristeza, pero es lo que debo hacer. —Había comprometido su palabra con Lisbeth. No debía dejarla sola. No después de tantos años. Menos cuando la pelirroja le había tendido una trampa.

La duquesa se despegó de él. Le acarició la mejilla y le sonrió con tristeza.

—Espero que nunca debas arrepentirte de tu decisión, mi pequeño Alexander.

Se marchó de allí con el corazón tan roto como la antigua señorita Sunne. Por su parte, el conde de Albans se sentó un momento en el sofá. Su padre entró en la estancia. Había visto a su esposa subir apresuradamente las escaleras sollozando.

—¿Qué le has hecho a tu madre? —quiso averiguar con enfado.

Alexander no podía soportar un nuevo enfrentamiento.

—Nada de lo que no le hubiera avisado con anterioridad.

Pasó por delante de su padre para marcharse a un lugar donde sintiera un poco de paz.

Capítulo 8

Una destierro augurado

El señor Sunne decidió que era momento de darle un escarmiento a ese inútil de lord Albans. Había acudido al Club White's para tratar de sosegarse. La cosa se había puesto increíblemente interesante cuando, desde su posición, había visto entrar al flamante esposo de su hija.

Se levantó dispuesto a retarlo a duelo, pegarle un tiro o asfixiarlo con sus propias manos. Después de todo, seguía siendo un hombre vigoroso capaz de librar sus propias batallas, por lo que no necesitaría contratar los servicios de los muchos matones a los que conocía.

Inició la marcha dispuesto a enfrentarlo, cuando vio que lord Albans clavaba la mirada en un punto concreto. El duque de Ross. El padre de April se sonrió. No sería necesario tocarle un solo pelo a ese muchacho caprichoso e inútil, porque tenía un plan mucho más apropiado. Mark saboreó la dulce sensación de su buena suerte y se preparó para obrar su magia.

—Ross —gritó el señor Sunne, lo que provocó que todo el club, lleno a rebosar de nobles, caballeros, comerciantes y gente influyente, centrase su atención en él.

—Señor Sunne —lo saludó con diversión el duque al ver que el hombre se frotaba las manos de un modo extraño.

—Ha venido su buen amigo lord Albans a verlo. —El señor Sunne cabeceó hasta donde estaba ese odioso petimetre —. Tal vez desee pedir explicaciones, puesto que es conocido por todos que tienen muchas cosas en común…

—Yo no tengo nada en común con ese hombre —trató de defenderse Alexander con enfado. El conde pensó que con ese arrogante engreído lo único que compartía era su membresía en el club.

—Yo diría que sí —repuso con cierto gozo el padre de April—. ¿No es cierto, excelencia? —se digirió de nuevo al duque.

—Desde luego que no —se reiteró el conde.

—Por Dios, hombre —interrumpió Ross con orgullo—, el señor Sunne se refiere a nuestra Lisbeth. Tengo entendido que su hija te ha salvado el pellejo. ¿No es así, Albans? —El rumor de la boda se había extendido como la pólvora. «¿Nuestra Lisbeth?», Alexander palideció. El duque había afirmado públicamente una cosa que… Y antes de que pudiera recuperarse de la sorpresa, el duque continuó—: Esa mujer es puro fuego, y ese lunar en la espalda en forma de estrella que se le ve cuando se la monta desde atrás… ¡Ella sí que es una auténtica estrella! Pero de las cortesanas. —Ross se carcajeó a gusto.

—Y desde atrás y por delante. Es insaciable —se oyó que decía otra voz masculina, a la que se sumaron risotadas y murmullos de conocimiento y aprobación.

Alex creyó que caería de rodillas…. Todos esos hombres estaban hablando de la mujer que adoraba. ¿Todos ellos se habían acostado con ella? Era una broma pesada del destino, pensó… Pero, ¿cómo conocían ese lunar?

Ross, completamente ignorante de la tormenta emocional del joven, continuó con su discurso:

—Este año que ha estado en Francia…. Bueno, digamos que ha sido difícil encontrar otra como ella. Pero ha vuelto superándose a sí

misma. Imagino que ha tenido buenos maestros allí. —Ross nunca tuvo una hembra como esa, por lo que podía comprender el capricho del hijo de Cass. Si ella no fuese una serpiente promiscua, él mismo la habría convertido en su esposa. Sin embargo, estaba ya demasiado utilizada para su gusto. Tanto que en pocos días finalizaría la relación.

De entre los caballeros salió un murmullo de asentimiento, así como más risas y jolgorio.

—Mañana, antes del amanecer, te enviaré a mis padrinos —pudo balbucear el conde. ¡Todo tenía que ser una gran mentira! Envidias. Lisbeth nunca le haría algo así. Siempre habían sido sinceros. Desde el inicio se juraron fidelidad y amor.

Al duque se le borró la sonrisa de la cara, pero al señor Sunne, que era un espectador muy interesado en la función, se le compuso otra muy radiante.

—Muchacho —habló el duque—, no voy a batirme en duelo por una mujer, menos una como ella. Siento mucho si habías pensado otra cosa, pero Lisbeth no es más que una vulgar zorra que se acuesta con el mejor postor.

—Al amanecer —reiteró el conde antes de darse la vuelta y salir de la sala entre los murmullos y alguna risa disimulada.

—Ross —tomó la palabra un caballero que estaba sentado a la derecha del duque en la mesa de juego—, ¿de verdad te vas a batir con el hijo de Cass? —Era algo arriesgado, más por el honor de una mujer cualquiera.

—Ese cachorro no me ha dejado otra opción. Malditos mequetrefes insolentes que por darse un revolcón con una mujer experimentada ya se creen enamorados. —Ah, pero Lisbeth se las iba a pagar. A él, al duque de Ross, por haberlo obligado a aceptar un duelo complicado contra el hijo de otro duque. Sí, pues Lisbeth iba a perder mucho, pero mucho… Tanto que más le valía irse definitivamente a Francia, puesto que su vida social en Londres había acabado. Él se encargaría de ello.

Albans anduvo hasta la calle, tambaleándose, con el señor Sunne a su espalda. Salió y vertió el contenido de su estómago en la calzada. No podía creerlo, su Lisbeth, su gran amor, la mujer que había elegido como esposa… ¿una vulgar ramera? No podía ser. No. Él se enfrentaría a un duelo y demostraría que la dama era inocente de todas las acusaciones vertidas.

Sunne lo asió por el brazo y lo volvió a llevar de regreso al interior del club. Usó toda su fuerza para meterlo en la primera sala que vio vacía.

—No te muevas de aquí, insensato —le espetó el señor Sunne a un pálido conde de Albans que no sabía bien dónde estaba ni lo que acababa de suceder. Lo veía todo como en un sueño.

El hombre desapareció de su vista y él se sentó en una silla. El mundo estaba girando demasiado rápido. A los pocos minutos, el padre de April se presentó con Ross a su lado. El señor Sunne había ido a por el duque para terminar con este estropicio. El hombre se había visto muy cooperativo cuando él le dijo que seguramente Cass intervendría y la cosa se pondría peor.

—¿Qué es esto? —Alexander se incorporó.

—Retira el duelo, Albans —le ordenó Sunne. El hombre no podía cargar con la muerte del hijo de su mejor amigo.

—No puedo hacer eso… —respondió tratando de controlar sus nervios.

—Puedes y lo harás —le ordenó Mark. El señor Sunne miró con atención al hombre que Albans creía que era su rival—. Ross, ¿has mentido?

—No. La condesa viuda de Montgomery se acuesta con muchos hombres. Creí que eso había quedado claro hace un rato, pero si sigues dudando de mi palabra —dijo mirando fijamente al muchacho— puedo describirte cada centímetro de su cuerpo o aludir a que lo que más le gusta es que la sodomicen. Le gusta rudo, duro, fuerte. Y si aun así sigues sin creerme, estoy dispuesto a ir a su casa para que todos nosotros, porque he contado a seis hombres ahí al

lado —el duque movió su dedo para señalar la sala contigua—, le pidamos explicaciones.

Lord Albans volvió a tomar asiento mientras sentía que la bilis le volvía a subir hasta la garganta.

El señor Sunne se dio cuenta de que el hijo de Cass acababa de ser consciente de lo que la mujer había hecho con él.

Se sentía engañado, humillado y desgraciado. Un hombre del todo miserable del que se había burlado una vulgar…

—¿Lord Montgomery lo sabía? —inquirió mirando a Ross.

—Ese hombre era como tú cuando la conoció. Me temo que es una mujer muy inteligente. El pobre Montgomery ha llevado una vida muy desgraciada por causa de su esposa. No hablaba en broma, muchacho. Esa pelirroja que te has buscado te ha salvado de una buena. —Ross era un hombre curtido. A sus casi cuarenta años era un viudo muy interesante.

—Excelencia… Está hablando de mi hija —dijo el señor Sunne al ver que el hombre no se estaba refiriendo a April con más propiedad.

—¿Y no es pelirroja? —rebatió con arrogancia.

—Yo… —intervino Alexander sabiendo que su vida acababa de terminar.

—De verdad —tomó la palabra Ross—, creí que los rumores sobre ti eran pura invención. Siento que comprometieses tu afecto con Lisbeth. Si te sirve de consuelo, no pienso fugarme con ella mañana por la mañana.

—¿Mañana?

—Me ha citado en el muelle. Su esposo ha muerto y pretende convertirse en mi esposa. Como si yo estuviese loco de remate para atarme a una mujer que quizá me envenene cuando se canse de mí… —dijo con seriedad.

Alexander cerró los ojos.

—Retira el duelo, Alexander. —El señor Sunne se permitió llamarlo por su nombre de pila.

El conde trató de recuperar la compostura pese a que seguía en trance.

—Por supuesto. Esa mujer no merece que yo defienda su honor, porque no lo tiene. —La humillación sabía tan amarga. Después de lo sucedido, no habría lugar lo suficientemente oculto para enterrar la culpabilidad y arrogancia. Era del todo indigno. Fue confiado y estúpido. Era un…

—Por lo que a mí respecta —tomó la palabra Ross—, esta noche no ha ocurrido nada extraño.

El duque se marchó de allí tras decir esas palabras. El señor Sunne miró con rabia al conde. Alexander lo estaba mirando también.

—No puede decirme ni hacerme nada para que me haga sentir peor de lo que me siento, señor Sunne. Si está pensando en darme una paliza, puede comenzar. No me defenderé. Merezco su desdén y desprecio. Preferiría estar muerto. Así que empiece —expresó con humildad. ¿Cómo no lo había descubierto antes? ¡Maldición, maldición, maldición y mil veces más maldición! Él con toda su arrogancia y sabiduría había confiado su lealtad a una víbora odiosa que lo acababa de despojar de toda su dignidad y credulidad.

Sunne inspiró con fuerza. Dejó de apretar los puños y buscó una tranquilidad que estaba lejos de sentir.

—No puedo hacer eso, porque mi hija lo ama.

Alexander cerró los ojos. April. La pelirroja que en las últimas semanas había llegado para poner patas arriba su mundo y a la que había tratado de olvidar con todas sus fuerzas. ¿Cómo podría enfrentarla? No podía hacerlo. Estaba hundido. Destrozado. Avergonzado. Una mujer. Una maldita y mezquina mujer a la que creyó perfecta lo había llevado a ese estado. Otra, bondadosa y dulce, trató de abrirle los ojos. Londonderry… Su mejor amigo… La respiración comenzaba a faltarle. Se peleó a puñetazo limpio con su mejor amigo por ella. ¿Cómo podría mirarlo a la cara después de eso? Sus padres… Los duques de Cass se lo dijeron y él no les hizo

el menor caso… ¡Dios! Dolía. La vergüenza dolía como si cien caballos le hubieran pasado por encima.

—No merezco la esposa que se me ha otorgado —reconoció con pesar.

—Desde luego que no. No la merece. La primera vez que lo conocí supe que su lindo rostro me traería problemas. —El señor Sunne imaginó que su hija caería rendida en cuanto viera al hijo de Cass. Cuando April comenzó a mostrar indiferencia dio gracias al cielo por su suerte. Evidentemente cantó aleluya antes de tiempo.

Albans se sonrió todavía con amargura al recordar la vez con conoció a April. Ella con sus dos coletas lo miró desafiante mientras Ruth Anne hizo las presentaciones.

—Era la mejor amiga de mi hermana. Nunca la habría mirado más de dos veces. —Era cierto. Hasta aquel baile nunca se percató de que ella había florecido.

—Pero sí puso sus manos sobre ella… Dos veces, creo que han sido —las palabras de la víbora todavía resonaban en su mente.

—No la mancillé… No al menos del todo —dijo por lo bajo en su confesión final.

—Debería matarte por ser un necio. —Dejó a un lado la formalidad— ¡Todo Londres estaba al tanto sobre los asuntos de *lady* Montgomery! Pudiste haberte esforzado más en parecerte a tu padre. Tenías ante ti una buena figura paterna. ¿Dónde estuviste mirando todos estos años, hijo?

—No en el lugar correcto, me temo —confesó con sencillez y avergonzado.

El silencio llenó la estancia. Sunne lo miró con compasión. No sería el primer hombre en caer en las garras de una mala mujer. Tampoco sería el último.

—No todo está perdido. Mi hija…

—No. No así. —Albans intuía por dónde iba a ir la conversación—. No después de lo que ha sucedido. Mañana seré el bufón de toda la sociedad. El cachorro que se dejó embaucar por una mujer infame.

—¿Qué pretendes hacer? —preguntó con cautela el señor Sunne.

—Debo ser un hombre. Debo marcharme. —Por primera vez en la vida necesitaba demostrar… o ser… o… No sabía el qué, pero era necesario alejarse de todo cuanto conocía para volver a ser él mismo. O mejor aún, la mejor versión de sí mismo.

—¿La abandonas? —preguntó con furia contenida.

—No —negó sutilmente con la cabeza mientras mantenía la mirada del padre de April—. Me aparto por el momento. April no merece las sobras de nadie. Yo no puedo ser el hombre que ella desea y merece. No aún, señor Sunne. Debo encontrar mi camino antes de reclamar a mi esposa.

—No puedo dejar que te marches. Mi hija no merece sufrir.

—Créame, señor. Su hija estará bien sin mí. No deseo hacerle más daño del que ya le he hecho. Si me quedo… En las condiciones en las que estoy… Imagino que usted piensa que debería celebrar el descubrimiento, pero no es así. Tengo muchas cosas en las que pensar. Una vez me dijo que era un muchacho despreciable…

—Lo dije. Lo eres.

Albans volvió a sonreír con pena en su rostro.

—Por eso debo alejarme de todo. No puedo quedarme… Mi esposa estará bien —apostilló de nuevo.

—Desde luego que lo estará —reafirmó con seguridad el padre.

—¿Me comprende? —Deseaba la aprobación del padre de su esposa.

El señor Sunne valoró los últimos acontecimientos. April sentiría la marcha de su esposo, pero si él se quedaba, ambos podrían sufrir porque Albans necesitaba tiempo para recomponerse y buscar su camino, lejos de la protección de su padre. Sunne una vez estuvo así. Su familia murió y se vio sin nada. Hizo una pequeña fortuna en los bajos fondos de Londres, hasta que conoció al padre de Deby y supo que esa mujer, y el dinero que llevaba ésta bajo el brazo, debían ser suyos.

—En cierto modo te honra lo que harás. Porque intuyo que vas a convertirte en un hombre de provecho. —Así lo esperaba él. No

había un camino más rápido que estar solo en el mundo. Lejos de lo conocido y de la seguridad.

—Lo intentaré. Sin embargo, solo lo conseguiré si no estoy bajo el ala de mi padre. Debo volar, señor Sunne, y mi esposa no puede acompañarme en este viaje. Una herida sangrante atraviesa mi alma y mi orgullo.

—¿La amabas? ¿Amabas a tu amante?

—Creí hacerlo —confesó.

—¿Y a mi hija?

Albans se tomó un minuto para reflexionar sobre la pregunta. No era del todo indiferente a April, porque cuando la rozaba algo se incendiaba en su ser. Nunca se consideró un hombre excesivamente pasional… No al menos cuando no estaba cerca de Lisbeth, por lo que esto solo le había pasado con su esposa. Alexander no estaba listo para poder averiguar qué había entre April y él. No todavía. No después del mazazo y la humillación recibida.

—No soy digno de ella. No estoy preparado para darle el amor que merece. Debo sanar primero. —Tenía muchas cosas que aclarar. No podía arrastrar al abismo en el que se había convertido su vida a April. Era demasiado buena para lo que él tenía que afrontar.

—Creo que tal vez haya esperanza para ti. —El señor Sunne le palmeó la espalda—. Despídete de mi hija antes de marcharte y asegúrate de que sepa que volverás a por ella cuando estés listo, ¿de acuerdo?

—No pensaba hacerlo. —Deseaba marcharse lo antes posible de Londres con rumbo a Boston.

—Pues será mejor que lo hagas. —El señor Sunne se cruzó de brazos.

—Imagino que ella pedirá una explicación y yo… —No tenía la menor idea de cómo enfrentarla.

—Asegúrate de que te espere. ¿He sido claro?

—¿Qué insinúa?

—Es tu noche de bodas. Es tu esposa. ¿Debo explicarte tus deberes conyugales, muchacho? —El hijo de Cass parecía muy listo

para algunas cosas, como por ejemplo para meterse en líos, pero muy bobo para otras.

—No puedo hacer lo que sugiere. —No debía tomar a su esposa y desaparecer. Demasiado ruin incluso para él.

—¿No?

—No.

El señor Sunne empezaba a pensar que ese joven no era muy inteligente.

—Es tu esposa. Debes consumar tu matrimonio. Mi hija no puede estar esperando a que aparezcas pidiendo una anulación.

—¿Cómo ha dicho? —inquirió con los ojos como platos.

—¿Crees que no he sobornado al personal de tu casa para enterarme de lo que sucedía con mi niña?

—Yo… lo siento.

—Regresa a tu casa y mañana haz lo que debas, pero esta noche no. Esta noche es de mi hija y tuya. —El hombre sacudió la cabeza. No podía pensar en esos términos sobre April.

Mark Sunne se marchó de allí sintiendo que tal vez lord Albans podría quedarse con su hija en caso de que regresase y le demostrase ser digno de ella. Tenía mucha fe de que así fuese a ocurrir.

***

April se removía nerviosa en la cama. Estaba angustiada. Nada estaba saliendo bien. La duquesa de Cass le había dejado en su lecho una pieza de ropa que, sin duda, no era adecuada para dormir. ¡Era escandalosa! Un camisón de seda muy fino, de color blanco con transparencias que dejaban entrever buena parte de su cuerpo a simple vista.

Su esposo era un hombre de fuertes apetitos carnales. Estaba segura de ello, porque no se había buscado una amante discreta.

No, *lady* Montgomery parecía ser insaciable.

El mejor amigo de su esposo le había dado a ella una serie de consejos que no llegaba a comprender todavía bien del todo, pero que esperaba que pronto tuviesen sentido.

April estaba acostada, con ese indecente instrumento de perversión cubriendo su cuerpo, protegida con las sábanas y la colcha que la tapaban hasta el cuello. Era su noche de bodas.

¿Vendría él a visitarla a su cama? No lo sabía. Se había casado con su esposo y al siguiente momento había desaparecido. La avisó. No la amaba, y pensaba marcharse de Londres con su amante. April no tenía motivos para pensar en que su esposo la visitase. No cuando apenas lo había visto y él se había enfadado al descubrir que ella pensó en cazarlo como a un animal. Como a un león de la selva. Alexander se había visto tan fiero mientras la reprendía por lo que había oído de su propia voz… Era magnífico cuando creía tener razón. Tan seguro, apuesto, duro… Lástima que fuera un estúpido. Se avergonzó al momento de ese insulto. No estaba bien que opinase así de su propio marido. Aunque fuese verdad, no podía decir esas cosas ni en su fuero interno. Hasta que le rompiera definitivamente el corazón seguiría teniendo un poco, solo un poco, de fe en él.

Oyó la puerta de la habitación contigua a la suya que se cerraba. Lamentó que esa casa no tuviera otras habitaciones aptas para un matrimonio, pues no contaban con una puerta que comunicase ambas estancias como lo harían las alcobas de los duques de Cass.

Se levantó de la cama y caminó un rato buscando tranquilizarse. Su esposo estaba en casa. ¿De dónde vendría? ¿Habría mantenido relaciones íntimas con su amante? ¿Se acostaría con ella? El matrimonio entre ambos no era común. De hecho, nada entre ambos era habitual, ni había seguido las reglas sociales, ni humanas, sobre su trato. El azar los había unido sin que ninguno sintiera que podía escapar.

April se sentó en una silla frente a la chimenea. Las llamas conseguían calmar su ánimo y el calor templaba los nervios. No

sabía cómo comportarse.

Alex le dijo que se marchaba y que pediría la nulidad. Cuando esa discusión tuvo lugar, ella sintió que todo estaba dicho y hecho, pero la duquesa había ido a hablar con ella y le había pedido un último esfuerzo. Anne le dijo que solo ella sería capaz de romper el hechizo bajo el que su hijo se encontraba, y que para ayudarla le había comprado una cosita que esperaba que funcionase.

Cuando April vio el camisón supo que todo se trataba de seducción. Londonderry también había dejado claro que era importante seducirlo. April era muy nueva en esto de las relaciones entre hombres y mujeres, pero sospechaba que debía haber mucho más que pasión. Amor. Debía haber amor. ¿Dónde quedaba la comunión en una pareja? ¿Su esposo solo funcionaría con el ardor de sus cuerpos? April merecía más, necesitaba más, pedía más.

Amor. Deseaba que el amor que ella le profesaba le fuese devuelto en igual o mayor medida. Esa reflexión le llevó a otra: ¿Cómo se demostraban amor dos personas? Cuando Alexander, en el Club Legancy, la tocó se sintió una expresión de sus deseos, de sus necesidades y anhelos… ¿Qué faltaba para que de ahí se saltase al amor?

Después de todo, el matrimonio estaba pensado para que por la noche, las dos personas que habían unido su alma durante el día ante los ojos de Dios enlazasen sus cuerpos para mostrar su entrega y amor.

April se levantó de la silla creyendo saber lo que debía hacer. Era imperativo demostrarle a su esposo, con hechos y actos, lo que sentía por él. Las palabras podían caer en el olvido, pero no así la entrega de su cuerpo. Tal vez él se marchase con otra mujer, pero ella debía mostrarle que estaba dispuesta a apostarlo todo por él… Incluso su orgullo femenino, porque el amor debía ser entrega sin concesiones, ¿no?

Anduvo unos pasos dispuesta a salir al pasillo e ingresar en la habitación de él. Había esperado demasiado tiempo a que Alexander invadiese sus dominios para pedir sus derechos maritales. Bien. Ella

era su esposa, sus deseos también deberían contar en este matrimonio, porque ella lo deseaba en su cama y dentro de su cuerpo.

Una última oportunidad. Si su entrega fracasaba para lograr su objetivo, ella desistiría para siempre en su empeño por salvarlo, por salvarse a sí misma y llegar a ser feliz junto al hombre que había querido desde siempre.

Un sonido sordo se oyó, al que le precedió un aullido. April se apresuró para ir a ver qué sucedía. Salió al pasillo y se dio cuenta de que no había cogido la bata para cubrir su desnudez… Ese camisón era más indecente que su propio cuerpo sin ropa.

Agarró el pomo de la puerta donde dormía el león y abrió decidida a ser valiente, a comportarse como una mujer mundana. No importaba que sus mejillas se sintiesen arder y que su primer impulso fuese regresar a la cama, meterse bajo las sábanas y llorar.

La chimenea de él estaba también a pleno rendimiento, por lo que había mucha luz en la habitación. Más de la que a ella le hubiese gustado. Observó a su esposo a los pies de la cama en el suelo, sobre la tupida alfombra.

—Alex, ¿qué te ha pasado? —Corrió hasta él para ayudarlo a levantarse.

El conde abrió los ojos en ese momento… ¿Él se había quedado dormido ahí? April arrugó la nariz por la molestia del fuerte olor a alcohol.

—Estoy durmiendo en mi cama —dijo él al ver a una mujer cerca—. ¿Quién eres tú? —La vista no la tenía en sus mejores momentos.

—Nadie… Solo soy la mujer con la que te has casado esta mañana… —ironizó sin humor.

—¿April? —Lo vio enfocar los ojos sobre su cuerpo mientras levantaba una mano para tocar el pelo rojo que le caía en cascada.

—¿Te has casado con alguna otra más? —punzó ella en la herida—. Tal vez te haya dado tiempo a ir a despertar a un obispo y solicitar la nulidad. —April no contaba con que su actitud ante su

esposo fuese tan belicosa, pero parecía que todo el rencor acumulado estaba saliendo sin que ella pudiera impedirlo.

—¿Nulidad? —Desde luego que eso no iba a poder concedérselo a ella. No después de que su matrimonio sirviera para no caer en la humillación más absoluta. Había escapado por los pelos de las garras de una arpía y todo se debía a April.

—Eso dijiste que pensabas hacer mañana —le recordó con los dientes apretados.

—¿Te gustó bailar con el señor Swift? —preguntó a bocajarro. Estaba borracho, pero las letras leídas en el periódico no conseguían salir de su mente. No eran celos… No lo eran porque no tenía derecho a estar celoso, pero aun así…

—¿Cuántas veces has retozado con *lady* Montgomery hoy? —contraatacó. Alexander se rio sin humor. Se veía tan fiera como él mismo. Era una Sunne. Ahora podía verlo. Dulce y cálida, pero dura cuando había que serlo. Bonita combinación.

—Me marcho, April, pero te prometo que volveré —le dijo mientras le acariciaba una mejilla todavía tendido en el suelo. Eso pareció hacer que ella bajase un poco sus defensas.

—¿Me abandonas? —La voz salió en tono melancólico.

—Te protejo. —Alex se incorporó. Los dos se quedaron mirándose a los ojos. April figuraba sentada al igual que él, a su lado.

—Lo hemos hecho todo mal, Alex. Lo siento mucho.

—El que debe pedirte disculpas soy yo, no tú. —Esa frase la dejó con la boca abierta—. Si pudiera retroceder las agujas del reloj, todo sería distinto entre nosotros.

—¿Hubieras prohibido a tu hermana ser mi mejor amiga? —Ya podía esperar todo de él.

—No. Hubiera hecho que ella insistiera en que yo te mirase con otros ojos. —Esa frase la dejó con la boca todavía más de par en par.

—Estás borracho. —No había otra explicación para esa tontería que él había dicho.

—Era lo único que se me ocurrió para olvidar… todo. No lo he conseguido —reconoció con pesar.

—Vamos, te acompañaré a la cama. Con la luz del sol tal vez lo veamos todo un poco más claro. —Tenía un aspecto lamentable. Se veía que él estaba sufriendo. Lo mejor sería que Alex se acostase y ella regresase al agujero del que había salido. ¿Nada podía salir un poco bien? Solo un poco bien…

April lo ayudó en la maniobra. Alex se agarró a ella y sintió en sus manos una tela muy ligera… Demasiado ligera. Cuando el conde estuvo de pie la miró de arriba a abajo.

—¿Qué llevas puesto? —Lamentó haber bebido más de la cuenta cuando el señor Sunne se marchó y lo dejó en el club. No deseaba regresar a casa y enfrentarse a su esposa porque… porque… porque no, y punto. Menos esperaba encontrarla así.

El conde enfocó los ojos y la boca se le hizo agua. Había sido consciente de que su pelo estaba suelto y era del todo delicioso para acariciar.

April se sintió desnuda bajo su escrutinio. No es que llevase demasiada ropa, pero es que él la miraba como un… como un… un león hambriento.

—Es mi camisón de —tragó saliva— esposa… —dijo en un susurro—. Es nuestra noche de bodas… Es decir, sería nuestra noche de bodas si nosotros dos tuviésemos un matrimonio —tragó saliva de nuevo— de verdad.

—¿Quieres un matrimonio de verdad conmigo? —preguntó cuando fue capaz de regresar sus ojos a los de ella. Ese cuerpo era un pecado hecho carne. ¿Dónde tenía escondido eso que ella estaba mostrando ahora tanto?

—Cuando una mujer se casa con un hombre, sinceramente pienso que no debería aspirar a nada más que a eso —expuso en un tono de voz demasiado dulce.

—April…

—No digas nada. —Llevó su mano hasta sus labios para acallarlo. Temía que complicase las cosas todavía más.

—No puedo darte lo que necesitas… No ahora —confesó sobre los dedos trémulos de ella con un nudo en su garganta—. No comprendes lo que ha sucedido… Yo…

April cerró los ojos sin dejar de pensar en que debía conquistarlo con todas sus armas.

—Hazme el amor, Alex. Haz que sea tuya… Soy tu esposa. Soy tuya. Debes ser mío.

Una exclamación sin palabras por parte de él rompió el silencio. Cuando pudo hablar le dijo:

—No debo hacer eso… No es justo. No para mí, mucho menos para ti, April. No me lo pidas. Mírame… —él le acarició la mejilla para que ella abriese sus ojos—. No me tengo en pie…

—Comprendo. —Ella no era la mujer seductora que podría tentarlo con una cruda petición. La pelirroja tragó saliva y dio un paso atrás. Se giró dispuesta a olvidar el día de hoy.

Alexander se mesó el pelo con nerviosismo. La cara de decepción de ella lo perseguiría por el resto de sus días.

—Maldita sea —se había emborrachado precisamente para no cumplir con lo que el padre de su esposa insinuó—. No te marches.

April detuvo sus pasos. Se volteó para mirarlo.

—¿Por qué? —inquirió con cierta esperanza al verlo mirarla de ese modo que era… era… especial. Una mirada que ella no había visto antes.

—Ven —levantó una mano y le hizo señas para que se acercase.

—Alex… creo que esta noche… No puedo soportar más…

—Ven —le ordenó como el tirano despótico que ella sabía que podía llegar a ser—. No me hagas ir y cargarte sobre mi hombro o los dos terminaremos en el suelo.

April se acercó con tranquilidad, no segura de si sería buena idea.

—Yo… —no sabía qué decir.

—¡Santo Dios! —dijo cuando vio el camisón en toda su extensión. Su anatomía masculina se revolucionó. Debió haber bebido mucho más alcohol, porque sus funciones primarias parecían estar funcionando a pleno rendimiento y él no lo merecía.

—¿Qué? —preguntó ella al percibir la agonía en sus palabras.

—Cualquier hombre caería de rodillas ante tu visión.

—Cualquiera no… —respondió mientras se acercaba despacio, muy despacio.

—Todos, April… Todos…

—No, tú no… —susurró.

—Sí, April, yo también. —En ese momento, Alex cayó sobre sus rodillas y se agarró a ella cuando estuvo en frente. La cabeza de él quedó en el regazo de April. Las manos la sujetaron por las nalgas. Instintivamente ella llevó las suyas hasta sus cabellos. Le acarició la cabeza con ternura. Él parecía derrotado, tanto o más que su esposa.

—¿Qué te aflige, Alex?

—Todo, April. Todo. No encuentro consuelo. No lo merezco. Menos de ti.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sucedido para que estés así? —quiso averiguar con cautela.

—Yo. Yo soy así, April. Lo que está cerca de mí se marchita. He apartado a todos de mí. Mi mejor amigo no me habla, mis padres creen que soy un hombre sin provecho. Incluso tu padre cree que soy despreciable.

—Yo te amo. Yo te veo. Siento y percibo el hombre que eres, que puedes llegar a ser… Déjame intentarlo. Permite que yo te ayude. Puedo ser tu consuelo si lo deseas. Soy tu esposa, Alexander. Soy tuya… ¿No me quieres? ¿Ni un poquito me puedes querer? Tengo tanto amor que podría sustentarnos a ambos… —confesó llena de esperanza e ilusión.

—Te deseo, April. Desde que bailamos he fantaseado con tenerte para mí. Soy un egoísta. No puedo evitarlo. Deseo yacer contigo en mi cama. Hacerte mía para que no puedas escapar… No debo… No puedo… No así. No lo mereces. Mereces tener amor y yo no te lo puedo dar.

April le manipuló la cabeza para que él enfocase su mirada en la de ella.

—Yo te pido que me tomes, que me hagas tu esposa. No quiero escapar de ti. Estoy aquí, mi amor. No me rechaces.

—April… —El nombre de su esposa se sintió lleno de amargura. La pelirroja dio un paso atrás para separarse de él. Los dos no despegaron sus miradas. April agarró los tirantes del camisón y los bajó para dejar la sencilla tela caer al suelo. Se mostró desnuda y vulnerable ante el único hombre que podía terminar con su sufrimiento.

Alexander se levantó de sus rodillas y se deshizo de su ropa con tanta rapidez que April se quedó asombrada. Se lanzó hacia ella con la mirada llena de deseo. La besó con brusquedad.

—Alexander… Por favor… Soy una mujer inocente… —le tuvo que recordar por la ferocidad de él.

No dijo nada, pero sí rebajó la intensidad de su toque. La llevó hasta la cama y la tumbó sobre su espalda. Esperaba saber hacer el amor, porque en esos precisos momentos Alexander Nording se dio cuenta de que lo que había hecho durante tantos años con Lisbeth no había sido amor. Fue yacer de forma salvaje para complacerla a ella.

—Soy brusco, pero intentaré… hacerlo bien. —Llevaba demasiados años acostumbrado a una lubricidad excesiva.

April decidió confiar en sus palabras. Cerró los ojos dispuesta a descubrir el mundo que había tras las sombras.

Alexander comenzó a besar sus labios de nuevo. De ahí pasó a su cuello. Su lengua cosquilleaba sobre la piel de una mujer que susurraba en su oreja suavemente su placer. Las manos masculinas no tardaron en llegar hasta los bonitos pechos plenos, cuyas puntas ya estaban excitadas y pinchaban en las palmas de Alexander. Era extraño. Esta forma de adorar el cuerpo de una mujer de forma pausada, tranquila, dulce… No lo recordaba así. Era una delicia inesperada.

—Debo lamerlos, no te asustes. Solo… déjame hacerlo. —pidió mientras llevaba su boca para degustar ambos senos.

—Síííííí —concedió permiso ante el primer contacto húmedo de la lengua. Su espalda se arqueó y las manos de April se aferraron a él. Sentía que se caería en cualquier momento. Había un precipicio en algún lugar y necesitaba aferrarse a algo.

Alexander lamió esas dos cúspides. Su lengua trató de drenar esos ricos pezones que parecían querer deshacerse en el interior de su boca. Amasó y apretó con delicadeza. April respondió con gemidos que sonaban muy musicales en sus oídos. Nunca había oído algo tan delicado mientras se acostaba con una mujer. Lisbeth no era sutil, sino todo lo contrario.

Cuando consideró que los dos pechos habían obtenido bastantes atenciones, dibujó un reguero de besos por su abdomen para llegar hasta el interior de su ser.

April sintió que él apoyaba su cabeza entre sus rizos… ¿Él iba a…? Juntó ambas rodillas de inmediato.

—Abre las piernas, April. Necesito saber si eres tan dulce como pareces. —La muchacha trató de relajarse. Los consejos del amigo del hombre que la estaba explorando resonaron en su cabeza. Hizo lo que se le pidió. Totalmente avergonzada, April le dio todo el acceso a su zona íntima. Juraría que él se sonrió ante su docilidad. April sintió dos dedos abrir ese lugar y tuvo la tentación de cerrar sus piernas otra vez para que no la examinase de esa manera. Ya estaba a punto de llevar a cabo este hecho, cuando la boca de él llegó hasta su centro. Su lengua. La lengua de Alexander le hacía unas cosquillas desquiciantes que le habían hecho cerrar los ojos de puro gozo.

—Uhm —oyó que él decía—. Empapada por mí. Me deseas tanto como yo a ti. —Y regresó a sus labores.

—Aleeex. —El contacto de su lengua era incendiario, más que las brasas que crepitaban en la chimenea.

Alexander se concentró en ese pedazo de tierna carne que la haría volverse loca y concentró sus lamidas en ese punto exacto. April abrió los ojos de pronto. Una necesidad se abría paso en su interior debido a la pericia con la que él manejaba su lengua sobre

sus suaves y delicados pliegues. La humedad la inundaba, la lujuria comenzaba a poseerla y una sensación cálida se fraguaba al calor de una lengua que no le daba tregua. Comenzó a moverse como una posesa, pues no podía soportar tanto placer. Alexander lo evitó. La sujetó desde las nalgas y trató de inmovilizarla mientras seguía dándole placer.

—Alex, Alex, Alex… Por favor… Por favor… —No sabía si estaba pidiendo que la dejase ir o que no se detuviera, pero era una sensación desgarradora la que la atravesaba. Tan dura y cruda que se asustó por lo que estaba sintiendo.

Él recompensó sus delirios sinceros introduciendo un dedo en el interior de su ser. April gritó con fuerza en cuanto ese dedo comenzó a jugar en su cavidad. El éxtasis la había alcanzado y no podía más que rendirse a la liberación que él, su esposo, le acababa de proporcionar con su lengua.

La respiración agitada de April se fue tornando más pausada. En su rostro se dibujaba la más perfecta de las sonrisas. Una mujer satisfecha reposaba sobre el lecho de él, de su esposo. Verla en esa postura de total abandono fue increíble para Alexander. Ella parecía tan dispuesta en confiar en él… En darle todo el poder…

—¿Estás bien?

—Ajá —respondió ella sin poder abrir los ojos, mitad por vergüenza, mitad por satisfacción.

April lo sintió a su lado. Los dedos de él recorrieron su clavícula. Siguió acariciando su piel durante unos minutos. Ella se sentía tan reconfortada con ese gesto tan simple…

Abrió los ojos. La mirada de la joven se cruzó con la de él, quien mantenía una visión vidriosa. April sabía que Alex estaba lleno de deseo. Bien. Era momento de apostar fuerte. Sin previo aviso se colocó sobre él, no muy segura de lo que se proponía. Besar y lamer. Esas dos palabras se reproducían en su interior. Comenzó a besar sus labios y decidió que podría seguir el ejemplo que él había empleado. Inició sus besos en su boca. Siguió por su cuello, lugar en el que su lengua se detuvo largo tiempo para degustarlo. Su torso

obtuvo una buena dosis de sus atenciones. Incluso lamió sus dos tetillas. Acarició con sus manos todo lo que caía bajo ellas. No tuvo prisa. Ninguna prisa, porque había tiempo y todo parecía estar permitido, puesto que no oía ninguna queja de él. Estuvo besando su regazo y cuando fue lo suficientemente valiente, descendió hasta esa protuberancia de él que una vez la rozó en su intimidad de aquel modo tan increíble.

¡Vaya! Eso no lo recordaba así. Se había… Se había… ¿Encogido? Aquella vez en el Club Legancy, ese trozo de su carne era duro y grande. ¿Por qué ahora estaba tan… tan… tan apagado? April lo movió entre sus manos. Blando y pequeño.

—Alex… ¿Qué es lo que…? —comenzó a preguntar, pero un ronquido masculino retumbó en la habitación.

April se colocó a su lado para comprobar que en verdad él dormía. Un nuevo ronquido confirmó lo que sospechaba. Suspiró con fuerza. El cansancio parecía haberle ganado la batalla. Se desanimó por no haber sido lo bastante tentadora para haberlo mantenido despierto. Se levantó para buscar una manta en el baúl colocado a los pies de la cama. Encontró dos y decidió echarle ambas. No hacía demasiado frío, sin embargo, por si acaso lo haría así. No supo bien cómo ocurrió pero, en ese momento en el que lo arropaba, él se giró y se vio prisionera del abrazo de Alexander. Uhm. Interesante. No se estaba nada mal.

—April… April… No te merezco… —lo oyó susurrar junto a su oreja. No, definitivamente podría acostumbrarse a esto con suma facilidad.

La muchacha se acomodó mejor en su abrazo y se tapó para comenzar una nueva vida junto a su esposo. No permitiría que él se le escapase entre los dedos de las manos.

Y la sensación de protección y calidez se prolongó hasta bien entrada la mañana. Las cortinas estaban abierta y la luz del sol la hizo desperezarse en la cama. No tenía ganas de abrir los ojos, porque se encontraba cansada… Somnolienta. Despegó el párpado izquierdo. Luego el derecho. No reconocía la habitación en la que se

encontraba. Un olor a bergamota le llegó para recordarle la noche, a él. Suspiró con ilusión mientras se mordía el labio inferior. Se giró al otro lado de la cama donde esperaba encontrar a su esposo. Él no estaba. Frunció el ceño.

—Alex… —lo llamó, pero en la habitación no había nadie más. Seguramente ya habría bajado a desayunar. Sería tarde.

April se levantó en busca de ese indecente camisón. No estaba por ninguna parte. Ni en el suelo, ni sobre la cama, ni encima de ninguna superficie visible. Decidió enrollarse una sábana para regresar a su habitación. Abrió la puerta y asomó solo la cabeza para ver si en el pasillo había alguien. Como no había peligro de ser descubierta voló hasta su recámara. Una vez allí se adecentó y vistió para ir en busca de su esposo. Los dos tenían muchas cosas sobre las que hablar. April esperaba que lo de anoche fuese un buen augurio, aunque que él se hubiese dormido mientras ella lo acariciaba no sonaba precisamente como algo positivo, ¿no?

¿Y si ella no le gustaba? ¿Y si le resultaba aburrida y simplona? April bajó al comedor y allí estaban la duquesa y el duque.

—Buenos días —saludó. No le dio buena espina que Anne le rehuyese la mirada.

—*Lady* Albans, buenos días —el duque usó su nuevo título. Sonó bien, la verdad.

—April, por favor toma asiento —le aconsejó la duquesa.

—¿Dónde está mi esposo? —inquirió al darse cuenta de que él no estaba en el lugar donde previó.

—Se ha ido —contestó el duque.

—Ido… —repitió April—. ¿A dónde?

La duquesa de Cass se levantó y se sentó a su lado. Le agarró la mano y se dispuso a hablar:

—Le he dicho que no tenías intención de tenderle ninguna trampa. Que la idea fue mía, pero que tú te negaste a participar. Me ha explicado que él recibió una misiva con la firma de… de *lady* Montgomery… Se lo he dicho, que no tenías nada que ver y que por favor no se marchase… Yo…

April cerró los ojos. Las lágrimas comenzaron a caer sin consuelo. Abandonada. Él había cumplido su amenaza. La había abandonado.

—¿Ha presentado la demanda para la nulidad? —se atrevió a preguntar sin poder abrir los ojos.

—No nos ha dicho nada —respondió el duque.

—¿Dónde ha ido? —No era algo importante, pero…

—Tampoco nos ha hecho partícipes de esa información.

—Bien —April trato de recomponerse. Se levantó—. Creo que es momento de que me retire al campo a la espera de… de… —tenía el estómago y el corazón encogidos—, del próximo movimiento de mi esposo. —La palabra se le atragantó.

Casada. Infelizmente casada. Abandonada. Humillada. Despreciada en favor de una mujer que no lo quería y que no lo conocía.

—April… —susurró Anne sin saber cómo continuar.

—No, duquesa. Su hijo, por una vez, ha mantenido su palabra. —Alex lo advirtió y lo había llevado a cabo. Tan bien lo había orquestado que incluso la había dejado intacta para que cuando regresase pudiera demostrar que el matrimonio no se consumó—. Haré el equipaje de inmediato.

—No puedes hacer eso, tu padre desea que acudamos a una fiesta esta noche —habló el duque de Cass.

—¿Mi padre? ¿Una fiesta? ¿Qué fiesta? —El señor Sunne odiaba asistir a los eventos sociales.

—Los condes de Sherwood nos han invitado y el señor Sunne cree conveniente que su hija haga su primera aparición como condesa en esa fiesta —aclaró Anne.

—Pero no puedo ir. No sin mi esposo… —April no deseaba dar más pábulo a los rumores.

—Le he enviado una misiva a tu padre para explicarle que mi hijo… En fin, que no podrá asistir. Ha respondido que la aparición de lord Albans no era importante —apuntó Cass.

—¿Mi padre sabe que él se ha marchado?

—Creo que sí, porque en la nota dice que el conde puede marcharse donde sea, pero que tú debes ir o el señor Sunne, y cito textualmente lo leído, vendrá para acompañarte después de darte una buena zurra.

—Eso suena como algo que diría y haría mi padre —expuso derrotada. ¿Con qué fin la haría asistir a un baile sabiendo que Albans se había ido? Con el señor Sunne una nunca estaba segura de nada.

—¿Irás? —quiso averiguar el duque.

—¿No conoce todavía al señor Sunne, excelencia? Mi padre no es un hombre al que haya que enfrentar. Desde luego que tendré que ir. Sea lo que sea que trame, me veré obligada a verlo. Además, será una bonita ocasión para ponerme los diamantes que usted y la duquesa de Cass me regalaron por mi compromiso… —expuso de modo casual.

—Mi hijo te los hubiera regalado si no… —La vehemencia de la duquesa se apagó sutilmente.

—Si *lady* Montgomery no estuviera planeando sobre su cabeza todo el tiempo, ¿verdad? —Incluso así lo dudaba. Alexander había rebasado con creces su paciencia. Capítulo cerrado. Completamente cerrado. Se juró que él ya no sería nada para ella. No sabía cómo lo haría, pero conseguiría sacarlo de debajo de su piel.

Los duques no contestaron a esa observación. Cuando les dijeron por la mañana que la habitación de *lady* Albans estaba desocupada, creyeron que ella había huido, hasta que vieron marcharse a su hijo y él les dijo que su esposa dormía en su cama.

No dio explicaciones, sencillamente dijo que debía marcharse. El duque lo amenazó con desheredarlo, con la ruina. No le importó. Tan solo pidió que cuidasen bien de su esposa y que regresaría cuando estuviera preparado. Tenía que encontrar su camino en la vida. Tanto Anne como Pierce quisieron preguntar si se marchaba con la viuda, pero no se atrevieron. Quisieron permanecer con la duda porque así, llegado el caso, no tendrían que mentirle a su nueva hija.

***

Todo el mundo la miraba. Iba del brazo del duque de Cass y ni aun así conseguía que los murmullos se acallasen. Era una locura. Haber accedido a ir al baile de los condes de Sherwood… Era la peor de las ideas que se le habían ocurrido a su padre. Se había puesto un vestido de seda azul oscuro que en su opinión dejaba demasiado a la vista. Los diamantes le quedaban realmente bien sobre su blanca piel. Eligió una pelliza del mismo color que el vestido para alejar el frío y esperaba que su aspecto eclipsase todo lo que se avecinaba. La cosa no pintaba nada bien.

Los duques de Cass llegaron hasta donde estaban el señor y la señora Sunne. Todos se saludaron con tensión permanente.

—April, me alegro de que hayas seguido mis instrucciones —habló su padre.

—Como si me hubieses dado opción —murmuró por lo bajo—. ¿Por qué me has hecho venir, padre? —inquirió más segura.

—Porque todo el mundo debía oír el anuncio de tu nuevo título. —En efecto, el lacayo la había anunciado y el salón se quedó casi mudo mientras todos la observaban.

—Me ha hecho venir sola, padre. Espero una buena explicación… —insistió ella con cierta altanería. Su padre sonrió de lado.

—Vaya, vaya… Ser condesa te ha despertado un carácter que no creí que tuvieses —apuntó con humor el señor Sunne.

—No se trata de mi título —«Uno que perderé en cuanto mi marido decida despojarme de él», quiso decir—. Es cuestión de que sabe que lord Albans se ha marchado y pese a ello me expone públicamente a las mofas de la alta sociedad. Señor Sunne —lo llamó de modo formal para que él entendiera su agravio—, no está protegiendo a su hija. —April usó la tercera persona en su oración para dar mayor énfasis a sus palabras.

—Los murmullos que hay en el salón no son por ti —decidió explicar el comerciante.

—Claro… —ironizó.

—No lo son, hija mía —intervino la señora Sunne.

—¿Y por qué nos mira todo el mundo? —preguntó la duquesa de Cass.

—Porque *lady* Montgomery ha salido perdiendo en la apuesta que había hecho. —El padre de April movió la cabeza hacia donde estaba la mujer.

—¿Está aquí la amante de mi esposo? —inquirió con pánico April. Si Alexander aparecía en ese momento se moriría por el desprecio y la humillación que sabía que se avecinarían.

—Ya no ocupa ese puesto —dijo enigmático el señor Sunne. El duque de Cass lo miró con interés—. Ella está aquí en calidad de amante de Ross. —El padre de April le susurró esa mañana un par de ideas al duque que parecieron divertir mucho a ese hombre. Era del todo malévolo… Incluso más que el propio comerciante.

—¿Del duque? —graznó April.

En ese momento, el señor Sunne le hizo una seña al aludido y éste tintineó la copa de cristal que sostenía en su mano. Todo el salón lo miró con verdadera curiosidad.

—Damas, caballeros —comenzó a hablar Ross—, es un inmenso placer poder estar aquí con ustedes hoy. Es necesario hacer un anuncio oficial. Estas semanas se ha especulado largo y tendido sobre la relación que vengo manteniendo con cierta… condesa. —Ross miró a Lisbeth que se encontraba a su lado. *Lady* Montgomery le sonrió cálidamente saboreando el momento que había esperado toda su vida: duquesa—. Yo quisiera decir que es un alivio poder confesar al fin lo que me une a esta mujer. Pero antes es necesario comenzar por el principio. En los periódicos de hoy se menciona un duelo, uno que protagonizaremos lord Albans y yo.

April se agitó en esta parte de la historia. Buscó el brazo de su padre y se agarró a él con fuerza.

—Detenga la función, se lo suplico —susurró con verdadero disimulo la petición dirigida al señor Sunne.

—Escucha, April. Todo saldrá bien, ten fe en tu padre —respondió tranquilo Mark.

—Bien —siguió con la explicación el duque de Ross—. El conde de Albans y yo nos enemistamos por el amor de una mujer… —Lisbeth se sonrió complacida—. También luchamos por las atenciones de la misma amante. —La condesa viuda se envaró entonces—. Albans ha sido un buen adversario, pues ha logrado conquistar a la mujer que yo habría deseado —Ross miró a la pelirroja con una sonrisa— y me ha dejado con sus sobras —su mirada cayó sobre *lady* Montgomery, quien estaba quieta sin poder creer lo que oía—. Puesto que la bonita pugna que inicié con lord Albans ya no tiene ningún sentido, porque ha ganado dignamente —el duque llevó la copa que mantenía en su mano para señalar a April—, y ha abandonado a su amante por su esposa, es momento de que *lady* Montgomery ponga sus miras en otro lugar… De hecho, creo que puedo contar hasta diez hombres con los que actualmente retoza en su cama… ¡Señores, quien tenga el título de mayor rango la podrá cazar! Pero mantengan el veneno fuera de sus casas si no quieren acabar como el difunto lord Montgomery.

Los caballeros comenzaron a reír con la excentricidad del duque. Era un hombre conocido por saltarse las reglas a su antojo. Sospechaban que la viuda le habría hecho una mala jugada y que él estaba tomando cartas en el asunto. Aun así, sería conveniente no ir a buscarla, porque Ross era muchas cosas, pero no un mentiroso.

Por su parte, las damas comenzaron a mirarla de un modo totalmente censurador. Hasta el punto de que la organizadora del baile le pidió sin disimulo que se marchase por el bien de la paz moral.

La condesa viuda de Montgomery miró con ira a Ross, luego se detuvo a observar a una April que tenía la boca completamente abierta.

El señor Sunne hinchó pecho con orgullo. Ladeó la cabeza y, al ver a su hija, hubo de levantar su mano para cerrarle la boca.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó mirando a su padre.

—Justicia, hija mía. Esa mujer no podrá volver a hacer daño a nadie. No al menos en Inglaterra. Seguro que se dispone a hacer ahora mismo el equipaje para salir huyendo. —El padre comenzó a reírse. Si esa condesa viuda creyó que podría intentar agredir a su pequeña y gritarle… Oh, esa mujer no conocía al señor Sunne lo más mínimo.

April miró al duque de Ross, quien hizo una señal de asentimiento que dirigió hacia su padre.

—Ha sido una buena jugada, Sunne. —Le felicitó el duque de Cass—. Ni yo mismo hubiera ideado algo como eso —confesó un poco celoso. El padre de April había dejado asentada la reputación de su hija mientras se había cargado una que no hacía ningún bien al resto de la sociedad.

—¿Cómo lo ha…? —comenzó a preguntar la nueva condesa de Albans.

—Es un secreto —reveló enigmático—. Solo debes esperar a que tu esposo vuelva —respondió su padre—. Oh, mira, ahí está el señor Swift. Luego hablaremos con él para explicarle las novedades. —El hombre se había interesado desde el principio sobre la situación de su hija y se había ofrecido en reiteradas ocasiones a brindarle su ayuda. Puesto que acababa de ingresar en el salón, no había visto toda la escena, pero seguro que alguien se lo contaría pronto. Si no, él mismo se lo narraría con diversión.

—Padre, nada está solucionado. Me marcho al campo. —April no hizo alusión sobre lo referente al señor Swift.

—¿Al campo?

—Sí. Cuando se enteren de la partida de Albans… Cuando sepan que *lady* Montgomery también se ha marchado… No importa lo que haya relatado el duque de Ross, todos creerán que ambos han huido juntos. Los rumores volverán a caer sobre mí.

—No —negó con convicción el padre. Se tomó unos minutos para pensar—. Pero imagino que sería mejor que te retirases al campo… Sí. Swift te acompañará cuando desees salir. Diremos que tu esposo te aguarda allí. Nadie tiene que saber que Albans se ha ido a Boston.

—¿Dónde dice que está mi esposo? —Era del todo contradictorio que su padre manejase esa información.

—Sunne —intervino Cass—, no creo que Swift sea la mejor compañía para una recién casada. —Usó un tono censurador, pues el duque de Cass había estado siguiendo esa conversación con interés. Luego le preguntaría sobre lo referente a Boston.

—Cierto —estuvo de acuerdo el padre de April. El duque se relajó… hasta que el hombre volvió a abrir la boca para hablar—. Lo que sería conveniente es que su marido estuviera a su lado, pero como no está yo decidiré lo que es mejor para mi hija, puesto que sigo siendo su padre y tú, amigo mío, harías lo mejor para cualquier de tus dos hijas… ¿No es así? —lo desafió con la mirada. April a veces se quedaba asombrada con el temperamento de su padre.

Cass respiró profundamente.

—¿Me das tu palabra de honor de que April no correrá ningún peligro con el señor Swift? —comenzó a claudicar el padre de Alex.

—El señor Swift no hará nunca nada que mi hija no desee.

April se tapó el rostro con una mano. Si las cosas seguían así, su padre acabaría en un duelo con el padre de su esposo.

—¡Sunne! —Esa respuesta era demasiado ambigua. El duque lo llamó al orden mientras el padre de April se llevaba a su hija al centro de la pista para compartir un vals con ella.

Padre e hija comenzaron la danza.

—Estarás bien —dijo el señor Sunne más para sí que para ella.

—Eso no puede saberlo.

—La casa de tu esposo está en ruinas. —Mark lo sabía todo del conde, más cuando su hija decidió que era el hombre al que amaría—. Adecentarla mientras regresa tu esposo te dará una ocupación. Swift te ayudará. Trata de no enamorarte de él o cuando

regrese tu esposo todo será más complicado —le aconsejó de un modo tan frívolo que April creyó que estaba bromeando.

—A veces no creo reconocerle, padre. Debo decirle, aun a riesgo de despertar su ira, que tal vez mi esposo no regrese nunca y que, en caso de hacerlo, podría repudiarme. —Decirle que seguía intacta no era una opción. Demasiado personal y humillante para comentarlo con nadie. Y menos con su padre.

—Todo saldrá bien —expuso con convicción mientras hacía girar su hija por la pista de baile.

Ojalá pudiera ser tan optimista como se veía el señor Sunne, se dijo a sí misma.

Ninguno de los dos habló más. La suerte estaba echada. El tiempo debía seguir su curso para ver qué le deparaba el futuro a April. Nada más que esperar quedaba por hacer.

Capítulo 9

El transcurrir del tiempo

April abrió los ojos aquella mañana con una felicidad inesperada. Las obras de remodelación de la casa de su esposo habían concluido justo ayer. Su padre tuvo razón, ese proyecto había ocupado buena parte de su tiempo y le dio una meta. Más de un año y medio, pero al final todo estaba a su gusto y perfectamente construido y decorado. Fue un trabajo muy pausado y tranquilo en el que tuvo mucha ayuda. Joaquin. Ese hombre había estado a su lado desde que se marchó de la ciudad. Rompió con todo lo que hubo en su pasado, salvo con el señor Swift. Tanto se había preocupado por ella que incluso compró la finca que lindaba con la suya. Creía que su padre le había invitado a hacerlo, pero April sospechaba que el buen señor Swift tuvo sus propios motivos para residir tan cerca de ella.

Margot y Ruth Anne le habían escrito, pero ella les aseguró que estaba bien y que le permitieran un tiempo de paz, no podía soportar la compasión de sus mejores amigas. Cuando estuviera lista regresaría con ellas y les explicaría su proceder.

Se levantó de su cama y tocó la campanilla para que su doncella Mary viniese a ayudarla a vestirse. Miró la estancia. El cambio que había era más que significativo. La había decorado en una combinación de verdes suaves que ofrecían un aspecto muy

elegante. Los muebles, las telas, el papel pintado, todo era nuevo. Sería una habitación muy bonita para la mujer que el dueño de la casa trajera consigo cuando decidiera volver. April cerró los ojos y negó varias veces con la cabeza para obligarse a no pensar en Alex. A lo largo de este tiempo pasado, pocas veces había podido lograr que ese nombre no se colase en su mente, así que se obligaba a no recordarlo.

Cuando llegó a la finca de campo, la casa principal estaba prácticamente en ruinas. Joaquin se había ocupado de buscar buenos hombres para rehabilitar el edificio. Hacían un buen equipo, eso era indiscutible. También contrataron más personal para el correcto funcionamiento de las dependencias.

April estuvo a punto de marcharse de allí en cuanto vio la apariencia del lugar que sería su residencia por un tiempo limitado. Se horrorizó. El matrimonio que vivía en la casa de los guardeses era la única ayuda con la que se podía contar.

No había nada allí. Todo estaba ruinoso, sucio y olvidado. Era como si lord Albans le hubiera hecho el mismo daño a esa preciosa edificación de sesenta dormitorios que a ella.

El señor Swift le dijo que era mejor así, pues no era bueno que una persona no tuviese una ocupación, y puesto que ella era la condesa de Albans le correspondía poner en orden los asuntos de su esposo en su ausencia. Las primeras tres semanas pasaron en un abrir y cerrar de ojos hasta que todo cambió y su vida dio un nuevo giro inesperado.

Bueno, acceder a ese desastroso matrimonio no estuvo tan mal, pudo haber sido mucho peor. Esa fue la frase exacta en la que pensó cuando, ataviada en un sencillo vestido de mañana de fondo blanco y pequeñas flores marrones, ingresó en el comedor para desayunar.

Un niño, de nombre Peter, que estaba en un lateral de la mesa saltó de su silla para ir directamente a sus brazos.

—Buenos días, mamá. —Peter le dio un beso en la mejilla. A April se le calentó el corazón con esa muestra de afecto que el pequeño tenía con ella cada mañana. Era maravilloso. Ese tesoro le había

devuelto la luz y la claridad. Llegó a su vida para iluminar sus sombras y… Oh, sí, bienvenido fue, porque todo se hizo más fácil.

—April. —La saludó Joaquin con un movimiento de cabeza mientras se ponía de pie para recibirla.

—Querido, te he dicho que no hace falta que te levantes cada vez que me ves entrar en una estancia —lo regañó con afabilidad April.

—No puedo olvidar que eres una condesa —insistió con caballerosidad.

—No seas absurdo, ambos sabemos que ese título tiene los días contados. —La pelirroja movió la mano para restar importancia.

El señor Swift se rio con ligereza. April llevó al pequeño Peter de nuevo a la mesa. Habían construido una familia de lo más variopinta, pero era, al fin y al cabo, una familia.

—Mamá —tomó la palabra el niño.

—¿Sí, tesoro? —respondió ella con otra pregunta mientras acariciaba el pelo oscuro del niño.

—Hoy saldremos a montar.

—¿Saldréis? ¿Quiénes? —inquirió con una sonrisa April.

—Joaquin y yo —respondió Peter.

—Eres demasiado pequeño para montar en un caballo. —No se arriesgaría a que al niño le sucediese algo.

—He traído un poni —advirtió el señor Swift—. Iremos con cuidado —señaló tratando de tranquilizar a la pelirroja.

—No creo que sea buena idea. Los caballos, sean del tamaño que sean, son peligrosos. —Cuando el pequeño y Joaquin se alineaban contra ella, April siempre perdía.

En ese momento de la conversación, April, quien todavía no había tomado asiento en la cabecera de la mesa, vio al señor Swift levantarse a toda prisa para recibir a la institutriz de Peter. April se sonrió. El señor Swift no era demasiado delicado a la hora de mostrar sus atenciones a una dama. Tal vez debería hablar con él y orientarlo para que no resultase tan rudo en sus formas. La señorita Marian Quinn entró al comedor un poco azorada.

—Buenos días, lamento el retraso. Yo… suelo ser muy puntual. No volverá a pasar, *lady* Albans —trató de disculparse por haberse levantado tan tarde.

—Señorita Quinn —tomó la palabra Joaquin—, no se disculpe, lleva dos días acatarrada. *Milady* —dijo en alusión a April— comprende que necesitaba un poco de descanso.

—Desde luego, señorita Quinn —estuvo de acuerdo la condesa—. Y es por eso que le ordeno que tome su desayuno y regrese de inmediato a su habitación para recuperarse del todo.

—No, no. De ninguna manera puedo seguir obviando mis obligaciones —expuso azorada la joven de pelo rubio y ojos marrones que se ocupaba del niño.

—Está bien. —April sabía que la muchacha era cabezota—. Puesto que hace un día maravilloso, saldremos a dar un paseo todos juntos y Peter tomará sus lecciones fuera.

—Pero… —comenzó a oponerse la institutriz.

—No discuta. —April usó un tono condal que había descubierto que tenía mientras las obras se llevaron a cabo. Vio al señor Swift sonreírse—. Señorita Quinn, la veo un poco pálida. Puesto que tal vez no esté recuperada del todo, no quisiera que el niño pudiera correr el riesgo de acatarrarse también en caso de que su enfermedad no haya remitido, creo que lo más sensato es que el señor Swift la acompañe a dar un paseo para que el sol cale en sus huesos. Sí. Peter y yo tenemos que terminar una pintura, así que será mejor que salga y dé un tranquilo paseo mientras el niño y yo nos dedicamos a la pintura… ¿Le parece bien, señor Swift? —preguntó ella con una brillante sonrisa. Se sentía un poco malévola, porque la maestra estaba sonrojada ante la orden.

—Será un placer. En cuanto la señorita Quinn lo desee, saldremos a dar una ligera caminata —se ofreció, con una mirada de agradecimiento que dirigió a la condesa.

—¡Pero hoy íbamos a montar en poni! —se quejó el niño. April suspiró. Para tener seis años, Peter era del todo autoritario, aunque no hacía falta pensar demasiado para intuir de quién había heredado

esa cualidad. Alex era tanto o más tirano que el pequeño en sus formas y pensamientos.

—Saldremos esta tarde, después de comer —propuso el señor Swift.

—¿Me lo prometes? —inquirió receloso el niño.

—Desde luego que sí —dijo el hombre, mientras levantaba una mano en señal de promesa.

—Bien. Habré de confiar en ti porque cuando llegue mi padre deseo que sepa que ya sé montar. —A April se le llenó el corazón de ternura. Peter estaba siempre interesado en las cuestiones que involucraban a Alex, y ella trataba de retratarle al conde de la mejor manera posible para que el niño se hiciera una idea de su progenitor.

Fue a las pocas semanas de haber llegado a la finca cuando *lady* Montgomery se presentó en su puerta portando a Peter de un brazo. En aquel momento le pareció un niño demasiado pequeño y delgado. Su constitución había cambiado con el paso de los meses. Ya no era aquel pequeño enclenque. No. Ahora crecía sano y fuerte.

El impacto de ver a esa mujer con un niño a su lado… No hizo falta que la condesa viuda explicase una sola palabra, porque ver el pelo negro de Peter y sus pequeños ojos tristes marrones… Era su hijo. Su bastardo, le informó la viuda. El señor Swift, que en ese momento estaba a su lado, se enfureció por la osadía de esa mujer al traer al niño a casa de la esposa de lord Albans.

Joaquin la mandó echar de allí. La amante de su esposo dijo que el niño no la acompañaría y que hicieran con él lo que quisieran, porque ella ya no se responsabilizaría más. Lo dejó en la puerta y comenzó a andar hacia su carruaje. A April se le rompió el corazón en mil pedazos. Bastardo o no, ¿qué clase de mujer podría abandonar a su suerte a su propio hijo? Una que no tenía prejuicios. Cuando la pelirroja fue capaz de comprender la situación y recuperar la compostura, frenó el avance del señor Swift, quien ya iba detrás de *lady* Montgomery, y tomó al niño en sus brazos. Cuando la mirada de ambos se cruzó, al ver el pánico en los tiernos ojitos de esa criatura supo que no podría dejarlo desatendido.

El niño se mostraba reticente y apenas hablaba. Quemaron sus ropas raídas y le dieron un buen baño. Con el paso de las semanas, el pequeño empezó a tomarle confianza, porque April se mostraba paciente y comprensiva con él. Esa criatura no era culpable de los pecados de sus padres. No. Ese niño nunca estaría solo, si es que ella tenía algo que decir al respecto. Tardó seis meses en afianzar su relación, y el niño la llamaba y la trataba como si fuese su propia madre.

Peter le dijo que había estado en una escuela donde no lo trataban bien y que *lady* Montgomery fue a recogerlo porque le dijo que ya no iba a pagar ni un penique más por él. Le comentó que era momento de que su padre se hiciera cargo de él.

Alex era padre. April no se sorprendió. Era la consecuencia lógica que podría suceder entre dos amantes. Mentiría si no dijese que durante los primeros días los celos se la llevaron a los infiernos. Ella hubiera deseado tener un hijo con su esposo, con ese del que hacía más de un año y medio que no tenía noticias. No sabía cuánto tiempo más podría seguir en tierra de nadie. Se había ocupado de todos los asuntos de lord Albans con suma eficiencia, dejaría su casa preciosa para cuando él regresase para echarla a la calle y repudiarla. Tanto estaba preparada April que ya había decidido mudarse al norte de Inglaterra. Ella era una mujer, pero una muy eficiente con las cuentas. Sabía de telas, sabía de números, por lo que le había pedido al señor Swift un poco de ayuda para instalarse en un lugar donde la industria textil estaba en auge. Por las noches, cuando Joaquin venía a visitarlos, y venía mucho desde que ella contrató a la institutriz, lo desafiaba a permitirle que le demostrase que una mujer sería igual o más eficiente que un hombre a la hora de regir un negocio. Joaquin no ponía en duda sus palabras porque bien sabía del carácter de la pelirroja, aunque sí le pedía cordura porque el mundo no estaba preparado para que una fémina se ocupase de asuntos que todavía le pertenecían a los hombres. Le agradaba. Le gustaba mucho el pensamiento liberal de él con

respecto a las mujeres. Había sentido que el señor Swift la trataba casi como a una igual.

En sus muchas charlas departían también sobre la igualdad que las personas, independientemente de su riqueza, clase, sexo o raza, deberían tener. La ley estaba lejos de poder atender estos principios que para April eran del todo primordiales. El germen lo había instaurado en su cabeza su padre. El señor Sunne, desde bien pequeña, le había dicho que todas las personas debían valerse por sí misma en las cuestiones lógicas, éticas y comerciales, porque si bien él la proveería de recursos y le buscaría un esposo digno, solo de ella dependía poder ser una mujer inteligente en cuanto a la vida se tratase. En su momento no lo entendió, más porque su padre había solicitado que sus hijas aprendieran canto, baile, costura, pintura —disciplina en la que April sobresalía— y lenguas modernas, pero también a formarse en cálculo, álgebra y filosofía. Incluso Judith y April habían ayudado en las cuentas del negocio en alguna ocasión, un hecho que había servido para que su padre comprobase el avance de ellas en estas cuestiones. Las discusiones con su padre sobre Platón también eran entretenidas.

Y fue por la educación que ella había recibido de su padre que, cuando Peter llegó, solicitó a una agencia de colocación de Londres que le mandasen a una excelente institutriz. Cuando la señorita Marian Quinn arribó, le agradó mucho su sencillez, porque más allá de la disciplina esa mujer también era capaz de mostrar un alma piadosa. Era bonita, grácil y muy práctica. Tanto que el señor Swift quedó prendado de ella en cuanto la vio. ¿Cómo lo supo April? Porque él no consiguió emitir una palabra ocurrente en los primeros cuatro días en los que la maestra estuvo residiendo en su casa. Y, por ese motivo, por la institutriz, el bueno de Joaquin decidió comprar la finca adyacente a la suya.

El ruido de la silla que ocupaba el señor Swift trajo a April de nuevo a la tierra. Cuando terminaron el desayuno, el señor Swift se llevó del brazo a la institutriz. Realmente hacían una pareja preciosa.

April no era boba, la señorita Quinn no era inmune a los encantos de su buen amigo.

April se acercó a la ventana. Los jardines de la mansión estaban resplandecientes. Cuando se marchase de allí lo que más añoraría serían los paseos al aire libre. La gente del pueblo también era muy amable y los vecinos la apreciaban. La llegada del niño había causado cierto revuelo, pero nadie se atrevía a preguntar el parentesco de Peter, pues sospechaban que sería hijo ilegítimo de su esposo.

No. April cambió su razonamiento. Lo que más iba a echar de menos cuando su esposo la despojase del título, la casa y el resto de las cosas a las que tenía derecho por ser *lady* Albans, sería a Peter. El niño debía permanecer junto a su padre y ella no podía llevárselo.

Como si el pequeño estuviera leyéndole el pensamiento, llegó hasta ella para abrazarla por la cintura. April le acarició el cabello.

En ese momento, aparecieron en su campo de visión el señor Swift y la señorita Quinn. Paseaban animadamente entre los verdes jardines.

—¿Se casarán? —lanzó la pregunta al aire el niño.

—Yo creo que sí. Es cuestión de poco tiempo que el señor Swift le haga su ofrecimiento. —Estaba segura de que así sería.

—La echaré de menos. —A Peter le gustaba que ella no usase una vara para profundizar en sus lecciones como hacían en el internado.

—Yo también. —La mirada del pequeño llegó hasta sus ojos.

—No importa que se vaya. Siempre que te tenga a ti, estaré bien —apuntó el niño con verdadera sinceridad, mientras se aferraba con mayor efusión a esa mujer a la que llamaba madre.

Los ojos de April se llenaron de lágrima que se derramaron. Sería difícil dejarlo atrás.

—Es momento de que vayamos al estudio. Ese cuadro no se terminará solo. —La condesa estaba enseñándole a dibujar y a pintar. El muchacho tenía mucho interés y grandes posibilidades para poder convertirse en un excelente pintor, en especial porque había

nacido con predisposición y con el sexo adecuado para serlo, pues los hombres podían aspirar a todo un gran abanico que era privado a las féminas.

—Sí, sí. A ti te queda poco para terminar el tuyo y al fin podré imaginar cómo es mi padre.

April había hecho un cuadro que pondría en el despacho de él, a modo de bienvenida, para cuando Alex decidiese regresar. Cada día desde que llegó al campo pensaba en la posibilidad de que regresase para verlo. Luego recordaba lo que podría ocurrir cuando llegase, lo que perdería, y deseaba que ese momento tardase en producirse.

Un lacayo llamó a la puerta. Se acercó solemne con una bandejita de pequeñas dimensiones en la que había una nota. El niño salió corriendo.

—Te espero en el estudio, iré prepararon las cosas. —Peter avisó a April de sus planes.

—Muy bien, pero no empieces hasta que yo llegue. —Era demasiado ansioso y podría causar un estropicio sin querer.

April le dio las gracias al sirviente y comenzó a abrir la misiva.

«Tu esposo ha regresado a Londres.
Tu padre, Mark Sunne».

Eran las sencillas palabras que daban inicio al fin de la estabilidad. Casi era cómico que él regresase en el momento en el que todo en su vida comenzaba a tener sentido. Pero así era lord Albans, nunca había tenido el don de la oportunidad.

April llegó hasta la silla más próxima y tomó asiento mientras las lágrimas comenzaban a derramarse buscando desahogo y tranquilidad. Pasados unos minutos se secó las lágrimas y trató de contener su corazón desbocado. El destino todavía tenía planes para ella y April no estaba deseosa de ir a buscarlo.

Tomó la decisión de seguir tal y como había estado hasta el momento: tranquila y abandonada en el campo.

Si lord Albans había regresado, le correspondía a él venir a aclarar las cosas con ella. Sí. April decidió que aguardaría el siguiente movimiento de él con cautela. Si los papeles de la demanda de la anulación llegaban los firmaría sin dar problemas, porque era lo que ella también deseaba. Acordaría algún tipo de régimen de visitas para mantener el contacto con el niño al que había llegado a considerar como su propio hijo y se marcharía sin mirar atrás.

Un año y medio le había costado regresar a casa. No era tanto tiempo. En su fuero interno hubiese deseado que hubiera sido más. Bien. Era el momento de seguir con su rutina y eso fue precisamente lo que hizo.

Pasaron otros tres meses desde aquella noticia y su esposo no había dado señales de vida. Lo que sí comenzó a avanzar fue el cortejo del señor Swift, tanto que la señorita Quinn le había pedido unas semanas para marcharse a su casa y hablar con sus padres sobre su futuro casamiento con el empresario.

***

Y todo siguió en orden. La tranquilidad y armonía eran dulces en la finca de lord Albans. Al menos la paz llegaba cuando el correo venía sin noticias de él. Pero una mañana la cosa cambió. Un carruaje que April bien conocía había enfilado el camino principal de la casa. Desde su habitación tenía una buena vista de lo que acontecía. Se preparó para bajar y enfrentar al señor Sunne. No estaría contento por haber dejado desatendidos sus negocios. Algo grave debía suceder para que su progenitor la visitase. En este tiempo de reclusión en el campo April no había recibido visita alguna, y lo agradecía, porque no quería dar explicaciones ni enfrentar el pasado o futuro. Pero los planes del designio eran otros y, en estos momentos en los que se encontraba frente a su padre,

April se dio cuenta de que la paz había llegado definitivamente a su fin.

—April, no estoy contento. No lo estoy en absoluto —dijo el hombre con el rostro severo después de los saludos cordiales.

—Padre, me alegro de verlo. Es un placer saludarlo después de tanto tiempo. —April le tuvo que recordar así que las formas usadas no eran correctas.

—Soy un hombre ocupado. Hace meses que te dije que vinieras a Londres.

—¿Me dijo qué? —No recordaba nada así.

El señor Sunne le dio una mirada de reprobación.

—Tu esposo está en la ciudad. Tu lugar está a su lado.

La expresión de April se tornó más oscura.

—Uhm. ¿Así que usted mandó unas sencillas letras y yo debía correr para recibir a mi *amado* —arrastró la palabra— esposo? —Ironizó con tanta profundidad que el señor Sunne supo que ella era hija suya desde la cabeza a los pies.

—El lugar de una mujer es estar al lado de su esposo —zanjó el problema.

—Ajá. Ese es el lugar natural de una mujer que se sabe apreciada y correspondida —debatió con resolución—. Ahora, si hace el favor de pasar, se quita el sobretodo y me acompaña a la salita para tomar un…

—No tengo tiempo. Debo regresar a Londres de inmediato y tú vendrás conmigo —acotó Mark con su característico tono autoritario.

—No —negó con suavidad pero de forma enérgica.

Su padre abrió completamente los ojos para mirarla bien.

—¿Cómo has dicho?

—Estoy en mi casa. —Al menos por el momento, pensó—. Yo no abandoné a nadie. Lo siento, padre. No pienso ir a Londres.

El hombre se acercó hasta ella con aire amenazante. April no se movió ni un poco.

—April. Tu esposo…

—Me parece, señor Sunne —cuando se enfadaba con él usaba la formalidad—, que no vamos a sacar nada en claro con respecto a ese asunto. No voy a ir a ninguna parte. —Se mostró completamente irreflexiva y segura en sus palabras.

—Ya veo… —expuso enigmático—. Si esperas a que él venga a suplicar tu perdón me temo que no…

—Nada de eso, padre. Sé muy bien a qué ha regresado mi esposo —refutó con la nariz levantada—. Solo estoy esperando a ver cuánto le cuesta llevarlo a cabo. Hace largo tiempo que aguardo lo que sé que él va a solicitar. Veamos si es tan valiente para hacerlo. Tampoco hace falta que yo le recuerde que se lo pedí hace meses también y usted desatendió mi solicitud… —Ella había pedido una cosa a su padre y el señor Sunne no le había hecho caso en su momento.

—¿Qué crees que quiere tu esposo?

—Pregúnteselo a él. Aunque imagino que lo mismo que yo.

—April, siempre has tenido demasiado carácter, pero harías bien en recordar con quién estás hablando.

—No es mi intención faltarle al respeto —le aseguró humildemente—, lo que necesito que comprenda es que no soy yo la que debe ir en su busca.

Se hizo un silencio muy ensordecedor. Su padre la escrutaba.

—Eres demasiado obstinada. No puedo culpar a tu madre por ello, porque llevas mi sangre —se sonrió de lado—. Debes venir a Londres, tu esposo ha tenido un accidente y necesita tus cuidados.

El corazón dejó de latirle por un instante.

—¿Está bien? —No deseaba que nada malo le sucediera. Nunca lo deseó y jamás lo desearía.

—Sigue vivo. Eso sí lo sé, lo demás… Poca información. Se ha atrincherado en su casa y no permite a nadie ingresar para ver qué le sucede —expuso con pesar.

—¿Qué le pasó?

—No lo sabemos. Un accidente, pero nadie arroja un poco de luz. Sucedió a los pocos días de llegar a Londres. La duquesa de Cass

está destrozada y el duque ha intentado incluso asaltar la casa. Tu esposo es más terco que tú —añadió con reprobación.

April carraspeó incómoda. Se tomó unos minutos para valorar la cuestión.

—Bien. Le agradezco las novedades, padre. Pero lamento no poder ser de más ayuda.

—¿Cómo has dicho? —inquirió el comerciante al leer la negativa subyacente.

La pelirroja se armó de valor. No pretendía desairar a su padre, pero era imperativo que entendiese que ella no estaba dispuesta a claudicar.

—Si mi esposo necesitase de mis… cuidados, o si hubiera necesitado del apoyo de su esposa, él mismo me habría escrito. Puesto que nada de eso me ha sido transmitido, debo entender que lord Albans sigue estando mucho mejor sin mis interrupciones. ¿No cree? —Lo desafió con la pregunta.

—¡Eres su esposa! Tu obligación es estar a su lado y velar por él. A ti no podrán negarte el paso en su casa —explotó el hombre.

La pelirroja se cogió ambas manos y lo miró con seriedad y calma.

—He dicho todo lo que debía decir al respecto. —Decidió terminar con la discusión.

El pequeño Peter, cuyo último grito del señor Sunne lo alertó, se presentó de inmediato en medio del recibidor. En una actitud muy amenazante se colocó delante de April dispuesto a reprender al intruso.

—¿Te está molestando? —preguntó sin dejar de mirar a ese hombre que tenía enfrente y que se veía muy severo y gruñón.

April suspiró, hubiese preferido que el niño no se dejase ver.

—Es mi padre, Peter. No me está molestando. Al menos, no siempre —dijo para tranquilizar a su pequeño guardián, mientras miraba al señor Sunne para evaluar su reacción al ver al niño.

Entonces la cara del muchacho cambió por completo. Exhibió una gran sonrisa bajo la atenta mirada del padre de la condesa.

—Es un placer conocerle, abuelo. —Estaba feliz de conocer a más familiares.

El señor Sunne se atragantó con su propia saliva. April comprendió la sorpresa.

—El pequeño Peter es hijo de mi esposo, padre. *Lady* Montgomery tuvo la buena idea de dejarlo a mi cargo antes de dejar Inglaterra—. La viuda le dijo que se marchaba y que nunca regresaría al reino.

—Entiendo… Tu orgullo no te deja ver más allá. —La negativa de su hija era comprensible.

—No. No lo entiende, padre —atajó al ver por dónde se encaminaban los pensamientos del comerciante.

El señor Sunne se puso de cuclillas para mirar al chico. Le sonrió y acarició el pelo en un gesto de humor. April pensó que le daría un taque al corazón. ¿Su padre tenía ese tipo de atenciones con los niños? Con su hermana y con ella nunca se mostró tan accesible.

—Me alegra ver que la protección de mi hija está en tus capaces manos, muchacho. —El padre de April se incorporó y la miró a ella—. No te demores demasiado en venir a Londres. Sabes bien tus obligaciones.

—¿Se marcha tan pronto? —preguntó la condesa al ver que su padre se daba la vuelta.

—Sabes que mi fortuna no se gestiona sola. No puedo perder ni un minuto más —le informó.

—Delegue en alguien. Ya no es un jovencito, padre. En algún momento debe relajarse un poco —se permitió opinar con valentía.

—Un hijo es lo que me hubiera hecho falta para que eso fuera posible. —El hombre que había iniciado el camino hasta la puerta de salida, se paró y se dio la vuelta para inspeccionar al chico. —¿Eres bueno con los números?

—Sí, señor —respondió Peter.

—¿Mi hija te está enseñando lo que ella misma sabe sobre el negocio textil?

—Sí. La seda es lo que más se cotiza porque es más valiosa —explicó con sencillez el niño.

—Muy bien. Tal vez no todo esté perdido y ese descanso que merezco no tarde en llegar —apuntó mientras miraba al pequeño Peter con una esperanza que April bien reconoció—. Cuídate, hija mía —se despidió, antes de salir por la puerta.

—Adiós, padre.

Cuando se quedaron solos, el niño miró a la que a todos los efectos desempeñaba el papel de madre.

—¿Qué ha querido decir?

—Peter, me temo que mi padre ve en ti su futuro.

—¿Qué?

—Mi padre posee un gran imperio. Si sabes jugar bien tus cartas, puedes lograr ganárselo. —La condesa no sabía los posibles planes que Albans tendría con su hijo, pero sí había vislumbrado las intenciones de su padre. En cuanto el niño lo desafío sin miedo, y el señor Sunne más parecía un ogro furioso que un hombre sensato, supo que no le pasaría desapercibido. Oh, sí. Hijo ilegítimo de un conde, el señor Sunne le daría una buena ocupación que haría inmensamente rico e independiente al niño en caso de que Alex lo permitiera.

El pequeño no entendió demasiado el sentido de lo dicho, pero sí sabía que imperio era una palabra demasiado buena como para dejarla correr. Bien. En otro momento averiguaría algo sobre el padre de la mujer que lo cuidaba tan amorosamente.

***

Y los días siguieron su curso natural sin que nada cambiase. La señorita Quinn habría regresado y el señor Swift pasaba más tiempo del debido en su casa, pero no importaba porque ellos dos, junto con el niño, le daban confianza y los consideraba su familia. No

obstante, esa sensación de que algo iba a cambiar no dejaba de causarle estragos.

Entonces fue cuando lamentó que sus instintos siempre estuviesen acertados. Otra mañana, *lady* Albans se vio sentada en su preciosa salita lila, ofreciendo el té a la duquesa de Cass mientras ésta alababa el trabajo llevado a cabo en la casa por ella.

La duquesa de Cass bebió su té de un solo trago y April supo que venía a pedirle algo.

—Mi hijo te necesita. —Ahí estaba. Otra enviada por la providencia que le decía lo que se esperaba de ella.

—Su hijo, excelencia —respondió April con calma—, ha demostrado que no necesita nada ni a nadie.

—April… por favor —comenzó a implorar la duquesa ante el recuerdo evocado.

—No. Por favor, no lo haga. No lo vuelva a hacer de nuevo. —La pelirroja respondió con una nueva súplica.

—Sé que tienes derecho a negarte. Comprendo que las cosas no han sido fáciles para ti.

—No, duquesa. Usted no comprende lo que supuso aceptar un compromiso, una boda, que hundiría mis esperanzas y anhelos.

—Pero tú lo amabas —rebatió con presteza la duquesa de Cass.

—Exacto. En ese tiempo. En pasado. Las cosas, cuando se aman se cuidan, se protegen, se lucha por ellas. Su hijo ha dejado muy claro lo que yo supongo para él. No pida mi ayuda, excelencia, porque ambas sabemos que yo he hecho todo cuando he podido y más por él. Arriesgué mi propio corazón y mi felicidad. En el camino quedaron los añicos. Sigo aquí. Cada día en el último año y medio me he levantado temiendo el día en el que él apareciese para arrebatarme lo que he construido. Plenamente consciente de que esta no sería mi casa, la alcé desde cero para darle forma.

—April… —La duquesa volvió a agarrar su mano como hizo en el pasado.

—Oh, *milady*. Esa petición que va a volver a hacer no surtió efecto en el pasado. No haga las cosas más difíciles. —No podía

volver a verlo. No cuando la había dejado abandonada. No cuando él había regresado al reino y no se había preocupado por ella. Alexander no la quería o necesitaba.

—Lo sé. Sé lo que implica amar a un hombre como Alexander. Pero él ha regresado a Londres. ¿No tienes curiosidad al menos por saber el motivo de su regreso? ¿Y si eres tú, April?

April se rio con ligereza.

—Me temo que si eso fuese verdad yo habría tenido a mi esposo ante mis narices nada más llegó. Así que debo suponer que él está averiguando qué debe hacer.

—¿A qué te refieres? —Anne había perdido el hilo de la conversación.

—Usted estaba aquel día cuando nos sorprendió conversando. Su hijo vendrá a casa en cuanto tenga en su poder la nulidad. Yo habré perdido un largo año de mi vida. Mi reputación será tal que no podré volver a mostrarme en público sin esconder la cabeza. No, excelencia. Me parece que yo no tengo nada que ver con su hijo. —Dolía. Lo que más dolía era pensar en que no podría seguir viviendo con Peter asiduamente.

La duquesa de Cass se puso de pie. Le ofreció una mirada de compasión.

—Tu padre prácticamente me ordenó venir. Yo hubiera venido mucho antes, pero no me atrevía por cobardía, pues sabía que estabas sufriendo y era Alexander la causa de tu mal. El señor Sunne me dijo que si no era capaz de convencerte nadie lo lograría. Yo le avisé, ¿sabes? Le dije que eras una mujer dolida y que tenías toda la razón del mundo. Era lógico que te negases a auxiliar a mi hijo, porque nunca te ha dado motivos para creer en él. Sé muy bien que te abandonó sin mediar una explicación. Fue un acto cobarde y cruel. Comprendo tu posición, April. Tengo dos hijas. Sé lo que se sufre cuando dañan a una hija, porque tú eres mi tercera muchacha. Aunque debes reconocer que una madre no puede ni debe abandonar a su suerte a su propia carne y sangre. Alexander sigue siendo mi hijo. Lo amo y es mi deber preocuparme por él. Me ha

negado la entrada a su casa. No permite que mi esposo, tu padre o yo sepamos qué le pasa. En Londres se dice que está desfigurado…

April cerró los ojos. Su precioso y hermoso rostro…

—¿Qué pasó? —inquirió con preocupación.

—Un accidente, pero nadie lo sabe. Es muy frustrante. Tanto que, sabiendo que no tenía derecho a volver a solicitar tu ayuda, he venido con humildad dispuesta a suplicarte. April… Si tan solo él tuviera una buena enfermera que lo atendiese… Le mandamos una y tampoco la dejaron entrar. Estoy desesperada por mi hijo.

April se levantó de la silla y se acercó a la ventana. El señor Swift, la institutriz —quien ya era oficialmente su prometida—, y Peter estaban fuera, en la parte de atrás de la casa donde daba la vista de esa estancia. El niño estaba subido al poni y cabalgaba con relativa facilidad. Ese niño era, para su juventud, demasiado diestro en todo cuanto emprendía.

—Venga aquí, excelencia. Acérquese a la ventana, por favor —solicitó April. La duquesa avanzó rauda ante la petición. Las tres figuras que conversaban y se divertían afuera captaron la atención de Anne.

—¿Es el señor Swift?

—Así es. La mujer que está observando es su prometida. La institutriz que contraté para el niño.

—Uhm —expuso la duquesa sin saber qué estaba viendo exactamente.

—Pregunte quién es el pequeño. —Imaginaba que su invitada tenía la pregunta en la punta de la lengua, pero no se atrevía a exponerla.

—¿Quién es? —quiso averiguar motivada por una sincera curiosidad.

—Hasta donde yo sé, es su nieto, excelencia.

La reacción de la duquesa fue la de abrir la boca y los ojos con asombro.

—¿Qué pretendes decir?

—Es hijo de Alexander y de *lady* Montgomery.

—¿Estás segura?

April se sonrió igual que lo haría el señor Sunne.

—Esa pregunta debería responderla el supuesto padre, no yo.

—Lo siento… —se disculpó de inmediato. Esa teoría sobre la paternidad de Alexander era más que plausible.

—No. No se disculpe, ni me compadezca, porque esa criatura ha hecho que cada día me levante de mi solitario lecho llena de felicidad. Está equivocada si cree que el niño supone el recuerdo constante de la traición de mi esposo. No. Peter tiene casi seis años, yo no pensaba en esos términos en Alexander cuando fue concebido. Es decir, no lo veía como el hombre al que amaba. Peter. Lo siento como mi propio hijo. Ese muchachito ha conquistado mi alma y mi corazón. El parecido es asombroso. Sea o no hijo de Alexander, él me llama madre y yo lo permito con orgullo. Cuando su hijo venga me arrebatará muchas cosas, excelencia, pero la que más daño me hará es Peter. Y por el hijo de mi esposo, por Peter, es que yo la ayudaré. Entiendo su preocupación por su sangre, por su carne, como bien ha dicho. Peter no es mi hijo, pero yo haría cualquier cosa por él.

—April… Gracias, gracias, gracias, gracias. —La duquesa le sujetó las manos en señal de gratitud eterna.

—No las dé tan deprisa, excelencia. Mi ayuda tiene un precio.

—Lo que sea, lo que desees. Por favor…

April cruzó la mirada con la madre de Albans.

—Quiero la nulidad de mi matrimonio.

La duquesa dio un feo alarido. Un silencio se instauró entre ambas.

—No es seguro que mi hijo planee hacer eso —expuso con mucha cautela Anne.

—Llevo mucho tiempo meditando con atención. No es tan descabellado que una esposa pida la nulidad.

—Lo es, April. Es del todo inadecuado y escandaloso. —Sería el fin social de la pelirroja.

—Entonces será mejor que el duque de Cass sea lo bastante importante como para poder mediar en el conflicto, duquesa, porque si considera que mi petición es del todo descabellada, las razones a las que aludiré son todavía más ofensivas… para su hijo.

—¿Qué insinúas?

—Una esposa debe ser tomada en la noche de su boda. No antes. No después —confesó con entereza.

—No mientas, April —la acusó enfadada—. Todos sabemos que a la mañana siguiente despertaste en el lecho del conde.

—Sí, pero un médico certificará con exactitud que mi virginidad sigue en el lugar donde Alexander la dejó. —April la desafió con la mirada.

—Es imposible —dijo con horror. Estos años había estado tranquila porque resultó un compromiso nefasto, una boda más desagradable aún, pero el trabajo estaba hecho y sellado. Su hijo y su nueva hija yacieron en el mismo lecho.

—No miento. Nunca lo he hecho y nunca lo haré, excelencia. Ahora es el momento de decidir si acepta mis términos. Mi ayuda con su hijo a cambio de mi libertad. Deseo recuperar mi vida, marcharme lejos y comenzar de nuevo.

—Pero mi hijo… te necesita… Eres su esposa —apostilló con cierta inseguridad la madre del conde.

—Lord Albans agradecerá que otro le haga el trabajo sucio. Se lo garantizo. En cuando yo me haya ido, él se verá libre del yugo del matrimonio. Siempre ha sido así. Un hombre sin ocupación, sin valentía, caprichoso. —Lo había estado meditando largo y tendido. Lo único que se le ocurría para que él no viniese a visitarla era que no se atrevía a exponerle la verdad sobre su falso matrimonio. Ella le haría las cosas más fáciles. Nada los unía. Ni una sola cosa los tenía que seguir atando. Lo mejor sería que cada uno se marchase con un poco de dignidad intacta… pese a que en el caso de April poco quedaba ya de eso.

—Lo siento tanto, April. De verdad, quise que nada saliera de esta manera. Yo en verdad creí que él… Os observé, él te miraba

como si…

—No trate de justificar su ardid. Hace tiempo que la perdoné por la encerrona. Aquella carta que recibí para que me citase con el señor Swift en el despacho… Lo que me pregunto a día de hoy es cómo se las ingenió para hacer que su hijo estuviera en ese lugar.

—April, nunca escribí ninguna carta. Te lo dije antes de que te marchases de Londres. No mentía. Tampoco hice que mi hijo esperase allí —se sinceró la duquesa—. Cuando me dijiste que no ibas a tenderle una trampa a mi hijo acepté, con verdadero disgusto, tu decisión. Me resigné a tus deseos, pero cuando vi la oportunidad… No sé qué, quién o cómo sucedió. No fui yo, pero tampoco lamento que te casases con él. —Hubo un minuto de silencio reflexivo. April sí la creía, pero no entendía quién pudo haberles tendido la trampa a ambos—. Ayuda a mi hijo del modo en el que creas oportuno, estamos muy preocupados por su salud, y cuando consigas traerlo de vuelta a nosotros, a su familia, el duque de Cass moverá cielo y tierra para que tengas el pago que has exigido. Solo espero que no te arrepientas de tu decisión, *lady* Albans.

—Lo que ambas debemos esperar es que yo pueda entrar en la casa de mi esposo, pues usted y yo sabemos que, por mucho que desee ayudarlo, la última palabra la tiene su adorado hijo. Eso siempre ha sido así. —April regresó la mirada al niño.

La duquesa no sabía qué decir, así que dijo lo más sencillo:

—Gracias, April. ¿Puedo ir a conocer a mi nieto?

—Debería hacerlo. Peter le agradará mucho.

—¿Alexander lo sabe?

April despegó sus ojos del niño y miró a Anne.

—De nuevo, no soy yo la indicada para contestar a esa cuestión. Pero si se refiere a si yo le he hablado del niño, no lo he hecho. Y no ha sido por falta de ganas, el niño se muere por conocer a su padre. Sencillamente, mi esposo obvia tanto mi existencia que no considero oportuno molestarlo con el recuerdo de mi persona…

—Duras palabras, April —observó con comprensión la duquesa.

—Pero ciertas —repuso con convicción.

La duquesa de Cass cabeceó afirmativamente.

—Gracias. Sé que harás lo mejor para mi hijo. Iré a conocer al niño. Siento no haber venido antes, April. En mi defensa diré que en todo momento supe que estabas bien, pues tu padre no dejaría que nada malo te sucediera.

—Es cierto. Mi padre sigue teniendo que cuidar de mí porque mi esposo no cumple, ni cumplirá nunca, con su función. —April sabía que no debía cargar contra la duquesa de Cass, más cuando ella no necesitaba la protección de nadie. Aun así, el dolor que sentía en su interior estaba más vivo que nunca.

La duquesa no se atrevió a replicar, entre otras cosas porque no podía ni debía hacerlo. April era una mujer despechada, abandonada. Se había hecho cargo del hijo bastardo de un esposo que no la había tratado bien. No. La duquesa de Cass no tenía derecho a responder nada al respecto, porque la generosidad de esa pelirroja, que con el paso de los años se había vuelto más dura y bonita, era del todo admirable.

Capítulo 10

Una improvisada enfermera

April se detuvo frente a la casa que la duquesa de Cass le había dicho que era de su esposo. ¡Vaya! Buen gusto sí poseía. Nada que ver con la que le dejó en el campo… La edificación tenía unas columnas inspiradas en Grecia, que dejaban bien claro que era una mansión muy cara. Que estuviese situada en Mayfair también le dio buena cuenta de la fortuna que él había desembolsado en la compra, si es que la había adquirido. En caso de que fuese rentada, también costaría un buen dinero.

Bien. Había llegado hasta aquí y era momento de darse a conocer. Desfigurado, tuerto, manco o mudo, Alex era su esposo y ella tenía derecho a enfrentarlo y averiguar el problema que había con él. No estaba nerviosa, porque Alexander ya no podía hacerle más daño del que ya le había infligido. Era imposible y April estaba preparada para mostrar su indiferencia y desdén. Con algo de suerte, el asunto quedaría resuelto en pocas horas. Tal vez incluso el conde, al verla, le dijese que su matrimonio estaba acabado y la despachase en un abrir y cerrar de ojos.

Mientras sus pensamientos vagaban sobre la reacción que su esposo tendría al encontrarla, un sirviente muy sereno le abrió la

puerta principal. Cuando la saludó se dio cuenta de su acento americano.

—Milord no recibe visitas, lo lamento. —April se vio colocando el pie en la ranura de la puerta al ver que el hombre se disponía a cerrársela en las mismísimas narices. Ella ya venía preparada para algo así, pero no creyó que sería antes de entrar en la casa.

—A mí me recibirá. —La pelirroja usó toda su fuerza para poder abrir la puerta y meter medio cuerpo.

—*Milady,* no haga un espectáculo. El conde está casado y no desea más compañía —señaló el hombre mientras forcejeaba con ella.

—Lo sé, porque soy su esposa. Ahora, ¡abra la maldita puerta! —Usó una palabra malsonante que creyó que nunca emplearía, pero es que el sirviente era demasiado insistente, y April tuvo que mostrarse tal y como lo hubiese hecho el mismo señor Sunne.

La conmoción del mayordomo hizo que ella aprovechase para poder ingresar en la casa. April cerró la puerta a su espalda con miedo a que ese sirviente tan grosero la intentase echar.

—¿Cómo sé que es usted quien dice ser? —La interrogó el hombre con descaro.

—Porque yo lo digo —respondió altiva.

El hombre la examinó con atención. Su patrón le había dicho que su esposa era puro fuego. Más allá de ese pelo pelirrojo, se veía una mujer con fuerza.

April colocó los brazos en jarra y comenzó a repiquetear el suelo con su zapato tapizado con la misma tela que su indumentaria. Iba engalanada en un vestido de día, pero sin ser ostentosa.

—Aunque sea usted su esposa, *milady* —habló con más humildad—, milord no la recibirá.

—¿Por qué no? —trató de averiguar.

—Me temo que no es mi cometido realizar dicha explicación.

—Muy bien. Iré yo misma a exigir audiencia ante mi esposo. —April levantó una ceja—. A no ser que pretenda echarme de mi

propia casa. Hasta donde yo sé, la residencia de mi esposo es la mía propia también… —Lo retó a desmentirla.

—Lamento el malentendido, *milady*. Pero el conde no…

—Sí, sí —le cortó ella—, no recibe visitas. Dígame el motivo o yo misma iré a preguntarle a él. Del mismo modo le diré lo fácil que ha sido colarme en la casa… Incluso le insinuaré que usted me abrió la puerta de par en par y que me invitó a verlo. —Era un farol, pero podría funcionar. Eso esperaba *lady* Albans.

—Yo… Le rogaría que no hiciera eso.

—No lo haré si sacia mi curiosidad.

—No puedo hacer eso, *milady*. Lo lamento.

—¿Tiene un código que le impida traicionar a su patrón? —se rio ella con humor. El hombre se incomodó.

—Precisamente, *milady*. —No lo podía traicionar.

April no esperaba esa respuesta. Se tomó un segundo para aclarar las ideas.

—Bien. Tal y como yo veo las cosas, tenemos dos opciones.

—¿Cuáles? —El empleado no veía solución al problema.

—Puedo ponerme a gritar para llamar al conde… —se lanzó un nuevo farol al aire.

—No haga eso, por favor, se lo ruego.

April suspiró con fuerza. De acuerdo. El hombre estaba muy incómodo por su asalto a la casa y se veía que no sabía bien cómo reaccionar ante su inesperada visita. La duquesa habló de un accidente y, cuando ella había amenazado con ir en su busca, el hombre se tensó. Se incomodó muchísimo. Algo vergonzante le ocurría a su esposo si no permitía la entrada de nadie, incluso de sus propios padres. Tenía la pregunta en la punta de la lengua cuando una mujer mayor, alta y elegante se presentó ante ella.

—¿Qué ocurre, señor Mirrow? —inquirió la mujer con reprobación al verlo ante April. El amo había dicho que no se permitiera el acceso a nadie.

—Parece ser, señora Hamer, que contamos con la visita de *lady* Albans.

La mujer, con acento americano también y que parecía ser parte del servicio, palideció.

—Disculpe, *milady*. No la he reconocido. —April rodó los ojos. Como si Alexander le hubiese hablado de ella a alguien—. Soy la señora Hamer, el ama de llaves. Encantada de saludarla. —La anciana le hizo una reverencia a la que April correspondió con una leve inclinación de cabeza para agradecer la muestra de etiqueta.

—Puesto que las presentaciones están hechas, deseo ver a mi esposo —reiteró April.

—Me temo que el conde no recibe…

—Visitas —la interrumpió April con desdén—. Me lo han dicho. —Cruzó la vista con la de ese sirviente que la miraba con suma atención—. Pero a mí me tendrá que recibir, puesto que no estoy dispuesta a marcharme sin averiguar la dolencia que padece… ¿Puede haber perdido un ojo? ¿Tener su rostro lacerado? ¿O acaso es manco? ¿Ha perdido sus dos piernas? Puedo hacer un sinfín de conjeturas, puesto que sé que le ha ocurrido un accidente. No estoy al tanto de qué sucedió exactamente, pero debe ser algo que él, siendo como es, arrogante y presuntuoso —no le tembló el pulso al exponer sus francas palabras—, le haga sentir avergonzado, puesto que no permite ni la visita de su madre. Así pues, ¿desfigurado, desvalido o qué? —Los retó con la mirada.

El mayordomo estaba azorado. La mujer se sorprendió por la seguridad que desprendía la esposa de su patrón.

—Está ciego —desveló el ama de llaves.

—¡Señora Hamer! —La llamó al orden el sirviente masculino.

La señora se giró para enfrentarse al hombre.

—Es su esposa. Ella merece saberlo y él estará mejor atendido si *milady* vela por su cuidado —trató de defenderse al haber desvelado el secreto que llevaban semanas guardando.

—¿Qué sucedió? —April trataba de controlar las emociones encontradas que le estaban viniendo. Tenía ganas de echarse a llorar. Alex no podía estar ciego. Sus preciosos ojos no podían apagarse así…

El ama de llaves miró al mayordomo para pedir permiso. El hombre cabeceó afirmativamente. El mal ya se había producido porque el secreto estaba al descubierto.

—Milord tuvo un accidente. Los caballos de un coche se desbocaron y lo embistieron. Se dio un fuerte golpe en la cabeza y el médico confía en que pueda volver a ver, pero de momento el conde no ha notado mejoría y él… Bueno, permita mi franqueza, porque como usted es su esposa y lo conoce bien… —April ahogó una lamentación. No. No conocía más que la parte egoísta de él—. El patrón puede ser muy… muy… —No encontraba una palabra apropiada para describirlo.

—Un ogro —terminó la condesa ante la muestra de inseguridad del ama de llaves.

—Efectivamente. —Estuvo de acuerdo el mayordomo. Opinó con tal sinceridad, que tanto el ama de llaves como *lady* Albans lo miraron con asombro. Se veía a todas luces que ese empleado era muy fiel a su amo. Desde luego no habían esperado semejante afirmación.

—¿Dónde está mi esposo? —No creyó que la cosa fuese tan importante como se preveía. Si el médico había dicho que se recuperaría, ella mantendría esa esperanza.

—En su habitación. No ha salido de allí en semanas —respondió la señora Hamer.

—Bien. Imagino que nadie ha sido capaz de hacerle entrar en razón para que regrese de ese retiro que se ha autoimpuesto, ¿cierto? —Ella conocía bien al antiguo Alex, en año y medio dudaba que hubiera cambiado mucho.

—Así es —confirmó la señora Hamer.

April se tomó unos minutos para determinar el siguiente paso. Todo se acababa de complicar demasiado. No podía marcharse y dejarlo solo. Por más que eso fuese lo que le dictaba su ira, debía hacer caso a su corazón, y ese le gritaba que debía ayudar en la medida de lo posible. Por otro lado, si ella se presentaba ante él se sentiría avergonzado por su estado. Engreído y arrogante. Esas

características lo definían muy bien. No. Desvelar su intrusión no sería posible. April detuvo los pasos que había comenzado a dar mientras ordenaba sus pensamientos y se giró para mirar a los dos empleados de su esposo que la observaban expectantes.

—Lo que haremos, por el bien de lord Albans, es no decirle que soy su esposa. No conviene irritar más sus nervios o todos acabaremos pagando el precio. ¿Sí? —Ambos cabecearon—. Seré una enfermera muy dura e intransigente que ha enviado la duquesa de Cass. Le diremos que me colé por una ventana… Algo que sea creíble. Yo me ocuparé de él. Es decir, trataré de que… En fin, que entre en razón. —No estaba demasiado convencida de lo que decía, pero…—. Esa es la única manera que se me ocurre para poder enfrentarlo. ¿Alguna queja al respecto? —inquirió la condesa.

—No —dijo la señora Hamer sin dudarlo.

—Bueno. No sé yo si es… —Lo vio hacer una mueca.

—Escúpalo de una vez, señor Mirrow. —April había tomado nota del apellido.

—No me parece bien mentirle.

—¿Ni por su propio bien? ¿Quién mejor que una esposa para cuidar a un hombre imposible que se niega a tener paciencia en su recuperación? ¿No quiere que mejore? Es su mujer y su deber es atender a su marido. —El ama de llaves se había adelantado a la pregunta de la condesa.

Bien. Eso de los deberes no estaba del todo claro porque, en opinión de April, él fue el primero que faltó a sus votos.

—Señor Mirrow, si tiene algún problema siempre puedo despedirlo con referencias, abonarle sus honorarios y contratar a otro mayordomo. —Esperaba que la amenaza tan cruda lo hiciera recapacitar. No deseaba mostrarse dura, pero es que el hombre con el que estaba discutiendo no entendía la poca paciencia que ella tenía con respecto a los asuntos de su esposo y si no llegaban a un acuerdo rápidamente, April saldría de allí corriendo y sin echar la vista atrás.

—No puede hacer eso, *milady* —señaló el afectado con cierto nerviosismo.

—¿Quiere apostar su puesto de trabajo, señor Mirrow? —April levantó una ceja retadora.

El hombre se tomó unos minutos para valorar sus opciones. Su nueva patrona se mostraba fiera. Por lo mucho que había oído decir a Albans acerca de ella, la condesa podía ser considerada como un hueso duro de roer, pues el conde aseguraba que ella era bastante más fuerte de lo que reparó en un primer momento.

—El embuste durará poco… —aseveró el mayordomo dando su consentimiento implícito.

—Por supuesto que sí. En cuanto él esté mejor, yo regresaré al campo a mis labores y él podrá seguir con sus… aficiones. —Los dos miembros del servicio no comprendieron la alusión, pero para April estaba más que claro las aficiones que a buen seguro tenía su esposo: mujeres de vida alegre. Eso unido al juego y al alcohol. Desde luego, April se había enamorado de un lord que era todo un dechado de virtudes. En fin, eso ya no tenía solución, se dijo a sí misma. Lo mejor sería seguir hacia adelante y ver qué sucedía con el problema que tenía entre manos.

—¿Dónde la acomodaremos? —preguntó el ama de llaves al mayordomo.

—En la habitación más cercana a la suya, no puede saber que es la condesa, pero debe estar cerca. —El señor Mirrow se giró ligeramente para mirar a su patrona—. ¿Le parece bien, *milady*? A fin de cuentas el engaño debe ser factible.

—Muy bien. Mis baúles están ahí fuera, señor Mirrow. Dado que he tenido que colarme como una pilluela en la casa de mi esposo, confío en que no los hayan robado todavía.

El mayordomo sonrió de lado. Sí, esa tenía que ser *lady* Albans, porque se veía igual o más fiera que el conde.

—Disculpe. —El hombre abrió la puerta de inmediato para comprobar que las cosas de la condesa estuviesen ahí. Respiró aliviado al ver sus pertenencias.

—Por cierto —habló April antes de iniciar el camino hasta las dependencias donde encontraría al ogro—, en mi interpretación seré germana. Una dura *fräulein* Beckman. ¿Lo entienden? —Le pareció divertido usar un personaje que vendría cargado de la disciplina que él hubiera necesitado en su niñez.

—Como guste —dijo el mayordomo. La señora Hamer estaba algo desconcertada, pero asintió también.

—Subiré a presentarme. Si oyen gritos no hagan caso, sé bien el carácter que posee mi *encantador* —dijo con retintín— esposo.

El mayordomo y el ama de llaves se miraron asombrados por la resolución de la dama. Habían oído muchas historias, pero no esperaban a una mujer tan decidida como la que tenían en frente.

—Primera planta, es la tercera puerta a la derecha, *fräulein* Beckman —le indicó con una sonrisa la señora Hamer. Como poco, la cosa se preveía divertida.

April subió los escalones con calma. Decidió no cambiarse el vestido porque él no podía verla. Eso de engañarlo iba a resultar muy entretenido. Al menos le serviría a modo de pequeña venganza. Esperaba que su acento alemán fuese convincente. El francés le salía más creíble, pero esa baza la jugó ya con Alex en el Club Legancy. El alemán debía valer.

Abrió la puerta de la alcoba del ogro y la oscuridad la abordó. El olor a alcohol fue lo segundo que le sobrevino. Bueno… Las cosas no cambiaban. Él seguía siendo el mismo hombre que cuando la dejó atrás sin inmutarse.

April descorrió las cortinas. Lord Albans, acostado boca abajo, no se movió de su lugar. La improvisada enfermera llegó a su lado y lo observó dormir plácidamente. Las botellas de whisky estaban esparcidas por el suelo. Contó cuatro vacías.

—Lord Albans —advirtió de su presencia con su acento germano. Él no se movió. La pelirroja miró a un lado y vio la jofaina llena de agua. Sonrió de lado. Se fue en su busca y derramó el líquido sobre la cabeza de él con rabia. Sí, esto iba a ser muy divertido. Ciego o

en pleno uso de sus facultades él le debía… le debía… Bueno, algo le debía a ella.

—¡Infierno maldito! —El conde se incorporó al momento—. ¡Señor Mirrow! ¡Señor Mirrow! —comenzó a gritar el conde.

—No soy su señor Mirrow, milord. —April consideró que el acento extranjero era más que plausible.

—¡Eso ya lo sé! Mi mayordomo no se hubiera atrevido a hacer algo como lo ha que ha hecho usted.

April fue consciente en ese momento de que su esposo mantenía la mirada perdida y que su torso desnudo continuaba tal y como lo recordaba. Carraspeó incómoda.

—Ahora que hemos establecido que no soy el señor Mirrow, le diré quién sí soy. Me llamo *fräulein* Beckman y soy su enfermera. —El tono de rigidez en su frase también creyó que estaba muy bien logrado.

—No quiero ninguna maldita matasanos. Fuera de mi casa. —Sí. Sus modales no habían mejorado tampoco, opinó April—. ¡Señor Mirrow! —vociferó de nuevo el conde llamando a sus refuerzos.

—El mayordomo no vendrá —explicó con pereza.

—Lo hará si no quiere acabar de patitas en la calle. —Alexander confiaba en que así fuese.

—No vendrá porque si lo hace yo misma lo despediré —le informó con un acento germano más pronunciado para mostrar su autoridad.

—¿Usted? ¿Con qué potestad? —la desafío con ira.

—Bajo la de los duques de Cass. Soy su enfermera, muchacho. —Pensó que sería interesante utilizar la fórmula que antaño usó su padre con él y que tanto le desagradó. Oh, sí, esto iba a ser muy entretenido y divertido para ella. April arrugó la nariz al recordar que su esposo había perdido la vista. No debería disfrutar con esas cosas. Bueno, luego llamaría al médico y se aseguraría de que la lesión acabaría remitiendo… Se le estrujó el corazón al pensar que pudiera quedarse así para siempre. Tomó nota mental de no ser demasiado malvada con él por si acaso.

—No soy ningún muchacho, señorita… como se llame. Haga el favor de marcharse de mi casa o yo mismo la echaré.

—¿Usted? —Se rio son ligereza con el único motivo de molestarlo.

—Sí, yo. Soy el conde de Albans, está en mi casa, no la he contratado y no la quiero aquí.

April se acercó hasta la cama. Su esposo seguía siendo igual de apuesto que antes. Tal vez incluso más, porque lo veía… lo veía… No sabía cómo definirlo, parecía más… más… seguro de sí mismo. Un poco más calmado, pues veía que estaba tratando de controlar su temperamento porque ella lo estaba sacando de quicio. Estaba imponente. Tan apuesto… Ese pelo oscuro que tan bien recordaba, esa mandíbula tan recta y pronunciada… ¿¡Por qué tenía que ser tan apuesto!?

—Tengo entendido que no abandona esa cama desde hace demasiadas semanas. Será productivo verle salir de su rincón. Hágalo, milord. Atrévase a ponerme de patitas en la calle.

—¡Miiiiirrrrroooooowwww! —gritó más fuerte. Ahí fue cuando el conde perdió por completo su paciencia y demostró que seguía siendo el tirano que April recordaba.

La pelirroja no hizo ningún caso al berrido infantil.

—Milord, es momento de levantarse, tomar un baño —olía un poco fuerte—, ponerse uno de sus trajes y bajar a desayunar.

—¡No pienso salir de esta habitación hasta que recupere la vista! Y más le valdrá huir de mí en cuanto pueda verla…

April salió al pasillo y pidió un baño caliente a la doncella que se encontraba tras la puerta. No iba a hacerle el menor caso. Él estaba en franca desventaja frente a ella y aprovecharía ese punto al máximo.

—¿No me ha oído? —preguntó cuando sintió los pasos llegar hasta su lado—. No pienso hacer nada de lo que me diga. Haga el favor de marcharse.

—Lo haré, milord, en cuanto usted se comporte como un hombre, y no como un niño —April estaba disfrutando y se sentía un

poco culpable por ello—. Es lo que me ha ordenado el duque y yo soy una mujer muy eficiente que no se da por vencida con facilidad.

Albans salió de la cama… ¡totalmente desnudo! Fue una suerte que no pudiera ver el azoramiento que su esposa manifestaba.

En ese momento llegaron los cubos de agua templada. Las doncellas no sabían dónde meterse al ver el cuadro que se presentaba delante de ellas. Llenaron la bañera sin decir nada. April negó con la cabeza. No tenía caso llamarlo al orden porque él pretendía incomodar al personal, a ella y a todos los que le dijeran qué debía hacer. No. Alexander no había cambiado ni un ápice.

—Le diré al señor Mirrow que venga a ayudarlo en su baño, milord —le dijo, mientras salía detrás de las muchachas que estaban sonrojadas y se reían por lo bajo.

—No. Usted, señorita como se llame, es mi enfermera y me atenderá… en el baño. Frotará mi espalda, enjuagará mi pelo y me secará.

April se quedó con la boca abierta. El silencio se prolongó más de lo necesario. ¿Cómo había podido él darle la vuelta al asunto? ¡Cazada en su propio juego!

—No creo que yo sea la indicada para…

—¿Ah, no? ¿Cuál es el problema? ¿Tiene miedo de un hombre desnudo, *fräulein?* ¿No ha dicho que sería eficiente? Pues su paciente desea un baño y usted es mi enfermera…

April sonrió convencida de lo que iba a hacer. Si él creía que iba a ganar… ¡nunca!

—Milord, si quiere que una mujer gruesa, maltratada por la vida, con una cicatriz horrenda que cruza su cara y con los dedos llenos de verrugas atienda su cuerpo… Estaré encantada de hacerlo. ¿Empezamos? —April se acercó hasta la bañera y chapoteó con su mano el agua para animarlo a venir.

—Acérquese… —ordenó él con la voz cargada de seriedad.

—Venga usted aquí, milord.

—¿Cómo voy a llegar si no veo?

—Yo le guiaré, será mejor que comience a valerse por sí mismo. Verá que la vida no es tan dura para un hombre privado de su vista que posee medios y riquezas —apostilló con retintín.

—Desde luego. Estoy empezando a comprender demasiado bien el motivo por el que mi madre la ha contratado.

—¿Sí? ¿Cuál es su teoría, milord Albans?

—Hice enfadar a mi madre antes de mi partida, usted es mi castigo. Estoy seguro de ello.

—¡Qué vergüenza! ¡Hacer enfadar a una madre! —Emitió su juicio de valor con total desaprobación.

Lord Albans oyó que ella se movía por la habitación.

—¿A dónde va? ¿Sale huyendo? —se burló.

—Voy a pedir una cosa que necesito para su… baño. Un momento, por favor. Vaya hacia la bañera, ande cinco pasos y luego vaya uno hacia la izquierda para sortear la silla. Estaré con usted en un momento.

April salió al pasillo y solicitó un cubo de agua frío. Albans no sabía con quién se había metido… Si él quería jugar, ella le llevaba ventaja, al menos hasta que recuperase la vista. Porque la recuperaría, ¿no?

Oyó un aullido de dolor y April se rio por lo bajo. Ella volvió a entrar.

—¿Se ha tropezado, milord? —inquirió con fingida inocencia.

—Por supuesto que sí. ¡Es usted tan ineficiente que no sabe ni orientarme! —se quejó después de haberse dado en la espinilla con la silla.

—Yo le he indicado perfectamente bien. No tengo la culpa de que usted no haya seguido los pasos como le he dicho —se defendió magnánima.

—*Fräulein*, ha dicho que fuese hacia la izquierda y era a la derecha.

—Claro, era mi izquierda, es decir su derecha. ¿Ve, milord, como no he tenido la culpa? Su intelecto debe haber sufrido también con el golpe. Pobrecito mío… —indicó en falso alarde de lamento.

—¿Le han contado lo que ha sucedido? —Se mostró muy indignado en la cuestión pronunciada.

—Sí, la señora Hamer no ha tenido alternativa. He amenazado con prender fuego a la casa en caso de no saber el problema.

—No les diga nada a mis padres. No quiero preocuparlos. —Ese era el motivo principal por el que él decidió que no la echaría de la casa, porque no deseaba arriesgarse a que toda la sociedad supiera de su dolencia—. ¿Con qué amenazó a Mirrow? ¿Usó la misma treta? —Su mayordomo era de total confianza. Lo sacó de los muelles de Boston y le dio una ocupación mejor. Había sido durante toda su vida mayordomo entre la élite bostoniana. Sin embargo, cuando murió su anterior patrón se vio en la calle y sin referencias. Alexander se metió en el agua y se relajó.

—Al señor Mirrow tuve que empujarlo con fuerza para poder entrar en su casa. Le he dicho que soy una mujer robusta. Entré por la puerta con facilidad debido a mi excesivo tamaño y amenacé con prenderle fuego a él si interfería en mis labores. Puedo llegar a ser una mujer intimidante. Se lo aseguro.

—No lo dudo… Bien, ¿va a venir a ayudarme en mi aseo?

April se mantenía con la mirada baja. No quería ver ese cuerpo que no le entregó ni en su noche de bodas.

—Me temo que no voy a poder tocarlo. No mentía cuando le dije que tengo algunas verrugas en mis dedos. Mi anterior patrón me las contagió y sigo aplicando un ungüento para curarlas. Lo que haré es echarle el agua para que se enjuague el pelo. A no ser, claro, que prefiera que se le llene su cuerpo de verrugas… —Esperaba que el farol diese resultado. Por un instante le hubiera gustado estar provista de verrugas y tocarlo… Oh, sí. Tenía demasiado dolor almacenado como para no desear darle un poco de su propia medicina. Al ver que callaba, April preguntó—: ¿Desea arriesgarse?

—¿Cómo sé que no miente?—No sabía qué opinar sobre esta mujer tirana que había entrado para revolucionarlo todo—. Y no use la palabra muchacho, soy un hombre. —Odiaba ese término.

—No lo puede saber. Pero si quiere lo lavaré y en pocas semanas veremos el resultado. Lo bueno será que el ungüento no habrá que prepararlo, dejaré una cantidad dispuesta para usted. Así, cuando las verrugas invadan su espalda o su torso podrá aplicarlo de inmediato. En cuanto a su segunda petición, comparado con esta pobre vieja —dijo refiriéndose a sí misma— es usted un jovencito. ¿Por qué le disgusta que lo llamen muchacho si es usted joven?

—Solo… No lo haga, señorita Beckman. —No le gustaba la palabra alemana que ella usaba.

Alexander comenzó a lavarse el pelo. Cuando lo tuvo enjabonado pidió que ella lo aclarase. April compuso una brillante sonrisa.

—¿Está listo, milord? —El acento germano cada vez era más cerrado. Tenía que aparentar ser una anciana germana y esperaba lograrlo.

—Sí. Adelante.

April cogió el cubo de agua, metió la mano y se le quedó helada. «Oh, dulce venganza», pensó en su interior.

Echó parte del contenido sobre la cabeza de él.

—¿¡Se ha vuelto loca, mujer del demonio!? —Gritó como un poseso. La cabeza comenzó a darle pequeños pinchazos por lo fría que estaba el agua.

—No. El tratamiento con frío es lo que necesita para que su cabeza pueda desinflamarse. Lo he hecho miles de veces. Mañana usaremos un poco de nieve, si es que la lluvia cuaja, claro. Pero no creo que en esta época del año tengamos suerte… —improvisó para justificar la acción. April no podía decirle que eso se lo merecía por todo lo que le había hecho. Además, que tal vez no fuese mentira del todo. Cuando su hermana y ella se hacían daño, su madre ponía en la zona afectada paños bien helados para bajar la hinchazón.

Ante el razonamiento que él no se creyó del todo, porque detectaba cierta animadversión por parte de ella hacia su persona, tuvo que pedir:

—La próxima vez avíseme antes para estar preparado. —Quería recuperar la vista y deseaba confiar en los tratamientos que se le

presentaban.

—Muy bien, prepárese porque va a caerle el resto del agua, milord —dijo mientras vaciaba por completo el cubo.

—¡Infiernos! —se quejó al sentir de nuevo tanta frescura. April contuvo la risa al verlo tan incómodo—. Creo que no será necesario que me asista en el baño, señorita Beckman. Mande a mi mayordomo. —Alexander no podía arriesgarse a curarse de la vista y caer en un resfriado mortal.

—Como desee, milord. —April había tratado por todos los medios mantenerse serena ante su desnudez. Lo había mirado a esos ojos perdidos en la oscuridad… pero no pudo evitar la tentación de posar la vista sobre él mientras estaba en la bañera. La seguía desestabilizando como antes. Ese torso teñido por los rayos del sol… ¿Qué habría estado haciendo para regresar así?

April se mordió el labio inferior cuando consiguió salir de la habitación con la dignidad intacta. Lo que sí seguía igual era su cosa de hombre. Aquello estaba en el mismo estado que la última vez que lo vio y sostuvo entre las manos: pequeño, arrugado y maleable. Nada que ver como cuando lo manejó en el Club Legancy. «¿Cuál sería el secreto para que cambiase de forma?», se preguntó curiosa.

—¿Cómo ha conseguido aplacarlo? —El mayordomo, que llegaba por su lado derecho, la asustó y sacó de sus pensamientos.

—Soy más fuerte de lo que parece, señor Mirrow. Hará bien en no subestimarme —le recomendó.

—No se me pasaría por la cabeza hacer algo como eso —explicó con naturalidad. El mayordomo agarró el pomo para meterse en la habitación.

—Señor Mirrow —habló April—, su patrón le preguntará por mi apariencia. Así que soy una mujer corpulenta, con una fea cicatriz en la cara y tengo verrugas en las manos. —La pelirroja terminó su exposición con una sonrisa.

El mayordomo la miró con desaprobación.

—Tal vez debería pedirle a usted que me dé referencias.

—¿Por qué? —preguntó frunciendo el ceño.

—Porque cuando lord Albans se entere de mis mentiras y su embuste, a usted la matará y a mí me despedirá.

—¿Solo me matará a mí? ¿A usted no? —inquirió con diversión.

—No, *milady*, a mí me despedirá para que pase hambre y penuria —expuso con cierto humor. April no percibió su tono simpático.

Sí, eso sonaba como algo que haría el conde para castigar a quienes tenían cerca.

—No tema, señor Mirrow, cuando me marche al norte lo llevaré conmigo.

—¿Marcharse, *milady*? ¿Acaso planea abandonar a su esposo? —inquirió con un nuevo tono censurador el mayordomo

—¿Cuánto tiempo lleva con su amo? —le preguntó la condesa.

—Cerca de un año y medio. Desde que milord llegó a Boston. Lo conocí mientras ambos descargábamos la bodega de un barco —narró con sencillez el hombre.

—Mi esposo… ¿hacía qué? —Seguro que ese era otro y no Alexander.

—El conde llegó a los astilleros Boston Corp y empezó de cero. No dijo a nadie su título y se ganó en un par de semanas un lugar en las oficinas. Nuestro patrón lo valoraba mucho, y cuando supo que él era un conde lo ascendió de inmediato porque lord Albans había demostrado ya su valía. Si hubiera conocido al señor Barton le hubiera gustado. Barton decía que Albans era un niño noble que quería jugar a ser un hombre, y que, puesto que ya lo había conseguido, decidió mandarlo a casa para que trajera un cargamento de telas para el señor Sunne.

—¿Para quién? —April no podía cree la explicación dada.

—El señor Sunne es un importante comerciante de telas. Ha expandido su negocio a través del charco. En Boston todo el mundo desea adquirir sus tejidos.

—Sé quién es el señor Sunne. Es mi padre —le aclaró todavía incrédula.

—Oh, disculpe, *milady*. No lo sabía. Por eso su padre y su esposo intercambiaban correspondencia muy a menudo. Yo… Siento no

haber sabido la conexión.

April se quedó momentáneamente muda.

—Dejemos una cosa clara, señor Mirrow. Como habrá adivinado, la relación que mantengo con mi esposo no es normal. Es inexistente, puesto que se casó conmigo y se marchó de inmediato. No sé bien cómo interpretar la participación de mi padre y la relación con mi esposo, pero sí le diré que lord Albans y yo disolveremos nuestro matrimonio en cuanto esté bien. Así que dígame la verdad, ¿es grave su situación?

El mayordomo no osó hacer observación sobre la parte personal que ella había confesado, así que se dispuso a centrarse en la parte que sí podía responder:

—El médico dijo que sería cuestión de tiempo. No había nada dañado. En su experta opinión se trata de un golpe muy fuerte que necesita un poco de reposo. Todos confiamos en que la recuperación sea paulatina.

April respiró aliviada.

—Muy bien. Gracias por su apoyo y sinceridad, señor Mirrow. Me doy cuenta de que le he puesto en una situación peliaguda, pero le prometo que nada malo le sucederá. Yo me ocuparé de usted y de la señora Hamer cuando los despida.

—¿Despedirnos? —repitió el mayordomo incrédulo.

—Es lo que él hace. Aparta a las personas que se preocupan por él. —El señor Mirrow interceptó una nota de tristeza y un poco de ira ahí.

—*Milady*, estaba bromeando antes cuando dije que a usted la asesinaría y a mí me haría pasar hambre… Milord es muy justo. Tiene un temperamento complejo, pero todos le guardamos lealtad. Si el ama de llaves y yo hemos decidido cooperar con usted es porque deseamos verle feliz con su esposa. Él hablaba mucho de usted en Boston.

April atribuyó las palabras dichas a la buena voluntad del hombre, pero no les dio ningún crédito. Le sonrió y pasó por su lado para permitirle la entrada en la estancia.

El mayordomo accedió a la habitación con una brillante sonrisa. Le gustaba mucho esa mujer que acababa de llegar para poner todo patas arriba. Desde que el barco atracó en Londres, todos habían estado esperando a que el conde trajese a casa a su esposa. Cuando Mirrow le preguntó por el motivo de la ausencia de la condesa, su patrón respondió: «las cosas con mi esposa serán complicadas y debo averiguar la mejor manera de abordarla». El mayordomo comenzaba a comprender que la situación entre ambos no era fácil y que había muchas cosas que hablar y tratar. Bueno, por lo pronto su patrona había logrado que él saliese de la cama y tomase un baño.

Mirrow se sonrió. Viendo a su amo en la bañera entendía el motivo por el que ella le había dicho a él que su aspecto era todo lo contrario a lo que debía relatarle al conde. Comprendía también el hecho de que ella hubiera aludido a las verrugas. Así que cuando lord Albans le preguntó por el físico de su nueva enfermera él se preparó para decir:

—Es una germana osada, grande, ruda, con un aspecto muy desagradable a la vista… ¡Y sus manos! Milord, lo peor son las verrugas que tiene en las dos manos. Me parece que su madre ha ido a buscar a la enfermera menos atractiva de toda Alemania y, si me lo permite, del mundo. —Mirrow se tragó la carcajada cuando vio que el conde arrugaba la nariz para mostrar su desagrado.

—Hubiera jurado que es pelirroja…

—¿Pelirroja como *lady* Albans? —inquirió con cautela el hombre.

—Sí. Mi esposa es muy bonita. Hay algo en la forma de hablar de esa ruda mujer que me recuerda a ella… —El acento le parecía un poco artificial y solo por un instante creyó que estaba con April. Esa enfermera olía como ella, le recordaba a su esposa de algún modo, pero si su mayordomo, en quien confiaba por completo, le había confirmado lo que ella le había asegurado…

—Lo sé, milord. Lo ha dicho con anterioridad.

Albans respiró con fuerza.

—La abandoné. —El señor Mirrow no esperaba esa confesión. En este tiempo en el que se conocían, Albans decía que debía aprender

a ser alguien en la vida porque debía demostrarle a una persona en particular que era capaz de hacerlo. Siempre pensó que hablaba del señor Sunne, pues cuando hacía las veces de secretario y escribía lo que le dictaba, le contaba sus hazañas con todo lujo de detalles. No sabía el nexo que compartían hasta que la condesa lo había desvelado hacía unos minutos.

—Si me permite la osadía, quisiera preguntar el motivo. Si era tan bonita y era suya, ¿por qué la abandonó, milord?

—Es una larga historia. Solo le diré que yo no la merecía.

—¿Y ahora, milord?

—Quiero pensar que estoy un poco más cerca de hacerlo —se sinceró.

—¿Va a ir ya a buscarla?

—No. Cuando me presente ante ella estaré en mis mejores condiciones. —El accidente había sido una maldita contrariedad.

—Milord, a riesgo de despertar su ira…

—Como si eso fuese un impedimento para ti —respondió preparándose para una réplica mordaz.

—Yo creo que llegar a Londres después de tanto tiempo y no haber ido en busca de su esposa… es una negligencia.

El mayordomo estaba ayudándolo a vestirse.

—Tal vez ella no desee verme —dijo con ansiedad. Era lo que esperaba que pasase.

El mayordomo lo miró con reprobación.

—Desde luego, si mi esposa regresase de un largo viaje y no viniese a verme… —Dejó la frase en suspenso para que su patrón sacase sus propias conclusiones.

—Señor Mirrow, no me está ayudando en absoluto.

—Mi función es decirle lo que más le conviene, aun a riesgo de que pueda prescindir de mis servicios. —Se notaba que entre ellos había una buena sintonía y complicidad.

—Créame, sé bien que me expongo a despertar más la ira de mi esposa. Pero será poco con respecto a lo que ya hice en el pasado

porque… —Alexander se calló. No deseaba pensar en lo ocurrido. No todavía.

—¿Decía, milord?

Alexander decidió cambiar de tema.

—Será cuestión de unas pocas semanas. Confío en que el diagnóstico del médico sea acertado y en que esa dura enfermera me ayude. —Pensó en esa alemana y se sonrió—. ¿Sabe que me ha echado en la cabeza agua helada para bajar la hinchazón? —Lo último lo dijo con un deje de orgullo. Tenía carácter para desafiarlo.

El mayordomo no pudo evitarlo y se carcajeó. Sí, eso era justo lo que imaginaba que ella haría cuando la doncella le informó de que la enfermera había pedido un cubo de agua fría.

El señor Mirrow se encaminó hacia la puerta y se preparó para hacer una salida triunfal. El conde ya estaba elegantemente vestido.

—Eso no será nada con lo que le hará su esposa cuando lo tenga enfrente, milord. —Por muy apuesto que lo viese, a buen seguro la enfermera impostora tendría alguna treta preparada para molestar al conde.

Alexander suspiró. Bien sabía él que tenía por delante una verdadera complicación. Había llegado a la ciudad y su instinto había sido el de ir a por ella al campo. No pudo. No sabía cómo afrontar una situación tan peliaguda. ¿Qué le diría? ¿Cómo podría explicarle que…? Fue retrasando lo inevitable hasta que un accidente lo condenó a esperar por un tiempo. No quería colocarse ante ella siendo ciego. No. Esperaría a que llegase la mejoría que le había dicho el médico que acabaría llegando.

***

Estaban sentados en la mesa. Había conseguido, con mucha insistencia, que él hiciese sus comidas en la mesa y por descontado que el conde la obligó a estar presente a su lado. Llevaba poco más

de una semana en la casa y estaba harta, cansada y lo aborrecía. Y lo que más sacaba de quicio a April era que todo el mundo en ese lugar lo tratase con respeto y admiración. Si con ella las cosas hubieran sido un poco diferentes… ¿Tanto habría cambiado él? No. Imposible. Había pasado poco tiempo para que Alex regresase siendo un hombre hecho y derecho. Aunque era verdad que sus modos, sus opiniones y sus gestos no eran los de aquel impetuoso por el que ella perdió la cabeza.

Se había instaurado entre ellos cierta cordialidad, pero eso no le impedía a él cebarse con ella en sus peticiones. Ayer mismo la mantuvo durante dos horas leyendo, primero el periódico y luego un aburrido libro sobre negocios financieros.

El día anterior se le antojó dar un paseo por el jardín y la mantuvo allí tres horas en las que insistió en que le explicase con todo lujo de detalles cómo estaban las flores. Lo hacía con el evidente interés de molestarla.

—El café está muy cargado hoy. Necesito un poco de azúcar —le pidió Alex. April sabía que iba a molestarla a cada rato porque era lo que hacía cuando se sentaba. Es decir, que le pedía a ella las cosas y no la dejaba comer en paz.

—Milord, no está usted impedido —le recordó desde su asiento, mientras untaba su tostada con un poco de mantequilla.

—Haga el favor de traerme azúcar, señorita Beckman.

—Lo siento, milord, no puedo hacer eso. Sería contraproducente para su tratamiento.

—¿Mi tratamiento? —preguntó desde la cabecera de la mesa. April tenía que reconocer que parecía todo un príncipe. Incluso con la mirada perdida se veía un hombre poderoso.

—Sí. Estuve hablando ayer con el médico. —Lo cual no era mentira porque fue a verlo a su casa y descubrió su identidad ante el galeno para averiguar su verdadero estado. El médico le dijo que la ceguera era algo totalmente pasajero.

—¿Y? —insistió el conde al ver que ella se había callado.

—Me dijo que debe intentar valerse por sí mismo para forzar a su mente a trabajar y que pueda recuperar la visión de manera más rápida. —Eso sí era una mentira.

—¿Y para ello debo levantarme de la mesa y buscar yo mismo el azúcar? —inquirió incrédulo.

—Puesto que estamos nosotros solos —eso era otra mentira, había dos lacayos más que se sonreían con las ocurrencias de ella— y yo no voy a cumplir su orden, no tiene otra solución… A no ser, claro, que no se atreva a mostrar su competencia —dijo por lo bajo para hurgar en su orgullo.

—¿Está sobre el aparador, a mi izquierda?

—Sí, a cinco pasos. Bordee la pequeña banqueta que está a la derecha cuando cuente tres y lo tendrá a mano. Demuestre de qué está hecho, muchacho—. April lo oyó relinchar cuando ella le dijo la última palabra. Ya no le pedía que no usase esa expresión para referirse a él porque ella nunca lo hacía.

April lo vio levantarse de la silla y contar tres pasos. La banqueta que se suponía que debía evitar volcó al suelo y a punto estuvo él de caer. La pelirroja se juró de nuevo que ésta sería la última vez que se lo haría, pero era superior a ella. Seguía mortificándolo a cada paso, nunca mejor dicho.

—Lord Albans, es usted del todo torpe —lo regañó con un acento germano muy marcado—. Le he dicho que tuviese cuidado con el mueble que tendría a izquierda.

—No —gruñó—. Dijo, señorita, que el mueble estaría a la derecha. ¿Y qué hacía una banqueta en medio de la nada?

April se encogió de hombros.

—Yo creí que la habrían puesto ahí por orden suya. Como es usted tan excéntrico…

—¿Excéntrico yo? —Si él era una persona muy sencilla. Al menos, eso creía de sí mismo.

—Los británicos son muy peculiares, ya me entiende. —April estaba luchando para no reírse a pleno pulmón. No debería disfrutar tanto al hacerle este tipo de cosas. A fin de cuentas, él estaba

privado de su vista y ella era su esposa… Es decir, era la mujer a la que él humilló el día de su boda, durante la noche frustrada de bodas y luego la dejó abandonada a su suerte… Bueno, un poco sí mereciera que ella le gastase estas inocentes bromas.

Lo vio tomar el azucarero y April contuvo la risa. Esto era igual que cuando Judith y ella eran pequeñas y jugaban a molestar a su padre.

Lord Albans regresó a su silla. Esta vez no tropezó con nada y se sirvió tres cucharadas de azúcar en el café. Se notaba que había estado en Boston. Todo el personal de la casa disfrutaba del café en vez del té. Eran raros estos americanos.

Albans tomó un gran sorbo de café y lo escupió con todas sus fuerzas.

—¡Es sal! —se quejó mientras cogía el vaso de agua que tenía a su derecha.

—Desde luego que es sal —respondió April con serenidad.

—¿Por qué es sal? El café no se toma con sal.

—Sí, porque la sal es muy rica en ciertos elementos y los órganos de sus ojos los necesitan. Es una recomendación del médico. Sea un buen muchacho y tome su café con sal. —April se levantó de la mesa ahogando las carcajadas y se marchó dispuesta a poder dar rienda suelta a la risa.

No contó con que él fuese rápido y la interceptase lleno de furia antes de que pudiera salir del salón principal. La asió por el brazo y, puesto que ella trató de soltarse de mala gana motivada por la sorpresa de su agarre, los dos se quedaron demasiados juntos.

El olor a lilas le inundó las fosas nasales. Alexander llevó sus manos hasta la cintura de ella. April no se atrevió a moverse.

—Creí que era una mujer gruesa, *fräulein* Beckman.

—Lo era, hasta hace una semana. Cuidar de usted ha mermado tanto mis pobres nervios que he perdido la mitad de mi volumen. Es usted el peor paciente que he tenido, milord. ¿Me permite seguir con mis obligaciones, lord Albans? —pidió al ver que no la saltaba.

—Saldremos a pasear al jardín en media hora. Voy a mi despacho. Mándeme al señor Mirrow, debo dictarle unas cartas. —El conde se separó de ella a regañadientes.

April salió corriendo de allí. Nada había cambiado. Él la rozaba y ella sentía todo su cuerpo descomponerse ante su toque. ¡Maldito hombre que siempre la atormentaría!

Por un momento lo había visto mirarla a los ojos… April sacudió la cabeza. El médico había dicho que era cuestión de tiempo que comenzase a ver algunas sombras. En caso de que él hubiera sido capaz de identificar algo, habría sorteado con éxito la banqueta que ella había movido hasta ahí a posta.

Mientras lord Albans iba contando los pasos hasta su despacho, muchos sentimientos asaltaban su mente. Tomó asiento frente a su escritorio y se sintió un poco inquieto. Su situación en los últimos días había cambiado. Sus ojos apreciaban algunas formas, pero no con la claridad que necesitaba. No obstante, sus manos habían tocado bien ese cuerpo femenino que ni por asomo era como ella lo había pintado. No. Ahí había una cintura delicada, y cuando la agarró pudo sentir sus senos sobre su pecho. Ella no era gruesa.

La última semana fue horrorosa. Concretamente desde que esa enfermera tirana lo había convencido de la conveniencia de que su cabeza tomase diariamente un baño bien frío, y todas y cada una de las veces que lo había hecho tropezar con los muebles que inexplicablemente estaban colocados en medio de una estancia… Todo eso contribuía a hacer que su vida fuese incómoda, humillante y desagradable. Lo de la sal sospechaba que había sido un nuevo invento de ella para martirizarlo. En un primer momento creyó que su madre, la duquesa de Cass, llena de venganza le había dado una serie de órdenes a la enfermera. Ahora su teoría tenía otros parámetros.

—Milord, ¿me ha llamado? —El mayordomo entró.

—Sí. Tome asiento, señor Mirrow.

El hombre se sentó delante de su patrón.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—¿Recuerda que me prometió que siempre me sería fiel y que podría contar con usted pasase lo que pasase?

—Desde luego. Nadie me contrató en Boston y usted fue el único que nos dio una oportunidad a todos cuando el viejo amo murió. De no ser por su benevolencia para cobijar a todo el servicio de nuestro anterior patrón, no sé qué hubiera sido de nosotros. —Cuando lo contrató, el señor Mirrow le habló de la conveniencia de que su pequeña casa de Boston pudiera ser atendida por un nutrido grupo de sirvientes que le sería muy leal cuando el conde regresase a Inglaterra. No hizo falta decirle que muchos estaban muriendo de hambre en la calle, porque el hombre accedió y pagó sus pasajes a la hora de volver a Londres.

—Me parece que ha faltado usted a la verdad —le dijo en tono muy cortante.

—¿Lo he hecho, milord? ¿De qué me acusa concretamente? —inquirió ofendido.

—La enfermera.

—¿Qué sucede con *fräulein* Beckman?

—Demasiado bien sabe lo que sucede. —Alexander levantó una ceja y esperaba que esa figura difusa que él miraba fuese su mayordomo y no una silla demasiado alta.

—Sé que sus métodos no son convencionales, pero creo que tiene buena intención —opinó con cautela.

—¿Le parece bien que ella aconsejase que yo durmiese con la ventana abierta, durante toda la noche, para que el fresco de la noche penetrase en mi carne y mis ojos sintieran mayor alivio?

—Pero usted no hizo caso a esa recomendación… —El mayordomo creía que ella era muy imaginativa.

—Me dijo que durmiese así un par de noches… ¡desnudo! —gritó la última palabra.

—Supongo que son técnicas modernas que la mujer ha visto aplicar a otros médicos… La medicina está cambiando. —Restó importancia al agravio que se veía en él.

—El otro día me llevó a las cuadras para que acariciase un caballo, porque decía que me haría bien conectar con un animal tan poderoso.

—Sí, lo recuerdo bien.

—Me llevó allí por el reguero de excrementos que había en mitad del camino. —El mayordomo contuvo la risa, pero escapó una carcajada—. ¿Le hace gracias, señor Mirrow? —preguntó sumamente irritado.

—Lo siento, milord. Fue gracioso verle deslizarse a la izquierda y a la derecha tratando de evitar los excrementos y… En fin, los pisó todos.

Albans decidió obviar la mofa de su sirviente, en el que estaba pensando a degradar a lacayo. O mejor, a mozo de cuadras, a ver si así los excrementos de los animales le hacían tanta gracia.

—Anoche mismo insistió en servirme la sopa. Me dijo que me la serviría por la derecha y llegó por la izquierda para derramar todo el líquido en mi zona sensible…

—Lo vi. Yo estaba allí. Imagino que fue una pequeña confusión sin maldad. —Era una bruja a la que él no trataría de molestar. Mirrow evitó decirle que al menos ella tuvo la delicadeza de esperar a que el líquido se enfriase un poco para no causarle un mal irreparable.

Albans frunció el ceño.

—¿Cuándo va a confesar que ella no es una enfermera, señor Mirrow?

El hombre ya no pudo contener la risa y estalló. El rostro del conde se mantenía pétreo.

—Sinceramente, milord, creí que a los dos días de su llegada usted la descubriría. Nunca imaginé que un hombre tardase tanto en darse cuenta de que la mujer que lo incomoda de esa forma tan poco sutil, no tuviese algo muy profundo en contra de él.

—Le pregunté si era pelirroja y lo negó —siguió él con las acusaciones.

—Ella me obligó. —Era una excusa infantil, pero era la única que tenía.

—¿Quién paga su sueldo?

—Usted.

—¿Por qué me mintió?

—Porque su esposa nos obligó a hacerlo bajo pena de prender fuego a la casa. No conocía el carácter de *milady*, pero la fuerza y convicción con la que ella lo dijo…

Albans respiró con profundidad. La April que recordaba era una mujer muy decidida. En el Club Legancy ella fue… ¡Parecía una auténtica cortesana!

—Supongo que hizo bien en no correr el riesgo. Sobre todo porque ella hubiera prendido fuego a mi lecho mientras dormía para demostrar que no era un farol.

—Eso me pareció. Estaba muy disgustada, y bien… Usted hablaba de ella en unos términos que no… En fin, nunca imaginé que no estuvieran enamorados.

—Es complicado, señor Mirrow. Yo salí huyendo de aquí y la dejé sin mirar atrás.

—Uhm… Es una mujer muy decidida, si me permite la observación.

—Lo es. Sabía que ese acento era demasiado forzado. Cuando se escabulló para asistir a un club donde una jovencita inocente nunca debería estar, ella se hizo pasar por francesa. La imaginación de mi esposa no conoce límites. Ahora comprendo por qué el señor Sunne me hizo regresar tan pronto. Quise haberme quedado un par de años más, pero el padre de mi esposa me dijo que ella no seguiría esperándome. ¿Por qué no me dijo la verdad, señor Mirrow? Puedo despedirlos a todos —le reprochó con tranquilidad.

—Porque ella deseaba ser la enfermera de su esposo. Creímos que era por otra razón, que tal vez deseaba demostrar que usted necesitaba sus cuidados… La señora Hamer y yo nunca imaginamos que emprendería una vendetta de ese estilo. Si le consuela, decidimos callar porque vimos que no iba a atentar más que contra

su dignidad. Era evidente que era una mujer despechada, pero enamorada.

—Es decir que contribuyeron a su juego para tratar de resarcirla un poco… ¿A riesgo de su propio despido?

—*Milady* prometió darnos trabajo a todos cuando se marche al norte.

—¿Pretende marcharse? —graznó el conde.

—Eso nos dijo la condesa. Por lo visto, la afrenta que cometió contra su mujer no ha sido olvidada.

Él gruñó.

—¿No me diga, señor Mirrow? —preguntó con pura ironía.

—Ahora, si el señor no desea nada más, me parece que su esposa lo espera para dar un paseo. —El mayordomo la veía por la ventana en el patio trasero.

—¿Sigue siendo hermosa?

—Siempre consideré que milord tenía muy buen gusto y, más allá de su apariencia, ella es todo un torbellino. Me parece que no se aburrirá. Hizo una buena elección, si me permite de nuevo la observación.

—Alguien nos tendió una trampa.

—Pues debería felicitar a la persona que orquestó el plan —opinó con sinceridad el mayordomo.

—En cuanto lo averigüe, lo haré. —No sabía de quién fue el ardid, pero estaba satisfecho. Si en un primer momento hubiera hecho arder Roma, con el paso del tiempo y la lejanía pudo ver su vida desde otra perspectiva.

En Boston había estado bajo la tutela del señor Barton, un magnate muy duro que enseguida supo que él no era un hombre común, por sus formas, por su dicción y por su educación. Había trabajado mucho y consideraba que le quedaba más para poder probarse a sí mismo. Estar lejos de la sombra de su padre también le había ido muy bien. La carta del señor Sunne diciéndole que era momento de regresar le sentó como un jarro de agua fría, como esos que ella le había aconsejado tomar para enfriar su cabeza.

Alexander se sonrió. Como poco, había sido original en su pequeña venganza. Bien. En esos momentos las cosas acababan de cambiar. Y su dulce y rencorosa esposa se iba a dar cuenta de que al final no se iría al norte. Oh, sí. Él no había estado pensando en otra mujer más que en la suya para que, ahora que había vuelto para conquistarla, April se le escapase.

Alexander movió su mano derecha. Esa parte de su cuerpo había sido fundamental para aliviarse, porque no deseaba enredarse con otra mujer que no fuese la suya. El pasado le había enseñado que no debía fiarse de nadie. *Lady* Montgomery hizo un buen trabajo al respecto. Dios y la providencia le habían otorgado a la antigua señorita Sunne y él no tenía necesidad de nadie más. A Boston había ido a cambiar, por lo que no podía volver a la misma rutina. Las mujeres estuvieron vetadas porque el escarmiento fue demasiado grande. Su mano cumplió con creces su labor, pero eso se acababa de inmediato. Ese indecente camisón que él le robó a su esposa y que ya no conservaba la esencia de ella le ayudó muchísimo en sus alivios.

La pelirroja estaba a su alcance y él llevaba demasiado tiempo practicando el celibato. El juego acababa de empezar y él sería el único ganador en esta apuesta de la que dependía la felicidad de ambos.

Una vez la despreció porque no la supo valorar y su cabeza no estuvo clara. Eso no volvería a suceder. Sospechaba que, una vez más, la duquesa de Cass había intercedido para que su esposa apareciera en la puerta de su casa y por ello siempre le estaría agradecido.

Se levantó de la silla dispuesto a demostrarse que podía volver a seducirla. Esperaba que no hubiese cambiado demasiado sobre lo que una vez sintió por él, porque así sería más fácil recordárselo.

***

Y mientras un hombre trazaba su propio destino, una mujer trataba de controlar las emociones que la proximidad de él habían despertado. Nunca conseguiría olvidarlo. Alexander era su punto débil. Cuando lo tuvo tan cerca, miró sus labios porque se moría por besarlo. Llevaba tanto tiempo viendo ese cortejo tan hermoso que el señor Swift inició con su institutriz… April deseaba encontrar un poco de amor, de consuelo, de satisfacción. Aquella que una vez le dio cuando, al amparo de un lugar prohibido, la acarició como ni ella misma había llegado a hacer.

Un roce de él y su zona íntima se humedeció. Estaba acalorada y excitada. Maldijo su suerte en silencio. ¡Qué fácil le resultaba a él mandar sobre su cuerpo!

Lo vio salir por la puerta que daba al jardín y tuvo ganas de echar a correr hacia el lugar contrario. Se negó a huir. No le volvería a dar ese poder a un hombre nunca.

Se acercó a Alexander con decisión. Cuando lo tuvo enfrente le dijo que el paseo tenía que posponerse porque estaba aquejada de un fuerte dolor de cabeza.

¿Qué? No estaba huyendo, sencillamente necesitaba un poco de distanciamiento y ella siempre había sido una mujer sensata… Al menos, la mayor parte del tiempo.

Capítulo 11

Un dolor imposible de olvidar

La había puesto nerviosa. Alexander sabía que ella no estaba en sus mejores momentos. Llevaba dos días encerrada en su habitación aquejada de una seria indisposición. Mentirosa. La indisposición que le afligía era que no deseaba enfrentarse a él después de que la hubiera tenido entre sus brazos… Gruesa y con verrugas en las manos…

De buena mañana, Alexander se adentró en la estancia de ella sin ceremonia ninguna. Trató de enfocar su vista, pero todavía no distinguía con precisión. Aunque era cuestión de unos pocos días que todo volviese a la normalidad.

—¿Se ha vuelto loco? —Por suerte, antes de incorporarse en la cama para ladrarle recordó que tenía que poner el acento extranjero.

—No tenga tanto pudor. Por si lo ha olvidado sigo ciego como un topo —trató de tranquilizarla, lamentando no poder verla nítidamente. Su esposa se veía como un manchurrón borroso a través de sus ojos.

—Eso no le da derecho a entrar en mi estancia a horas tan intempestivas, milord.

—*Fräulein* Beckman, he venido a recordarle que es mi enfermera y que mis padres le pagan por cuidarme. No estoy satisfecho con

sus servicios, así que me obligará a mandar al señor Mirrow para informar de su estado delicado de salud y que la sustituyan… ¿O acaso ya se ha recuperado del todo?

Alexander juraría que había oído cómo ella rechinaba los dientes.

—Estoy bien. No hace falta que haga nada como lo que ha dicho. Me vestiré en un momento y bajaré para… atenderle debidamente —expuso con los dientes apretados.

—Más le vale. Me he acostumbrado a su compañía y debo confesar que sus remedios están siendo muy fructíferos.

—¿Ha recuperado la vista? —inquirió con el ceño fruncido.

—No veo aún, pero sí tengo la claridad suficiente para entender, *Fräulein* Beckman.

—¿Y eso qué se supone que significa? —se atrevió a preguntar.

—Implica que he hablado con el médico y dice que lo único que necesito para que mis ojos vuelvan a la vida es descanso y tranquilidad. Nada de baños fríos sobre mi cabeza, nada de dormir con ventanas abiertas, y desde luego el café con sal es del todo asqueroso…

April se sonrojó. Por suerte no la veía.

—Mis remedios han ayudado a muchos pacientes —intentó defenderse de la acusación.

—Seguro que sí, pequeña embustera —dijo por lo bajo. April no lo oyó con claridad.

Alexander se dio la vuelta para marcharse.

—Tenga cuidado, milord, a la derecha hay una silla. Dos pasos y la tendrá enfrente.

Alexander hizo caso a su indicación y se dio de pleno con la maldita silla. Aulló por el golpe sufrido en la espinilla.

—¿Qué hace una silla en medio de la habitación? ¿Y por qué me ha dicho a la derecha si estaba a la izquierda? —se quejó molesto.

—Le he dicho a mi derecha. No tengo la culpa de que no me comprenda, milord. Y esa silla está justo donde yo quiero que esté.

—Ya. —Alexander se giró y se quedó mirando fijamente a April. Tanto que creyó que en verdad la podía ver—. Si vuelvo a tropezar

con otro mueble de la casa, pueden suceder dos cosas… —Él se calló para crear un silencio dramático.

—¿Cuáles?

—Que nos quedemos sin muebles, porque los reduciré a cenizas, y el suelo será donde nos acomodemos… O que yo la castigue.

—¿Castigarme? ¿Usted a mí? ¿Bajo qué pena o autoridad haría algo semejante, milord? —preguntó indignada.

—Su salario lo pagan los duques de Cass, pero está bajo mi techo y yo tengo autoridad sobre usted. No lo olvide. Aunque tal vez disfrute del castigo que tengo en mente —expuso en tono seductor. April se envaró.

—¡Márchese de inmediato! —le gritó pensando en que seguía siendo el mismo libertino de siempre. April lo supo. En el instante en el que sus manos cayeron sobre su cuerpo temió el momento en el que la incomodase con cosas como esa insinuación.

—La espero en mi despacho —dijo con seriedad—. Hoy el señor Mirrow no está, por lo que usted deberá copiar una carta muy importante para mí. No se retrase.

—¿Una carta? Yo no soy su administradora o ayudante, milord. Soy su enfermera —le recordó con acritud.

—No discuta. Se trata de una misiva para mi esposa y debe serle entregada lo antes posible. No se demore en tomar su desayuno y en venir de inmediato… O no le gustarán las consecuencias. —Se sonrió mirando hacia el punto desde donde le venía el sonido y divisaba una figura que se movía y añadió—: O tal vez sí disfrute con su castigo…

April soltó un gruñido nada femenino y él se marchó satisfecho por haberla incomodado.

Una carta para su esposa. La curiosidad le pudo tanto que se vistió en un momento y bajó a la cocina para coger un bollito de canela que se zampó en dos mordiscos. El conde había conseguido toda su atención.

April accedió al despacho después de llamar a la puerta y de que él autorizase la entrada. Vio que tenía el papel y la pluma

preparados. Se sentó en la silla esperando que el conde, quien estaba de pie y parecía que miraba por la ventana, le diera las indicaciones. Inspeccionó esa habitación en la que no había entrado todavía desde su llegada. Sobre el despacho vio el cuadro. Su cuadro. Ese que le había regalado a él cuando creyó que le compró unos diamantes que solo había usado una vez. Fue un descubrimiento inesperado ver la pintura ahí. Alex lo había conservado este tiempo. Su corazón se removió motivado por la emoción. Ella trató de contener los latidos, porque eso no implicaba nada.

—*Fräulein* Beckman, me ha encontrado ciego en este momento de mi vida, pero debo confesar que cuando mis ojos tenían capacidad de ver fue cuando en verdad se me privó de la comprensión —comenzó él a hablar enigmático.

—Uhm… —balbuceó ella sin estar segura de qué responder a eso.

—Me embarqué hacia Boston hace más de un año y medio. Reconozco que me marché huyendo sin mirar atrás. Mi salida del reino se produjo en un momento muy complejo de mi vida. Siendo el hijo de un duque, he tenido una vida muy fácil. Me entregué a los caprichos, al juego y llegué hasta los brazos de una mujer a la que creí amar. —En este punto del relato, April se removió inquieta y no se atrevió a respirar—. Conocí a *lady* Montgomery, a mi amante —puntualizó con seriedad—, muchos años atrás. Yo era joven y estaba acostumbrado a salirme con la mía. Lisbeth. —Su nombre le dejaba un regusto amargo al pronunciarlo—. Ella era una mujer mundana, experimentada, hermosa. Se fijó en mí y me sentí honrado. La vida que ella me relató de sí misma me hizo querer protegerla de todo mal. La tomé bajo mi ala creyendo que mi amante me necesitaba. Esperando ser el único hombre que no le fallaría. Las desventuras que me contó eran del todo descorazonadoras. Me sentí en la obligación de salvarla. Después de haber estado sin ella a mi lado durante el último año y medio, me di cuenta de que la lujuria, cruda y dura, era la que me motivaba en mis sentimientos que no eran para nada correspondidos. Mi amante,

la mujer por la que casi sacrifiqué mi fortuna, mi vida, el amor de mi familia… Ella mantenía en su cama a un buen número de caballeros que, a diferencia de mí, eran del todo conocedores de su verdadero carácter. La humillación y desesperación que sentí me hicieron huir de todo lo que conocía, de todas las oportunidades que tenía a mi alcance… Incluida mi recién estrenada esposa. April —pronunció su nombre con orgullo—. El destino me recompensó de una manera que no preví ni merecía. Alguien nos tendió una trampa a mi esposa y a mí. Fuimos sorprendidos en una actitud del todo inapropiada por mis padres, los suyos y otros hombres y mujeres influyentes. Me negué a casarme con ella y por insistencia de mi madre, que apeló a mi sentido del orgullo y honor, decidí dar un paso adelante. No merezco la suerte que corrí. Mi esposa, mi condesa, me salvó sin yo saberlo. En caso de que ella no hubiera accedido a desposarse conmigo, en lo que resultó una boda bochornosa para ella, pues mi amante irrumpió y tuve que marcharme de su lado con *lady* Montgomery, yo hubiera huido con mi amante y habría sentenciado mi futuro a la vergüenza, el escarnio público y la humillación eterna. El golpe que recibí al ver que mi vida era una auténtica farsa, que la mujer a la que le entregué mi lealtad y corazón no era quien decía ser, me hizo desear salir de Londres para encontrar al hombre que mi esposa sabía que había en mí. Estuve en Boston bajo la tutela de un hombre que conocí en mi travesía en barco. El señor Barton era el dueño de unos astilleros y me dio trabajo y guía. Me recordó mucho al padre de mi esposa y pronto me sentí cómodo con él. El padre de mi esposa… Con respecto al señor Sunne, debo decir que él fue el artífice para que yo descubriese a *lady* Montgomery en sus infamias. El padre de mi mujer fue el que me libró de un duelo en el que probablemente hubiera perdido la vida tratando de defender a una víbora sin corazón. No podía quedarme. No podía. El señor Sunne me comprendió. Yo no estaba preparado para tomar mis obligaciones al lado de una mujer a la que podría amar, pero que no merecía conocerme en el estado en el que quedé después de la bendita traición de mi amante. No. April no lo merecía. Me marché

por mi bien, pero sobre todo por el de ella. Lo hice sin despedirme porque no sabía qué alegar. Estaba mortificado por mis fallos.

En ese punto, April se limpió las lágrimas que no sabía que le habían rodado por la mejilla. Alex le estaba abriendo su corazón y ella estaba enternecida por completo.

Por su parte, el conde se giró para buscarla en esa oscuridad que deseaba que pronto se disipase.

—*Fräulein* Beckman, ¿cómo me aconseja plasmar en una carta la historia de mi equivocación con la única mujer que demostró serme leal y fiel? ¿Cómo le digo a April que hace varios meses que llegué a Londres y que no he sido capaz de ir a buscarla porque no sé cómo empezar mi penitencia? ¿Cómo lograré su perdón y absolución después de haberle fallado? ¿Bastará con decirle que no hubo más mujer que ella durante mi huida? Mis pensamientos eran prisioneros de una pelirroja de fuerte carácter que tuvo la osadía de hacerse pasar por una cortesana francesa. ¿Cómo le digo que muero por acariciarla? ¿Cómo le explico que no he dejado de pensar en ella desde que me fui? ¿Cómo lograré hacer que vuelva a confiar en mí después de todo lo que nos he hecho? ¿Cree que hay salvación para un hombre arrepentido, que desea empezar de nuevo una vida con una esposa a la que no merece?

April se tragó el llanto. Se levantó de la silla con tanta violencia que el mueble cayó al suelo. Echó a correr mientras se ponía una mano en la boca para tratar de no sollozar con mayor fuerza. No. Él no tenía derecho a hacerle eso. Ella ya había decidido no perdonarlo jamás. Sencillamente, no… no… no… April había decidido no sucumbir de nuevo y una vez más él trastocaba sus planes.

Alexander había visto moverse algo. Oyó claramente un sollozo y supo que April estaba llorando. En un principio no había previsto ser tan directo en sus explicaciones y confesiones. Alexander había imaginado que podría seducirla y desestabilizarla, pero rápidamente comprendió que, con su historial, si iniciaba ese juego, ella tal vez no le creería cuando confesase que sabía que era su esposa antes de seducirla. No. No podía volver a poner su reputación en

entredicho con respecto a su condesa. A la mujer que ahora él elegía para poder iniciar una nueva vida.

Alexander le dio unos minutos de ventaja antes de ir en su busca. Comprendía que April necesitase asimilar sus palabras. También sabía que ella sería un auténtico torbellino de emociones y que, probablemente, no habría esperado esa confesión hecha con el corazón en la mano.

El conde encaminó sus pasos con cuidado por si ella había puesto obstáculos en el recorrido. Se había negado a utilizar un bastón en casa porque no deseaba ser dependiente de un objeto, pero en esos momentos le vendría muy bien tener uno a mano.

Llegó hasta su habitación e ingresó de nuevo sin permiso, pero con sigilo. La oyó llorar y su corazón sangraba por ser él el objeto de su pena. Se acercó con cautela hasta la cama. Se sentó en el borde.

—Vete, por favor —dijo ya sin el acento y con la cabeza aún hundida en la almohada que sujetaba con fuerza. Ella bien sabía que en aquel roce la había descubierto por completo. Acababa de tener la confirmación hacía unos minutos.

—No puedo, April. No volveré a dejarte. —Buscó con su mano alguna parte de su cuerpo. Encontró la cabeza y le acarició el pelo con ternura infinita—. Debes saberlo. Todo lo que te he dicho es la verdad y nada más que la verdad. Lo siento. Siento mucho todo lo que ocurrió. Te abandoné y fuiste lo único que eché de menos cuando lo dejé todo atrás, pero no podía quedarme. No así. Tú no lo merecías. Tu padre lo entendió. Le pedí permiso para marcharme y él me comprendió. Me dijo que me concedería tanto tiempo como necesitase, pero hace unos meses llegó una misiva a Boston para exigir mi regreso. ¿Por qué hizo eso tu padre? ¿Qué pensabas hacer? —Alex sabía que el señor Sunne lo reclamaba porque algo había sucedido con su hija.

—No te quiero. Yo no te quiero. No te quiero. No. No —repetía una y otra vez.

—April… ¿Qué ibas a hacer para que tu padre me aconsejase regresar con premura? —Él obvió sus negativas.

April se levantó para enfocar su mirada. Pese a que sabía que no la veía deseaba contemplar sus ojos.

—Tuve un cortejo nulo y una boda rápida con un hombre que estaba convencido de amar a otra mujer. Un hombre que me abandonó sin explicaciones a la mañana siguiente de mi nefasta boda. Terminé de reconstruir tu casa. Cuidé a tu hijo ilegítimo como si fuese el mío propio. Tu amante pasó por tu casa antes de marcharse y dejó a un niño afirmando que era tuyo.

—April… —dijo en un claro tono de culpabilidad. Ella denotaba tanta pena.

La pelirroja continuó su explicación entre sollozos:

—Vi al señor Swift encontrar el amor con la institutriz de tu hijo. Ya no podía soportarlo más. No. Deseaba la libertad. Escribí a mi padre para que iniciase los trámites para la nulidad. No se lo dije a nadie más que a él, porque era el único que podía ayudarme. Me respondió que no lo haría. Ahora bien comprendo el motivo. Él y tú habéis jugado con mi presente y futuro. No importa. Tu madre prometió que el duque de Cass me conseguiría la nulidad en el caso de que tú te recompusieras. Sé bien que te queda poco, pues estoy al tanto de las luces y sombras que ya distingues. El médico me manda las misivas cada día. Sabe que soy tu esposa y cree que me mueve la preocupación. Nada más lejos de la realidad. Pronto serás libre, al igual que yo. Podrás regresar a Boston sin la carga que yo supongo. Yo me iré al norte, a un lugar donde nadie me conozca, y empezaré mi vida allí con un hombre que me ame, que me aprecie, me desee y me dé mis propios hijos. Que me brinde su amor porque yo lo merezca.

Se volvió a echar sobre la almohada y comenzó a llorar de nuevo. Le dolía el corazón. Le dolía el alma. Tanto sufrimiento, tantas ilusiones devastadas.

Lord Albans sentía sus ojos húmedos. Por primera vez en su vida, no era capaz de controlar sus emociones. Parpadeó varias veces para ahuyentar sus propias lágrimas.

—No tengo derecho a exigirte nada, porque yo nada te ofrecí. De todas las personas con las que tuve oportunidad de mostrarme bueno y paciente, tú fuiste la que más soportaste mi temperamento caprichoso y mi insolencia. Y si de alguna cosa me arrepiento, April, es de no haber yacido contigo cuando pude haberlo hecho. Debí reclamarte en el Club Legancy cuando subí tu falda. De nuevo pude haberte hecho mía la noche de nuestra boda. Fue un infierno no sucumbir a tus caricias. El sueño y la carga de alcohol que yo llevaba encima te dieron una nueva oportunidad de escapar. Sí, April. En mi egoísmo, hubiera deseado reclamarte las dos veces porque así no tendrías derecho a pedir la nulidad. Tan cegado estoy por mis ansias de no perderte que te tomaría ahora mismo si supiera que albergas un mínimo sentimiento de afecto por mí. No obstante, yo ya te he hecho suficiente daño como para negarme a tus deseos. He recitado una declaración sincera sobre lo que ocurrió en el pasado. Del mismo modo te digo que deseo que tú seas mi futuro. No puedo enmendar mis errores, pero sí prometer que te haré una mujer feliz. Te trataré con devoción y haré que no sufras por mi causa jamás.

—¿Y qué hay del amor, Alex? —preguntó con hilo de voz temblorosa al tiempo que se incorporaba.

—No te diré que te amo porque una vez cometí el error de no identificar lo que en verdad era. Sí puedo afirmar que habitas en mis pensamientos día y noche. No sé si eso es amor, pero se siente muy próximo. Te deseo también como nunca creí que desearía a una mujer. El recuerdo de nuestro encuentro en el club me ha perseguido al igual que tu persona. Necesitamos tiempo, April. Juntos podemos crear un buen y sólido matrimonio. Hemos pasado por mucho y no quiero que me abandones. Te pido que no lo hagas, pero tuya será la decisión final. —Decidió que sería justo y la decisión del futuro de ambos recaería en las manos de ella. Esperaba no haberse equivocado al delegarle esa tarea.

—No lo sé… No lo sé… —habló con sinceridad. El corazón se sentía destrozado, pero, con sus palabras, él había sembrado la esperanza.

Alexander tanteó con sus manos hasta que consiguió hacerla girar y enmarcar su rostro con ellas. Le secó las lágrimas con los pulgares.

—Odio hacerte llorar. Odio que no tengas buenos recuerdos de mí. April, no puedo cambiar el pasado. Tan solo me queda pedir que vuelvas a confiar en mí, en ti, tal y como hiciste cuando sabías que mi corazón pertenecía a otra que no lo merecía. Fuiste valiente, entonces. Muéstrame de nuevo una valentía que no tengo derecho a pedir.

—Alex… Alex… —Usó su nombre rogando por algo que ni ella misma sabía.

—Estoy aquí, esposa, y no me iré a no ser que me apartes de tu lado.

El conde se aproximó despacio hasta ella para evaluar si lo rehuía. Deseaba besarla desde el mismo momento en el que tuvo la confirmación de sus sospechas sobre su verdadera identidad. Colocó sus labios sobre los de ella en un roce ligero. Si no lo frenaba, que Dios se apiadase de su alma, porque no podría dejarla marchar jamás. Ella era la indicada para enseñarle lo que era el amor verdadero, desinteresado, leal, puro, sin mancha.

April sintió el tibio contacto y se abalanzó para reclamar el beso que hubiera merecido de su esposo desde el primer momento. Lo necesitaba. En ese momento no había nada, no existía nadie más. Solo él. Su esposo, que había hecho una confesión que jamás creyó escuchar.

Alex la estaba besando y se sentía tan cálido y cercano… Tan maravilloso.

Alexander se acomodó mejor sobre el lecho y respondió con ímpetu al beso que ella estaba convirtiendo en puro fuego.

—¿Te quedarás conmigo, April? —Solo la haría suya si ella accedía a darle una oportunidad. Esta vez haría las cosas bien.

—Sí. Hazme el amor, Alex. Muéstrame lo que debe ocurrir entre dos esposos —pidió en una clara muestra de audacia. Casada. Más de un año y medio esperando a que su situación se solucionase, a

que los amargos sucesos dieran paso a algo esperanzador. Era su esposa. Él había dicho que deseaba apostar por su matrimonio, así pues, April le debía demostrar su confianza.

Era él. El hombre que quiso para sí. El hermano de su mejor amiga. Alexander, quien no la había mirado nunca del modo en el que lo hacía ahora. Tal vez sus ojos seguían nublados por el efecto del accidente, pero April leía en ellos un deseo latente tan profundo como intuía que mostraban los suyos propios.

Y la respuesta de él fue ponerse en pie y quitarse la ropa. April se mordió el labio inferior. Su torso estaba tan musculoso… Se veía tan duro…

—Estás diferente, Alex.

—¿En qué sentido? —preguntó con una sonrisa. Esperaba que fuese para bien.

April se levantó, llegó hasta él y comenzó a acariciar su pecho varonil con las yemas de los dedos.

—Eres diferente. Estás… más grande —apuntó cuando su mano trémula llegó hasta su hombría para comprobar que esta vez sí era dura, además de alargada.

Alexander echó la cabeza hacia atrás al sentir ese agarre tan íntimo.

—April… —susurró cuando ella comenzó a mover esa parte de su cuerpo, mientras con la otra mano palpaba sus sacos llenos.

—Me probaste. En mi noche de bodas me lamiste. —April lo recordaba como si fuera ayer.

—Lo hice. Y fue delicioso y embriagador —respondió él coqueto.

—Estabas borracho —le recordó con un deje de lamentación.

—Sí, pero recuerdo bien lo que hicimos.

—¿Y qué hicimos antes de que a la mañana siguiente me abandonases, Alex? —inquirió con curiosidad y sin un solo tono de reproche. Él ya se había disculpado y había explicado sus razones. Ella las había aceptado. También lo había perdonado cuando le pidió que le hiciera el amor. Era una mujer deseosa de comprenderlo, de conocer las razones por las que su esposo había obrado así. En

efecto. Alexander le había dado lo que necesitaba para tratar de seguir el camino con él. Junto a él. A su lado. En un primer momento supo que las cosas no serían fáciles. No lo fueron. Pero ahora estaban ahí, el uno junto a otro, y se sentía natural. Sincero. Cálido. Correcto. April no haría oídos sordos a lo que deseaba, a lo que había soñado desde que se dio cuenta de que nunca podría dejar de amarlo. Demasiados años siendo la amiga de su hermana sin permitirse valorarlo como algo más. Todo había cambiado. Estaban en sintonía. En el punto exacto en el que debían estar.

—Te hice el amor antes de irme —respondió a duras penas. El balanceo de la mano femenina no le permitía seguir el curso de una conversación normal.

—No —susurró April mientras se acercaba para besarle el cuello.

—Sí. Lo recuerdo bien. Besé y amé todo tu cuerpo, April. —Ese recuerdo era lo que le daba sosiego cuando buscaba un motivo para seguir adelante, luchando por descubrirse a sí mismo.

—¡No me hiciste tu esposa! —gritó más de lo que debió.

—Lo hice. —Él entendía ese reproche, pero no lo compartía.

—No.

—Sí.

—Alex… lo recuerdo muy bien.

—Yo también.

—No completaste lo que se suponía que… No me tomaste.

—No me pareció correcto. No en aquel momento. No en aquellas circunstancias.

—¿Y ahora? —preguntó junto a su oreja antes de lamerle el lóbulo. Él gimió.

—Sí. Te deseo. Y lo haré si es lo que quieres. ¿Me deseas tú, esposa?

Ella tardó unos segundos en responder. Él contuvo todo el tiempo el aire en sus pulmones.

—Sí. Solo dime que podrás llegar a amarme y yo cederé. Yo te daré todo lo que soy. Todo lo que tengo. Todo lo que sueño y

anhelo. Estaré por ti. Seré para ti. Solo dime que lo intentarás con todas tus fuerzas y yo daré un salto de fe, Alex.

El conde buscó su boca y le dio un beso pausado, tierno, lleno de promesas y de ilusión. No creía en los cuentos de hadas que tanto les gustaban a sus hermanas, pero en verdad comenzaba a sentirse como un príncipe que había encontrado a su princesa.

—Lo haré con todas mis fuerzas, April. Confío en ti. Después de lo que me pasó, supe que solo sería capaz de ser un hombre completo a tu lado. No confío en otra mujer que no seas tú. Te prometo, te juro por mi honor, y de eso ahora tengo mucho, que haré que no te arrepientas de tu decisión.

La respuesta de April fue darle un ligero beso y separarse un poco para comenzar a desnudarse. Alexander veía su forma, la observaba moverse. El sonido de las telas cayendo al suelo le indicaba que ella estaba aceptando sus palabras, sus promesas. April se convertiría en ese momento en su esposa de hecho. ¡Y por Dios que él le haría el amor como un esposo debía tomar a su mujer! Con toda su alma, con todo su cuerpo, para colmarla de dicha, lujuria y felicidad.

—Estoy lista, Alex. —April se había posicionado en el centro de la cama. Su esposo se sonrió. Al fin iba a tener el contacto con el que tanto había fantaseado mientras su mano lo aliviaba. La espera había valido la pena. La recompensa sería magnífica.

—Tengo tu camisón guardado a buen recaudo —confesó el conde.

—¿Qué? —Estaba perdida admirando el cuerpo desnudo de su esposo.

—Te lo robé. Me lo llevé conmigo para no olvidarte jamás. —El corazón de April comenzó a funcionar tan rápido que estaba segura de que se le saldría del pecho—. En cuanto recupere la vista, deseo vértelo puesto. ¿Lo harás?

—Alex… —No hizo falta alegar nada más. Era un «sí» en toda regla.

Alexander trepó sobre el cuerpo de ella y llegó hasta sus labios. Se deleitó en su dulzura y la provocó con el roce de su lengua.

Le acarició el pelo. No veía su color, pero estaba seguro de que seguiría igual de esplendoroso. Puro fuego que entre sus dedos se sentía seda.

—April… Tengo que saberlo. ¿Otro te ha besado? ¿Otro te ha tocado? Sé que eres leal y que tu virtud no la has entregado, pero necesito saber si otro te ha tocado. —Era hija de un hombre sabio y digno. Ella no hubiera traicionado sus votos pese a que él no había cumplido su promesa como esposo, pero deseaba su confirmación.

—No. No habría podido permitirlo —señaló mientras lo abrazaba con fuerza—. Solo estás tú. Únicamente tú, mi amor.

El hombre primitivo que llevaba en su interior se regocijó en su respuesta. Su recompensa fue comenzar a adorarla. Sus pechos, esos senos que seguían del mismo modo que él los recordaba, fueron amasados con delicadeza. Sujetó el derecho con su mano y engulló toda la zona del pezón con glotonería. Divina. Ella era divina en sus reacciones, gemidos y gestos. Mamó de ese manjar y, cuando lo dejó libre, fue en busca de su hermano para adorarlo del mismo modo. El pezón se sintió duro contra su lengua. Besó, lamió y jugó con las puntas enhiestas hasta que la volvió loca por el deseo crudo que en ella había nacido.

Se fue deslizando por su abdomen y la colmó de besos húmedos ahí. Su lengua se deslizaba pecaminosa sobre cada trozo de carne que caía bajo su roce. Llegó hasta el suave nido de sus rizos y aulló por la anticipación. Ella hizo lo mismo. April sabía lo que se proponía y lo estaba deseando. No había olvidado aquellos sabios consejos que una vez lord Londonderry le dio. Se entregaría a lo que él exigiese de ella y lo haría con dedicación.

—¿Recuerdas lo que te hice, verdad? Mi lengua deslizándose sobre tu cálida intimidad… ¿Te gustó, esposa? Dime si te gustó, si deseas que te bese aquí. —Él llevó un dedo para palpar sus suaves pliegues y rugió al encontrarla mojada. Completamente mojada, por

él y para él. Estaba más que lista para su intrusión, pero Alex deseaba llevarla al paraíso antes de reclamarla por completo.

—Sí… Sí. Por favor, por favor… —El dedo de él era maravillosamente perverso. Había tocado ese punto exacto que tanto le gustaba. Algunas noches oscuras había llevado su propia mano hasta allí. Había cerrado los ojos y, mientras se acariciaba, fantaseaba que era él. Que era su lengua quien le daba ese placer. Pero no era como ahora. Nunca lo era. La liberación sabía a poco. Alexander la había despertado y ella no se contentaba con un sucedáneo de lo que podía llegar a sentir, a vivir, a saborear: la gloria.

La lengua bajó hasta el lugar donde Alex sabía que lo necesitaba. Dulce. Más dulce y melosa de lo que recordaba. Mientras trataba de calmar su ansiedad con su lengua, un dedo tentaba su abertura. Su lengua seguía un ritmo pausado pero constante y su dedo estaba acompasando esa misma melodía que había iniciado.

La sintió gemir con fuerza y tuvo que colocarse mejor para que su otra mano llegase a acariciar su vara. Estaba metido de lleno en un delirio tortuoso en el que deseaba estar. La mano de él lo trabajaba con suavidad, aunque todo lo obligaba a ser más rudo consigo mismo. Estaba duro, estaba cegado por la bruma de la lujuria y la necesitaba. Ansiaba meterse en su interior porque se negaba a derramar su semilla con la ayuda de su mano. No. En estos momentos, al fin, tenía a su esposa para poder gozar de su calor. Se obligó a dejar libre su virilidad y comenzó a lamer con mayor intensidad. La necesitaba libre ya o se volvería loco.

—Alex, Alex… No puedo… No puedo soportarlo… Me invade… Ya llega… Aleeeeeeeeeeex —gritó con ímpetu y sin contención.

Él cerró los ojos y trató de no concentrarse en sus gritos porque estaba a un paso de terminar de hacer el amor sobre la colcha. Sin tiempo para dejar que ella saborease el momento, regresó hacia arriba y se posicionó entre sus laxas piernas.

April le echó los brazos al cuello. El rostro de su esposo se acomodó en el hueco de su clavícula derecha. Llevó su hombría

hasta su entrada y esperaba ser certero en el tiro. Nunca manejó a una mujer inocente. Lisbeth estaba demasiado entrenada, ahora lo veía. De una estocada se llevó hasta su interior y se quedó muy quieto. April lanzó un grito profundo.

—Duele. Duele. —Se quejó mientras contenía las lágrimas.

Alexander se acercó hasta su oreja para susurrarle palabras de ánimo.

—Lo sé, April. Tranquila, mi cielo. Ya está. Ya está… Has sido valiente, pequeña. Todo está bien. El dolor nunca volverá a repetirse, te lo prometo. Tu virginidad está rota y has sido valiente por mí. Relájate, deja que yo pueda seguir mi labor. Tranquila, cielo.

Alexander dejó de hablar para comenzar a besarle el cuello. Llevó sus labios hasta los de ella y trató de hacerle olvidar el mal rato acontecido.

—Alex…

—April, dime que estás mejor porque necesito con desesperación moverme dentro de ti. —Estaba a un paso de caer en la demencia. Se tuvo que contener como nunca para no derramarse con la primera acometida. Tal vez lo debió haber hecho para no seguir incomodándola, pero deseaba disfrutar un poco más lo que tanta espera le había llevado.

—¿Me dolerá? —No podría volver a pasar por eso nunca más.

—Voy a probarlo. Solo dime si estás un poco mejor.

Alexander bajó su mano para buscar el centro de placer de su esposa y poder mitigar un poco la sensación dolorosa. En cuanto ese pedacito de carne tan especial estuvo entre sus dos dedos, comenzó a mecerse, esta vez con mucha delicadeza.

—Uhm…

—¿Te duele? —preguntó al verla con los ojos cerrados y muy quieta.

—No. Es un poco molesto, pero me… gusta lo que haces con tu mano.

—Gracias a Dios… —susurró—. April, no duraré demasiado. Estás muy apretada y yo llevo demasiado tiempo pensando en esto. Te

prometo que la próxima vez será mejor.

—Está bien, Alex. Puedo hacerlo. Sigue. Hazme el amor.

—Te lo estoy haciendo, pequeña —dijo con una sonrisa. La danza se intensificó y las caderas de April comenzaron a moverse al ritmo que intuía que él necesitaba para darle placer.

—Alex… —Algo subía desde su sexo hasta su mente.

—No puedo esperar, April. Necesito liberarme yaaaaaaaaaaaaaaa. —El grito de él fue tan desgarrador que la pelirroja creyó que se había hecho daño de algún modo. April lo sintió regarla en su interior. Algo cálido la había llenado. También hubo unas sacudidas algo furiosas ahí dentro. ¿Se habría hecho daño?, se preguntó con cierta preocupación. De pronto él se quedó laxo sobre ella.

—¿Estás bien, mi amor?

—Oh, sí. Tesoro. Más que bien —respondió, al tiempo que se acomodaba a su lado para no aplastarla con su peso—. Ha sido magnífico. Eres mía, April. Mía y solo mía —espetó antes de agarrarla con fuerza contenida y situarla pegada a su regazo, para poder dormir un ratito y reponer fuerzas.

La pelirroja compuso una sonrisa. Su posesividad era un descubrimiento inesperado. Nunca imaginó que sentirse tan deseada fuera posible, y menos por él.

April se dejó abrazar y decidió que sería conveniente descansar un poco. Las heridas del pasado ya no estaban lacerantes. Una nueva esperanza nacía en ella. ¡Alexander estaba a su lado con una sonrisa! No se lo podía creer.

Cuando llegó a Londres esperaba encontrar al mismo hombre. Nada de eso. Había ocurrido un milagro. Era diferente, pero seguía siendo él. Se sentía tan arropada y protegida entre sus brazos, que deseaba quedarse así pasa siempre.

***

April se removió en la cama. Unos besos cálidos trataban de devolverla a la tierra de los despiertos.

—Alex, no quiero despertar aún. Me da miedo abrir los ojos y que todo haya sido un sueño.

—Nada de eso. Esto es real —le dijo al tiempo que palpaba sus senos. Eran maravillosos.

—Debe ser tarde. No sé cómo podré mirar a los sirvientes sin sonrojarme. Estas cosas se hacen por la noche, no en plena mañana. —Las citas de los amantes se amparaban en la oscuridad.

—Nada de eso —repitió con más efusividad—. Un matrimonio debe tener derecho a complacerse cuando lo desee. Creo que pienso hacerte el amor todos los días de mi vida… De dos a tres veces como mínimo. —No creía que se pudiera cansar de su candor, de su inocencia y entrega. Era perfecta. En estos momentos que podía comparar lo vivido con Lisbeth se daba cuenta de que el acto con su amante nunca llegó a ser una unión entre dos personas. No hubo conexión con aquella arpía. Ellos habían mantenido una relación física, pero nunca compartieron lo que acababa de tener con su esposa.

April se rio por su contestación tan sensual.

—¿Tantas veces, mi amor?

—Todas las que te apetezcan, todas las que deseemos. —Él le dio un beso—. Te tomaría de nuevo ahora mismo, pero no debo hacerlo. Es demasiado pronto… ¿Lo es? —inquirió en un tono de pura picardía.

April le sonrió y le acarició la mejilla. Uno junto al otro, en la cama… Delicioso tenerlo así para ella sola.

—¿Te refieres a si estoy bien para volver a hacer el amor?

—¿Lo estás?

Ella hizo un puchero.

—Me temo que no. Lo siento.

—No, no te disculpes. Las cosas deben ser así. Iremos poco a poco.

—¿Te arrepientes, Alex?

—¿Yo? ¿De qué? —No sabía a qué se estaba refiriendo ella.

—De todo. De lo que hemos hecho, de cómo hemos acabado.

—¿Acabado? Yo diría que estamos empezando. No me arrepiento. Te lo dije esta mañana.

—Esta mañana dijiste muchas cosas.

—Todas ellas verdad.

—Tengo miedo, mi amor.

—No me temas. Te prometo que no voy a ser el que fui. —El conde se tomó un minuto para valorar lo que ella estaba opinando—. Tu padre no lo permitiría. —Se rio con humor.

—Aleeeex… —Ella le dio un ligero codazo en su torso—, no me refería a eso.

—¿Qué te preocupa? —Él se puso más serio.

—Todo. Es verdad que nos hemos visto desde que tengo memoria. Pero siento que nos conocemos apenas. ¿Y si no sale bien?

—Hay matrimonios que se pactan con menos. Mis padres mismo, y creo que tus padres también tuvieron uno de conveniencia. Nosotros nos conocíamos y es mucho más de lo que tienen otros. —Lo predominante en la sociedad era hacer uniones como si se tratase de negocios. En su opinión, que no fue la que tuvo al principio, ambos habían salido bien parados.

—Debes saberlo. Siempre te he amado. No me permití pensar en esos términos en ti, pero no sé bien cómo me vi completamente enamorada, Alex —confesó con un gran sonrojo. Sentía sus mejillas arder y se tapó el rostro con ambas manos pese a que sospechaba que él no la veía todavía.

—Yo ya lo imaginaba, esposa mía. Aquella noche en la que nos encontraron compartiendo un beso ya te dije que sabía que estabas completamente enamorada de mí y tú te atreviste a negarlo. Incluso cuando te besé en el jardín lo confesaste entre unas deliciosas súplicas que siempre atesoraré. Me salvaste.

—¡Eres un arrogante! —Él le quitó las manos del rostro, pues se dio cuenta de que ella las tenía así cuando trató de enmarcarle el rostro con las suyas.

—Siempre lo he sido. Eso no ha cambiado demasiado, April. Aunque debo disculparme por la forma tan espantosa en la que te traté aquella vez.

—¿Cuándo? —preguntó ella—. Porque hay muchas de esas veces…

—Tu padre tenía razón.

—¿En qué? —preguntó con sorpresa.

—En demasiadas cosas, pero él dijo que tú sabrías manejarme a la perfección. —Le dio un beso—. Será mejor que salgamos de la cama porque de lo contrario tendré que hacerte el amor de nuevo y… ¿Sigue siendo demasiado pronto, esposa?

April se rio por el tono tan seductor y malvado que él empleaba. Ninguno hizo amago de levantarse.

—Me temo que sí. Deberás esperar un poco.

—¿Cuánto?

—¿La próxima semana? —bromeó ella.

—¡April! —la regañó con humor. Esperaba que estuviera de broma, porque de lo contrario moriría de necesidad.

—Tal vez esta noche…

—Gracias a Dios —dijo en un susurro apenas audible. Ella lo oyó y se sonrió. No sabía que pudiera tener ese poder sobre un hombre como él.

—Alex, ¿llegarás a amarme? —Lanzó la cuestión mientras contenía la respiración hasta oír su respuesta.

—Estoy completamente seguro de que lo haré con toda mi alma. Siento algo muy profundo por ti. Creo que es amor, pero no quiero apresurarme. Siento pedirte un poco más de tu paciencia, esposa mía. —No iba desencaminado. Después de hacerle el amor quiso gritar que la amaba, pero no deseaba decirlo sin estar seguro. Demasiado bien sabía él que la lujuria podía fácilmente confundirse con un sentimiento más noble. Pero ella era tremendamente especial

para él. Se sentía extremadamente protector. Esa dulzura de April lo tenía cautivado.

—Gracias.

—No me las des. Todo es obra tuya. Has tenido paciencia conmigo, me has esperado y yo te lo agradezco.

April le sonrió. Era momento de hablar sobre un tema más delicado.

—Sobre Peter…

—¿Quién es Peter?

—Tu hijo.

—Uhm. ¿Lisbeth te lo dejó antes de marcharse? —Él sospechaba que esa mujer hundiría el puñal tanto como pudiese.

—Así es. Se parece mucho a ti. Es muy bueno e inteligente.

—¿Cuántos años tiene?

—Seis años. Es un niño maravilloso.

Sabía que algo se le había olvidado. Alexander tenía que explicarle lo del pequeño.

—April, es complicado que él sea hijo mío. No imposible, porque siempre puede haber complicaciones. Hay maneras de evitar un embarazo y yo las practicaba. —En otro momento le explicaría que él solía verterse en un orificio en el que cual llegar a embarazar a una mujer era del todo imposible. Poco a poco pensaba mostrarle todos los secretos que se podrían desvelar entre dos amantes, pero en estos momentos no necesitaba mucho más.

Ella imaginaba que habría maneras de prevenir el embarazo, aunque no las comprendía en ese momento.

—El niño se parece a ti. —La condesa de Albans había creído que de verdad era su hijo. Nunca lo puso en duda como lo hacía Alex.

—Lo comprendo y por eso te agradezco que, después de todo lo que te hice, decidieses abrirle las puertas a mi posible hijo. Eso te honra, April. No todas las mujeres aceptarían el desliz de su esposo.

—Tienes que saberlo. Lo amé porque creí que era tuyo. Luego, cuando lo conocí lo quise porque es maravilloso. Sea o no tu hijo, yo… yo lo amo.

—No sé si será hijo mío, pero si tú lo quieres no te privaré de él. Además, estoy seguro de que yo también le cogeré cariño.

April se sonrió.

—Mi padre lo ve como a su sucesor. Creo que ya está ideando un plan para mostrarle el negocio. Me gustaría que lo reconocieses como tuyo. Peter cree que eres su padre y no quiero desilusionarlo. Incluso ha pintado tu retrato.

—Un cuadro. ¿Es tan bonito como el que tengo en mi despacho?

—Sí, Peter tiene talento. Y no pensé que conservases mi obsequio. Me has sorprendido, Alex.

Él le sonrió.

—Me llevé tu retrato, April. En Boston me inspiró para verme a través de tus ojos. Me has ayudado más de lo que crees y siempre te estaré agradecido.

—¿Reconocerás al niño? —repitió la pregunta al ver que él no la había respondido.

—Si es lo que deseas, lo haré. Merece tener una oportunidad. A fin de cuentas, él es una víctima más de esa mujer. Eso sí… lo haré con una condición.

—¿Cuál? —inquirió con el ceño fruncido.

—No me vuelvas a dar café con sal. —Él se rio.

—Lo intentaré… —concedió ella, mientras también se reía. En ese momento recordó un par de cosas que la tenían intrigada—. Si veías sombras, ¿por qué tropezabas con los muebles que yo dejaba en medio de las estancias? —Eran pruebas que le ponía para ver si el médico estaba acertado en sus apreciaciones y él no esquivaba los obstáculos.

—Porque mis ojos miraban al frente. No veía sombras por debajo si no bajaba la mirada. Además, las últimas veces… yo… intuía tu identidad —respondió con sencillez.

—¿Lo sabías? —April abrió los ojos como platos.

—Tu perfume te delató. Lilas. Pero de algún modo convenciste a mi leal mayordomo de que participase en tu treta y tuve dudas. Y ese acento era muy bueno, tanto como el francés que pusiste

cuando flirteaba conmigo en un club prohibido al que espero que no regreses. —Él le dio un ligero matiz de regañina a sus palabras.

—Delatada por mi perfume. Nunca creí que prestarías atención a algo tan sutil. Debes saber que iba a aquel lugar pecaminoso solo para verte. Deseaba estar contigo aunque no supieras quién era yo.

—Lo sé. Siempre supe que yo no te era indiferente, April —advirtió con regocijo.

—Qué arrogante es usted, lord Albans.

—Y por eso me ama, *lady* Albans. —Él la tumbó de nuevo en la cama y comenzó a besarla. Se puso sobre su perfecto cuerpo femenino—. ¿Sigue siendo demasiado pronto? —Lo había intentado, pero ya no podía esperar más. La necesitaba.

—Milord, es usted insaciable —aludió seductora.

—No imaginas cuánto, mi adorada esposa.

La volvió a besar para tratar de despertar su lujuria.

April suspiró.

—Deja que nos adecente a ambos y trataré de contentarte. Espero que valga la pena mi sacrificio —apuntó mientras lo apartaba y se ponía de pie para ir en busca de la jofaina y unos paños de lino, a fin de asearse para poder tener una nueva sesión de amor.

—Siempre te daré placer y pronto te colmaré con todo mi amor. April, eres lo mejor que llegó a mi vida en el peor momento posible. Gracias, esposa, por no haberte dado por vencida conmigo.

Lady Albans sintió el corazón estremecerse de puro orgullo ante esas palabras. Lo llenaría de tanto amor que él agradecería cada día haberla encontrado.

Lord Albans se dejó caer en la cama y le dio todo el poder para que hiciese con él lo que se le antojase. Estaba a su servicio y siempre trataría de hacerla feliz. Al fin, todo se percibía correcto. Las cosas estaban en su lugar. Él estaba en casa.

Epílogo

La redención de un conde perverso

El duque y la duquesa de Cass estaban en su alcoba, concretamente en el lecho. Acababan de compartir una buena sesión de deporte de cama. Desde que sus hijos habían abandonado el nido y todo estaba en orden, se sentían más vigorosos y con más tiempo para poder deleitarse en cuestiones de índole personal.

Después de tantos años, Anne seguía manteniendo su apetito muy bien saciado. Su esposa, su duquesa, además de ser hermosa era dulce, inteligente, paciente, amorosa, buena madre y una amante sublime.

Las cosas entre ellos comenzaron como lo hacía cualquier pareja: con dificultad. Pero supieron sortear los problemas como habían hecho Rose Anne, Alexander y Ruth Anne.

Pierce le dio un beso húmedo a su esposa y se colocó a su lado.

—Sigues siendo fascinante, Anne. Supe en cuanto te probé que nunca me saciaría de ti.

La duquesa premió su confesión con un nuevo beso.

—Y yo supe que sería capaz de domarte —aludió al tiempo que le guiñaba un ojo.

El duque salió de la cama para ir hacia el escritorio. Su esposa admiró su desnudez con verdadero deleite. Siempre fue un hombre

bien formado, e incluso en su madurez conservaba ese atractivo que la sedujo en un primer momento.

Pierce abrió un sobre y tomó asiento en la mesa. La habitación estaba muy caldeada y no hacía frío. Era la segunda vez que iba a tratar de leer la carta. Una hora antes, su esposa llegó a la puerta de su despacho y se bajó la parte delantera del vestido. Salió corriendo y él tuvo que perseguirla —con los papeles que portaba en la mano— como si fuesen dos jóvenes recién casados.

—¿Qué lees? —inquirió la duquesa desde la cama.

—Es una carta de tu hijo.

—Espero que ésta anuncie de una buena vez un embarazo. —Desde que April se presentó en su casa en compañía de su hijo hacía unos meses para explicarles que Alexander había sufrido un accidente, que había quedado ciego y que ella lo había estado cuidando… En fin, la duquesa de Cass los vio tan cómplices que supo que todo lo malo había quedado atrás. No quiso preguntar por el arreglo y el amor que había florecido en ellos, porque esperaba que, tarde o temprano, la pelirroja pudiera contarle todo lo acaecido.

Saber que su pequeño tuvo un accidente y que había estado privado de la vista… Lo debió haber regañado por no haberle permitido cuidarlo. Pero como todo salió bien con su esposa, la duquesa no quiso reprobarlo más.

Pierce terminó de leer la misiva y miró a su esposa con una brillante sonrisa.

—Está embarazada y tu hijo ha recuperado por completo la vista —expuso con orgullo.

—Maravillosas noticias. —Anne se sintió contenta. Estuvo acertada cuando opinó que ellos dos harían una pareja formidable. Su instinto de madre nunca solía equivocarse. Allí donde su esposo era infalible con respecto a sus hijas, ella lo había sido siempre con Alexander—. ¿Qué más dice?

—El niño, Peter —al que Cass también había conocido ya y era encantador—, se lleva muy bien con su padre. —Alexander había iniciado los trámites para reconocerlo y el conde no diría nada sobre

la sospecha de su nula paternidad a nadie. April se lo había hecho prometer—. También dice que el señor Swift parece ser que va a heredar un título nobiliario y que su boda con la señorita Marian Quinn fue preciosa e íntima. Lo demás son buenos deseos y cosas que se tienen que decir…

—Parece que todo estará tranquilo. Ellos se veían felices. —Le gustó observar a su hijo mirar de esa manera tan especial a April—. Yo creo que Alexander la ama.

—Sí. Nuestro hijo está completamente enamorado, solo había que ver la forma en la que no podía despegar los ojos de ella cuando vinieron a explicarnos las novedades. —Cass se rio al evocar esa imagen. Alexander estaba tan pendiente de su esposa que no era capaz de seguir la conversación con los demás—. Tres hijos felizmente casados, Anne. Creo que lo hemos hecho bien.

—Sí. Cuando le sugerí a April que le tendiese una trampa a mi hijo y ella se negó… —La duquesa chasqueó la lengua—. Creí que al final acabaría atado a aquella mujer.

La sonrisa de su esposo se amplió todavía más.

—Yo no lo hubiera permitido jamás.

—¿Qué quieres decir? —inquirió con interés.

—Tu plan para que ambos acabasen juntos era bueno, pero mi forma de llevarlo a cabo fue magistral.

—¿Qué hiciste? —No entendía el razonamiento de él.

—Reunirlos en el mismo lugar para ser sorprendidos en una actitud comprometedora.

Anne se incorporó en la cama. Sus pechos quedaron bajo la atenta mirada de su esposo. La boca de la duquesa estaba abierta de par en par.

—¿Fuiste tú? ¿Las notas? ¿Tú lo tramaste? —El descubrimiento la había golpeado con fuerza.

—Tú me diste la idea. Yo la ejecuté. Sinceramente, esperaba que tu intuición no fracasase y ellos fuesen encontrados en una actitud del todo indecorosa. Por suerte, así fue. Así que la culpa no recayó

en mí por completo. Tu hijo y la señorita Sunne cooperaron demasiado bien en sus papeles.

—¡Eres malvado! —dijo mientras soltaba una sonora carcajada.

—Recuerda que lo único que hice fue posibilitar que se citasen en mi despacho. Es cierto que usé las identidades de otras personas para atraerlos, pero no los obligué a besarse… y Dios sabe qué más estuvieron haciendo.

Anne se mordió el labio. Nunca le diría que sospechaba que ellos habían hecho mucho más que besarse, pues tenía muy pendiente la confesión de la joven Margot hablando de las visitas a cierto lugar al que no debieron ir jamás.

—¡Vaya! —exclamó con asombro el duque al leer la segunda carta que había abierto.

—¿Qué sucede? ¿Es Ruth Anne? ¿Rose Anne? ¿Qué, qué, qué? —lo azuzó al ver que él se había quedado callado.

—Londonderry parece estar en problemas y no adivinarías jamás con quién.

—¿Qué sucede? —preguntó con más impaciencia que antes.

—Ven a leerlo tú misma porque no vas a dar crédito.

Anne se levantó. Las cosas entre su hijo y su mejor amigo habían vuelto a la calma. April le había susurrado en la última visita que los dos hombres se iban a reunir antes de regresar al campo y que ella se ocuparía de que arreglasen sus diferencias.

Cuando la duquesa se acercó para leer la carta, el duque tiró de ella y Anne se quedó sentada de frente sobre él.

—¿Qué te propones, Cass? —quiso averiguar al sentir que el falo de su esposo estaba más que listo para una nueva ronda.

—¿Alguna vez lo hemos hecho en una silla?

Anne se rio con ligereza.

—Muchas —respondió mientras se ponía de puntillas para facilitar lo que su esposo se proponía.

—Pero no en esta silla, ¿verdad?

—No. En esta creo que todavía no.

—¿Te atreves a montarme así, Anne?

—Un reto muy interesante, Cass—. La duquesa se dejó caer sobre el eje de él con fuerza. Su esposo aulló de placer—. ¿Contesta esto a tu pregunta, mi duque pecaminoso?

—Monta, Anne. Móntame como sabes que me gusta.

Ella se preparó para darle lo que él estaba demandando. Su esposo era muy imaginativo y desde que los problemas de sus hijos habían dejado de pesar sobre sus hombros, podían disfrutar de la vida de otro modo.

La misiva sobre Londonderry cayó al suelo. El misterio sobre la identidad de la muchacha que había conseguido ponerle el lazo a ese joven tendría que quedar en un misterio…

Por el momento al menos.

Fin.

Enojar a un marqués malvado

Mis adoradas lectoras, mil gracias por seguir dándome alas. Espero no defraudaros jamás, y menos con el cierre de esta trilogía.

Cuando la necesidad une a dos personas,
algo grande puede nacer para toda la eternidad.
Todo comienza con una discusión…

Sinopsis

Bastian Leight, marqués de Londonderry, es un hombre robusto, apuesto, con unos ojos grandes de color avellana que lo hacen irresistible ante cualquier dama. Podría casarse con la mujer que quisiera… sin en verdad desease caer en la cárcel del matrimonio, claro. Bastian está en apuros y no es por causa de una mujer… Bien, un poco sí, pero *lady* Margot es una circunstancia momentánea. Lo apremiante para Bastian es quitarse de encima la presión de su abuelo, el duque de Kent. Su único familiar vivo ha amenazado con desheredarlo y cortarle su asignación si no se casa de inmediato. ¡Un problema de proporciones bíblicas para un hombre que sería el peor esposo del mundo!

Y en el otro lado de la balanza se encuentra *lady* Margot, quien sabe que cuando recite sus votos ante Dios, será la mejor esposa de todo Londres. Su hermosa y tirana hermana mayor ha hecho un buen matrimonio y parece que tiene el camino un poco más despejado.

Margot es de estatura pequeña y esto puede ser un contratiempo, y más porque compensa su tamaño con su perspicacia. Sabe hablar alto y claro, demasiado claro… ¡Lord Londonderry bien lo sabe! Y el malvado marqués es conocedor de esto, porque cuando él le propone un absurdo plan para contentar a

su abuelo, la joven enumerará uno a uno los motivos por los que no deben hacerlo y los expone gritando.

Los comienzos son siempre difíciles, más si los silencios y malentendidos se mantienen. ¿Qué le deparará el designio a esta pareja tan poco probable?

Índice

Prefacio

Todo tiene un principio

Capítulo 1

Un amargo despertar

Capítulo 2

Marqués a la vista

Capítulo 3

Una buena lección

Capítulo 4

Un descubrimiento inesperado

Capítulo 5

Una confesión arriesgada

Capítulo 6

Una muestra de valentía

Capítulo 7

Una exigencia importante

Capítulo 8

Una tortura deliciosa

Capítulo 9

Una noticia angustiosa

Capítulo 10

Una elección decidida

Capítulo 11

Una sintonía adecuada

Epílogo

Una marquesa malvada

Nota de la autora

Todos los títulos por orden

Sobre la autora

Prefacio

Todo tiene un principio

La noche fue tormentosa. Los relámpagos no habían dejado que Margot, de apellido Kidder, pegase ojo. Había estado buena parte del tiempo de descanso mirando por la ventana. Era un espectáculo fascinante ver los dibujos inesperados que se formaban en el cielo. Era la naturaleza en su máxima expresión rugiendo furiosa, después de teñir el horizonte. Le apasionaba estar en su alcoba, con la chimenea prendida, observando una intempestiva tormenta nocturna. Desde pequeña supo que no era una persona demasiado común. Las diferencias con su hermana mayor, Bernice, eran del todo evidentes. A Bernice le gustaba jugar con muñecas, a Margot con las plantas. Bernice deseaba salir a pasear, ella prefería leer un libro. Su hermana pintaba de modo fascinante, ella podía cocinar un rico bizcocho de chocolate. Por descontado que todo lo que Bernice hacía, era elogiado y aceptado por sus padres, los condes de Burst. No así lo que Margot llevaba a cabo. Se sentía extraña en su casa, con su propia familia. No encajaba.

Esas diferencias tan manifiestas que ambas hermanas tenían, la colocaban a ella, a Margot, en una posición delicada. Más, cuando la belleza que una dama debía tener para conseguir a un buen partido, había recaído casi por completo en Bernice.

Se había conformado con ser «la otra hermana fea y problemática». En efecto, todo en Margot era un problema de proporciones bíblicas. No sabía cómo lo hacía, pero siempre conseguía estar en el momento menos oportuno y en el lugar poco adecuado.

Su carácter tierno y dócil la ayudaba a sobrellevar ciertas cosas que desde un punto de vista exterior eran bastante injustas. Se consideraba a sí misma bastante confiada. Con dieciocho años recién cumplidos, Margot no tenía miedo más que a una cosa: la ira de su hermana.

Bernice era demasiado… demasiado… demasiado… ¡todo! Además de ser perfecta, su hermana mayor siempre buscaba molestarla. No entendía muy bien el motivo. Tal vez la disputa viniese por aquella muñeca que le regaló tía Theodora. Bernice consideró que la de Margot era más bonita y a partir de ahí, las cosas cambiaron. Margot sacudió la cabeza para negar. No creía que aquella muñeca comenzase la historia compleja que se producía entre las hermanas. Bueno. Sí, era cierto que Theodora solía tener una especial inclinación por Margot, pero en cuanto Bernice supo ganarse a la tía, la cosa cambió por completo. Tanto mudaron los afectos de la tía solterona Theodora, que el viaje por Europa que le había prometido a Margot, le fue concedido a Bernice.

No importaba. Margot estaba más que satisfecha por la tranquilidad sosegada que reinaba en la finca de campo. Bernice llevaba fuera cerca de ocho meses y, aunque estaba feo decirlo, habían sido los mejores de toda su existencia. Y no solo por este motivo. Su felicidad era plena porque, aunque refunfuñó un poco por ese viaje del que finalmente había gozado su hermana, ¡ella iba a casarse! Margot estaba entusiasmada.

Bernice contaba sobre sus espaldas dos temporadas y pese a ser toda una beldad, no había conseguido una propuesta aceptable. También era cierto que su perfecta hermana, con sus medidas adecuadas, sus preciosos ojos azules y ese cabello del color del oro

más claro, rechazó a todos y cada uno de los pretendientes que llegaron hasta su puerta porque no los consideraba apropiados.

Bien. Por una vez ganaría a Bernice en ese juego de competencia que su hermana mayor instauró entre ellas. Margot se casaba con un hombre sin haber disfrutado de ninguna temporada y sin haber salido del campo para encontrarlo.

La joven se miró al espejo. Fuera de la sombra que proyectaba su hermana, parecía que había florecido tímidamente. Compuso una sonrisa triunfal llena de ilusión y esperanza. Colocó un mechón de pelo rebelde que se había salido de su lugar. Su cabello no era tan ostentoso como el de Bernice, pero era del color adecuado: dorado como los rayos del sol. Sus ojos no tenían tampoco el tono tan claro como el de la hija mayor del conde de Burst, pero eran azulados, mas bien grises, como un día nublado. El mayor de los problemas era su alzada. Con apenas un metro cincuenta y siete de estatura era bastante baja, pero deseaba pensar que su intelecto, ese que nutría con una buena lectura, compensaba con creces su talla. Bernice le sacaba casi cabeza y media… La fortuna dio gran parte de la belleza de la familia a su hermana, a ella la bendijo con bastantes pecas en buena parte de su cuerpo. No estaba bien visto que las manchas echasen a perder el tono lechoso de piel. Había probado todo tipo de remedios para aplicarse: como los tónicos con limón, bañarse en leche de burra como hacía Cleopatra… Sus pecas no deseaban marcharse y a ella ya no le importaba porque el hombre que le había preguntado si deseaba casarse con él decía que eran encantadoras.

Margot suspiró de plena felicidad. Estaba completamente enamorada de él. Era sencillamente maravilloso, ideal, perfecto, atento, apuesto, con buenos modales, rico, con título y su padre lo aprobaba por completo. David Clarke, conde de Luxor, tenía veinticuatro años y la adoraba al igual que hacía ella. Era el vecino que había comprado la propiedad adyacente a la de lord Burst y cuando David llegó a casa para presentarse… fue un cuento de hadas, se miraron a los ojos y saltaron chispas. Margot nunca fue

muy dada a creer en enamoramientos, pero lo que sintió al principio por él, no fue nada en comparación con lo que siguió tras esos seis meses en los que se habían conocido y hecho grandes amigos.

Y entonces llegó un contacto que ella consideraba divino. Los labios de él la rozaron un momento con timidez y todo su cuerpo tembló. Habían salido a montar y cuando la ayudó a bajar del caballo a mitad de la cabalgata, él no pudo resistirse, según le había dicho.

Estaban prometidos en secreto, porque solo faltaba que David hablase con su padre y la cosa quedaría lista para sentencia. Nunca creyó que encontrar el amor resultase tan sumamente fácil. ¡Ni siquiera lo había buscado!

Pero era deliciosamente perturbador imaginarse viviendo la nueva vida que pronto iniciaría. Tendría un esposo, es decir, todo con lo que una joven dama casadera sueña desde que deja de hacerse las trenzas. Dirigiría su casa y sería amable con sus sirvientes porque eso iba con el carácter dulce que Margot tenía. Le daría muchos hijos, tantos como Dios quisiera enviarles y sería la mejor esposa de todo Londres. No, de todo el planeta. Colmaría a su esposo con tanto amor que nunca dejaría de sentirse querido. Sí. Eso haría. Sería la perfecta esposa para el conde de Luxor.

David. Todavía recordaba el instante en el que él la invitó a usar su nombre de pila. Le pareció un acercamiento tan íntimo que no supo cómo reaccionar. Se puso tan colorada que sus mofletes hablaron por ella ante esa invitación. Él le acarició la mejilla y le dijo que la encontraba adorable.

Antes de salir de la habitación, cogió un sencillo sombrero de paja y se marchó en dirección al riachuelo. David deseaba hablar con ella de manera privada y la había citado allí después del desayuno.

El lugar al que se dirigía estaba a unos veinte minutos de la casa y ese tiempo le sirvió para sentir una expectación increíble.

Conforme se acercaba hasta el punto de encuentro, lo veía cada vez de forma más nítida. Él se había quitado el sombrero y lo

portaba entre las manos. El cabello negro se movía por el ligero viento que se había levantado. En cuanto la divisó, le otorgó una brillante sonrisa que la deslumbró con la blancura de sus perfectos dientes. Sus ojos eran tan verdes, como la hierba más fresca. ¡Era tan apuesto!

—Margot… —Cada vez que él pronunciaba su nombre su corazón se estremecía. ¿Se podía morir de puro amor? La joven comenzaba a pensar que sí.

—David… —Consiguió decir antes de que él se abalanzase para abrazarla. Las rodillas le temblaron.

Él se obligó a despegarse de ella. La miró con verdadera adoración. Los ojos de ambos estaban en sintonía. Se sonrieron como dos jóvenes absolutamente embelesados.

—Te amo, Margot. Más de lo que imaginé que amaría a cualquier mujer. Eres perfecta para ser mi esposa. ¿Lo serás, verdad? —El conde le acarició la mejilla en un gesto muy tentativo lleno de nerviosismo.

Ella sintió mil mariposas revolotear en su estómago. Era la primera vez que él le confesaba sus sentimientos de forma tan efusiva.

—Por supuesto que sí —respondió la rubia, sin ápice de duda. Era el hombre más apuesto, atento y perfecto que jamás pensó que podría tener.

—Margot… —La volvió a abrazar con intensidad—, me vuelves loco. Cuando no estoy contigo pienso en ti a todas horas. No sé qué tienes, pero me haces sentir como un animal…

David la soltó de improviso como si quemase. Él se giró de pronto.

—¿Qué te sucede? —inquirió ella sorprendida por el supuesto rechazo.

—Tú me sucedes. Te deseo tanto que me duele —dijo de un modo agónico.

—¿Cómo puedo hacer eso? —Margot se acercó para tocar su hombro a fin de que él se diera la vuelta. La mirada de ambos

estuvo nuevamente conectada. Él le acarició la mejilla una vez más.

—Debo marcharme. Mi tío está enfermo y no sé cuándo regresaré.

—¡Oh! Lo siento mucho. ¿Cuándo te marchas? —La noticia le había sentado como un jarro de agua fría, pero comprendía que era necesario que él atendiera sus asuntos familiares.

—Esta tarde. Deseaba hablar con tu padre antes de marcharme, pero cuando he ido en su busca, el mayordomo me ha informado que ha partido a Londres. —En verdad esto había sido un contratiempo a sus planes.

—Sí, el conde se ha marchado. ¿Has estado en casa esta mañana? —preguntó con extrañeza, pues no le dijo nada de su visita. Él cabeceó afirmativamente.

—He ido con la única idea de cerrar nuestro compromiso lo antes posible… —Su tono de voz sonó extraño. Con un deje de tristeza.

Margot le sonrió.

—En mi corazón no hay lugar para otro que no seas tú —trató de tranquilizarlo—. Por lo que a mí respecta, eres mi prometido.

David le devolvió la sonrisa y ella percibió que él se tranquilizaba.

—¿Tu padre me aceptará? —inquirió con nerviosismo contenido. Ella se rio con ligereza.

—¿Un conde, joven, apuesto, rico y que declara su amor por su hija? Estoy segura de que padre te aceptará por completo. —Al menos así lo esperaba, porque lord Burst no podía poner ningún impedimento.

—Es un hombre muy serio. Parece inaccesible. —A David no le gustaba demasiado la actitud de ese hombre, en especial, con relación a su hija.

—Lo es con todo el mundo. No solo contigo. Le preocupa el condado, su título y sus negocios —puntualizó. Margot era su propia sangre y creía que, si la hija de la cocinera se hiciera pasar por ella, ni lord ni *lady* Burst se darían cuenta del engaño.

—Yo… deseaba haber hablado con tu padre antes de irme y pedirle sus bendiciones porque… —La frase quedó suspendida en el

aire. Margot lo vio excesivamente inquieto, y por norma general, David era un hombre muy civilizado y tranquilo.

—Sea lo que sea que ocurra, puedes contar conmigo siempre. —En un gesto de audacia, Margot se puso de puntillas y le dio un ligero y suave beso en los labios. David la sostuvo un instante entre sus brazos.

—Te deseo, Margot. Sé mía —pidió, mientras acercaba su entrepierna al cuerpo femenino para dejar claro lo que en verdad estaba demandando.

Margot sintió el pinchazo de su hombría. Se sofocó, pues sabía que él estaba en un estado que antes nunca había sido tan patente. Su zona íntima se sentía dura y ella diría que incluso palpitante. Tragó saliva con fuerza y lo miró con intensidad a los ojos. Vio el deseo de él ahí reflejado.

—Yo… yo soy tuya… —dijo sin ser demasiado consciente de las implicaciones de su aseveración.

—No. No lo entiendes. Yo deseaba hablar con tu padre para poder sellar nuestro compromiso y poder… Yo… —Le tocó el turno a él de tragar saliva—. Margot, deseo tomarte como mi mujer. Aquí y ahora. Te deseo y no puedo esperar más. Si no te tengo, me volveré loco. He tratado de contenerme. Ya no lo soporto más. Saber que estaré unas semanas lejos de ti… Deseo llevar conmigo tu recuerdo siendo mía para que nada nos separe jamás.

Margot bajó la mirada al suelo. Estaba azorada. Sí. En estos instantes comprendía perfectamente lo que él estaba demandando. Una joven solo tenía su reputación. Era la leyenda que la condesa le recitaba casi a diario, más cuando David comenzó a dar muestras de interés por ella. Una joven mancillada fuera del matrimonio no sobrevivía al ostracismo.

—David… yo no… —comenzó a titubear.

—No. No digas nada. Lo sé. Estoy siendo demasiado egoísta. No tengo derecho a pedirte nada. No contestes. Podré esperar… —Margot lo vio totalmente desesperado en su explicación. Se sintió miserable por haberlo hecho sufrir con su intento de negativa.

—David, comprendo que tú… En fin, eres un hombre y que yo… Yo seré tu esposa. Creo que mi deber… Es decir, yo… Te amo. —Consiguió decir entre los balbuceos.

—¿Me amas? —Abrió los ojos lleno de júbilo por la declaración. Esa muchacha era pura luz y él deseaba quedarse ciego por su mirada.

—Con todo mi ser. Creo que eres el mejor hombre que conocí, conozco y conoceré. Estoy muy agradecida de que te interesases por mí.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Eres todo candor, inocencia. Además, posees una inteligencia excepcional. Todo ello, sin olvidar esos preciosos ojos que tanto me impresionaron cuando te conocí. Creo que eres la mujer perfecta. —Él colocó su nariz pegada a la femenina—. Puedo esperar si es lo que deseas. Lo haré, aunque ello me cueste horrores. —Emitió una carcajada carente de humor—. Solo es que necesitaba hacerte el amor de modo desesperado. Lo siento, Margot. No debí haberlo pedido. Me disculpo. Cuando estemos casados…

Margot inhaló una bocanada de aire fresco.

—Deseo que me hagas el amor, David… Ahora —susurró la última palabra por lo bajo mientras su mirada caía al suelo.

—Margot… —David sintió que el cielo se había abierto ante sus ojos. Desde que la había visto, solo fantaseaba con tumbarla sobre su espalda y…

Y eso fue justo lo que hizo en cuanto obtuvo la aprobación de esa maravillosa mujer. Le acarició unos breves minutos los incipientes senos, y a continuación la ayudó a acomodarse sobre la mullida hierba. David se colocó sobre ella mientras se desabrochaba la presilla del pantalón. Le subió la falda y hurgó entre su ropa interior.

—Mi amor. Mi amor… me has hecho el hombre más feliz del mundo —le dijo al tiempo que llevaba su miembro hasta el interior de ella. Le costó atinar el tiro, pero al tercer intento, una vez que su

virilidad se apoyó en su abertura, consiguió meterse de una embestida hasta el final de su cueva.

Margot no gritó. Pudo contener la furia del dolor que nació en su ser. No así, consiguió refrenar sus lágrimas. Él siguió embistiendo sin saber la laceración que había provocado. La rubia cerró los ojos. Sabía que dolía. Su hermana había hablado de ello en alguna ocasión con sus amigas casadas y la había escuchado decir que cuando un hombre yacía con una mujer el dolor era insoportable. Ya tenía la confirmación.

Deseaba gritar, pero no podía. No debía hacerlo. Él sería su esposo y ella le serviría en todo cuanto precisase. La labor de una mujer era mantener satisfecho, feliz y contento a su marido. Ella había aceptado la proposición de él y comenzaría de inmediato a demostrarle su valía.

En lo que fueron tres minutos, un rugido profundo acalló el canto de los pájaros. Margot percibió unas palpitaciones en su interior al tiempo que algo cálido se vertía dentro. David se quedó laxo sobre el cuerpo de ella. Su cabeza se apoyó sobre su clavícula un momento. Margot no se atrevía a decir nada. Tan solo quería que él se retirase. Y pareció leerle la mente, porque David se movió de inmediato y se incorporó. Vio la sangre de la mujer a la que pretendía desposar en su virilidad y sonrió.

—Eres mía, Margot. Mía para siempre. —Se acomodó sus partes y la ayudó a incorporarse. Se fijó en la humedad que todavía tenía en sus mejillas—. No llores, preciosa mía. Has perdido tu virginidad, pero no has de temer nada. Te he prometido que me casaré contigo y lo haremos pronto. ¿Podrás esperar, Margot?

Ante las palabras de promesa, ella sintió que su herida íntima se acallaba. La esperanza renació de nuevo. Había obrado correctamente.

—Sí. Lo haré. Te amo, David.

Entonces él le dio otro beso cálido y la abrazó con fuerza.

—Espérame, Margot. Pronto serás mi esposa.

Con el juramento de un amor que acaba de sellarse, el conde de Luxor se marchó de allí mirando atrás a cada rato. Margot era dulce, era sensata, era todo cuanto podía desear un hombre que buscase una buena esposa.

Y con el corazón lleno de amor y rebosante de felicidad, la joven Margot llegó a su casa sobre un montón de nubes que le indicaban que seguía soñando.

Pero no todos los sueños eran dulces. Había pesadillas que comenzaban de la manera más natural. Margot en su ingenuidad y falta de lecciones sobre la vida y los hombres, no se ocupó de esconder la prueba de su delito. La doncella encontró sangre en sus enaguas y de inmediato dio parte a la condesa. Y todo comenzó a ir de mal en peor…

Así fue como su hermana Bernice amaneció en casa a la semana siguiente y tía Theodora se llevó con ella a Margot, a la espera de saber si lo que la joven había hecho, presumiblemente con algún trabajador de la casa, daba sus frutos.

Para suerte de Margot, su hermana no llegó a enterarse del motivo de su precipitada marcha de la finca familiar. Pese a que la segunda hija de lord y *lady* Burst imploró un poco de tiempo para explicar la situación, nadie le hizo caso. Para sus padres, ella había cometido el peor de los delitos y no merecía más que una reclusión en un lugar donde no pudiera hacer gala de su carácter licencioso y reprochable.

Y los días se convirtieron en semanas, estas en meses y cuando cumplió los veintidós años, al fin tuvo las ansiadas noticias que nunca llegaron mientras residía con su tía lejos de sus padres.

Cuatro años de soledad, donde las penas habían sido más que las alegrías. Pero había llegado el momento de respirar libertad. Sentía retirarse el yugo que años atrás colocaron sobre su cuello. David al fin la había encontrado. Libre. Sería libre al fin y con el hombre que tanto había amado. Su cuento de hadas comenzaba una vez más y esta vez, nadie podría evitar que Margot Kidder alcanzase la felicidad que le habían robado durante cuatro largos años.

Y con ese pensamiento en la mente, nada más llegó a Londres se dio cuenta de que la pesadilla no había hecho más que comenzar.

Capítulo 1

Un amargo despertar

La vida en Londres no era lo que previó cuando llegó. Margot Kidder, a sus cerca de veintitrés años, ya no se sentía una muchacha ingenua. Pese a ello, estaba en un rincón a buen recaudo tras unos frondosos helechos que le daban cierta privacidad en el baile de los condes de Whestpont.

Hacía largos meses que habían planeado atrapar a un esposo para poder casarse. ¿Quienes? Pues ella y sus dos amigas, pero esas desertoras ya tenían lo que una vez pidieron de rodillas a Dios, puesto que *lady* Ruth Anne Nording, la hija del duque de Cass, y la señorita April Sunne habían abandonado sus títulos para convertirse en mujeres casadas con dos nobles caballeros. Solo quedaba ella con la misión de casarse lo antes posible y las posibilidades de contraer un buen matrimonio no eran demasiado halagüeñas.

Desde que llegó a Londres y estuvo en compañía de esas dos amigas que la habían dejado sola con el reto de buscar a un buen esposo, los problemas de Margot, que no eran pocos, solo habían empeorado todavía más.

Estaba tan desesperada, que había previsto coquetear con un hombre que tenía en el punto de mira y planeaba que, Bernice o

quien fuera —ya no importaba—, la descubriesen en una actitud reprochable y ella al fin acabase casada.

Era de vital importancia huir de la casa de su hermana lo antes posible si no deseaba meterse en un lío del que no podría escapar jamás. ¿Por qué? Pues porque el esposo de su bella, fantástica y tormentosa hermana mayor, no era otro que el hombre por el que ella esperó con devoción: David.

Colocada tras esas plantas, Margot gimió al pensar en cómo había resultado su insípida vida. Cuatro años viviendo en el campo esperando a que él llegase para rescatarla y… No podía ser verdad. Cuando lo tuvo ahí frente a ella después de tanto tiempo, pensó que al fin recuperaría su vida. Nada más lejos de la realidad.

Gimió. No deseaba pensar en eso. Ya había llorado por toda una vida y no debía derramar más lágrimas. Estaba sola en esto de cazar a un esposo y lo haría lo más pronto que pudiera. A sus amigas les había resultado bien el plan para salir de su soltería. Se casaría y luego ya vería cómo conquistar a su víctima. No quedaba otra.

—Yo pensé que las jóvenes damas casaderas no se escondían tras verdes y frondosas plantas. —Margot oyó a su lado una voz masculina que conocía demasiado. Ni se ladeó para mirarlo. Se movió dos pasos para ver si entre el helecho se camuflaba del todo y él entendía que ella no deseaba hablar—. La estoy viendo, si no tiene el don de desaparecer, de poco le servirá seguir tratando de esconderse de mí.

Margot no pudo evitarlo y su mirada buscó la de él por inercia. Lo vio sonreír de lado. Le gustaba más cuando ese arrogante le tenía miedo. Era un hombre que la sacaba de quicio. No solo por su orgullo, que se veía imparable. Sino porque le hablaba siempre con una condescendencia que le hacía desear darle una patada en su espinilla de elegante marqués. Y él era tan grande y robusto, que estaba segura de que si levantaba una pierna, con lo pequeña que era ella en comparación con él, acabaría pisándola como a una hormiga.

—Con esos modales tan poco agradables se quedará soltera para el resto de su vida… Y tal vez más allá —dijo el hombre un poco molesto, pero exhibiendo su característico buen humor.

Cansada porque él no se daba cuenta de que no era bien recibido a su lado, Margot se colocó delante de él para mirarlo desafiante. Bastian Leight, marqués de Londonderry había sido desde que lo conocía, es decir desde hacía unos meses que se sentían como años, una piedra en su zapato. Lo examinó con atención. Ciertamente era apuesto, con el pelo dorado como el sol, los ojos de color avellana y una nariz señorial que le iría como un guante cuando fuese el duque de Kent. Lo que no le gustaba era esa manera de mirarla que él tenía, como si ella… No sabía bien cómo la miraba él. No era deseo, desde luego tampoco amor. Sí, era esa dichosa condescendencia que ella tanto odiaba. En verdad era un hombre inmenso y ella era de talla pequeña, pero él no tenía derecho a molestarla cuando le daba la gana.

La muchacha sopló sin ser consciente. Lejos quedaba aquel día en el que ella, sin conocerlo, le dio una buena regañina por molestar a su buena amiga Ruth Anne. Se sonrió al recordar, cómo se acercó a él enérgica y le espetó que era un caballero falto de modales y sin consideración por las damas. Él se acobardó y Margot se alzó poderosa para recriminarle lo mal que se portó con la hija del duque de Cass, con Ruth Anne, por haber hablado de su amiga de forma poco considerada.

—¿Y usted no debería estar buscando a su marquesa a toda prisa? —Esperaba que con esa frase tan poco amigable la dejase en paz.

—¿Yo? Por supuesto que no —dijo ofendido ante la salida del tono de la joven, mientras se miraba las uñas de las manos.

Ese gesto hizo que ella se fijase en su atuendo. Sus pantalones marrones de seda a conjunto con la chaqueta y el chaleco en tono dorado más intenso, junto con la blanca camisa, hacían que la piel bronceada de él destacase sobre ese lujoso atuendo formal.

Ese hombre estaba demasiado acostumbrado a que las damas, en especial las jóvenes, suspirasen a su paso, por lo que Margot creía que, por este motivo, él la solía buscar para irritar sus nervios. Así era. Margot sería la única que no caía derretida cuando la dulce voz de barítono de ese gran dechado de virtudes que era el marqués de Londonderry, se acercaba para hablar. Sencillamente no lo soportaba.

Ella levantó una ceja y torció una sonrisa. Lo miró a los ojos con seriedad:

—Se le acaba el tiempo, señoría.

—¿Qué tiempo? Con veintisiete años, tengo toda la vida por delante… —indicó él con falsa inocencia—. La que debe llevar especial atención es usted. Sus amigas ya están casadas y si se demora un poco más de la cuenta, acabarán tachándola de solterona. —Terminó su exposición, satisfecho al verla fruncir el ceño y apretando los labios en una fina línea blanca.

—¡A las puertas de ser solterona o no, ya le dije en su momento que no pienso valorar su propuesta! —En efecto. La respuesta de ella salió gritando, por lo que captaron el interés de varias parejas que estaban cerca.

—Por un momento olvidé que no le importa dar un espectáculo gratuitamente —siseó por lo bajo él.

Ella trató de sosegarse.

—Es evidente que se acerca a mí con el único motivo de irritarme, por favor, márchese y aproveche mejor el tiempo… Ya sabe, las agujas del reloj no van a detenerse y se le hace tarde para… —dejó la frase en suspenso.

Él frunció el ceño. Esa muchacha había conseguido capar por completo su interés. Si no fuera tan terca…

—¿Por qué se me hace tarde? —preguntó sabiendo que la respuesta no iba a gustarle lo más mínimo. Y cuando la vio sonreír y batir sus pestañas para darse aires de inocencia supo que el veneno estaba siendo preparado para su inoculación.

—El tiempo se le agota. Y lejos de mostrarme preocupada por mi futuro, me encuentro complacida esperando a ver qué trama, señoría.

—Es la segunda vez que alude a algo como eso. ¿A qué tiempo se refiere? —dijo él en tono jocoso. Demasiado bien sabía ella a lo que se refería.

—El que le ha dado su abuelo para casarse y no privarle de su asignación —respondió la dama contenta de poder explicar al fin, lo que antes él había impedido al cambiar la dirección de la conversación—. Pero no se apene, cuando le vea mugriento en medio de la calle pidiendo limosna, no negaré que una vez nos conocimos. Tal vez incluso mantenga mi saludo. —Margot le mostró todos los dientes de su blanca y perfecta sonrisa.

—Oh, eso… No me preocupa lo más mínimo. —Le tocó a él mostrar sus perfectos y blancos dientes en una sonrisa que otra dama hubiese calificado como de deslumbrante. Margot no.

—Miente usted muy mal, lord Londonderry. Todo Londres está al tanto del rumor. Los periódicos, aunque usted no los lea, comentan cosas interesantes…

—¿Así que yo le parezco interesante? —Volvió a sonreír.

—Ni por un momento —dijo ella con una mueca de desagrado. Era irritante no poder fastidiarlo del mismo modo que él lo hacía.

El marqués carraspeó y cambió su actitud a una más seria.

—De todos modos, no debería pensar en que yo pueda acabar mugriento y sin una libra en el bolsillo. No debería hacerlo. Además, de que es de muy mal gusto que una muchacha de buena educación le espete algo como eso a un marqués, está el hecho de que si yo me arruino, cosa que no va a suceder —precisó él con calma— usted acabará a mi lado.

—¿Lo haré? —inquirió con incredulidad.

—Por supuesto. El deber de una esposa es estar al lado de su marido, en lo bueno y en lo malo —expresó con suma convicción.

Ella aspiró todo el aire que pudo y se preparó para explicarle un par de cosas a ese engreído al que no deseaba ver ni en pintura.

Maldijo en su interior al recordar que ya no tenía el poder de hacerlo recular.

—Es usted un… un… un… —No encontraba la palabra. Lo que sí estaba saliendo por sus orejas era humo por el enfado que estaba sintiendo por culpa de ese libertino arrogante, que se creía con derechos sobre ella. Desde que lo conoció sabía que le traería problemas. Lo que no imaginó fue cuántos le estaba causando.

Londonderry ya no debería sorprenderse con nada que ella hiciese, porque tenía un temperamento un tanto elevado, pero mentiría si no dijese que la joven le molestaba y divertía a partes iguales. La agarró por el brazo con delicadeza, pero de modo firme, dispuesto a llevársela a otro punto donde pudieran tener más intimidad. Estaban levantando demasiadas miradas y susurros, y no deseaba tener que anunciar su compromiso de forma tan apurada. Oh, sí. Ella iba a ser su esposa quisiera o no. Londonderry lo había decidido y cuando él tenía una meta, nada se lo impedía. Esa muchacha que se empeñó en desafiarlo antaño había sellado su destino cuando se colocó delante de él para demostrarle que no le temía.

Anduvo con ella sujeta del brazo unos pocos pasos. Fue imposible llegar lejos porque, de pronto, una figura masculina se interpuso en el camino de Margot y Londonderry.

—¿Hay algún problema? —lanzó la pregunta el recién llegado mirando la mano por donde Londonderry tenía sujeta a la muchacha.

Margot se apresuró para intentar salir del agarre. El marqués no permitió que ella se pudiera desembarazar de él. Sintió a Margot ponerse muy nerviosa.

—N… nooo —tartamudeó Margot.

Bastian observó a ese hombre que la miraba con reprobación. Iba muy bien vestido, y se veía demasiado altivo para su gusto. Estaba erguido ante él y con las manos a su espalda. El marqués podía jurar que el entrometido, incluso estaba apretando los puños, aunque no lo veía.

—¿Le importaría dejar libre a la dama? —dijo en un tono seco, que no admitía réplica, el hombre que los había interrumpido en su supuesta huida.

Margot trató de soltarse nuevamente. No lo consiguió. Al sentir el nuevo tirón, Londonderry le dio una mirada de advertencia para que estuviera quieta. La vio desviar la mirada hacia ese hombre que parecía que iba a rebanarle el cuello o algo mucho peor; y a continuación, ella agachó la cabeza. Bastian frunció el ceño ante esa acción llevada a cabo por parte de ella.

—Me temo que no puedo hacer eso porque está sonando el baile que la dama me prometió. —El marqués se la llevó en un abrir y cerrar de ojos sin que el otro pudiera alegar nada al respecto, pues si no se refrenaba, acabaría protagonizando un escándalo.

Mientras iba hacia la pista de baile, la mirada de Margot regresó a su espalda para encontrarse con los ojos azules del hombre que había permitido que ella se marchase con Londonderry.

Margot gimió. Su vida no era fácil, pero en los últimos meses se había complicado de una forma preocupante. Tenía que casarse lo antes posible y ese hombre que le llevaba de la mano como si fuese una niña pequeña era la peor opción de todas.

¿Por qué? Bien. Bastian Leight era uno de los mejores partidos de toda la temporada. Un marqués apuesto, con fortuna y que llegaría a ser duque de Kent… Ello si su abuelo no le retiraba su asignación por no casarse.

Margot volvió a gemir al recordar el interés que ese demonio tenía en ella. No podía negar que era apuesto, pero en conjunto, debido al tamaño de la joven, dudaba que hicieran buena pareja. Además, que no volvería a caer en sus tretas nunca más. Margot se rio involuntariamente al recordar cómo cambiaban las tornas. Si bien pensó en tender una trampa a un caballero para convertirse en esposa en un abrir y cerrar de ojos, lord Londonderry sería el último hombre con el que se casaría.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó el marqués nada más comenzó la cuadrilla.

—Nada que le incumba —respondió levantando la nariz.

—¿Quién es el hombre que ha venido a rescatarte de mis garras? —Decidió cambiar la conversación a un tono informal.

—¿A rescatarme? Me parece que David no ha tenido éxito en su empresa.

—Uhm… ¿David? —Él la miró con atención. No le había pasado desapercibido que ella había usado el nombre de pila de un hombre al que él no había visto hasta ese momento.

Margot rodó los ojos.

—No se atreva a mostrarse celoso, porque ambos sabemos que eso es imposible— dijo ella despreocupadamente.

—Se equivoca, *milady* —le susurró en la oreja justo antes de salir por las puertas francesas que daban al jardín. Bastian había estado controlando los pasos a fin de que ambos pudieran escabullirse.

Cuando Margot vio lo que sucedía frenó en seco.

—No puedo ir. —Se imaginaba que él quería llevarla hacia la oscuridad. Si David había estado mirando, pronto la seguiría. No debía arriesgarse a provocar un enfrentamiento.

—¿Prefieres que nos veamos en el Club Legancy? —la desafió él. Ella cerró los ojos. Desde que fue a ese lugar prohibido con sus dos amigas y él descubrió su identidad, se sentía en inferioridad al marqués.

—No. Tampoco puedo volver a ir —murmuró en un hilo de voz. Aquel lugar fue excitante porque había juego, había diversión…, pero todo acabó cuando Londonderry supo quien era ella.

—Ven. —Él tiró de su mano. Y ella se resignó a seguirle. No tenía ganas de discutir con él. Lo mejor sería ceder, aclarar lo que él desease y regresar pronto al baile.

Mientras andaban por la oscuridad, Margot repasaba lo que había sucedido con él hasta la fecha. Que una noche, Londonderry, en el Club Legancy, —un lugar al que una joven dama casadera no debería haber acudido— la llevase hasta una habitación privada, le sacase el antifaz bajo el que ella se escondía, y le plantase un beso que le hizo temblar las rodillas…

Aquello se sintió esperanzador, al menos al principio, hasta que en la boda de su amiga Ruth Anne, ella oyó una conversación privada entre lord Londonderry y el conde de Albans, en el que el primero informaba a su mejor amigo de que había encontrado a la mujer con la que se casaría para que su abuelo lo dejase en paz. Se quedó con los ojos como platos detrás de la puerta del despacho donde estaban ambos amigos hablando en confidencia. Cuando el marqués dijo que se casaría con ella y lord Albans, el hermano de Ruth Anne, le dijo que eso era una misión imposible porque ella no lo toleraba, y Londonderry contestó que la seduciría para hacerla claudicar… Ahí ella se dio cuenta de que todos, absolutamente todos los hombres, eran iguales. Tomaban lo que querían cuando deseaban y no se hacían responsables de sus actos. Por las malas, Margot había aprendido que tenía que valerse por sí misma para salvarse… o al menos para no seguir cayendo…

Había intentado hacer de todo desde que llegó a Londres. Integrarse en sociedad pareciendo una joven ingenua e inocente. Luego se mostró muy temeraria con Londonderry al permitirle que la besase. No mentiría si dijese que le permitió a ese hombre de las cavernas acercarse para ver si él conseguía un imposible: que ella olvidase por completo a David. Más bien, la traición de David.

Era humillante haber estado enamorada del esposo de su hermana y más sabiendo lo que él le había hecho. Sí. Él se había disculpado con ella cuando al fin la encontró. Le confesó que, creyó que lo había abandonado porque su familia no le decía nada sobre su ausencia. Finalmente, por una conversación oída entre los condes de Burst él había conseguido averiguar su paradero.

Hubiese sido mejor que la dejase en el campo, donde en su mente y corazón, él seguiría amándola. Sentía una traición tan grande, que cuando por azares del destino se topó en la modista con dos muchachas que hablaron de cazar a un esposo, Margot vio ahí la luz que terminaría con sus sombríos días. La idea surgió porque las tres amigas: Ruth Anne, April y ella conocían la historia de la ya duquesa de Crosy, quien antes de casarse había sido una joven

dama de la que se dijo que le tendió una trampa al duque para poder atraparlo en sagrado matrimonio.

Puesto que sus dos amigas no habían encontrado a un buen candidato y ella estaba desesperada por salir del camino de su hermana, que parecía vivir para mortificarla, les pareció un plan infalible. Incluso barajó la idea de casarse con Londonderry cuando lo oyó decir aquello sobre ella, pero la verdad era que Margot esperaba poder atrapar a un hombre mejor de lo que habían resultado ser David y Londonderry. ¡Tenía que haberlo en algún lugar! Y sí, ella buscaría incluso en el averno si fuera necesario, porque ni el diablo le daba tanto miedo como aquello que David trataba de despertar nuevamente en su corazón.

Precisaba casarse para poder abandonar el hogar que el conde de Luxor compartía con Bernice. Y esto último, estaba costando horrores, porque tanto el marqués como David estaban complicando sus planes para encontrar a un buen hombre que la desposara.

Él se detuvo en un lugar bastante apartado y al fin le liberó la muñeca. Se quedaron uno frente al otro mirándose a los ojos.

—Llevas meses sin dirigirme la palabra. Cada vez que nos cruzamos en un acto público sales corriendo. Incluso, estoy echando de menos el tiempo en el que venías directa a mí para regañarme. Es la primera vez que puedo hablar contigo cara a cara y está resultando ciertamente complejo entender qué es lo que ha pasado. La última vez que nos vimos, en ese dichoso club al que no debiste ir, te derretiste con mi beso. ¿Qué sucede? —inquirió mientras le tocaba la mejilla en un gesto cariñoso.

Margot se apartó de súbito. Ay… las manos de esos apuestos caballeros habían sido creadas por Lucifer para hacerla temblar. Con una vez que cayó en la tentación ya tuvo bastante.

—Me parece que usted mismo lo ha explicado todo, señoría —advirtió con tranquilidad.

—No uses el título, Margot. Bien sabes que me llamo Bastian, lo repetiste la última vez con claridad en medio de pequeños gemidos.

Ella se sonrojó y acaloró al recordar ese momento al que él se refería. Estaba tan cansada de tener que luchar contra David cada día, que por un momento se dejó llevar por los susurros y bellas palabras de Londonderry. Incluso cuando ellos se conocieron y fue evidente que sentían disgusto el uno por el otro, saltaban chispas cuando se tenían enfrente.

Margot estaba demasiado alterada y nerviosa para saber lo que hacía cuando le permitió ese beso. Y luego existieron las cartas que el marqués había enviado a su casa, mediante un sirviente de confianza que se las había dado a una doncella de Bernice y quien no había traicionado su confianza.

Suspiró al recordar que se sintió traicionada por segunda vez cuando oyó la conversación con su amigo Albans. Nunca imaginó que ese hombre con el que discutía a la menor oportunidad pudiera meterse bajo su piel. Se obligó a no consentirlo más. Cierto que, cuatro años esperando por un hombre que se presentó anunciando que estaba casado con su hermana, contribuyeron a que ella estuviera más predispuesta a aceptar la atención de cualquiera para huir de casa de los Luxor… No deseaba que el marqués pudiera tener un control sobre ella. Ni Londonderry ni nadie.

—Los errores se cometen sin querer, señoría. —Margot usó el título de él con mayor énfasis.

Él avanzó un paso amenazante. Tan grande como era, se veía fiero y daba pavor. Ella no le temía. Nadie más podía hacerle daño, no después de todo lo que tuvo que vivir en el campo. Sola con su tía diciéndole que acabaría en el infierno por lo que había hecho. Y la tía Theodora no se equivocó en su vaticinio, pues en parte ella salió de una prisión para meterse en otra aún peor.

David no había quedado en el pasado. Por algún motivo no se sentía fuerte cuando él estaba cerca. Dos hombres habían captado su atención, el primero no fue capaz de salvarla, el segundo la destruiría si ella lo permitía. No. Margot ya tuvo bastante con lo sucedido y esta vez buscaría algo mejor, más seguro para su cordura, su corazón y bienestar.

No era tan bonita como Bernice, pero había conseguido sacarse partido y estaba segura de que su padre le daría una buena dote si al final conseguía casarse. No había nada que el conde de Burst no hiciera para que ella se convirtiese en una respetable mujer que no trajese más vergüenza a la familia. Al menos era lo que rezaba en la misiva que su padre le envió la última semana. Cierto que el conde no mencionaba la cifra, pero esperaba que fuese suculenta para que el hombre al que consiguiera atrapar, perdonase su trampa… y lo otro que sería más difícil de perdonar: su falta de virtud. Una dama sin su pureza… Lo tenía complicado y por ello estaba buscando a un hombre arruinado con un carácter dócil. Era verdad que había muchos hombres faltos de recursos, pero aún no había descubierto a uno compasivo al que ella pudiera controlar. No es que fuese una arpía, pero necesitaba un poco de ventaja. Margot era una mujer muy lúcida, brillante en sus pensamientos —así lo creía la joven—, por lo que le iría mejor con una pareja que fuese menos inteligente que ella, por así decirlo.

—Te hice una propuesta muy seria en su momento. Merezco saber el motivo sincero de tu rechazo —habló él con intransigencia—. Por más que quieras ocultarlo, yo no te soy indiferente.

—La respuesta no le gustará, señoría.

—Pruébalo, y por amor del cielo, deja ya de tratarme con tanta formalidad, porque de lo contrario me veré obligado a actuar. —Él dio un paso hacia adelante. Ella no se movió de su lugar.

—No me asusta, señoría —lo retó. Y cuando ella vio que él sonreía de lado, supo que había hecho precisamente lo que él había estado aguardando que hiciese. Sin poder evitarlo, el marqués estuvo sobre sus labios para darle un beso exigente. Ni la diferencia de estatura fue un impedimento para que ambos pudieran degustar la lengua del otro en un cálido roce incendiario.

—Margot… —susurró él ente besos húmedos continuos. Y ese fue el momento en el que ella abrió los ojos para salir de su ensoñación.

La joven dio un paso hacia atrás.

—No. No quiero. No puedes hacer eso nunca más —le advirtió mientras negaba con la cabeza. No podía permitirle esas confianzas. No cuando él hacía que ella se olvidase de la realidad en el momento en el que le daba ese tipo de besos.

—¿Por qué? —quiso averiguar él tratando de alcanzarla. Ella le puso una mano en el pecho para evitar el avance.

—No soy buena. No puedo convertirme en tu marquesa. Tú no eres el hombre indicado para mí tampoco. —Cambió a un tono más cercano debido a la situación. Él tenía un historial como libertino que debía ser tomado en cuenta. También era verdad que ella era la menos indicada para hablar sobre vicios y locuras, pero Londonderry no sería un buen esposo, y la joven rubia había hecho la promesa a Dios, de que si el Altísimo le encontraba un marido bueno, ella se convertiría en la mejor mujer de toda Inglaterra.

—No digas tonterías, Margot. —No era la primera vez que él usaba el nombre de ella en privado. Sabía que lo debía corregir, pero no lo hizo—. Es el sueño de toda dama tener un buen partido.

—Sí, puede ser. Pero para mí, tú no eres un hombre a tener en cuenta —señaló airada con la evidente intención de alejarlo.

Él la miró con ceño fruncido. Lo había contrariado, pero al menos había conseguido sacar la formalidad de la conversación definitivamente.

—¿Por qué no?

—No estoy enamorada.

—¿Y el amor, la falta de él, es un impedimento para una unión? —Estaba un poco desconcertado.

—Lo es para una mujer que ha jurado convertirse en la mejor esposa para un hombre —señaló la muchacha con orgullo.

Él se encogió de hombros.

—Me parece bien que una dama pretenda ser eso para su esposo. —Él no veía el problema.

—Me imagino que así es, pero usted, señoría, no sería un buen esposo. Sería nefasto.

Él rodó los ojos. De nuevo de vuelta al título. Londonderry suspiró.

—Es evidente que no me disgustas. Me gusta besarte.

—¿No me diga? —preguntó llena de ironía.

—Por alguna razón que desconozco has decidido que no soy un partido apto para ti y eso no me gusta.

—Exacto. No lo es —le aseguró mientras afirmaba con la cabeza.

—Cuando te pregunté si deseabas casarte conmigo hace un par de semanas, lo hice porque en verdad deseo una esposa como tú —se sinceró.

—Sí, para que permita todos sus libertinajes. Lo sé porque como nos conocimos en aquel club donde, Dios sabrá las mujeres que allí le aguardan, cree que yo seguiré permitiendo sus vicios —puntualizó ella con los labios fruncidos.

Él resopló. Se le acababan las opciones y estaba desesperado. El ultimátum del duque de Kent, de su abuelo había sido radical y deseaba sacárselo de encima para que no le molestase más. El duque de Kent iba a organizar una última fiesta campestre y Londonderry debería elegir entre las damas que acudirían. Pensó que esa muchacha, que se veía a todas luces que buscaba un pretendiente, resultaría fácil de convencer. Había intentado sus mejores artimañas… ¿¡Qué queja podría tener *lady* Margot sobre él!? La iba a convertir en marquesa. Cualquiera en su misma situación hubiera matado por esa oportunidad. Ella no lo deseaba, y con su negativa había convertido la competición en algo más que emocionante.

—Confieso que no tengo madera de esposo, pero debo casarme de inmediato. Tus dos amigas ya están compartiendo sus vidas con sus esposos, creo que es momento de que tú hagas lo mismo.

No tenía caso recordar que su abuelo lo desheredaría, porque eso era de conocimiento público. No sabía quién había filtrado esa información tan delicada. Conociendo el carácter del duque de Kent, probablemente lo habría hecho su abuelo, pero poco importaba. Necesitaba una esposa de aquí al fin de semana y Margot, dulce

como parecía —porque ella era una bruja cuando se la conocía—, hija de un conde y con buenos modales, sería de la aceptación del duro e impasible duque de Kent.

—No. Nunca me casaría con usted —apuntó enérgica.

—¿No? —Él la miró con reprobación.

—Nunca —repitió con mayor énfasis.

—¿Prefieres quedarte sola y amargada? ¿Una solterona insulsa? —Él estaba enfadado por su respuesta—. No puedo creer que desees ese futuro antes que ser mi esposa. —Bastian estaba furioso. Llevaba dos intentonas de propuesta de matrimonio con ella, y Margot lo volvía a despreciar.

Ella, en vez de sentirse terriblemente ofendida, le sonrió con falsa inocencia.

—No se apure por mí. Le garantizo que al final de la temporada estaré casada. —Le tenía echado el ojo a un candidato, el que estaba segura de que podría llegar a ser alguien. Y era un hombre que le había presentado su amiga Ruth Anne y con quien en las últimas semanas había coincidido mucho. El señor Duncan Rosenwood era un ejemplar masculino bastante rudo, de facciones muy marcadas y ojos y cabello negro, pero le parecía mejor partido que ese arrogante que consideraba que por ofrecerle un marquesado ella debería echarse a sus pies.

—Te garantizo —él usó la misma fórmula que ella— que eso no va a suceder.

—¿No? —preguntó divertida. ¡Ni que él pudiera evitar que ella cumpliese sus planes!

—No. —Le tocó a él negar con gran asentimiento.

—¿Cómo puede estar tan seguro? Porque de verdad, tengo a un buen hombre que me querrá por lo que soy. Pienso esforzarme por demostrar que soy una buena elección.

—Puede ser —comenzó él a decir con pereza—, pero tu mayor problema soy yo.

—¡No me diga! —habló con redundante ironía.

Él obvió el tono condescendiente de la muchacha.

—En efecto, porque no voy a permitir que te cases con otro hombre. —Él sonrió.

—¿Se da cuenta de lo absurda que es esa afirmación? —inquirió con los ojos como platos. Ella se enfureció. ¿Qué derechos creía ese marqués malvado tener sobre su persona?

—No lo es. Siempre te has referido a mí como un hombre infantil, simple, aburrido y malcriado, egoísta…

—Poco atento —lo interrumpió para ayudarlo en sus calificativos—, poco caballeroso, poco refinado, muy libertino, demasiado altivo y falto de sensibilidad hacia los demás… Todo eso sin olvidar que…

—Eres una arpía —la cortó al ver que su retahíla se extendía—, y por eso debes ser tú mi esposa. —Le espetó con enfado.

—¿Disculpe? —Lo que él acababa de decir no tenía ningún sentido.

—Le gustarás al viejo.

—¿Qué? —Ella se había perdido alguna parte de la conversación debido a su enfado.

—A mi abuelo, ese hombre que me privará de mi título y de mis fondos si no me caso de inmediato —puntualizó él con descaro.

—Ah, menos mal, gracias por la aclaración… Además de que su exigencia de que yo sea su esposa es la de un tirano que no acepta una negativa… Me deja más tranquila —ironizó de nuevo—. ¡Ya estaba pensando que para que usted me eligiera yo debería ser perfecta para su abuelo! —dijo ella en un tono bien alto y sin pizca de humor mientras bufaba.

—Si lo piensas no es descabellado. Me gusta demasiado mi título como para desprenderme de él. Tú no me disgustas… hasta que abres la boca y no es para besarme, sino para hablar. Sé que al duque le encantarás porque no te acobardará ni su forma de ser ni su rango superior. Tú tendrás un esposo, yo contentaré a mi abuelo. ¿Qué problema hay en que todos podamos resarcir nuestros intereses?

Ella se quedó con la boca abierta. Allí en medio de un jardín oscuro, Margot estaba teniendo la conversación más increíble que una vez pudo imaginar. Cerró la boca y carraspeó.

—Debería darle las gracias por su franqueza. Así, se ahorrará el trabajo de seducirme para que tome en consideración su propuesta.

—¿Cómo dices? —Él giró su oreja para oír mejor, porque lo que ella acababa de decir…

—Sé que tú plan era seducirme —una vez más dejó al margen la etiqueta— y que por eso inventaste todas esas cartas, besos tontos que yo no pedí… Todo para hacerme caer a tus pies. Al fin has tenido el valor de hablar sobre tus intenciones.

Él bufó sin avergonzarse de lo que ella acababa de relatar.

—Así que eres una pequeña espía… Una espía que se muestra ofendida. No deberías estarlo. Me tomé muchas molestias para que aceptases de buena gana. Otra dama en tu caso hubiera suspirado al ver que yo ponía mis ojos sobre ella. Considérate afortunada por tener mi tiempo y atenciones.

—¿Pero usted se oye, lord Londonderry? ¿Cómo iba una mujer a aceptar su seducción o sus pretextos sabiendo que era una artimaña para no quedarse en la calle y acabar privado de sus títulos, lujos y dinero? —Margot decidió que este hombre era mucho peor que David.

—Puesto que has descubierto mi plan, no tiene sentido negar nada. Estoy siendo sincero contigo ahora. Podemos casarnos, llevar vidas separadas. No tendrás ni que verme la cara. Tú por tu lado, yo por el mío, pero unidos en sagrado matrimonio. Es un arreglo perfecto. Solo nos veremos cuando haya que… En fin… El viejo quiere un heredero y habrá que dárselo.

Ella abrió los ojos y la boca de par en par.

—Así que soy una yegua de cría. ¿Hará el papel de amante esposo en el lecho usted o el duque? —Perfecta cuenta se había dado ella de lo que él precisaba: de un heredero para contentar a su abuelo. Y la explicación dicha sin remordimiento la había contrariado

de tal modo que prescindió de toda honorabilidad a la hora de hablar de un asunto tan íntimo como el uso del matrimonio en la cama.

—No seas ridícula. Una yegua no tendrá la vida que yo te ofrezco. Y si vas a ser mi esposa, es lógico que yo perpetre mi linaje, no mi abuelo. —La sentía alterada y ofendida, pero Londonderry no entendía el motivo. Él iba a brindarle lo que muchas parejas enlazadas no tenían: libertad para ambos. Tendrían comodidades, el beneplácito de su abuelo… ¿Por qué se enfadaba con él?

Margot cruzó los brazos sobre su pecho. Los ojos del marqués se situaron de inmediato en ese punto, pues sus senos, con el movimiento hecho, amenazaban con desbordarse del vestido. Margot suspiró mortificada. Descruzó los brazos y los dejó a ambos costados de su cintura. La vista del marqués regresó a sus ojos.

—Ni, aunque fuera usted un hombre digno le daría mi ayuda. Así que imaginará que no lo tomaré en cuenta jamás, puesto que es usted un hombre poco aceptable.

Él dio un par de pasos y colocó su cara frente a la de ella. No importaba estar un poco encorvado para que eso sucediera.

—¿Digno? ¿Yo? ¿Poco aceptable? ¿Acaso quieres que te recuerde dónde has pasado algunas noches? Si no deseas que yo abra la boca y comience a contar tu secreto, aceptarás esta excelente proposición que te ofrezco, porque no conseguirás otra mejor —puntualizó con enojo—, y luego serás una marquesa que podrá comprar cuanto desee y podrá hacer lo que le venga en gana sin que nadie le diga qué, cuándo o cómo hacerlo. Y sí, eso me incluye a mí mismo. No requeriré de ti más que dos hijos, tal vez tres. Podrás hacer lo que quieras.

Ella tomó una bocanada de aire. No iba a amedrentarla.

—Así que como la seducción no ha funcionado, va a recurrir al chantaje.

—Siempre logro lo que quiero. Y tú eres lo que deseo.

—Oh, de nuevo regresamos a los halagos… —exclamó con fingida gratitud mientras clamaba paciencia al cielo.

—El amor no existe. Creo que podré tenerte en mi cama con facilidad, así que esa es una nueva ventaja para ti.

—Te asesinaría con mis propias manos —decidió dejar la formalidad para emitir esa amenaza que cada vez cobraba más sentido en su mente.

Él se rio.

—Me gustaría verte intentarlo.

—Oh, no, no le gustaría, porque en este momento estoy tan furiosa por su atrevimiento, que Dios sabe que podría ser capaz de emplear una fuerza sobrenatural para lograr retorcerle el pescuezo. —Ella levantó las manos para tratar de enmarcar su garganta con ellas.

—No seas ridícula —la instó por segunda vez.

—Después de todo lo que ha dicho por su boca…, ¿y la ridícula soy yo? —Esto tenía que ser algún tipo de broma—. ¡No pienso casarme con usted, ni ahora, ni nunca! Jamás. Jamás. Nunca. Nunca —repitió por si acaso quedaba alguna duda con respecto a su posición.

Bastian suspiró con fuerza. Era perfecta para el papel que él le ofrecía. Su abuelo la iba a adorar. ¿Por qué era tan condenadamente complicado que ella aceptase sus planes?

Se le ocurrió una idea descabellada pero que tal vez funcionase. Se sosegó. Se apartó de ella. La miró con atención. Cuando Margot exhibía esa pasión… Sí. Había elegido bien porque esa fogosidad sería esencial cuando él tuviera que perpetrar su linaje.

—Sinceramente, creo que he hecho las cosas mal contigo desde el principio.

—¿No me diga? —volvió ella a ironizar.

—No seas condescendiente. Te voy a decir lo que vamos a hacer.

—¿No entiende que no deseo nada de usted?

—Pero yo de ti sí, y como conozco un secreto muy peliagudo sobre ti, no tendré el menor reparo en utilizarlo si no accedes a mi petición. Una joven dama casadera no debe ir al Club Legancy.

Menos, besarse con un marqués que debe casarse… Así que… —dejó la frase en suspenso.

—Pero…. pero… pero… —Cuando creía que él no podía caer más bajo. Margot se pasó las manos por el rostro. ¡Esto no podía estar pasándole a ella! Encima la privaba de su inteligencia y la hacía tartamudear como un hombre bobo debido a sus ocurrencias.

—Te propongo un nuevo trato.

—No deseo nada. No quiero. ¿No lo entiende?

—No te asustes demasiado. Al principio solo vamos a fingir que eres mi prometida. Así te daré tiempo a que te acostumbres a la idea de ser mi marquesa —dijo como quien dice que está lloviendo.

—¡No! —chilló con fuerza.

—Sí. Lo haremos así. Vendrás el viernes a mi casa para conocer primero que nadie a mi abuelo. Mejor el jueves. Los demás invitados llegarán poco después, así que el duque de Kent podrá juzgarte y determinar que hice la mejor elección.

—¿Se ha vuelto loco? Tal vez debería acudir al doctor —Margot estaba irritada.

—No. Estoy en mi sano juicio y mis ideas son geniales. Harás lo que te digo o les contaré a todos lo que haces cuando te escabulles de tu casa. —Él se quedó pensativo—. Uhm. Tal vez deba hablar con tu padre para avisarle de nuestro compromiso antes de que lo lea en el próximo periódico.

Era increíble. Ese marqués no solo era testarudo, sino que además parecía ser sordo.

—¡No va a haber ningún compromiso!

—Claro que sí —rebatió él con tranquilidad.

—¡Desde luego que no! —se negó con firmeza.

—Lo habrá porque mi abuelo así lo exige. Te presentaré como mi prometida y verás que todo son ventajas. De verdad, no comprendo tu reticencia. Tal vez deberías consultar tú con un médico. ¿Qué dama no aceptaría con los ojos cerrados ser la marquesa de Londonderry…? Más sabiendo que será la duquesa de Kent en un futuro.

Él la miraba fijamente. Se atrevió incluso a tocarle la frente para medir su temperatura. La encontró caliente, pero imaginaba que era debido a la irritación que arrastraba por la conversación. Bastian tenía que admitir que era divertido contrariarla, pero estaba hablando muy enserio.

No le gustó verla erguirse y coger aire por la nariz. Se avecinaba tormenta de nuevo. Bastian escondió una sonrisa. Todo eran ventajas. Ella lo acabaría viendo.

—Haga lo que debe hacer. Arruine mi reputación, no me importa. —«Ya estoy arruinada», dijo para sus adentros—. No pienso hacerme pasar por su prometida, no seré su esposa. No lo haré por varios motivos, como por ejemplo que no pienso engañar a su abuelo, que probablemente y con un poco de suerte será mejor que usted. No lo haré porque está mal, es asqueroso y me niego a ayudarle de cualquier forma o manera. ¡No me casaré con usted jamás! ¡Lo detesto! ¡No me gusta! ¡Y quiero que me deje en paz!

—Uhm —murmuró él con una sonrisa—. Me encantan los retos. Tanto que estoy tentado a silenciarte con un beso, porque sé que mientes.

—¡Es imposible! —Ella dio una patada sobre la mullida hierba, se giró y se marchó de allí soplando y resoplando. Él no trató de detenerla, porque no quería tocarla demasiado. Cada vez que se rozaban era peligroso para ambos no dejarse llevar por la tentación.

—Serás una excelente marquesa con semejante temperamento. No olvides venir el jueves a conocer a mi abuelo. O el viernes como muy tarde. No soy tan tirano, Margot, te dejo elegir el día que prefieras —se atrevió a decir mientras se reía. Buah. Seguro que ella estaba haciéndose la interesante para hacerlo sufrir un poco. ¡Sería marquesa de Londonderry!

Y cuando ella emitió un gruñido digno de un ser del otro mundo, él se carcajeó a pleno pulmón.

—¡Es usted un marqués malvado! —gritó sin importar si la escuchaba alguien más. El enfado que arrastraba era así de grande.

Si la dama se hubiera girado, hubiera visto que el marqués la estaba mirando con un hambre feroz.

Capítulo 2

Marqués a la vista

La fiesta de los condes de Whestpont no había resultado como Margot esperaba. Últimamente, pocas cosas lo eran. Desde que lord Luxor la había llevado a vivir a Londres con él y con su hermana, la rubia creía que el campo, donde había estado recluida, era un paraíso.

Con el balanceo del carruaje que transitaba por la calle empedrada se dio cuenta de una cosa, y era que Londonderry bailaba demasiado bien. Había danzado con él en varias ocasiones, pero eran menos que las que había estado discutiendo. Una sonrisa se asomó al recordar la estúpida charla que acababa de mantener con él en el jardín. La sonrisa se le borró de un plumazo al pensar en que el marqués fuera capaz de cumplir su amenaza… Bueno, ¿qué iba a hacer su familia? ¿Regresarla de nuevo al campo? ¿Enclaustrarla en una abadía de Escocia? Necesitaba un marido a una velocidad rápida porque no deseaba seguir en manos de su padre o su tía… Menos en las de David y Bernice.

Suspiró con fuerza sin ser consciente de lo que hacía.

—¿Es por el marqués? —habló su hermana rompiendo el silencio del interior del carruaje.

—¿Qué? —respondió ella con otra pregunta, porque no sabía a lo que se refería Bernice.

—Tu suspiro —precisó de mala gana la condesa de Luxor—. No deberías hacerte ilusiones, un hombre como lord Londonderry no va a poner sus ojos en ti.

Margot sintió el aguijonazo, pero a estas alturas estaba acostumbrada al veneno con el que picaba la abeja reina del enjambre. Se mordió la lengua para no explicar que ese hombre parecía estar muy dispuesto a casarse con ella. Era una lástima que Margot no lo considerase apropiado.

—Bernice, no deseo una nueva pelea —tomó la palabra el esposo de *lady* Luxor.

La mirada de Margot se centró en seguir contemplando por la ventana la oscuridad de la noche. Había sentido la vigilancia de David desde que regresó al interior del salón. Lo vio en una esquina mirándola, nada más entró. Su rostro angosto y sereno revelaba que no estaba contento con lo que había visto. Sí. Ella estaba segura de que él sabía que Londonderry la había conducido hacia el jardín.

—No he dicho nada malo. —La condesa estaba cansada de que su marido siempre intercediese ante su hermana—. Sencillamente, deseaba advertir a Margot sobre lo que se rumorea sobre ese hombre.

—¿Y qué es lo que se dice del pretendiente de Margot? —inquirió con interés David.

Sobra decir que él había estado averiguando quién era ese caballero que estuvo atosigando a la hermana de su esposa. No era la primera vez que lo veía acechándola, pero hasta el momento no se había preocupado demasiado… Hasta que los vio salir a la terraza y ambos desaparecieron con presteza de su campo de visión. El conde de Luxor no imaginó que un marqués se interesase por Margot, menos uno que era todo un gran partido y que era un libertino de primer orden.

Ese fue el momento en el que Margot cruzó la mirada con David. ¿Él había sonado celoso? ¿Precisamente él, que se había casado con

su propia hermana?

—No es mi pretendiente. Es un conocido de la duquesa de Atholl. —Era extraño llamar a Ruth Anne ya por su nuevo título de duquesa.

—Desde luego que no es tu pretendiente —dijo riendo la condesa de Luxor—. Lo único que debes saber es que ese hombre se casará con una dama distinguida, bella, poseedora de numerosos talentos y que tendrá que ser diligente con la nueva y posesiva amante de lord Londonderry.

—¿El marqués tiene una amante? —Quiso averiguar con mala intención lord Luxor. A Margot no le pasó desapercibido el retintín que él empleó en la cuestión.

—Desde luego que la tiene. Esos hombres importantes siempre las tienen.

—¿Los hombres importantes las tienen? —inquirió con una ceja alzada el conde.

—No seas estúpido, Luxor, sé bien que tú también mantienes a una. —A Bernice le daba igual. Ella solo tenía obligación de engendrar un hijo. La otra tenía el trabajo de complacerlo.

Se oyó un gemido y los condes desviaron la mirada para ver a Margot.

—Son temas privados, que no deberían ser tratados frente a una dama inocente —le espetó con malhumor el conde a su esposa, en una clara alusión a Margot. Por supuesto, la aludida se quedó mirándolo con los dientes y el ceño apretados. Que precisamente él dijese semejante tontería…

—Inocente… Margot tiene edad suficiente para comprender que un hombre debe tener una esposa y a otra mujer que se ocupe de los… apetitos de su esposo. No hay nada malo en ello. —Respondió la condesa al reproche de su esposo.

Margot decidió regresar la mirada a la calle. No se veía nada, pero era mejor pensar en sus cosas que oír a David y a Bernice debatir sobre cuestiones que a ella no le incumbían. Porque, por un lado, el matrimonio de los condes de Luxor no era asunto suyo, y la posesiva amante que tuviera el malvado Londonderry tampoco era

algo que le preocupase. Pero… ¿quién sería la mujer capaz de soportar a ese bravo hombre en el lecho? Margot sacudió la cabeza con ese pensamiento tan inapropiado que había surgido a raíz de la conversación de Bernice. Las voces de los condes seguían retumbando en el habitáculo. Se estaban peleando como solían hacer siempre, pero ella se había acostumbrado y era capaz de obviar las cosas que concernían a ambos. No le quedaba otro remedio.

Cuando llegó a Londres… ¡Dios del cielo! Recordaría para toda la eternidad el momento exacto en el que entró en la casa de David por primera vez y apareció su hermana elegantemente vestida para mostrarse sorprendida con su esposo por haberla encontrado. El mundo paró de girar y su corazón se rompió en mil pedazos. En ese preciso momento se juró a sí misma que no volvería a ser débil ni a confiar en la buena voluntad o las promesas de nadie. Estaba sola y así le iría mejor.

La aparición de Ruth Anne y April consiguió sosegar su congoja, pero el destino había querido que ambas amigas encontrasen esposo antes que ella y se quedó de nuevo sin apoyos. Sola con Bernice. No había un infierno peor que ese. Chasqueó la lengua con delicadeza al pensar en April. Sabía que la duquesa de Atholl, Ruth Anne, había encontrado la felicidad porque se carteaba con ella con frecuencia. No obstante, la situación de April era peliaguda. Su amiga pelirroja se había retirado al campo y su esposo parecía haber desaparecido de la faz de la tierra.

El carruaje se detuvo y las voces cesaron. El primero en bajar fue David. El conde le extendió la mano a su esposa y después aguardó para ayudar a Margot. Esto era habitual, y de nuevo ella se agarró a un lateral como pudo y evitó sostener la mano de él. No deseaba que la tocase.

Cuando bajó del carruaje y Bernice ya estuvo lo bastante lejos, David agarró la mano de Margot para frenar su andar.

—Eres demasiado dura conmigo. Solo te he tendido la mano, como hago cada vez, y nunca me permites cogerla —le dijo él con

cierto malhumor.

—¿Y no entiende el motivo? —inquirió la muchacha con calma.

—¿No vas a perdonarme jamás? —respondió él con otra pregunta.

—No hay nada que perdonar, milord, ya se lo dije en su momento.

Margot se zafó de su agarre y apresuró el paso para entrar por donde acababa de hacerlo Bernice.

David casi corrió detrás de ella. La interceptó en la entrada. Vio que Bernice no estaba en ninguna parte y la volvió a asir, esta vez por el brazo.

La mirada de Margot y la de David se quedaron conectadas por un instante.

—Ven a mi despacho, tenemos que hablar —ordenó con autoridad.

—No. No hay nada más que decir… o hacer —dijo con altivez la rubia.

—Margot… —susurró el nombre de ella con pesar.

—Me duele la cabeza. —Oyeron una voz que sonó desde el primer piso. Era Bernice. David soltó a Margot como si quemase.

—Siempre te duele —rumió por lo bajo el hombre. No es que el conde buscase con asiduidad a su esposa, pero tener a Margot bajo su techo y no poder hacer uso del cuerpo que una vez le dio tanto placer… Las visitas a la habitación de su esposa habían aumentado en los últimos meses y ella había desarrollado un sin fin de excusas para privarle del desahogo. Su esposa se equivocaba en una cosa: él no tenía ninguna amante. No la tenía porque la mujer que ansiaba no se dejaba poseer por él y estaba perdiendo los nervios.

Este fue el instante perfecto para huir de la situación. Margot se encaminó sin mirar atrás a su habitación. Cuando llegó a Londres, al ver que él se comportaba civilizadamente, creyó que las cosas podrían ser tolerables. No. La actitud de David había cambiado prácticamente de la noche a la mañana y era habitual que la buscase y arrinconase. Lo había rechazado numerosas veces porque

por más que aún quedase un resquicio de lo que llegó a sentir por él, el dolor de la traición era tan intenso que nunca podría entregarse a él. No del modo en el que sabía que él la deseaba. Su mirada, incluso había cambiado. Veía deseo. El mismo que una vez vio, cuando decidió pedirle con inocencia que le hiciera el amor.

Llegó a su alcoba y cerró la puerta tras de sí. Se sentía segura. Pero no sabía el tiempo que le quedaba para que él…

Se sentó en la cama y cerró los ojos con fuerza. David. Ese hombre con el que soñó que tendría una vida en común, del que sería su esposa, la madre de sus hijos… Él le había fallado estrepitosamente. La deseaba, ella lo sabía, y a diferencia de él, Margot nunca traicionaría a Bernice. No porque su hermana no se lo mereciera. Sus desplantes y aires de superioridad eran cargantes y dolorosos, pero lo que Margot tenía sobre sus hombros —además de la traición— era la lealtad.

Se consideraba a sí misma dura pero justa y no claudicaría. Ni con el conde y ni mucho menos con Londonderry. ¿Por qué no era capaz de atraer a hombres normales, decentes?

No es que el marqués estuviese bajo un embrujo. No. Desde luego que no, porque ella no era una belleza como lo era Bernice, sencillamente el malvado Bastian Leight había considerado salir del aprieto del matrimonio tomándola a ella por esposa. Se rio en silencio ante la tontería del marqués. Ella no tenía su virtud, y eso era un problema insalvable. Además de que acabaría matándolo porque él la sacaba de quicio y no le gustaba lo más mínimo como hombre… No le gustaba, se repitió interiormente.

No. Nada de pensar en el esposo de Bernice y menos en ese malvado marqués. Lo que debía hacer era concentrarse en el señor Duncan Rosenwood. Era un hombre de campo, rico y apuesto. Había iniciado una sana amistad con él, cuando este quedó prendado de Ruth Anne. Se había dado cuenta de que era un ser cabal, honesto y sencillo que llevaría una vida cómoda en el campo. Justo lo que ella necesitaba.

La puerta de su habitación se abrió y este hecho la sacó de sus pensamientos. Giró el rostro para ver la fuente de la de interrupción y vio a David entrar y echar la llave tras de sí.

Algo dentro de ella se rompió. Cuando ya creía que lord Luxor no podía caer más bajo, de nuevo la sorprendía.

—¡No! —dijo ella, mientras se levantaba y se colocaba tras la silla de su pequeño escritorio, que estaba a un lado de la ventana.

Él la vio huir y levantó las manos en señal de rendición.

—Solo he venido a hablar. Lo juro. —Le aseguró para que se relajase.

—No puede hacerlo en mi estancia privada. Esto no está permitido, milord. —Se escudó en el trato lejano.

—Margot, por favor… No me separes más de ti. No uses la formalidad para mantenerme alejado, te lo suplico.

—Usted, milord —comenzó a decir con la cabeza bien alta—, es el conde de Luxor y lo trataré con el respeto que merece su título, aunque su comportamiento no sea el adecuado para que yo lo haga.

—Por el amor de Dios, Margot… Te he pedido disculpas más de mil veces. No puedo arreglar el estropicio. ¿No crees que si pudiera ya lo habría hecho? Déjame explicarte lo que sucedió…

—Le ruego encarecidamente que abandone mi habitación en este mismo instante. —Lo tenía frente a ella y solo la silla los separaba—. Se casó usted con mi hermana. Con mi hermana —repitió creyendo que ya lo había superado—. *Lady* Luxor no vería con buenos ojos que su esposo estuviera en la alcoba de otra mujer, menos en la de su propia hermana.

—Por favor, Margot. No puedo resistirlo más. He tratado de explicártelo en incontables ocasiones. No fue mi culpa. Tu familia me dijo que te habías ido por tu propia voluntad. No supe de ti hasta años más tarde. Bernice… —suspiró—. Ya la conoces, es encantadora, hermosa y sabe cómo lograr lo que se propone con esa envoltura. No supe ver lo diferentes que erais. Tú, tan dulce, tan cálida, tan natural. Ella es fría, calculadora, arrogante. ¡No pude verla en verdad! ¿Qué querías que hiciera cuando ella se ponía

delante de mí para que yo cayese rendido a sus pies? Estuve un año tratando de permanecer fiel a tu recuerdo… Incluso ella sabía…

—No deseo oír esa historia nunca —le avisó, cortando su explicación. David había intentado relatarle los hechos exactos demasiadas veces. ¿Qué cambiaba eso? Él era el esposo de otra mujer.

—Te he traído a mi casa. Desafié a tu padre por ti. Y tú me atormentas con tu indiferencia y tu falta de calidez. ¿No lo entiendes Margot? Si no me das cobijo moriré de frío, hambre, sed y desamor.

—No. Le aseguro que no morirá, porque yo una vez sentí lo mismo y doy fe de que se es capaz de sobrevivir.

—No digas eso, mi amor. Te necesito. No puedo soportarlo más. Estás cerca de mí y a la vez tan lejos… Acepta mi oferta. Te lo suplico. Sé mi aman…

—¡No! —lo cortó ella en el acto—. Yo le prometo, milord, que pronto saldré de su casa. Solo necesito un poco más de tiempo. Unos días y podré comprometerme con un hombre que velará por mí.

Lo vio cuadrar los hombros y observarla con furia.

—Yo te hablo de mi amor, de mi necesidad y tú me respondes haciendo alusión a un hombre con el te casarías… —le espetó con rabia contenida.

—Yo tengo derecho a ser esposa y madre —rebatió con calma.

—No. No te he traído aquí para que logres un matrimonio. Estás bajo mi techo porque deseo estar contigo y solo hay una forma de que lo estemos. No pienso renunciar a ti.

—No. Jamás consentiré en lo que usted desea. —Ella negó repetidamente con la cabeza.

—Oh, sí. Sí lo harás porque dependes por entero de mí y te replegarás a mis órdenes.

—No. No lo haré —dijo con seguridad.

—Una caricia mía, un solo beso y caerás. —Recordó que ella había desaparecido unos momentos en la oscuridad de un jardín. Había ido en su busca, pero no consiguió encontrar a la pareja—. A

ese marqués del que hablaste, ¿le has ofrecido lo que a mí me niegas?

—¿Qué derecho tiene a preguntar semejante cosa? ¿A lanzar una acusación así, milord? —refutó ella con indignación usando el rango de él como escudo.

—Lo hago porque una vez bien te ofreciste a mí de buena gana.

Ella apretó los labios. Tardó unos pocos segundos en elegir bien sus palabras.

—No soy aquella jovencita imprudente que creyó a ciegas que las promesas serían cumplidas. No. No me lanzaré en los brazos de nadie que no sea mi esposo.

Él avanzó hasta ella. Tiró la silla al suelo con rabia y la alcanzó. La sostuvo entre sus fornidos brazos, porque David no era un hombre débil, aunque no tenía la condición física y atlética de Londonderry, y la apretó contra su pecho.

—Lo harás. —Y los labios de él cayeron sobre los de Margot.

No deseaba besarlo. Así que apretó cuanto pudo la boca para no permitirle la entrada. La lengua de él jugaba con el labio superior, tratando de tentarla, pero ella sería fuerte y no cedería. Ya no tenía ningún poder sobre la joven. Lo perdió cuando no la ayudó, cuando no la buscó con insistencia, cuando decidió convertirse en el esposo de su única y bella hermana.

Viendo que ella no cooperaba, él se separó. La miró. Margot se mantenía en tensión, con los ojos cerrados. Maldijo su temperamento y necesidad. Se separó un poco y cuando la vio con los ojos abiertos dijo:

—Serás mía. Tarde o temprano lo serás. No habrá para ti, otro hombre que no sea yo. El destino se burló de mí una vez. No lo volverá a hacer. No mires a otro, no des pie a coqueteos, porque no respondo de mí, Margot. Aleja de ti a ese marqués o sobre ti pesará lo que ocurra. Los condes no suelen acabar en la prisión. —La amenaza fue dicha con tanta vehemencia, que Margot no dudó de sus insinuaciones ni por un momento.

Y sin decir nada más, el conde de Luxor se marchó de la habitación dejando a una temblorosa Margot que comenzaba a comprender la magnitud de sus problemas… Y no eran nada fácil de solucionar.

Se sentía atrapada entre dos hombres que no estaban a la altura de lo que ella ansiaba o necesitaba.

***

Un nuevo baile se celebró. Los señores Marks, unos ricos comerciantes, habían hecho una fiesta por todo lo alto y la *beau monde* había acudido en masa.

Desde que Margot salió de casa, había sentido los ojos de David sobre ella. Tenía muy presente las palabras que él dijo la noche anterior. Más que un discurso fue una amenaza en toda regla que ella debía tener muy en cuenta. El tiempo se le acababa, pues ¿cuánto podría estar David sin mover ficha en este improvisado juego de ajedrez? Margot se resistía a ser un sencillo peón. Cuatro años siendo una prisionera de su vida, y ahora que podía salir de la cárcel no dejaría de intentarlo por más que el hombre al que le entregó su corazón y lealtad la quisiera para sus propósitos deshonestos.

En un lateral del salón de baile, la rubia esperó pacientemente a que apareciera el único hombre que podría salvarla, si Dios quería, de un destino mucho peor. Margot no sería jamás la amante del esposo de su hermana. Solo la idea de pensar en que él cumpliese su promesa, le daba arcadas. Durante toda la noche pasada no fue capaz de poder conciliar el sueño temiendo lo negro que podría tornarse todo.

Su mirada se posó sobre lord Londonderry y Margot miró de inmediato hacia el lado contrario. Era la otra preocupación que ella tenía en su mente. Por inercia regresó la vista al marqués, y cuando

lo vio que venía directo hacia su posición, se apresuró a cambiar de ubicación. Giró a la derecha y tuvo ante sí, a pocos pasos, a David, quien venía igual de rápido que Londonderry hacia ella. Se sentía en un laberinto sin salida. Miró al frente y entonces divisó una cara amiga. Sin pensarlo demasiado se encaminó hacia el señor Duncan Rosenwood, a quien ella se estaba incluso planteando dar un beso público para quedar en el acto comprometida con él. Si tuviese la certeza de que en la fiesta había un ministro de Dios, lo haría sin pestañear para que los obligasen a desposarse de inmediato.

—*Lady* Margot —dijo el señor Rosenwood con una agradable sonrisa que hizo que el corazón de ella se sosegase.

—Es un placer volver a verle, Duncan. —La joven usó el nombre de pila de él sabiendo que nadie los oía. Además, ese hombre le había pedido que lo hiciera cuando quisiera y Margot creía que era el momento oportuno para utilizarlo.

—Está usted preciosa —le dedicó el cumplido de rigor.

Era verdad que la hija del conde de Burst se había esmerado en su arreglo. El vestido de muselina azul cielo, contrastaba con su cabellera rubia recogida en un elegante moño que dejaba unos pocos mechones libres. Su escote era generoso y sus guantes blancos contrastaban también sobre su piel llena de pecas.

—Necesito su ayuda —susurró al sentir a dos hombres que se colocaban detrás. Conjeturó, sin error, que se trataba de Londonderry y David.

—Señor Rosenwood —saludó Bastian, inclinando un poco la cabeza. El aludido hizo lo propio. Ladeó el rostro para dirigirse a la dama—: *Lady* Margot, buenas noches. —habló de nuevo el marqués—. Vengo a pedir el baile que me prometió ayer.

—La dama está aquejada de un dolor de pie que le impedirá bailar esta noche —señaló con seriedad David saltándose todo el protocolo de saludos y atenciones.

Y si el cuadro ya era del todo feo, llegó la última persona que faltaba para completar toda la acción.

—Vamos, querido —interrumpió la tensa charla *lady* Luxor—, deja que Margot, por una vez baile, no seas tan protector con ella. El señor Rosenwood es un buen amigo y mi hermana debería otorgarle su atención. —La dama se giró hacia el marqués—. Siento, señoría, que tenga que esperar su turno, pero Margot le prometió el baile al caballero hace un par de fiestas. Yo fui testigo. No obstante, permita que yo supla su lugar. —Bernice le tendió la mano a Londonderry, quien apretando los dientes y sin dejar de mirar a la hermana menor, aceptó la propuesta porque no le quedó más opción.

La joven Margot hizo lo mismo, es decir, le tendió la mano a Duncan y rogó para que la sacase de la compañía de David.

Gracias al cielo, el apuesto hombre le sonrió y la llevó hasta la pista de baile. Cuando la pareja dio un par de pasos, el castañeteo de unos dientes hizo que Duncan se girase para ver el motivo de ese enfado. Se quedó helado con lo que vio, pues el conde de Luxor, a quien Margot le había presentado hacía unas semanas, lo miraba como si le estuviese perdonando la vida.

—Tiene un fiero guardián, *milady* —indicó su improvisado salvador, mientras le colocaba una mano en la cintura para bailar un vals.

La música comenzó y la pareja se deslizó por la pista de baile siguiendo los debidos pasos con corrección y decoro.

—Más bien es un carcelero del que debo escapar de inmediato —se sinceró de una vez la rubia. No quedaba tiempo. Era imperativo ser directa.

—¿Cómo ha dicho? —No creía haber escuchado bien.

Margot tragó saliva. El rostro de Duncan estaba compungido.

—Necesito hablar con sinceridad y creo que ha demostrado usted que es un buen amigo, Duncan. Mi amiga Ruth Anne le tenía en mucha estima y yo necesito su ayuda.

—Desde luego, haré todo lo que esté en mi mano para brindársela, *milady*.

—Necesito casarme. —No había tiempo de trampas, de planes elaborados para cazar a un hombre. No. Precisaba de un amigo que

la ayudase y de forma apremiante.

Duncan miró en dirección al conde de Luxor, no les quitaba la vista de encima.

—¿Cómo de grave es la situación? —Él intuía el problema que enfrentaba la joven. Ese hombre ciertamente se había mostrado mucho más que protector. Cuando llegó hasta ellos, les dio tal mirada a él y al marqués que…

—Insostenible. —Margot agradecía el hecho de que su compañero de baile hubiese captado lo que sucedía.

—¿Qué necesita que haga?

Ella tragó saliva con más fuerza. Lo que iba a confesar era descarado y poco apropiado. No importaba, la situación había llegado a un punto de no retorno.

—Casarse conmigo —susurró en un hilo de voz y sonrojada por completo.

Hubo un pesado silencio entre ambos. Margot llevó su mirada hasta la de él. Esperó, conteniendo el aliento, su respuesta.

—Lo haría si pudiera —respondió al fin con pesar.

El corazón de Margot cayó como una loza al suelo.

—¿Por qué? —quiso averiguar al borde del llanto.

—He dado mi palabra a otra mujer. Estoy comprometido desde hace un par de días. Lo lamento, sinceramente. —En realidad estaba apenado por no poder ser de más ayuda. En verdad, Duncan no creyó que pudiese aspirar a la mano de la hija de un conde, aunque se había dado cuenta de que la muchacha era bastante peculiar, pues no era la típica dama estirada, refinada y altiva… Al menos, no con él.

Margot no pudo resistirlo. Se separó del abrazo del señor Rosenwood, levantó la mirada.

—No importa. No se preocupe. —Ella salió corriendo de allí, dirigiéndose hacia el corredor principal que daba acceso a la entrada de la mansión. Margot no podía seguir viviendo de esa forma. Vio la puerta de salida y la cruzó.

Sin un plan establecido se marchó sin mirar atrás. Corrió y corrió, hasta llegar a una calle oscura. Unas manos la atraparon por la cintura y creyó que el conde de Luxor al final conseguiría su cometido. Luchó con fuerza, pero su anatomía impidió que ella pudiera ser un rival digno para el hombre que la sujetaba.

—Calma, calma. No temas nada —sugirió en tono paternal su supuesto captor.

Al ver que quien la estaba consolando era el señor Rosenwood, Margot se relajó en sus brazos y comenzó a sollozar.

—No puedo seguir así. Usted era mi última oportunidad. ¿Qué voy a hacer? ¿Dónde iré?

La noche anterior, mientras el sueño la rehuía, había pensado que el hombre que la había interceptado sería la solución a todos sus problemas. Duncan Rosenwood, además de ser apuesto era sensato, bueno y paciente. Si él había entregado su afecto en otra parte, ella estaba sola y desamparada.

—De verdad que lo lamento. Siendo usted la hija de un conde… Yo no me atreví a poner mis miras en alto. No mentiré. Cuando vi a *lady* Ruth Anne, a la hoy duquesa de Atholl, estuve muy tentado de intentar conquistarla, pero sabiendo cómo salió aquello, no me atreví a pensar que la hija de un conde… —Suspiró—. La mujer con la que estoy comprometido es buena, es humilde, la hija de un comerciante. No puedo traicionar su confianza… —Su enamorada no lo merecía.

—Y no se lo pido. —Ella se movió a un lado para alejarse de él. Se limpió las lágrimas y trató de serenarse—. Usted no tiene la culpa de mis circunstancias, lo que sucede es que no puedo regresar a mi casa. No sé a quién recurrir. Me siento una molestia y parece que no tengo fuerzas para seguir soportando lo que Dios quiere mandarme. —Su nivel de desesperación había hecho que se confesase al fin.

—Puede venir a mi casa esta noche. —Él estaba alojado en una buena mansión. En una zona más que decente de Londres. Duncan llegó a la ciudad hacía un tiempo con la idea de encontrar esposa.

Después de haber conocido a Ruth Anne y sus amigas, decidió separarse de ellas porque eran damas que estaban por encima de él.

—No. No es justo que me socorra. No para la dama que tiene su lealtad. —No le haría eso a él. Sospechaba que era uno de los pocos hombres honrados que conocería en su vida.

El señor Rosenwood vislumbró una salida factible a la situación. Al menos una que le daría un poco de oxígeno a la muchacha. No podía darle lo que ella solicitaba, pero sí ayudarla en todo lo que estuviera en su mano.

—Entonces me parece que esta noche ambos haremos un largo viaje.

—¿Un viaje? —Margot frunció el ceño tratando de comprender esa propuesta.

—Sí. La llevaré con la duquesa de Atholl. Su amiga sabrá qué hacer y con ella estará bien. —Sería lo mejor apartarla de esos dos hombres que la tenían nerviosa. Duncan no era tonto y había visto que el esposo de la hermana de ella no tenía buenas intenciones. No obstante, el sentido de posesividad que vio en el marqués de Londonderry, un joven al que él había conocido brevemente, tampoco le pasó desapercibida.

—Pero está recién casada. Apenas lleva unos pocos meses… No debería ser una carga tan grande para nadie. —Gimió por el malestar.

—No queda otra opción —dijo él compasivo.

Hubo un momento de silencio. Margot comenzó a pensar en sus opciones… No las tenía. La propuesta de Duncan era la más realista y sensata.

—No, no la hay. —Unos días con su amiga, le darían margen para determinar qué hacer.

Estaba segura de que Ruth Anne no la dejaría abandonada, pero de igual modo se sentía como una complicación para todos los que la rodeaban.

Capítulo 3

Una buena lección

Bastian Leight, marqués de Londonderry estaba en problemas y era a causa de un abuelo entrometido que le había dado la última oportunidad para casarse, si no deseaba perder su asignación, su título de cortesía y la posibilidad de llegar a ser duque algún día. El duque de Kent, de nombre James, era duro, impasible y estaba acostumbrado a salirse siempre con la suya. El nieto era todo lo opuesto al viejo duque… Al menos eso creía el joven. Bastian estaba acostumbrado a ser libre, a hacer lo que le apetecía cuando se le antojaba. Era un mujeriego, un juerguista y un jugador, y las habladurías habían llegado a oídos del duque. El marqués llevaba largos meses evitando las amenazas de Kent, pero la misiva recibida hacía unos días ya no le dejaba con opciones. Su abuelo había organizado una cacería. Sí. No tenía otro nombre. Había invitado a numerosas muchachas casaderas, y a sus madres, a una fiesta campestre a la que él debía acudir y en la que Bastian sería la presa. *La cacería del marqués*. Así había titulado la fiesta que se celebraría el sábado en la finca ducal de Kent. Londonderry sonrió de lado. Debía reconocer que su abuelo tenía sentido del humor, retorcido, pero atrevido.

Y ese no era su único problema. Desde que aquella muchachita rubia se presentó ante él, sin conocerlo, y lo reprendió por haber enojado a *lady* Ruth Anne… Un hecho del que él no era consciente, porque cuando habló de la hermana de su mejor amigo en términos poco correctos, no supo que la aludida había estado escuchando. *Lady* Margot era de estatura baja, pero muy valiente. Él era un hombre grande y a esa muchachita rubia no le inspiró ni un poco de temor. Es más, Margot se había atrevido a desafiarlo. Pocas damas lo hacían, por su posición y físico corpulento.

Acostumbrado como estaba a causar sonrisas, aleteos de pestañas y exhibiciones muy directas entre el sexo femenino, pues que una joven mostrase su rechazo fue algo novedoso. Lo que Margot nunca sabría era que, con aquella muestra descarada de desafío, ella provocó un juego excitante en el que él cayó sin darse cuenta.

Si en un primer momento, ambos no se soportaban, la cosa cambió. ¿Cuándo? Londonderry no lo sabía. Tal vez fuese en aquel club privado en el que ella no debió haber acudido jamás.

¿Una máscara para ocultar de quien se trataba? Esa muchacha se veía fiera, pero era del todo ingenua, si pensó que un poco de tela sobre el rostro iba a ocultar su identidad.

Tanto Margot como su otra amiga, April, la que se había casado con su mejor amigo, habían estado en compañía de ambos en ese lugar inapropiado. En aquel entonces se acercó a la rubia con curiosidad. ¿Qué pretendía ella visitando un sitio así?

Una cosa llevó a la otra y mientras su amigo se divertía con la pelirroja, Bastian terminó asediando a la única mujer de Londres que se planteaba una lucha encarnizada contra él. Lo divertía y enfadaba a partes iguales. Era irritante y excitante. Divertida y aborrecible. Esa joven podría ser la solución a todos sus problemas. No deseaba casarse, pero tenía que hacerlo o su buena vida terminaría de un plumazo, porque disgustar a su abuelo sería como comenzar una batalla que podría acabar con la separación de ambos.

Ella le agradaba para ser su esposo y estaba seguro de que cuando el viejo viese lo inapropiada que era, la veneraría. Por mucho que Margot negase lo evidente, ella no le era indiferente.

Habían compartido un par de besos en el club prohibido. Se rio de nuevo al recordar cómo ella se derritió entre sus brazos mientras lanzaba delicados suspiros que reverberaron en su entrepierna.

Después de esa reacción por parte de la joven, Bastian creyó que el trabajo ya estaba prácticamente hecho. Error. Cuando en la boda de Ruth Anne él la asedió… la cosa se puso muy turbia entre ellos a partir de ese momento. La rubia había cambiado la actitud que tenía con él. Si al principio de conocerse no se soportaban, cuando se dieron aquel primer beso… Era verdad que ella le inspiraba demasiadas cosas con las que un hombre que estaba seguro de ser el peor esposo de todo Londres, no debería sentirse cómodo.

Le propuso matrimonio en aquella boda. Ella lo despreció sin cortesía y sin enumerar sus razones. Eso lo enfureció. Era una hipócrita. No podía dejarse caer en sus brazos, saborear sus labios, incluso pedir más de él, y luego, cuando Bastian decidía hacer lo adecuado, negarlo con indiferencia.

La había cortejado. Flores, bellas palabras, algún dulce… Ella lo despreciaba a cada ocasión que podía y eso le hacía desearla más. Comenzaba a comprender mejor la fijación que su mejor amigo, lord Albans, había desarrollado por una mujer casada a la que no debía conseguir si no quería terminar destruido y solo en el mundo. El destino era curioso. Al conde de Albans lo había salvado la mejor amiga de la muchacha que a Bastian lo despreciaba. Pero la historia del conde de Albans era otro asunto que no deseaba recordar en estos instantes.

Tal vez su sino era el de seguir luchando por tenerla. Era una cuestión de orgullo. Cierto que ella le hacía sentir… bien, cosas que no deseaba confesar, porque Margot era una mujer ardiente, elocuente, graciosa y valiente. La valentía era lo que más valoraba en ella.

Era bonita también. Esos ojos azules, que cuando se mostraba enfurecida se tornaban grises, lo volvían loco. Su cabello bruñido en oro, le hacía desear quitar todos esos cachivaches que se ponían las mujeres para sujetarlo y meter sus dedos para comprobar su suavidad.

Londonderry se levantó del sillón donde estaba sentado pensando en cómo afrontar los sucesos recientes y se encaminó hacia el mueble de las bebidas. Se sirvió un generoso *brandy*. Llevó la copa a sus labios y la apuró de un solo trago.

No estaba enamorado, ni mucho menos. Pero si su abuelo lo obligaba a tomar esposa, lo haría con una mujer que no volviese su vida en un auténtico infierno. Gimió en silencio con ese pensamiento. Esa bruja rubia era capaz de transformar su mundo en un lugar muy feo si se lo proponía. Tal vez fuese mejor que se quedase a un lado y siguiese buscando otra candidata mejor, más sensata, más tranquila, más dócil.

Compuso una mueca. No era un hombre que acostumbrase a perder en los juegos que ideaba. Dejarla huir de él sería un triunfo para Margot y él no estaba dispuesto a que la muchachita se saliese con la suya. Menuda arpía rubia…

Menos podía consentirlo después de ver la mirada que ella le lanzaba a ese señor Duncan Rosenwood. Nunca se consideró un hombre celoso. No lo creía ser porque nunca ninguna mujer lo había dejado a un lado… Pero sí, Margot lo había hecho varias veces ya y se estaba cansando de que ella siguiera haciéndolo.

Un toque en la puerta de su despacho lo regresó al presente. Suspiró aliviado, seguro que eran noticias. Se dirigió a su mesa y tomó asiento en la elegante silla de madera maciza tapizada en terciopelo rojo.

—Adelante —dio permiso el marqués, tratando de disimular su impaciencia.

—Señoría —saludó el investigador al que Bastian había hecho levantar a altas horas de esta madrugada.

—¿Qué ha averiguado, señor Cox? —preguntó sin más ceremonias. La pequeña fortuna que había pagado por sus servicios bien le servirían para obviar sus malos modales. El hombre llegó hasta la mesa y no osó tomar asiento.

—No ha sido tarea fácil averiguar el paradero de la joven.

—Sí, sí… me lo imagino. Dígame lo que ha averiguado de una buena vez —apuntó de modo tiránico el marqués.

—La dama ha salido de Londres en compañía del señor Rosenwood, según he podido averiguar —y no fue tarea fácil presentarse en la casa que el comerciante había rentado y sobornar al servicio—, se ha puesto rumbo a la finca campestre de los duques de Atholl. No sé la finalidad del viaje, ni si ambos…

—Está bien. Puede marcharse —lo interrumpió el marqués.

—¿Desea algo más, señoría? —inquirió el hombre todavía de pie junto a la mesa.

—No. Sus servicios valen lo que cuestan. Gracias. Le haré llegar el pagaré por lo acordado, y añadiré un diez por ciento más debido a las molestias de estas horas intempestivas.

El investigador agachó la cabeza en señal de asentimiento, giró sobre sus talones y salió a toda prisa satisfecho por la cantidad monetaria que recibiría.

Londonderry sintió que al fin su corazón dejaba de latir con fuerza. Respiró con tranquilidad tratando de buscar una serenidad que no conseguía alcanzar.

Los había estado observando en la pista de baile. A Margot y al comerciante. Una de sus antiguas amantes lo saludó mientras bailaba con la hermana de la muchacha y les perdió el rastro. Se dio cuenta que no era el único que estaba pendiente de la joven Margot. El esposo de su hermana era un guardián fiero que tampoco le sacaba los ojos de encima. Se notaba que se tomaban sus obligaciones con la joven muy en serio.

Lord Luxor se marchó de inmediato de la fiesta, sin su esposa, y Bastian sospechaba que estaba buscando el paradero de la muchacha que el conde de Burst había colocado a su cuidado.

Tal vez debería compartir la información con la familia de ella. El marqués tomó papel y pluma. Se quedó mirando un momento al frente con la vista perdida. No estaba seguro del motivo, pero lord Luxor no le agradaba demasiado. No lo conocía, pero la forma de protegerla… Extraña. Muy extraña.

Dejó a un lado los utensilios para escribir y decidió que primero se aseguraría de que ella no hubiese hecho ninguna temeridad y que en verdad estuviese en el lugar en el que el investigador le había dicho.

Londonderry se reclinó en la silla y cerró los ojos. Estaba furioso con ella. Se había atrevido a marcharse de una fiesta con un hombre… Un hombre que no era él. Si fuese una persona sensata, se olvidaría de esa rubia que no hacía más que traerle problemas. Lástima que no fuese así. Se aseguraría de que estuviese bien, y de que el señor Rosenwood no le hubiese hecho ningún mal y luego se alejaría de Margot como si ella tuviese alguna enfermedad contagiosa.

Y con esa idea, Bastian despertó a sus sirvientes para que preparasen sus cosas para salir de inmediato. El sol comenzaba a despuntar y cuanto antes pudiera asegurarse de que esa pequeña guerrera estuviera bien, más pronto podría él concentrarse en la misión de buscar una nueva candidata para ser su esposa.

Por algún extraño motivo, se sentía responsable de la pequeña bruja rubia y, por Dios, que eso se acabaría nada más pudiese comprobar que la joven no había corrido peligro alguno.

Trató de sosegar los nervios. Subió a su carruaje con todo arreglado para salir hacia la casa de su padrino, Barnaby Robinson, duque de Atholl y cuando entró en ese habitáculo… su indignación rugió. Se imaginaba a la pequeña tentación sola, en un lugar reducido, junto a Rosenwood, quien no era nada desdeñable, y…

Le dio un puñetazo al sillón tapizado de enfrente. Eso consiguió templar los nervios, pero no demasiado. Imaginarla pegada a los labios de otro hombre… ¡Maldita arpía que en algún punto se había colado bajo su piel! Un momento. ¿Bajo su piel? ¿Una mujer lo tenía

enfermo de celos y saliendo a horas poco apropiadas en su busca? ¿Cuándo había ocurrido algo así?

Londonderry sacudió la cabeza. No. Seguro que lo que le sucedía era fruto de algún tipo de… de… de… En fin, era la mejor amiga de la esposa y de la hermana del conde de Albans, así que tenía que ocuparse de su seguridad y… y… y… Bueno, recordar sus besos no era como para que él… él… él…

Apretó los puños con fuerza. No sabía lo que le estaba ocurriendo, pero no le gustaba en lo más mínimo tener esa desazón en su interior. Y pensar en que ella hubiera podido permitir a otro tocarla, tampoco estaba contribuyendo a que se serenase. No debería sorprenderse. Margot había acudido a un lugar que podría terminar con su reputación en un abrir y cerrar de ojos, así que ¿qué clase de dama sería si se dejaba arrastrar hasta allí? Una malvada que lo había hecho enojar y salir a toda prisa de su casa en su busca. Ver para creer. Londonderry corriendo detrás de una jovencita chillona que lo había rechazado ya en dos ocasiones.

Y cuando en pocas horas, de pensar y pensar y más pensar, en lo que la mujer había podido haber hecho en un lugar cerrado con otro hombre, llegó a la finca de su padrino, el destino hizo que él se tropezase con el origen de su rabia. Entonces, cuando el señor Rosenwood lo miró y saludó desde la escalinata principal de la gran mansión del duque de Atholl, Bastian se encaminó hacia él y le lanzó su mejor derechazo. Así, sin más y sin mediar palabra.

Por descontado, Duncan se recompuso de inmediato y le devolvió el golpe con la misma intensidad. Los dos, que eran de tamaños muy parecidos se engarzaron en una lucha que pronto llamó la atención de los duques y los sirvientes. Y también de Margot.

***

En plena noche, rodeada por la oscuridad y cobijada por un hombre bueno con el que no debería haber estado sola. No era como si la reputación de Margot tuviese arreglo, pero haber llegado a la casa de campo de los duques de Atholl a horas indebidas, dejaba bien claro que ella necesitaba ayuda y no tenía a otra persona a la que recurrir.

Había compartido algunos bailes con Ruth Anne y si bien habían hecho buenas migas, no eran tan cercanas como lo habían sido April y ella. Pero su otra compinche tenía sus propios problemas, porque por lo que había podido oír Margot, su amiga pelirroja estaba retirada en el campo y su esposo no figuraba a su lado. Pero esa era otra historia diferente que la hija del conde de Burst esperaba que tuviese un final feliz.

Se removió en la cama con los ojos bien abiertos. Lo primero que sintió al despertar aquella nueva mañana fue seguridad, libertad, tranquilidad. Desde hacía demasiados meses, Margot no había conciliado el sueño de esa manera.

Cuando bajó del carruaje de Rosenwood, toda la casa de los duques de Atholl se apresuró a recibirlos. En el momento en el que divisó a su amiga, a los pies de la escalera, ataviada en una sencilla bata, con la trenza echada a un lado, no pudo más que echarse en sus brazos y sollozar porque no veía un futuro claro.

Ruth Anne la había acompañado a una habitación y no le pidió mayores explicaciones. Gracias al cielo, porque Margot no sabía por dónde comenzar a ofrecerlas. Antes de subir, oyó que Duncan le comentaba alguna cosa al esposo de su amiga, pero no prestó demasiada atención.

No deseaba salir de la cama. Se sentía tan protegida, que no estaba preparada para enfrentarse a la realidad. La realidad de emprender el vuelo sola y buscar algún empleo como institutriz o dama de compañía de alguna dama o señora mayor y rica que la necesitase.

Suspiró con fuerza. Tal vez despreció demasiado pronto a Londonderry. Con esa idea aún planeando en su mente, sacudió la

cabeza con ansiedad. Ese hombre era igual de adecuado que lo fue David. Mentirosos. Embusteros. No fiables. Usaban la seducción como un arma para someterla. David lo consiguió, pero con el marqués casi casi estuvo tentada de dejarse llevar. Ser cauta fue lo que la salvó, un poco, de no caer a sus pies. Su galantería, sus bonitas palabras… Y los besos que compartieron… Tan versada que se consideraba en la vida por lo que le sucedió con David y a punto estuvo de volver a abrir una puerta que siempre debió estar cerrada, hasta que mediase un compromiso serio.

¿Tan endeble era ella que ante una sonrisa de un apuesto hombre se dejaba conquistar? Ilusiones, necesidad. La presión a la que estaban sometidas las mujeres, esa de casarse lo antes posible, le había hecho dar numerosos tropezones.

Se tapó la cara con ambas manos presa de la vergüenza al recordar cómo casi se ofreció de rodillas al señor Rosenwood. La buena fortuna hizo que ella recapacitase sobre la idea de tenderle una trampa a un hombre.

Unos gritos del exterior captaron toda su atención. Se levantó de la cama, y corriendo se dirigió hacia la ventana principal de la alcoba. Un grito de histeria escapó de su garganta al ver a dos hombres peleando con sus puños como arma. Sin pensarlo demasiado, descalza y ataviada con un fino camisón blanco que Ruth Anne le había prestado, se encaminó hacia el origen de la trifulca para poner orden entre Londonderry y el señor Rosenwood. ¿¡De dónde había salido el malvado marqués!? Y lo más importante, ¿por qué se estaba peleando con el hombre que la había socorrido en mitad de la noche sin hacer demasiadas preguntas?

—¡Basta! ¡Basta! —gritó Margot con todas sus fuerzas cuando llegó hasta ambos.

El espectáculo era increíble. Londonderry y Duncan estaban rodando por el suelo mientras el duque de Atholl y varios sirvientes trataban de contenerlos. Ruth Anne, también en camisón, pero con una bata por encima, figuraba al lado de la rubia pidiendo paz.

Al ver que los dos contrincantes no parecían dispuestos a separarse, Margot fue hacia la pelea dispuesta a colocarse entre ambos. Ruth Anne trató de retenerla, pero no lo consiguió.

Cuando el duque tuvo a uno sujeto y los sirvientes a otro, Margot se colocó en medio, con los brazos separados para tratar de que los dos depusieran las ansias que tenían de pelearse. Se quedó frente a frente con Londonderry. Lo vio quedarse quieto, parado, pálido y al fin pudo respirar tranquila. La joven lo observaba fijamente. La vista de él la recorría de arriba a abajo. De tal forma que ella tuvo que bajar la mirada… Y sí, comprobó que el camisón que llevaba era una pieza indecente que dejaba demasiado a la vista. ¡Sus pechos se veían claramente! ¿Qué clase de atuendos utilizaba para dormir Ruth Anne?

—Suéltame, Atholl —bramó Bastian. El rugido fue tan fuerte, que el duque tuvo que hacer lo ordenado.

Vio a su ahijado quitarse la maltrecha chaqueta, que tenía algunas gotas de sangre, e ir hacia Margot raudo y con decisión para envolverla en ella. La cargó en sus brazos y se metió en la casa con la muchacha ante la incrédula mirada del resto.

Rosenwood se quedó atónito. El duque de Atholl se acercó hasta el comerciante.

—¿Qué ha sido eso? ¿Te has propasado con la dama? —le preguntó a Duncan Rosenwood. Tanto el duque como el empresario se conocían porque la familia del señor Rosenwood poseía una hacienda en el lado sur de las tierras del ducado.

—Juro por mi honor, como hice anoche —comenzó a explicar el comerciante—, que lo único que he hecho es traer a la joven hasta aquí porque necesitaba ayuda. Me he comportado como un hombre de honor.

—Entonces, ¿por qué os estabais peleando Bastian y tú? —inquirió censurador el duque.

Duncan escupió un poco de sangre y lo miró con atención.

—¿No te imaginas el motivo? Porque si mal no recuerdo, tú tuviste ganas de darme una buena paliza cuando yo le envié flores a

tu esposa… cuando ella aún era una dama soltera —se apresuró a puntualizar la última parte al ver que el duque cambiaba la mirada ante aquel recuerdo mencionado.

La vista de Atholl voló hacia el lugar por el que se había encaminado su ahijado. Pero tanto Bastian como *lady* Margot, ya no se distinguían. Notó que su esposa lo observaba con una ceja levantada.

—Sí, mi amor —comenzó a decir la duquesa—. Me temo que el señor Rosenwood tiene razón. No sé lo que ha debido suceder con mi amiga y con tu ahijado, pero estoy completamente segura de que el marqués se ha enterado de quién la sacó de Londres en plena noche y está tremendamente celoso…

—¿Celoso? —preguntó incrédulo el duque sin creer lo que oía. La fama de mujeriego de su ahijado era de tal magnitud que no imaginaba que el muchacho pudiera tener tales sentimientos hacia una dama, más hacia una a la que parecía que le había declarado la guerra. Una vez, concretamente en los días anteriores a su boda con Ruth Anne, sospechó que Londonderry sí tenía fuertes sentimientos por la joven rubia amiga de su esposa; pero después de haberlos observado con atención, comprobó que se llevaban como el perro y el gato… ¿Cuándo cambió eso, si es que realmente su esposa tenía razón en su afirmación?

—Es todo un alivio —dijo Duncan.

—¿Por qué es un alivio? —quiso averiguar el duque.

—Porque *lady* Margot estaba en serios aprietos y el marqués parece que podrá salvarla. De hecho, la noche anterior, no pude explicarte bien lo que sucedía, pero la joven debe casarse rápidamente y me temo que Londonderry acaba de dejar más que claras sus intenciones.

—¿Londonderry quiere casarse con la muchacha? —El duque de Atholl no entendía nada. En la última conversación que tuvo con su ahijado, Bastian dejó bien claro que no se casaría hasta dentro de unos largos años.

—Vamos, mi amor. —La duquesa tomó la mano de su esposo—. Entremos en casa y te lo explicaré, porque creo que no recuerdas lo que es mirar a una mujer como lo ha hecho Londonderry.

Duncan se despidió de los duques y se metió en su carruaje. Esa mañana se había levantado bien temprano para ir a su casa y convocar a unos buenos amigos suyos que, si bien tampoco tenían un título nobiliario, podrían proteger a la joven y ofrecerse en matrimonio. Lo que menos pensó que sucedería había ocurrido, y eso fue: tener que lidiar con un pretendiente celoso que lo avasalló sin darle explicaciones.

Los duques despidieron al comerciante, no sin antes pedirle que entrase en casa para adecentarse, una oferta que Duncan declinó, pues no deseaba volver a convertirse en el blanco de la ira del marqués.

Cuando el duque fue consciente de lo que llevaba puesto su mujer, la miró acusador.

—No debiste haber bajado así, esposa.

Ruth Anne rodó los ojos. ¿Cómo iba a quedarse en su habitación viendo que dos hombres estaban peleando a las puertas de su hogar y que su marido mediaba en el medio de la batalla?

—Voy bastante más recatada de lo que lo hacía Margot —dijo con humor.

—Sí. Es verdad. —Él se quedó asombrado al ver a la joven.

—¿La has visto? —inquirió indignada y un poco celosa de que su esposo hubiera podido reparar en otra mujer.

—Solo un poco. He reconocido el lazo azul que el camisón tenía en el cuello y no me he atrevido a mirar hacia abajo.

Ella pareció quedarse más tranquila. Los dos iban paseando hacia los aposentos de los duques. Por la mirada tan descarada que el duque le había dado, Ruth Anne imaginaba las intenciones de él al guiarla por la escalera con tanta premura, pues cuando ella tuvo la intención de ir hacia la cocina para coger un bollito, porque se moría de hambre, él corrigió su rumbo sin demasiada delicadeza.

—Confieso que ha sido una intervención acertada, porque no veía a Londonderry detenerse. Es un hombre demasiado bravo. Y ha sido toda una suerte que el señor Rosenwood también fuese corpulento, o tu ahijado lo habría hecho papilla al primer golpe.

—¿De verdad crees que Bastian está interesado en tu amiga?

—Definitivamente sí. Lo sospechaba desde hacía tiempo.

—¿Lo sospechabas? —Bien que su mujer podía haberle dado alguna pista cuando él hablaba sobre el futuro del marqués, y acerca de que el abuelo del joven estaba dispuesto a darle una lección, y Atholl se debatía porque no veía la solución al problema.

—Sí. Porque no sé si recuerdas aquella vez que me pescaste en la biblioteca una noche en la que…

—Lo recuerdo perfectamente —la cortó. Ese suceso le encendió la sangre. Antes de convertir a Ruth Anne en su esposa, descubrió al marqués en una actitud muy reprochable con ella. Casi mató a Bastian por la afrenta, pero luego se dio cuenta de que la presa del muchacho era otra y no su mujer, por lo que lo perdonó por la confusión producida.

La pareja entró en la habitación de la duquesa. Ruth Anne observó que el duque cerraba la puerta con llave. Lo vio echarse las manos al cuello para quitarse la corbata.

—Deberíamos ir a comprobar que Londonderry y Margot… —comenzó a decir la duquesa.

La silenció con un beso profundo con el que esperaba dejarle claras las prioridades que ambos debían tener. La respuesta de ella fue poner sus manos sobre el cuello de su esposo para darle la bienvenida.

—Te deseo, Ruth Anne. Recuerdo muy bien lo que hicimos aquella noche en la que te descubrí en la biblioteca con mi ahijado. Los celos que me provocaste.

—Yo no tuve la culpa… La que tenía que acudir a aquella cita clandestina era Margot, no yo.

—Lo sé, lo sé —dijo para tranquilizar la ansiedad que se había despertado en la voz de la duquesa. Le dio otro beso muy húmedo.

Ruth Anne lo obligó a separarse un poco, pero no salió de su amoroso abrazo.

—Londonderry podría propasarse con…

—Déjales un poco de intimidad —rogó mientras la volvía a besar con más fuerza. Si su esposa no había perdido aún el hilo de sus pensamientos, no lo estaba haciendo bien.

—No sé ni dónde están… —se quejó ella cuando él la soltó para que respirase un poco de aire.

—Lo obligaré a casarse con ella, no te preocupes. Solo atiéndeme ahora, esposa. Tu duque te reclama y no puede esperar ni un solo segundo más.

—¿Me reclama? —dijo con diversión—. ¡Oh! —exclamó cuando sintió la mano de él subir por su muslo y detenerse para hurgar entre su nido de rizos.

No hubo más palabras. El matrimonio se tendió en el lecho para disfrutar de un poco de deporte de cama. Ambos sabían que estaban siendo negligentes con la dama soltera, pero también recordaban muy bien lo fabuloso que había sido estar solos y disfrutar en sus encuentros más pecaminosos antes de casarse.

Además, el duque intuía que su ahijado estaba convencido de que la muchacha era el fin de los problemas con el abuelo, así que no le costaría demasiado obligarlo a hacer lo correcto en caso de que se propasase con la amiga de su esposa.

Intervenir en la pelea después de haber salido a cabalgar de buena mañana, le había dado más energías. Ver a su esposa enfundada en una bata, bajo la que adivinaba el tipo de camisón que ella llevaba… Su necesidad era grande y debía ser satisfecha de inmediato. Sin oposición. Inminentemente.

***

Cuando Margot sintió que Londonderry la envolvía en su chaqueta, no se quejó porque sabía lo que él estaba tratando de hacer. En el momento en el que percibió sus brazos por debajo para alzarla, un suave grito de sorpresa escapó, pero no se quejó tampoco. La falta de calzado había hecho que sus pies dolieran al pisar el empedrado.

Antes de iniciar el camino con ella en brazos, Bastian miró por el rabillo del ojo a fin de cerciorarse de que nadie, en especial el señor Rosenwood, los seguía, pues sabía que, si ese hombre llegase por detrás, sería para exigir la liberación de ella y eso solo se daría en el caso de que entre Margot y ese odioso comerciante hubiera algún tipo de acuerdo implícito. Al no ver a nadie detrás, siguió andando satisfecho y convencido de que entre ambos no había sucedido nada más allá de haberla acompañado hasta la finca de Atholl.

—Eres del todo incorrecta —le dijo al oído mientras la introducía en la casa. Ella se envaró.

—¿Y protagonizar una pelea no es incorrecto, señoría? —lo increpó como si fuese un niño pequeño.

—No lo es cuando se defiende el honor de una dama.

—¿Ahora es usted un atento caballero que lucha las batallas de las mujeres, señoría?

—Deja de una vez apartado el título, Margot. Y sí, alguien tenía que darle su merecido a ese canalla. ¿En qué estabas pensando?

Ella se indignó. Trató de luchar con él para que la bajase al suelo.

—¡Suélteme! —levantó la voz—. No pienso tolerar que insulte a Duncan.

Él paró el paso. Las miradas de ambos se cruzaron. Ella trató de moverse y saltar al suelo. Bastian no lo permitió.

—A él lo llamas por su nombre de pila y a mí te empeñas en tratarme con una cortesía que sé que no sientes. ¿Por qué?

—Él no merecía sus golpes. Haya hecho lo que crea que haya hecho el señor Rosenwood —ella se rectificó porque era incorrecto que se refiriese a un hombre por su nombre de pila, incluso en la

intimidad—, sé que no es nada malo. Él me ha ayudado de forma desinteresada y no consentiré que le falte al respeto.

—¿Te ha tocado? —Margot se quedó con la boca abierta al percibir la actitud posesiva de él en sus palabras. ¿Qué derecho tenía un hombre cuyo único objetivo había sido el de seducirla para forzarla a casarse con él?

—No pienso comentar nada al respecto, porque la propia pregunta es un insulto tanto para el señor Rosenwood como para mí.

—No, seguro que no te ha tocado… ¿Lo has hecho tú? —Londonderry había recapacitado en su conjetura y no le tembló la voz a la hora de lanzar una nueva acusación.

El marqués oyó un gemido de indignación. Vio que la boca de ella se quedó igual que sus ojos: completamente abierta.

—Bájeme de inmediato para que pueda abofetearle como se merece, señoría —le ordenó con altivez cuando se recuperó de la sorpresa de la pregunta.

—No deberías sorprenderte de que pueda y tenga derecho a preguntar estas cosas. Estuviste coqueteando conmigo en el Club Legancy…

—Yo no coqueteaba con usted. Más bien, era usted quien me perseguía por las mesas de juego e imploraba por mi atención —rebatió arrogante la joven.

—No era yo solo, *milady* —usó el título arrastrándolo—, quien se derretía cuando nuestras bocas se juntaban.

Margot tragó saliva.

—¿Y esas son las palabras que diría un caballero?

—No lo sé. Puesto que para ti no soy uno de esos, no sé lo que quieres oír. Lo que sí sé, es lo que deseo hacer ahora mismo.

—¿Tomar un baño para asearse y quitarse la sangre de encima? —dijo ella con enfado.

—No era eso precisamente lo que tenía en mente, pero sería una buena opción. Lo haré si tú me asistes.

—¿Disculpe? —preguntó con la boca de nuevo abierta de par en par. ¡Era incorregible!

—Me gusta que una mujer me acompañe en una gran bañera. Como serás mi esposa, debes familiarizarte lo antes posible con mis exigencias.

—¿Se ha vuelto loco? —En verdad no creía que él fuese consciente de lo que le decía.

—Me parece que una pequeña arpía rubia me está llevando a la locura, sí —alegó con pesar mientras suspiraba con fuerza.

Margot sintió que él volvía a retomar sus pasos y se tuvo que agarrar nuevamente de su cuello para no perder el equilibrio. La caída sería importante, porque el malvado marqués era un hombre demasiado alto.

—Creo que Duncan le ha atizado demasiado fuerte en su dura sesera…

Él detuvo sus pasos y lo miró con una ceja alzada.

—Vuelve a referirte a otro hombre por su nombre de pila en mi presencia y te daré una buena tunda. Te aseguro que pondré tus posaderas tan rojas, que no repetirás otro nombre más que el mío en lo que te quede de vida.

Margot jadeó con horror.

—¿Qué derecho tiene usted a tratarme como si yo fuese una… una… una…? —No le salía ninguna palabra.

—Una niña. Te has comportado como una mocosa malcriada desde que nos conocimos y eso va a cambiar de inmediato. No puedes huir de Londres en plena noche. Si tenías problemas debiste acudir a mí. Menos tenías derecho a pasar varias horas encerrada en un pequeño carruaje en compañía de otro hombre que no sea yo. —Londonderry intuía que ella estaba en una posición delicada con respecto a algo, pero no alcanzaba a saber qué sucedía exactamente.

Ella volvió a jadear con pavor, horror, desesperación e indignación.

—Yo no le pertenezco, lord Londonderry. Tal vez esté tan acostumbrado a conseguir todo lo que se propone que no se ha dado cuenta de que soy una mujer libre que no le merece ni obediencia, ni aclaraciones.

—No seas ridícula. Eres mi prometida.

—Definitivamente, Dun… —Él carraspeó viendo que ella se disponía a repetir el nombre del señor Rosenwood. Margot detuvo su frase.

—Termina de componer la palabra y te aseguro que tus bonitas posaderas conocerán el tacto de la palma de mi mano.

—¡No puede decir esas cosas! —chilló indignada mirando hacia todos lados, esperando que alguien entrase en su ayuda y la liberase de ese gran ogro engreído que se creía con derecho sobre ella.

—¿Y tú puedes desaparecer en medio de un baile en compañía del señor Rosenwood y causar dolor a tus familiares?

—¿Qué? —ella se inquietó.

—El esposo de tu hermana está loco de preocupación. Ha puesto incluso un anuncio en el periódico para denunciar tu desaparición. Me temo que tu reputación se ha visto seriamente comprometida.

Ella cerró los ojos con fuerza. No le extrañaba que David hubiese hecho algo como eso. Así se aseguraba que ella no pudiese casarse con nadie más. Sinceramente, dudaba que estuviese preocupado… O, tal vez, sí fuese genuina su inquietud, pero ella se inclinaba hacia la primera suposición. La deseaba en su cama a toda costa y bien sabía ella misma el efecto que podía tener Bernice sobre los que la rodeaban si no usaban un buen escudo.

El conde de Luxor la veía como un salvavidas ante la frialdad y el despotismo de su hermana. Bien. No era culpa de ella, que David se hubiese casado con Bernice. Debía ser consecuente con la decisión que tomó. El hombre al que creyó amar tuvo que haber sido más cauto y no dejarse conquistar por la sublime y espectacular belleza de su hermana mayor.

—¿Cómo ha sabido que yo estaba aquí? —No era natural que hubiese dado con ella tan rápido.

—Porque desperté en medio de la noche al mejor investigador de Londres para que arrojase algo de luz sobre tu paradero. Más allá de lo que te empeñes en pesar de mí, no soy un hombre poco inteligente. Algo te asustó. Algo ocurrió. ¿Qué sucedió para que te marchases? ¿Por qué acudiste a Rosenwood y no a mí?

—¿Por qué debería haber acudido a ti? —Lo vio sonreír de lado.

—Al fin he conseguido que olvides un poco la formalidad. Dime lo que te hizo salir huyendo.

—No huyo.

—Lo haces. —Margot lo vio fruncir el ceño—. ¿Estás enamorada de Rosenwood?

—¿Y si lo estuviese?

Él agitó los hombros para quitar hierro al asunto.

—No me importaría demasiado. Muchas esposas se casan con un hombre estando enamoradas de otro.

—¿Pero tú te oyes cuando hablas? —Quiso averiguar sabiendo la respuesta de antemano.

—Perfectamente. ¿Por qué lo dices?

—Yo jamás me casaría con un hombre estando enamorada de otro —le aclaró con mucho énfasis.

—Es bueno saberlo. No era necesario, pero sí bueno saberlo. Me conformo con los deliciosos gemidos que emites cuando te beso. No necesitaba más, pero me gusta la idea de que puedas llegar a enamorarte de mí… Si es que no lo estás ya, por supuesto.

Ella comenzó a patalear, a moverse tratando de escapar de sus brazos. La respuesta de él fue reírse sin contención.

—Eres despreciable, malvado, arrogante, todo un pícaro. Si decidiese casarme, tú serías el menos indicado para mí. Si Duncan —dijo con fuerza el nombre de pila del señor Rosenwood aposta—, no estuviese comprometido, ya estaría casada con él. Y en vez de tener a mi lado a un buen hombre, honorable, sensato, apuesto y tierno, debo conformarme con que me mantenga abrazada contra mi voluntad, un arrogante, engreído, patán y libertino al que desprecio con todas mis fuerzas.

Ni que decir tiene, que la risa del marqués se le cortó de golpe. Lo oyó inspirar con mucha fuerza el aire. Anduvo con ella en sus brazos serio, enfadado. Tanto que Margot no se atrevió a volver a abrir la boca. Tal vez había hablado demasiado alto, claro y fuerte ante un hombre acostumbrado a salirse siempre con la suya.

Londonderry abrió la puerta de una alcoba con dificultad porque se negaba a soltarla. Cuando estuvo dentro la cerró de una fuerte patada.

—La había avisado, *milady*, y yo siempre cumplo lo que prometo —dijo mientras la dejaba en el suelo. Margot no sabía lo que estaba sucediendo. Cuando vio que él iba hacia la puerta y echaba la llave…

—¿Qué se propone?

—Demostrarle lo equivocada que está, *lady* Margot —respondió mientras se iba hacia la ventana más próxima y tiraba la llave de la alcoba.

—¡Noooooo! —gritó Margot al tiempo que corría hacia la ventana para ver caer el metal en el jardín principal.

—Bien… ¿Se levanta usted misma ese indecente camisón que lleva o lo hago yo? —dijo mientras se subía las mangas de la camisa y se dejaba caer sobre un sillón con una gran sonrisa.

Margot se giró para mirarlo. Ver al marqués morderse el labio inferior, hizo que ella se observarse a sí misma. Al haber salido corriendo en busca de la llave, había hecho que la chaqueta de Bastian cayese al suelo. Miró bien su atuendo y se dio cuenta de que la fina gasa transparente de la parte frontal dejaba ver, no solo sus senos, sino que también dejaba adivinar el lugar exacto donde el vello cubría su sexo. La joven colocó una mano sobre sus senos y la otra la llevó a su parte íntima.

—¿Qué se pro… po… ne? —inquirió, esta vez con temor en sus palabras.

—Darle una buena lección —la avisó Bastian, mientras se daba unos ligeros golpecitos en su regazo, que claramente evidenciaban que él estaba esperando a que la joven se colocase sobre sus rodillas para darle una buena zurra.

—No se atreverá… —dijo más para sí que para él.

Cuando lo vio sonreír, supo que había cometido un tremendo error al retarlo.

Capítulo 4

Un descubrimiento inesperado

Nunca sabría cómo sucedió, pero Margot se vio prisionera, con una pared a su espalda que le impedía retroceder más, y un fuerte pecho varonil bajo las palmas de sus manos, a fin de impedir el avance del varón. Él, Bastian Leight, el mayor de los libertinos de todo Londres había puesto en marcha su plan de seducción y no era ni sutil ni delicado. Prueba de ello era la improvisada cárcel que habían formado con sus dos poderosos brazos a su alrededor, pues él tenía sus manos apoyadas en la pared.

Margot, presa de la histeria, tragó saliva con dificultad y cerró los ojos con fuerza. Era una respuesta infantil, pero si ocultaba su mirada, tal vez él desistiera de su empeño y se esfumase.

Sintió un poco de aire sobre el rostro y supo que él acaba de soplarle. Lo oyó reírse.

—Esto no es gracioso, señoría. Está siendo usted un auténtico malvado… —lo reprendió con los ojos cerrados y muy apretados.

—Sí, es gracioso porque no me ha costado lo más mínimo atraparte. He cerrado la puerta y ni una sola vez has tenido la tentación de aporrearla, gritar o pedir auxilio —le aclaró él con la voz ronca. Ver sus pezones puntiagudos bajo esa delgada tela lo volvía loco.

—Me ofende su suposición, señoría —adujo mortificada porque se dio cuenta de que en verdad había puesto pocos obstáculos para huir de él.

—A mí me ofende tu falta de sinceridad —respondió mientras volvía a soplarle sobre el rostro.

—No haga eso —pidió con molestia impregnada en su voz.

—Abre los ojos y no lo haré. —Trató de acordar él.

—No pienso abrirlos.

—Eso no cambiará el hecho de que yo no esté frente a ti, observando esos apetecibles senos que se dibujan bajo ese camisón tan indecente. ¿Cómo puede tener una joven dama un atuendo así entre sus ropas? Peor aún, ¿no te diste cuenta del efecto que podrías causar saliendo así de modo público? —No deseaba que nadie más la viera, solo él.

—Es un camisón de Ruth Anne. No es mío. Yo jamás usaría algo así. Imagino que el duque no le ha permitido tener nada más decente a su esposa. —Cuando llegó, tan cansada como estaba, se dejó ayudar en el cambio de su vestido de fiesta y no prestó demasiada atención a la prenda que le serviría para dormir—. Y no. No fui consciente de lo que llevaba puesto, porque cuando vi que dos hombres estaban a punto de matarse el uno al otro, tuve que salir de estampida para evitar un drama.

—Uhm… ¿Estabas preocupada por la seguridad del señor Rosenwood o por la mía? —Volvió a soplar con más intensidad. Margot apretó más fuerte los ojos. Tanto que comenzaba a ver chispitas blancas debido al esfuerzo de mantener los párpados cerrados con esa fuerza.

—Me preocupaba que mi buena amiga y su esposo tuvieran que responder ante un magistrado sobre un posible asesinato que pudo haberse producido por mi causa.

—¿Por qué sería responsabilidad tuya algo como eso?

—Porque yo vine aquí y vosotros dos llegasteis a los puños. Fui responsable de la situación y era mi deber evitar la pelea. Ahora, por favor, sea un caballero y permita que me marche… —Margot sentía

su corazón bombear con fuerza. No podía seguir negando que ese bruto y arrogante la desestabilizaba cuando estaba cerca. Sintió las manos de él acariciar su mejilla con delicadeza y se sorprendió por la sensualidad del gesto.

—Si quisieras salir de mis garras lo habrías intentado más y mejor, Margot. Tú deseas que te vuelva a besar. —Por inercia la joven se lamió los labios sin ser consciente de lo que hacía—. Esos labios rosados entreabiertos me llaman a gritos, pequeña arpía. Deseas que me pose en ellos y saque mi lengua, tal y como hice la última vez en aquel club.

—No. No quiero nada de eso.

—Tus palabras dicen una cosa, tus reacciones dicen otra. No te tocaré hasta que me lo pidas. Y te recomiendo que lo hagas rápido, porque como no empieces a poner de tu parte, saldré por esa puerta y conocerás de primera mano la frustración de estar insatisfecha. Me deseas… —susurró con delicadeza.

—Eso no es verdad. Yo no te deseo.

Londonderry llegó la punta de su nariz hasta la parte derecha del cuello de la muchacha. Le hizo una leve caricia en el lugar donde el pulso le latía frenético.

—Abre los ojos, mírame con deseo y llevaré mis labios sobre tu cuello para darte un placer tan sensual que hará que tus rodillas se derritan. Abre los ojos, reconoce que me deseas y en vez de darte la zurra que deberías recibir, levantaré esa delicada tela —él rozó con su mano derecha una parte del satén—, y te haré llegar al cielo en medio de un delirio delicioso del que te prometo que no desearás escapar.

—No. No… ha…ré nada de e…so. —La respiración la tenía tan agitada, que no era capaz de hablar con serenidad. Estaba nerviosa, ansiosa y sentía unas extrañas cosquillas en una parte femenina de su cuerpo que…

—Eres terca, muchacha. Más que una mula que se para en medio del campo y no quiere moverse —apuntó con diversión.

—Déjeme marchar, señoría —pidió cuando recuperó un poco la sensatez. Pero entonces, Bastian apoyó ligeramente sus labios sobre los suyos, en un aleteo de mariposa que sirvió para que ella buscase un mayor punto de apoyo en esos labios libertinos. La presión se intensificó. Margot se vio engullendo el labio carnoso inferior del marqués entre los suyos. Succionó con fuerza y pasó su lengua sobre ese delicioso trozo de carne. Cuando la muchacha oyó un gemido de él, abrió los ojos con horror, consciente de lo que acababa de hacer. Consiguió separar a Bastian de ella. Los ojos avellana se fundieron en el azul de ella. ¡Estaba mortificada! Era tentador como el demonio mismo.

Los dos, jadeantes y necesitados, se miraron con tal intensidad que todo pareció desaparecer a su alrededor.

El marqués no osó moverse, por miedo a espantarla y recibir una nueva negativa. Estaba tan duro como una piedra por lo que Margot le acababa de hacer, y eso que ella solo lo había rozado con su lengua un par de segundos. ¡Qué extraño poder tenía esa hechicera rubia!

—Dime que me separe de ti y lo haré —la avisó con humildad, pero rezando para que no se lo pidiera. La deseaba con tanta intensidad que sus pantalones estaban haciendo daño en su dureza masculina.

Margot cerró los ojos con fuerza, susurró algo que el marqués no entendió, pero que percibió como una maldición, y aferrada al cuello de la camisa lo llevó de vuelta sobre sus labios.

—Gracias a Dios —susurró Londonderry antes de besarla con devoción. Había pensado que lo iba a rechazar…

La boca de Bastian se afanó en buscar la humedad de ella. Deseaba volver a degustar la dulzura de su lengua. No comprendía el motivo, pero Margot no sabía al gusto como las demás mujeres. Ella era como un algodón de azúcar, que lejos de empacharlo, lo hacía necesitar más. Más de ella. Más de esa dulzura tan apetecible que lo llevaría a la locura.

La besó todo cuanto quiso, todo cuanto ella lo urgió a hacerlo. Devoró su cuello en una muestra de ternura y ansiedad que hizo que Margot gimiera, presa de un estado febril que no había esperado sentir ni en un millón de años. ¡Estaba ardiendo!

—No pue…do sos…te…ner…me —balbuceó, mientras agarraba el cabello de Bastian para que siguiera paseando su lengua sobre su cuello. La sensación era tan maravillosa que no quería que se detuviera.

El marqués la subió por los glúteos y ella se aferró a su espalda con fuerza para no caer. Mientras Bastian la llevaba sobre su cuerpo como si la dama fuese un pequeño simio que se colgaba con insistencia, Margot comenzó a besar su cuello para comprobar si el efecto que le producía era el mismo que ella misma sentía. Efectivamente, los gemidos masculinos de desesperación y placer no tardaron en resonar en la estancia.

En pocos segundos, estuvo sentada a horcajadas sobre él, con el camisón tan subido que sus piernas estaban completamente desnudas. Por su parte, Bastian había elegido un cómodo sillón para reclinarse y dejar que ella tomase el mando hasta donde quisiera.

Cuando percibió que el sexo de ella buscaba un poco de fricción y que fue a dar con su rigidez masculina… Estuvo perdido en un delirio que no previó. Ese contacto hizo que Bastian echase la cabeza hacia atrás y levantase sus caderas para rozar mejor la entrepierna de ella.

Margot chilló, pero de puro placer por esa protuberancia que había impactado sobre un trozo de carne suyo que le hizo cerrar los ojos y ver unas pequeñas estrellas, tan brillantes que no pudo más que gemir, gemir y gemir…

Tenía que verla, así que irguió la cabeza y la contempló. Las manos de Londonderry se colocaron sobre los pechos de Margot y los amasaron con cautela. Logró rasgar la ligera tela, lo suficiente para sacarlos a ambos de su estúpido cautiverio. Engulló con glotonería su pezón derecho, mientras que su mano izquierda pellizcaba con delicadeza a su hermano gemelo. Todo ello sin dejar

de balancear las caderas y friccionar salvajemente sobre el sexo de ella.

—Por Dios, Margot, no seas tan ansiosa o me harás ponerme en evidencia —le pidió en medio de una agonía que le hacía desear abandonarse a su necesidad y liberarse en sus pantalones.

Londonderry trató de apartarla a un lado para sacar su instrumento masculino y poder… La necesitaba. Ansiaba enterrarse en la profundidad femenina. Quería hacerlo bueno para ella, pero la reacción inesperada de tanta pasión, por parte de la rubia, lo había dejado sin opciones para comportarse como un amante delicado. Ella lo estaba empujando a un punto de no retorno, donde él no era capaz de no buscar su satisfacción, y eso no estaba contemplado en algo como derramar su semilla en sus pantalones, tal que si fuese un colegial inexperto.

—No, no… no pares… Necesito… Necesito… —La fricción eran tan acertada en ese trozo de carne que se restregaba contra algo duro que él tenía, que Margot no deseaba frenar lo que se estaba abriendo paso en su interior. Todo en su cuerpo la invitaba a luchar por lo que necesitaba, por lo que deseaba de él.

—Por Dios Margot. No sigas… —No podía evitarlo. Si ella volvía a restregarse sobre él, conseguiría que él claudicase y no debía ser así.

—Más, más… Por favor… No me dejes así… Algo llega, algo viene… Lo necesito… Por favor…. Por favor… Por favoooooooooooooooor —gritó sin contención cuando ese maravilloso sentimiento de gozo la atravesó hasta el alma.

—Margooooooooooooot —rugió él con enfado. Pues no había conseguido ni poder desabrochar sus pantalones, cuando el torrente de la lujuria le hizo liberar su esencia en su propia ropa.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Margot cuando el éxtasis dio paso a una satisfacción tan bienvenida que la hizo reclinarse sobre el pecho de él y ocultar su rostro en el cuello masculino.

La muchacha sentía el corazón desbocado de él. Bastian podía percibir con claridad el desenfreno del de ella. La apretó entre sus

brazos con la única finalidad de no dejarla escapar. La joven agradeció el cobijo que él le estaba facilitando.

—¿Qué me has hecho? —consiguió preguntar Margot sin abrir los ojos ni separarse de él.

—Me parece que has sido tú la que has conseguido que yo pierda la compostura como nunca había sucedido —reconoció él un poco avergonzado.

—¿Por qué? —quiso averiguar ella moviendo un poco su cabeza para encajar mejor en el hueco de la clavícula de Londonderry.

—Porque nunca había alcanzado el placer sin quitarme ni tan siquiera mis pantalones. Eres del todo inesperada, Margot. —Nunca imaginó tanta pasión en una mujer.

—¿Y eso es bueno o malo, señoría? —bromeó la muchacha.

—Bastian.

—¿Qué?

—Usa mi nombre. Después de lo que ha sucedido entre ambos, no puedes usar mi título. Deseo oírtelo pronunciar, considéralo mi recompensa por haberte abierto el cielo y llevarte hasta encontrar el placer terrenal más sublime.

—Incluso, ahora, eres todo un vanidoso arrogante —dijo ella con una sonrisa en los labios. Estaba tan bien, se sentía tan satisfecha, que era incapaz de presentar un poco de batalla más mordaz.

—Sí. Lo soy —reconoció con una ligera risa—. Estoy esperando a oír mi nombre en tus labios. Recuerda que fue el nombre de otro quien te metió en este adorable problema, por lo que debes hacer que yo quiera perdonarte… En caso de no contentarme, no tendré más remedio que darte la vuelta y poner rojas estas preciosas posaderas que me muero por ver. —Él llevó sus manos hacia ese lugar al decir esto y las apretó con delicadeza sobre la carne desnuda.

—Bastian. Bastian. Bastian —repitió esperando saciar su petición y su orgullo masculino. En verdad no deseaba recibir un castigo. No después de lo interesante que había sido este descubrimiento. Se mordió el labio. Ese hombre había conseguido que ella despertase.

Ni siquiera David, cuando creyó amarlo, hizo que volase tan alto y de forma tan maravillosa.

—Eso es, pequeña. No era tan difícil, ¿verdad?

—Eres un hombre imposible y malvado.

Él soltó una carcajada. Acarició con delicadeza la espalda de ella porque la había sentido tensarse. La caricia pareció adormecer a la fiera rubia.

—Reconoce que tu malvado marqués te ha hecho vibrar.

—Lo ha conseguido, sí. —Ronroneó como un gatito mientras movía su espalda para sentir las manos de él en lugares específicos que la hacían suspirar.

—¿Lo reconoces tan fácilmente? —se sorprendió él.

—Nunca he sido una mentirosa. Tú no me agradas, pero sí me satisface cuando me besas y me tocas. No entiendo el motivo, pero eso es así. —Ella sentenció su reconocimiento con un beso atrevido en el cuello de él. —¿Te pasa lo mismo?

—Desde luego que sí. He estado con multitud de mujeres, mucho más bonitas y apetecibles que tú, y hasta el momento, ninguna consiguió que yo me vertiese sin estar desnudo —señaló esperando que ella reconociera su mérito.

La sintió tensarse de nuevo. Hizo un poco más de presión en sus caricias por la espalda. Ella se despegó por completo de él.

—Por un momento, solo por un momento, he olvidado con quién estaba… —El tono beligerante de ella no le gustó a Bastian. Trató de hacer que la joven volviese a recostarse sobre su pecho para acallarla. Margot se apoyó en esa zona de él un breve segundo. Se incorporó y lo miró con los ojos achinados.

—Creo que no es ocasión para molestarnos —consideró él viendo que Margot había cambiado la actitud.

Ella suspiró.

—No, no lo es. Es tiempo de que se marche a la ciudad y olvide que yo estoy aquí y lo que acaba de suceder entre nosotros, señoría.

Él gimió. Otra vez de vuelta con el título.

Margot se incorporó tan rápidamente que el marqués no pudo hacer nada para evitar que saliese de su regazo.

—Margoooot… Ambos sabemos que lo que planteas no puede suceder.

—¿Ah, no? —se atrevió a preguntar con ironía mientras cogía la chaqueta de él que estaba en el suelo.

—No. Tu deber es casarte con el hombre que te ha corrompido.

Ella lanzó un suspiró incrédulo. Si eso fuera cierto, ella llevaría cuatro años casada.

—No sería la primera dama a la que mancillan y que no es desposada —señaló sin humor Margot—. Ahora saque la llave que tenga de repuesto, señoría, porque me da en la nariz que no es la primera vez que usa una treta como esa para acorralar a su presa.

Él la miró en una muestra de fingida ofensa.

—No eres justa, Margot.

Ella levantó una ceja de modo sardónico.

—¿No tiene una llave escondida en alguna parte?

—Desde luego que la tengo. Lo que me ofende es que tú hayas deducido algo así con suma facilidad —se quejó mientras se incorporaba y se dirigía hacia el cajón de la mesilla de noche—. ¿Cómo lo has sabido?

—Una dama no debe revelar sus secretos. Pero sí le diré, señoría, que soy una mujer que sabe que la confianza no se debe otorgar a la ligera, porque desconfío incluso de los hombres honorables, esos que dicen que harán lo correcto y luego no lo hacen. No sé bien cómo, pero he conseguido dejar a un lado mi sensatez y ha sido precisamente con un hombre que es todo lo contrario a un caballero. Así que después de advertirme que ha estado usted con muchas mujeres…

—¿Estás celosa? —preguntó con el ceño fruncido y una ligera sonrisa torcida.

—No. No lo estoy. Solo me alegro de que usted haya conseguido romper la magia a tiempo, para que yo me dé cuenta de que, si en

el pasado erré, a punto he estado de cometer una verdadera atrocidad aún mayor —dijo mientras cabeceaba afirmativamente.

—¿Qué quieres decir? —inquirió él con verdadero interés. Sabía que ella estaba hablando en clave, pero no discernía lo subyacente.

—Nada que sea importante. Abra la puerta, regrese a la ciudad y olvide que estoy aquí. Le rogaría, además, que no compartiera la información sobre mi paradero con nadie.

—¿Ni con tu familia? —Era extraña la petición de ella. Más extraña que la alusión de que ella había sufrido en el pasado. Londonderry no era un hombre bobo y lo dicho con anterioridad sonó a amargura.

—En especial con ellos.

—No puedes estar hablando en serio.

—Completamente.

—¿Por qué?

—Abra la puerta —le ordenó cuando él estuvo con la llave a su lado.

—Contesta.

—Abra la puerta o gritaré tan fuerte que no tendrá otro remedio que casarse conmigo. —La amenaza que ella imprimió en la frase lo dejó perplejo.

Él ya había manifestado en reiteradas ocasiones que deseaba tomarla como esposa… Entonces, ¿por qué Margot lo había hecho sonar como si eso fuese una maldición para él?

—¿Qué te hace pensar que no es eso justo lo que deseo? No es la primera vez que te digo que debemos casarnos. Estoy tentado a echar por la ventana esta llave también y que comiences a pedir auxilio porque un malvado marqués te desea… Lo cual no es mentira. Verte en el estado que presentas… —Ella estaba con su chaqueta, despeinada y con ese camisón hecho trizas que… Su hombría estaba ya lista para un nuevo asalto.

—Yo no puedo ser su esposa —dijo ella mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Te atreves a gemir por mí? ¿A susurrar plegarias para que te libere de tu necesidad y luego te niegas a casarte conmigo? Me temo que al final sí voy a colorear tus blancas posaderas, Margot, porque eres una mentirosa. Estamos bien juntos.

—No basta con que dos personas estén bien juntas para recitar sus votos. No es suficiente.

—Sí lo es. Es más de lo que otros tienen.

—No lo dudo, pero olvida que yo no consentiré jamás en ser su marquesa. Regrese a la ciudad y busque a otra mujer que sirva mejor a sus intereses. No le costará tanto como cree. Si ha conseguido que yo, una mujer que creía odiarle se derrita sobre su cuerpo… —No tenía caso mentir.

—No puedes decir esas cosas, Margot. Menos cuando no he podido abrirme camino en el interior de tu estrechez y me he tenido que conformar con liberar mi necesidad sin poder estar dentro de ti.

Ella suspiró.

—Alégrese de que así haya resultado ser el desenlace. Por favor, abra la puerta para que los dos podamos olvidar lo sucedido.

—No. No pienso hacer eso. No estoy dispuesto a que salgas huyendo de nuevo.

—No estoy huyendo.

—Lo estás haciendo —dijo él con los dientes apretados.

—No lo hago porque me tiene aquí prisionera.

Hubo un minuto de pesado silencio en el que uno y otro se evaluaron… Mejor dicho, trataron de evaluarse.

—¿Qué planes tienes? —preguntó a bocajarro Londonderry.

—No son de su incumbencia —respondió ella dándose cuenta de que él le preguntaba por su futuro.

—Responde y abriré la puerta para que puedas salir corriendo —la retó.

Ella volvió a suspirar con resignación por la tiranía que él mostraba sin casi ser consciente de lo que hacía.

—Me quedaré con Ruth Anne hasta que tome una decisión sobre mi futuro —apuntó con sinceridad.

—¿Qué tipo de decisión?

—¿Por qué no abre la puerta de una vez?

—Responde y me lo pensaré.

—Es usted tirano y malvado.

—Sí, sí, eso ya lo has dicho. Responde —le recomendó de nuevo.

Ella lo miró con los ojos achinados. ¡Era insufrible!

—Creo que me gustaría ser la institutriz de una niña, o tal vez…

—¿Prefieres eso a ser mi marquesa? —rugió con enojo—. ¿Qué diablos tienes en la cabeza, Margot? —saltó completamente indignado.

—Poca cosa, según lo visto—. La joven lo miró de arriba abajo para ver si él entendía lo que ella trataba de decir. A Bastian no le molestó que ella insinuase que lo sucedido entre ambos había sido un error. Era testaruda… él más.

Sin agregar otra cosa, Bastian descorrió el cerrojo, antes de abrir la miró con intensidad.

—Deberías saber que si tengo una llave de emergencia, es porque en esta casa soy un huésped muy asiduo. Creo que voy a quedarme unos días en casa de mi padrino para descansar del ajetreado Londres… Por tu bien, espero que no te atrevas a escapar en plena noche de mí, porque lo que te haré cuando te encuentre, no será nada comparado con la zurra que planea sobre mi cabeza en estos momentos. Ninguna mujer en sus cabales despreciaría a un marqués. Tú lo has hecho dos veces ya. No lo hagas una tercera, porque saldré tan rápido que no me verás desaparecer y te aseguro que lograré, aunque no sé todavía cómo, que llores lágrimas de sangre cuando finalmente te quedes sin mí.

Ella se rio en su cara sin compasión. Nunca volvería a darle semejante poder a un hombre. ¡Jamás!

—Haga lo que quiera, señoría.

—Siempre lo hago —le advirtió mientras dejaba la puerta de par en par esperando que ella saliera de su alcoba—. No olvides mis palabras, Margot, porque acabarás llorando.

Ella no dijo nada más. Aunque sí sintió una especie de fría corriente que le recorrió la espalda. Se marchó de allí altiva, con la cabeza bien alta y una pose digna de una reina. Él se sonrió al verla tan orgullosa. Lo acusaba a él de serlo, pero sospechaba que Margot lo era mucho más. Pequeña arrogante que lo volvía loco…

***

Y otro día transcurrió con cierta tirantez entre todos los que residían en la finca campestre. Ruth Anne había querido hablar con ella aquella tarde, pero después del suceso tan perturbador ocurrido con Bastian —sí, Bastian, porque él no podría ser llamado de otro modo en su cabeza—, Margot se encerró en su alcoba y adujo a un fuerte dolor de cabeza para no tener que enfrentarse a nadie, al menos por el momento.

Cenó en su habitación y su amiga le llevó un vestido que su doncella había arreglado para que no le estuviese largo, y le dejó un par más de camisones, todos igual de indecentes que el que Bastian había hecho jirones.

Esa noche, fue la primera de muchas que al fin Margot pudo conciliar el sueño sin que Bernice o David irrumpieran para atormentarla. Pero esto no fue bueno, porque el protagonista de la acción durante su vigilia fue el malvado marqués que una vez más la colmó de besos y toques indecorosos que hicieron que Margot tuviese que llevar una mano a su zona sensible para tratar de calmar la sensación de necesidad que se apoderó en ella a causa de Bastian.

Era definitivo: él la había contagiado con su lujuria. Y ella, lejos de sentirse aturdida o avergonzada, estaba entusiasmada por haber descubierto un poco de alegría en medio de la tormenta que había resultado ser su vida.

Lord Londonderry, ese arrogante, engreído al que Margot le daría un fuerte puntapié en su señorial posadera, la había despertado de un modo que jamás creyó posible. Se sentía una mujer recién descubierta. Más mundana, más segura de sí misma, con la fuerza necesaria para darse un poco de satisfacción y no temer por el hecho de ir al infierno. ¿Por qué ocurría esto último? Porque Margot llevaba más de cuatro años viviendo un Hades del que comenzaba a ver la salida.

Podía hacerlo y lo haría. Se quedaría con Ruth Anne hasta que encontrara un puesto como institutriz. Sería valiente y plantaría cara a su destino, fuera del recuerdo de los anhelos que una vez David le despertó. Alejada de la incesante verborrea de Bernice. Apartada por completo de unos padres que la repudiaron sin pestañear. También era imperativo dejar a un lado lo que Bastian le hacía sentir cuando lo veía. La culpa era de esos labios que la habían besado con tanta intensidad. Sin olvidar esas grandes manos que la acariciaron con una ternura desconocida. Luego, estaba lo de los fuegos artificiales que él encendió en su interior… Una liberación que esa noche había vuelto a ser posible evocando el recuerdo de su lengua dentro de su boca, de sus pechos siendo lamidos…

Por su bien, esperaba que Londonderry pronto se cansase y se marchase de la casa, o ella se volvería a arrojar a sus pies y le suplicaría que la volviese a besar del mismo modo.

Margot se dio la vuelta en la cama y metió la cabeza bajo la almohada. Ahogó un grito sobre el colchón de plumas y se disgustó consigo misma. El sol ya había salido, pero no deseaba abandonar el lecho.

Una vez más regresaron a su mente los ojos de él. Cuando los dos alcanzaron el pico del placer conectaron sus miradas. Sintió sus mejillas arder al recordar algo tan íntimo.

Cuando David la poseyó, solo hubo dolor, incomodidad, nada de placer; pero Londonderry había sabido donde tocar, donde besar, donde acariciar…

Margot rodó sobre su cuerpo. Su rostro no era lo único que tenía encendido. Su centro de mujer se había vuelto a humedecer como la noche anterior. Se mordió el labio inferior. ¿Qué mal habría en volver a llevar su mano derecha hacia ese lugar, usar un par de dedos y frotar ese recién descubierto pedazo de carne? ¿Quién se enteraría de que por segunda vez en la soledad de su cama, ella había vuelto a saciar su cuerpo? ¡Maldito Londonderry que la había convertido en una pícara desenfrenada!

La rubia cerró los ojos. Llevó la colcha hasta su cuello y colocó las rodillas flexionadas para darse mejor acceso sobre su propio cuerpo. Colocó la segunda almohada sobre su rostro para amortiguar los posibles gemidos que sabía que nacerían, y sin pensarlo demasiado colocó dos de sus dedos sobre su perla. Se encontró a sí misma húmeda, tremendamente mojada. La imagen de Londonderry succionando sus pezones llegó a su mente para causar el primer gemido ansioso.

Luego recordó lo larga y dura que se sentía su hombría sobre su sexo desnudo. Imprimió más ritmo a la fricción de sus dedos, la humedad facilitaba que estos resbalasen sin incomodidad ninguna. Los gemidos fueron subiendo de tono.

Su columna comenzó a retorcerse. La colcha dejó de cubrir su cuerpo. No importaba. Solo estaba la necesidad de volver a alcanzar el pico del placer que él le había descubierto. Con el camisón completamente subido sobre su vientre, masajeó con más fuerza entre sus húmedos y resbaladizos pliegues.

—¡Dios santo! —Esa frase susurrada por lo bajo fue dicha justo a su lado sin que ella fuese consciente.

En honor a la verdad, ella había oído la voz de Londonderry porque en su fantasía íntima, Margot lo estaba imaginando bajo su cuerpo, acariciándola con devoción. Incluso esos dedos que la tocaban, no eran los femeninos, sino los de él. Y sí, la lengua que tan perversamente se había colado en su boca ayer, estaba hurgando en ese pequeño botón. En su mente, estaba en la cama y él le había apartado las manos de su centro, para colocar su lengua

y lamerla. Iría al infierno por ese pensamiento, pero era lo que tenía en la cabeza, justo igual que estaba sucediendo… ¡Un momento!

Margot se quitó la almohada de la cara y se incorporó de golpe, lanzando un gemido de puro placer cuando algo se metió en la estrechez de su feminidad. Y lo vio. Londonderry estaba sobre el lecho, con la cabeza entre sus rizos dorados metiendo un dedo en su interior.

—¡Dioooooos! —atinó a decir mientras se volvía a recostar.

Sabía que a él no le correspondía estar en su habitación. Entendía que no debería estar lamiéndola en un lugar tan íntimo. Comprendía que él la estaba penetrando con suavidad con el pulgar. Y no pudo quejarse. No consiguió ni indignarse, ni hilar una sola palabra para reprenderlo.

Recostada sobre el lecho, y todavía con las rodillas mirando al techo, comenzó a hacer más presión con sus caderas para que Bastian pudiera degustarla con ahínco.

—Pequeña codiciosa. —Oyó que él dijo mientras lo sentía sonreír sobre su sexo.

No estando segura de si ciertamente lo que estaba oyendo, sintiendo y viendo, en verdad sucedía o solo era producto de su mente enfermiza, Margot decidió disfrutar del momento y concentrarse en la maravillosa lengua que, inventada o real, le estaba dando un placer sublime.

Lo que menos imaginó Londonderry cuando entró sin avisar en la alcoba de ella, portando una camisa y unos pantalones que la duquesa le había prestado para que él pudiera invitar a Margot a salir a montar, fue encontrarse con un cuadro tan sensual y erótico. ¡Ella se estaba dando placer! Se sonrió al verla con un cojín sobre el rostro. Daría cinco años de su vida por saber qué colmaba sus pensamientos. ¿Estaría reviviendo el recuerdo del día anterior mientras tocaba su sexo húmedo? ¿Sería él el objeto de sus fantasías?, se preguntó el marqués intuyendo la respuesta.

Y cuando esa colcha que la mantenía oculta dejó todo al aire… ¡Santo Dios bendito! Él había tenido la necesidad de aliviarse de

buena mañana al despertar con la imagen de ella cabalgándolo para alcanzar su placer… Hacía una eternidad que no había usado su mano para complacerse porque siempre tenía a su alcance a una mujer dispuesta a sosegarlo. La pequeña arpía rubia estaba haciendo de él un desastre. Y cuando observó con detenimiento el recorrido y la velocidad que ella estaba dando a esa parte hinchada de su feminidad, estuvo perdido. Necesitaba probarla. Ansiaba comprobar si sería tan condenadamente dulce ahí abajo como lo era su lengua femenina.

Sabiendo que no debería atreverse… lo hizo. Se puso con sutileza entre sus piernas y apartó su mano para poder colocar toda su lengua y recoger la humedad que Margot había fabricado.

Pura crema. Un néctar tan delicioso que a cada lamida sabía que lo iba a precisar durante el resto de su vida. Nunca, hasta la fecha, había tenido la necesidad de satisfacer a una mujer. Siempre eran ellas las que ofrecían su boca para su disfrute masculino. Bastian ansiaba que ella alcanzase su placer sobre su lengua, con su dedo hundido en ese prieto agujero que él se moría por enfilar con su daga… ¡Dios! Oírla gemir y percibir el modo en el que movía sus caderas, lo estaba volviendo loco. Tuvo que llevar su mano derecha y liberar la presilla de su pantalón para que su erección saltase con libertad. Estaba tan apretado en sus pantalones de montar que, si no lo llegaba a liberar de su confinamiento, hubiera acabado amputándose el miembro…

Lamió con más fuerza porque sabía que ella estaba cerca de alcanzar la gloria con su lengua. Movió en círculos el dedo que estaba enterrado en su interior y apretó su centro de placer contra sus labios para que no escapase de su roce. Y llegó. Un largo gemido evidenció que él había hecho muy bien su trabajo. La humedad de ella se extendió sobre su lengua y Bastian se apresuró a tragar el fruto de su esfuerzo. Deliciosa. Dulce. Rica. Inigualable.

Cuando la sintió laxa y tranquila, trepó sobre su cuerpo. Se posicionó sobre su vientre sin aplastarla. Sujetó con firmeza su erección y levantó el camisón de color crema para dejar sus pechos

a plena vista. Bastian la tenía bajo su cuerpo, mostrando una sonrisa encantadora, con las mejillas sonrosadas y el cabello esparcido sobre el lecho. Una imagen de una diosa divina, ardiente… Le gustaría tanto meterse en su interior, que estaba luchando una batalla encarnizada consigo mismo. No debía hacerlo. No todavía. No hasta convertirla en su esposa. Margot no lo merecía. Pero necesitaba hacerla suya de alguna forma y eso pasaba por marcarla.

Agitó su hombría con fuerza y a la quinta sacudida, su líquido salió despedido para caer directamente sobre el vientre y el pecho de ella. Londonderry sonrió con satisfacción. Marcada a fuego por él. No la tomaría todavía, pero ella acababa de sellar su destino al haber consentido que él obrase como lo acababa de hacer. Era un hombre justo, pero muy posesivo con lo que consideraba suyo. Y Margot lo era. Lo supo desde la primera vez que la joven se atrevió a regañarlo sin tan siquiera conocerlo.

Margot abrió los ojos cuando percibió que algo cálido regaba su cuerpo. Lo vio. Él estaba sujetando su falo y la miraba con intensidad. No había sido un sueño. Era real. La había lamido. La había penetrado con un dedo. Se había derramado sobre ella. ¿Qué significaba esa mirada de él? No le gustaba el modo en el que la observaba. La hacía sentir insegura. Como si ella hubiese acabado de perder algo.

—Eres mía, Margot. —Bastian llevó el pulgar que había estado en el interior de ella y recogió un poco de su semilla de entre sus senos. Entonces desplazó ese mismo dedo hasta los labios femeninos. La obligó a entreabrir la boca y la hizo lamerle—. Te tomaré en nuestra noche de bodas porque todavía me queda un resquicio de honor, pero no cuentes con idear alguna treta porque te casarás conmigo lo antes posible. —La vio abrir la boca—. No —La silenció con el mismo pulgar—. No te atrevas a contradecirme ni a molestarme. No ahora, muchacha, porque me está costando horrores no penetrarte en estos momentos para que no tengas escapatoria posible. —La observó poner cara de horror—. No temas,

no lo haré porque no soy tan canalla como para arrancarte tu virtud sin que Dios dé el visto bueno a nuestra unión.

Bastian se quitó en ese momento de encima de ella. Margot se incorporó. Lo vio arreglar su masculinidad y abrocharse los pantalones.

—Bastian… no puedo… —comenzó a decir ella. Se quedó petrificada con la mirada severa que él le lanzó. Debía confesar su pecado, lo que arrastraba. No se atrevió. No pudo.

—Mandaré a que te preparen una bañera. Te he dejado ahí —señaló una silla— la ropa que me ha dado la duquesa para que te prepares para salir a montar. Te esperaré en los establos. No me hagas esperar demasiado.

Con esa orden, Bastian se marchó del lugar, dejando a una perturbada Margot que, sintiendo todavía el pegajoso líquido de él sobre su carne, comenzaba a comprender que había cometido una nueva temeridad que no traería nada bueno… a ninguno de los dos.

Capítulo 5

Una confesión arriesgada

Margot se colocó el pantalón negro y la camisa blanca que Ruth Anne había aprobado para que saliese a montar. Incluso el cinturón que llevaba para anudar la camisa le parecía obsceno. ¡Nada estaba saliendo bien! Llegó a la finca campestre de los Atholl creyendo que estaría a salvo. El hombre menos probable había dado con ella y lejos de lamentarse, comenzaba a dar gracias por tenerlo a su lado. ¿Qué estaba sucediendo con ella?

No podía. No debía. No. Era un marqués que merecía a una mujer digna, no a una que ya había sido despojada de su virtud. Tenía que alejarlo. Y debía hacerlo lo antes posible o acabaría postrada a sus pies. ¡Si él no le agradaba! Entonces… ¿por qué motivo sentía sus rodillas reblandecerse cuando Bastian estaba cerca?

Unas pocas caricias, unos besos y un toque sublime habían conseguido que Margot no pudiera sacarlo de su mente. El muy pícaro había conseguido su plan: seducirla para someterla a su voluntad. Y que Dios la perdonase, ella lo había disfrutado como la novia de Satán.

Llegó hasta la escalera y vio a Ruth Anne salir del despacho de su esposo.

—Margot, cariño… Me alegro de que te sirva ese atuendo para montar. Me trae buenos recuerdos vértelo puesto. —La duquesa le guiñó un ojo. Era tan inapropiado que, Ruth Anne, estaba segura de que lograría postrar al marqués. ¡Ella consiguió a un duque endiablado!

—¿No tienes ropa normal, Ruth Anne? —se quejó recordando en especial los camisones.

—No seas boba, Londonderry necesita saber lo que hay para comprarlo… —dijo con picardía. Margot rodó los ojos.

—No estoy interesada en nada que tenga que ver con su señoría.

—Ya… —Ruth Anne le volvió a guiñar un ojo mientras le sonreía.

—Estoy hablando en serio, Ruth Anne.

—Puede ser, pero mi esposo conoce muy bien a Londonderry, incluso yo me he hecho una idea de su carácter a lo largo de todos estos años en los que ha sido el mejor amigo de mi hermano Alexander, y sé que él te desea…

—Ruth Anne —jadeó con horror por la implicación subyacente.

—… como esposa —alegó de forma intencionada la duquesa.

—No puedo casarme con él —confesó derrotada Margot.

La duquesa de Atholl frunció el ceño. No esperaba una contestación así.

—Cuando nos conocimos, tú, April y yo, decidimos tenderle una trampa a un hombre para que nos desposase al fin. ¿Por qué no desearías casarte con el caballero que le ha jurado, por su honor a mi esposo, que se casaría contigo cuando su abuelo te conociera? —Lo cierto era que la conversación ocurrida en el establecimiento de la modista hacía unos meses fue inesperada y todo un acierto que había servido para las tres. La duquesa no comprendía la reticencia que mostraba la joven, más cuando los gritos de esa mañana se habían oído altos y claros. Ruth Anne estuvo a punto de ir a censurar la actuación de ambos, pero entonces recordó lo que ella misma hizo en su soltería y tuvo que confiar en la palabra de su esposo de que Londonderry desposaría a su amiga a la mayor brevedad posible.

—No soy… —comenzó a explicar la rubia.

—Ya pensé que tendría que volver a asaltar tu habitación para obligarte a bajar. —Oyeron Ruth Anne y Margot a Londonderry desde la puerta.

La rubia comenzó a negar con la cabeza. ¡Él no podía decir esas cosas!

—Es un tirano —susurró solo para los oídos de la duquesa.

—Todos lo son, querida. Solo domestícalo —le recomendó en confidencia.

—¿Qué cuchicheáis? Llevo más de hora y media aguardando en los establos —apuntó el marqués mientras se acercaba.

—Dile que no sabes montar, confía en mí —le aconsejó Ruth Anne antes de que Bastian llegase hasta su posición. Pero Margot no pudo preguntar la motivación de dicho consejo.

—¿Vienes o vas a tenerme otro largo rato esperándote… impaciente? —le susurró la última palabra al oído.

Margot miró a Ruth Anne, la duquesa carraspeó y se marchó sin alegar nada más. La duquesa de Atholl también tuvo un cortejo indebido con el duque y aquello salió más que bien. No tenía nada de qué preocuparse. El marqués era un poco calavera, pero confiaba en su palabra. Margot estaría muy bien con él.

La rubia lo miró con reprobación.

—¿Qué he hecho ahora? Siempre estás disgustada conmigo… Bien, no siempre. —Se acercó a su oreja y le sopló—: Cuando te beso la boca, los senos o tu intimidad te ves muy feliz y complaciente.

—No puede decir esas cosas, señoría —lo regañó como si fuese un niño pequeño.

Él se sonrió, si no fuese porque ella había usado su título se habría mostrado contento con su indignación porque lo había hecho con el único fin de molestarla. La sujetó de la mano y la llevó a un rincón. El marqués miró a derecha y a izquierda, cuando se aseguró de que estaban solos, le dijo:

—Si vuelves a usar mi título cuando estemos tú y yo, te juro, Margot que no azotaré tus blancas posaderas, lo que haré será tumbarte sobre el lecho y volver a lamerte entera hasta que grites con furia mi nombre. Dirás Bastian tantas veces que nunca lo olvidarás.

Margot jadeó. ¡Él no debía decir esas cosas! No cuando ella se sentía una libertina y la imagen de él entre sus piernas se volvía a colar en su perversa mente.

—No está bien lo que haces —le dijo sosteniendo su mirada con mortificación.

—Bastian. Usa mi nombre —le ordenó con diversión al ver sus mejillas teñidas de rojo carmesí.

—Bastian —concedió ella—, no es apropiado que digas que asaltarás mi lecho porque Ruth Anne te ha oído.

—No he dicho lecho. Tus deseos, pequeña, te delatan.

—Dijiste lecho.

—No. Dije habitación —la sacó de su error. Ella se quedó un momento analizando las palabras de él.

—¿No dijiste lecho? —Ella oyó esa palabra.

—No, pero podemos subir… y… —dejó la propuesta en el aire con la simple intención de molestarla con la insinuación. Aunque tal vez Margot autorizase su sórdida propuesta… Oh, sí, él daría su mano derecha porque eso sucediese.

—¡No! —chilló de modo brusco Margot.

Él se sonrió. Esa era la reacción que intuía que sucedería.

—Debo señalar que tengo la lengua un poco dolorida… Me hiciste trabajar mucho hace un rato, pero estoy dispuesto a volver a moverla y que tú explotes sobre mi…

—¡Por amor de Dios! Eres incorregible —señaló mientras se escapaba de su captura, tratando de sosegar los latidos de su corazón e intentando tranquilizar la excitación que él le acababa de provocar. Margot comenzó a andar a paso ligero mientras trataba de respirar con normalidad.

—¿Vas a montar Margot? ¿Sobre mí? —preguntó cuando llegó al lado de ella para ir hacia los establos.

—Dios mío… No vas a parar, ¿verdad? —Era una pregunta retórica. Imaginaba que él era como un perro con un hueso. No cesaría de irritarla.

—Me temo que no. Es demasiado divertido ver cómo te sonrojas cuando recuerdas lo que hemos hecho juntos. No eres inmune a mis encantos y eso me hace sentir un orgullo desmedido. Porque cada vez que recuerdo las ganas con las que me negaste cuando yo me acercaba a ti, me vienen a la mente tus gritos y las sacudidas de tus caderas buscando más fricción sobre mi entrepierna y mi… lengua.

Ella jadeó de nuevo llena de enojo.

—Lo sabía. Siempre supe que eras un marqués tan malvado que el mismo Lucifer sería una sombra de tu extensión —se quejó ella mortificada.

—No seas tan dura, Margot. Los dos disfrutamos cuando nos tocamos. No te avergüences de estar excitada con mis palabras. Si estuviésemos solos ya te habría desnudado, y te habría montado como un semental en celo. No lo creí posible, porque siempre fuiste una pequeña bruja que se había propuesto mellar mi masculinidad, pero es así. Te deseo, Margot, y no puedo pensar en otra cosa más que en poseerte. ¿Te parecería muy mal que nos fugásemos a Gretna Green y un herrero nos casase de inmediato? O mejor aún, podría usar la influencia de Atholl para que un hombre de Dios nos declarase esposos con una cara licencia especial que estaré encantado de pagar. Imagino que tu padre debe dar su consentimiento, pero yo puedo usar mis fondos para aplacar la conciencia del hombre que nos case. Soy un marqués muy rico y el dinero está para casos de necesidad. —Hablaba completamente en serio.

Margot suspiró. Él había sido mortalmente sincero en sus confesiones. Pese a que no había hablado de amor, ella estaba agradecida por ese motivo.

—Bastian, debo confesarte algo que… —Comenzó a explicar la rubia. Pero no pudo continuar la frase, porque en ese momento se acercó un mozo de cuadra con el caballo que Londonderry había elegido. Al otro lado portaba las riendas de una mansa yegua.

—*Milady* —dijo el muchacho—, la duquesa me ha informado de que no sabe montar y opina que lo mejor sería que su señoría —apuntó mirando al marqués— la enseñase. Esta yegua es muy tranquila.

—¿No sabes montar? —preguntó sin poder creerlo Bastian. La hija de un conde debería saber.

Margot miró al mozo. No debía dejar en evidencia a Ruth Anne por la mentira que la duquesa había contado.

—No.

—Guarda esa montura —le ordenó al mozo para referirse a la yegua—. Yo la enseñaré. —Y en ese momento justo, Margot comprendió las intenciones de la duquesa. ¡Con esa mentira pretendía que montase con él sobre el mismo animal!

Cuando Londonderry se posó sobre el fantástico árabe negro, Margot se dio cuenta de que ese hombre que la tenía al borde del abismo, era un ejemplar digno de admirar. Sus amplios hombros, su apostura señorial, su seguridad… Todo en él resplandecía. Bastian era un libertino seductor, porque podía serlo. Era natural que todas las damas lo deseasen. Ella misma lo consideró un ser despreciable, incluso lo tachó como su enemigo acérrimo y había suplicado por su toque, por sus besos y caricias. Margot opinaba que ninguna mujer podría resistirse a sus avances.

El mozo colocó un cajón de madera y ella estuvo sentada delante de Bastian en un abrir y cerrar de ojos.

—No tengas miedo. Nunca permitiría que te sucediese nada malo. Conmigo estarás siempre segura. Yo te protegeré —susurró en su oído antes de poner al animal al trote.

Se sentía rastrera, se sentía mezquina. Mentira sobre mentira. Tenía que explicarle el verdadero motivo por el que no podía ser su esposa. Una muchacha sin virtud… Ella no merecía ser una

marquesa, no cuando David podía intervenir y hundirlos a ambos cometiendo una temeridad. Podría haber revelado su pecado con el señor Rosenwood, y haber esperado su absolución cuando le dijo que necesitaba casarse. Pero no con el marqués. No deseaba que Londonderry censurase su comportamiento. No quería ver la decepción en sus ojos cuando le confesase que se entregó a otro hombre en su juventud, uno que le había fallado.

Por más que Margot tratase de compensar su pasado jurando ser la mejor esposa de todas las habidas y por haber, no quería que él conociese su secreto. Había tratado de confesarlo dos veces y no había podido. Tal vez fuese lo mejor. Lo más sensato sería apartarlo… Dolería, porque él se había metido bajo su piel. No solo desde que llegó a la finca de los duques. La joven sospechaba que la cosa venía de lejos, porque desde que en el Club Legancy, él la asedió, ella ya había comenzado a desarrollar fuertes sentimientos por ese marqués tan malvado y arrogante.

Incluso, se había llegado a enamorar de él cuando comenzó a cortejarla… Soñaba con casarse con él, con ser una buena mujer para un hombre que podía tener a su lado a la dama que desease y que se había fijado en ella. Hasta que lo oyó decir que lo único que deseaba era desposarse para que su abuelo lo dejase en paz. Se enfureció cuando lo escuchó exponer que la seduciría. Bien lo había logrado y Londonderry se veía sincero sobre desearla, sobre querer llevarla al altar. Y, santo cielo, ella también lo deseaba con todo su ser.

Salieron a campo abierto a toda velocidad. Si hubiese tenido miedo de los caballos y no fuese una excelente amazona, —porque durante el tiempo en el que residió con su tía apartada de todo contacto, ella disfrutó de los caballos—, hubiese tenido pavor por el ritmo tan rápido de él.

Cuando llegaron a un lugar apartado, rodeados por árboles, el marqués detuvo la montura y de un salto estuvo en el suelo. La cogió por la cintura y la bajó sin ceremonias. La apresó entre sus brazos y le dio un profundo beso.

—Llevo queriendo hacer esto desde que te he visto en pantalones. Me ha faltado poco para retar a ese joven mozo que se ha atrevido a poner su mirada sobre tus senos. —Él los palpó. Ella no lo impidió—. Son míos y de nadie más.

Londonderry la miró a los ojos mientras ponía sus manos en el primer botón de la camisa. Estaba pidiendo su permiso. Margot tomó sus manos entre las suyas.

—Esto no está bien. —No le quedaban fuerzas para alejarlo.

—¿Me deseas? —inquirió en un tono agónico Bastian.

—Sí —confesó sin poder evitarlo. Había querido mentir, pero su fuero interno no lo permitió.

—Entonces esto es lo que debemos hacer. Te necesito, Margot. ¿Tú me necesitas? —Bastian llevó sus manos hasta el sexo de ella. Colocó su palma extendida ahí—. ¿Me quieres aquí? Porque te juro que yo te deseo sobre mí. —El marqués le agarró una mano y la colocó sobre su dureza—. No dejo de pensar en cómo sería enterrarme en tu humedad. Te he probado esta mañana, hace pocas horas, y no puedo olvidar tus gemidos, tu sexo húmedo sobre mi lengua. Deseo más de ti. Te quiero rendida y completa a mi disposición.

—Por favor… —dijo ella sin saber lo que estaba pidiendo exactamente. Deseaba que él no siguiera tentándola. Pero al mismo tiempo temía que se alejase y la dejase sola en medio de la bruma de la lujuria.

—Lo sé, mi pequeña arpía rubia. Lo sé. Solo dime que puedo hacerlo y lo haré. Te juro por Dios que he tratado de mantenerme honorable. —Se dio cuenta de lo que acababa de decir y suspiró—. Honorable al menos en cuanto a tomarte. Debería arrepentirme por corromperte, por no poder esperar más, pero te prometo que moriré de necesidad si no consigo hacerte mía. Tengo tantas ganas de ti que duele, Margot.

Los dos se quedaron mirándose el uno al otro. Ella llevó su mano hasta la mejilla de él, la acarició y le sonrió.

—Lo sé. Yo también te ansío, pero no podemos hacerlo. No podemos… No debemos —repitió tratando de salir de la cruda necesidad que sentía por Bastian.

—Sí, sí… Te deseo, me deseas, todo estará bien. Dios sabrá perdonarnos por aventurarnos en la toma de nuestro cuerpo sin haber recitado nuestros votos.

La boca de él cayó sobre la de ella en un beso tan profundo que el corazón de Margot saltó de júbilo por sentirse tan reclamada, necesitada, por percibir la urgencia de él.

Bastian se despojó de su chaqueta y la colocó en el suelo.

—Bastian… No debemos… —No podía seguir haciendo eso con este hombre, pero al mismo tiempo se sentía incapaz de pararlo. Margot lo anhelaba con la misma premura. Estaba tan cansada de luchar contra él, contra su propio apetito… ¡No podía más!

—Ven. —Le dio un pequeño tirón y la dejó sentada sobre la hierba—. Debería ser un lecho, es lo correcto, lo apropiado, pero contigo siempre tengo la urgencia de saltarme las normas. Deseo hacerte mía a plena luz del día, bajo los ojos de Dios para que el Todopoderoso sea consciente de que no serás de otro jamás. ¿Confías en mí, Margot? —La mirada de su amante estaba tan llena de esperanza que no se atrevió a negar la verdad.

—Sí. —No mentía.

La tumbó sobre el suelo, no sin antes dejarla completamente desnuda. Londonderry hizo lo propio. Conocía el territorio y sabía que en ese lugar no los molestarían.

—Tan preciosa —aludió, al tiempo que trazaba todo el contorno de su cuerpo con sus dedos. Se colocó con cuidado de lado, muy cerca de ella, y llevó su mano hasta sus pechos. Los pellizcó con delicadeza. Ella ronroneó—. Eres tan receptiva, Margot. Me vuelves loco. —Los dedos llegaron hasta la humedad que encerraba entre sus piernas y gimió más fuerte lleno de placer al saberla mojada para él, por él. La masajeó con delicadeza.

—Bastian —susurró su nombre sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Sí. Ese soy yo. Me gusta verte así, expuesta ante mí, para mí. Voy a darte placer y luego te llenaré. Solo dime si esta mañana, mientras te acariciabas, estabas pensando en mí. En esto que te estoy haciendo. En mis besos, en mis manos recorriendo tus senos. Y haré que alcances el éxtasis de inmediato con mi lengua.

Un gemido sordo escapó de la garganta femenina al comprender que él volvería a darle ese tipo de placer húmedo.

—Sí. He pensado en ti cuando he llevado mi mano a mi intimidad para acariciarme. He imaginado que eran tus poderosos dedos los que recorrían mis rincones más privados. Eres tú, Bastian, quien llena mis fantasías más prohibidas.

—Tan sincera siempre… mi Margot… —Y la boca de él llegó hasta su centro para que ella olvidase la confesión que debería hacerle sobre su falta de sinceridad. Esa bendita lengua estaba haciendo que ella se retorciese de ganas de volver a alcanzar el pico más alto de placer. Oh, sí. Londonderry era un experto amante y la rubia estaba subyugada y a su merced. Bastian sería el segundo hombre en tocarla, pero la había arruinado para el resto, un hecho que David no consiguió jamás.

No le costó demasiado hacer que ella explotase. Ni siquiera hundió un dedo en su cavidad. Su lengua sola bastó para que Margot consiguiera la liberación más exquisita, rápida y satisfactoria. ¡Un regalo de Dios! Ese malvado marqués al que ella se empeñaba en enojar se percibía como un regalo del Altísimo en ese preciso instante. Tan certero, tan apasionado y generoso en sus roces… ¡Maravilloso!

—Eres tremendamente excelente en lo que haces, Bastian. —Era imperativo reconocer su mérito.

—Lo sé —apuntó con orgullo.

—Además, eres insufrible. —Menos mal que ella no le espetó todo lo que él le despertaba, porque era demasiado vanidoso como para meter más leña al fuego.

—También lo sé —reconoció con una sonrisa mientras se colocaba sobre ella.

—No quiero sufrir —dijo cuando lo sintió sobre su entrada. No debía permitirle que…

—Confía en mí, por favor. —Esa sencilla petición llena de sinceridad consiguió sosegar la conciencia de Margot—. Será una vez. Te lo prometo.

Margot se preparó para el dolor que imaginaba que le sobrevendría. Se agarró a los hombros de Bastian sabiendo que debería confesar que él no sería el primero, pero a la vez temiendo hablar. Tal vez no se diese cuenta. Cuando David le profanó, ella aguantó el dolor muy bien. Probablemente, pudiese hacer lo mismo cuando él se enterrase en ella.

Poco a poco, Bastian comenzó a penetrarla. Sin dejar de observar sus ojos, y tratando de adivinar si algo le causaba dolor para moverse y aliviarla, fue metiéndose en su interior con tranquilidad. Sus caderas deseaban apretar con furia. Estaba prieta. Estaba caliente. Estaba sensacional para sentir cómo su carne lo estrujaba a cada avance.

Al ver que ella soportaba la intrusión, dio un pequeño empujón que sirvió para llegar hasta el final. Ella gimió de puro deleite. Él gritó su placer.

—Tú no me has hecho daño —dijo en un susurro. Había esperado un dolor lacerante que no llegó. Lo que sí sintió con el marqués fue su cuidado extremo que le había sobrecogido el corazón. Era un descubrimiento que no esperaba. Bastian no era el hombre que creyó. Se veía atento, preocupado por su bienestar, su comodidad y su placer.

Lo sintió parar el sutil balanceo de sus caderas.

—¿Margot?

Ella interpretó la pregunta como que él se interesaba por no lastimarla.

—Estoy bien —aupó su pelvis para que él supiera que estaba disfrutando.

Londonderry cerró los ojos y se concentró en su labor. Comenzó a penetrarla con más fuerza. Ella gemía y gemía, sin saber que él la

estaba probando.

Lo que comenzó siendo una muestra de amor lenta y tierna, se transformó en una danza cruda y dura, donde el marqués la estaba llevando al límite y ella disfrutaba de su bravura porque no había dolor.

No tardó demasiado en lograr que la joven volviese a alcanzar el placer. Bastian la siguió casi al mismo tiempo.

Cuando terminó de verter toda su esencia, se separó sin ceremonias para observar su miembro con claridad. Lo vio sin rastro de sangre. Le abrió las piernas y comprobó que no había tampoco nada rojo sobre el sexo de la joven.

Se levantó ante la atenta mirada de Margot, quien se había dado cuenta de que algo no iba bien. Le dio la ropa, sin reparar de nuevo en ella, y el marqués comenzó a vestirse. Margot no osaba hablar. ¿Qué podía decirle? Así que optó por quedarse callada a la espera de la reacción de él. Cuando ambos estuvieron adecentados Bastian la miró con seriedad.

—¿Y bien? —inquirió con dureza él.

—¿Qué? —lanzó otra pregunta tratando de esconder su temor.

—¿Quién fue?

—No comprendo… —trató de desviar la atención.

—Sí, lo haces. Responde.

Margot llevó la mirada al suelo. Hubo un momento de silencio muy incómodo para ambos.

—No tengo nada que decir.

—¿Fuiste forzada? —Pensó que tal vez fue un indeseable el que… La vio negar con la cabeza y no supo si alegrarse o enojarse más—. Te has estado riendo de mí durante todo este tiempo. Has interpretado muy bien tu papel de joven dama virginal…

Londonderry comenzó a pasear de un lado a otro. Estaba enfadado, no por su falta de virtud… Bueno, eso también, pero porque era un hombre celoso y posesivo, y hervía de furia imaginando que otro la hubiese podido tocar del mismo modo que él; pero lo que en verdad le molestaba era que ella le hubiese

ocultado la verdad, más cuando se había vuelto loco tratando de contenerse para no hacerle el amor la primera noche que la tuvo para él solo en el Legancy.

—Lo siento. —Ella no sabía qué más podía decir para enmendar su falta de sinceridad.

—¿El qué sientes? ¿Haber sido de otro y engañarme para ver si yo no me enteraba? ¿O haberte burlado de mí desde que nos conocimos?

—Todo —señaló sin poder mirarlo a los ojos—. Te deseaba. No me he burlado de ti. Te deseo tanto que estoy dispuesta a… a… —La frase que quería pronunciar se le atragantaba en la garganta. Nunca imaginó que llegaría a caer tan bajo, pues lo que deseaba decir no debería ni pensarlo.

—¿¡A qué!? —gritó él sabiendo que se estaba portando de forma muy brusca.

Se hizo un silencio extremadamente pesado.

—Aceptaré un puesto como tu amante —balbuceó muy bajo cuando se vio con fuerzas de hablar. Comprendía que no podía, no debía, aspirar a otro tipo de acuerdo. No era digna de él, de un noble de tan alto rango. Usada. Estaba usada y no era apta para el matrimonio. Se daba cuenta de ello en ese momento.

—¿Cómo has dicho? —No podía creer que ella hubiese dicho algo semejante.

—Seré tu amante… —No quería renunciar a él. No tan pronto. La única solución que pensó era ofrecerse de ese modo.

—Fantástico, Margot. —Aplaudió con sus grandes manos y ella al fin levantó la mirada—. Me has despreciado desde que nos conocimos. Me has tenido bailando al son de tu meñique y ahora vienes a ofrecerte como mi amante. ¿Qué clase de hombre crees que soy?

Ella abrió la boca para contestar.

—Yo…

Él levantó una mano y la colocó delante de su cara.

—Mejor no contestes, Margot —la interrumpió.

La tomó por el brazo y la llevó junto a la montura. La subió al caballo y él tomó asiento detrás. El camino de regreso a la finca fue largo, silencioso y muy incómodo para ambos.

Nada más acceder al establo ella trató de hablarle.

—Bastian, por favor —susurró frente a él. El marqués no la miraba.

—Ahora no, Margot —dijo mientras salía a toda prisa y negaba con la cabeza.

La rubia comenzó a correr y llegó a su lado.

—Deja que te lo explique —le imploró al borde del llanto.

—He dicho que ahora no.

—¿Cuándo? —quiso averiguar con un filo de esperanza danzando en su cuestión.

—No, ahora. —Bastian aceleró el paso. Margot se detuvo.

—¡Por favor! —gritó ella. Eso hizo que él se girase para verla. Se colocó delante de la rubia. Ella agachó la mirada porque sus ojos ya estaban llenos de lágrimas. Por eso mismo no había podido explicar su pecado. Dolía ver la decepción que ese hombre sentía hacia ella.

—¿Te casarás conmigo? —El marqués le levantó el mentón para obligarla a mirarlo. Ella se quedó asombrada.

—No puedo…. —Él la soltó como si quemase. Apretó los puños con fuerza. Era evidente que fuese quien fuese el hombre al que ella se había entregado, Margot seguía completamente enamorada de él.

—No puedes desposarte conmigo, pero sí te ofreces como una vulgar… —se detuvo a tiempo.

—Quería decírtelo, pero no pude… no pude… —se le cortó la voz debido al llanto que retenía en su garganta.

—No te creo, Margot. No entiendo el juego que te traes entre manos. Te he ofrecido lo que cualquier mujer desearía en la vida. Mi protección, mi título, a mí… No lo quieres. No me quieres. Nada de eso te importa. Te has negado a casarte conmigo al menos tres veces. Tú sabrás si vale la pena aguardar por un imposible. —Y tras decir esto, giró sobre sus talones y regresó a la casa.

—Pero yo solo deseo amor… El tuyo… —dijo en medio de un sollozo cuando él no la escuchó.

Margot se dio la vuelta y salió en la dirección contraria hacia la que Bastian había ido.

Necesitaba estar sola. Calmar los nervios. Dos veces. Dos veces se había entregado en medio del campo y las dos habían tenido el mismo resultado. Tal vez Bernice tenía razón y ella nunca debió haber nacido. ¿Por qué nada le salía bien?

No podía aceptarlo en matrimonio porque quería protegerlo. Londonderry merecía una buena muchacha, limpia de pecado. Con un buen pedigrí y una conducta irreprochable. Además, si se casaba con él y David cumplía su amenaza… No podía confesarle que deseaba protegerlo, de ella, de su familia, de él mismo. Bastian estaría mejor sin ella, trató de convencerse mientras se cobijaba bajo la sombra de un gran árbol y comenzaba a llorar con fuerza lamentando su mala suerte.

***

—¿Ha regresado ya? —quiso averiguar el duque de Atholl al tiempo que miraba por la ventana. Un trueno había resonado a lo lejos, la tormenta no tardaría en llegar.

—Me temo que no. Estoy preocupada por Margot. ¿Qué te dijo Londonderry antes de marcharse?

Ruth Anne tenía el corazón en un puño. Se levantó de su asiento y llegó hasta donde estaba su esposo. Parecía que la pareja estaba mejor que nunca. Incluso la duquesa se veía ya asistiendo a una boda en breve. Que el marqués hubiese hecho su equipaje a toda prisa y se hubiese ido sin despedirse de ella, ni de Margot… Sospechoso. Y lo más alarmante era que nadie había visto a su amiga desde que regresó de dar el paseo con su pretendiente. ¿Qué habría sucedido?

—Dijo que era complicada y que sencillamente se iba a casa del duque de Kent para cumplir con su destino.

—¿Y eso qué significa? —Ruth Anne necesitaba una explicación para la espantada del ahijado de su esposo.

—Pues imagino que tiene la intención de casarse.

—¿Entonces ha ido a decirle a su abuelo que no hace falta que organice la fiesta para el próximo fin de semana?

—No. Precisamente ha dicho que tenía que asistir a esa fiesta para encontrar una esposa o se volvería loco.

—¿Cómo dices? —inquirió la duquesa con indignación.

—Lo que has oído, querida.

—¡No puede casarse con otra muchacha! Debe cumplir su obligación con Margot. Toda la casa es consciente de lo que ambos han hecho.

—¿Eso es así? —preguntó él con calma.

—Desde luego. ¡Margot grita mucho más que yo! —chilló con histeria la duquesa de Atholl.

El duque se sonrió.

—Dudo mucho que eso sea como dices, al menos en estos momentos, mi amor, porque me acabas de dejar sordo.

—Ya sabes a lo que me refiero —refunfuñó Ruth Anne.

—Lo sé.

—Lo sabes, pero le has permitido marcharse.

—¿Qué querías que hiciera, Ruth Anne?

—Retarlo a duelo, por supuesto. No puede mancillar a una joven inocente y marcharse sin anunciar un compromiso —expuso con absoluta normalidad.

—¿Un duelo? ¿Pretendes que mate a sangre fría a mi ahijado? —El duque se quedó perplejo con la solución propuesta por su esposa.

—No ibas a matarlo —dijo irritada por la poca visión de conjunto de Atholl.

—¿Crees que si lo hubiese retado a duelo, él me hubiera matado a mí? —Quiso averiguar mostrándose ofendido por la falta de

confianza de su mujer en sus habilidades. Atholl era un excelente tirador y dudaba que Bastian supiera sostener una pistola.

—No seas ridículo. Solo tenías que amenazarlo para que se casase con ella.

—Tesoro, le he dicho que debe casarse con la dama y, además, a la mayor brevedad.

—Y aún así lo has dejado marchar —relinchó Ruth Anne.

—He tenido que hacerlo, porque Bastian jura por su honor que ha hecho todo lo posible por hacer de tu amiga su marquesa.

—¿Qué? —La duquesa no comprendía nada.

—Bastian no puede obligar a nadie a casarse con él. ¿O es que pretendes que la secuestre y se la lleve contra su voluntad?

—¿Qué? —repitió la misma pregunta. Su esposo se estaba explicando muy mal y ella se impacientaba… y cuando perdía la calma, las cosas se ponían feas para su marido.

—*Lady* Margot ha rechazado la proposición matrimonial de Londonderry.

—Eso es imposible. —Ruth Anne no se creía nada. Seguro que era un embuste por parte del libertino. Si su hermano era un patán, era lógico que su mejor amigo fuese otro.

—Querida mía, lo ha rechazado tres veces.

—Es evidente que Londonderry miente. —Ruth Anne estaba allí cuando las tres dijeron que tenían que casarse porque era lo que más deseaban. Incluso estaban dispuestas a robar a un buen partido. Casi ni importaba el hombre que ocupase el lugar mientras salieran del mercado matrimonial. El muy pícaro del mejor amigo de su hermano se habría aprovechado de Margot y luego había tratado de huir de su obligación. Para la duquesa no había otra explicación plausible.

—No. No lo hace. —Atholl creía a su ahijado porque vio cierta desesperación en él.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque conozco muy bien a Bastian. Es muchas cosas, pero no un mentiroso. Es evidente que está prendado de tu amiga.

Ruth Anne suspiró con fuerza. Se movió hasta el sofá más cercano de la sala y tomó asiento. Algo muy grave sucedía con Margot. Su amiga tenía problemas y ella debía averiguar qué ocurría para ayudarla.

Había llegado a su casa en mitad de la noche. Cuando vio a Londonderry creyó que había huido de Londres por su causa y cuando oyó esos sonidos que ambos hacían en la intimidad… dio por supuesto que habían hecho las paces.

—No lo entiendo —dijo más para sí que para su esposo, quien seguía inspeccionando hacia el exterior de la mansión.

—Está lloviendo de forma muy intensa. —Las gotas de agua retumbaban indolentes contra la ventana.

—Barnaby… —Ruth Anne susurró su nombre como una plegaria. Necesitaba que saliera en busca de Margot y la trajese a casa sana y salva.

—Lo sé. Iré de inmediato. —Su esposa sonrió.

Llevaban poco tiempo casados, pero la comunicación entre ambos era de tal forma que algunas veces no hacía falta pedir las cosas, ni hablar. Se entendían, se compenetraban y eran sumamente felices. Eso mismo era lo que ella deseaba para Margot.

Algo muy gordo tenía que estar sucediendo, porque Ruth Anne había visto amor en la mirada de la rubia cuando se había girado para enfrentar a Londonderry antes de salir a cabalgar. Era evidente que esa pareja debía unirse en matrimonio.

El duque se acercó a Ruth Anne y le dio un profundo beso en la boca.

—Te amo —le dijo Ruth Anne—. Por favor, ten mucho cuidado. Ahora que te he encontrado no podría perderte.

—Te amo, mi amor. No te preocupes, la muchacha no estará lejos, habré vuelto en cuanto menos te lo esperes.

El duque de Atholl salió de la sala rosa, que era la que usaba su esposa para escribir y leer en privado, y se encaminó hacia los establos.

***

La lluvia había comenzado a caer copiosamente. Margot tenía la ropa empapada. El frío calaba en sus huesos. No importaba. Se sentía tan desdichada, tan sola, tan insignificante… Dolía. Recordar la cara de decepción del único hombre que los últimos meses la había vuelto a ilusionar la amargaba por dentro. No quería que fuese él quien la entusiasmara. No un pícaro desvergonzado, pero no pudo luchar contra lo que Bastian comenzó a despertar en su interior. Había más que un libertino en él. Era un hombre bueno, paciente, inteligente. Lo había visto con claridad en aquel corto espacio de tiempo.

Se había peleado con el señor Rosenwood por ella. Había demostrado sus celos.

Cuando sucedió lo de David, en el momento en el que se vio forzada a trasladarse a la casa de tía Theodora, anheló que su príncipe la rescatase de su encierro. Nunca llegó. Todos sus sueños y sus esperanzas acabaron enterrados.

Pero el conde de Luxor la había devuelto a la civilización y ella tenía un plan para escapar de todo, de todos. No contó con la intervención de Londonderry. El marqués había irrumpido de una forma arrolladora, trastocando toda su existencia. Y David había dejado demasiado claro cuál sería el papel de Margot en su vida. Le dijo que no sería de ningún otro. Tenía miedo de lo que el esposo de su hermana pudiera hacer, no solo a ella, sino al hombre con el que compartiera su vida. Duncan era óptimo para sus planes. Un hombre que viajaba mucho, que no estaba en los mismos círculos que Luxor.

Margot se había entregado a un hombre una vez sin ser realmente consciente de lo que hacía. La segunda vez sí había deseado ser de Bastian, en cuerpo y alma. Él la hacía sentir diferente, especial. La enfadaba, la perturbaba, pero la hacía soñar y anhelar ser una esposa.

Todo se había acabado. Igual de rápido que empezó. No la perdonaría. La mirada que le dio Bastian fue de absoluta… de absoluta… Mientras la lluvia caía sin dar tregua, ella pensaba en una palabra que definiese lo que él debió sentir al saber que ella no era una mujer pura. Repulsión. Sí. Seguramente, el hombre del que ella se había enamorado sin pretenderlo ni querer, la consideraba una mercancía de segunda. Una paloma mancillada, indigna, usada.

El llanto llegó de nuevo y ella se hizo un ovillo a la vera del árbol. No quería seguir sufriendo. Consiguió superar lo de David. No podría hacer lo mismo con Bastian. Cerró los ojos esperando a que… a que… No sabía lo que estaba haciendo, solo que el corazón le dolía demasiado como para levantarse y ponerse a cubierto.

Bernice siempre insistía en que ella no era nada, que no servía para nada. La segunda hija fea de un conde. Tan baja que nadie nunca la vería.

Con el cuerpo entumecido, los ojos cerrados y en medio de un delirio donde su hermana aparecía para reírse de ella, de su nuevo fracaso, unos brazos la sostenían.

—Bas…tian —balbuceó Margot mientras el duque de Atholl la subía en el caballo para llevarla de regreso a casa.

—Ya está, pequeña. Ya está —le dijo con compasión el duque cuando la sostuvo entre sus brazos tratando de darle calor.

Estaba demasiado fría, pálida. Barnaby maldijo. Era evidente que ambos habían discutido por algún motivo. Cuando observó a su ahijado decirle que se marchaba de inmediato, él vio una sombra de pena. La misma tristeza que veía en el rostro demacrado de la joven. Tal vez, sí hubiese tenido que impedir que Bastian se marchase sin aclarar las cosas con ella. Suspiró. Barnaby Robinson era el menos indicado para dar lecciones sobre cómo comportarse.

El duque también hizo un lío tremendo en su momento con Ruth Anne.

Capítulo 6

Una muestra de valentía

Margot separó los párpados sintiéndose tremendamente exhausta.

—¿Ruth Anne? —Enfocó mejor los ojos para identificar a la mujer que estaba a su lado, sentada en la cama tocando su frente. La miraba con ternura desmedida.

—Nos has dado un tremendo susto, Margot.

La rubia trató de incorporarse en la cama.

—Ah, ah, ah. No. Quédate como estás. Llevo tres días cuidando de ti con precaución y no consentiré que salgas de la cama y te enfríes de nuevo. —Eso y que Ruth Anne no quería que su amiga escapase de su interrogatorio.

—¿Tres días? —No creyó que un poco de agua le hiciese tanto daño.

—Sí. No sabía que fueses aficionada a corretear bajo la lluvia —señaló la duquesa con un poco de humor, pero con un tono de regañina.

—No le temo a las tormentas, pero creo que nunca corrí bajo la lluvia. —Sus recuerdos de aquel día en que todo saltó por los aires con el marqués estaban un poco difusos—. ¿Qué ha pasado, Ruth Anne?

—Eso me gustaría que me dijeses, amiga mía. Desde que llegaste, he tratado de hablar contigo, pero has sido hábil evitándome. Me temo que tu habilidad finaliza aquí, porque no tienes escapatoria. Será mejor que empieces, jovencita, a explicar lo que ocurre y recomiendo que seas sincera del todo, porque si no sé la verdad, no podré ayudarte.

Margot se rio. Ruth Anne se sentía toda una duquesa. La había llamado jovencita y se llevarían como mucho unos cuatro o cinco años. Nunca la consideró autoritaria, pero por lo visto esa cualidad iba con el nuevo título.

—Creo que no hay demasiado que contar.

—Opino lo contrario. La salida intempestiva de Londonderry de mi casa me dice que algo malo sucedió entre vosotros. Tu llegada aquí en medio de la noche y en compañía del señor Rosenwood, me deja claro que huías de alguien. Será mejor que comiences a darme explicaciones porque tenemos poco tiempo.

Margot frunció el ceño. ¿Por qué o para qué, se les agotaba el tiempo?

—¿Poco tiempo?

—Eso he dicho. Llevas recuperándote de la fiebre demasiados días y la *cacería del marqués* —la duquesa puso especial énfasis en esas tres palabras— comenzó ayer.

—¿Qué comenzó ayer?

—La cacería del marqués —repitió con una sonrisa Ruth Anne.

—¿Y eso qué es? —Sonaba excéntrico.

—Es la fiesta campestre que ha organizado el abuelo de Londonderry para que una muchacha lo cace. Es excéntrico, lo sé, pero no sería el primer familiar desesperado por asentar a su heredero.

Margot rompió a reír. Imaginaba a Bastian con unas orejas puestas y huyendo de una multitud de damas casaderas que llevaban un par de redes en una mano y otro par de pistolas en la otra. Ruth Anne la miró con seriedad y una ceja levantada. A la rubia se le cortó la risa al punto.

—Lo que dices me ha hecho gracia. No quería burlarme de nadie.

—¿Que otra mujer te quite al hombre que amas te parece jocoso? —la desafió.

Margot se recostó en la cama, se llevó las sábanas y la colcha hasta su cuello.

—No sería la primera vez que me ocurre—. Habló bajo, pero lo suficientemente alto como para que Ruth Anne la mirase con curiosidad y preocupación. La duquesa supo en ese mismo instante que a su amiga le habían roto el corazón y que no tenía nada que ver con lo sucedido con Londonderry.

—¿Qué pasó?

Margot se tomó un momento para evaluar sus opciones. Estaba con la única persona que podía darle asilo, seguridad, comida y un techo sobre el que dormir. No debía mentir. Tal vez contar la verdad a alguien cercano después de tantos años fuese lo que necesitara para poder tener un poco de paz. Se armó de valentía.

—Estaba prometida en secreto con un hombre que dijo que me amaba. —Suspiró de nuevo con más fuerza. Seguía siendo doloroso recordar el pasado, pero era menos lacerante de lo que resultaba el presente—. Yo tenía dieciocho años, conocí a David y creí que era maravilloso. Me dejé llevar tanto que… —La mirada de Margot buscó la de Ruth Anne para ver si ella entendía la alusión.

—Comprendo—. Intuía que su amiga se había entregado al hombre que amaba.

—Mis padres me repudiaron por el crimen que cometí. Me enviaron cuatro años a vivir con una tía que me decía a cada instante que yo terminaría en el infierno. —Ruth Anne cerró los ojos, podía imaginarse lo mal que lo había pasado Margot—. Comenzaron las penitencias: los baños de agua fría para calmar mi lujuria, el ayuno para honrar a Dios, las confesiones con el vicario… Yo… —Las lágrimas ya corrían por sus mejillas al recordar el horror vivido.

—¿Qué fue del hombre que…? —dejó la frase a medias.

—Se casó con mi hermana. —La mirada de Margot bajó como si se sintiera culpable por un terrible pecado cometido.

—¡No! —saltó con horror la duquesa mientras se llevaba la mano al corazón.

Ruth Anne conocía poco a la condesa de Luxor, pero lo suficiente como para saber que era una mujer egoísta, dura, malvada. Tanto como para orquestar un plan y apoderarse del pretendiente de Margot sin ningún remordimiento.

—Cuando regresé a Londres —continuó con el relato la rubia—, fue porque lord Luxor al fin me encontró.

—Gracias a Dios —susurró la duquesa.

—Me halló con la única finalidad de convertirme en su amante —apostilló con mayor vergüenza Margot.

Ruth Anne jadeó con horror.

—¡Cielo santo! ¿Cómo has podido soportar este tiempo viviendo con…? —La pregunta se le atragantó a la duquesa en la garganta.

—Todavía no lo sé. Yo tenía un plan. Las tres —dijo refiriéndose a April, Ruth Anne y ella misma— teníamos un plan: casarnos. Yo creí que podría encontrar a un hombre que me liberase al fin de todo lo que arrastro.

—Londonderry. —La duquesa pronunció el nombre con esperanza.

—No. No quería que fuese el marqués, esperaba que fuese alguien como el señor Rosenwood. Alguien que me alejase de Londres y con quien pudiera empezar de nuevo. Pero me temo que Bastian tenía otros planes para mí. Es muy insistente. —Se rio al recordar la perseverancia del malvado marqués para hacer que ella estuviese pendiente de él a todas horas. A Ruth Anne no le pasó desapercibido que su amiga había dicho el nombre de pila del ahijado de su esposo muy embelesada—. Lo amo, y por eso debo dejarlo libre de mí, de Luxor, de mi familia, de mi pasado. Merece algo mejor que yo.

—Pero él te ama. Lo sé. Yo lo he visto. Los dos sois una pareja grandiosa.

—No. Somos una pareja poco probable. Tal vez impensable. —Sus diferencias físicas eran más que evidentes. Margot se sentía

por debajo de él en cuanto a belleza y amor propio.

—No. Estáis hechos para estar juntos.

—No puedo hacerlo. No debo condenarlo. Yo no merezco ser su marquesa, arrastro conmigo una pesada bolsa que él no debe llevar. No lo traeré hasta el lodo, más sabiendo que David no permitirá que yo sea feliz.

—¿Por qué no iba a permitirlo? El se casó con tu hermana.

—Y ese es su castigo. Cuando me encontró me confesó que había tratado de buscarme, de sacar un poco de información, pero Bernice era perseverante y al final se vio obligado a casarse con ella. —Eso fue lo único que ella permitió que él le dijera porque no deseaba saber nada sobre el pasado—. Me ha dicho que no me ha olvidado, pero yo sé que lo que sucede es que él no tiene ni un poco de cariño y sigue creyendo que soy la misma mujer que una vez le ofreció calor. Bernice es tan fría como el hielo. David es muy desgraciado en su matrimonio.

—Razón de más para que Londonderry te proteja. —La duquesa lo veía muy claro.

—No. No le haré eso. David amenazó a cualquier hombre sobre el que yo ponga mis ojos. Si algo malo le ocurriese a Bastian por mi causa… Yo… No puedo, Ruth Anne. —La joven negó con la cabeza mientras hablaba.

A la duquesa le gustaba ver la protección que su amiga lanzaba sobre el marqués, pero debía comprender que Londonderry no era débil. Además, tenía a su lado a dos duques, pues Atholl y Kent harían todo por el bien de Bastian, tal y como lo llamaba Margot.

—Pero él desea casarse contigo. Le dijo a mi esposo que se marchaba porque lo habías rechazado demasiadas veces y que no estaba dispuesto a más humillaciones.

Margot apretó los puños. Londonderry tenía razón, ella lo había despreciado.

—Es mejor así, Ruth Anne.

—No, no lo es porque mis sirvientes, mi esposo y yo conocemos lo que ambos habéis estado haciendo en mi casa y no puedo

quedarme tranquila ni quieta sabiéndolo.

Margot se sintió enrojecer de repente. No habían sido ni discretos ni cautos cuando tuvieron intimidad.

—Lo siento. Tal vez mi tía sí tenía razón después de todo y yo merezca ir a visitar a Lucifer por mi depravación.

—No seas boba. Si ese fuese el caso, yo también estaría condenada al fuego eterno. Disfrutar con un hombre no debería estar penado, más cuando ese hombre es tu esposo.

—Pero yo no estoy casada. —Le tuvo que recordar.

—Lo estarás. Yo tampoco fui sensata y acabé seducida por Atholl antes de recitar mis votos. —Ruth Anne trató de restar importancia al asunto pecaminoso. La duquesa le quitó la colcha de encima y le tendió la mano.

—Ruth Anne, ¿qué haces?

—Debes prepararte para la fiesta. Londonderry debe casarse contigo. —Su amiga estaba lista para salir de su letargo y puesto que el interrogatorio había dado sus frutos, Ruth Anne no tenía motivos para hacerla quedarse en el lecho.

—Ya te he dicho que…

—Sí, lo has hecho —la interrumpió—. Pero no has tenido en cuenta que tal vez estés ya encinta y él es un marqués. Si estás portando a su heredero en tu seno, debes ir y recordárselo. Él tiene que cumplir contigo y con su posible hijo.

La mano de Margot se posó sobre su vientre. Esto era una nueva pesadilla todavía peor que la primera… O tal vez no. La joven trató de mantener a raya el pánico que comenzaba a inundarla.

—Él sabe que yo no era pura. Todavía tengo grabada su cara de decepción cuando se dio cuenta… No puede casarse con alguien como yo. —Esperaba sonar creíble. Porque, que Dios la perdonase, no deseaba que él tuviese otra esposa, no cuando Ruth Anne le había hecho pensar en una posibilidad en la que ella no había reparado.

—Te he dejado ahí unos cuantos vestidos que he arreglado para ti. Servirán para que el duque de Kent caiga a tus pies. Mi esposo

dice que el abuelo de tu prometido…

—Ruth Anne, no estoy prometida. —Hubo de recordarle.

—Pero lo estarás en breve. Como te decía, el abuelo de Londonderry es duro, bastante más tirano que el nieto, más impertinente y pícaro, por lo que Atholl ha sugerido que no te amilanes y demuestres tu firmeza de carácter. Tienes al nieto embelesado, solo conquista al duque y serás la marquesa de Londonderry así. —Ella chasqueó los dedos.

Margot debía confesar que lo que decía su amiga sonaba como un cuento de hadas… Uno que ella jamás había tenido, ni contemplado, ni leído. No creía que algo pudiera salirle bien, pero Ruth Anne se mostraba tan optimista que si no se andaba con ojo, la duquesa acabaría contagiándola con esas buenas intenciones.

—No creo que yo deba…

—Ah, ah, ah. No. No voy a admitir una negativa a mis planes. Te levantarás de esa cama. Irás a la fiesta, te presentarás ante el duque de Kent y le dirás que su nieto es tu pretendiente, tu prometido, porque él debe casarse contigo.

—¡No puedo hacer eso!

—Sí, y además, conociendo la vanidad del marqués, porque es el mejor amigo de mi hermano y ambos son terribles, creo que le agradará que tú luches por él. Londonderry es un hombre diferente. Ha sufrido mucho, sus padres murieron en un incendio, justo en esta casa. Tienes que hacer algo al respecto. Él te necesita. Tú le necesitas. Debes actuar y hacerlo rauda.

—¡No pienso luchar por él! —respondió indignada. Ya se imaginaba en un circo romano con una espada en la mano combatiendo contra una horda de señoritas deseosas de convertirse en marquesas… Ello sin olvidar a sus mamás, que también le pondrían la zancadilla para que sus hijas la vencieran.

—Lo harás y es mi última palabra. A no ser que quieras que Londonderry viva felizmente casado con una mujer que cada noche lo besará y le hará el amor.

—¡Ruth Anne! ¡No puedes decir esas cosas!

—¿Por qué no? —Después de confesar que no era una joven inocente, y por partida doble, su amiga no debería ponerse santa.

—Porque me pones tremendamente celosa y no me gusta —dijo enfurruñada. Imaginar al marqués tocando a otra mujer… No. No le agradaba esa imagen lo más mínimo.

Ruth Anne rompió a reír mientras Margot se levantaba con valentía para luchar por última vez por su felicidad. Se miró el vientre. ¿Sería posible? Tragó saliva con nerviosismo. Sí, era muy probable.

***

Bastian Leight estaba agotado, cansado y harto. Después de haber dado las explicaciones justas y prudentes sobre su intempestiva marcha de la finca del duque de Atholl, se encaminó, sin ganas, hacia la casa del duque de Kent. Su abuelo lo había convocado para participar en la estúpida fiesta y él tenía que acudir si no deseaba tener un nuevo frente de batalla.

Terca como una mula. Bien. Ya la había perseguido lo suficiente. Maldijo con fuerza en el interior de su carruaje. Hacía unas pocas horas que había abandonado la casa de su padrino y estaba que se subía a las nubes por el enfado que arrastraba.

Sí. Mentiría si no confesase que estaba conmocionado con el descubrimiento. Celoso, por imaginar a otro bastardo tocándola. Malhumorado, porque amase más a ese indeseable que se había aprovechado de ella. De acuerdo, bien, sí, él también había buscado tener acceso a su cuerpo antes de que Dios diese su aprobación en el trato, pero era diferente por completo porque… porque… porque sí y punto. Bastian iba a convertirla en su esposa y por eso decidió dejarse vencer por la lujuria que la joven le despertaba.

Rechazado. Ya no iba a implorarle más. Y cuando oyó que ella estaba dispuesta a convertirse en su amante… ¿De verdad, ansiaba

ser su amante antes que su marquesa?

Londonderry no sabía si sentirse totalmente ofendido o eufórico porque ella anhelase estar en su cama. Maldijo de nuevo en una ristra de improperios que haría colorearse al noble más escrupuloso. ¡Estaba ofendido! Sí. Margot lo consideraba alguien capaz de ofrecer un puesto a una hija de un conde para calentar su lecho. ¿Tan mala opinión tenía la muchacha de él, que no lo veía un hombre honrado? También era verdad que estaba rabioso porque desde que la vio en el Club Legancy había deseado hacerle el amor. De haber sabido que ella no era inocente…

Bufó. Con la pequeña bruja rubia lo había intentado todo: enfadarla, irritarla, comprenderla, arroparla, seducirla… Parecía que estaba condenado antes de iniciar el camino.

¿Y si lo mejor fuese separarse de ella? Esa había sido la idea que lo llevó a marcharse de la casa de los duques. No podía verla hasta que aclarase su mente.

Había sido un palo muy fuerte saber que no era la dama que consideraba, pero en honor a la verdad, más allá de los celos por imaginarla disfrutando íntimamente con un hombre despreciable, no sentía la necesidad de privarse de ella. No. La arpía se había asegurado de llegar bastante hondo en su ser. En algún punto, el juego que ambos iniciaron cuando se conocieron había mellado sus defensas.

¿Qué haría con Margot? No tenía la menor idea. Únicamente era consciente de que necesitaba distanciarse por unos días.

Bastian era un marqués. La arrogancia y el orgullo venían con el título. Deseaba castigarla por haberlo hecho enfadar. ¿Cuántas negativas estaba dispuesto a soportar un hombre a manos de una mula terca?

«Te deseaba… Te deseo…» había dicho ella con una sinceridad que él reconoció en el acto. ¿Por qué no había sido sincera? Él le dijo varias veces que debía ser correcto para proteger su virginidad… Algo que ya hacía tiempo que no estaba ahí. ¿Desde cuándo? ¿Quién

sería? ¿Cómo fue? Mil preguntas que lo hacían sentir desquiciado e impotente se agolpaban en su mente.

Un período separado de ella les vendría bien a los dos. Y más le valía a la muchacha hacer algo al respecto, porque él se había cansado de ir en su busca. Oh, sí. En ese mismo momento las tornas acababan de cambiar.

Él habría obrado mal. De acuerdo. No la trató siempre de modo correcto, pero la bruja rubia se había portado pésimo con él y era momento de que enmendase su comportamiento. Y la venganza, según se decía, era un plato que se servía frío…

El carruaje se detuvo. Bastian bajó y observó la gran mansión del duque de Kent. Era una edificación de tres plantas. Lujosa. Su entrada principal, con columnas dóricas dejaban bien claro que era la morada de un hombre importante. Movió la vista hacia la izquierda, concretamente hasta la tercera ventana de la fachada. La atención de su abuelo estaba sobre él.

Lo saludó con una sentida inclinación de cabeza. Su único pariente de sangre vivo. Un hombre duro, del que no dudaba que quería lo mejor para él. Desde el cristal de la ventana, el duque de Kent se apreciaba mayor. Tenía ya sesenta y cinco años, sus cabellos estaban muy plateados y su mirada azul indicaba que estaba enfadado con él. Era grande como Bastian. Robusto. Llevaba varios meses haciendo fiestas para que él encontrase una esposa. La última vez, cuando Bastian le dijo que no le agradaba ninguna dama, su abuelo amenazó con casarlo por poderes con una mujer de su elección. Viendo que su abuelo era implacable, le confesó que había encontrado a una candidata con la que sí se veía como esposo.

Al principio de conocer a Margot consideró la posibilidad de que ambos se uniesen en matrimonio por interés. Incluso se lo había planteado hacía poco. Eso ya no era posible. Entre ambos ocurrieron demasiadas cosas en los últimos meses como para considerar que él podría desposarla y mantenerse alejado de ella.

Sabía que el duque de Kent estaba en la ventana porque habría oído el carruaje enfilarse por el camino principal y que se había asomado con la única intención de ver si él llegaba solo o acompañado.

Había creído que llevaría a Margot para que su abuelo la conociera antes y que así pudiera anular la denominada *cacería del marqués*. Era consciente de que había agotado la paciencia del duque de Kent y que ese título para la fiesta había nacido con la firme idea de molestarlo. Nieto y abuelo eran muy parecidos. Siempre había negado esto último, pero se daba perfecta cuenta de que en verdad eran iguales.

Subió la escalinata del porche y se preparó para dar las explicaciones pertinentes. Le aseguró en su última misiva que él se presentaría días antes de la fiesta con la mujer que sería su esposa y había llegado solo. El abuelo no iba a estar contento.

Lo encontró sentado en su escritorio revisando papeles.

—Abuelo.

—Bastian —respondió el duque sin levantar la mirada. El marqués supo que estaba más agraviado de lo que previó.

—¿Puedo sentarme o lo que mantiene su atención es de suma importancia? —preguntó con molestia porque no le estaba haciendo ningún caso.

—Es importante, pero puedes tomar asiento si lo deseas —dijo sin mirarlo aún.

Londonderry se armó de paciencia y se acomodó en la silla.

—¿No va a preguntar por la mujer que prometí que me acompañaría la próxima vez que llegase? —inquirió sabiendo que su abuelo se estaba muriendo por desvelar la incógnita.

—No. Supongo que fue otra de tus invenciones para que yo no te desheredase.

—No es ninguna mentira. Tengo una mujer con la que quiero casarme —se reafirmó con intensidad.

—¿Y es de carne y hueso o solo habita en tu mente? —se mofó el duque, quien en ese momento sostenía varias misivas en sus manos

y había detenido la lectura para mirar a su nieto.

Bastian se sonrió. Podría darle todo lujo de detalle sobre cómo era exactamente Margot, porque la había conocido… a fondo.

—Es muy real.

—¿Y por qué no está aquí?

—Pues lo cierto es que ha habido un contratiempo… —trató de disculparse.

—Ya. ¿Ha salido huyendo al comprender que iba a estar encadenada a ti por el resto de sus días?

Bastian se rio.

—Me alegra ver que su sentido del humor no se resiente ni un poco —dijo con ironía.

—No importa. He conseguido que vengan siete muchachas casaderas el viernes. Elige a una antes del domingo o cortaré tus fondos. Esta vez —comenzó a advertirle al verlo tranquilo sentado en su silla—, he redactado el contrato con el abogado. Si no hay boda, te quedas en la calle. Somos los únicos que quedamos. Es fundamental que haya por lo menos dos como tú correteando por esta casa. —El duque se tomó un momento para pensar en lo que acababa de decir—. Bien, no es indispensable que sean exactamente como tú porque acabaré con un pie en la tumba antes de tiempo. Así que me conformaré con que haya dos niños como mínimo.

Bastian torció el gesto. Siempre con sus deberes para el ducado, la fortuna, las tierras y el título… ¿Su abuelo no se cansaba de decirle lo mismo a cada rato cuando se veían?

—Si la dama que deseo desposar viene, me casaré con ella.

—Por supuesto… Solo tengo una duda, Bastian.

—¿Cuál?

—¿Vendrá corriendo, andando, volando o nadando? ¿Será invisible o podré verla? —Quiso averiguar absolutamente serio.

Bastian le sonrió. El viejo no había cambiado ni un ápice en este tiempo que habían pasado sin verse.

—Abuelo, cuando la vea sabrá quien es y le gustará tanto que querrá que sea la madre de sus nietos. —Bastian se levantó de la

silla y se encaminó hacia la puerta. Un poco antes de salir oyó que el duque soplaba y resoplaba. El marqués intuía que el duque de Kent no se creía nada—. Debo advertirle, abuelo, que es posible que llegue volando…

—¿Cómo dices? —El duque dejó los papeles sobre la mesa y dirigió la vista hacia su nieto.

—La joven posiblemente vendrá montada sobre su escoba, porque le aviso que es una bruja, tanto, que estoy convencido de que usted y ella se llevarán muy bien. —No pudo evitar apostillar lo último.

—¿Qué insinúas, muchacho? —El duque se levantó de la silla. Había detectado claramente el insulto velado. Y estaba molesto porque él se refiriese en esos términos a una dama, más a una que se suponía que sería su inminente esposa… si es que ella existía, claro.

—Insinuar… nada. Afirmo que quedará gratamente sorprendido con mi elección—. «Si es que ella se presenta», quiso añadir.

—No lo tengo tan claro. Si la muchacha ha sido tan necia de aceptarte sin saber que yo le otorgaré un sustancioso fideicomiso cuando nazca vuestro primer hijo… —dejó la apreciación en el aire.

Bastian se rio a carcajadas. Su abuelo no cambiaría jamás. Estaba convencido de que la bruja rubia le gustaría nada más la conociera… ¿Vendría? ¿Vendría a buscarlo el viernes? Se le cortó la risa de un plumazo.

Se giró para ver a su abuelo. El hombre ya había retomado la lectura de los papeles que tenía entre las manos.

—Es igual de terca que usted, excelencia… Tanto que tal vez tengamos que ir a buscarla a casa de Atholl. —El duque dejó una vez más su trabajo para ver a su nieto en la puerta.

—¿Qué hace en casa de Barnaby?

—Negarse a ser mi esposa —confesó sin humor.

—Uhm… ¿Lo hizo? ¿Negarse?

—Varias veces, de hecho.

—Tal vez, sí sea una chica lista después de todo… —apuntó el duque, sin estar muy seguro de que en verdad existiera la dama de la que su nieto hablaba. Ya una vez le hizo creer que estaba cortejando a una muchacha… El duque de Kent tuvo que desenmascararlo y le costó cuatro meses tener a los investigadores al acecho de su nieto. No volvería a caer en un nuevo engaño. En esta ocasión, el duque no le daría ninguna opción para echarse atrás. Lo tenía todo pensado y bien pensado. Su nieto iba a convertirse en un hombre casado pronto.

—En estos momentos, no lo sé… Tal vez sí sea una necia. —No era muy lista si deseaba ser solamente su amante.

—¿Necia?

—Es muy testaruda.

—¿Qué quieres decir? ¿Me estás preparando para cuando ella no aparezca? —Conocía muy bien a Bastian y esperaba alguna jugarreta para no casarse.

—Oh, no. No estoy convencido de si vendrá… pero sí sé que está ligada a mí.

—¿Lo está? —preguntó el duque con una ceja levantada.

—Sí. Me he asegurado de que así sea. No tiene escapatoria. —No era un hombre bobo. Le había hecho el amor y se había vertido en su interior. En cuanto ella echase cuentas de lo que ello podía suponer… Porque Margot concluiría que tal vez él hubiese fabricado ya a su heredero, ¿no? Seguro que sí. Era una muchacha muy lúcida y de mente ágil… Aunque en estos momentos no estaba seguro de esto último… ¡Su amante! Quería un puesto como su amante. Margot era única para hacerlo enfadar.

Al abuelo no le gustó esa insinuación hecha en un tono del todo inapropiado. Así que esperaba que fuese una invención de su nieto y que la muchacha no existiese porque… En fin, no le gustaba la insinuación velada.

El duque de Kent regresó la vista al escritorio y decidió no hacerle más caso. Hasta que no se casase, no tenía pensado hacer las paces con él. En el último año habían tenido muchos enfrentamientos.

Tantos que el padrino del muchacho tuvo que lidiar en el conflicto. Fue por ello que, Atholl lo convenció para dejar que Bastian fuese a Londres a casa de los duques de Cass una temporada, porque tal vez allí al fin conociese a una buena mujer. El tiempo pasaba y nada sucedía. De este fin de semana no pasaba que su único heredero tomase en consideración sus deseos y sus obligaciones con el título y la familia.

***

Después de aquella conversación, pasaron un par de días en los que Londonderry se puso de peor humor. Estaba arisco, molesto. El abuelo lo había notado también y comenzó a pensar que tal vez sí había una mujer implicada en el estado de ánimo del joven. Incluso se diría que su nieto estaba esperando a que en cualquier ocasión la dama llegase a la finca. Si era una treta, Bastian estaba interpretando muy bien su papel.

Y cuando llegó el viernes y ninguna dama que no fuese una invitada del duque se presentó… Ahí Kent supo que todo había sido una invención.

En la cena de esa noche, su nieto estuvo correcto con las siete damas que habían llegado y Kent decidió que la más bonita de todas era *lady* Katherine, hija de un conde. No le pasó desapercibido que la belleza exagerada de la joven no había dejado indiferente a su nieto, por más que este tratase de mostrar su desagrado por la obligación de casarse.

La joven —rubia, de ojos azules, figura delicada y porte sumamente elegante— y Bastian habían congeniado. Así que el duque ya veía a su nieto casado con una belleza inglesa sin mácula.

Bastian había bailado con esta invitada dos veces, además de la primera de rigor que compartió con todas y cada una. Eso era una buena señal. Excelente de hecho, en opinión del duque. Fue un baile

diferente, porque solo había dos hombres para siete damas y el duque no bailaba con nadie desde hacía… Ya ni se acordaba del tiempo que había estado sin danzar. La fiesta campestre infringía las directrices sobre el número de parejas que debía tener, pero el fin de ese acto era casar a Bastian y ellas habían venido justamente a participar en el juego.

Pero la mañana del sábado todo cambió. Los invitados estaban paseando por los vastos jardines. Bastian y el duque de Kent conversaban amigablemente en compañía de las demás muchachas y sus madres. Un carruaje con el blasón de Atholl llegó causando un gran revuelo, pues no se esperaba a nadie…

El marqués compuso una cara seria. Su abuelo lo miró con curiosidad al ver que su nieto se había quedado parado y mudo observando a la pequeña dama rubia que acababa de descender del carruaje.

—¿La conoces? —inquirió su abuelo contrariado. No esperaba una reacción así de su nieto ante una mujer.

—No ha venido en escoba, pero al final se ha atrevido a aparecer —apuntó más para sí que para su abuelo.

—¿Es la mujer con la que quieres desposarte? —inquirió el abuelo sin creer que Bastian sí había dicho la verdad.

Lord Londonderry se dio media vuelta y miró con atención a *lady* Katherine.

—Veremos… —señaló enigmático, mientras regresaba la mirada a Margot. Ambos se quedaron observándose una fracción de segundo, hasta que el marqués se movió para ofrecer su brazo a la candidata de su abuelo, a fin de dar un agradable paseo.

El duque de Kent se quedó pasmado con lo que acababa de suceder. Se sonrió, al fin su nieto estaba en aprietos por una mujer. Ese fin de semana todo se arreglaría. Con *lady* Katherine o con la recién llegada, pero por Dios, que el duque de Kent conseguiría lo que deseaba de su nieto: casarlo.

Capítulo 7

Una exigencia importante

Margot lo comprendió. En cuanto puso un pie en el suelo supo sin ápice de dudas que todavía no había visto ni una pizca de la arrogancia de ese hombre. ¿Cómo lo dedujo? Porque la había observado llegar, la había retado con la mirada, y acto seguido se había dirigido hacia una mujer —que en su opinión era demasiado radiante— para marcharse con ella a su lado. Oh, sí. Él era un marqués malvado y muy vengativo.

Bien. ¿Qué esperaba? ¿Que le hubiera abierto los brazos para recibirla? Tampoco era como si ella hubiese actuado correctamente con él. Tal vez se había dejado llevar con excesiva facilidad por el entusiasmo de Ruth Anne. ¿Y si la fiesta que organizaba su abuelo ya había dado sus frutos? ¿Y si el marqués ya hubiese sido cazado y ella había llegado tarde?

Con los nervios a flor de piel, la angustia comenzó a instaurarse con intensidad en la boca de su estómago. Se giró para mirar al cochero. Podría pedirle que la llevase de regreso…

—Buenas tardes, *milady.* —Una profunda voz masculina resonó a su espalda.

Margot se giró. ¿Sería inapropiado echar a correr para subir de un salto en el carruaje? Suspiró. Ante todo, era una dama… cobarde

en estos momentos, pero correcta en el trato hacia los demás. Se volvió y mostró una sonrisa. Los ojos de Margot se quedaron admirando el rostro sereno y rígido del duque de Kent. Y lo vio con claridad. Era el abuelo de él: misma figura, idéntica expresión arrogante —pero el duque la tenía más comedida—, los mismos labios, la cortesía correcta en su justa medida, pues eran hombres de la alta esfera social.

—Buenos tardes, excelencia. —La rubia hizo una perfecta reverencia y agachó la cabeza en señal de respeto. Al levantar la mirada del suelo, lo vio… ¿exhibiendo una media sonrisa?

—¿Qué me ha delatado? —le preguntó sabiendo que debería ser menos informal en su trato.

—Si se refiere al motivo por el que he adivinado que me encontraba ante el duque de Kent, es muy sencillo.

—Ilústreme, *lady*… —El anciano le hizo señas con la mano a fin de que ella le informase de su nombre.

—*Lady* Margot Kidder, hija del conde de Burst, excelencia. Cualquiera que conozca a Bas… a lord Londonderry —corrigió, le había ido de un pelo no cometer el imperdonable error de referirse a él por su nombre de pila. Al abuelo no le pasó desapercibido el ligero traspiés verbal, pero no dijo nada—, sabría que ustedes son familia.

—Le llevo bastantes años a mi nieto. Así que consideraré que a sus ojos soy todavía un hombre apuesto.

Ella se sonrió ante tal atrevimiento, pues el duque había dado por hecho que el nieto era todo un Adonis para ella y se había sumado al carro de los elogios… ¡Tan típico de un duque! Suerte que Ruth Anne le había informado del carácter del duque de Kent.

—Bien puede hacerlo, excelencia —coqueteó con inocencia con él—. Puesto que es usted un duque, cuenta con mayor experiencia, título y fortuna, me parece que tal vez sí pueda considerársele como todo un excelente partido. —Su audacia no fue fruto del momento. Ruth Anne la había aleccionado de cómo debía tratar al abuelo, e hizo especial mención en que ella debía conquistar al duque para asegurarse de que Londonderry regresase a su lado. Incluso cuando

Margot le confesó que ella tenía la culpa de que Bastian se hubiese marchado, la duquesa le dijo que no importaba, que debía hacer de Kent su mejor aliado en la batalla para cazar al marqués.

El abuelo rompió a reír a carcajadas, lo que valió para que Bastian, desde su posición se diese la vuelta y observase lo que sucedía. El marqués vio a Margot sonreír a su abuelo… y no… No le gustó lo más mínimo. Menos le agradó ver que el duque le ofrecía su brazo y se la llevaba hacia el interior de la casa. Gruñó al percatarse de que la pequeña bruja no lo había ni buscado con la mirada.

—Él tenía razón —dijo por lo bajo el duque mientras accedían al interior de la casa.

—¿Quién tenía razón, excelencia? —se atrevió a preguntar Margot, motivada y satisfecha con los consejos dados por su amiga Ruth Anne sobre cómo enfrentarse al abuelo.

—Bastian —dijo con retintín para dejar claro que el desliz ocurrido hacía unos momentos había sido evidente. Le agradó que ella olvidase el protocolo y casi se atreviese a dirigirse a Londonderry por su nombre de pila—. Mi nieto me había hablado de una joven temperamental que llegaría para impresionarme. Él la esperaba ayer, o quizás antes. Me temo que no le ha gustado la demora. Y debo admitir que su llegada, *milady*, ha sido del todo sorpresiva, porque creí que él la había inventado.

—Le ruego que me llame Margot. —Quiso ganar más su confianza—. ¿Inventado? ¿Por qué? Y en cuanto a su primera afirmación, me ha sido imposible llegar a la fiesta antes. Una indisposición ocurrida por una fría lluvia imprevista me mantuvo unos días en cama.

—Comprendo. Margot será, pues. Inventado porque creí que ninguna muchacha atraparía su atención. Ahora parece ser que usted va a tener que luchar un poco. *Lady* Katherine es un excelente partido. Es una pena que usted no tenga ya adjudicado el lugar de marquesa, aunque confieso que me ha gustado descubrir que en verdad una muchacha como usted lo ha tenido en vela.

Margot sonrió agradecida por el triunfo que se le reconocía. En verdad al abuelo le había gustado verla alzar la nariz cuando Bastian la miró antes de marcharse en compañía de la otra muchacha para dar un paseo por el jardín.

—Bueno… —comenzó a decir de modo casual—, el papel de marquesa está bien, pero tal vez haya disponible una posición de duquesa… Y en la escala social, siempre se ha dicho que cuanto más arriba mejor. —Margot se atrevió a guiñarle un ojo a ese encantador duque. ¿Por qué Bastian le tendría tanto temor? ¡Si era una versión suya perfecta! Correcto, atento, mordaz, directo… Todo en el duque le agradaba y la inspiraba a ser un poco malvada, tal y como le había recomendado Ruth Anne.

Una vez más el duque se rio a carcajadas. La pareja entró en una gran sala azul. El duque la invitó a sentarse en un sofá del mismo tono y él se colocó a su lado izquierdo.

—Ciertamente, mi nieto ha tenido buen ojo. Una mujer perspicaz, bonita, con buena educación, pero atrevida. Que es hija de un conde… Pudiera ser que, si en verdad no gana la cacería del marqués, pueda optar usted a otro puesto. —Le devolvió el flirteo con ternura.

—Me avisaron de su carácter, ¿sabe? No suelo ser una mujer dada a mostrarme tan incauta en mis conversaciones, pero la duquesa de Atholl, incluso su esposo, me recomendaron encarecidamente que no escondiese nada de mí ante usted y que fuese irreverente… ¿He hecho bien, excelencia? —inquirió con cautela.

—Sí. Ha jugado bien sus cartas, mi primera impresión es muy favorable. Debo admitir que cuando la he visto, según la información que mi nieto me había dado acerca de usted, y pese a que pensaba que era un embuste creado por Bastian, yo ya estaba muy predispuesto a darle un voto de confianza. Pero más allá de este pequeño juego que nos hemos atrevido a llevar a la práctica, Margot, debo decirle que le hubiese ido mejor de no haber estado aquejada estos días pasados. Si algo somos en la familia Leight es

vanidosos y orgullosos. Londonderry no tiene un carácter flexible. Para él ha sido un desplante y ya se dio cuenta de lo que ha hecho nada más la vio bajar del carruaje —señaló evocando el recuerdo de Londonderry yendo en busca de *lady* Katherine.

—Lo sé. He conocido bastantes facetas de su nieto como para hacerme una idea exacta de quién es, lo que hace y cómo reacciona cuando algo no le agrada. —Confesó con humildad.

—Y pese a ello sigue usted sentada aquí, a mi lado… —Le agradaba lo que la joven acababa de decir. Londonderry no era un hombre fácil.

Ella le sonrió con picardía.

—Olvida, excelencia, que…

—No —la cortó él con suavidad—. Si usted es Margot, yo soy Kent, si lo prefiere, incluso en privado puedo ser James.

Ella asintió con la cabeza. El abuelo era igual de peligroso que el nieto en sus atenciones.

—Como le decía, Kent —apuntó, le pareció más apropiado usar el título, y más para lo que iba a decir—, soy una mujer perspicaz, así que si al final no llego a cumplir mi cometido en esta fiesta, tal vez sí opte por echar el lazo a algo más elevado… —Solo seguía el consejo de Ruth Anne. Lo que acababa de decir fue un impulso, ni en un millón de años pensó que hablaría con semejante atrevimiento. La duquesa había dicho que la cacería de Londonderry sería algo similar a la guerra y que ella debía contar con sus mejores armas, y que estas eran el abuelo del marqués.

En fin, Margot ya había transgredido toda una larga lista de normas desde que cumplió los dieciocho años, poco tenía que perder ya. Su amiga insistió en que debía impresionar al duque porque, aunque austero y rígido, era una persona que gustaba de la cordialidad, la picardía, el coqueteo y la falta de falsedad.

—Pequeña descarada —le dijo en tono afable—. Empiezo a comprender qué es lo que vio mi nieto en usted. —Se tomó un momento para reflexionar—. Supongo que como Bastian se cree el único hombre interesante en la fiesta, un poco de competencia le

vendría bien. —Le tocó al duque guiñarle un ojo a la dama—. Eso y que siempre he querido darle una buena lección a ese dandi que cree que su abuelo no es más que un viejo decrépito que llegó a su vida para arruinársela. Presumo que esta cita social va a ser de lo más agitada, ¿no cree, querida Margot? Hagamos un poco de teatro, ¿le parece? Sospecho que ambos se han enfadado por algún asunto que desconozco, pero a buen seguro, y conociendo como conozco a mi nieto, intuyo que le gustaría darle una pequeña lección. —El duque le tomó la mano.

La joven le sonrió. ¡Ruth Anne tenía razón, el duque de Kent era del todo impredecible!

—Siempre y cuando su ayuda me venga bien para cazar al marqués, creo que será divertido darle un poco de su propia medicina a lord Londonderry.

—¿Qué quiere decir, Margot? —No comprendía lo que ella acababa de explicar.

—Esa joven con la que tan alegremente se ha ido… ¿Quién es?

—Oh, eso es culpa mía. Busqué a una preciosa mujer para que mi nieto al fin se asentase. Lo lamento. —Se sonrió al saber a la joven celosa. Sí, definitivamente, entre Margot y su nieto había mucho más de lo que se apreciaba a simple vista.

—No importa —dijo ella tratando de retirar su mano de la del duque. Él no lo permitió. La sostuvo con firmeza. Margot frunció el ceño sin comprender lo que se proponía.

—Un momento, querida. Lo entenderá de inmediato —respondió el duque sabiendo que la había perturbado con ese gesto tan inesperado.

Y dos segundos más tarde, la puerta de la sala azul, que había estado cerrada, se abrió para dar paso a un alto y fiero marqués que los miró acusador. Por supuesto, la vista cayó de inmediato en la mano que su abuelo seguía manteniendo entre las suyas.

Margot tragó saliva y trató de retirarla una vez más. El duque le sonrió. La joven se dio cuenta de que Bastian tenía a quien parecerse en tiranía, porque el duque de Kent no le permitió recular.

—*Abuelo*… —habló Bastian dándole una profundidad muy evidente a la palabra—, las invitadas se preguntan por su ausencia. —Ni miró a Margot. Ella se dio cuenta de lo mucho, muchísimo, que Bastian estaba enfadado.

—Sí, sí, por supuesto. —El duque se puso de pie sin soltar a la joven, y cuando ella se levantó le hizo enhebrar su mano en el hueco del arco de su brazo.

Londonderry miró con fijación al duque. James contuvo las ganas de echarse a reír. Tan joven y apuesto como era su nieto… ¡Y estaba celoso de él! Se notaba a la legua que la muchacha le importaba más de lo que pretendía demostrar.

Por su parte, Margot no sabía dónde meterse. Era evidente que Londonderry estaba ofendido y enfadado, y después de lo que el abuelo estaba haciendo… ¿Cómo había sabido el duque que el nieto iba a ingresar en la sala? Giró la cabeza hacia la derecha y se dio cuenta de que muy probablemente el duque de Kent había visto a Bastian cruzar por delante de la ventana y que por eso había estado sosteniendo su mano… ¡Dios del cielo! Ella no debía enojar más a Londonderry o bien sabía el Altísimo de lo que sería capaz…

—Vamos, querida, te presentaré a las invitadas —informó a Margot, mientras pasaba con ella por delante de Bastian. En ese momento, el marqués sujetó el brazo libre de ella. El abuelo se fijó en el gesto y detuvo el paso.

—*Lady* Margot y yo hablaremos un momento —sentenció Londonderry mirando fíjamente a los ojos de la rubia.

—No, no. Luego, ahora tenemos que salir a dar un paseo… *Lady* Katherine se molestará si no regresas con ella. Vamos, Bastian, salgamos —lo animó el duque reanudando el paso.

El marqués aspiró el aire profundamente y se obligó a soltarla. No entendía bien el juego del duque, pero sospechaba que él estaría en desventaja, pues cuando el duque de Kent ideaba algo, lo hacía a lo grande. La prueba más evidente era la estúpida fiesta para cazarlo a él.

Y de esa manera, Margot fue presentada a las siete mujeres, a cada cual más bonita que la anterior, que habían sido seleccionadas por el duque. Por descontado, el anfitrión no la soltó de su brazo en ningún momento, lo que frustró los planes del marqués para hablar con ella. Sobra decir que el hecho de que la joven hija de lord Burst llegase solo con la doncella que le había otorgado la duquesa de Atholl, levantó los rumores entre las madres de las candidatas a marquesa. Y si bien Londonderry se conformó con celar a Margot, no le pasó desapercibido lo ruin que estaba siendo su abuelo al dedicar tantas atenciones a la dama que sabía que él había elegido.

¿Cuál era el motivo? Bien. Conociendo al abuelo, solo querría irritarlo por todas las veces que Bastian había dicho que no se casaría porque nunca encontraría a una mujer que le pudiese interesar lo suficiente…

***

A la hora de la cena todo fue relativamente más calmado. El duque se sentó en la cabecera de la mesa, e hizo que Margot estuviese a su lado. Hasta ahí todo normal, si no fuese porque el abuelo lo había sentado justo en la otra punta del comedor y él no podía ni verla. Bastian llevaba horas con ella en sus dominios y ni una sola vez pudo hablarle tranquilamente.

Desde su posición de la mesa, Margot no se perdía detalle. A un lado de Londonderry estaba la muchacha más bonita que ella había visto jamás. Incluso podía hacerle sombra a Bernice, y eso que su hermana era bellísima. Al otro lado, figuraba la orgullosa madre que ya se imaginaba emparentando con el duque de Kent.

—Estás siendo demasiado evidente, querida Margot —le susurró el abuelo por lo bajo.

Estaban sirviendo ya el postre. Los seis primeros platos habían sido un suplicio, donde Margot había tenido que ver a Londonderry sonreír y darle muuuucha conversación a la muchacha. ¿Y si había cometido un nuevo error de juicio con Bastian? No sería la primera vez que creía una cosa y luego era otra.

—¿Disculpe, excelencia?

—Celosa. Estás celosa y eres evidente. No le muestres lo que sientes. A él le gusta que lo mires cuando habla con la joven. Recuerda… somos vanidosos.

—Lo siento si soy grosera, excelencia, pero usted no me está ayudando en nada —observó con los dientes apretados.

—¿Y eso por qué? —inquirió con falsa inocencia.

—Demasiado bien lo sabe.

—¿Por no haber permitido que hablase contigo cuando hemos salido al jardín y te he presentado a mis invitadas? ¿O lo dices por lo que ha sucedido en el pasillo cuando ha tratado de arrinconarte antes de bajar a cenar? —El duque reaccionó rápido al atajar los pasos de su nieto y privarlo de un momento de intimidad con ella justo antes de la cena.

—Sí y sí. Y, además, añada a la lista que lo ha sentado con la mujer que él parece adorar y bien lejos de mí. En nuestra pequeña entrevista de la tarde, me hizo creer que yo tenía sus bendiciones. Tal vez erré.

—Oh, no. Las tienes. Me agradas para que te cases con él.

—¿De verdad debo considerar que estoy siendo ayudada por usted en esta cacería, excelencia? Porque más bien parece todo lo contrario —adujo enfurruñada.

—Oh, vamos. Creí que te darías cuenta de que ponérselo difícil le hará subirse por las paredes. Está tan enfadado porque yo te acapare, que no me sorprendería que acabase retándome a duelo… Y eso que solo han transcurrido unas pocas horas desde que has llegado. Haz caso a un hombre con experiencia, mi nieto está ansioso por ti y eso es mejor que cualquier cosa. —Los planes del duque iban viento en popa y a toda vela.

—¿Por qué siento que usted está disfrutando de la situación, excelencia? —preguntó en evidente tono reprobatorio.

—Porque realmente lo hago.

—No es correcto que me dedique tantas atenciones.

—¿Cuál es tu motivo para decir algo así? Estoy siendo correcto, tal vez un poco pícaro, pero poco, con la futura esposa de mi nieto.

—¿Con sinceridad?

—Por favor… Me disgustaría que no hablases con libertad. Después de todo soy el abuelo de tu futuro esposo. —Se rio con ligereza.

En ese instante, una risa encantadora interrumpió la conversación. Margot vio a Bastian mirar embelesado a otra mujer mientras la joven batía sus pestañas.

—No se siente así. No creo que yo sea su futura… nada.

—Tonterías. Solo está celoso porque me dedicas tu atención a mí y no a él.

—Precisamente, excelencia. No veo que esto me haga ningún bien, ni a usted, ni al marqués, ni a mí. No me gusta jugar a esto que ha ideado —se sinceró por completo.

—Verás, querida niña, mi adorado nieto lleva toda la vida creyéndose mejor que el resto de los mortales. Ha despreciado mis consejos en multitud de ocasiones, y ahora que me he dado cuenta de que puedo darle un pellizco en su orgullo… Además, no negaré que me siento muy pagado de mí mismo al percibir la tensión que le causo.

—Son como niños pequeños —advirtió por lo bajo con enfado.

El duque se rio sin contención. Todos, incluido Londonderry, los miraron. Margot evitó observarlo porque sabía que vería reprobación ahí.

El duque se acercó a la oreja de la muchacha para hacerle una confesión. Margot rodó los ojos. Este duque de Kent era peligrosísimo.

—La he oído, querida Margot. Y es halagador que me compare con un jovenzuelo.

—No está bien que haga eso. —El abuelo acababa de hacer un gesto demasiado íntimo—. Antes de entrar en el comedor, he oído a *lady* Penny comentar con su madre que he sido inteligente.

—¿Por qué diría eso? Si puede saberse —indagó, el anciano imaginaba que venía una explicación mordaz.

—Pues, porque viendo que lord Londonderry ya había elegido a su candidata como esposa, yo he decidido apostar por un cargo más alto. Me temo que me ha convertido en el centro de las habladurías, puesto que todos opinan que he venido a la caza del duque y no del marqués. —El tono empleado por ella era mitad enfado, mitad malhumor.

Él le sonrió.

—Bueno… Si mi nieto al final no la elige, el vicario del pueblo, el señor Holt, nos vendría muy bien… —resolvió en tono casual.

—¿Pretende que me case con un hombre de Dios? —preguntó Margot pensando en que su alma impura no debería ni contemplar esa premisa.

—No, por supuesto que no. Sencillamente creo que bien el señor Holt podría oficiar una segunda boda y no precisamente la de él.

—¡Por amor de Dios! —exclamó más alto de lo que quiso—. Es usted igual de incorregible que su nieto.

—Sí, así es. Somos tan iguales, que es precisamente ese nuestro problema.

—Confieso que con el paso de los meses aprendí a discernir cuando su nieto hablaba en serio y cuando no. Me temo que no sé muy bien si usted solo está tratando de incomodarnos a los tres… cuatro si incluyo a *lady* Katherine.

El duque movió la mano para restar importancia al enfado que ella comenzaba a mostrar.

—No estés tan alterada. Te conviene que yo te ayude un poco, porque Londonderry haría que tú sintieses unos terribles celos en caso de que yo no te procurase un poco de sana e inocente atención. ¿Es que no lo conoces, muchacha? —preguntó molesto.

—Yo solo sé que tal vez no debí haber venido —dijo derrotada al ver que nuevamente la muchacha se reía de algo gracioso que Bastian había dicho.

—¡Oh, por Dios! Creo que me gustas un poco menos ahora. Pensé que eras valiente. Bastian dijo que eras terca y obstinada. Incluso aseguró que lo rechazaste en varias ocasiones. Me encantaría conocer la historia completa. —Se rio con ligereza al imaginar a su nieto de rodillas por una muchachita como la que tenía a su lado. Eran una pareja especial. El marqués tan alto, tan fiero… la dama tan tierna, tan baja… Curioso el destino para complementar a las personas.

Llegado ese instante de la conversación, la vista de Margot voló hacia Bastian. Sus miradas se cruzaron un momento, lo justo para que Margot viese cómo él volvía a mirar a *lady* Katherine, quien le estaba tocando la mano para llamar su atención.

—Creo que voy a vomitar —señaló sin darse cuenta de que lo había dicho en alto.

Él duque se sonrió complacido. No había prueba más factible de que la muchacha estaba prendada con Bastian.

—Pues todavía no has visto el baile.

—¿Un baile? Si no hay hombres…

—Dos. Bueno, uno, porque él bailará con todas y cada una de las damas…

—Recuérdeme que le dé las gracias por eso también —señaló de modo sarcástico.

—Lo haré —respondió a su tirón de orejas con humor—. Mejor aún, creo que reclamaré una danza tuya, o tal vez los siete que él baile los haga en tu compañía.

—¡Cielo santo!, es usted mucho más malvado que él —opinó con los ojos completamente abiertos.

—Querida niña… ¿de quién crees que sacó su encanto y diablura? —inquirió con satisfacción el duque. En verdad se sentía divertido haciendo rabiar a su nieto y molestando a la joven con su irreverencia inapropiada.

Entonces ocurrió lo que menos pensó Margot, la joven Katherine se levantó de su asiento, seguida de lord Londonderry, quien adujo que la joven necesitaba tomar un poco de aire fresco porque se había mareado debido al calor que hacía en el comedor.

Margot jadeó indignada. ¡Era un truco! ¿No se daba cuenta Londonderry?

El duque los observó salir con la mirada fija en su nieto.

—*Milady*, —se dirigió James a la complacida madre de *lady* Katherine—, ¿no acompaña a su hija?

—No creo que sea imperioso, excelencia. Mi hija cuenta con la compañía y protección necesaria. —Y acto seguido, la mamá engulló una cucharada de la crema de limón que habían preparado para la ocasión.

Margot desplazó su silla dispuesta a levantarse.

—No lo hagas —le rogó el duque.

—Disculpen —habló bien alto la rubia—, me temo que ha sido un viaje largo y necesito retirarme. Disfruten del resto de la velada.

Sin esperar reacción ni ninguna palabra, la joven se marchó del comedor para encerrarse en la habitación que le habían asignado. Comenzaba a pensar que tal vez su sino no fuese el de casarse. Lo había rechazado demasiadas veces creyendo que lo protegía, de su propio pasado, de su presente. Había llegado a la fiesta con la idea de luchar por él por si aparecían las consecuencias de haber yacido juntos.

¿Y si lo mejor fuese dejarlo en paz? Él parecía estar bien acompañado e interesado en la joven con la que había salido a solas, en la oscuridad, a tomar el aire. ¿Le robaría un beso? ¿Una caricia? ¿La seduciría?

Las imágenes al imaginarlo rindiendo culto a otro cuerpo femenino la enfermaban. La doncella entró en la habitación y la ayudó a cambiarse. El vestido de muselina verde pálido que Ruth Anne le había regalado, y el elegante moño con algunos tirabuzones caídos que la sirvienta le había peinado no sirvieron para nada.

Cuando las risas y las notas del piano se colaron en su habitación, sintió ganas de saltar. O mejor, de bajar y recordarle a Bastian que… que.. ¿qué le iba a recordar? Él había insistido en casarse con ella en numerosas ocasiones.

Se desanimó tanto que despidió a la joven doncella y se metió en la cama de un salto.

Tenía mala suerte. Con su familia, con los hombres, con sus decisiones… ¡Con todo! ¿No podía ser feliz? ¿Siempre tenía que arruinar sus posibilidades?

Comenzó a sollozar. Y cuanto más sonaba el piano, más lloraba. Con el corazón lleno de pena y rota por la angustia de que de nuevo se repitiese una fea historia, deseó no haber acudido a esa fiesta. Dolía. Estaba celosa y era horroroso. No le afectó tanto ni siquiera cuando se enteró de que Bernice era la esposa de David. Podría ser por los cuatro años que distaron entre ellos y que lo de Bastian estaba demasiado reciente.

La chimenea crepitó y un nuevo grito de dolor salió de su garganta. Se acurrucó en la cama con una pena inmensa tratando de dormirse. Cerró los ojos con fuerza. Entonces sintió una mano a su espalda. Chilló, esta vez de terror y se incorporó de inmediato.

—No te asustes, soy yo —dijo una voz muy familiar. Bastian.

—¿Te has vuelto loco? Casi haces que me muera del susto.

Bastian le pasó la mano por la mejilla.

—¿Por qué lloras?

—No lloro —mintió ella, al tiempo que se sentaba en el otro lado de la cama. Bien lejos de él.

—Te he oído sollozar. —El marqués frunció el ceño—. ¿Debo llamar al médico?

—¿De qué serviría un galeno? —La aflicción de su alma no se podía curar con ningún preparado.

—Mi abuelo dijo que te retiraste porque no te sentías bien. ¿Qué te duele?

—Nada. Ve a bailar o a tomar el aire con las muchachas —le ordenó de modo autoritario.

—Eres increíble —dijo él bufando—. Te muestras celosa cuando no has hecho más que coquetear con mi abuelo desde que llegaste.

—Yo no he hecho nada como eso —saltó a la defensiva.

—Por supuesto que sí. Es evidente que tal vez debería recomendarle al duque de Kent que te propusiera matrimonio. Seguro que a un duque no lo negarías… O puede que sí, porque no eres una mujer sensata —alegó al recordar que ella no era virgen.

Ella se envaró. Levantó el mentón.

—Probablemente debería hacerte caso y que mi flirteo fuese más evidente. Un duque que todavía conserva su atractivo… gentil, alegre, atento… Sí. Haré bien en tomar en consideración tus recomendaciones.

—Estás jugando a un juego peligroso, Margot —le dijo en un tono de voz cortante.

—¿Y a ti qué te importa? —rebatió con enfado.

—¿Qué me importa, preguntas? Debes estar bromeando. —El marqués se levantó y comenzó a andar nervioso por la habitación.

—Sí, lo pregunto porque debes ser consciente de lo que sucedió entre nosotros la última vez y aún así te marchaste.

—¿Te refieres a cuando descubrí que no eras virgen? ¿A la vez en la que te hice mía? ¿A la vez en la que te ofreciste como mi amante? Pudiera ser mejor que en vez de buscar a mi abuelo como esposo, quisieras ver si todavía es un hombre capaz… —Estaba tan enfadado que no podía medir sus palabras.

—¿Cómo te atreves a faltarnos así al respeto a tu abuelo y a mí? —Ella se puso de pie y se fue directamente a enfrentarlo.

—Me atrevo porque eres mía y no haces nada por recuperarme. Bien, sí. Algo has hecho, ¡has conseguido que todo el mundo esté convencido de que deseas ser la duquesa de Kent! Y no precisamente casándote conmigo y aguardando que mi abuelo pase a mejor vida. Resultas despreciable, Margot.

Los dos se quedaron el uno frente al otro en un duelo de voluntades. Hubo un minuto de silencio. La mirada de Londonderry se centró en los labios de ella. ¡Cómo deseaba besarla para… para…

para…! Sencillamente ansiaba poder acariciar su boca con su lengua y sus labios con los suyos propios.

—¿Yo? Muy bien. ¿Y tú qué eres? Nada más bajé del carruaje pudiste haber tenido la cortesía de informarme de que habías encontrado una candidata más aceptable para ser tu esposa —refutó con ira.

—¿Por qué debería hacerlo? Tú nunca quisiste ese puesto. Y dado que *lady* Katherine parece estar bastante interesada, pudiera llegar a ofrecerte lo que tan dispuesta solicitaste.

—¿Y qué sería eso? —Se dio cuenta de que no debió haber preguntado en alto. A todas luces era una estratagema para volver a molestarla. Lo supo en cuando él sonrió de lado.

—Mi amante —dijo con absoluta tranquilidad.

—No. Ya no está sobre la mesa esa posibilidad. —No podía ofenderse porque la culpa era suya por no haber sido inteligente desde primera hora. Si hubiera sido una mujer que no buscaba protegerlo, se habría casado con él de inmediato.

—¿No?

Margot le sonrió con falsedad mientras levantaba el mentón.

—No. Me temo que debes casarte conmigo.

Él tosió. Se atragantó con su propia saliva.

—¿Cómo dices?

—¿Sufres de sordera, Londonderry? —Usó el título a propósito.

—No, pero creo que tú si sufres de mala memoria.

—No es cierto.

—Sí lo es, porque ya te propuse matrimonio demasiadas veces y no pienso volver a plantear la pregunta de nuevo.

—Uhm… ¿Seguro?

—Desde luego que sí.

—¿Se lo preguntarás a *lady* Katherine como todos esperan que hagas?

El marqués agitó sus hombros en una clara muestra de despreocupación.

—¿Por qué no iba a hacerlo? No soy un hombre comprometido.

—Quiero que te cases conmigo. He tardado en verlo, pero deseo ser tu esposa —confesó más altiva de lo que quiso.

—Es una lástima que no esté sobre la mesa mi propuesta.

Ella se enfureció.

—¡Qué poco caballeroso resultas!

—Discúlpame por no serlo, pero con tres veces me bastó para darme cuenta de que estaba siendo rechazado con firmeza.

—Bueno, resulta que soy una mujer caprichosa y tú vas a ser mío —rebatió ella con absoluta seguridad. Eso lo irritó sobremanera.

—Te veo muy segura. Más cuando ya te he dicho que el puesto ofertado es para calentar mi cama. —Se tomó un segundo para pensar—. Debo avisarte de que mi actual amante no se tomará a bien que la sustituya.

—¿Tienes una amante? —inquirió ofendida y con la boca abierta.

—Por supuesto que sí —respondió como si fuese algo del todo natural.

Ella cerró la boca.

—Así que incluso con una amante, quisiste seducirme, e incluso —repitió la misma palabra aposta— tuviste la desfachatez de pretender ser mi esposo. ¡Creo que sí que iré a seducir a tu abuelo! —le gritó en la cara sin cargo de conciencia.

—Tú, pequeña arpía, serías capaz de hacer algo como eso solo para castigarme.

—¿Quieres apostar? —preguntó envalentonada por la rabia que sentía.

—Así que yo no debo tener a una mujer que me sacie en mis necesidades, pero yo debo pasar por alto el detalle de tu falta de virtud.

Ella irguió la espalda.

—Nunca lo he llegado a comprender. Una mujer, una dama, debe llegar virtuosa a su lecho nupcial. Su esposo debe aparecer colmado de experiencia. ¿Quién estableció esa estúpida norma?

—Alguien que comprendía muy bien la función social.

—Es decir, un hombre que se empeña en privar de libertad a las mujeres.

Londonderry dio un paso amenazador.

—¿Con cuántos has yacido antes de mí?

—¿Qué te importa a ti que vas a casarte con *lady* risitas, y que tendrás a una amante que por supuesto no seré yo? —Era un claro desafío.

—Responde Margot —le pidió con autoridad feroz.

—No —se negó con valentía—. No eres mi padre, ni eres mi hermano porque no lo tengo, no eres mi prometido, y por descontado no serás mi amante nunca de nuevo.

—Margot. —El nombre de ella fue dicho de modo cortante.

—Bastian —respondió ella con la misma seriedad.

—Estás tensando la cuerda peligrosamente.

—¿Vas a casarte conmigo o no?

Londonderry se quedó mirándola con fijación. Era menuda, pero sabía defenderse demasiado bien.

—Pídemelo tú.

—No. —Nunca lo haría.

—Entonces busca al duque Kent antes de que él también se niegue a ser tu esposo.

—Tal vez lo haga.

—Adelante.

—Debería buscar la protección de un hombre. Puedo estar esperando a tu hijo y sería aconsejable que al menos alguien con su misma sangre se hiciera cargo de mi criatura —lo desafió.

Londonderry chasqueó la lengua. Al menos ella sí había previsto esa posibilidad. Puso su mejor cara de póker.

—Una sola vez… Es poco probable… —Trató de restar importancia.

—Una sola vez es suficiente para que… —Ella calló porque se dio cuenta de que había hablado demasiado. En cuanto lo vio torcer el gesto en una mueca de enfado, supo que se había dejado llevar por

su gran bocaza. Margot agachó la mirada. Más decepción que añadir a su lista de cuentas pendientes con Bastian.

Él se acercó apretando los puños. Cuando estuvo muy cerca trató de relajarse. Le levantó el mentón con el dedo índice y la obligó a mirarlo. Margot enfocó sus ojos en los de él con ansiedad.

—¿Quién fue?

—No importa —respondió ella en un susurro suave.

—Importa y mucho. ¿Fue Rosenwood? ¿En el pasado él y tú…? —No podía imaginar algo como eso porque iría de inmediato y lo asesinaría.

—¡No! —gritó. Se dio cuenta de que había sido demasiado brusca.

—Respóndeme, por favor. Pretendes ser mi esposa y yo exijo saberlo todo.

Margot suspiró. Lo dicho por él parecía justo.

—Ocurrió hace muchos años.

—¿Cuántos? —Ella se quedó callada unos minutos—. Responde —la urgió con tiranía.

—Cuatro años.

—¿Dónde está el niño?

—Me dijeron que murió —dijo tragando un sollozo. No tenía caso seguir ocultando la verdad. Era ahora o nunca.

—¿Insinúas que te mintieron? —preguntó al percibir la duda en las palabras de Margot.

—Podría ser, yo oí llorar a una criatura, pero nunca la vi. —Se quedó callada con los ojos cerrados recordando el día en el que se dio cuenta de que llevaba al hijo de David en su interior. Esperanza. Ilusión. Sería madre y cuando él la encontrase se casarían de inmediato. Nunca sucedió así. Lo que sí hubo fueron reproches, castigos, duras palabras, y la privación de ver a su hijo. Ella parió un hermoso niño que no le permitieron ni ver.

—Sigue.

—No hay más que contar. Yací con un hombre al que creí amar. No se casó conmigo y mi familia me repudió. El niño llegó al mundo

y nunca conseguí saber qué sucedió en verdad. Me dijeron que nació muerto. Yo lo oí llorar. —Había hecho un resumen muy ligero para lo que era la historia, pero no deseaba revivir el horror de aquellos días más de lo necesario.

—Te abandonó —observó perturbado con las confesiones.

—Sí. Me dejó atrás. —Y ya no dolía tanto porque Londonderry se ocupó de que así fuese. Con su insistencia, su arrogancia y su bravura, había logrado meterse bajo su piel como nunca David lo logró.

—¿Lo amas? —Estaba irritado. Celoso. Deseaba destrozar toda la casa porque un hombre le hubiese fallado a ella.

—Lo amé. En el momento en el que decidí hacer el amor con él lo hacía.

Él la miró con atención. Lo dicho le había metido una idea interesante en la cabeza.

—¿Me amas?

—Si no lo hiciera, nunca habría hecho el amor contigo —razonó de forma sucinta.

—Me rechazaste. —Hubo de recordarle.

—Sí. Lo hice varias veces.

—¿Qué derecho tienes a desear ser mi marquesa ahora?

—Tu esposa. Yo seré tu esposa, y el derecho me lo da lo que puede estar naciendo en mi interior. Aunque no lo creas, yo solo te protegía de mí. Te lo dije y no mentía. Te deseaba demasiado como para seguir luchando contra lo que despertabas en mí. Me entregué sin reservas y olvidando las consecuencias lógicas de nuestras acciones. No puedo volver a pasar por lo mismo, Bastian. No sola. Si llevo a tu hijo, merece estar con su padre.

—¿Y si no hay niño? —rebatió él.

—¿Y si lo hay y tú accedes a tomar por esposa a una mujer que será mucho mejor que yo, que es más hermosa, más versada, más audaz, menos libertina? Tendrás a la persona perfecta a tu lado, comprendo que te privo de tu futuro, pero mi hijo y yo te

necesitamos. —Tragó saliva tratando de contener el llanto que regresaba.

—No me parecen buenas razones para casarme contigo.

—No creo que las haya de más peso. Sería tu heredero.

—Podrías no estar embarazada. Y en caso de estarlo, ¿quién me asegura que sería hijo mío, Margot? —habló con ira líquida circulando por sus venas. Tocada por otro, amando a otro, pariendo al hijo de otro. Ella era suya y no concebía que eso hubiera sucedido en el pasado. Y más se sintió arder de rabia cuando ella, la mujer a la que había elegido entre todas, se atrevía a menospreciarse en su presencia en favor de una dama que más allá de ser un adorno bonito, no le inspiraba gran cosa.

No se lo pensó dos veces. Margot levantó la mano en alto y le propinó un sonoro bofetón con todas sus fuerzas. Se sintió liberador. La ofensa había sido tan grande, que pese a que Margot le hubiese dado fundamentos para que él pudiera alegar semejante cuestión, acababa de demostrar que no confiaba en ella, que la despreciaba y que era indigna.

Londonderry se quedó callado y quieto. No esperaba una reacción así, no obstante comprendía que había ido demasiado lejos con la pregunta. Los dos se miraron con intensidad. Margot dio un paso atrás.

—Por mi parte está todo claro y dicho. Retiro mi exigencia en este mismo momento, señoría. —Cambió el tono al más formal y frío que pudo encontrar.

—¿Qué insinúas? —No le gustó verla retroceder. Entre otras cosas porque hasta ese momento en que percibió sus pezones puntiagudos, no había sido consciente de que ella estaba en un liviano camisón, que esta vez no era indecente del todo, y que él figuraba perfectamente vestido.

—Le libero de toda carga que me afecte.

—Margot… —Volvió a usar su nombre como advertencia.

—Me iré mañana temprano para que usted pueda seguir con su existencia sin ningún tipo de interferencia por mi parte —le aseguró

como una gran dama. Por dentro bullía de miedo, de pena y dolor, pero no se lo dejaría ver.

Londonderry levantó despacio la mano y le acarició la mejilla. ¿Es que las cosas entre ambos no serían nunca sencillas? No hacían más que enredar sus asuntos. Él solo quería llevarla a la cama, rodearla en un abrazo y hacer que comprendiera que la había elegido a ella porque era diferente. En algún punto la conversación se había torcido por completo.

La puerta de la estancia se abrió de par en par sin ningún aviso.

—¿Lo ve, señor Holt? ¿Ve como era imperativo levantarlo a horas intempestivas porque el suceso así lo requería? —le preguntó el duque de Kent al vicario del pueblo con una brillante sonrisa.

—Desde luego que sí. Este pecado debe ser subsanado de inmediato. A primera hora de la mañana se oficiará la boda —expuso el hombre de Dios mortificado e indignado a partes iguales. ¡Qué escándalo! Una pareja joven en un dormitorio en medio de la noche sin estar casados… Acabarían en el infierno si él no intercedía por sus almas corrompidas y les obligaba a hacer lo correcto: casarse.

Margot miró al duque de Kent con una expresión de horror. ¡Era más malvado que Londonderry! Y cuando lo vio guiñarle un ojo, comprendió que el viejo zorro les acababa de tender una trampa.

Margot fue consciente del verdadero motivo por el que el duque no les había permitido hablar, ni relacionarse… El abuelo sabía cuál sería el siguiente paso del nieto porque ambos eran iguales. ¡Kent había estado esperando todo el día para sorprenderlos a solas en una situación inapropiada!

Desvió la vista hacia Londonderry preparada para explicar que no habría boda…

—Nos casaremos en cuanto el sol despunte —oyó Margot que decía el marqués.

—Perfecto —saltó el abuelo complacido.

Margot sintió sus piernas flaquear, el aire le faltaba, el cuerpo le pesaba… y todo se volvió negro.

El marqués la sostuvo entre sus brazos mientras la mente femenina comprendía que había caído en su propia trampa, pues ella había ideado algo muy parecido a lo que acababa de suceder, aunque nunca lo llevó a la práctica.

Si pudiera regresar atrás en el tiempo, cambiaría muchas cosas, pero la más importante, la referente a ese descabellado plan que ideó con sus amigas para robar a un esposo. Nadie merecía ser privado de la libertad de elección, menos el hombre que jamás confiaría en ella y con el que no pararía de pelear por el resto de sus días.

Capítulo 8

Una tortura deliciosa

Estaba en problemas. Grandes e inesperados problemas. Margot se dio cuenta de que el duque de Kent lo tenía perfectamente orquestado. No importaba quien fuese la dama elegida. Bien pudo haber sido *lady* Katherine, porque el abuelo lo tenía todo preparado. En medio de esa oscuridad esclarecedora, ella vio el plan de Kent. Le había tendido una trampa a su propio nieto.

Ella no podía ser cómplice de ese suceso. Nada más abrió los ojos y vio que estaba sola en su habitación, justo cuando recordó todo lo sucedido, decidió que tenía que marcharse lo antes posible del lugar. No podía despertar a nadie o todos se enterarían de que ella se escapaba. Solo sabían lo sucedido: Bastian, su abuelo y un hombre de Dios que bien guardaría el secreto si el duque lo influenciaba.

Se puso un sencillo vestido de paseo, cogió el bolso más grande que llevaba en los baúles que había preparado la duquesa de Atholl, abrió la puerta de la alcoba, sacó la cabeza para mirar a derecha e izquierda, y cuando vio que todo estaba despejado, se apresuró a enfilar la escalera y bajar a toda carrera. Margot ya veía la salida a su alcance…

—Al fin entiendo el motivo por el que hacéis tan buena pareja Bastian y tú. —Margot cerró los ojos. Pillada. Detrás tenía al duque de Kent. Lo conocía poco, pero su tono de voz era inconfundible. Casi tanto como el del marqués.

—Lo siento. No puedo hacerlo —se disculpó sin atreverse a girar el busto.

—¿Casarte con el hombre al que amas? ¿Qué motivo tienes para huir? —El duque empezaba a pensar que esa muchacha era más compleja de lo que se veía a simple vista.

—Estará mejor con otra mujer. —No mentía. Realmente lo consideraba así. Había muchos sentimientos entre ambos, pero siempre acababan peleándose. Era una relación muy extraña y en verdad no podría soportar que él le hiciera daño con sus comentarios recordando el pasado.

—¿Y su hijo? —lanzó la pregunta como si fuese un látigo.

Ella se giró para enfrentarlo.

—¿Se lo ha contado? ¿Su nieto se lo ha explicado? —preguntó apurada.

—No exactamente. Pero cuando llegó a mi casa hablando de ti, él dijo que se había asegurado de que tú no tuvieses alternativas. No estaba seguro de lo que significaba, pero al ver que tú no eras una invención, me di cuenta de que te había deshonrado.

No tenía caso negar lo que imaginaba que sucedía entre la pareja, más después de que un sirviente, la noche anterior, le avisase de que el marqués había ido a la habitación de la joven, tal y como se figuraba el duque que así ocurriría. Ahí Kent, vio lo que tenía que hacer, pues su nieto era del todo predecible, puesto que si no había podido hablar con ella durante el día, lo haría a deshoras. El plan del duque no fue otro que casar a Londonderry en un abrir y cerrar de ojos. James no iba a esperar a que su nieto idease una excusa para huir de lo que el abuelo deseaba. Lo que no se figuró, fue que la dama tratase de escabullirse a hurtadillas a la mañana siguiente de dejar el asunto cerrado. Una verdadera suerte que James tuviese el sueño ligero y acostumbrase a madrugar.

—Fue solo una vez y… —No se creía que hubiese dicho justo esas mismas palabras que le echó a la cara Bastian.

—Con una sola basta. —Ella frunció el ceño. ¿Los habría estado espiando?—. Estás demente —siguió hablando el duque—, si crees que voy a permitir que te alejes portando a mi bisnieto en tu vientre. Deja ahí tu bolsa y ven conmigo para que podamos hablar.

—De verdad, no le miento, siempre pensé que sería una esposa modélica, pero me he dado cuenta de que ese papel no es para mí. Su nieto está muy interesado en *lady* Katherine y es mejor partido que yo.

—No. Lo dudo mucho. —No mentía. James había examinado el comportamiento de Bastian con la otra muchacha y se veía a la legua que él amaba a Margot—. ¿Vas a venir o me vas a obligar a cargarte sobre mi hombro?

La muchacha abrió los ojos con sorpresa no tanto por la pregunta, más por el tono empleado por su interlocutor. Sí. Era igual de intrascendente y tirano que Bastian. Margot miró la puerta de la salida mientras se mordía el labio. Podría salir corriendo y… ¿A dónde iría? Sin dinero, ni contactos, sola. Se había levantado con la idea de escapar de Bastian, pero más allá de marcharse de la casa, no había planeado nada.

—Yo… —comenzó a decir.

—Te advierto que sigo manteniendo mi fuerza, muchacha. No trates de desafiar a un duque vanidoso, orgulloso y con capacidad para darte una buena zurra. —Avisó a la muchacha con tono enérgico y ducal.

—Iguales… Exactamente es idéntico al nieto —susurró con resignación la rubia al tiempo que dejaba a un lado su bolsa de viaje.

En el momento en el que se colocó detrás del duque para ingresar en su gran despacho, se oyeron voces desde lo alto de la escalera. Las siete jóvenes invitadas a la fiesta, perfectamente vestidas, estaban cuchicheando y la observaban con sorna y maldad. En dos segundos, las madres salieron detrás de ellas y también

varios criados que las damas habían traído. El rumor sobre que el marqués había sido sorprendido en la habitación de Margot se esparció como la pólvora. La rubia lo sabía por el modo en el que la competencia la estaba juzgando. Suspiró. ¡Todo le salía mal!

La orgullosa madre de la denominada *lady* Katherine fue la que se atrevió a hablar cuando la comitiva llegó hasta la entrada.

—¿Es cierto que hay una boda con… *lady* Margot? —La madre pronunció el título y el nombre de ella con desagrado.

El duque echó las manos a la espalda y se las agarró. Intuía que se avecinaban problemas. Tuvo que haber invitado a menos muchachas.

—Me temo que sí. Mi nieto se declaró anoche y la dama ha accedido —argumentó mientras miraba con una sonrisa a Margot.

—¡Qué pérdida de tiempo! —apuntó airada la orgullosa madre mientras salía por la puerta.

Todo el mundo se marchó, dejando encantado al duque de Kent, pues no disfrutaba demasiado socializando con tanta gente, en especial con un público mayoritariamente femenino. Al final había sido más fácil de lo que pensó despacharlas a todas…

Margot y él se quedaron solos.

—Ha sido fácil despedirlas —reconoció en alto James.

—¿Cómo se habrán enterado tan pronto de lo sucedido? —inquirió más para sí misma que para el abuelo de Bastian.

—Porque mis sirvientes tenían orden de susurrarlo —confesó sin inmutarse James.

—¡Excelencia! —Lo llamó al orden porque él se había ocupado incluso de sacudir los pocos cimientos de su reputación esparciendo el chisme.

—No te alteres tanto, niña —habló con humor—. Solo han contado que Bastian llevó a tu alcoba un precioso ramo de rosas para declarar su amor y que te preguntó, delante del señor Holt y de mí, si accedías a ser su esposa. Todo muy civilizado y dulce. Una historia de amor que, probablemente, las siete damas contarán de modo diferente, ruin, pero que en mi invención resultó acertada.

—¿Acertada? ¿Acertada para qué? —No era para nada conveniente.

—Para que se marchasen lo antes posible y pudiéramos oficiar la boda con tranquilidad. —La informó con una brillante sonrisa de autosatisfacción.

—Sigo pensando que no deberíamos casarnos. Su nieto y yo nos llevamos como el perro y el gato. Usted no lo comprende, pero yo no tendría que…

—No sé cómo te las apañas, Margot. —Se oyó una profunda voz marcada por el enfado. La rubia sabía que era Londonderry—. Eres única menoscabando el orgullo de un hombre, más el de un marqués. Tal vez no fuese mala idea que contrajeses matrimonio con mi abuelo.

—¡Bastian! —lo regañó el duque.

—¿Qué? —inquirió con despreocupación el aludido.

—Nada. Creí que la deseabas para ti, pero si estás dispuesto a dejarla libre… —El abuelo soltó la frase a medias a sabiendas que su nieto estaba carraspeando los dientes y apretando los puños.

Cuando llegó hasta la altura de ambos, Bastian miró con reprobación al duque y se centró en la joven.

—¿Y bien, Margot? ¿Un duque o un marqués? —preguntó con seriedad Bastian—. Parece ser que mi abuelo tampoco es inmune a tus encantos… —La vista de Bastian se quedó anclada en un bulto que sobresalía en el suelo, junto al primer escalón de la escalera. Un bolso. Estaba escondido, pero se acercó para corroborar su primera hipótesis—. ¿Abuelo, se marcha usted? —ironizó mientras sostenía la bolsa decorada con detalles de flores rosas entre los dedos de la mano derecha.

—La cocinera ha pedido unos días libres. Imagino que ha dejado ahí su equipaje en un descuido —habló Kent, tratando de proteger a la joven.

Margot se convirtió en una muda espectadora de la discusión entre ambos, porque no se atrevía a intervenir. No quería que Bastian se enfadase más.

—Nunca pensé —comenzó a decir Bastian mirando a su abuelo— que fuese capaz de mentir por otro. Lleva toda una vida aludiendo a la importancia de la verdad sobre todas las cosas, y es muy curioso como ella —la señaló con el dedo índice— ha conseguido lo que nunca creí probable…

—¿Insinúas que miento, muchacho? —saltó indignado.

—No me obligue a abrir la bolsa y dejarlo en evidencia, abuelo.

—Adelante, hazlo —lo desafió Kent.

Así fue como el marqués abrió el bolso y sacó un refinado vestido de día con florecillas lilas y fondo gris perla.

—Un atuendo muy elegante para una sencilla cocinera, ¿no cree, abuelo?

—Un vestido apropiado para una señora que trabaja en la casa de un duque —rebatió sin inmutarse.

El marqués bufó. Su abuelo llevaría el teatro hasta el final, así que extendió el vestido para que quedase bien a la vista el corte de debajo del pecho. Era estrecho y la mujer de la que hablaba el duque era voluminosa.

—Se necesita, como mínimo, un segundo vestido como este, para que la señora Medelson —así se llamaba la aludida—, entre en esta pieza de ropa.

—Tal vez sea un regalo para uno de los familiares a los que va a visitar —opinó tratando de restar importancia a la acusación del nieto.

El marqués sacó unos pequeños escarpines a juego muy coquetos del interior de la bolsa.

—¿Y eso lo usará en un baile en Londres o se los calzará cuando le prepare su sopa de pollo, abuelo?

—Otro regalo. Mis sirvientes perciben por su trabajo un estipendio de lo más generoso. Así que la señora Medelson puede comprar lo que quiera para su sobrina.

—Una sobrina… —repitió con hastío, sin creer lo que oía—. Debo reconocer que es usted igual que ella —dijo y la volvió a señalar con

el dedo—, porque los dos son capaces de seguir con la farsa y la mentira hasta el final.

—Pamplinas —habló el duque moviendo su mano para restar importancia a las acusaciones—. Deja eso ahí para que la señora Medelson pueda encontrarlo cuando recuerde dónde lo dejó y vayamos a mi despacho para firmar los contratos matrimoniales. Tengo una cara licencia especial que espero utilizar de inmediato. —El duque sacó su reloj y miró la hora. Las ocho en punto. El vicario era un hombre muy dado a mantener la decencia moral. Era extraño que no estuviese ya listo para limpiar el honor de la dama. En ese instante se oyeron unos pasos. Mientras el duque había hecho eso, Margot y Bastian se estuvieron mirando con intensidad… Bien, él con enfado y ella con tensión.

—¿Y bien? —lanzó la pregunta Londonderry mirándola.

El señor Holt llegó hasta donde se encontraban los tres.

—¿Qué? —respondió ella con otra pregunta.

—¿Te quedas? ¿Te vas? ¿Te casas con mi abuelo o lo haces conmigo? —inquirió con remarcado tono de enfado.

—¡Santo Dios bendito! —exclamó escandalizado el vicario al oír las preguntas que el marqués le hacía a la dama.

—No le haga caso, señor Holt, mi nieto es un hombre tremendamente celoso con lo que considera de su propiedad, y no lleva bien tener que compartir las atenciones de su inminente esposa con este viejo duque. —James se llevó al despacho al ministro de Dios, quien estaba muy compungido. Los esperarían allí porque se veía que Bastian necesitaba aclarar las cosas con su futura esposa.

El duque se giró. Tal vez sería mejor decirle a un sirviente que echase la llave de la puerta principal para que la dama no escapase… Negó con la cabeza. Estaba seguro de que su nieto no la dejaría marcharse.

—¿Vas a contestar de una vez? —La volvió a interrogar Bastian una vez que estuvieron a solas.

El marqués dejó el bolso y los demás enseres en el suelo, se acercó hasta ella y la miró fijamente a los ojos.

—¿Qué quieres que haga, Bastian? Decide tú por los dos porque yo estoy cansada de hacer siempre mal las cosas contigo.

—¿Mal? Creo que la palabra que buscas debería ser más dura. Me has negado la mano demasiadas veces. No contenta con ello, exigiste que me volviese a proponer para ser tu esposo. Nos sorprenden en una situación incómoda, le aseguro al honorable señor Holt que voy a casarme contigo, me doy la vuelta y tratas de abandonarme sin miramientos. Margot, creo que no lo estás haciendo mal. —Negó con la cabeza—. Me parece que te mereces que te saque a patadas de mi casa.

Ella levantó el mentón, pese a que comprendía las acusaciones había algo en él que la impulsaba a desafiarlo.

—Me iré si crees que debo dejarte. Me marcharé de inmediato. —Le traspasó la responsabilidad para que él decidiese qué hacer con ella.

—Ganas de darte una lección no me faltan, pero por el bien de la cordura de todos, es decir, la de mi abuelo, la tuya y la mía, creo que será mejor que nos casemos por lo que pueda estar ocurriendo en tu interior. Eso sí, una cosa debes comprender sobre mí. Nunca me he considerado una persona fácil, pero sí soy justo, honrado y cabal. Eres la única que ha conseguido sacarme de mis casillas. Si te conviertes en mi esposa no habrá más hombre para ti que yo. Serás mía en cuerpo y alma. Acepta esta única condición o vete.

Se tomó un momento para analizar sus palabras. La pregunta vino a su mente sin poder evitar que escapase.

—¿Tú serás mío? ¿Solo mío? —quiso averiguar con temple.

Bastian frunció el ceño. No esperaba una cuestión como la pronunciada.

—¿Quieres que lo sea?

—Sí —respondió sin lugar a duda.

—Entonces lo seré.

La vio asentir. Él se relajó un poco. Tenían muchas cosas que aclarar y debatir, pero como pequeña tregua, esa conversación prometía.

—Yo… quiero que sepas que tu abuelo… él… Yo no…

—Margot, nunca has sido una mujer dubitativa, por favor, no estropees lo único que valoré en ti en un primer momento —le recomendó en un tono un poco arisco.

—Yo no deseaba casarme con tu abuelo, como sé que han insinuado las demás candidatas a marquesa. Solo ha sido atento conmigo.

Bastian tomó una gran bocanada de aire. La expulsó.

—Lo sé. El duque de Kent tiene un retorcido sentido del humor cuando se trata de mí.

—Yo quería que lo supieras.

—Hay otras cosas que deseo saber y no estás dispuesta a desvelar. —Ella agachó la mirada intuyendo que Bastian se refería a la identidad del hombre al que se entregó antes que a él.

—En ocasiones, es mejor dejar el pasado olvidado. No merece la pena recordar lo que duele. —Se sinceró con humildad.

—Supongo que no puedo culparte por no confiar en mí todavía —señaló sabiendo que ambos necesitaban tiempo.

—Estoy dispuesta a intentarlo. Te prometo que si me dejas, puedo llegar a ser la esposa que necesitas. Al menos pondré todo mi empeño en ello.

—¿Por qué no podemos hablar así cuando estamos juntos? En todo este tiempo nunca te había visto tan sincera como ahora. ¿Tanto te cuesta mostrarte ante mí?

—¿Yo? —Se puso a la defensiva de inmediato—. No es como si tú pusieras de tu parte. Soy consciente de que he cometido errores que pueden considerarse imperdonables, más para una mujer que está a punto de convertirse en tu marquesa y futura duquesa, pero ¿cuándo has tratado tú de mostrar sinceridad? Nunca, y yo te oí aquella ves que… —se calló de golpe porque sabía que su tono era demasiado defensivo.

—Creo que he sido más sincero que tú —rebatió raudo.

—No. Yo te oí, Bastian. En la boda de Ruth Anne te escuché hablar con su hermano. Solo deseabas a una mujer que evitase que

tu abuelo siguiera asediándote, decidiste que yo era la adecuada. Por algún motivo que no alcanzo a comprender, o tal vez fuese para castigarme, decidiste que yo sería tu esposa. Y te oí claramente decirle a lord Albans que me seducirías para conseguir tus propósitos.

Él se quedó pensativo un momento tratando de recordar aquellas palabras.

—Sí, lo dije. Pero porque había decidido seducirte en cuanto te vi en el Legancy. Esa ridícula máscara no engañaba a nadie, te lo dije en su momento. Si yo hubiese sabido que no eras una mujer inocente, te habría tomado para mi disfrute durante aquel primer beso que nos dimos. ¿Lo recuerdas? ¿Mi primer beso?

—Sí. Recuerdo muy bien que me agarraste por el brazo sin mi consentimiento y que me llevaste a una estancia que supuse que era la tuya privada, para besarme.

—Así fue. —Tenía fresco en la retina aquel día. Trató de robarla sin remordimientos porque en verdad deseaba besarla. Su orgullo deseaba demostrarle que ella podía gritarle y enfrentarlo, pero que se derretía cuando estaba entre sus brazos. No contó con lo que la pequeña arpía rubia le haría sentir.

—¿Vas a olvidar en algún punto que no fuiste el primer hombre con el que tuve un contacto íntimo, Bastian? —preguntó con sencillez y mirando hacia el suelo.

Él le levantó el rostro con un dedo apoyado en su barbilla.

—Con sinceridad no lo sé. Los celos me llevan a los infiernos, Margot.

—Entonces tendremos un obstáculo prácticamente insalvable —opinó con gran pesar en su corazón.

—Deberás confiar en mí, en ti, en que podamos construir algo lo suficientemente sólido como para soportar lo que nos depare el futuro.

Ella cabeceó para afirmar.

—Nunca creí que diría algo como esto: pero estoy de acuerdo contigo por completo. Siento no poder cambiar el pasado. El futuro

sí me pertenece y si tú pones de tu parte, estoy dispuesta a hacer lo mismo. Estamos juntos en esto.

—Lo haré. No tenía intención de casarme, Margot. Mi abuelo puede haber dicho que iba a desheredarme, pero yo tengo mi propia fortuna. Soy un hombre hábil con los negocios florecientes y desde que el abuelo se empeñó en que debía tomar esposa, intensifiqué mis esfuerzos por llenar mis arcas. No soy un noble tan ocioso como parezco. Tengo mis recursos y yo siempre protejo lo que es mío. —La última apreciación fue dicha con tanta vehemencia que Margot sí fue capaz de sentir un manto de protección a su alrededor.

Ella le sonrió.

—Entonces, protégeme porque yo haré lo mismo por ti.

Él abrió sus brazos y ella se dejó caer en su pecho. Margot cerró los ojos y disfrutó del calor que él desprendía. Oía su corazón latir igual de fuerte que el suyo propio. Bastian la separó un momento de su cuerpo y la obligó a mirarlo. Acarició sus labios con sus dedos y ella se dejó hacer.

—Tienes un poder sobre mí que no puedo soportar. Úsalo bien, hechicera —le recomendó antes de descender la cabeza para besarla con tranquilidad. Era terca, lo desquiciaba, lo enervaba, lo enfadaba, y sí, lo volvía completamente loco. Loco de deseo, de ternura. Ella hacía que él quisiera protegerla. La sentía suya. Suya y de nadie más. Era vanidoso, era orgulloso, rudo, tirano y a veces antisocial, pero con ella se desprendía de todas esas capas y acababa cediendo a lo que le inspiraba: amor.

El descubrimiento, revelado mientras le daba un suave y profundo beso, llegó de una forma tan arrolladora que le hizo quedarse quieto.

—¿He hecho algo mal? —Quiso averiguar Margot cuando Bastian dejó de besarla.

—No. No. Tú no, pero creo que yo he cometido un error.

—¿Cuál? —Trató de averiguar mientras lo miraba embelesada. La protección que él desprendía… Margot nunca soñó con poder llegar a sentir algo tan potente como eso.

—Yo creo que me he…

—Hay una licencia especial que está esperando a ser usada —salió el duque a buscarlos.

Bastian agradeció la interrupción. No estaba preparado para lo que supondría revelar sus sentimientos.

—Ya vamos —informó Bastian a su abuelo. La miró con una gran sonrisa—. ¿Estás lista?

—Sí. —No mentía. Deseaba dar el paso.

Los dos comenzaron a andar hacia el despacho del duque.

—Solo siento que sea una boda precipitada, pero creo que será mejor sellar el acuerdo para que no tengas escapatoria. —Al oír esto, ella se ladeó para mirar su rostro y poder evaluarlo—. No vuelvas a huir de mí, Margot. Te juro que allá donde vayas te encontraré y entonces sí azotaré tus bonitas nalgas.

—¡Bastian! —lo regañó. Él no podía decir esas cosas cuando su abuelo estaba a poca distancia de la pareja.

—No he dicho ninguna mentira —se defendió.

—Muchacho, trata de guardar algo para ti —dijo el abuelo azorado por lo que acababa de escuchar. Fue una suerte que el señor Holt estuviese al otro lado de la habitación y no hubiese oído la picarona advertencia.

Bastian miró a su abuelo con media sonrisa.

—Lo haré, pero no vuelva a coquetear con mi marquesa o tendré que desafiarlo a duelo.

—Da gracias de que sea tu abuelo, chico, y de que te quiera, porque de otro modo, estaría tentado a robártela. —El duque de Kent le guiñó un ojo a Margot. Bastian vio el gesto y exhaló.

—Dado que mi abuelo ha encontrado un nuevo punto para fastidiarme, te rogaría, Margot, que frenases cualquier avance que el duque haga.

—¡Bastian! Estás hablando de tu abuelo. Él no haría nunca nada para perjudicarte —señaló la joven dándole un beso en la mejilla al hombre que había hecho posible que ella al fin se convirtiese en una esposa. Un sueño tan lejano… Al fin iba a cumplirse.

—¿Ah, no? —inquirió no muy seguro el marqués.

—Claro que no… Es un hombre inteligente. Él ha hecho que tú acabes casado con la que será la mejor esposa de todo el mundo —exclamó pagada de sí misma. Estar rodeada por Bastian y por el duque era una sensación maravillosa. Se sentía como una familia que la protegería y cuidaría. Sí. Ella podría vivir en el campo con esos dos hombres divertidos que harían de su vida una cosa interesante y entretenida. No necesitaba más. Ruth Anne no vivía lejos y por lo que había oído, April residía también en el campo, a poca distancia.

Una nueva ilusión. Una nueva vida. Una nueva esperanza. Margot entró en el despacho de Kent siendo la hija del conde de Burst, y cuando el vicario obró su magia, y Dios otorgó sus bendiciones a la unión, la marquesa de Londonderry dejó la estancia siendo portada en los brazos del marqués. Su esposo. Su Bastian.

—Puedo usar mis piernas, ¿sabes? —Estaba un poco avergonzada por las libertades que su esposo se había tomado frente al duque y el vicario.

—Sí, pero yo iré más rápido.

—¿Irás? ¿A dónde? —preguntó un tanto nerviosa al ver que él se disponía a ir escaleras arriba.

—A mi habitación. —La pareja ya estaba subiendo mientras oían al abuelo reírse a carcajadas por la reacción de su nieto—. No has tenido la boda con la que toda dama casadera sueña, pero sí voy a ofrecerte la noche de bodas que pocas mujeres consiguen.

—No es de noche, Bastian —hubo de recordarle.

—Mejor, porque me gusta hacer el amor contigo a plena luz del día.

—Aunque me consideres una casquivana, —ella se sentía así por haberse entregado tan rápido a David y con tanta impaciencia a Bastian y no le sabía mal reconocerlo porque era una mujer sincera—, tengo un poco de pudor, y subir a tu cama, con tu abuelo y el señor Holt imaginando lo que vamos a hacer…

—Ah, ah. Puedes ser toda una libertina atrevida y falta de pudor cuando estés en mi lecho. Nunca me quejaré de eso. Además, siendo objetivo y honesto, reconozco que me siento alegre por no tener que lidiar con una joven virginal. Ni te imaginas lo que uno escucha en el club de caballeros de White's.

—¿Qué escucha uno allí? —dijo con curiosidad.

—A jóvenes lores recién casados hablando de las lágrimas y la incomodidad que sufren sus esposas cuando ellos las visitan en la cama.

Habían llegado ya a su habitación y Londonderry la estaba dejando sobre el lecho.

—No es correcto que un caballero hable así de las intimidades con su esposa. —A ella no le gustaría que Londonderry airease sus asuntos públicamente. Por suerte, en el campo ambos estarían más protegidos.

—Lo sé, pero allí dentro no suele haber mucha corrección cuando corre el *whisky*.

Margot estaba sentada en la cama admirando a ese hombre que se acababa de convertir en su esposo. La discusión de la noche anterior se sentía lejana. Tanto que ella se prometió que haría todo lo posible para mantener la paz entre ambos.

Lo vio desanudarse la corbata blanca y abrirse la camisa con violencia. Los botones saltaron por los aires y rasgó la tela.

—Eres tan impulsivo…

—Lo soy porque tú estás en mi cama. Eres mi esposa y tengo todo el derecho de tocarte, acariciarte, besarte, lamerte y hundirme en ti hasta el final.

—Eres demasiado específico cuando hablas de tus deseos. —le reprobó.

—Soy un hombre de fuertes apetitos, Margot. Si solo vas a estar tú en mi cama, creo que será mejor que te diga lo que voy a hacerte cada vez que estés cerca.

—Eres tan incorrecto. —Y por ese motivo lo adoraba.

—Me alegra que solo objetes mi incorrección y no censures mi hambre por ti.

—No la puedo censurar, porque yo te deseo también. Y más te vale que estemos solos tú y yo en tu cama —comenzó con el juramento—, porque te prometo que si osas engañarme haré de tu vida un infierno.

—Apuesto a que lo harías, pequeña arpía. Por cierto, ¿la duquesa de Atholl te ha dado alguno de esos camisones que te prestó? —Bastian se sentó en la cama para sacarse las botas hessianas con un poco de esfuerzo. Se incorporó y se fue quitando los pantalones.

—Sí. Ella puso un par. —Cuando los vio en el fondo del baúl se sonrojó.

—Fabuloso, mañana podrías mostrarte con uno, que sea el más indecente de los que te haya puesto. —Se le hacía la boca agua imaginándola con un poco de tela transparente sobre su cuerpo.

Ella rodó los ojos. Era un tirano incluso en sus peticiones íntimas. Margot dejó de pensar en el momento en que vio lo que se presentaba ante ella.

Bastian se quedó completamente desnudo. El pecho de él, con un poco de vello negro entre sus pectorales, la dejó sin aliento. Siguió mirando hasta que vio un miembro erecto, tan grande que su boca se abrió de par en par… ¿Eso se había insertado en ella? Era un milagro que no la hubiese partido en dos.

—Eres grande en todas partes —señaló observándolo con absoluto detenimiento.

—Lo soy, en todos los aspectos —dijo fanfarroneando. Margot rodó los ojos de nuevo. Ese era su esposo: vanidoso y arrogante—. ¿Por qué sigues vestida, mujer? —preguntó con molestia—. ¿No tienes ganas de que te haga el amor? —Estaba un poco decaído al ver la poca acción que ella estaba poniendo en su noche de bodas. Sí, bien, la seducción estaba siendo orquestada de buena mañana, pero era el día de su enlace y eso era lo que importaba.

—Muchas. —Comenzó a decir ella mientras se incorporaba.

—¿Por qué no estás desnuda ya implorando por mis atenciones?

—Porque antes recibirás tú las mías.

—¿Qué pretendes? —inquirió con cierta diversión al observarla mirarlo con picardía.

—Conocer a mi esposo. Has dicho que me deseabas libertina en tu lecho y yo te lo concederé. —Margot llevó una mano hacia su eje para tocar su textura. Era grueso, fino al tacto, pero duro cuando lo apretó.

—Me parece bien, pero tengo una petición que hacerte.

—¿Qué deseas, esposo? —inquirió en tono seductor.

—Quítate la ropa y te dejaré explorarme a tu antojo.

—¿Yo podré hacer lo que desee contigo? —No se hubiese imaginado que él le cedería el control con tanta facilidad.

Él se rio con ligereza.

—Vayamos paso a paso, hechicera. No sé si estás preparada para manejarme sin mi ayuda. —No la veía tan mundana como imaginaba que Margot se sentía en estos momentos.

—¿Es un reto?

—¿Quieres que lo sea?

—¿Por qué no? —preguntó juguetona.

Margot soltó la virilidad que había estado sosteniendo. Llevó sus manos a los botones delanteros del sencillo vestido que había servido para casarse y comenzó a desabrocharlos. El atuendo cayó al suelo. Se quedó con la camisola, las enaguas y las medias.

—Por Dios, Margot, quítatelo todo o tendré que asaltarte. No imaginas las ganas que tengo de hacerte mía de nuevo. Desde que bajaste del carruaje y te vi… Nunca te perdonaré que no vinieses el viernes como te pedí.

—¿Cuándo me pediste que viniera? —Quiso averiguar al tiempo que se deshacía de la camisola.

—En Londres. Te informé de la fiesta y te invité a venir antes para que mi abuelo te conociera. Confieso que cuando supe que estabas en casa de Atholl, imaginé que podría traerte antes para que el abuelo anulase la estúpida *cacería del marqués.* —Puso una voz infantil para referirse a este hecho.

Cansado de estar de pie, se sentó en la cama para disfrutar de esa hermosa función privada que su esposa estaba dando solo para sus ojos. Se estaba quitando despacio la camisola, las medias…

—Tú no pides. Tú, esposo mío, ordenas.

Él encogió los hombros.

—Soy un marqués, es lo que hacemos. Y no es como si estuvieses libre de pecado, querida mía, porque intuyo que apareciste el sábado tratando de darme una lección. —La miró acusador.

—Te equivocas —rebatió presta—. Hubiese venido a la fiesta el viernes, pero estuve enferma. —Estaba segura de que Ruth Anne la habría convencido para que recapacitase mucho antes si ella no hubiese estado indispuesta.

Londonderry se incorporó con preocupación.

—¿Qué pasó?

—Me sorprendió una tormenta y el duque de Atholl vino en mi rescate. Estuve en cama unos días con fiebre. —Era un poco más serio que lo contado, pero no entraría en más detalles.

—Dios mío. ¿Por qué no mandó por mí el duque de Atholl? —Cuando viese a su padrino tendría unas palabras con él.

—¿Te hubieses atrevido a dejar la fiesta y venir en mi busca? Tu abuelo se hubiera enfurecido muchísimo. —Veía una gran pelea entre ambos si eso llegaba a ocurrir.

—Eres mía, Margot. En el mismo momento en el que me besaste, sentí que me pertenecías. Yo siempre protejo lo mío. Desde luego que hubiera ido a verte de inmediato. —La vehemencia con la que lo dijo le hizo bailar el corazón.

—No me gusta sentirme como si fuese una posesión, como un mueble. —La protección sí le gustaba, pero él se mostraba demasiado déspota.

—No lo eres. Eres mi más preciado tesoro, mi esposa —precisó con firmeza.

—Está bien. Te lo concedo, pero solo porque me encanta sentirme protegida por ti cuando dices cosas como esa —confesó

con delirio.

—¿Te has recuperado del todo? ¿Hay que llamar a un médico? —Bastian le tocó la frente como si la fiebre aún pudiese persistir. Ella se sonrió; estaba febril, pero por culpa de lo que él le inspiraba.

—No. Lo que hay que hacer es tumbarse, señoría, para que su esposa lo examine con atención. —Margot, sin nada más que su lustrosa piel lechosa, se acercó a la cama y de un pequeño brinco se subió sobre él.

—Soy todo suyo, *lady* Londonderry —susurró lleno de lujuria.

—Me gusta mi nuevo título.

—Te sienta bien. Sobre todo, desnuda y estando sobre mí. ¿Qué me harás?

—Quiero acariciarte y lamerte. No sé cómo hacerlo, vas a tener que enseñarme. —Margot sujetó su erección. Lo que más interés le causaba en el cuerpo de su esposo, era esa parte tan grande. Se sentía libre cuando estaba con él. Tanto como para poder actuar obedeciendo a sus impulsos primitivos.

—¿No sabes tocar a un hombre? —preguntó con sorpresa.

—No —respondió con sinceridad.

—Pero… tú… —No era el momento más apropiado para sacar a colación que ella había yacido con otro, aunque…

Hubo un minuto de silencio muy incómodo.

—¿Puedo hablar con sinceridad y pedirte que no te enfades? —preguntó la rubia.

—Siempre debes hablar con la verdad cuando te dirijas a mí, porque yo pienso hacer lo mismo contigo. En cuanto a lo de no enfadarme… No estoy seguro de poder controlarlo, porque bien sabes que soy un hombre muy temperamental. Aunque te prometo que trataré de ser paciente si tú también lo eres. —Tampoco es como si ella se quedase atrás en cuanto a no morderse la lengua.

—Yo no era virgen cuando llegué a ti, pero después de haber estado contigo, comprendí que nunca hice el amor. —Esa era una verdad universal. Su primer encuentro fue del todo… No sabría cómo calificarlo, pero no fue como lo vivido con su esposo.

—¿Qué quieres decir? —Londonderry no alcanzaba a comprenderla.

Ella suspiró. Apoyó las manos en el robusto pecho de él y jugueteó con su suave vello. Fijó su vista en ese punto de sus manos.

—Tumbarse sobre tu espalda y sentir un inmenso dolor mientras te… —Tragó saliva viendo que su esposo se ponía muy serio—. En fin, yo no hice más que lo que acabo de decirte. No sucedió nada placentero como lo que tú me haces.

—¿No hubo placer? —No sabía quién podía ser tan patán. Incluso con una virgen, un hombre tenía que dedicarse tiempo a investigar y hacerla sentir cómoda.

—No hasta que tú llegaste. No supe lo que era eso hasta que me besaste y mis rodillas se sintieron como si se derritieran.

—¿Nunca te besó? —Estaba pasmado.

—Un ligero roce en los labios no debería ser considerado un beso. Eso también lo aprendí después de que tú saqueaste mi boca. —Le sonrió con coquetería.

—¿Estás segura de que perdiste la virginidad? —Saber que ella había descubierto las bondades de la pasión y la lujuria con él le dio un orgullo desmedido en su ser. Mucho más de lo que acostumbraba a sentir.

—Londonderry —usó el título a propósito—, de aquello resultó un bebé. Evidentemente hice todo mal, pero sí hubo consecuencias.

—Cierto. Me olvidé de esa parte. —Él tendría que ir a visitar a la familia de su esposa pronto y decirles un par de cosas que…

—Bien, creo que ya te he confesado lo más humillante de mi vida. Siento que haya sido justamente cuando nosotros estamos a punto de… —Se humedeció los labios y mordió el inferior. Tenía a un maravilloso ejemplar bajo su cuerpo… ¡desnudo! Y era solo para ella, para su placer y deleite. Se sintió plenamente posesiva con su marido.

—De consumar nuestro matrimonio. —La ayudó al ver que ella se quedaba callada.

—Sí.

—No te disculpes, me agrada que solo sintieras dolor. —Hizo una mueca cuando ella le propinó un pellizco en su abdomen. El marqués se dio cuenta de lo que había dicho en alto—. Quiero decir que no me alegra que te doliera que… Margot, esto es muy complicado —él mismo se estaba haciendo un lío—, solo estoy complacido de que hayas disfrutado conmigo y únicamente conmigo.

Ella le sonrió de nuevo. Se agachó un poco y le dio un ligero beso en los labios. Él aprovechó el gesto y hundió su lengua en la cavidad femenina para darle un beso húmedo muy prometedor. Cuando Margot consiguió escapar de sus garras le dijo:

—Me he atrevido a decírtelo porque intuía que la noticia te agradaría.

—Soy demasiado celoso, soy consciente de ello. Trataré de mejorarlo todo cuanto pueda, pero no prometo nada. —La verdad es que desearía tenerla solo para él durante una buena temporada de tiempo. No le agradaba ni la idea de tener que compartirla con el servicio… y especialmente con su abuelo, pues sabía que el duque la adularía y la haría sentir una princesa para que ella lo quisiera tanto como a él mismo.

—Me gusta sentirme querida y protegida, únicamente intenta no enfadarme —ella sonrió antes de agregar—: y todo irá bien.

Él bufó con diversión.

—De acuerdo. Ahora haz el favor de comenzar a tocarme porque estoy loco de deseo por ti. —Levantó un poco sus caderas para evidenciar lo dicho y ella se asustó debido a la sorpresa.

—Eres malvado.

—Sí, mucho. Empieza a hacer algo o yo tomaré el mando, querida. —La avisó muerto de necesidad.

—Está bien. ¿Puedo hacer lo que quiera?

—¿Qué te propones? —preguntó con cautela al verla morderse el labio muy codiciosa.

—Me gustaría probarte, aquí. —Ella movió su virilidad.

—Dios santo, hazlo mujer —la invitó con alegría.

Margot descendió sobre su cuerpo y se colocó entre las piernas del marqués. Agarró el falo con las dos manos y lo examinó y movió a su antojo. Comenzó con delicadeza, pero viendo que él no se quejaba, comenzó a moverlo de arriba a abajo con suficiente presión y ritmo para que él gimiese con fuerza.

—¿Estás bien? —No estaba segura de si el ritmo que le daba le estaría haciendo daño.

—En el cielo. Y espero estar mejor pronto.

—¿Cuándo? —No entendía la alusión hecha por su esposo.

—Cuando me lleves al interior de tu boca.

—¿Quieres que lo haga?

—Con todas mis fuerzas, Margot. Que una mujer ofrezca su lengua es poco habitual. Que tú lo hayas ofrecido en nuestra noche de bodas es una recompensa por algo muy bueno que he debido hacer.

—No es de noche.

—No importa, tengo los ojos cerrados. Está oscuro. Recompénsame, te lo suplico.

—Pero tú no has hecho nada bueno por tu esposa… —Oír su voz en una mezcla de autoridad y necesidad era tan extraño.

—¿No, pequeña bruja? Yo diría que sí.

—Está bien.

Ella se sonrió. Le gustaba que se mostrase tan vulnerable y urgido ante ella. Tal vez su boca pudiera ser un buen remedio para calmarlo cuando la situación lo requiriese, pensó en su interior, sabiendo que quizás sí acabase en el infierno por tener esos ideales libertinos. Bueno. Le daba igual, Londonderry dijo que la seguiría allí a donde fuese, así que poco importaba ir a visitar a Lucifer.

Margot sacó la lengua y probó una gota perlada que había en la punta. Lo oyó gemir con el sencillo contacto de su lengua. Envalentonada decidió rodearlo con su boca por completo. Las manos de él llegaron hasta su cabello y la sujetó para que no se moviese.

—Sube y baja tu mano sobre mi miembro mientras me tomas con la boca.

Margot lo hizo. Se dio cuenta de que él movía sus caderas con intensidad. Cuando no fue capaz de seguir el ritmo que él deseaba. Separó su boca del eje y respiró con tranquilidad.

—Lo siento, esposa. —Se había dado cuenta de que había sido muy rudo con ella—. Eres demasiado tentadora. ¿Te he hecho daño?

—No. Estoy bien —respondió al tiempo que llevaba sus manos para tocar sus sacos llenos—. Eres duro, pero blando. Es extraño. —Eran como dos pequeñas pelotas que la hacían querer investigar mucho más.

—Y tú eres maravillosa —confesó en el momento en el que su esposa palpaba con una mano sus atributos más sensibles, y con la otra lo masajeaba en su virilidad. Y cuando ella pegó su boca sobre él, todo se complicó. El ritmo de la mano era preciso, los tiernos apretones en sus testículos, sublime, y la presión de su lengua rodeando su hombría era esencial—. ¡Margot!

El grito hizo que ella se quedase muy quieta.

—¿Te he hecho daño? —se atrevió a preguntar con inseguridad. La respiración, los gemidos y el deseo que percibía en su esposo, parecían indicar que estaba siendo una buena mujer en el lecho.

—No. No —se apresuró a negar—. Lo que sucede es que eres demasiado hábil y no quiero verterme en tu lengua… No al menos hoy. —Dios, solo de imaginar que ella pudiera haberse tragado su semilla… Lo hacía sentir como un hombre de las cavernas vanidoso y orgulloso.

—¿Qué haces? —Quiso averiguar cuando se dio cuenta de que él la levantaba de la cama, la dejaba a un lado y ponía un par de cojines en el borde.

—Quiero tomarte desde atrás.

—¿Cómo has dicho?

—Sube ahí —dijo y señaló los cojines—, te mostraré la locura que puedo provocar en tu cuerpo.

Margot no se atrevió a negarse. Él era el pícaro y ella estaba necesitada de su atención.

Se tumbó sobre su vientre en el lecho con los cojines por debajo y el colchón ayudó a que tuviera sus posaderas más altas. Trató de relajarse, lo consiguió cuando él comenzó a hurgar entre sus pliegues. Cuando sus dedos masajearon su pequeño botón… Fue grandioso.

Entonces lo sintió apoyarse en su apertura y se puso un poco nerviosa. Él lo percibió.

—Confía en tu esposo. Siempre lo haré bueno para ti.

Ella asintió dando su permiso y aceptando lo prometido por él.

Poco a poco, con tranquilidad y disfrutando de su estrechez, fue hundiendo su falo en el interior de su esposa sin dejar de tocar su botón del placer. Y ella gimió de puro gusto con la intrusión.

—Bastiaaan —susurró presa de la lujuria más dulce.

—Lo sé. Es maravilloso sentir tu humedad y calidez. Estás tan mojada que entró perfectamente en tu interior incluso desde esta posición.

La altura de él, le permitió recostarse sobre la cama, apoyando las rodillas para no hacerle daño al tiempo que seguía abriéndose paso. Llevó sus labios a la nuca de su mujer y la besó con devoción. Era indudable. Estaba irremediablemente enamorado de ella. Esa pequeña bruja rubia lo había hechizado con su frescura y bravuconería.

Llegó hasta el fondo y gimió. Ella también gritó de placer.

—No pares… —le pidió queriendo moverse para sentir sus embestidas.

—Pequeña codiciosa… No pienso parar en todo el día.

Bastian se rio al sentirla tensarse bajo su cuerpo y comenzó a mover las caderas. Su miembro llegaba hasta casi la salida de la entrada de Margot y regresaba hasta el interior dando un recorrido que los mataba de gusto a ambos.

Pronto la danza se hizo insoportable. Cruda. Ansiosa.

—Más, más… necesito más, más… —le reclamó Margot sin vergüenza a su esposo.

—Y yo te lo daré. —El dedo que la trabajaba en su perla, comenzó a frotarla más fuerte. Las embestidas subieron el nivel y en pocos segundos, lord y *lady* Londonderry gritaron al unísono para alcanzar la cota más alta del placer que un hombre y una mujer podían conseguir juntos. En perfecta sincronía.

El rugido de la pareja, en especial el del marqués, reverberó en todas las partes de la casa. Incluso llegó inconfundible hasta el despacho donde el señor Holt y el duque estaban conversando sobre lo bien que había resultado todo…

El duque de Kent se sonrió. Si su nieto no la había embarazado ya, poco faltaría. El señor Holt dijo una breve plegaria y se puso a pensar en que muy religioso, ese grito del marqués, no había sido…

Capítulo 9

Una noticia angustiosa

Estaba soñando con él. Su esposo le estaba dando placer con su lengua y ella no podía más que abrir las piernas para ofrecerle un mejor acceso.

Los párpados de Margot se separaron perezosamente. Una sonrisa se dibujó en sus rosados labios. No era un sueño, era la habitual manera que tenía Bastian de despertarla. Había sido así durante las dos semanas en las que habían estado disfrutando el uno del otro sin censura, con libertad, con lujuria. Bastian y ella se conducían por sus impulsos primarios y era delicioso. Tal vez, haber oído a tía Theodora decirle lo malvada que era, había hecho que Margot al fin sí se convirtiese en una codiciosa libertina, porque el hambre por su esposo nunca cesaba.

Era maravilloso. Ser esposa de Londonderry era fantástico. Vivir en su casa era otro privilegio. El duque de Kent se había trasladado a una habitación más alejada y les había dado a ellos las del duque y la duquesa. Su esposo no permitía que ella durmiera lejos de él, por lo que compartían la estancia de Bastian.

Le habían dado permiso para cambiar la decoración de lo que quisiera en la casa y ella había hecho los arreglos en su habitación. El resto estaba perfecto.

Estaba en su hogar. Se sentía en el paraíso y cada noche oraba para que Dios no la volviese a olvidar.

Su esposo introdujo dos dedos en su cavidad y ella gimió más alto.

—Bastiaaaaan —susurró como una súplica.

Dos semanas y todavía no se saciaban el uno del otro. Se sentía tan deseada que iba a explotar de pura dicha. El marqués sí tenía fuertes apetitos. Habían estado retozando en las cuadras, lugar en el que echó a todo el mundo y la poseyó acusándola de incitarlo con ese traje de montar tan provocativo. ¡Si era una sencilla camisa y un pantalón que él mismo le pidió que llevase!

En la biblioteca. Margot se había subido a la escalera para buscar un libro en las últimas estanterías, y él trepó por detrás, para meter su cabeza bajo su falda y hurgar entre la abertura de sus enaguas.

En el despacho de Bastian. Toda una gran ventaja que estuviera alejado del de Kent, porque cuando la llamó para hablar de su asignación, ella acabó de rodillas bajo la robusta mesa de roble, trabajando la erección de su marido, mientras él seguía leyendo las misivas recibidas de Londres. Y ahí supo que él fabricaba un líquido espeso y blanquecido, que al pasar por su garganta se sintió caliente, tanto como ella se puso por complacerlo. Desde luego, cuando Bastian tuvo su recompensa, la esparció sobre la mesa y la leyó con gran interés… En concreto se centró en lamer y besar sus pechos, para luego levantarle las piernas y posarlas sobre sus fuertes hombros masculinos a fin de poder degustar su intimidad de un modo pausado, tierno y sensual que la hizo gritar su nombre mientras él seguía bebiendo de su interior.

Eran malvados. Uno y otro ideaban situaciones entretenidas para sorprenderse. Margot no deseaba que él buscase satisfacción en otro lugar y se tomó al pie de la letra la recomendación de su esposo para sacar el pudor de su vida cuando estaba junto a él. Su esposo. Su marqués. Bastian.

Dos semanas, y los asuntos del lecho prácticamente no tenían secretos para ambos.

Margot frunció el ceño y saltó ante el contacto de su esposo. ¿La lengua de él había llegado hasta ese lugar tan secreto e inadecuado?

—Te asusté… —dijo él mirándola desde su posición, es decir, que él figuraba entre sus piernas abiertas y le prestaba toda su atención.

—Yo… Confieso que… ¿por qué…? —Le había lamido su agujero posterior y eso sí que consideraba que no era decente, adecuado, ni normal, ¿verdad?

—¿Te ha molestado? —inquirió él con cautela.

—Yo… —Ciertamente no sabía qué responder—. Supongo que ha sido inesperado. ¿Por qué lo has hecho?

—¿Te ha gustado? —El marqués estaba muy interesado en la respuesta de su esposa.

—¿Eso está permitido? —preguntó inocente.

—Entre un hombre y una mujer que se desean, todo debería estarlo, más si son esposos. ¿No crees?

Ella se tomó un momento para evaluar la observación del hombre que le había abierto un sin fin de posibilidades.

—¿Qué te propones hacer… ahí? —Se mordió el labio inferior.

—No lo sé con seguridad. Lo cierto es que he oído algunas cosas interesantes sobre la estrechez que hay en esa parte del cuerpo femenino.

—¿Has oído… qué? —Ella compuso una mueca de horror. ¿Quién le habría dicho algo como eso a su esposo?

—Conocí a una mujer de la que se decía que ella disfrutaba ofreciendo esa parte de su cuerpo a sus amantes.

—¿Se puede disfrutar usando eso? —Margot se quedó con los ojos como platos. Nunca lo habría pensado.

Londonderry se acordaba perfectamente del gusto que se le atribuía a la antigua amante de su mejor amigo, a lord Albans, quien se había marchado sin despedirse de Londres; y con quien no estaba en buenas relaciones debido a las discrepancias sobre esa amante llamada *lady* Montgomery, que era una aprovechada que hundiría en la miseria a su amigo.

—No lo sé. Nunca lo probé, pero contigo me dan ganas de improvisar.

Ella tragó saliva con dificultad.

—¿Estás insinuando que quieres hundir tu eje ahí detrás? —preguntó mortificada. Una cosa era jugar con todo tipo de dulces, como hicieron una noche que asaltaron la cocina, y otra diferente, querer meter su gran cosa en esa parte que era de salida. ¡Londonderry era del todo extraño! Debería negarse al punto porque tal vez si permitiera que él… en fin, *eso*, sí podría aparecer Lucifer y llevarlos a los dos a rastras hasta su morada.

Él sabía que estaba yendo demasiado lejos. Cuando estuvo lamiendo su sexo tuvo el impulso de hundir su lengua profundamente detrás. Deseaba reclamarla también en ese lugar tan prohibido. Nunca creyó que le interesaría hacer algo como lo que le venía a su mente, pero, por Dios, quería reclamar cada agujero de su cuerpo por el que él pudiese acceder.

—No lo haré si no me lo permites —respondió con sinceridad.

—O sea que sí quieres hacerlo. —Ella había escuchado perfectamente entre líneas.

—Sí. Me gustaría saber qué se siente, pero no lo haré si no quieres —le advirtió tratando de tranquilizarla.

—Yo… No sé si… —Suspiró sin saber cómo seguir la frase.

—¿Quieres que probemos una cosa? —propuso su marido para tratar de tranquilizar la ansiedad que percibía en su marquesa.

—¿El qué?

—¿Confías en mí?

—Siempre —apuntó sin dudarlo un instante.

—Entonces túmbate y deja que yo trate de averiguar si tú toleras lo que me gustaría probar.

—¿Cómo lo harás? —No estaba demasiado tranquila.

—Acuéstate, cierra los ojos y deja que yo te lleve. A la primera incomodidad que sientas, solo dilo y me detendré.

Margot no alegó nada más. Hizo justo lo que su esposo le aconsejó. Se colocó en la cama. Volvió a abrir sus piernas lo máximo

permitido y cerró los ojos con suavidad dispuesta a deleitarse con las caricias de Bastian.

Sonrió complacido por la confianza mostrada por su esposa. El marqués regresó su lengua al sexo de ella. La lamió con insistencia, haciendo que la saliva de él resbalase hasta llegar a la zona que le interesaba en esta ocasión. Llevó un dedo en el interior de su cavidad femenina y bajó el ritmo de su lengua porque no deseaba que Margot explotase tan pronto.

La otra mano de Londonderry tanteó el agujero posterior con ternura. Apoyó la yema en la entrada y cuando sintió que su mujer se relajaba y daba su consentimiento para que él investigase ahí, metió con delicadeza la falange hasta que no pudo entrar más el dedo índice.

—¡Bastian! —No había rastro de incomodidad o temor. Sí una lujuria comedida en la exclamación dicha por Margot. Se sentía llena. Delante, detrás… Varios dedos bailando en su interior mientras una lengua generosa premiaba su confianza con lamidas cada vez más ansiosas.

El marqués se sonrió. Ella era todo lo que un libertino pudo haber pedido en una esposa. Tan ardiente, tan necesitada, tan dispuesta a probar cosas nuevas. Lo primero que haría nada más llegase a Londres sería prescindir de los servicios de Beverly, su amante.

Era extraño que después de tantos meses, él no hubiera tenido la urgencia de ir a visitarla… Se sonrió de nuevo mientras seguía lamiendo el sexo de su mujer y movía sus dedos con frenesí. La pequeña hechicera rubia lo tenía tan pendiente de ella, que él no necesitó recurrir a los servicios de otra fémina. Los besos que le había robado a su marquesa fueron suficientes para mantenerlo satisfecho cuando todavía no la había conocido íntimamente.

Sería conveniente regalarle un caro collar de diamantes y cortar la relación con Beverly porque no iba a requerirla jamás. No con la esposa que se había agenciado. Con Beverly nunca tuvo ansias por degustarla, ni tan siquiera participaba activamente en su seducción.

Solo se quedaba acostado mientras ella lo complacía según las indicaciones que él le daba.

Con Margot era diferente porque lo motivaba la curiosidad, el amor, la necesidad. Estaba tan enamorado que tenía un miedo atroz ante la idea de que ella no sintiese lo mismo. Y por ese sencillo motivo no había confesado sus sentimientos.

Glorioso. Ese hombre que le hacía el amor era increíblemente… ¡todo! La colmaba de tantas atenciones que ella cualquier día caería a sus pies. Pero se consideraba una mujer cauta. Sí, en cuanto a los hombres se trataba. No estaba dispuesta a desnudar todavía su alma porque, aunque en este período de tiempo él le estaba demostrando que el pasado prácticamente estaba olvidado, seguía sintiendo miedo por volver a ser traicionada por otro hombre. Si David le hizo daño y solo fue una ilusión de lo que pudo haber sido y no llegó a producirse, Bastian era mucho, muchísimo más que eso. Se había entregado a él en cuerpo y alma. Y en ese momento, en el que él volvía a reclamar algo que ella no pensó que pudiese ser dado, deseaba con todas sus fuerzas poder otorgárselo.

Su esposo dejó quieta su boca en un punto y su lengua castigó con fuerza su montículo más sensible. La intensidad de las pequeñas, pero certeras embestidas hechas con sus dedos la hacían delirar. Llena. Ansiosa… La cosa se complicó cuando sintió que su esposo trataba de meter un segundo dedo en su cavidad posterior.

Deseaba ser una buena esposa. Una amante complaciente. Cerró los ojos con fuerza e inspiró aire para relajar su entrada. Lo quería ahí. Si él necesitaba profanarla con dos dedos delante y otros dos detrás, ella haría todo lo posible para poder albergarlos. Su lengua le daba tanto placer que no sentía más que lujuria líquida circulando por sus venas.

—Bastian, Bastian, Bastiaaaaaan, mi amor —gritó con todas sus fuerzas mientras se agarraba con las manos de las sábanas de la cama y curvaba su espalda.

El éxtasis fue tan grande y arrollador que creyó que el corazón se le escaparía. Se quedó laxa y quieta disfrutando de la sensación

agradable de una liberación tan inesperada e interesante. Cuando su esposo sacó todas sus falanges de su interior, se sintió vacía. Casi lloró por la pérdida. Le gustaba sentirlo dentro, no importaba qué parte de su cuerpo tomase. Lo deseaba por completo.

El marqués la volteó sobre el lecho y la dejó con su vientre pegado a la cama. Se agarró el miembro y lo lubricó con su propia saliva porque la necesitaba. La deseaba con unas ganas tan intensas que si se descuidaba, su semilla saldría liberada con el solo roce de sus posaderas.

Una palmada retumbó en la habitación.

—¡Bastian! —Sentir la palma ahuecada de la mano de su esposo sobre su nalga derecha, hizo que ella despertase de su agradable sueño.

—No he podido evitarlo. Desde que te conocí. Mejor dicho, desde que viniste a gritarme por haber hablado mal de tu amiga Ruth Anne, deseé hacer algo como esto. Ver el color rojo que se ha quedado en tu lechosa piel… ¡Uf! Me haces hervir, Margot. Siempre supe que era un hombre con unas necesidades muy específicas, pero tú me inspiras a ser todavía más libertino, más malvado. Cuando me enojas deseo tumbarte sobre mis rodillas y dar palmadas sobre tus preciosas posaderas hasta que prometas que serás una buena mujer para mí.

—¿No soy una buena mujer? —inquirió enfurruñada mientras él le subía las piernas a fin de que sus rodillas quedasen apoyadas sobre el colchón.

—La mejor, pero me encantaría que me enfadases… Con algo que no supusiera un disgusto demasiado fuerte, y así darme una excusa para azotar tus preciosas nalgas. Sube tus manos y apóyalas sobre el colchón como tus rodillas.

—¡Eres incorregible! No soy una niña para que desees castigarme —rebatió al tiempo que se ponía en la posición que él había demandado.

—Desde luego que no. Eres mi esposa y lo que tengo en mente, no se lo podría hacer a ninguna otra mujer, menos a una niña,

esposa mía.

—Siempre supe que eras un hombre tremendamente malvado.

—Sé que lo sabías y por eso me buscabas.

—¿Yo te buscaba?

—En cada baile, en cada cita clandestina en el Legancy. Confiesa que estabas prendada de mí.

—Bueno, podría confesar que deseaba asesinarte con mis propias manos cada vez que hablábamos.

—Seguro que el interior de tus piernas se ponía húmedo cuando yo te miraba —el marqués llevó una mano a su sexo. Ella seguía chorreante—, como ahora.

—Siento desilusionarte, querido mío, pero lo único que se ponía húmedo en aquel momento, eran mis ojos de la rabia que me inspirabas.

Una nueva palmada resonó en la estancia. Esta vez, Bastian puso roja su nalga izquierda. Ella se quejó en un aullido sordo cargado de reprobación, deseo y sorpresa.

—Sigue mintiendo y tendré la ocasión perfecta para poder colorear tus nalgas como quiero hacerlo.

—Eres del todo extraño… ¿También te da placer darme palmadas?

—Me da placer todo lo que tenga que ver contigo, Margot. Pero tengo una especial predilección por probar esto. —Él tocó con suavidad sus posaderas y llevó de nuevo un dedo hacia su entrada posterior.

—No sé si sabré hacerlo. Que encajases delante, fue fácil porque estaba muy… En fin, te deseaba fervientemente y no me di cuenta de que algo tan grande entraba en mí. Ahora soy consciente de tu tamaño y de dónde lo quieres introducir y estoy muerta de miedo.

—Nunca te haría daño.

—Me has dado una zurra.

—¡Nah! Te he dado dos pequeños azotes juguetones que ambos hemos disfrutado. —Lo había puesto al límite hacerlo.

—¿Lo hemos disfrutado? —preguntó con escepticismo.

—¿Vas a negar que te ha gustado sentir un poco de escozor en tu piel?

—No. No lo negaré porque saber que te gusta me provoca que me apetezca y me deleite en lo que me haces —dijo con sinceridad.

—Entonces ayúdame a entrar en la parte que deseo y todo irá bien.

—Claro, porque es tan fácil lo que planteas… —dijo con ironía mientras sentía la punta del falo de su marido a las puertas de su trasero.

Margot se agachó un poco y comenzó a respirar con profundidad para concentrarse. Al sentir que él introducía la punta, hizo un poco de fuerza tratando de abrir su pequeña abertura… ¡Él no iba a caber ahí!

—Sí, sí lo haré, si lo permites y te relajas. —Margot frunció el ceño… ¿lo había dicho en alto?

—¡Ah! —gritó un poco más fuerte de lo que quiso. Su esposo había dado un nuevo empujón—. Dime que ya no hay nada fuera.

—Me temo que solo he entrado una pequeña porción de mí.

—Dios santo, Londonderry. —Usó el título para demostrar su incomodidad—. No creo que pueda hacerlo. Estoy muy alterada, nerviosa y a punto de gritarte.

—¿Te duele? —preguntó con precaución.

—No es agradable. Es extraño, siento quemazón y… ¡Oh! —exclamó la última palabra como si fuese un gemido.

Su esposo había llevado una mano hasta su sexo y comenzaba a masajear su perla con movimientos certeros y duros. Si eso fallaba, Bastian desistiría.

—¿Mejor? —inquirió con una brillante sonrisa que Margot nunca llegaría a ver. Ella ya estaba concentrada en las nuevas sensaciones provocadas.

—Síííí… —Se relajó al sentir un poco de placer. La combinación de lo que sentía detrás y el placer que despertaba en su sexo, era algo desconocido y… ¡sorprendente!

Con tranquilidad, con un autocontrol digno de cualquier gran general que fuese a la batalla para conquistar el último pedazo de tierra libre, Bastian fue entrando en el interior de su esposa. Si por delante ella era apretada, por detrás era puro vicio. Tanto lo estaba estrangulando que parecía que en el siguiente tramo que él recorriese, su semilla se escaparía. Deseaba liberarse, pero al mismo tiempo quería estar enterrado hasta la empuñadura para poder decir que un terreno inexplorado había sido de él.

Y… Oh, Dios de la lujuria. Si la sodomía era un pecado capital, él se dejaría cortar la cabeza siempre que le dejasen disfrutar de su mujer en ese aspecto.

—¡Bastian! —El nombre de él salió en un lloriqueo de necesidad.

Su esposo sabía que ella estaba cerca, así que cuando volvió a embestir con un recorrido largo, no se refrenó y su elixir salió sin contención para derramarse en las profundidades prohibidas de ella. Donde nunca ningún hombre había llegado, ni llegaría. El marqués rugió como un león satisfecho después de copular con su leona. Sí, la pequeña rubia era una leona.

Margot cantó casi más alto que él su propia liberación.

Deliciosamente malvado. Su esposo era del todo inesperado y ella a cada rato daría gracias a Dios, al destino, a su abuelo, a David, a su hermana o incluso a su fanática tía Theodora, por haberla traído al lugar al que pertenecía. Con Bastian, junto a él, sobre él, bajo él, porque era su hogar. Bendito fuese su esposo por haberla encontrado, por perseguirla y perdonarla. ¡Dios, cómo lo amaba!

***

Y las dos siguientes semanas fueron una locura de amor, ternura, devoción… Sí, sí, también lujuria y desenfreno.

Pero como en un lago que está tranquilo, se sacude el agua cuando alguien lanza una piedra. Y sí, el primer problema de la

pareja llegó por una tontería que para Margot resultó toda una contrariedad.

Aquella mañana, su esposo la había llamado a su despacho. Ella, pícara, se colocó un vestido sin llevar nada más debajo. Margot deseaba sorprenderlo también. Bastian había salido a cabalgar, y puesto que la tuvo hasta altas horas de la madrugada jugando con todos los orificios de su cuerpo, no la despertó con su lengua en su sexo. Margot abrió los ojos y echó de menos ese dulce despertar que su esposo le otorgaba habitualmente. Pero estaba decidida a bajar a su despacho y obligarlo a cumplir con sus obligaciones maritales. Más, cuando implicaban que ella alcanzase el pico de placer con tanto gusto.

Margot entró en el despacho sin llamar a la puerta. Su esposo la miró con atención. Ella se sacó los pechos con facilidad sin decir nada.

—¡Infierno! —Se puso duro al punto. ¿No iba a poder controlarse nunca cuando de ella se tratase?

Se quedó quieto y paralizado observándola llegar hasta su posición balanceando las caderas… Aunque su vista estaba fija en sus senos plenos.

Margot se sonrió. Le encantaba llevarlo a la locura. Se sentó en la silla frente al escritorio y levantó su falda hasta la cadera. Abrió bien las piernas para que él descubriese que no había barrera de contención.

—¿Te gusta la vista, esposo? —inquirió notando como él babeaba al observarla así.

—Juro que jamás miraré por una ventana cuando tú estés cerca.

—¿Ah, no? ¿Y qué harás?

—Imaginar que no llevas nada de ropa bajo tus vestidos y luchar por no tirarme al suelo para comprobar si estás decente o no ahí abajo.

—¿Vas a venir ya o seguirás contemplándome sin tocarme? —Estaba impaciente. Era gracioso verlo relamerse los labios, pero lo deseaba ya en acción.

—¿Por qué no subes a la mesa para que pueda verte y hacerlo mejor, esposa? —Le encantaba tenerla sobre el escritorio para hacer con ella lo que se le antojase.

—¿Me quieres extendida como la última vez?

—No. Quiero que estés postrada sobre tus manos y rodillas para que yo pueda jugar contigo desde atrás.

—¡Estás obcecado con mi parte trasera! —se quejó con humor *lady* Londonderry.

Margot se había levantado de la silla y estaba trepando, con la ayuda de Bastian sobre la mesa para colocarse en la posición en la que la quería. Con un poco de suerte, él alternaría sus embestidas para darle placer en sus dos orificios, pues había descubierto que era excitante que él le hiciese eso también. Era tan bueno en todo lo que ideaba que…

—Estoy loco con todas tus partes esposa. Y solo lamento no tener más tiempo ahora mismo para hacer todo lo que deseo.

—¿No hay tiempo? ¿Por qué? —Siempre había horas para disfrutar. Su abuelo estaba en la otra ala de la casa y no les molestaba.

—Tenemos que partir a Londres lo antes posible. Debo ir a ver a mi abogado por un negocio del que llevo años esperando. Así que lo haremos rápido y excitante, ¿sí?

Margot se bajó de la mesa sin que su esposo consiguiera atraparla.

—Bastian. —Usó su nombre en tono serio porque deseaba interrumpir el juego.

—Oh, así que quieres que te atrape, pequeña codiciosa… —Londonderry se levantó y en una zancada la tuvo presa entre sus poderosos brazos.

—No. No es eso. —A él no le pasó desapercibido que había cambiado su actitud, su tono y la expresión de su rostro.

—¿Qué sucede? —preguntó con intranquilidad.

—No voy a ir a Londres.

—Está bien. Si estás cansada después de que hagamos el amor, puedo retrasar el viaje hasta mañana, pero mi abogado no lo verá demasiado bien para la urgencia con que le insistí en el asunto.

Bastian intentó besarla, pero ella no lo permitió. Era imperativo aclarar las cosas sobre la ciudad. No pensó que a él lo reclamasen tan pronto. Ciertamente, dio por hecho que vivirían en el campo hasta el fin de sus días. Eso parecía que no iba a ser así.

—No. No es eso —repitió la misma fórmula de hacía unos segundos—. Me refiero a que yo no voy a ir a Londres jamás.

—¿Qué? —Frunció el ceño sin comprenderla.

—Mi vida está en el campo. No quiero regresar a la ciudad.

—¿Por qué?

—Porque no lo deseo.

—No. Debes darme un motivo.

—No.

—Sí.

—No.

Él tomó aire tratando de serenarse.

—Debo presentarte en la ciudad como mi marquesa. Eso, sin contar con que tu lugar está a mi lado. Debes venir conmigo a Londres y hacer una fiesta. Es importante participar en la temporada.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

—No.

La soltó. Había olvidado lo terca que era esta mula. Comenzó a caminar por la sala porque estaba punto de perder la paciencia con ella. ¡Tenía que haber un motivo y debía confiar en él para explicárselo!

Se paró y regresó hasta su posición inicial. Margot estaba retorciéndose las manos con nerviosismo con la mirada baja. Bastian las tomó entre las suyas.

—Margot, mírame. —Ella lo hizo—. Debes decirme qué sucede. —Estaba claro que algo, y no bueno, sucedía.

—No quiero ir a Londres.

—Dime tu motivo y veremos cómo arreglarlo.

—No hay un motivo concreto. No quiero regresar.

—Entonces, me temo que tenemos un problema porque soy tu esposo, debo ir y no pienso separarme de ti.

—Supongo que sí tenemos una complicación, porque soy tu esposa, y no voy a ir, aunque me duela separarme de ti —explicó con calma y valentía.

—Es una lástima que no tengas potestad para llevarme la contraria. Vas a tener que hacer lo que yo ordene.

—Es una lástima —Margot volvió a copiar la fórmula de su esposo—, que no piense hacer lo que ordenes cuando vaya en contra de mis deseos.

—Sí, una verdadera pena —dijo conteniendo su malhumor—. Porque vas a subir a ese carruaje aunque yo tenga que cargarte sobre mi hombro.

—No. No lo haré.

—Margot, mi paciencia tiene un límite. Te avisé de que pondría de mi parte, pero no estás facilitando las cosas.

—Me conocías muy bien cuando decidiste que yo, y solo yo, sería tu mujer. No creo que tengas derecho a quejarte, esposo.

Él tomó aire para buscar enfriar su temperamento.

—Bien. Esta situación parece que no va a terminar conmigo enterrado en tus profundidades, así que no vamos a discutir más. Dentro de dos horas me marcho a Londres. Espero que estés en el carruaje cuando sea el momento.

Bastian salió del despacho airado y con la cólera fluyendo. No porque ella se negase a acompañarlo, sino porque se veía a todas luces que algo importante la perturbaba y no tenía confianza en contarle lo que le sucedía.

¿Solo estaba dispuesta a entregarle su cuerpo? ¿No su corazón, su alma, su confianza?

Solo se refería a él como: «mi amor», cuando estaban intimando. Sí, sí. Está bien. No es como si el marqués le hubiese desvelado sus fervientes sentimientos, pero suponía que ella debía imaginarse que la amaba con locura… ¿no?

Margot se marchó a su habitación y, por primera vez desde que se había casado, se echó sobre su cama, que estaba sin usar. Lloró con temor, con ansiedad. No podía. No debía regresar a Londres. No deseaba que David la encontrase y que pudiera hacerle daño a Londonderry o a ella. Tampoco permitiría que su amante y devoto esposo conociera esa parte tan vergonzosa de su vida, y por descontado no quería que él viese cómo la trataba Bernice.

No. Definitivamente, prefería arriesgarse a la ira de Bastian y quedarse en el campo, donde se sentía querida y protegida.

***

A la hora convenida, un serio y feroz marqués estuvo frente a su carruaje. Ella no estaba. Deslizó su mirada hasta la puerta de la entrada. Le daba en la nariz que no iba a ser fácil. Suspiró. Levantó la mirada para buscarla en algunas de las ventanas de la fachada principal. La vio observarlo desde la habitación que había sido de la duquesa de Kent.

Londonderry desvió la mirada y se metió en el carruaje con fastidio y enfado. Su esposa lo desafiaba y él ni si quiera sabía contra qué estaba luchando.

Si el marqués hubiese prestado más atención, habría visto a Margot derramar cientos de lágrimas. Si hubiera podido escucharla, la habría oído pedirle perdón y sollozar. No. Ella no regresaría para enfrentar a su familia. No se arriesgaría a que al amor de su vida le sucediera algo por el tonto sentimiento de posesividad que David creía tener sobre ella por algo que ocurrió en otra vida. No consentiría que circulasen rumores sobre su pasado, porque estaba

segura de que el conde de Luxor podría atreverse a enfrentarse a Bastian y le haría saber que él fue el primer hombre en su vida.

Lo protegería, aunque eso implicase sufrir su ira. Margot se volvió a recostar en la cama y lloró todo cuanto pudo soportar y más.

Así fue como la encontró el duque de Kent, cuando ingresó en la alcoba para averiguar el motivo por el que su nieto se había marchado sin despedirse de él y había dejado a su cargo a la joven. Creyó que la cosa entre ambos estaba solucionada y olvidada. ¡Si se pasaban retozando la mayor parte del día y la noche! No eran demasiado discretos en sus gemidos y gritos, porque Kent los podía escuchar desde la otra parte de la casa. Lo cual era un poco vergonzoso, pero muy esperanzador. Un bisnieto. Deseaba sostener un bebé entre sus brazos antes de que el Altísimo lo llamase para reunirse con su esposa y los padres de Bastian.

El duque le tocó el hombro para advertirle de su presencia al tiempo que la llamó por su nombre. Margot levantó la mirada para buscarlo y volvió a recostarse para seguir llorando. Él se había convertido también en su abuelo.

—Lo siento —se disculpó ella con el cojín bajo su boca por el lamentable estado que sabía que presentaba.

—¿Qué ha sucedido que ha hecho que te sientas desgraciada? Creí que eras feliz con mi nieto.

Margot se dio la vuelta y se incorporó en la cama. El abuelo le dio un pañuelo de lino blanco con unas flores bordadas. Se limpió las lágrimas y trató de contener el llanto.

—Soy feliz y por eso lloro.

—¿Sollozas de felicidad? —Eso no tenía demasiado sentido.

—Mi esposo se ha ido enfadado —aclaró ella con la mirada gacha. Prometió ser una esposa maravillosa y al primer obstáculo había incumplido su juramento.

—Sí. Eso ya me lo imaginaba. ¿Qué ha pasado? —El duque se sentó al lado de la joven y le pasó un brazo por el hombro para reconfortarla.

—No puedo ir a Londres.

—¿No querías acompañarlo? —Un sirviente le había informado de que su nieto se había marchado a la ciudad.

—Sí, sí quería, pero no puedo ir a la ciudad. Lo quiero tanto y soy tan feliz, que no debo ir a Londres.

El duque se quedó un momento tomando en consideración su corta explicación.

—¿Hay alguien que pueda hacerte daño allí? —Ella se mordió el labio con nerviosismo. No quería hablar sobre ese asunto, pero al mismo tiempo, sentía que la carga que llevaba sobre sus hombros era insoportable y estaba muy tentada de compartirla con un amigo. El abuelo la había acogido como si fuese su propia nieta o hija.

—Es complicado —apuntó mientras volvía a pasar el pañuelo por sus ojos.

—Siempre lo es. No podré ayudarte si no me das más detalles de lo que sucede. Por eso te ruego que seas sincera. Nunca he visto a mi nieto tan feliz y contento. Créeme, desde que mi hijo y su esposa murieron en un incendio, Bastian nunca había vuelto a sonreír. Tú has sido una cura para su alma y en verdad deseo que seáis felices. Sea lo que sea que ocurra, tenemos que solucionarlo porque no quisiera que mi muchacho volviese a ser un hombre triste y gris. Lo has llenado de luz y debes conservar eso.

Margot conocía bien la historia del pasado de Bastian. Solo él sobrevivió al incendio ocurrido en la casa de Atholl. Su familia murió aquella noche.

—No quiero causarle dolor a Bastian. Lo que sucede es que en Londres hay personas que podrían hacernos daño a ambos.

—¿A mi nieto? ¿A un marqués con su tamaño y fuerza? ¿Rico y poderoso? ¿A un futuro duque? Vamos, Margot, si mi nieto te oyese, se disgustaría contigo por tu falta de fe en sus cualidades y persona. —El duque de Kent se rio con ligereza. Londonderry era muchas cosas, tal vez necesitase otras tantas, pero le sobraba protección. Bastian era muy capaz de cuidarse solo y de extender dicho cuidado a los suyos.

—No puedo soportar la idea de que algo le sucediese por mi causa. Yo… lo amo —susurró con cierta vergüenza por confesarse ante el abuelo y no con su propio esposo.

—Por supuesto que lo amas. Lo he visto —evitó decir que todos en la casa lo habían percibido; en especial, durante sus interludios de carácter íntimo—, y también soy plenamente consciente de que él te ama. Así que olvida ese pormenor, arregla tus baúles y ve en busca del hombre que se ha disgustado contigo por una tontería.

—Está muy enfadado. —Lo había visto perfectamente desde la ventana. Si su mirada hubiese disparado rayos y centellas…

—No seas ridícula. —El duque hizo un aspaviento con su mano derecha para restar importancia—. No habrá mejor consuelo que llegar a sus brazos. Estoy seguro de que, en cuanto te vea, olvidará este pequeño malentendido y agradecerá tener a su lado a la mujer que ama.

—Lo ha dicho dos veces, y no estoy segura de que mi esposo haya podido desarrollar amor por mí.

Kent abrió los ojos como platos. Estaba comenzando a indignarse con las apreciaciones de la nueva marquesa. ¡Ella debía estar bromeando!

—Es una suerte que Bastian no te oiga. Se hubiese enfadado por tu desconfianza en su capacidad para protegeros a ambos, pero también porque dudes del amor que ha desarrollado por ti.

—Él no me ha dicho que me ama —señaló con la boca pequeña como si fuese una niña. Ella tampoco le había confesado sus sentimientos sobre lo que él le hacía sentir, pero eso era porque Bastian tampoco lo había revelado…

—Querida, en el momento en el que me dijo que había encontrado a la mujer con la que se casaría, yo, sin conocerte, supe que lo habías conquistado y que te amaba.

—¿Cómo pudo saber eso?

—Porque vi cómo se iluminaba su mirada cuando se refería a ti y te recordaba en su memoria. —El abuelo le sonrió y le dio un sutil pellizco en la mejilla—. Anda, aleja la congoja y reúnete con tu

marido en la ciudad para que pueda presentar a su marquesa y toda la buena sociedad vea lo enamorados que estáis.

Ella sonrió. La verdad era que le gustaría que su esposo la abrazase, la besase y le dijera que todo iba a salir bien.

En ese momento, un sirviente apostado en el marco de la puerta carraspeó.

La atención de ambos se centró en el inesperado intruso.

—¿Qué sucede? —inquirió el duque.

—Ha llegado una misiva urgente para *lady* Londonderry, excelencia. —El lacayo se acercó y le tendió la bandeja de plata a la marquesa. Margot tomó el papel en sus manos y rompió el sello. Era de la duquesa de Atholl.

Sus ojos bailaron por las letras mientras su mano izquierda se levantaba para llegar hasta su corazón.

—Dios santo… —exclamó con suma tristeza al tiempo que la mano derecha soltaba el papel que cayó en el suelo.

Margot se había puesto blanca y sus ojos comenzaron a gotear de nuevo sin poder cesar.

El duque se levantó para coger y poder ver lo que ponía en la carta.

Querida y estimada Margot:

Siento interrumpir tu estancia en casa del duque de Kent o en la mansión de lord Londonderry. He enviado la misma misiva a la ciudad, pues desconozco tu paradero exacto ni tu situación. Debes saber que las últimas noticias publicadas en los periódicos de Londres hablan sobre una desgracia sucedida a la condesa de Luxor. Me temo que tu hermana puede haber perdido la vida a causa de un accidente.

Siento ser portadora de malas noticias, amiga mía. Estoy a tu lado para lo que necesites. Lamento muy sinceramente tu pérdida y ruego a Dios que te dé fuerzas para soportar este inmenso dolor.

Tu amiga Ruth Anne, duquesa de Atholl.

Capítulo 10

Una elección decidida

Muerta. No se lo podía creer. Nunca se llevaron bien porque Bernice no la quería. Solía hablar de Margot como si ella fuese un estorbo, una hija no deseada por sus padres, una hermana nunca apreciada. Pese a todo, aquella no merecía ese trágico final.

Todavía no asimilaba lo que había leído en aquel trozo de papel que le sacudió el corazón. El amor era algo extraño. Las personas podían no ofrecerlo a los demás, pero no por ello los generosos dejaban de dar su cariño. Margot amaba a su hermana. ¿Por qué? Sencillamente porque era su sangre, porque la había conocido durante su vida y era su obligación.

En este momento en el que Bernice ya no estaba, lo sucedido con el conde de Luxor carecía de relevancia. La traición no parecía importante. Deseaba volver atrás en el tiempo y haber hecho mejor las cosas con su hermana. Su radiante, preciosa y espectacular hermana… Cerró los ojos con el recuerdo de la brillante sonrisa que Bernice ofrecía a sus admiradores. La quería viva, aunque ello significase que la tratase como un mueble viejo y de poco valor.

El abuelo la metió en un carruaje y la mandó a Londres para buscar a su esposo, a fin de apoyarse en él, pero Margot debía ir primero a casa de los Luxor, porque en su interior esperaba que todo

fuese algún tipo de invención malintencionada provocada por alguien que odiaba a Bernice.

Mientras estaba esperando en la salita de recibir visitas de los condes de Luxor, confiaba en que apareciera por la puerta y que su hermana le echase un vistazo de disgusto, como solía hacer cuando se encontraban. Daría lo que fuese porque ese pensamiento se convirtiese en realidad.

Oyó unos pasos afuera. Trató de recordar el modo en el que los escarpines de Bernice repiqueteaban a su paso. Quien se acercaba no era ella. Dejó sus pupilas clavadas en la puerta de acceso a la estancia. Y lo supo. Nada más vio al conde de Luxor, con la cara pálida y considerablemente más delgado, aceptó que la misiva enviada por Ruth Anne era correcta. Había muerto.

Margot se levantó del lujoso y cómodo sillón donde estaba y se dispuso a acercarse a la ventana. El día estaba gris, lluvioso, como lo estaba su corazón.

Percibió que David se colocaba detrás de ella.

—¿Cuándo? —Quiso saber Margot conteniendo el llanto.

—Hace cinco días —respondió el conde de Luxor comprendiendo lo que Margot estaba preguntando. Su esposa había fallecido hacía exactamente cinco días.

—¿Cómo?

—Un carruaje se le echó encima. Murió en el acto. No se pudo hacer nada por ella —siguió relatando David desde atrás.

Margot cerró los ojos con fuerza. Su hermana. Bernice ya no podría volver a incordiarla jamás y ella quería que llegase a la puerta y le diera una mirada severa. El dolor que sentía su corazón era demasiado para soportarlo.

—No puedo creerlo. Ya no estará más —observó ella con el corazón compungido.

—Lo sé. Al fin soy libre.

Al oír esa exclamación pronunciada con tanta liberación, Margot se dio la vuelta para enfrentarlo.

—No puedes estar hablando en serio. Tu esposa… ya no la verás más.

—Lo sé —repitió él—. Me apena que haya muerto, pero lo cierto es que si no llega a suceder, hubiese acabado yo arrojándome bajo un carruaje. Oh, Margot, tú lo viste estos meses pasados. Tu hermana era preciosa, bella por fuera, pero estaba podrida por dentro. Era miserable, ruin y despreciable.

Ella regresó al sofá donde había estado. Él la siguió de cerca.

—No debes hablar así de una persona que ya no está. —Ella sí había sido testigo de lo que David había tenido que soportar, porque Bernice también lo trataba con indiferencia y maldad.

—¿No? ¿Por qué no? Ella está muerta, pero no cambia lo que fue en vida. Bernice nos separó, mi amor. —David le cogió las manos entre las suyas. Margot lo permitió porque vio rodar una lágrima por su rostro y se apiadó de él, de su pena.

—No. Mis padres nos separaron. Tú solo seguiste tu camino al lado de mi hermana. —Hasta la fecha nunca habían hablado de este tema con profundidad porque Margot nunca había querido remover más el dolor del pasado.

—Yo se lo conté, Margot.

—¿Qué? ¿A quién le contaste qué? —Margot no sabía a qué se refería Luxor.

—A Bernice. Tu hermana había estado varios meses acechándome para convertirse en mi esposa. Una de las veces no pude más y le confesé lo que sentía por ti. Lo que hicimos, que tú eras mía.

—¿Cómo dices? —Algo en el interior se agitó salvajemente.

—Bernice lo sabía. Antes de que tu padre me obligase a prometerme con ella, yo se lo confesé todo. Tu hermana, lejos de decirme dónde estabas, calló y me convenció de que tú no me querías y que por eso habías huido avergonzada de lo que sucedió entre nosotros. Ella no podía soportar que tú fueses mi condesa, que te eligiese a ti por encima de ella.

Margot cerró los ojos de nuevo. Se separó de David y volvió a levantarse para buscar serenidad, sosiego, porque en su interior todo se había vuelto negro. Se situó frente a la ventana tratando de contener los sentimientos encontrados que despertaban en ella.

—Lo que dices… es… Tiene que ser imposible.

Bernice nunca le tuvo aprecio, pero no la veía capaz de hacerle algo como eso. Su hermana sabía que David la había deshonrado y… ¿pese a todo lo obligó a casarse con ella? Su hermana siempre había tenido la facilidad de convencer a su padre para que solventase todos sus caprichos. Ciertamente podía verla lloriqueando frente a lord Burst diciéndole que amaba a David y que deseaba casarse con él. Y sí, su padre habría movido cielo y tierra por Bernice porque la consideraba perfecta y sublime.

—¿Imposible? —David habló desde su posición. Con la muerte de su esposa había recuperado su vida. Margot había regresado y por fin él podría tener la existencia que le habían arrebatado el padre y la hija—. Tú sabes bien el carácter que tenía Bernice. Ella nunca dijo una palabra amable sobre ti. A mí me engañó para hacerme creer que me amaba, cuando lo único que ansiaba era mi posición y mi dinero. No, Margot, nunca le desearía nada malo a nadie, pero si Dios existe, es lógico que traiga un poco de justicia divina a nuestras vidas. Desde que me casé con ella, he vivido un infierno. Su frialdad solo me impulsaba a recordarte con más ternura. Mientras no estuviste a mi lado, en mi mente tú eras mi salvadora. Un día te encontraría y finalmente podría continuar todo donde lo dejamos. Fue injusto lo que nos sucedió. Nunca te olvidé. No dudes de mí porque no me atreví a ser inconstante en mis afectos por ti. Sucedió que no pude encontrarte y ella se aprovechó de mi debilidad y congoja por tu ausencia.

A él también le dolía recordar el pasado. En verdad sentía que lo habían privado de una vida llena de dicha y amor con una mujer tierna, amable, bondadosa y que lo habría colmado con todo lo que Bernice nunca le dio.

—No deberíamos hablar de esto ahora… ni nunca. No está bien. —Conocer los detalles de lo que sucedió entonces estaba resultando muy duro e inesperado. Prefería mantenerse en la ignorancia. No podían regresar al pasado, y seguir hablando de ello solo conseguiría abrir heridas que deberían estar cerradas.

—Oí a Bernice hablar con su padre sobre tu paradero. Tu hermana sabía en el lugar en el que estabas, Margot, siempre lo supo. Y cuando al fin me enteré de dónde encontrarte, no lo pensé dos veces. Cuando te traje a casa y ella te vio, solo atinó a decirme que sabía que tarde o temprano daría contigo y que te traería para calentar mi cama. No le importaba, ¿sabes? Ella sostuvo que era mejor que fuese así, porque tú nunca serías condesa, ni mi esposa. Yo le aseguré que eras el amor de mi vida y ella respondió que solo eras una prostituta a mi servicio.

—No sigas… Por favor, David. No me hagas más daño. Era mi hermana, no deberías decirme esto ahora. No cuando ella ya no está. Por favor… —El corazón le dolía tanto que lo sentía partirse en dos. Sabía que Bernice no la quería, pero esto…

David se acercó con calma hacia ella. Comprendía que Margot estaba sufriendo, pero era necesario que ella supiera la clase de persona que era su hermana. Tal vez él no actuó bien en el pasado, pero Bernice causó el golpe de gracia cuando orquestó su casamiento sabiendo que él no lo deseaba. Lo llevó a una habitación donde el padre los sorprendió abrazados…

—Tenías que saberlo, porque nunca alcanzarás a imaginar lo desgarrador que fue cuando te perdí. Quise decírtelo muchas veces, explicarte lo que sucedió, pero te negabas a escuchar mis razones. No me permitías aclarar todo lo ocurrido. Solo me achacabas la culpa por haberme casado con tu hermana. Margot, mi corazón te pertenecerá siempre. ¿No lo entiendes? No había otra mujer más que tú. Te encontré y solo deseaba que Bernice no estuviera… Yo… —Suspiró con cansancio—. Me siento terriblemente culpable por lo que le ha pasado. Tantas ansias tenía de que se marchase, de que nos dejase en paz… Yo… —David se atrevió a abrazarla desde atrás.

Cruzó las manos por delante del pecho de ella mientras su cabeza buscaba volver a oler su pelo, sentir la tibieza de su cuerpo. Bernice era tan fría… Margot tan cálida. Dos hermanas tan opuestas entre las que él había hecho la mejor elección en su momento.

—David, no es correcto que me abraces. Por favor suéltame —rogó ella sin atrever a moverse.

—Es lo más natural del mundo porque te amo. Siempre lo he hecho. ¿Tú no me has querido, Margot? ¿Ni siquiera un poco? —Ella trató de desembarazarse de su abrazo. David no lo permitió—. Deja que me reconforte contigo. Necesito un poco de paz, mi amor. Solo deja que te abrace. Hace tanto tiempo que no siento la calidez de una buena mujer, que creo que moriré de felicidad. Al fin te tengo, Margot. Más de cuatro años sin poder tenerte como quería. Solo deseo cargarte en mis brazos, protegerte, llevarte a mi cama y jurarte por mi vida que nunca volverás a ser infeliz mientras yo tenga algo qué decir.

—Lo siento, pero… —Margot sentía su corazón desgarrado por la esperanza que oía en la voz de David.

—¡Qué conmovedor! —Oyeron una potente voz masculina a su espalda que los interrumpió. La pareja, que seguía abrazada, giró la cabeza al mismo tiempo para ver a quién pertenecían esas palabras, aunque Margot no necesitaba la confirmación visual para conocer la identidad del recién llegado.

La marquesa de Londonderry jadeó con horror. Trató de zafarse de David, pero él se negaba a soltarla.

El conde conocía al hombre que estaba en el marco de la puerta. Miró al lacayo que estaba a su lado y el sirviente tuvo el buen tino de huir de ahí.

Cuando la carta de la duquesa de Atholl llegó a su casa para informarle de la muerte de la hermana de su esposa, Bastian se encontraba esperando a su abogado en el despacho del magistrado. Al llegar, y saber la noticia tuvo que ir a presentar sus condolencias y aclarar la situación de Margot con la familia. Puesto que la joven había estado residiendo bajo la tutela de lord Luxor, la primera

parada era esa. Lo que menos esperó el marqués fue entrar por la puerta de la casa y reconocer la voz de su esposa pidiendo a alguien que no la abrazase. La confesión que llegó después por parte del supuesto guardián de su esposa lo dejó de piedra. Tuvo que sortear al lacayo e interrumpir la escena tan inapropiada que estaba permitiendo Margot.

—Por favor… suéltame —le susurró a David con la esperanza de que él la dejase salir del abrazo y que Londonderry no hiciese una locura.

—Sí —tomó la palabra el marqués—. Haga el favor de soltar de inmediato a mi esposa si no quiere que le dé una buena paliza. —Expresó erguido y con los puños apretados.

El conde de Luxor jadeó, le dio despacio la vuelta a Margot para que ella se quedara cara a cara con él.

—¿Qué has hecho, mi amor? —dijo más para sí que para ella.

No tuvo tiempo de recibir la respuesta por parte de ella, porque el marqués dio dos zancadas y se colocó a un lado dispuesto a iniciar una pelea. Margot le colocó una mano en el pecho para frenar lo que sabía que haría su esposo.

—No. No lo hagas, por favor —le suplicó a Bastian al tiempo que se separaba por completo de David.

Su esposo la tomó por el brazo y la colocó pegada a él. Miró al conde de Luxor con rabia.

—Vuelva a acercarse a *lady* Londonderry —hizo hincapié en el título de su mujer—, háblele de forma inapropiada, rócela o mírela de un modo que no me guste, y le juro por ese estúpido amor que le ha declarado, que lo mataré con mis propias manos. ¿He sido lo bastante claro?

El conde de Luxor no pudo reaccionar. De igual modo, Margot no se atrevió a decir nada más al respecto. Su esposo, sin esperar respuesta, se dio la vuelta y se la llevó tirando de su brazo.

La obligó a subir al carruaje, cerró la portezuela y mandó al cochero que la llevase a su casa. No se marchó con ella porque necesitaba aclarar sus ideas y estaba furioso. Debía tranquilizarse

antes de enfrentarla, porque conocía su carácter y era mejor que no volviese al hogar para hablar con ella, hasta después de dar un paseo.

Comenzó a dar los primeros pasos y su ira fluía sin que pudiera detenerla. La había encontrado en casa de un viudo reciente… Abrazada al que fue esposo de su hermana. ¿A qué estaba jugando Margot? No quiso venir a la ciudad con él, pero sí había regresado para… para… La imaginaba besando a ese hombre, tocándolo. ¡Infierno sangriento! Nunca debió haberse enamorado de ella, porque los celos y el dolor de la traición eran insoportables.

Cambió el rumbo de sus pasos. No podía regresar a casa. No deseaba verla ni enfrentarse a ella. Decidió llegar hasta White's y tomar una copa. Tal vez un poco de juego lo animase, porque en ese momento él se sentía como un mentecato al que habían engañado. Londonderry entró en el club y al ver a los moradores de la sala de juego, decidió que su enfado se volcaría en una agradable partida de cartas.

***

Estaba en una casa que no conocía y se había metido en un buen lío. Bastian no la miró ni un instante desde que la sacó de los brazos de David. Luego la había hecho subir a un carruaje y ella estuvo toda la noche aguardando el regreso de su esposo. Se quedó dormida, vestida, en un pequeño sofá.

Entrada la mañana, oyó unos pasos y se levantó. Lo vio de pie ante ella nada más salir de la salita. Estaba desaliñado, el pelo alborotado y la corbata fuera de su lugar. Llevaba la chaqueta en las manos. Se quedaron un momento mirándose.

—Tengo que explicarte… —Comenzó a hablar ella con humildad.

—¿Fue él? —inquirió con voz dura interrumpiéndola. Ella sabía exactamente lo que le estaba preguntando. Lo miró a los ojos.

—Sí.

Londonderry suspiró. Antes de beberse prácticamente la reserva de *whisky* del club, había estado pensando en ello. Tenía la certeza de que el hombre al que ella se entregó debía ser alguien cercano. Estuvo atando cabos y decidió que si su esposa prefería quedarse en el campo, era porque el caballero debía moverse en su mismo círculo social. Hasta que los vio abrazados, nunca se le pasó por la cabeza que fuese Luxor.

—Prepárate para regresar al campo.

Margot casi da un brinco de alegría.

—Lo haré ahora mismo —dijo sintiendo que un gran peso le era retirado de los hombros. Comenzó a subir las escaleras sabiendo que su esposo no iba detrás de ella.

—Mandaré que un sirviente te acompañe. Así que no te veas tentada a hacer ninguna parada no autorizada. Tu amante no va a tenerte.

Ella frenó en seco. Se apoyó en el pasamanos y lo miró a los ojos con preocupación desde la altura que le confería la escalera.

—¿No vas a venir conmigo? —Obvió hablar de la segunda parte que su esposo dijo con ira.

—No. Espero que mi trabajo para traer a un heredero esté ya hecho. Te quedarás residiendo en casa del duque de Kent. Yo tengo cosas que atender aquí y no deseo que mi esposa me convierta en el blanco de los cotilleos de la buena sociedad.

Su voz indicaba que estaba enfadado, pero más que eso, ella percibía que se sentía herido.

—Bastian… Te juro que no hay nada, ya…

—No me interesa saber los pormenores. No en estos momentos. Debiste haber sido sincera antes. Sube y prepárate para salir de inmediato.

Ella bajó hasta llegar a él. Levantó la mano para rozarle la mejilla. Londonderry le agarró la muñeca.

—Por favor… —Margot no sabía exactamente lo que estaba demandando de su esposo.

—No te atrevas a tocarme —le dijo con los dientes apretados y soltando su mano.

—Eres mi esposo.

—No.

—Lo eres —insistió ella—. Eres mío, yo soy tuya. Nos necesitamos. No me apartes, deja que te lo explique, no es lo que crees.

—No deseo saber nada, *lady* Londonderry. Tuviste la oportunidad de hablar conmigo antes de venir a Londres en busca de tu amante. Es un hombre libre, pero tú no lo eres. Tendremos un matrimonio de nombre y viviremos separados.

—¡No! —chilló mientras los ojos se le ponían llorosos—. No nos hagas esto. Escúchame, tengo una explicación. No es lo que crees. Él no es nadie. Tú eres el hombre al que amo.

Él se rio sin humor.

—Una confesión muy poco oportuna, *milady*.

—Es la verdad.

—No creas que no veo tu juego. Tratas de confundirme con ardides para que te permita quedarte en Londres, para estar cerca de él. Entérate bien, Margot, eres mía y nunca comparto lo que me pertenece.

—No pretendo nada como lo que dices, si no quise venir a Londres fue para protegerte de lo que me rodeaba. De Luxor, de mi hermana, de mi familia. ¿Acaso no crees que tengo miedo? Temo que comprendas que pudiste haberte casado con una mujer más hermosa, virtuosa. No, Bastian. Si me negué tantas veces a tus avances, fue precisamente porque yo no me consideraba digna de ti.

—Es una pena. Una catástrofe de hecho, que no te negases a mis… avances, con mayor ímpetu. Si lo hubieses hecho mejor, no estaríamos casados, yo podría buscar una esposa apropiada y tú tendrías al hombre de tus sueños…

Él permanecía erguido, duro, regio en su posición. Estaba tan profundamente herido que dolía como la muerte.

—Bastian —dijo con dolor—, yo ya tengo al hombre que deseaba. Solo estás tú.

—Prepara tus cosas para partir de inmediato. —Él no la creía.

—Ven conmigo. Regresemos al campo, allí somos felices, por favor. Te ruego que me permitas darte mi explicación, no me condenes sin conocer los detalles. —Ella trató nuevamente de alcanzar su rostro. Bastian dio un paso atrás para huir de su contacto.

—Espero que cuando termine mi baño ya no estés aquí.

El marqués pasó por su lado y subió las escaleras de dos en dos. No quería seguir escuchando sus mentiras.

Margot sintió que una vez más el destino la privaba de lo único que deseaba: el amor de un buen hombre. Se dio la vuelta y miró la estela que había dejado su esposo. Se quedó aguardando cinco minutos, implorando, suplicando que él bajase para que ella pudiera explicarle lo sucedido. Los silencios siempre traían consecuencias. Había querido ocultar su pasado, pero todo regresaba para seguir atormentándola.

Suspiró. No podría volver a quedar encerrada en el campo, mucho menos en una casa donde todo le recordaría la felicidad que alcanzó con su marido. No deseaba más soledad. Todo se había vuelto a torcer y Margot no veía la solución.

Desde que conoció a Londonderry, supo que era un hombre complejo. De igual modo intuía que ella no era una mujer fácil de manejar. Sus experiencias, el modo de pensar, de sentir y de vivir que tenía, la obligaban a desafiar las normas, porque tenía derecho a revelarse contra una familia que la apartó de la vida social y del hombre que quiso en el pasado. No dejaría que Bastian la volviese a repudiar. Margot ya había tenido suficiente de eso en su existencia.

Tocó su retículo, tenía unas monedas. Salió por la puerta con la cabeza bien alta, porque en esta ocasión la marquesa no había hecho nada malo, y se fue hasta la posta más cercana para regresar a un lugar donde esperaba que fuese bienvenida de nuevo. Ruth Anne debía de servirle de paño de lágrimas, porque necesitaba un

hombro sobre el que apoyarse y no podía ser el abuelo del hombre que amaba.

Tal vez, el destino se hubiese equivocado y la mujer que había tenido que perecer no fuese Bernice, porque en estos momentos, Margot se sentía con unas ganas inmensas de cerrar los ojos para no volver a abrirlos.

Era la segunda vez que pasaba por algo parecido y el dolor era más intenso y lacerante que la primera que sufrió por amor, porque su esposo había calado en lo más profundo de su alma y ella no concebía la vida sin Bastian a su lado.

Cuando la duquesa la vio llegar a su casa, con el vestido embarrado, el pelo deshecho y la cara pálida, y sin ningún baúl supo que Londonderry había hecho algo muy reprochable con su mejor amiga. Y no iba desencaminada, aunque la culpa no había sido solo del marqués.

***

Le habían preparado un baño caliente para ver si se le despejaba la mente. No funcionaba. Se sentía traicionado. ¡Esa pequeña arpía iba a acabar con él!

Estando enfadado y todo, era verla y querer besarla. Era una hechicera… No, en estos momentos, era una bruja que lo había confrontado y llevado a beberse varios litros de alcohol para olvidar el problema que tenía con ella. Cosa que por otro lado no había servido de nada, porque su esposa vivía en su mente, en su corazón, y no parecía estar dispuesta a marcharse.

Suspiró mientras se levantaba de la bañera. Le habría encantado tenerla frotándole la espalda… y otras partes de su cuerpo menos decorosas. Tenía un extraño poder sobre él. La deseaba a todas horas y de todas las maneras.

La había enviado a casa de su abuelo porque necesitaba tiempo, pero saber que no la tendría a su lado para hablar con ella, para hacerle compañía, y por supuesto para hacerle el amor, lo estaba trastornando.

El esposo de su hermana… Era algo sórdido. Le había dicho que no le interesaba la historia pero se sentía como una chismosa, ansiando conocer los detalles para ver si así su imaginación descansaba de todo lo que le venía a la cabeza. Margot había vivido en la casa de ese hombre que le había hecho una declaración de amor, que ni a él, en sus mejores momentos se le hubiese ocurrido. No. No era algo solo físico lo que ocurría entre su esposa y Luxor. Esa historia era mucho más compleja de lo que a él se le ocurría. Más si ella había tenido un hijo… ¿Él lo sabría? ¿Seguía vivo ese niño? Tenía demasiadas cosas que averiguar.

Con esos pensamientos surcando su mente, su ayuda de cámara lo adecentó. Se acabó de colocar una chaqueta gris oscura y pensó en buscar a su esposa. Seguramente no se habría marchado todavía. Se sentía un poco más tranquilo para poder mantener una conversación civilizada. Al menos, eso esperaba.

Salió de la habitación y preguntó por ella al servicio. Nadie supo decirle acerca de su paradero, así que creyó que ya se habría marchado al campo, pero el cochero le dijo que eso no había sido así.

¿Dónde demonios se habría metido Margot? Sus cosas estaban acomodadas en la habitación de la marquesa, pero no había ni rastro de ella.

Tuvo un mal presentimiento… Tan malo que se vio saliendo de su casa y poniéndose rumbo a la morada de lord Luxor. Si a ambos se les había ocurrido huir juntos, por Dios, Lucifer y todos los santos y demonios, que él daría con ellos. Era suya y nunca la dejaría ir. ¡Maldito amor! Tal vez si no la amase con la intensidad y necesidad con la que lo hacía, él sería capaz de… de… de buscar a su amante, acostarse con ella y tratar de olvidar que se había casado con una mujer que acababa de complicarle toda su existencia.

Llamó a la puerta de lord Luxor y nada más pudo acceder, se metió sin pedir permiso ni autorización, de una manera todavía más incorrecta que el día anterior, cuando llegó para presentar sus respetos y acabó sabiendo el secreto de su esposa.

—¡Margot! ¡Margot! ¡Maaaargooooooot! —Imprimió un tono tan desgarrador en el último grito, que el servicio no se atrevió a salir a enfrentarlo. El que sí se asomó desde su despacho fue el conde de Luxor, quien lo miró con reprobación y rabia.

Los dos hombres se quedaron el uno frente al otro. Londonderry era más voluminoso que David, pero el conde no estaba dispuesto a amilanarse.

—Puede gritar todo lo que quiera, pero ella no está aquí.

—¿Dónde está? —inquirió sin darse cuenta de lo que acababa de preguntar y de lo que implicaba.

—Si usted, que es su esposo, no lo sabe, ¿cómo pretende que lo sepa yo?

—Pienso registrar hasta el último rincón de esta casa y si la encuentro aquí… —No supo cómo continuar la frase.

El conde lo miró altivo.

—¿Qué? ¿Qué hará?

—A ella nada —pensó que le daría una buena zurra, pero eso no lo diría en alto—, pero a usted lo mataré. Es algo muy feo tratar de robar a la esposa de otro hombre.

David suspiró. Bien sabía él que era algo horrible porque Bernice había tenido también un amante y si bien no sentía nada por ella, la traición siempre dolía.

—No está en mi casa. Puede registrar de arriba a abajo, pero le aseguro que su esposa no está aquí. No mentiré, me encantaría que ella hubiese huido de usted y hubiera venido a mí, pero Margot no es así. Si usted la conociera mejor, sabría que no es la clase de mujer que traicione sus promesas, ni tampoco haría que otros olvidasen sus votos —dijo con pesar, recordando las veces que había tratado de que la joven acudiese a él con los brazos abiertos.

—¿Qué pasó?

—¿A qué se refiere? —Luxor no entendió la pregunta.

—Lo escuché, oí lo que le dijo. ¿Desde cuándo la ama?

—Es una historia muy larga… Viene de lejos. ¿Su esposa no le contó nada? —indagó con cautela.

—Margot es reservada sobre sus asuntos. —No diría nada sobre lo que sí sabía. Le interesaban las partes que no conocía.

—¿De verdad quiere escucharla?

—Creo que sí —dijo no muy seguro.

—¿Sin puñetazos, ni duelos, ni otras represalias?

—No puedo prometer nada, pero sí le diré que trataré de contenerme.

El conde de Luxor se tomó un momento para valorar sus opciones. ¿Había amado a Margot? ¿O solo el recuerdo de una mujer a la que idealizó y con la que comparaba a cada ocasión a su esposa? Cierto que la rubia era adorable, pero habían pasado demasiados años, y muchas cosas insalvables entre ambos. Margot había frenado cada uno de sus avances, ni tan siquiera sirvió amenazarla para que se entregase a él. No fue caballeroso hacer algo como aquello, pero lo cierto era que David sentía que debía resarcirla de algún modo y mientras ella no le permitiese un acercamiento no sabía cómo hacerlo.

El conde se acababa de quedar viudo y ella, que había huido de su casa, se había casado con otro hombre. Comenzaba a pensar que el destino no los quería juntos. Cuando apareció Londonderry en su casa para llevársela de su lado un día antes, él estuvo evaluando la reacción de la rubia. Estaba claro que no protestó ni por un instante. La mirada que el marqués y ella se profesaban… Bien hubiera querido que Margot lo contemplase así alguna vez. Porque ni siquiera cuando la poseyó en medio del campo, la joven le dedicó esa mirada que le dio a su esposo, de alegría al principio y miedo después, al comprender que estaba en los brazos de otro y había sido sorprendida.

—Vayamos a mi despacho y tomemos una copa, creo que ambos necesitamos algo fuerte para la conversación que vamos a tener.

—Le sigo. —Bastian estaba deseoso de saber los pormenores.

Los dos se movieron de la entrada de la casa al despacho. Londonderry se sentó en la silla tapizada que había frente al escritorio del conde y este se ocupó de servir un par de copas. El marqués tomó un sorbo y con eso tuvo bastante. Mientras, David apuró la copa de un solo trago.

Cuando se hubo sentado, los dos se miraron con desconfianza.

—Imagino —comenzó a explicar el conde— que sabrá que entre su esposa y yo hubo intimidad. —Si se había acostado con ella, el esposo de Margot habría percibido que no hubo barrera que romper.

—Una vez. Solo sucedió una vez —puntualizó el marqués con los dientes apretados.

—Sí. Estábamos prometidos. Sus padres no lo sabían. Yo tuve que marcharme unos días, los suficientes para que la apartasen de mí y no pudiera volver a recuperarla.

—¿Hubo consecuencias de esa… de esa vez? —preguntó cautelosamente el marqués, con el fin de averiguar cuánto sabía el conde.

—¿A qué se refiere? ¿Un hijo? —Londonderry afirmó con la cabeza. El conde negó—. No. Solo la dejaron en casa de una tía, en el campo y el padre me tendió una trampa para que me desposase con la hermana mayor. Mi esposa… mi difunta esposa —se rectificó—, era mucho más bonita que Margot, pero solo por fuera. Bernice era fría y calculadora. Ella sabía dónde estaba la mujer que yo le confesé que amaba y poco le importó. Tardé cuatro años en dar con Margot.

El marqués se incomodó al oír las tantas veces que ese hombre se refería a su esposa por su nombre de pila.

—Debo recordarle que Margot es la marquesa de Londonderry. Mi marquesa. Mi esposa —puntualizó, mitad orgullo, al saber que él se la había ganado a su recién descubierto rival, y en parte a disgusto por las confianzas que el conde se tomaba con su mujer.

—Como le decía, *lady* Londonderry —usó el título— estuvo recluida en casa de su tía porque, según pude averiguar, supieron

que ella había perdido su virtud. Su familia debía estar al tanto de que muy probablemente fuese yo el causante. Sin embargo, Bernice se encargó de que ninguno de los dos pudiésemos tener una oportunidad. Y justo cuando un accidente acaba con la vida de la mujer que hizo de mi vida un infierno, descubro que usted —David lo miró con seriedad— ha conseguido de nuevo que nosotros no tengamos otra alternativa.

—Si está pensando en que yo sufra algún tipo de accidente y mi esposa sea una preciosa y joven viuda, le diré que soy muy precavido y tengo una salud de hierro. —El marqués consideró que era oportuno alegar estas cosas por si el conde mantenía todavía la absurda esperanza de conquistar a Margot.

Luxor se sonrió.

—Puedo ver el motivo por el que Mar… —vio al marqués alzar una ceja sardónica y se corrigió de inmediato—: por el que *lady* Londonderry se fijó en usted. No lo vi del todo claro aquella noche en la que se la llevó casi arrastras a la pista de baile. Su esposa, como imagino que ya sabrá, tiene un fuerte temperamento, así que cuando vi que ella no armó un escándalo con su atrevimiento, supe que usted no le disgustaba. Tuve que haber estado más atento —se lamentó apesadumbrado.

—¿En qué punto nos deja esta conversación?

Lord Luxor suspiró.

—Intuyo que me está preguntando si estoy dispuesto a luchar por ella.

—¿Lo está? —lo miró con cara de pocos amigos.

—No.

—No me dio esa sensación ayer cuando lo encontré sosteniéndola entre sus brazos.

—Es cierto. Yo no sabía que ella se había casado, aunque a riesgo de enfurecerle, le diré que lo hubiese intentado igual. De haber sabido que no era una mujer libre también hubiese actuado del mismo modo. Pero le digo sinceramente que no voy a volver a causarle problemas a ella. Su marquesa ha sufrido ya suficiente, no

merece que yo le haga más daño. Su marquesa lo ha elegido a usted y yo me resignaré con dolor. No mentiré, soy un hombre libre y voy a buscar a una buena esposa que esté dispuesta a darme lo que Bernice tanto tiempo me negó: amor, calidez y ternura. Puesto que su esposa ha huido de su lado y no ha venido en mi búsqueda, pienso desistir de mis atenciones.

—Ella no ha huido de mí —le aclaró tajante y raudo con un gruñido incluido.

—Ya. Por eso, al no encontrar a *lady* Londonderry en ningún lugar, ha venido a ver si ella acudió a buscarme para fugarnos… Lo siento, señoría, pero o bien usted ha perdido a Margot —usó su nombre aposta—, o bien ella lo ha abandonado.

Londonderry se irguió en la silla.

—¿Es usted buen tirador?

—Nunca me gustaron las pistolas —confesó no sabiendo bien el rumbo de la conversación.

—Pues si no quiere acabar muerto, no vuelva a conjeturar algo como lo dicho. ¿Estamos? —No sabía empuñar un arma, pero siempre fue diestro aprendiendo y lograría dominar la técnica. Una lástima que cazar nunca le había interesado tampoco.

—No lo repetiré, aunque no sea ninguna mentira lo que acabo de conjeturar.

—Es usted un temerario, Luxor. —Londonderry no se sentía ya cómodo con la conversación—. Así que lo dejaremos aquí y ahora, porque de otro modo acabará diciendo algo que me moleste y no tendré más remedio que desafiarlo a un duelo. Por su bien espero que lo que hemos hablado hoy aquí, no trascienda en ningún otro lugar, puesto que no lo desafiaré, directamente le pegaré un tiro en la cabeza. Es mía. Es mi esposa. Es mi mujer. Es mi marquesa y nadie, absolutamente nadie, va a hablar una sola palabra en su contra. ¿Lo comprende?

Luxor se sonrió al ver que la coraza de ese hombre se acababa de rasgar por completo.

—Debo decirle que ha llegado un punto en que no tengo temor de nada ni nadie. Sus amenazas no funcionarán conmigo. Aunque sí le doy mi palabra de caballero de que no diré jamás una sola palabra en contra de la mujer que ama, porque ella no lo merece, y menos de mí.

A Londonderry no le gustó en absoluto esa contestación, pero por lo menos sí le reconocería que tenía agallas. Bastian era un hombre mucho más grande que Luxor, más fiero, con más poder y contactos y aun así no parecía atemorizarlo.

—Tenga buenos días. Espero no volver a verle en lo que me resta de vida. —El marqués se levantó de la silla y giró sobre sus talones dispuesto a olvidarse de ese hombre que no suponía un riesgo… No lo suponía, ¿verdad? No, seguramente no, trató de tranquilizarse él mismo en su fuero interno.

—Lo mismo le digo. —Oyó Londonderry que decía el otro. Eso provocó que él gruñese y el conde se removiese inquieto por si él se daba la vuelta y en verdad le mordía o algo peor. David había tratado de mantener la apostura, pero no negaría que ese ogro que había elegido Margot, sí le daba cierto pavor.

Capítulo 11

Una sintonía adecuada

Habían pedido un té caliente para templar los nervios. Hacía un par de días que Margot había llegado a casa de Ruth Anne y la duquesa de Atholl comenzaba a pensar que esa pareja no tendría una vida fácil nunca… ¿Cuál de los dos sería más terco?

En opinión de Ruth Anne su amiga no había obrado bien. Cuando le contó lo sucedido con el esposo de su hermana Bernice en su juventud… Bien, cualquiera podía tener un desliz, pero no esperaba que Margot le ocultase algo tan importante a su esposo.

—¿Vas a decir algo al respecto? —le preguntó Margot a la duquesa después de narrar todo lo sucedido, incluida la historia de cómo Bastian la había encontrado permitiendo el abrazo de David.

—Conozco muy bien a Londonderry y te aseguro que no va a perdonarte con facilidad. —Ella no lo haría. Imaginar a Atholl abrazando a una mujer mientras la otra le confesaba su amor…

—¡No me digas! —ironizó Margot sin humor—. Me quedó perfectamente claro cuando me mandó marcharme de su lado. Sé que es mi marido, que la sociedad y la ley dice que soy de su propiedad y debo hacer lo que él diga cuando me lo ordene… No puedo obedecerle, Ruth Anne, no volveré a vivir en la soledad. No cuando solo soy culpable de callar por mi vergonzoso pasado. Me

mantuve apartada del esposo de mi hermana todo cuanto pude y Londonderry piensa que yo… —Suspiró profundamente sin poder seguir con el relato.

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé. Sinceramente no veo un plan, no veo solución. Sabía que mi esposo era un hombre arrogante, vanidoso y orgulloso, sé que no va a poder olvidar lo que vio y oyó.

—¿Dijiste algo que te comprometiese?

Margot negó con la cabeza y añadió:

—No, porque estoy enamorada de mi marido y era imposible que yo le dijese una palabra de aliento a lord Luxor.

—Regresa a tu casa y habla con él. No has hecho bien. Creerá que lo has abandonado y será peor.

—No puedo hacer eso, porque no soportaría que me volviese a herir con sus palabras. Yo… No sé cómo seguir adelante. Siento que mi vida se complica a cada paso que doy. Trato de hacer las cosas bien y siempre me salen mal.

La duquesa se acercó a su amiga y sostuvo sus manos entre las suyas.

—Regresa al campo, con Kent, el abuelo te protegerá de la ira del nieto. —Tenía pocos consejos que darle a su amiga.

—No creo que lo haga en cuanto Bastian le diga el motivo de su enfado… —Comprendía que si fuese al revés y ella hubiera visto a su esposo en brazos de otra mujer… Solo imaginarlo le producía dolor en todo el cuerpo.

—Puedes quedarte aquí el tiempo que desees, pero tu esposo se pondrá cada día más furioso contigo. Piensa en si fuese al revés. ¿No te molestaría?

—Sí —dijo por lo bajo—. Yo… He hecho un lío de toda la situación, Ruth Anne. No entiendo cómo todo se ha complicado tanto.

—No eres la única, mi comienzo con Atholl no fue tampoco adecuado. —Esa historia era la mar de curiosa también.

—Lo sé yo estuve allí para verlo. Mi problema es mayor. Es el único hombre importante en mi vida, siento que le he fallado y no sé cómo arreglarlo.

—Habla con él. No creo que puedas hacer nada más. En cuanto le tengas delante, dile todo lo que sientes, lo que significa Londonderry para ti y asegúrale que el esposo de tu hermana no fue nada en comparación con lo que él te inspira.

—Es justo como lo has definido. Lo que sucede es que no me salen las palabras cuando estoy con él.

Ruth Anne le apretó más fuerte las manos que aún tenía sostenidas entre las suyas. Se acercó un poco más a su amiga, de tal modo que quedaron muy juntas en el sillón que compartían.

—¿Qué sucede?

—No le dije que me marchaba.

—¡Santo cielo, Margot! Debe estar preocupadísimo por ti. ¿Cómo se te ocurre irte de su lado y no decirle nada sobre tus intenciones o paradero?

—Necesitaba irme. No veía nada más.

—Debí haberme dado cuenta de lo que habías hecho en el momento en el que te vi llegar a mi casa andando y sola.

—La posta del pueblo está a media hora de aquí. No corrí peligro.

—Sí, lo corriste. Él es orgulloso, pero tú no te quedas atrás. Eres más obcecada que él y si alguno de los dos no dais vuestro brazo a torcer, no podréis vivir en paz. ¿Quieres que tu matrimonio salga bien?

—Sí, más que nada en el mundo —dijo sin dudar.

—Entonces vas a tener que poner de tu parte. Recuerdo muy bien el día en el que tramamos robar un esposo. —La duquesa se rio con vergüenza. Aquella idea fue descabellada—. Prácticamente juramos que seríamos las mejores esposas del mundo para que nuestros hombres nunca se arrepintiesen de nuestra treta.

—Lo recuerdo bien. Sigo queriendo ser buena, pero mis circunstancias y la actitud de Londonderry lo hacen complejo.

—No. Si en verdad quisieras ser una buena esposa, habrías hablado con él de todo lo que te sucedía. Sinceramente creo que tenías miedo de enamorarte de él y confesarle tu amor por si otro hombre volvía a romper tu corazón. Ahora que conozco tu verdadera historia creo que es justo lo que te sucedió. Lo veo claro. David te falló estrepitosamente y no permites que Londonderry entre en tu vida porque temes que te haga algo similar. Ese es el único motivo por el que huyes a cada ocasión que tienes. Debes ser valiente, Margot. No hay manera de jugar seguro en las reglas del amor, pero sí debes confiar en el hombre que te ha elegido. Tú misma me has dicho que él no necesitaba casarse por obligación, aunque su abuelo lo hubiese amenazado, así que si te eligió, creo que él verdaderamente te ama.

—Nunca lo ha dicho. —No sabía qué pensar de los sentimientos de él.

—Los hombres rara vez lo hacen. Además, creo que es mejor que lo demuestren, no solo que lo digan. —Ruth Anne le sonrió—. ¿Sabes ya lo que tienes que hacer?

Margot cerró los ojos. Debía ser valiente. La explicación de Ruth Anne tenía mucho sentido. Esos dos días en los que se había refugiado en casa de los duques de Atholl habían servido para que ella se diese cuenta de que no podía vivir sin él: sin sus palabras, sin sus besos, sin sus caricias, sin su compañía. Y sí, por supuesto: no deseaba que él la olvidase porque lo sentía suyo. Bastian la había marcado a fuego.

—Debo enfrentarlo y hacerle ver que soy la esposa que debe tener.

Ruth Anne se sonrió complacida.

—Yo no lo hubiese dicho mejor. —La cara de la duquesa cambió de inmediato.

Margot frunció el ceño.

—¿Qué sucede?

—Solo estaba pensando en April. Recibí una carta suya hace unos días.

—¿Cómo está?

—Mi hermano es un auténtico patán por no ver la suerte que tiene con nuestra amiga. April se mudó al campo y pide que no la molestemos, dice que necesita tiempo para afrontar lo que le depara la vida.

—Lo siento tanto por ella. —Se compadeció de la situación de su amiga. Por lo que había oído, lord Albans se había marchado del reino y la había dejado sola. Margot se imaginó a Londonderry haciendo algo similar y le subió un sabor muy agrio y amargo por la garganta.

—Por eso mismo debes arreglar tu matrimonio. ¿Lo harás?

—Lo intentaré con todas mis fuerzas.

Se quedó pensando en qué hacer. Todo lo había hecho mal con Londonderry desde que lo conoció. No se había comportado bien con él. Lo había juzgado con mucha severidad, cuando él no era todo lo malo que ella previó. No fue sincera con el único hombre que la había elegido sin necesidad de tomar esposa todavía. Es más, cuando se enteró de que no era una mujer pura, no la aisló dejándola a su suerte. Eran felices, podían serlo, lo único que necesitaban ambos era aclarar las cosas sin disgustarse. Algo complicado, pero, por Dios, que ella haría su mejor esfuerzo porque su vida dependía de que él la perdonase y la quisiera.

***

Esta vez sí le daría una buena zurra cuando la encontrase. Oh, sí. La llevaría sobre sus rodillas y le explicaría que no podía marcharse de su lado y crearle una agonía eterna. Y por cada explicación que ella le ofreciera, su adorable esposa recibiría una buena palmada sobre sus posaderas.

Llevaba dos días haciendo averiguaciones del paradero de ella, incluso había hecho todo lo posible por coincidir con el señor Duncan Rosenwood para ver si de nuevo, la pequeña bruja había recurrido a él. No le preguntó abiertamente sobre ella porque era demasiado humillante reconocer que lo había abandonado.

¿Tan mal se había portado él con ella para que escapase de sus garras? Entendía que la vida no la había tratado bien. Debió ser muy duro enamorarse de un hombre que acabó casado con su hermana, y no contenta con ello, Margot tuvo que enfrentarse ella sola a un embarazo. Podía comprenderla hasta cierto punto. Bastian no era un hombre delicado ni dado a sensiblerías. Era duro y fiero, pero le juró que la protegería y siempre lo haría. Incluso de sí misma, lo haría.

No habría más mujer que la bruja rubia para él. Dejar a su amante resultó liberador. Le mandó un bonito broche que costaba una pequeña fortuna y no sintió nada cuando terminó la relación.

¿Dónde estaría su esposa? Solo le faltaba buscarla en casa de los Atholl, pero esa idea no era muy certera, porque si su padrino supiera que Margot había ido sin él a visitarlos, seguro que el duque le hubiese enviado un aviso sobre esto… ¿Lo habría hecho, verdad?

Estaba muy preocupado, tanto que había llamado a un investigador para que diera con ella. El señor Brian Cox estaba sentado en su despacho y él no sabía cómo explicarle que su marquesa había huido sin sentirse mortificado.

—Señor Cox, tengo un problema peliagudo que… —comenzó a declarar el marqués con agobio.

Un golpe en la puerta interrumpió la entrevista.

—Señoría —habló el sirviente—, *lady* Londonderry desea ser atendida por un asunto urgente.

—Oh —exclamó el marqués—. ¿Mi esposa está… aquí? —Eso sí que no se lo esperaba.

—Sí. Justo afuera —le confirmó el lacayo.

—Está bien, hágala pasar —le ordenó con ansiedad. La mirada de Bastian se dirigió al señor Cox—. Hablaremos en otro momento, gracias por su tiempo.

—Como ordene, señoría. —El hombre se levantó de la silla pensando que había sido la entrevista más extraña de su vida, pues había visto cómo el noble pasaba de la agonía a la tranquilidad en menos de una fracción de segundo. Le daba en la nariz que la esposa del marqués tenía que ver en el cambio de actitud, pero no se atrevió a abrir la boca para opinar.

Cuando el investigador se marchó, Margot se encaminó hacia el despacho.

Londonderry la observó detenidamente. Se veía un poco pálida, pero no apreciaba signos de haber sido herida. Al fin pudo descansar. Estaba ante él, sana y salva. Casi dos días completos sin saber de ella. Había salido por Londres para buscarla, pero sabía que no la encontraría hasta que ella no quisiera, porque era más terca que él. Mucho más que él.

Margot sentía el corazón bombear con fuerza. Se había atrevido a venir, pero no sabía cómo iniciar la conversación. Verlo tan serio y apuesto, frente a ese escritorio de color caoba tan varonil, no estaba ayudando.

—¿*Milady*? —Usó el título de ella de modo indiferente para preguntar tantas cosas… y, sin embargo, sin decir nada en concreto.

—Lo siento —dijo por lo bajo desde la puerta. No se atrevía a acceder.

—No la he oído bien. ¿Ha dicho algo, *milady*? —El uno y el otro se miraban con fijación.

La muchacha anduvo unos pasos. Llegó hasta colocarse detrás de la silla que estaba libre, frente al escritorio de su esposo, y agarró el respaldo para que sus manos dejasen de temblar. Él no le daba miedo. Lo que la tenía aterrada eran las consecuencias que podría haber tras esa conversación.

—Lo siento —dijo más alto.

—¿El qué de todo? —preguntó con frialdad.

—Todo —indicó ella al punto.

—Sea más específica.

—No debí haberme marchado sin decirte nada. —Como primera enumeración no sonaba mal, pensó Margot.

—¿Dónde ha estado? —No estaba dispuesto a dejar de lado la formalidad.

—Con Ruth Anne. —Lo vio apretar los dientes. Si Margot hubiese podido leer la mente de su esposo, habría sabido que iba a hablar muy seriamente con Atholl por no haberle avisado de inmediato del paradero de su esposa.

—Siga. —No estaba dispuesto a abandonar la formalidad en la conversación.

—Debí haberte hablado de lord Luxor en cuanto tuve oportunidad y haberte aclarado que él fue un hombre al que creí amar en un principio. No me atreví, porque no deseaba que sintieses pena por mí. Por ser la segunda hermana fea que se quedó sola, abandonada y cargando con un hijo sin padre.

—La escucho. —Que él no le gritase ni la echase a patadas le dio cierta confianza para seguir su discurso.

—El esposo de mi hermana me trajo a la ciudad para que yo fuese su amante después de unos años en los que residí repudiada en el campo con una tía.

Vio que Bastian se levantaba con violencia de su silla y que esta se volcaba.

—Lo mataré. —Tuvo que haberlo hecho cuando fue a buscar a su esposa en su casa. Se arrepentía de no haberlo golpeado un poco.

—No. —Ella levantó la mano—. Solo escúchame, por favor. Él asintió en un gesto seco—. Yo no lo quería, no lo amaba. No sentía nada por él cuando regresé a la ciudad. Además, era el esposo de Bernice. Mi hermana era muy… No era buena persona. —No le gustaba hablar mal de los muertos, pero… —. Ella hizo de la vida de su marido un infierno y él creyó que yo sería la solución a sus problemas. Cuando yo me negué, me dijo que nunca permitiría que hubiese otro hombre en mi vida. Yo le creí, porque sonó muy certero. No podía arriesgarme a que te hiciese daño, más cuando tú habías dejado claras tus intenciones de desposarme a toda costa,

incluso aunque yo me negase repetidamente. Luxor podía hacernos mal incluso propagando un rumor.

—Ese hombre no hubiera podido herirme de ningún modo. No tenías que haberte preocupado por eso.

—Yo… me di cuenta de que mis sentimientos por ti eran más fuertes de lo que quería admitir. No estaba dispuesta a correr el riesgo.

—Dime qué soy para ti —inquirió todavía estando de pie.

—Te amo con todo mi corazón.

Él se movió y se sentó en la silla que estaba al lado de su esposa.

—Sigue con tus disculpas —la invitó muy civilizadamente. Cambió a un trato más cercano sin darse cuenta.

—Cuando me viste en casa de Luxor… yo no vine para encontrarme con él. Viajé por ti, porque me di cuenta de que mi lugar estaba a tu lado y de que tú eras capaz de protegernos a los dos. Además, comprendí, cuando hablé con el esposo de Bernice, que él no estaba enamorado de mí tampoco, solo de un recuerdo agradable que tuvo antes de que mi hermana lo condenase a ese matrimonio sin amor.

Hubo un momento de silencio en el que ella esperaba que él dijese algo alentador.

—¿Qué más?

—Supongo que también te debo una disculpa porque creerás que con mi marcha te abandoné, pero no fue así. Me diste miedo.

—Yo nunca te dañaría.

—Lo hiciste. Con tus palabras y tus gestos duros. Tenía miedo de volver a sufrir por tu pérdida.

—Te encontré en los brazos de otro hombre después de que te negases a explicarme tu reticencia a venir conmigo a la ciudad.

—Él me abrazó a mí. No lo propicié.

—No te vi demasiado incómoda.

—Lo estuve. Es cierto que no me despegué de él de inmediato, pero fue porque quería averiguar si en verdad él no significaba nada para mí. No sentí la protección que tú me das, el amor que me

ofreces cuando me abrazas o tocas. Incluso cuando me hablas siento tu devoción.

—Te muestras muy segura de lo que yo siento por ti —puntualizó un poco enfadado aún.

—Sí. Porque, aunque al principio no estaba convencida de que me amases, ya lo sé.

—¿Por qué dices algo como eso? —Se sentía contrariado y en clara desventaja frente a ella.

—Porque sigues a mi lado escuchando mis explicaciones.

—Eres mi esposa. Nuestra vida entera depende de la paciencia que yo pueda mostrar en este momento. —Dejó patente que estaba haciendo un gran esfuerzo.

Los dos se miraban con fijación, sin ocultar lo que eran el uno para el otro.

—Así es. Me marché porque tuve miedo de que me fallases. Fue nuestra primera discusión fuerte y yo creí que me abandonarías en el campo y me privarías de ti. No podía volver a pasar por lo mismo que sucedió hace más de cuatro años. Entré en pánico y me marché a buscar consuelo y consejo.

—¿Lo encontraste? —Quiso averiguar con curiosidad.

—Sí. Ruth Anne me hizo ver que de mí también dependía nuestro futuro. No podía pedir tu confianza si yo no te daba la mía. Y para que pudiéramos tener algo maravilloso, yo debía regresar, disculparme por cómo sucedió todo entre nosotros y explicarte los motivos, que tal vez no fuesen acertados, pero eran verdaderos, sobre mi proceder. Tú… ¿me amas? —Necesitaba la confirmación de él dicha en alto. Creía que sus conjeturas sobre los sentimientos de su marido eran acertadas, pero ansiaba escuchárselo decir.

Londonderry se pasó ambas manos por el rostro.

—En estos momento tengo sentimientos encontrados, Margot. Me has hecho pasar un infierno. Dos días desaparecida, imaginando que alguien te pudiera haber hecho daño… Eres demasiado terca, demasiado complicada.

—Lo siento por eso también. —No podía hacer otra cosa que entonar el *mea culpa*.

—Eres mi esposa y tu lugar está junto a mí.

—Es lo que deseo.

—No lo he visto en ningún momento, Margot. Solo siento que quieres escapar de mí desde que te conozco. —No mentía. Las reacciones de ella desde que se presentó ante él para regañarlo así se lo indicaban.

—Pudiera ser así al principio, pero te juro que lo que más necesito eres tú —confesó con el corazón en la mano.

—Estoy cansado, Margot. No sé lo que quieres de mí.

—A ti. Nada más.

—Tampoco lo he sentido así.

—Solo dame una oportunidad para demostrarte que seré la mejor esposa del mundo.

—Es curioso que digas eso, porque siempre pensé que yo sería el marido más nefasto que pudiera haber. Creo que me has superado con creces.

Ella bajó el rostro. Su esposo tenía razón. El miedo, la poca prudencia y su pasado no le habían permitido ver cómo conducirse con él de un modo más acertado.

—No sé qué más decirte para que comprendas que yo… —Tomó un poco de aire—. Te amo, te necesito y no quiero perderte.

—El problema radica en que yo no me fío de ti. ¿Qué me garantiza que al próximo problema que haya no salgas huyendo de mi casa? ¿Voy a tener que pasarme la vida buscándote? —Comenzó a negar con la cabeza—. No quiero esto.

—No. No, yo no me marcharé jamás. —Margot se inclinó en la silla y trató de coger las manos de su esposo. Él huyó de su contacto.

—Entonces comprenderás que yo no pueda creerte cuando has demostrado en repetidas ocasiones que no eres digna de mi confianza.

—Lo que dices es cierto, pero no puedes negar que has sentido todo el amor que te profeso y eso tiene que contar para algo. —Presentía que la conversación no estaba yendo por buen camino y se le acababan las opciones.

Él se levantó de la silla y comenzó a caminar por el despacho. Se paró un momento. Margot lo observó mirarla de nuevo y ella sintió que algo malo se avecinaba.

—No lo sé, Margot. Creo que nos apresuramos en nuestra toma de decisiones. Era del todo evidente que entre ambos saltaban chispas, que había pasión a raudales, pero tal vez no bastase con eso para construir un matrimonio sólido.

Ella tragó saliva con inseguridad.

—¿Qué pretendes decirme?

—Deseaba encontrarte para saber que estabas bien. Efectivamente, te amo, pero no confío en ti. Las cosas contigo no son fáciles.

La declaración que tanto había esperado la marquesa le supo a cenizas.

—Justamente por eso no quise que me enamorases. Los dos somos muy testarudos y yo soy una persona… peculiar. He pasado por mucho, así que si vas a romperme el corazón, hazlo sin titubear para que esta conversación no se transforme en algo incómodo para ambos en cuanto llegue mi llanto.

—No estás siendo justa.

—Pero sí sincera. —Ella se levantó. Parpadeó varias veces para tratar de seguir manteniendo las lágrimas ocultas. Comenzó a andar hacia la puerta de salida del despacho.

—¿Adónde vas?

—Al campo, con tu abuelo. No haré esto más difícil para los dos.

—¿Vuelves a huir? —inquirió molesto.

Ella se giró para observarlo. Él estaba cerca de la ventana mirándola.

—No. Te dejo tiempo para que valores lo que soy y lo que te ofrezco. Me he liberado de mi pasado y al fin puedo ofrecerme a ti

con todo lo que tengo. Estoy dispuesta a suplicar. Así que te ruego que no tires mi amor al suelo, porque me ha costado mucho ofrecértelo sin reservas.

—¿Y qué esperas que haga después de lo que has hecho? ¿Que te bese, te lleve a mi lecho y olvide todo lo que ha sucedido?

—No seré mezquina, así que sí, eso que acabas de proponer sería el paraíso para mí. Por el tono de tu voz deduzco que estabas siendo sarcástico. No espero que lo hagas, por más que muera por conseguir justo lo que acabas de relatar.

—¿Te rindes conmigo? Te resignas sin más —La segunda apreciación no era una pregunta, él estaba seguro de lo que ella hacía.

—Solo dime qué quieres que haga para que tú puedas corresponderme y lo haré.

Se hizo un silencio muy pesado en la habitación. Ella sonrió con ternura. Se acercó a él sin perder la sonrisa. Le acarició la mejilla y le dio un suave beso en los labios.

—Yo… —Comenzó a decir Londonderry.

—No. No hace falta que añadas nada más. Te estaré esperando si decides venir a por mí. En mi breve luna de miel fui muy feliz en el hogar que te vio nacer. Confío en que los recuerdos que hay allí, me mantengan con ilusión y esperanza. Nunca olvides, que yo soy tuya y tú eres mío.

La marquesa de Londonderry salió de la estancia dejando que el torrente de lágrimas que había estado conteniendo fluyera con libertad.

Lo amaba. Amaba a ese hombre con todo su ser y con sus caprichos e inseguridades lo había hecho flaquear. Comprendía que él necesitaba tiempo para averiguar si estaba dispuesto a volver a apostar por ella. Margot también lo había necesitado y estar sola, en compañía de una buena amiga que le había abierto los ojos, la ayudó muchísimo.

A Dios le rogó para que su esposo descubriese que no podía vivir sin ella, tal y como le había sucedido a Margot.

***

La primera semana sin ella fue un infierno. Había comenzado la segunda y estaba lejos de mejorar. Había tenido una vida social muy ajetreada pensando en que eso lo distraería, en especial, por las noches, cuando su cuerpo lloraba por las caricias que no recibía de ella. Ni siquiera haber jugado una partida de cartas muy impresionante con cierto noble, en la que ganó una fortuna y logró hacer justicia por una deuda pasada que él se encargó de saldar, lo había ayudado a sosegar su pena.

La estaba castigando porque estaba enfadado por todo lo que le había hecho pasar. La amaba con más fuerza que cuando la tenía a su lado. La añoraba, pero quería hacerla esperar un poco más porque no soportaba que hubiese jugado con él de ese modo. ¡Se marchó sola de su casa! Sin protección. ¿La bruja no se imaginaba lo que le habría sucedido a él si a ella le llega a ocurrir algo malo?

Lo peor de todo era que por querer castigarla a ella, él también estaba recibiendo un severo correctivo, porque… ¡Dios, cómo la echaba de menos!

Había ido a una estúpida fiesta donde había demasiadas parejas felices que le hacían sentir envidia. Desde su posición divisó un rostro conocido que no tenía ganas de recordar.

Lord Luxor estaba llevando del brazo a una jovencita después de un vals, junto a una mujer que Bastian suponía que sería su madre. La mirada de uno y otro se cruzó. Entonces lo vio sonreír y cambiar el rumbo hacia su posición. Ese hombre no estaba bien de la cabeza si después de lo dicho se acercaba a él.

—¿Sigue sin saber el paradero de su esposa, señoría? —No fue tanto en sí la frase lo que le molestó, más bien fue el tono empleado. Se estaba mofando de él.

El marqués se envaró. Definitivamente el conde era estúpido… o tenía más agallas de las que pensó.

—Me parece que tiene usted ganas de morir sin volver a casarse. Creo que esa joven con la que bailaba tan embelesado, va a leer mañana en el periódico que usted tentó al diablo y perdió la vida por ello.

La frase provocó que el conde se riese con ganas. Bastian lo miró con una furia y seriedad que habrían hecho a cualquiera temblar.

—Vamos, no me mire así. Yo llevo viviendo en el infierno demasiado tiempo. Conocí al diablo, señoría, estuve casado con ella. No hay nada que me dé miedo, se lo dije un día. Y ahora, retomando el asunto de su esposa…

—Ciertamente quiere usted que yo le dé un puñetazo —lo interrumpió en tono duro.

—No, en absoluto. Sencillamente tengo curiosidad por saber si Margot es feliz. Porque si no lo es, tengo la tentación de ir en su busca. —Bastian vio que a su rival no le tembló el pulso a la hora de señalar semejante afirmación.

—No me importaría armar un escándalo en medio de la fiesta. Mida sus palabras. Es mi última advertencia. Le dije una vez que es mi marquesa. —No soportaba que emplease su nombre. Solo él tenía la potestad de referirse a ella con tal intimidad.

—Sí. Lo recuerdo bien —dijo despreocupadamente el conde—, pero como parece que soy el único que maneja esa información en la ciudad… No estaba seguro de que continuase siendo así.

—Pues le informo de que ella es *lady* Londonderry y que lo seguirá siendo hasta el fin de sus días. —Él ladró la última parte.

—Sí, bueno… ¿pero es feliz? —siguió hurgando en la herida.

—Tiene ganas de morir. Háganos un favor y siga su camino. No se preocupe por mi mujer. —Ahuecó la mano para que se marchase porque estaba a un pelo de darle un puntapié en su condal trasero.

—Ya veo que la única mujer que se merece saborear el amor, sigue sin poder conocerlo… —dijo intuyendo que Margot no estaba en buenos términos con su esposo—. No debí haberla dejado

marchar con tanta facilidad. De haber sabido que acabaría con un hombre peor que yo mismo… —continuó con pesar. Vio que el marqués daba un paso al frente y comenzaba a levantar un puño—. En fin, creo que seguiré admirando a las jovencitas casaderas. —Y se marchó en un abrir y cerrar de ojos satisfecho por haberlo molestado.

Londonderry cerró los puños con más fuerza. Ese hombre era el menos indicado para darle una lección.

Soplo y resopló por las palabras espetadas con tanta malicia. El marqués decidió que la fiesta había concluido por esta noche. Hizo una mueca.

Lo único beneficioso de tener una esposa, era que su cama nunca estaría fría… Ni eso alcanzaba con Margot. Era horrible.

Él, un hombre que renegó del matrimonio, porque pensó que nunca habría ninguna mujer interesante que le impulsase a dar el salto, no solo se había echado la soga al cuello de modo voluntario, sino que además era un esposo que sufría por la falta de su marquesa… ¡Dios del cielo! ¿En qué diantres estaría pensando cuando permitió que ella se marchase a casa de su abuelo… sin él?

Regresó a su solitaria mansión en Mayfair y, después de desvestirse sabiendo que no gozaría de las mieles del matrimonio, se metió en su cama. Y de nuevo desde que Margot no estaba, la echó de menos. Añoró el contacto de su cuerpo, las caricias de sus manos y la dulzura de su lengua sobre su piel. Incluso necesitaba entablar con ella una batalla dialéctica, porque esa pequeña bruja rubia, había entrado en su mente, en su corazón y no parecía estar dispuesta a salir jamás.

Se durmió siendo consciente de que no servía de nada castigarla sin su compañía, si él mismo sufría el mismo dolor y necesidad que esperaba que ella sintiese.

***

Ocho días sin él. Comenzaba el noveno y no le gustaba sentirse vacía y triste. ¿Cómo había podido llegar a desarrollar esa dependencia por su esposo? Podía estar sin él perfectamente, de hecho lo estaba haciendo, pero la verdad era que deseaba vivir a su lado, con él, junto a él, por decisión de ambos.

Lo amaba como jamás pensó que amaría a nadie. Y dolía. El rechazo sufrido era una agonía continuada.

Había salido a pasear con Kent como hacía cada mañana desde que regresó. Estuvo equivocada cuando creyó que ese lugar sería como una cárcel, como cuando vivió con la tía Theodora. No había otro sitio tan liberador. Era un hogar, pero incompleto porque faltaba Bastian.

Suspiró con fuerza sin ser consciente de lo que hacía.

—¿Otra vez triste? —preguntó el duque de Kent, quien iba andando de su brazo.

El aire sopló más de lo esperado y el bonete que Margot llevaba salió volando.

—A veces no valoramos lo que tenemos hasta que lo perdemos —dijo la marquesa viendo cómo el sombrerito se iba a lo lejos.

—Tú no has perdido nada, querida. Ya verás como mi nieto entra pronto en razón. —El duque estaba muy apenado por la situación producida. La joven no le había dicho lo sucedido realmente, pero la frase espetada no era a causa de la pérdida del bonete.

—No tengo esperanzas. Usted no vio el modo en el que se sintió defraudado… —Tenía grabadas a fuego sus palabras y gestos. Le había hecho mucho daño sin ser consciente de ello.

—Nunca te menosprecies, muchacha. No pensé que llegaría a ocurrir, pero tú lo conseguiste.

—¿El qué? ¿Qué conseguí? —Quiso averiguar Margot sin saber lo que pretendía enseñarle el abuelo. Oh, sí. Había descubierto que el duque nunca hablaba si no había un buen motivo para hacerlo.

—Enamorar a un marqués malvado, endiablado y perverso. Mi nieto era un calavera. Yo no veía que él sentase la cabeza. Sabía que

Bastian necesitaba una mujer, sus hijos, un hogar feliz. Él se empeñaba en rehuir mis peticiones alegando que nada de eso le importaba. Yo casi había perdido la esperanza. He organizado varias fiestas campestres, y traje a mi casa a damas muy bonitas que harían despertar a un muerto. Mi nieto nunca se interesó por ninguna. Solo tú fuiste capaz de que él se ilusionase con un futuro junto a una buena mujer.

—No soy buena, excelencia. Yo no me he portado bien con él. A veces creo que debí haber corrido en la otra dirección para salvarlo de mí. Yo nos he hecho esto a los dos… Yo…

—No, no —le dijo al ver que ella se ponía a llorar—. Debes confiar, en ti, en él. El amor es una fuerza muy poderosa que lleva luz incluso a los lugares más oscuros. Ten un poco de fe. Aguarda, porque sé que mi nieto vendrá por ti. —La fuerza de las palabras con la que el duque se expresó, dejó a Margot con una tenue sonrisa dibujada.

—¿Cómo está tan seguro de que vendrá a mí?

—Porque es lo que yo haría. Recuerda: Bastian y yo no somos tan diferentes. —El abuelo le guiñó un ojo y siguieron caminando en paz.

Llegaron hasta la arboleda y luego dieron media vuelta de regreso. Entonces comenzaron a hablar sobre lo bonito que sería dar un baile para la nobleza rural. El abuelo le decía que así tendría opción de estrenar el nuevo vestuario que el duque le había hecho encargar en la modista del pueblo.

A Margot le gustó contar con las hábiles manos de la señora Jofreire, porque además de buen gusto, la trató con suma amabilidad y la marquesa estuvo encantada de dejar el dinero en manos de una mujer muy buena.

La conversación cesó de imprevisto. El abuelo y ella se quedaron mirando el camino lejano que daba acceso a la casa del duque.

—Un carruaje se acerca —dijo Margot, pues desde su posición, veían muy bien cómo a lo lejos llegaba un vehículo.

—Sí. Una visita. ¿Quién será? —El carruaje estaba demasiado lejos como para identificar el blasón.

—Tal vez sea Ruth Anne, la duquesa de Atholl me informó en su última misiva que vendría a visitarme pronto.

—Apretemos el paso, muchacha, para recibir a mi nieto. —El duque de Kent tenía una corazonada.

—¿Bastian? —Sintió que su corazón daba un brinco al pensar en dicha posibilidad.

—No tengo más nietos —respondió él con una afable sonrisa—. Apresure el paso *lady* Londonderry y ponga su mejor sonrisa.

—¿Está seguro de que es él?

—Todo lo seguro que se puede estar de que un hombre no está demasiado tiempo alejado de la mujer que ama.

Margot asintió con la cabeza y comenzó a caminar apresuradamente. Conforme se acercaba el carruaje, las mariposas que sentía revolotear en su estómago se hacían más insoportables.

—Excelencia, debemos ir más rápido. —Ella deseaba echar a correr y los pasos del abuelo no eran firmes.

—Ve tú delante, vamos. Ve a recibir a tu esposo como se merece. —La animó, ya sin ninguna duda sobre la identidad del hombre que iba en el interior del carruaje. El duque estaba completamente seguro de que era su nieto.

El anciano compuso una sonrisa de satisfacción cuando la joven se soltó de su brazo y comenzó a correr como si el maligno fuese tras ella. James miró al cielo y rezó una breve plegaria de agradecimiento. Al fin un acercamiento entre ambos… Solo esperaba que ninguno de los dos estropease el reencuentro, porque sino, él los encerraría en una habitación y echaría la llave al pozo.

Cuando el carruaje se detuvo en la entrada principal, Margot detuvo sus piernas esperando que se confirmase lo que había dicho el duque sobre su esposo. Cuando el lacayo abrió la portezuela y vio salir al marqués… Sus ojos comenzaron a lagrimar. Lo supo en cuanto lo vio: él había venido a por ella.

—¡Bastian! —lo llamó antes de que él accediera a las escaleras del pórtico principal.

Lo vio darse la vuelta y la mirada de ambos se quedó fija en la del otro. Margot llevó sus manos al corazón porque desde el lugar en el que estaba podía ver una tenue sonrisa. Ordenó a sus piernas que corrieran todo lo aprisa que pudiesen.

Lo observó hacer lo mismo y al fin tuvo la confirmación de que él la había perdonado. Cuando llegaron el uno al otro, Margot saltó a sus brazos sin pensarlo ni un minuto. Bastian la mantuvo un momento prisionera y acto seguido le dio una vuelta al aire.

—Te amo. Te amo, Margot. —Oyó ella que le decía.

—Y yo soy tan feliz que te juro que te amaré hasta el fin de mis días, mi amor. —Bastian la dejó en el suelo, enmarcó su rostro con sus enormes manos y llevó sus labios hasta los de ella. El beso que Margot recibió fue tan pleno, estuvo tan lleno de promesas, que sus ojos comenzaron a lagrimar sin que ella pudiera evitarlo. Esta vez de dicha, de esperanza, de amor.

Londonderry sintió la humedad en su mejilla y se separó de ella.

—¿Por qué lloras?

—Porque soy feliz, porque has venido a por mí. Porque me amas y yo te amo todavía más. —Margot volvió a saltar a sus brazos. No quería escapar de ahí. Él la apretó con suavidad.

—Espero que al fin podamos demostrarnos cuanto nos amamos y no hagamos otra guerra, Margot, porque he probado a vivir sin ti y no puedo —se sinceró llevado por el momento tan efusivo.

Cuando la vio ir corriendo hacia él, el cielo se abrió de par en par y tuvo que abrazarla porque era lo que necesitaba y deseaba.

—¡Oh, Dios!, nunca vuelvas a tratar de dejarme a un lado. —dijo mientras le daba un abrazo lleno de ternura.

—Nunca —sonó a promesa. Él lo cumpliría porque su mujer pertenecía a sus brazos, a su vida, a su alma, a su cuerpo.

Y así, sencillamente, con un abrazo y un beso profundo, dos personas que habían tenido que lidiar con sus miedos, con su

pasado, encontraron el camino para ir hacia adelante juntos, en gloriosa y adecuada sintonía. En perfecta armonía.

Epílogo

Una marquesa malvada

A las tres semanas de haber ido al campo a buscarla, Londonderry le dijo que era momento de dejar atrás la tristeza. Margot se sorprendió porque no entendía lo que su esposo trataba de decirle. Sin añadir nada más, la invitó a viajar con él. Ella aceptó encantada y sorprendida porque Bastian no le explicaba a dónde se dirigían ni el motivo de ese largo viaje que habían emprendido.

Llegaron a un lugar que ella bien conocía. Al lado de la iglesia del pequeño pueblo, donde tía Theodora la mantuvo cautiva enseñándole el poder de la curación de su alma, había un cementerio. Londonderry bajó del carruaje y le tendió la mano. Ella tragó saliva en aquel momento porque algo le decía lo que se aproximaba. La pareja se paró frente a una tumba sobre la que habían puesto una piedra de granito blanco. La leyenda decía: «Adorado y querido hijo».

Rompió a llorar mientras abrazaba a su esposo con todas sus fuerzas.

—¿Cómo lo has sabido? —le preguntó a Bastian cuando recuperó mínimamente la compostura.

—Tengo un investigador excelente que me ayudó a destramar lo sucedido. Era lo que merecías. Tenías que saber lo que ocurrió.

—¿Qué pasó?

—No pudo sobrevivir. Lo siento. Una familia vino a recogerlo, pero no se lo pudieron llevar porque murió a las pocas horas de nacer.

—¿Quién te lo dijo?

—Mi investigador y yo hicimos varias visitas. La primera fue a casa de tu tía Theodora. Solo tuve que amenazarla con comprar la hipoteca que hay sobre sus tierras, y que tu padre va a tener problemas para pagar, y ella cantó como un pájaro.

—No fueron buenos conmigo, Bastian. Me abandonaron, me dejaron a mi suerte, cuando solo tenían que haber atado cabos.

—Lo sé. Y te prometo que pagarán por lo que te hicieron. Tu padre es un gran apostador, pero no es un buen jugador. Tengo varios pagarés en mi poder. Las semanas que pasé en Londres, hice lo posible por conocer a tu padre y ganarme su confianza. Es un hombre con muchas deudas. Me senté frente a él e hice la mejor partida de mi vida. Me cobré una deuda que ellos tenían contigo.

Ella le sonrió y le dio un beso en la mejilla.

—Te agradezco que te tomases tantas molestias por mí. No deseo que nada malo le suceda a mi familia.

—¿No? ¿Por qué? Se han portado muy mal contigo. Merecen un castigo —apuntó severo.

—Puede ser, pero gracias a ellos yo no pude vivir la vida que creí que deseaba. Ellos me trajeron hasta ti y eso no lo voy a poder olvidar nunca. Mi existencia es plena, mi amor. Sufrí mucho en el pasado. Mi hijo… El que tú has encontrado merece descansar en paz. Yo debo buscar tranquilidad para poder ser la esposa que mereces. Te amo por preocuparte tanto, pero el destino siempre tiene un plan trazado para cada uno de nosotros. Yo tuve que pasar por todas aquellas penurias para poder encontrarte y valorarte como te merecías. Después de casarme contigo comprendí que no

cambiaría ni un ápice mi pasado porque no estaba dispuesta a arriesgarme a perderte.

Bastian se quedó pensando en lo que ella trataba de explicarle. Comprendía que, si al final Margot hubiese hallado el modo de regresar junto a Luxor, él no habría podido conocerla y casarse con ella.

—De todos modos, creo que hay que darle un pequeño escarmiento a tu padre.

—¿Qué pretendes?

—Voy a tener a tu padre y a tu tía a mi merced un buen tiempo. No ejecutaré el pago de la deuda que me debe, pero ellos tendrán que aprender a vivir sabiendo que en cualquier momento les puedo hundir.

—Solo quiero olvidarlos.

—Lo sé, por eso no les he pedido que se disculpasen en persona. No quiero que los vuelvas a ver porque no merecen ni tu compasión, ni la gracia que les has otorgado. Si por mí fuese, pagarían muy caro todo lo que se atrevieron a hacerte.

Ella se puso de puntillas y tiró de su chaqueta para hacerlo bajar a su altura. Le dio un profundo beso sin pensar en lo inapropiado que resultaba hacer ese gesto en medio de un cementerio. Cuando ambos se quedaron sin aliento, ella le dijo:

—No sabes cuánto te amo.

—Lo sé exactamente, porque yo siento lo mismo, mi pequeña hechicera.

Los dos se cogieron de la mano y regresaron al carruaje. Margot sabía que esa pequeña lápida, no había estado ahí antes de que Londonderry la colocase para ella. Su esposo había descubierto el paradero de su pequeño niño. Su corazón descansaba un poco. Hubiera preferido saber que ese bebé crecía sano y salvo en otro lugar, pero al menos ya tenía la certeza de lo que sucedió aquella terrible noche en la que creyó que todo se acababa para siempre. Parió un niño al que no le permitieron ver y del que supo su sexo porque el médico que la trató se lo dijo.

La primera hora del trayecto, la pasaron en silencio. El marqués entendía que ella necesitase templar los nervios. Luego comenzaron a bromear sobre asuntos más terrenales y poco a poco regresaron a su habitual rutina.

Hicieron varias paradas durante el viaje de regreso. Comieron en una posada y estuvieron muy animados compartiendo confidencias y hablando sobre el número de hijos que les gustaría tener. Londonderry dijo que cuatro como mínimo y ella contestó que podrían empezar por el primero. Ante esto, su marido le preguntó si ella podría saber si estaba embarazada. Ella le sonrió y le dijo que era muy probable que estuviese gestando. Por algún extraño motivo, cuando decidió entregarse a él aquel día en el que salieron a cabalgar, imaginó que se volvería a quedar en estado de buena esperanza. Tal vez no hubiese sucedido aquella vez. Podría ser que hubiese ocurrido las innumerables veces en las que le había hecho el amor antes de que él se marchase a Londres, pero lo cierto era que sus días de mujer no habían llegado todavía. Y aunque era pronto, Margot sentía que una vida crecía en su interior. Él se alegró con esa revelación y decidieron tomar con cautela lo dicho a la espera de una confirmación experta.

Llegaron a la finca de campo bien entrada la noche. Estaban exhaustos por el largo viaje. Aun así, lo había estado pensando detenidamente durante todo el camino de regreso, y Margot deseaba resarcir a su esposo por lo que había hecho por ella. Y en esos momentos, en los que los dos estaban en la habitación que antaño fue del duque, preparándose para dormir, la marquesa se sentía muy malvada… Más que malvada, depravada y perversa.

Se levantó del tocador que Bastian había hecho instalar en la estancia, porque no deseaba que ella durmiera sin él a su lado, imaginando lo que su esposo haría si ella…

Bastian estaba sentado en el borde de la cama desnudo, aguardándola como hacía cada noche. Ella se había colocado un precioso y descarado camisón en tono lila que tenía muchas trasparencias de satén y dejaban muy bien dibujados sus encantos.

Su esposo la miraba con hambre. Ella se sonrió satisfecha cuando, al dejar caer el camisón al suelo, Bastian gimió de anticipación.

Margot llegó hasta él y se colocó de rodillas sobre la tupida alfombra de color marfil.

—¿Qué te propones? —preguntó con la voz cargada de deseo.

—Darte tu recompensa, mi marqués —dijo ella mientras sujetaba su eje erecto entre sus manos.

—No me debes nada. —Él sabía que ella estaba agradecida por haber aclarado la situación del paradero del pequeño que perdió, pero no quería que se sintiera obligada.

—Yo quiero agradecértelo igual. Permite que lo haga —dijo mientras se lamía los labios.

—¿Cómo lo harás?

—Quiero probarte y beber de ti como tú lo haces conmigo. —Margot sintió que su eje saltó en su mano y supo que a él la idea le agradaba mucho.

—¿Estás segura? No hay motivos para…

—Sí —lo cortó ella—. Solo deja que yo me ocupe. ¿Lo harás?

—Por supuesto.

Bastian se recostó sobre la cama y la dejó trabajar en paz. Su esposa se había convertido, gracias a sus nociones de alcoba, en una experta cortesana que le daba un placer inmenso con sus ocurrencias y posiciones. El día anterior, Margot había querido cabalgarlo fuertemente, pero estando de espaldas a él. Y la sensación fue deliciosa… No la veía, solo tenía a su alcance la preciosa mata de pelo de ella, pero la pequeña saltaba tanto y ejercía tal presión en esa postura inversa tan interesante, que lo hizo derramarse en pocas sacudidas. Puesto que ella no llegó al clímax del placer, prácticamente lo obligó a usar su lengua y dedos hasta que ella gritó sin contención su larga liberación.

Sabía que a su esposo, su lengua sobre su vara, era lo que más disfrutaba. Era grande y tragarlo hasta el final como a él le gustaba,

le provocaba arcadas, pero en verdad quería llevarlo a la locura con su boca sobre su miembro.

Margot sacó su lengua y comenzó a lamer los dos sacos llenos mientras sus manos acariciaban el eje con delicadeza. Los gemidos masculinos no tardaron en llegar. Se deleitó lamiendo indecorosa y lasciva esas dos pequeñas delicadas bolas de carne. Incluso se atrevió a engullirlas en el interior de su boca con sumo cuidado de no hacerle daño con sus dientes. Él, muy impaciente, movía las caderas para exigirle que dejase esa parte y se concentrase en su virilidad. Ella se resistía a calmar su ansiedad porque le gustaba verlo y percibirlo necesitado e inquieto.

—No me hagas suplicar, esposa —le advirtió con la voz llena de lujuria.

Margot se sonrió. Era tan tirano… Incluso en la intimidad ordenaba. Nunca pedía.

Entonces decidió llevar su lengua a la punta húmeda de él y recoger los primeros frutos de la excitación de su esposo. La mano derecha se concentró en mover el eje con delicadeza mientras lo lamía. La izquierda presionaba sus sacos con firmeza, pero con cuidado de no herirlo.

—Quita las manos y usa solo tu boca o terminaré de inmediato, mi amor. Solo tu lengua —le recomendó, pues era demasiado buena en lo que hacía.

Margot lo soltó y usó su boca y lengua para succionarlo fuertemente. Las caderas de él se movían al mismo tiempo que su cabeza. Le estaba haciendo el amor con la boca y su esposo solo podía gemir y retorcerse en la cama. Se sentía poderosa llevando tan lejos a Bastian con su sensualidad, con su perversión… Una deliciosa perversión que siempre debería existir entre una pareja que se amaba y se deseaba.

Sintió las manos de él sobre su cabello. Creía que iba a obligarla a tragarlo más profundo. No. La paró y la miró a los ojos. Ella no se había dado cuenta ni de que él se había incorporado.

—Móntame porque esta noche deseo vaciarme en tus entrañas. No seas delicada.

Margot no objetó en su pedido. Se subió sobre el regazo de él, y agarrando el eje masculino se dejó caer sin delicadeza para empalarse y llorar de pura agonía deliciosa y excitante.

—Cabalga, amazona, fuerte. Dame placer, busca el tuyo. Hazme el amor, Margot.

Ella se sujetó de sus hombros y comenzó a moverse como sabía que esa noche él deseaba. Los dos querían algo rápido, duro, fuerte, atrevido.

Bastian la sujetó por las nalgas y la ayudó en sus movimientos para restregarla sobre su eje cuando él consideraba que debía hacerlo. Esa fricción sorprendió a Margot. Tanto fue así, que ella acabó buscando el roce de una parte delicada de su sexo todas las veces que él la obligaba a descender. Ella imprimió un ritmo trepidante, que estaba próximo a transformarse en un maravilloso culminar.

—Ahora, esposo, ahora… conmigo, ven conmigo, ahora… —balbuceó llena de lujuria, de él, de amor, de pasión.

Y su esposo solo pudo cumplir sus deseos, por lo que se abandonó a la petición y gritó tanto o más que ella.

El marqués la envolvió en su abrazo tumbándola sobre su pecho y asegurándose de que su miembro no escapaba de su interior. Le gustaba sentirse como si ambos fuesen uno solo. Conectados.

—Eres maravillosa en todo lo que haces.

—Lo sé —dijo orgullosa— y por eso conseguí enojar y cazar a un marqués malvado que me ha dado todo lo que siempre quise: un hogar, una familia, una ilusión.

El marqués se las apañó para tenderla en la cama y acostarse con ella acurrucado y amoroso. Le hubiese gustado dormir con su miembro dentro de su esposa, pero eso no sería posible hasta dentro de una hora más o menos…

Definitivamente, el uno y el otro no se iban a cansar nunca de compartir el lecho… Ni los establos, ni la biblioteca, ni la cocina, ni la

salita de recibir visitas… ni…

Fin.

Nota de la autora

Querida amiga lectora, como bien sabes, soy una autora que escribe de casi todo. Me gustan las historias cortas, largas, blancas, picantes, con un poco de erotismo… Y en especial las de género histórico. Si no conoces lo que tengo publicado, puedes pasarte por

Recordad que lo único que pretendo es entreteneros con mi loca imaginación. Esto es una obra de ficción que nace en mi mente y que está basada en lo que soy, en mi modo de vida o en cómo entiendo la vida misma. Lo haré mejor o peor, pero si he conseguido que sonriáis me daré por satisfecha.

Todos los títulos por orden

Os recuerdo que el resto de mis sagas son las siguientes, y no es necesario leer mis libros en orden:

Serie Corazones Rotos (En producción, iniciada en octubre 2024)

1) Seduciendo a un caballero
2) Corrompiendo a un lord
3) Sanando a un canalla (en preventa)
4) Enamorando a un disoluto (en preventa)

Serie Reinas de Corazones:

1) A un suspiro de ti
2) A un beso de ti
3) A una caricia de ti
4) A un abrazo de ti
5) A un tormento de ti

Serie Disolutos sin Corazón:

1) Una esposa para el duque de York
2) Un buen partido para lady Evangeline
3) Una institutriz para el vizconde Portman
4) Una Navidad para los duques de York
5) Una prometida para el duque de Phenton
6) Una amante para un lord

7) Una dama para el conde de Snow

Serie Soldados en la Batalla del Amor:
1) Lady Briana y el coronel
2) Lady Angela y el conde
3) Lady Elisabeth y el capitán
4) Lady Olivia y el teniente

Saga Amor, Amistad y Deber (Reeditada):
1) Lady V. no quiere casarse (Es de editorial. No tengo los derechos todavía)
2) Lady Lena y el amor
3) El duque y la maldición
4) Lady Susan y el error
5) El conde y la equivocación
6) La duquesa y el acierto
7) El marqués y el deber
8) La marquesa y el destino
9) El rey y la perversión

Trilogía Hermanas Davenport:
1) Amberly, la esposa perfecta
2) Tiffany, la esposa esquiva
3) Emily, la esposa de conveniencia

Trilogía Ducado de Mildre:
1) Loren, la esposa sin título
2) Jonas, el marido que no podía volver a desposarse
3) Gabriel, el esposo que quería ser digno

Trilogía Institutrices:
1) Rosemary, una institutriz soñadora
2) Philomena, una institutriz desdichada
3) Marianne, una institutriz realista

4) El diablo pelirrojo quiere ser duquesa (larga y picante)

Las especiales Navidades de la condesa

Bilogía Acuerdos:
1) El acuerdo de un lord inadecuado
2) El desacuerdo de un lord reticente

Serie Inesperada (Junto con A. S. Lefebre):
1) Una pupila inesperada
2) Una prometida inesperada
3) Una candidata inesperada
4) Una pretendienta inesperada

Serie Destino (Viejo Oeste Americano):
1) Un esposo inconveniente
2) Un amor inconveniente
3) Un matrimonio inconveniente

Libros multiautor, independientes:
Entre el deber y la pasión
Una segunda oportunidad para amar
Cómo volver a confiar

Novela Contemporánea:
Club Inhibiciones (Romance erótico)
¿Serás un error, Pablo? (New adult)

Un beso muy grande y muchas gracias por vuestro apoyo. Sin vosotras no sería nada, no escribiría nada, no soñaría nada…

Os adoro, queridas y bellas damas.

Hasta pronto, liVertinas mías.

Sobre la autora

Verónica Mengual, nacida en 1981, es española, vecina de Dénia. Se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Elche. Compaginó su trabajo como periodista y fotógrafa en un semanario comarcal durante un tiempo, pero luego decidió dedicarse en cuerpo y alma a su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o Julia Quinn, sin olvidar a la más importante: Jane Austen.

Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo en general la enamora y el drama con final feliz la enloquece.

Síguela en Facebook: Verónica Mengual

Instagram: @veronica_mengual

Twitter: @VernicaMengual1